

Secretos de la Atlántida

Volumen 1

¡Durmiente, despierta!

Samuel Sagan



www.clairvision.org

Copyright © 1996, 1999 y 2001. Clairvision School Foundation
Aparte de cualquier propósito de genuina revisión o investigación, tal
y como se permite en la Copyright Act, no podrá ser reproducida
ninguna parte del presente libro por proceso alguno sin autorización
escrita. Clairvision™ es marca registrada de Clairvision School Ltd.

Traducción de Sara Justo Fernández, Enero de 2011.

Agradezco la inestimable ayuda de los correctores y editores que han
revisado la traducción del presente libro:

Don José Fernández Pérez, Rosa Droescher y Dolores Pellicer

Título original: Atlantean Secrets

ISBN 0 9586700 0 5

Índice

Prólogo

1 – El libro de los inicios

- 1.1 La leyenda de amor eterno.
- 1.2 Setenta y cinco mil años después, Atlántida, el templo de Eisraim.
- 1.3 El hombre que concedió un favor personal a Barkhan Seer.
- 1.4 El Gran Sacrificio del Portador del Trueno.
- 1.5 El mito de la creación de los Portadores del Trueno.
- 1.6 El Archivo y el templo en los Campos de Paz.
- 1.7 Segundo encuentro de Gervin con el emisario de Ahriman.

2 – El libro de los durmientes apacibles

- 2.1 Treinta años después, en las orillas del sudeste del reino de La Atlántida.
- 2.2 Educación atlante, primeros años.
- 2.3 Cómo la música desapareció de mi vida.
- 2.4 Creciendo en la Ley.
- 2.5 La gran competición.

3 – El libro de la llamada del destino

- 3.1 La llamada del destino.
- 3.2 Ilegítimamente lejos.
- 3.3 Noche de fiebre.
- 3.4 La hora de Dios cuando llama Nuestro Señor Melquisedec.
- 3.5 La pequeña broma de Gervin para el Representante del Rey.
- 3.6 La muerte de Orlon, hijo de Orlon.
- 3.7 La recepción en el legítimo Ayuntamiento de la ciudad de Sheringa.

Índice

4 – El libro de la túnica rosada

- 4.1 Primeros días en el Templo de Eisraim.
- 4.2 El entrenamiento de los sacerdotes de la Túnica Rosada.
- 4.3 Maravilla de las maravillas, la Ley de Melquisedec.
- 4.4 Rituales de Fuego.
- 4.5 Los años de los rituales de fuego.
- 4.6 La oscuridad visible.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

- 5.1 Primera iniciación al viaje.
- 5.2 Lehrmon de la Túnica Marrón.
- 5.3 Cuadrado, mundos intermedios, triángulo.
- 5.4 El “algo” que se me escapaba.
- 5.5 Controlador Espacial Fretcher.
- 5.6 ¡Durmiente, despierta!
- 5.7 La fuente clara.
- 5.8 Identificando presencias y pidiendo acceso.
- 5.9 La fuente clara conoce el corazón de la Ley.
- 5.10 Las masas informes y las raíces de la Ley.
- 5.11 La fruta Blanca.
- 5.12 Para el despierto hay muchos caminos.
- 5.13 Pánico ilegítimo.
- 5.14 Gozo prepersonal en la luz de Melquisedec.
- 5.15 Los ojos de Marka.
- 5.16 Las sacerdotisas de Azul.
- 5.17 Voces en la lejanía.
- 5.18 Cielo de revelación.
- 5.19 Guiado por la Madre de la Luz.
- 5.20 Robado.
- 5.21 Empezando una nueva vida en la Ley.
- 5.22 Esqueleto en el sarcófago.

Índice

- 5.23 Un paseo por la tirtha.
- 5.24 Sorpresas.
- 5.25 Envíalos al infierno y no sabrán cómo agradecértelo.
- 5.26 Preparado para morir.
- 5.27 Muerte iniciática.
- 5.28 El descenso.
- 5.29 En el reino.
- 5.30 Inframundos Más Profundos.
- 5.31 Esperanzas.
- 5.32 Ilusiones.
- 5.33 Tiempos problemáticos.
- 5.34 Atisbos cosmológicos.
- 5.35 Bienvenido a la fase personal.
- 5.36 La profecía del águila Blanca.
- 5.37 La sacerdotisa abandonada.
- 5.38 Aprendiz del Trueno.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

- 6.1 Los hijos del Dragón.
- 6.2 Phileon, hijo de Phileon.
- 6.3 La danza del Dragón.
- 6.4 Resaca de Dragón.
- 6.5 Relájate y perderás tu destino.
- 6.6 El hombre de la sonrisa peligrosa.
- 6.7 La leyenda de Lohrzen.
- 6.8 Eisraim, capilla del águila Blanca.
- 6.9 En las entrañas del Dragón.
- 6.10 El himno del águila Blanca al Gran Dragón.
- 6.11 La Voz del Dragón que es el trueno de la Tierra.
- 6.12 Eisraim. Aposentos de Teyani.
- 6.13 Resucitado por el Dragón.

Índice

- 6.14 Eisraim, apartamento de Teyani.
- 6.15 Aliento de Dragón.
- 6.16 Alimentado por el Dragón.
- 6.17 En lo alto de la montaña de Lohrzen.
- 6.18 Cruzando la puerta del Dragón.
- 6.19 Danza negra.
- 6.20 ¡No hagas, deja hacer al Dragón!
- 6.21 Fuente arriba, montaña abajo.
- 6.22 Inframundo Más Profundo.
- 6.23 Del miedo a la muerte a la muerte del miedo.
- 6.24 Marek el Indestructible.
- 6.25 Lubu y las tres feas hermanas Néfilim.
- 6.26 Olor de Néfilim.
- 6.27 Cazadores Néfilim.
- 6.28 De Voz a Voz.
- 6.29 El entrenamiento en las armas.
- 6.30 El regalo de Floster.

7 – El libro de las especias Néfilim

- 7.1 El himno de Felicia a Verzazyel el Vigilante.
- 7.2 Muerte ritual.
- 7.3 Pesadilla negra.
- 7.4 La cueva de Verzazyel el Vigilante.
- 7.5 Eisraim, capilla del Águila Blanca.
- 7.6 La cueva de Verzazyel —la danza cósmica.
- 7.7 La cita en el Cañón Rojo.
- 7.8 Madre, rendición y el trueno de la Tierra.
- 7.9 El himno de Ella Dragón, Madre de todas sus criaturas.
- 7.10 La puerta del cuidado.
- 7.11 El primer diálogo con Felicia.
- 7.12 La Ley es la Ley.

Índice

- 7.13 La magia de los pepinillos encurtidos en miel.
- 7.14 Un festín en el páramo.
- 7.15 La especia Néfilim.
- 7.16 Vestigios del legado de los Vigilantes.
- 7.17 Eisraim, capilla del águila Blanca.
- 7.18 Gran Guerrero.
- 7.19 El regalo de Verzazyel.
- 7.20 La revelación de los Vigilantes.
- 7.21 El himno de Verzazyel a los Dragones Voladores.
- 7.22 La última cena.

Prólogo

Los veintidós libros que constituyen los cuatro volúmenes de “Secretos de la Atlántida” siguen una secuencia cuidadosamente organizada, diseñada para conducirte a través de una sucesión de espacios de conciencia y comprensiones. Para disfrutar de los efectos entrelazados tras las líneas, es esencial empezar con el principio del Volumen 1, ¡Durmiente, despierta!

Al final del Volumen 2, encontrarás un gran mapa del templo de Eisraim. Puedes encontrar también un mapa de las regiones que rodean Eisraim en la página 4 y una representación en forma de diagrama de los diferentes mundos a donde te llevará la historia en la escalera cosmológica de la página 347.

También puedes consultar el glosario de los nombres y términos principales utilizados en “Secretos de la Atlántida” que se encuentra al final del primer volumen. Para un estudio más extenso, puedes buscar en la página web de la escuela clairvision, la concordancia de la saga, “De Eisraim a Filadelfia”.

Al igual que los Dragones Voladores, la novela épica “Secretos de la Atlántida” es musical en esencia. Cada uno de los personajes, dioses, ángeles y mundos tiene su propio tema, y varias escenas están acompañadas por partituras musicales. Esta música, que forma parte importante de la novela, se puede escuchar en la página web de Clairvision: www.clairvision.org.

Una nota sobre el uso de la cursiva

La cursiva se ha utilizado para lo siguiente:

- Citas de la Ley de Melquisedec, como por ejemplo:

Uno de los más malinterpretados versos de la Ley era:

“Una Ley, un camino. Alabado sea nuestro Señor Melquisedec”.

Prólogo

- Discursos de dioses, ángeles y Dragones Voladores:

El águila Blanca respondió:

“Alma de las Alturas,

Niño de la eternidad,

ángel de la jerarquía humana,

Te he estado esperando desde antes de que el tiempo existiera.

Y aquí llegas, brillante,

Puntual a este encuentro cósmico,

Haciendo que la Madre de la Luz se sienta orgullosa de su semilla.”

- Discursos pronunciados por seres humanos cuando se elevan al nivel de conciencia de los dioses, ángeles y Dragones Voladores (incluyendo por tanto las comunicaciones a través del poder del Punto). Por ejemplo:

¡Gervin!— llamé desde mi Punto—: Por favor, ¡haz algo! ¡rápido!

- A veces, la cursiva ha sido utilizada para enfatizar una palabra en concreto dentro de una frase, como por ejemplo:

Gervin—dijo Teyani—, si no viniera de ti, *nunca* me creería esta historia.

A partir del volumen 3, sin embargo, debido al fuerte incremento de conversaciones con ángeles, dioses y Dragones Voladores (categorías 2 y 3), la expresión común de la Ley de Melquisedec deja de estar en cursiva.

1 – El libro de los inicios

1.1 La leyenda de amor eterno.

Azul.

Gigante.

Ancestral. Completamente desconocida.

Una nube impresionante, proveniente de la lejanía.

Nacida para volar, se movía velozmente y con gran facilidad.

Iluminaba las esferas con un fulgor azul oscuro majestuoso, como nunca nadie había visto jamás. Ni siquiera los Dioses. Ni siquiera los Nagas, que conocían todos los secretos de los Inframundos.

Los dioses de Amaravati se disponían en una larga fila, a la orilla del Mar Fundido, viendo cómo la nube se acercaba.

Entre ellos, Karendranath. Pasando los dedos por su hacha de tres filos, el dios se estremeció: “Si esa cosa nos ataca, nuestro Señor Melquisedec tenga piedad de nosotros”.

La magnitud de la nube era lo que le desconcertaba. Había visto Dragones Voladores antes, pero nunca desde tan cerca. Encontrándose cara a cara con uno, estaba atónito ante la absoluta magnitud del Ser. Y la música...

La música estaba más allá de lo que su Punto pudiese comprender.

Al mismo tiempo que el Dragón Volador se iba acercando, inexplicables armonías henchían las esferas. Música multidimensional, vastedad enigmática.

La Canción de la Creación.

Trillones de voces devolviéndose mutuas llamadas.

Eones de extrañeza. Soñando desde antes de la Noche Cósmica. Mucho antes de que los dioses hubiesen nacido.

1 – El libro de los inicios

Cuando llegó al margen de las esferas de Melquisedec, la nube se detuvo.

La música continuó. La Insondable Peculiaridad producía sonido.

Se reflejaba en las aguas del Mar Fundido, fuego en el fondo del mar, reproduciendo las llamas de asombroso azul en los cielos.

Nadie se movió.

Silenciosos, los dioses contemplaban el festival de luz.

El lenguaje de los dioses tiene un millar de nombres para el color azul.

Ninguno de ellos encajaba con la aurora que iluminaba su cielo.

“¡Quiere algo!” Intuyó Kartendranath. “¡Está esperando que hagamos algo!” Se volvió hacia el dios a su izquierda: — ¿Ganá?

Con sus ojos fijos en el horizonte, el dios del yelmo dorado respondió: — La Red de Amor es lo que lo ha traído aquí. Tal y como desea, recibirá.

La Red de Amor, que irradia la luz de nuestro Señor Melquisedec. De repente, el águila Blanca de los dioses alzó el vuelo. Desde la orilla del Mar Fundido se lanzó hacia el cielo. Hubo una pausa en la música.

Los dioses contuvieron su aliento.

El silencio tras el sonido de los Dragones Voladores está repleto de misterios. Infinitamente profundo, como la noche cósmica.

En forma de rayo blanco, el águila viajó hacia la nube extranjera.

Un frágil rayo de luz, comparado con la inmensidad de la nube.

En el silencio, el infinito era sostenido.

En cuanto llegó al fulgor azul, el rayo se disipó.

El águila Blanca de los dioses se desvaneció.

¿Evaporada en la nada? ¿Engullida por la nube?

Era difícil saber, incluso para los dioses.

Hasta que la música se escuchó de nuevo.

Una música diferente, extraordinariamente melodiosa. Todavía era múltiple e imposible de localizar, como el Amanecer de la Creación, pero su extrañeza se había suavizado. Su fuego matemático había sido enardecido con fuerza solar. Ahora contenía el ilimitado corazón del

1 – El libro de los inicios

águila Blanca. El Dragón Volador había comprendido los secretos de la Red de Amor.

Había nacido una leyenda.

En la orilla del Mar Fundido, nuestro Señor Ganá comenzó a danzar. Y los dioses celebraron los misterios de la lejanía durante toda la noche.

Mediante el ojo del águila Blanca, pudieron presenciar la gloria de la nube. El Dragón Volador había venido desde más allá del Abismo de las Profundidades y la Fosa de la Eternidad. Había vivido durante muchos ciclos cósmicos, viajado por muchas esferas desde la Laguna Azul a la Gran Hormiga, y desde el fondo de la Fosa de la Eternidad, donde la Madre de la luz puede verse, sonriendo a la Negra Noche de la Lejanía, donde todos los secretos de la creación están escondidos. Más allá del tiempo, espacio e infinidad, más allá de pralayas y nacimientos cósmicos, hay misterios que escapan a los mismos dioses. El águila Blanca invitó al Dragón Volador a quedarse.

Esto no formaba parte del orden del universo. Siendo un viajero a través de la eternidad, el Dragón Volador tenía que reanudar su rumbo. El águila Blanca reapareció al amanecer, emergiendo del fuego azul en los cielos. Las esferas vibraban con la música, intoxicando a los dioses con el elixir del infinito. La nube resplandeciente empezó a moverse, lentamente al principio, para que el águila Blanca pudiera volar en su estela.

El águila la siguió hasta el margen de las esferas de Melquisedec, donde la Red del Amor termina y las esferas de la lejanía comienzan. Aquí fue donde intercambiaron la despedida legendaria.

“¡Amor Eterno, Dragón Volador!”

“¡Amor Eterno, águila Blanca de los dioses!”

El Dragón Volador desapareció en la inmensidad de la lejanía. Los ecos de su música siguieron resonando por las esferas durante miles de años.

1 – El libro de los inicios

Desde entonces, quienquiera que conoce al águila, no sólo puede contemplar su Espíritu infinito de Blancura, sino también un matiz de su azulado multidimensional, desde más allá del Abismo de las Profundidades y la Fosa de la Eternidad. Y quienquiera que cruza el Gran Abismo puede oír la canción del Dragón Volador:

“Con toda mi mente, con todo mi corazón.

Estoy contigo, incluso cuando estoy lejos”.

1.2 Setenta y cinco mil años después, Atlántida, el templo de Eisraim.

Cuando Gervin volvió en sí, Marka estaba en pie, a su lado.

— *Alabado sea el Gran Apolo, Gervin del Trueno, embajador de nuestro Señor Melquisedec* — le susurró al oído.

Una presencia atronadora llenó la habitación. Sonidos estridentes, que siseaban como furiosas serpientes, agitaron la serenidad de la noche. Quebraron con violencia el suave capullo hecho de trémula luz de estrellas que Marka había tejido pacientemente alrededor del cuerpo dormido. Desde la lejanía, una misteriosa y extranjera voz susurró:

— *Espacio Matrix, reconexión de tiempo completa.*

No era más que un aliento fugaz, una hebra improbable de significado en un cosmos acribillado por enigmas nebulosos, pero preñado con fuerzas ancestrales de incomprensible magnitud. Cuando lo escuchó, Marka se estremeció. Y en una capilla cercana, el controlador espacial principal de Eisraim también oyó el impresionante murmullo.

Sobrecogido, supo que, dirigido por Espacio Matrix, Gervin de la Túnica Marrón había vuelto de las esferas remotas de los Dragones Voladores. Estaba regresando a su cuerpo, el cual había estado hibernando durante treinta y dos semanas bajo la supervisión experta y el tierno cuidado de Marka, la joven sacerdotisa de Malcasec.

Desatendiendo completamente la legítima necesidad de transiciones lentas, cuidadosas reconexiones y despertares graduales, Gervin sonrió.

1 – El libro de los inicios

Marka no estaba sorprendida en absoluto. Había aprendido el arte de viajar con Gervin, sabía de qué era capaz este hombre. A pesar de tener menos de 30 años, Gervin, discípulo de Orest, había conquistado todos los poderes de los Maestros del Trueno.

Suavemente entonó una bella y antigua canción ritual, de cuna, con el propósito de invocar a su ángel de las alturas, *“O Gran Malcasec, alas del infinito, silenciosa abundancia que mueve el mundo, protege a este niño recién nacido”*.

Usando su voz como cuerda de anclaje, Gervin se propulsó de vuelta a su cuerpo, y abrió los ojos.

Marka era una mujer pequeña, de pelo oscuro, de las Tierras del Sur. Ella no era hermosa, pero sus ojos la hacían realmente especial entre todas las sacerdotisas de Eisraim. Mirar a Marka a los ojos era como atisbar la gloria primordial que hacía tiempo había desaparecido del Reino, un encantador e irracional festín de luz para celebrar la extravagancia que corría por el mundo poco después de que fuese creado.

El joven Gervin, que vestía la larga túnica marrón de los Maestros del Trueno, miró a los ojos a la sacerdotisa, ataviada con el vestido naranja de la orden de Malcasec. La luz se encontró con la luz, y hubo plenitud.

— ¡Bienvenido, amigo! Brillas con las maravillas de la lejanía — la sonrisa de Marka resplandecía— . ¡Debes haber visto cosas extraordinarias!

Gervin siguió sonriendo, redescubriendo silenciosamente la magia de sus ojos después de su larga odisea. Para él, el viaje no había durado siete meses, sino siete eones. Porque en las esferas de la lejanía, el tiempo se puede estirar, curvarse hacia atrás, concentrarse en un solo punto, hacer que estalle en líneas que corren hacia cada dirección y de nuevo pueden ser estiradas y después curvadas en una infinidad de paradojas temporales.

1 – El libro de los inicios

Gervin no usó su voz física. Después de hibernar durante tanto tiempo, la regla era no mover ninguna parte del cuerpo durante al menos tres y, preferiblemente, siete días. Habló directamente a la conciencia de Marka mediante un canal de voz del espacio.

— ¡Marka, *mujer sabia en la Ley*, qué gozo verte de nuevo!

— ¡He esperado este momento con tanta impaciencia, *mi amigo en la Ley*! — Marka usó su voz normal.

— Mi cuerpo está vibrando con energías maravillosas. Me siento mucho más lúcido que cuando me fui. ¡Qué hazaña has conseguido, Marka! No siento ni rastro de la inercia pesada que usualmente aflige a los viajeros cuando regresan a su cuerpo. ¿Cómo puedo agradecerte tus tiernos cuidados?

— No me lo agradezcas, Gervin; agradéceselo a Malcasec, el gran ángel. Es su luz lo que he proyectado en tu cuerpo. Dime, amigo, ¿cómo se siente estar en un cuerpo humano después de haberse esparcido en la infinitud del espacio durante tanto tiempo?

— Como si me hubieran comprimido dentro de un punto minúsculo. La conciencia de los Dragones Voladores es inconmensurable, Marka. Mucho más de lo que la conciencia humana puede concebir.

— Las visiones que me mandabas eran prodigiosas.

— ¡Entonces, las recibías! — el viajero se regocijó.

— ¡Cada día, cada noche, cada hora! Las imágenes eran tan hermosas que a menudo me hacían llorar de emoción. Me conmovieron especialmente aquellas que me enviaste en el camino de vuelta.

— ¿La Fosa de la Eternidad? — preguntó Gervin, mientras pensaba como serían los ojos de Marka cuando lloraba.

— Y el Abismo de las Profundidades, donde la Madre de la Luz se puede ver sonriendo. Esto fue lo más bello de todo.

— Mmmm — asintiendo, Gervin continuó— Marka, los Dragones Voladores me han hecho prometer que lo primero que haría en cuanto volviese al Reino sería preguntar sobre la orden del águila Blanca. Desgraciadamente nunca había oído nada sobre esta orden. ¿Me

1 – El libro de los inicios

puedes contar algo sobre esto?

— Es una orden femenina, extremadamente antigua.

— ¿Tenemos alguna de ellas en nuestro templo?

— Sé que había una capilla del águila Blanca en el ala femenina del templo. Pero podría haber sido hace cientos de años. Creo que la orden del águila Blanca casi ha desaparecido del Reino.

— Bueno, Marka, esto va a cambiar. He comprometido la Palabra del Trueno. Encontraré a las águilas Blancas y haré un nido para ellas en Eisraim.

— ¿Comprometido la Palabra del Trueno? — Marka se rió admirada— Pero esto es extremo, Gervin.

— Los Dragones Voladores se han declarado los aliados de los Maestros del Trueno.

— ¿Has negociado una alianza entre la Túnica Marrón y los Dragones Voladores? — se maravilló Marka.

— Los Dragones Voladores han concedido una lluvia de presentes a mi orden, Marka. Nos han dado acceso total a los Bancos Universales de Conocimiento. Y han dado a los Maestros del Trueno permiso para usar el Espacio Matrix, el fenomenal sistema de guía que ellos usan cuando viajan por las esferas. Pero con una condición: que la Túnica Marrón otorgue su total e incondicional apoyo a las águilas Blancas, e incluso comparta con ellas algunos de sus más preciosos secretos. Si no hubiese aceptado inmediatamente, los Dragones Voladores me hubieran expulsado de sus esferas.

Marka estaba sobrecogida, la gloria de los mundos antiguos resplandeció en sus ojos.

— ¡Es toda una historia!

— Poesía en la lejanía. Empezó hace eones. Y los Dragones Voladores creían que un día los hijos del águila Blanca volarían a sus esferas y que la iluminación de amor llegaría. Lo llaman el Vuelo de las águilas.

— Y como vas a encontrar esas águilas Blancas?

1 – El libro de los inicios

— Los Dragones Voladores me dijeron que Barkhan Seer, el poderoso Maestro del Trueno, conoce a una de las águilas Blancas y la dirigirá hacia mí.

— ¡Barkhan Seer! ¿Pero no dice la leyenda que han pasado más de seiscientos años desde la última vez que se encarnó en el Reino?

— Ahora vive en las Alturas, pero no es un obstáculo para los Dragones Voladores. Ellos ya han contactado con él y lo han arreglado todo.

— Gervin, ¿sabes lo que la gente sabia de Eisraim dice de tu profesor Orest? Que él no siempre es fácil de seguir, pero uno *nunca* se aburre en su compañía. Bueno, esto se ha convertido en verdad para ti, amigo mío. ¡Tu vida está siempre llena de acontecimientos!

Los ojos de Gervin chispearon. ¿Era este el momento correcto? Cruzando la Fosa de la Eternidad en su camino de vuelta a las esferas de Melquisedec, se había prometido a sí mismo que el primer movimiento de su cuerpo físico sería tomar la mano de Marka, la manera atlante de pedirle que se casara con él.

— Dime, Marka, ¿qué ha sucedido en el Reino desde que me marché?

— No sólo buenas noticias, Gervin.

Todavía sonriendo, Gervin respondió con uno de los dichos del Trueno. — “Empecemos por lo peor”.

— Bobros, el gigante que vive en el Valle del Necromante, ha estado aterrorizando a la gente que vive en los bosques de Nadavan. Y ha destruido todas las cosechas y el ganado en el norte de la región, matando muchos campesinos.

— Bobros, hijo de Bobros... ¿El gigante Néfilim ha causado todos estos estragos?

— Es mucho peor. Ha usado la magia del valle del Nigromante para manifestar las antiguas fuerzas oscuras y esparcirlas como una plaga en los bosques de Nadavan. Miles de árboles han muerto, Gervin. Los elfos y las hadas que han escapado de las nubes negras de Bobros han huido del país. Si continúa así, no quedará nada de Nadavan. El área

1 – El libro de los inicios

entera se está convirtiendo en un páramo desolado de madera muerta y suelo rocoso y estéril. Y hace dos meses, se propagó una plaga por toda la ciudad de Eisraim, matando cientos de personas. Ha creado pánico en todas las ciudades de las Tierras vecinas. Ataca a la gente de repente y causa violentas convulsiones. Y los mata después de varias horas, entre temblores de horror.

— ¿Ha habido algún brote de esta peste en nuestro templo?

— No, todavía no. Pero en la parte norte del país, alrededor de la ciudad de Eisraim, se está propagando muy rápido.

— ¿Qué dice Orest de la Túnica Marrón?

— Hace tres semanas, el príncipe de Eisraim vino al templo en persona para una reunión con Orest. El día después, Orest partió hacia el bosque de Nadavan, llevándose a Ran Gereset, Esrevin y Melchard con él.

— ¡Esto suena muy serio! ¿Has sabido algo de Orest desde entonces?

— Hace cinco días, me envió un mensaje diciendo que quería que te unieses a él tan pronto como fuese posible. Te está esperando con Esrevin y Ran Gereset en la Planicie de Erriba, en la parte norte de Nadavan.

— ¿Tan pronto como sea posible? — dijo Gervin haciendo una pausa.

— ¡Dentro de los límites de lo razonable, Gervin! — añadió rápidamente Marka. Ella conocía el fuego irresistible que impulsaba a Gervin cuando se trataba de servir a su maestro. Los límites razonables y el Trueno nunca se habían llevado bien.

Gervin supo ahora con seguridad que no era el momento adecuado para tomar la mano de Marka.

— ¿Y qué me cuentas de ti, mi buena Marka? — preguntó—. ¿Qué te ha sucedido en estos últimos meses?

Los ojos de Marka brillaron con la inspirada Luz de su ángel.

— Gervin, Gervin... algo maravilloso ha acontecido. ¡He solicitado ser suma sacerdotisa de mi orden y el Oráculo ha respondido favorablemente!

1 – El libro de los inicios

— ¿Vas a convertirte en suma sacerdotisa de Malcasec? — los ojos de Gervin se abrieron de par en par.

— ¡Sí, Gervin! — respondió llena de gozo—. Ya he tomado el primero de los tres votos.

Esto significaba que nunca se casaría.

Gervin volvió el rostro y acalló su boca, rompiendo la promesa que se había hecho a sí mismo, con la Fosa de la Eternidad como testigo.

Sintiendo su inmensa decepción, Marka exclamó:

— Gervin, pero... es posible...

En un segundo, ella entendió. Quedó hecha pedazos.

Marka era una persona de gran humildad. Siempre había visto a Gervin como un guerrero brillante del Espíritu, destinado a las más altas funciones en Eisraim. A pesar de su juventud, ya se había convertido en un sanador famoso, doctor en la Ley, y profesor de varias artes ocultas. Tres veces, el príncipe de Eisraim le había ofrecido convertirse en uno de sus ministros. En cada ocasión, Gervin había declinado la oferta, pues prefería servir a su mentor Orest, el Gran Maestro del Trueno, famoso en el Reino, que atraía multitudes de peregrinos en sus raras apariciones públicas. Nunca había supuesto Marka que un hombre como Gervin, íntimo amigo y discípulo predilecto de Orest, la pudiese querer.

él era el hombre más bello que había conocido.

Contempló el fino y rizado pelo rubio que le había crecido hasta los hombros mientras dormía, la noble barba que ella misma había recortado unos días antes, la frente alta de hombre del norte, y los brillantes ojos de color gris verdoso que había recordado cada día durante las últimas treinta y dos semanas. De repente, su cuerpo ya no era el de un niño bajo sus cuidados.

La hermosa luz de sus ojos se ensombreció, y rompió en llanto.

Devastado, Gervin no sabía qué decir. Marka había sido su amiga y confidente durante más de cuatro años. No sólo había sido un apoyo constante, sino también una fuente de inspiración para él, y había

1 – El libro de los inicios

llegado a admirarla tanto que incluso había elegido renunciar a su pasión por el celibato, considerando que su compañía le haría un hombre mejor. Había estado cerca de tomar su mano en cientos de ocasiones durante el año anterior. Pero había querido ser sabio, y evitar apresurar las cosas como haría un *joven loco en la Ley*, y elegir el mejor momento posible. Ahora que la había perdido, no podía creerse el haber sido tan estúpido.

Marka estaba aturdida por la cruel realidad.

— ¿Me hubieses querido, Gervin?— preguntó con voz dubitativa.

Gervin encogió los hombros, ella ya había tomado su primer voto. No podía echarse atrás. Pero ciertas cosas en la vida son demasiado importantes para dejarlas implícitas.

— Gervin, por favor, respóndeme. ¿Me hubieses querido?

Tomando de la Fuente de las alturas del Trueno, Gervin hizo descender una dulzura infinita a la habitación.

— Marka, sabia mujer, déjame decirte algo que Orest me enseñó hace unos años, cuando anunció que me iniciaría como un Maestro del Trueno. Me advirtió que durante los nueve meses que me separaban de la iniciación, me llegarían muchas y atractivas ofertas, y que concurrirían ciertas circunstancias que intentarían alejarme de mi destino en la Túnica Marrón. “No te equivoques”, dijo Orest. “Estas tentaciones vienen del Príncipe de la Oscuridad”. Una semana más tarde fui abordado por un representante de Su Suprema Majestad el Rey de La Atlántida, ofreciéndome un alto cargo en el palacio real. Esto sólo fue el principio. Llegado a un punto, el Príncipe de la Oscuridad me envió incluso a uno de sus emisarios, Aphelion, para ofrecerme una propuesta impresionante. Gervin hizo una pausa, recordando aquel espeluznante episodio que casi le había costado la vida.

— Marka, quizás es lo que te está sucediendo en este instante. Odiaría ser el enviado por el Príncipe de la Oscuridad para llevarte lejos de Malcasec.

1 – El libro de los inicios

— Gervin, te prometo que nunca más lo mencionaré si tú no quieres que lo haga, pero, ¡por favor!, necesito escuchar esto de ti. Me hubieras...— dijo Marka dudando.

— Por supuesto que te querría. Te amo, Marka. No puedo imaginar un esposo mejor para ti que Malcasec, pero si no hubiese sido él, hubiese estado orgulloso de tomar tu mano.

1.3 El hombre que concedió un favor personal a Barkhan Seer.

— Nadavan, ¿qué te ha sucedido? — Clamó Gervin.

Erriba, como el resto del bosque, había sido arrasado. Gervin casi no podía creer lo que veía. Los bosques amigables adonde había venido a menudo en busca de inspiración, para escuchar a los espíritus de los árboles sabios y charlar con los frívolos duendecillos, se había convertido en un paisaje de muerte. Todos y cada uno de los arroyos se habían secado. Los lagos se habían desvanecido, como si una insaciable criatura del infierno los hubiese absorbido. Los árboles deshojados se alineaban anonadados, rectos y con todas sus ramas, sin darse cuenta todavía de que estaban muertos. Gnomo, ondinas, hadas, duendes, espíritus de hierbas preciosas, todos ellos habían huido, dejando atrás un suelo desértico, privado de todo pasto. Nuevas fisuras aparecían a cada hora en los glaciares, expeliendo humos nocivos cuyo hedor se asemejaba a la inmundicia del Inframundo, y espesaba las nieblas con tonos oscuros y ominosos.

Cuando Gervin llegó a la Planicie de Erriba, vio en la distancia una silueta vestida con el encapuchado hábito marrón oscuro de los Maestros del Trueno. Se apresuró, preguntándose cuál de sus compañeros le estaba esperando. Pero mientras se iba acercando, se dio cuenta de que el hombre era demasiado alto para ser Ran Gereset, Esrevin, o incluso Orest.

Gervin estaba desconcertado. Había menos de diez Maestros del Trueno en el Reino entero, a los cuales conocía muy bien, y ninguno

1 – El libro de los inicios

de ellos era tan alto como este extraño. Pero el hombre vestía la característica túnica marrón y su energía estaba sellada con los símbolos inequívocos del Trueno. Su luz era un resplandeciente fulgor, un aura cálida de puro oro líquido que contrastaba con la desolación negra del bosque.

A medida que Gervin se aproximaba, el hombre de anchos hombros retiró su capucha, revelando una cara cuadrada, corto pelo negro y una rizada y corta barba. “*¡Alabado sea Apolo, Gervin, Maestro del Trueno!*” Su saludo fue expresado con una voz profunda y melodiosa. — *¿Quién eres tú, hombre en la Ley?*

— Mi nombre es Barkhan Seer, joven. Tu maestro, Orest, me ha enviado a reunirme contigo y llevarte a donde te está esperando en compañía de Esrevin, Ran Gereset y varios de nuestros hermanos.

— *¡Barkhan Seer!* — Gervin se rió fascinado, porque su maestro le había transmitido el valor supremo de la risa cuando uno se siente sorprendido, o feliz, o decepcionado, o marcado por el destino— . *¡Pensaba que vivías en las esferas de las Alturas!*

— Y así es, pero hoy me revelo a ti.

Atusando su barba, gracias a Dios, Marka no la había cortado demasiado, Gervin observó más de cerca la aparición de las Alturas. Barkhan Seer parecía un hombre, pero sus rasgos habían sido forjados de una forma extraordinariamente precisa, y brillaba con una luz que se sentía extrañamente familiar.

— Esta luz que está contigo... — exclamó Gervin pensativamente— . Ha venido a visitarme muchas veces antes, ¿verdad?

— Muchas veces, sí.

— *Toda la Gloria sea para el Maestro.*

Gervin unió las manos enfrente del corazón, rememorando en un flash alguna de las difíciles situaciones en las que la luz le había apoyado. Una de las más espectaculares tuvo lugar seis años antes, en las montañas de las Tierras de Perentie, donde Gervin se vio atrapado por una avalancha. La luz de Barkhan Seer lo empujó violentamente al

1 – El libro de los inicios

interior de una pequeña sima, salvándole de ser aplastado por un enorme peñasco que rodaba colina abajo.

Sin embargo, no todas las intervenciones de Barkhan habían sido tan dramáticas. También en situaciones sencillas de la vida diaria, su hermosa luz había inspirado y confortado su Espíritu.

— ¿Qué es lo que me trae el inmenso privilegio de vuestra presencia hoy, Maestro Barkhan ? — preguntó Gervin con sincera reverencia.

— He venido para tomar parte en una ceremonia importante que sucederá en las horas venideras. Y necesito hablar contigo, Gervin.

— ¿Una ceremonia importante? — Desde su Conocimiento del Trueno, Gervin inmediatamente odió el sonido de este anuncio— .
¿Qué ceremonia?

— Vamos a poner fin a la obscena magia negra de Bobros, hijo de Bobros. Vamos.

Barkhan Seer tomó el brazo de Gervin y empezó a caminar por lo que había sido un bello sendero en el bosque, ahora una senda de puntiagudos guijarros, rodeada de rocas aterrizadas y esqueletos de árboles. Gervin caminó a su lado, recordando el esplendor que había sido Nadavan y enviando cariñosos y conciliadores pensamientos a las rocas.

— Creo que los Dragones voladores han hablado contigo sobre la Orden del águila Blanca, Gervin.

— Espero no haber cometido una insensatez comprometiendo la Palabra del Trueno y jurando proteger esta Orden sin saber nada sobre ello.

— ¡En absoluto! — Barkhan replicó con la dulzura única de aquellos que son poderosos entre los poderosos— . Si hubieras dicho que no, yo hubiese tenido que materializarme en las esferas de la lejanía en ese instante y explicar a nuestros amigos los Dragones Voladores que sus nebulosas de luz supramental habían aturcido tu juicio, y que realmente lo que querías decir era “sí”. Llanamente sí, y sí, gracias.

1 – El libro de los inicios

— ¿Entonces, es eso lo que hace falta para obtener el privilegio de tu divina intervención Barkhan Seer: un disparate cósmico? — Gervin sonrió—. ¡No me extraña que haya sentido tu presencia a mi alrededor tantas veces en el pasado!

— ¡Ese no es un buen camino a seguir! — Barkhan rió, dándole unas palmaditas en el hombro.

— ¿Me hablarás sobre el águila Blanca que vas a dirigir hacia mí? — Preguntó Gervin.

— Ella es una gran santa. Y una gran conocedora de la magia poderosa de los Antiguos Días de la Tierra. Aprenderás mucho de ella, pero primero tienes que procurarle instrucción. — Cuál es su nombre? — Teyani. — Barkhan pronunció su nombre afectuosamente, y con un toque de deferencia.

— Doña Teyani del águila Blanca. ¿En qué templo vive?

— Bueno, esto es parte de nuestro problema, hijo. La pequeña Teyani, que vive lejos, en las orillas oeste del Reino, sólo tiene nueve años. Ella todavía no es parte de un templo, y nunca ha escuchado hablar sobre el águila Blanca, excepto en sus sueños, por supuesto, porque el águila la visita cada noche.

— ¿Quieres que vaya y encuentre a la niña, Barkhan? ¿Debería traerla a Eisraim?

— No, esto no es lo que los dioses han decidido. Ella tendrá que encontrar la orden del águila Blanca primero, y unirse a un templo donde recibirá sus iniciaciones preliminares. Esto probablemente llevará un tiempo. Después tendrá que encontrarte por ella misma. Por supuesto, yo la ayudaré todo lo que legítimamente pueda. Pero los dioses han insistido en que ella primero debe someterse a varias pruebas que fortificarán su alma y le ayudarán a recuperar la fuerza de carácter, única, que ha sido suya en vidas anteriores. — ¿Y entonces, qué tengo que hacer yo?

— Dejar que ella venga a tí. Como he dicho, yo le ayudaré, tanto como los dioses me permitan. Entonces tú tienes que enseñarle.

1 – El libro de los inicios

Procúrale tanto conocimiento y poder como puedas. Y permítele crear un nido hermoso para ella y sus águilas en el Templo de Eisraim.

Barkhan Seer se detuvo. Apuntando al corazón de Gervin con el dedo índice de su gran mano, clavó sus fieros ojos negros en él y añadió — ¡Y más que nada, Gervin, sé su amigo! — el hombre alto hizo una pausa, y entonces, gentilmente insistió— ¡Su maestro, su padre y su amigo! Gervin, te estoy pidiendo esto como un favor personal, no sólo por los Dragones Voladores, sino por mí, por favor, ¿cuidarás de Teyani?

Sorprendido por el tono solemne de la petición, Gervin cerró sus ojos por un segundo. Entonces, su atronadora mirada se encontró con la de Barkhan Seer. — Palabra de Trueno. Yo cuidaré de Teyani.

— Gracias, amigo — Barkhan contestó suavemente, como si fuera desde lo alto de las esferas.

Los dos hombres empezaron a caminar de nuevo. Por un largo tiempo permanecieron en silencio, disfrutando del profundo espacio de compasión que Barkhan Seer había creado al haber pedido un favor humildemente en vez de emitir un mandato, y de la amistad que Gervin había creado dando su palabra con total sinceridad.

Mientras pasaban por un pequeño estanque que las bestias del Inframundo habían olvidado secar, Barkhan declaró con voz gozosa.

— Por cierto, Gervin, te enviaré un regalo con Teyani!

— ¿Un regalo? — Gervin sonrió con curiosidad. No cabía duda de que un regalo de Barkhan Seer sería especial.

— Un niño pequeño.

Gervin frunció el ceño, algo preocupado ante la idea de todos esos niños que estaban en camino hacia él.

Leyendo sus pensamientos, Barkhan se echó a reír.

— Y los Dragones Voladores te enviarán otro, pero más tarde.

— ¿Otro regalo, u otro niño? — Gervin preguntó con un toque de inquietud, pues repentinamente estaba viendo su familia crecer desproporcionadamente.

1 – El libro de los inicios

— ¡Ambos! — Barkhan bromeó, riendo.

“¡Qué madre tan hermosa hubiese sido Marka para estos niños!” pensó Gervin para sí mismo, mientras pasaban cerca de los restos de una gran higuera. Quebradas por su propio peso, todas las ramas principales habían caído, dejando un tótem afeitado apuntando al cielo en reproche.

Barkhan sintió la aflicción de Gervin.

— ¿Estás pasando un mal trago, amigo mío?

— Supongo que sí — Gervin no intentó ocultar la ola de pena que brotaba de su pecho.

— ¿Quieres contármelo?

Gervin se encogió de hombros.

— Durante años he escuchado a Orest repetir este dicho del Trueno: “La Verdad no puede esperar” y pensaba que había hecho todo lo posible para vivir de acuerdo a esta máxima. Excepto en un conjunto de circunstancias, en que olvidé aplicar el principio sagrado — suspiró profundamente—. Y ahora que he perdido un tesoro, no puedo culpar a nadie sino a mí mismo.

— No se puede hacer mucho al respecto, amigo mío. El pasado no se puede cambiar. Es mejor pensar sobre construir el futuro.

Gervin sopesó la idea de preguntar a Barkhan Seer algo más, pero decidió que sería fútil y permaneció en silencio, contemplando el armazón de un venado pudriéndose en un lado del camino. El arte negro de Bobros había funcionado tan bien que no quedaban ni siquiera aves de presa para limpiar la carne muerta. Dirigiendo su mirada al otro lado del camino, Gervin vio más esqueletos. Uno de ellos todavía se sostenía sobre sus cuatro patas; así de fulminante había sido el golpe de la muerte. Mirando hacia arriba, Gervin sintió el hedor suspendido en la niebla. Como se dio cuenta de que la pregunta no le dejaría en paz, se giró hacia su amigo.

— Barkhan Seer, conocedor de los eventos pasados, presentes y futuros, ¿me harías un gran favor?

1 – El libro de los inicios

— ¿Qué?

— Contesta una pregunta por mí. ¿Estaba escrito y planificado por los Señores del Destino y era deseado por los dioses, que Marka se convirtiese en suma sacerdotisa de Malcasec en vez de en la esposa de Gervin?

— No, de hecho no lo era — replicó el omnisciente sabio. Si le hubieses preguntado a tiempo, Marka se hubiese convertido en tu esposa.

Gervin apretó los labios y asintió. Lo que Barkhan Seer había dicho, él ya lo sabía muy bien. Pero por una extraña razón, se sintió mejor después de escucharlo.

— ¿Cómo he podido ser semejante durmiente? — Se culpó. Pero en la desesperada aridez del bosque, le fue imposible llorar.

La presencia de oro líquido de Barkhan Seer vino hacia él. No borró su aflicción, pero le añadió profundidad de Espíritu.

— ¿Me dirás qué mal trago me espera en esta ceremonia a la que me llevas?

— Ningún mal trago, Gervin. Sólo los cambios inevitables que acompañan el paso del tiempo.

Barkhan Seer habló con tanta suavidad que Gervin lo adivinó inmediatamente. Se detuvo, cerró sus ojos y se echó las manos a la cabeza:

— ¡Oh, no! ¿No me irás a decir que Orest está a punto de dejar su cuerpo?

Barkhan puso su mano en el hombro de Gervin, alumbrándole con la infinita compasión de la Madre de la Luz. Esperó unos segundos y dijo:

— Sólo un gran Sacrificio detendrá el maremoto de fuerzas oscuras que Bobros, el gigante, ha desatado desde el Valle del Nigromante. Orest debe ofrecer su vida para poder llevar a cabo una limpieza masiva y enviar esta magia perversa de vuelta al abismo.

1 – El libro de los inicios

En los Campos de Estrellas, mientras volvía de los Dragones Voladores, Gervin había cantado un himno a la Gran Madre por haberle honrado con un maestro como Orest y una amiga como Marka. Mientras cantaba, la Gran Madre había sonreído, pues pudo sentir la fuerza de su amor por ellos.

Habiendo perdido a uno, Gervin estaba a punto de perder al otro. Por un segundo, su conciencia estuvo de vuelta en la infinitud del espacio y miró hacia abajo, hacia el Reino, preguntándose si quería ser parte de un mundo donde no estuviese Orest y Marka viviese encerrada en una celda de la torre de Malcasec.

— Gervin — Barkhan le llamó de vuelta—. Esto no es todo. Ya que Orest, Gran Maestro del Trueno, debe partir hacia los Campos de Paz, debe ser remplazado por un nuevo Portador del Trueno. Tú eres el elegido, Gervin.

Escuchado esto desde los Campos de Estrellas, donde gigantes nubes de luz y nebulosas llenas de color vagaban descuidadamente bajo el ojo vigilante del Espacio Matrix, sonaba bastante inocuo. Pero cuando se encontró de vuelta en su cuerpo y lo escuchó por segunda vez, Gervin quedó conmocionado. Hasta entonces, había pensado a menudo que la elevada tarea de Gran Maestro del Trueno era admirable, como una inmensa cripta sagrada con sus puertas abiertas a todos los misterios de la creación. Pero ahora se daba cuenta de la soledad que le esperaba en la cripta. La niebla se había espesado a su alrededor. A causa del desconsuelo de la naturaleza, el crepúsculo no se tiñó de matices rojizos, sólo hubo oscuridad.

— ¿No hay ninguna posibilidad de que pueda partir con el Maestro Orest, y seguirle al Reino de los Cielos? — preguntó Gervin, tanteando.

— Te necesitamos aquí, Gervin. Una tarea monumental te espera, un trabajo con consecuencias de largo alcance. Cambios dramáticos están a punto de suceder en el Reino, tanto que nuestro linaje tendrá que retirarse al Reino de los Cielos. Tú serás el último de los Portadores

1 – El libro de los inicios

del Trueno en el Reino por un largo tiempo. Tú eres el que hemos escogido para asegurar la transición y transferir al Reino de los Cielos un archivo inmenso que contendrá el Legado Atlante.

Gervin asintió, contemplando la espesura de la silenciosa niebla.

1.4 El Gran Sacrificio del Portador del Trueno.

Barkhan Seer y Gervin llegaron a la Planicie de Erriba con las primeras luces del alba. Allí, una visión extraordinaria les estaba esperando.

Un gran fuego había sido encendido. Tras él, Orest estaba sentado en meditación, con los ojos cerrados y la cabeza cubierta con la capucha de su túnica marrón. Gervin le reconoció inmediatamente por su larga y rizada barba gris plateada y la luz especial de su aura. Ran Geraset, su hijo, estaba meditando a su derecha, Esrevin y el joven Melchard, los otros dos discípulos hermanos de Gervin, estaban a su izquierda. Orest, Gran Maestro del Trueno, había empleado todo su poder. Entonando himnos ancestrales de la Ley, elevó una enorme columna de luz que comenzaba en la pira y ascendía a gran altura en el cielo, donde desaparecía entre la bruma gris. El obelisco majestuoso de luz se alzaba erecto, como una gigantesca vara relampagueante, preparada para transmitir la ofrenda de Orest al cielo de los dioses.

Pero la parte más increíble de la escena era la congregación de los cien Maestros del Trueno, que habían descendido desde las esferas para tomar parte en el sacrificio y en la ceremonia de investidura del nuevo Portador del Trueno. Nunca antes había contemplado Gervin tanto poder en el Reino. Vestidos en sus largos ropajes marrones, permanecían inmóviles y silenciosos, formando dos hileras que delineaban un ancho corredor que empezaba en la pira. Se situaban frente a frente. El espacio entre ellos se convirtió en un pasadizo de asombrosos destellos y luces de todos los colores en rápido movimiento.

1 – El libro de los inicios

— ¡Oh, Dios mío! — Gervin derramó lágrimas de reverencia.

— Estos son algunos de los Portadores del Trueno que te han precedido, Gervin. Cada uno de ellos fue un Gran Maestro del Trueno

— Barkhan guió lentamente a Gervin hasta la entrada del iluminado pasadizo. — Han venido a transferirte sus poderes.

La Planicie de Erriba era un espacio grande y llano, sin árboles. Lo que había sido verde y exuberante, era ahora gris y árido. En este paisaje irreal, que todavía parecía más espeluznante por el silencio sepulcral y la tenue luz del amanecer, Gervin se encontró a la entrada de un templo de luz. Al final del túnel se podía ver un brillante obelisco enraizado en el fuego, con Orest detrás de él.

Ahora que había tomado su lugar para el ritual, Gervin ya no podía ver a Orest. Pero Orest le envolvió con su presencia y su amor, y le habló a través del espacio:

— Gervin, mi hijo en el Trueno y querido amigo, el gran día ha llegado.

— *¡Toda la Gloria sea para el Maestro!*

Gervin dio las gracias, como hacía siempre que se reunía con su maestro. Pero esta vez no dijo las palabras con alegría. Sin haber podido integrar todavía el inesperado giro del destino, sentía pesar en su corazón.

— Me gustaría poder ser más fuerte, Orest. No hay otra cosa en el mundo que desee más que ser capaz de conducir este sacrificio en tu lugar, que mi vida pueda ser ofrecida para anular la magia de Bobros y que tu preciosa vida no sea desperdiciada. El Reino estará vacío y lleno de tristeza sin ti. Y tan apagado.

— Gervin, alma brillante, tú podrías muy bien llevar a cabo este sacrificio en mi lugar y reducir a Bobros a las cenizas del olvido por tu propio Gran Sacrificio. Pero abandonando mi cuerpo hoy, aprovecharé estas desafortunadas circunstancias para transferirte esta ingente cantidad de fuerzas. La infame escoria elemental que Bobros ha dispersado por toda nuestra tierra será mi ofrenda a los cielos de los

1 – El libro de los inicios

dioses, alimentando el ritual de fuego más colosal que he conducido nunca. Auxiliado por estos cien Portadores del Trueno, voy a estremecer el cielo de los dioses, Gervin. Déjame decirte, ¡los dioses van a recordar esto! Y para esta noche, se habrá concentrado tanto poder en tu Vara de Trueno que nada en el Reino será capaz de oponerse en tu camino. ¡Y necesitarás este poder, Gervin! Al final de la gran tarea que los Maestros del Trueno han preparado para ti, tendrás que ejecutar un ritual de incluso más significado y magnitud que este: la transferencia del Archivo.

— ¿Quién mejor que tú puede llevar a cabo un ritual tan importante como este, Orest?

— Gervin, tu hora ha llegado. Ahora os corresponde a tí, a Ran Gereset, a Esrevin y a los demás llevar a cabo la tarea. Y la tarea será enorme. Preparar los campos para la transferencia del Archivo te llevará por lo menos veinte años. No te dejo un legado fácil, amigo mío. Pero confío en que tendrás éxito. Tienes madera. Y desde los Campos de Paz, estaré contigo todo el camino. Además, tú serás el más dotado Portador del Trueno que nunca haya existido.

¡Mira enfrente de ti, Gervin! Al atardecer, cuando camines por el corredor de la luz, todos estos sabios colmarán tu Vara de Trueno con sus poderes, y seré afortunado si todavía queda algo que yo te pueda dar que no hayas recibido todavía en el momento en que llegues a la hoguera.

La luz en el corredor se había vuelto más brillante. Contra un fondo de matices plateados de luz de luna, cuarzo rosa y zafiro oscuro, relámpagos azulados como lanzas se desintegraban salvajemente en su camino de un Maestro del Trueno al otro. La incandescencia parecía tan sólida y las trémulas olas tan tempestuosas que Gervin se preguntó si tendría que luchar para hacerse camino a través de la luz.

— Gervin, hay muchas cosas que me hubiera gustado decirte, pero el tiempo apremia. Después del ritual, Barkhan Seer te dará todas las instrucciones que necesitas. *Adiós, mi amigo en la Ley*, y gracias por

1 – El libro de los inicios

ser quien eres. Me has dado un gran gozo.

— *Toda la Gloria sea para el Maestro.*

— *¡Gloria para el Dios que era en el principio, es y siempre será!
Nos encontraremos de nuevo en los Campos de Paz.*

— Permanece inmóvil y no hagas nada — Susurró Barkhan al oído de Gervin — . Tu papel empieza al atardecer.

Orest fue el primero en cantar. Entonó una lenta y grave recitación de uno de los himnos más antiguos de la Ley, que alababa a la Madre de la Luz por haber iniciado la creación. Al mismo tiempo, iba echando cenizas en el fuego y atraía con su conciencia pedazos de las energías oscuras que Bobros había esparcido por Nadavan y más allá. La pequeña nube negra se movió hacia el obelisco de luz y se desvaneció. Uno de los más grandes rituales de limpieza de todos los tiempos había empezado. A dos días de camino, en el lúgubre corazón del Valle del nigromante, Bobros el gigante, cuya visión era grande, sintió que un ritual de fuego estaba en camino. Encogió uno de sus enormes hombros con desprecio. Considerando el maremoto de cieno que había hecho que el valle vomitase en la zona, esta limpieza no era amenaza para sus malvados planes. Al ritmo que iban, los cerditos marrones, así llamaba él a los Maestros del Trueno, cuya reunión había estado observando desde su tercer ojo, necesitarían más de un año para limpiar apenas la Planicie de Erriba.

Al segundo himno, Ran Gereset, Esrevin y Melchard unieron sus voces con Orest. Los cuatro hombres atrajeron pequeñas nubes de la influencia negra de Bobros en la columna de luz. Pero al tercer himno, todo cambió. Siguiendo a Barkhan Seer, los cien Portadores del Rayo empezaron a proyectar la Voz. Un sonido asombroso fue liberado, como olas expansivas de energías incandescentes vertidas desde sus bocas.

El fulgor del corredor pasó de brillante a cegador. El obelisco de luz se triplicó en anchura, y las feas nubes de humo negro fueron arrastradas hacia allí por el poder de los himnos. Abajo, en el Valle del

1 – El libro de los inicios

Nigromante, Bobros frunció el ceño. Dejó caer una pieza de carne cruda que estaba desayunando y miró con curiosidad para ver qué le había pasado a la extraña columna de luz, después de haber sido atacada por su humo negro. Para el desmayo de Bobros, parecía que en vez de perder intensidad, el obelisco estaba volviéndose cada vez más brillante.

En la Planicie de Erriba, el torrente de Voz resonaba constante. Los himnos entonados, avivados por el poder de la Voz, parecían insaciables. Pronto la columna de luz se volvió tan ancha que Orest y sus discípulos fueron engullidos por ella, y siguió creciendo hasta que abarcó el pasadizo entero y a los cien Portadores del Trueno, Barkhan Seer y Gervin. Unidos en la luz, proyectaron la Voz implacablemente. Eran apenas las ocho de la mañana.

Bobros, preocupado, se retiró a su cueva y empezó a preparar su contraataque.

En el templo de Eisraim, Marka fue la primera que sintió las olas sísmicas de luz provenientes de la limpieza en Erriba. En su pequeña celda en la torre de Malcasec, había una atmósfera densa de aflicción, pues Marka había estado llorando toda la noche y el día antes y la noche antes de aquella. Pero tan pronto como los Portadores del Trueno empezaron a proyectar la Voz, la habitación brilló con luz blanca, y sintió la presencia de Gervin con ella. A través del espacio, intentó llamarle. En respuesta, la luz se volvió más brillante y la presencia de Gervin se tornó más fuerte. Ninguna palabra se pronunció. Pero la fuerza era tan intensa y la huella en el espacio tan clara, que ni un solo momento desapareció la presencia de Gervin en los siguientes treinta y cuatro años que Marka pasó meditando y rezando en aquella habitación. Permaneció con ella y la apoyó constantemente, no sólo en los primeros años, mientras ella luchaba contra sí misma para no salir corriendo y echarse en los brazos del hombre que no podía olvidar, sino también en los últimos años, cuando el deterioro de los campos energéticos en Atlántida era tal que

1 – El libro de los inicios

la luz de Malcasec difícilmente podía seguir sintiéndose, y las sumas sacerdotisas empezaron a morir una tras otra de desespero y hastío. Aquella mañana, en un templo cercano a la torre de Malcasec, Mouridji la profetisa percibió la visión del obelisco de luz, y oyó la Voz de los Portadores del Trueno.

— ¡Oh, *mi Señor Melquisedec!* ¡Luciana! ¡Corre a avisarles, rápidamente!

— ¿Eh?

Luciana de la Túnica Verde se había quedado dormida en su meditación. Se frotó los ojos.

— ¿Avisar a quién, Mouridji?

— ¡A todo el mundo, Luciana, avisa a todo el mundo! Y diles que envíen un mensaje al templo de Lasseera inmediatamente. Pero diles que se mantengan en silencio. Probablemente es una ceremonia secreta.

— ¿Pero avisarles de qué?

— ¡Orest de la Túnica Marrón está transmitiendo su poder a Gervin! ¡Todo su poder! ¡Todo! Podría terminar en un Gran Sacrificio — Y desde su visión profética, la pequeña sacerdotisa añadió: “¡Y Gervin tendrá que ir a retar a Bobros el gigante, y uno de ellos morirá!”

Mouridji de la Túnica Púrpura, para quien el chismorreo era parte central del sistema de comunicación en Eisraim, envió mensajes a través del espacio a todos sus amigos, los cuales alertaron a sus amigos, y en cuestión de minutos todos los sacerdotes y sacerdotisas de Eisraim lo supieron. Los cocineros soltaron sus sartenes, los jardineros sus bolsas de semillas y los albañiles dejaron sus lugares de construcción. Todos convergieron en las capillas y se sentaron inmóviles y silenciosos. Y aquellos sacerdotes cuya función normal era sentarse inmóviles en sus capillas, se sentaron incluso más inmóviles y más silenciosos. Las vacas, las cuales siempre eran sensibles en extremo a las vibraciones espirituales del templo, contuvieron sus mugidos. En el pequeño lago al exterior del primer

1 – El libro de los inicios

vestíbulo de Melquisedec, también los cisnes quedaron inmóviles e incluso los peces nadaban cautelosamente. En este silencio cósmico sintonizaron con la gigantesca limpieza desde la distancia, y así recibieron la luz.

Hacia el final de la mañana, se había ofrecido al cielo de los dioses tal cantidad del perverso cieno de Bobros, que la pesada atmósfera de miedo y desespero que la plaga había creado en la ciudad de Eisraim, empezó a despejarse. Algunos de los que habían caído enfermos la noche anterior, vieron cómo sus convulsiones se detenían y pudieron levantarse, maravillados de seguir con vida. Muchos de ellos incluso se cuestionaban si quizás estaban muertos después de todo y, cuando volvían a sus actividades normales, se miraban unos a otros suspicazmente, dudando sobre si estaban rodeados de fantasmas, pero sin atreverse a preguntar, por si acaso eran ellos los fantasmas entre los vivos.

Cuando llegó el mediodía, los bosques de Nadavan habían sido completamente despejados. Los primeros pájaros volvieron. En algunas áreas incluso empezó a llover de nuevo.

Bobros, furioso al ver que el ritual de limpieza había sido todo un éxito, lanzó un contraataque masivo. No gastó tiempo con formas menores de magia. Se fue directamente a La Sima Abismal, que se encontraba cerca de los pantanos al exterior de su cueva. Allí, mucho tiempo atrás, cuando el Reino era todavía joven, Harmag El Nigromante, el hijo de Azazel El Vigilante, había invocado los ominosos poderes que hicieron que el valle se volviese oscuro, y los espíritus de la naturaleza malvados, y las brumas espesas y amenazantes, y el paisaje atrocemente tétrico y lleno de sombras y visiones del infierno. Fue a partir de entonces cuando el Valle se conoció como el Valle del Nigromante.

Bobros, quien creía que era descendiente de Harmag el Nigromante a través de una larga línea de gigantes Néfilim, alzó sus manos desafiantes hacia el cielo y volvió la cabeza hacia el abismo. Usando

1 – El libro de los inicios

la Voz, masculló una invocación misteriosa que no había aprendido de Bobros su padre, sino de Bobros su abuelo, y que los anteriores gigantes del linaje Bobros habían transmitido de generación en generación, quizás incluso desde el tiempo del mismo Harmag. Las vibraciones negras de muerte empezaron a verterse desde su boca, evocando una respuesta instantánea. La Sima vomitó un aluvión de cieno, y el valle se volvió más oscuro al instante. Furiosos vientos barrieron los pantanos, para el jubiloso deleite de los malvados espíritus de la naturaleza que, desde los tiempos de Harmag, habían estado totalmente fuera de sí y sólo se regocijaban cuando se avecinaba un gran desastre. Pronto, una gran sombra se apoderó del área entera de Nadavan, espantando aquellos pájaros que se habían aventurado a volver y secando las primeras lluvias.

En las alturas, los moradores de los mundos de los dioses miraron hacia el Reino y observaron con interés, pero también con un atisbo de alarma. Las fuerzas que el gigante Bobros estaba liberando eran tan poderosas que fácilmente podían descontrolarse, inundando el Reino entero con el fango más oscuro y alterando el equilibrio de las esferas. Abajo en el Reino, en la ciudadela que los gigantes Néfilim habían construido para sí mismos en lo más alto de los escarpados acantilados en el extremo final de la Península del Este, para poder recibir orgullosamente los primeros rayos de sol que bañaban el Reino cada día, pronto la Palabra difundió que Bobros, el Nigromante, estaba enfurecido y a punto de enzarzarse en un duelo de magia. Los gigantes, sintonizando con los poderosos campos de energía que les permitían espiar todo lo que pasaba en el Reino, contuvieron su aliento y observaron, preguntándose quién saldría victorioso de esta confrontación titánica.

Ni desde arriba ni desde abajo, sino desde la nada donde él habita por siempre, Ahriman, el Príncipe de la Oscuridad, también observaba con interés, preparado para atacar como una bestia de presa oculta en la noche. Como los dioses, él sabía bien que Bobros podía perder el

1 – El libro de los inicios

control sobre las fuerzas que había desencadenado. Si sucediese esto, sería arrastrado por la corriente, y el maremoto afótico de negro cieno sería la oportunidad perfecta para Ahriman de lanzar un ataque devastador en el Reino, esparciendo plagas, guerras y caos.

En la Planicie de Erriba, la columna de luz se había tornado tan amplia que no sólo comprendía el pasadizo y los cien Maestros del Trueno, sino la planicie entera y algunos de los bosques circundantes. Cuando escucharon el Abismo resonando con el clamor perverso y cuando vieron la horrenda inmundicia brotando de las profundidades, los Portadores del Trueno alzaron sus Voces. Juntos, proyectaron la Palabra del Trueno, que es la Voz de la Tierra y el más grande poder del cielo de los dioses.

Era impresionante, impensable. Temblando por su propia Voluntad, la Tierra se estremeció una y otra vez. Y desde más alto que donde moran los dioses, el relámpago golpeó el obelisco, que entre tanto se había convertido en una gigantesca llama de luz, visible desde todas las esferas. Y los himnos de la Ley, más hambrientos que nunca a causa de tanto fuego, empezaron a devorar la oscuridad que cubría Nadavan.

Bobros también alzó su Voz, y desde el Abismo llamó a la escoria del fin de los tiempos y a la Oscuridad sin fin que debe engullir todas las cosas cuando llegue el final, cuando todo sea cumplido, o mucho antes, si ganase el lado oscuro.

Sobre las nubes, los dioses se inquietaron, preguntándose si habrían sido descuidados dejando que las cosas llegasen tan lejos.

Lejos, en el Este del Reino, los gigantes Néfilim gritaban vítores de ánimo que Bobros nunca escuchó, tan estridentes eran sus propios gritos mientras extraía escoria del Abismo.

Ahriman, frío, impasible, preciso, siguió observando.

La Sima Abismal que Bobros había invocado se estaba convirtiendo en un volcán de perdición, escupiendo oscuridad en vez de lava. Orgulloso de su trabajo, Bobros rió a carcajadas, convencido de que

1 – El libro de los inicios

ningún poder de la creación podría resistírsele.

Pero los himnos insaciables de la Ley engullían la oscuridad tan pronto como emergía del volcán, convirtiéndose en una ofrenda de luz que ascendía mediante el obelisco.

Bobros, estirando con toda la fuerza de sus riñones y pidiendo ayuda a todos los nigromantes de su linaje, extrajo todavía más oscuridad del abismo. Sin embargo, cuanta más bazofia manifestaba, más hambrientos se tornaban los himnos de los Portadores del Trueno, y más oscuridad era convertida en luz.

Bobros comprobó que la luz iba ganando terreno, despacio pero con seguridad, y se dio cuenta con terror de que la limpieza de Orest podría resultar no sólo en detener la plaga que había causado, sino también en despejar el Valle del Nigromante por completo. En un flash, se vio a sí mismo convertido en la vergüenza de su linaje, el destructor de la belleza que la magia negra de Harmag ha creado y que había perdurado desde entonces.

Viendo que el tiempo trabajaba en su contra y sabiendo gracias a su visión profética que Orest había prometido dejar su cuerpo al atardecer, Bobros buscó como recurso una antigua artimaña mágica. Era un truco que sus ancestros habían usado en un pasado lejano, cuando muchas más cosas eran posibles en la tierra y el Tiempo no era, de ninguna de las maneras, tan rígido como se había vuelto con el pasar de los años. Bobros, hijo de Bobros, intentó acelerar el curso del sol para hacer que el crepúsculo llegase antes.

Esto fue un error fatal.

Los hechizos mágicos que, en la antigüedad, podían controlar el tiempo, habían dejado de tener los efectos predecibles que tenían en la época de Harmag. La verdad era que el Tiempo, el destructor de todas las cosas, había destruido hacía largo tiempo su propia magia. Bobros apenas había recitado su peligrosa fórmula cuando un temblor total se hizo sentir en el Valle del Nigromante.

1 – El libro de los inicios

Los dioses contuvieron su aliento.

Los gigantes Néfilim de la Península del Este palidecieron.

Ahriman sonrió.

La Sima Abismal dudó, como si se sintiese insegura. La escoria que vomitaba no solo disminuyó en volumen, sino que también parecía titubear sobre si existía realmente. El maligno entusiasmo del valle y el orgásmico frenesí que animaba a los pervertidos espíritus de la naturaleza, se miraron el uno al otro incrédulos. Los espantosos vientos vacilaron, sin saber en qué dirección soplar. Bobros, suspicaz a causa de su propio hechizo, se preguntaba si todo esto estaba realmente sucediendo.

Pero en un flash se dio cuenta de que el completo desastre era inminente. Percibió una ola de destrucción que no respetaba nada, ni siquiera a sí misma, y por ello amenazaba con la extinción total, incluso a sí misma.

Reuniendo todo su poder y fuerza, aulló con la Voz para sellar la Sima y detener todo, antes de que lo imparable fuese desatado.

Por un minuto o dos, el Valle entero se tambaleó, mientras quejumbrosas burbujas estallaban en los pantanos.

En aquel momento, el hechizo se desvaneció, y un misterioso y apacible silencio se hizo patente. Por un segundo, el valle recuperó su antigua forma, cuando era exuberante y jubiloso, y cuando el ganado solía pastar feliz en sus laderas.

“¡Oh, mierda!” exclamó Bobros.

En un desesperado intento por restablecer la oscuridad, se giró hacia la Sima Abismal, “¡Harmag, Harmag! ¡Invoco tu veneno!” Y así sostuvo el Espíritu de su valle, repeliendo la luz con cada fibra de su ser.

“¡Harmag!” ¡Harmag!”

Bobros sumergió su conciencia en el abismo, decidido a alcanzar el fondo del foso, aquel misterioso dominio que abarca todos los poderes, donde la oscuridad y la luz son uno y donde todas las cosas son posibles.

1 – El libro de los inicios

Tensando cada músculo de su cuerpo colosal y exprimiendo la fuerza de sus riñones, invocó furiosamente: “¡Harmag! ¡Harmag!”

De lo más hondo del abismo, respondió un hambriento y sibilante aliento de oscuridad, envolviéndole, invitándole a entrar en el foso. Tan grande era la atracción, tan irresistible el embrujo, que Bobros se lanzó a los brazos de su amada noche maligna.

él se sacrificó, desatando sobre el valle los frutos de su nigromante y crónica pasión por el lado oscuro. Las nieblas se densificaron con su veneno, los espíritus de la naturaleza se alimentaron con su ira.

El furtivo destello de luz se desvaneció. La condena y la penumbra regresaron.

El Vallen del Nigromante pervivió.

Mientras tanto, el poder formidable de los Portadores del Trueno siguió consumiendo el fango perverso, con tan alta tensión, que en menos de tres minutos, toda la oscuridad que Bobros había esparcido fue neutralizada. Nadavan estaba totalmente limpio, la plaga de Eisraim destruida y todos los restos de la influencia malvada de Bobros habían desaparecido de las Tierras de Eisraim.

Cuando Orest vio que el poder de los himnos estaba a punto de atacar la oscuridad del Valle del Nigromante, levantó su mano y detuvo el ritual, pues era sabio y sabía que todas las cosas tienen su lugar en el mundo. El valle era el guardián de fuerzas ancestrales y merecía respeto por la singularidad de su energía. De todos modos, la Victoria fue total. No quedaba ni rastro de las inmundas vibraciones con las que Bobros intentó envenenar Eisraim y las Tierras vecinas.

Los Portadores del Trueno quedaron en silencio.

En los cielos, los seres celestiales aplaudieron y cantaron himnos deslumbrantes, preparados para recibir a Orest como héroe entre dioses y hombres.

En la Península del Este, los gigantes, enfurecidos al ver a uno de sus campeones vencido, rugieron su furia y juraron venganza.

1 – El libro de los inicios

En ninguna parte, Ahriman encogió los hombros, indolente, y reanudó sus tareas de oscuridad sin fin.

— ¡Ganamos, Luciana! ¡Un triunfo! — aclamó Mouridji, la sacerdotisa.

Luciana, sin saber exactamente qué se había ganado, pero arrastrada por un irresistible sentimiento de victoria, se levantó y aplaudió, y todas las sacerdotisas en la capilla la siguieron. Rieron ruidosamente y se felicitaron unas a otras.

Gracias a Mouridji, la Palabra pronto alcanzaría el resto de capillas del templo de Eisraim, y todos aclamarían a Orest de la Túnica Marrón por lo que sería recordado como “El despeje de Erriba”.

1.5 El mito de la creación de los Portadores del Trueno.

Finalmente, la hora del crepúsculo había llegado.

El obelisco incandescente había vuelto a su tamaño original, pero la Planicie de Erriba estaba todavía inundada por completo con luz blanca.

Los cien Portadores del Trueno permanecieron inmóviles y en silencio, como pilares de luz, llameando sus auras con la insondable energía desencadenada por la Palabra del Trueno.

Gervin, al lado de Barkhan Seer, permaneció a la entrada del corredor de luz, con el fuego y el obelisco al otro lado, y Orest meditando tras el fuego.

— ¡Ahora! — Barkhan Seer dio la señal, tocando el hombro de Gervin.

Gervin giró su cabeza hacia él brevemente, despidiéndose con sus ojos.

En realidad, se estaba diciendo adiós a sí mismo. Sabía que, tan pronto como entrase en el corredor, nunca más sería el mismo.

Tres pasos le separaban del pasadizo de luz y los misterios de los Portadores del Trueno.

1 – El libro de los inicios

Dio el primer paso, susurrando el verso de la Ley: “*¡Una ley, un camino! ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*”

Dio entonces el segundo paso.

Desde la torre de Malcasec, Marka escuchó la despedida. Se entregó a la Elevada Luz de su ángel, y susurró en respuesta: “¡Adiós, hombre hermoso!”

Lejos, en el norte, cerca de un gran lago de las Tierras de Perentie, una vieja y arrugada mujer recordó el hijo que la había dejado hacía tanto tiempo, y lloró. Llamó a su marido: “¡Harvin en la Ley! ¡Gervin está muriendo! Nuestro hijo se está muriendo, nunca le volveremos a ver”. El viejo Harvin se mordió el labio, un hábito que había tomado de su padre y cultivado durante toda una vida de desilusiones, y rezó al buen dios Melchisedeck que tuviese piedad de su hijo. Había sido tan buen chico, tan listo, cuando era pequeño: “¿Por qué en el Inframundo quiso viajar y seguir a aquel maldito monje marrón?” Harvin se sintió desconcertado de nuevo. “¡Qué gran pérdida! Hubiese sido tan feliz siendo barquero, conmigo y su tío”. Y suspiró, con sus ojos fijos en el humeante fuego, en el centro de la única habitación de su choza, hecha de ladrillos de barro, considerando las maravillosas oportunidades perdidas y la buena vida que Gervin hubiese tenido si hubiera escuchado la sabiduría de su padre.

En una capilla del ala femenina del templo de Eisraim, Mouridji de la Túnica Púrpura era asaltada en medio de su meditación por una de las más brillantes visiones que nunca había recibido:

— ¡Luciana! — susurró en su voz profética, con los ojos entrecerrados, y totalmente deslumbrada por lo que estaba viendo—
¡Vete a avisarles!

— ¿Qué, Mouridji?

— ¡Van a tirar a Gervin al fuego!

— ¿Quién? — preguntó Luciana helada de terror— . ¿Los gigantes Néfilim?

1 – El libro de los inicios

— ¡No, Orest y sus amigos! ¡Oh, Dios mío! Si Gervin sobrevive, entonces...

— ¡Oh Dios mío! — Mouridji fue interrumpida por otra visión, que venía del mundo de los dioses— . Y diles a todos que los dioses...

Ella empezó a hablar, pero la divina providencia la contuvo.

Lejos en las alturas, en el cielo de los dioses, los hijos de Apolo detuvieron su vuelo y dirigieron su resplandeciente mirada a la Planicie de Erriba.

Mucho, mucho más allá, allende los Campos de Estrellas y la misteriosa Fosa de la Eternidad, esparcido en una infinidad de espacios superpuestos y realidades paralelas, un Dragón Volador escuchó la despedida de Gervin. *“Bienvenido a la eternidad, amigo de la jerarquía humana,”* dijo en un susurro.

Y la Madre de la Luz sonrió.

Gervin dio el tercer paso.

Así como entraba en el corredor, toda la luz desapareció, y el obelisco de fuego, y los cien Portadores del Trueno.

Sólo vio oscuridad, rodeada de oscuridad,

Como era antes del principio,

Cuando la creación todavía no había empezado

Y el Tiempo no había iniciado su curso

No había izquierda ni derecha, tampoco arriba ni abajo,

Ni muerte ni inmortalidad

En un vacío incomprendido,

El fluido aliento de la nada barría el espacio cero— dimensional,

Preñado de tiempos venideros.

Conteniendo las semillas de todos los futuros posibles

En este Noble caos, que era a la vez ninguna y todas partes

Emergió una sinfonía de voces,

Que revelaba la Vida fuera de la oscuridad

Y preparaba el nacimiento de la luz

Las voces entonaban el amanecer de la creación.

1 – El libro de los inicios

Fue el primer aliento, el primer viento
Y hubo un centro y una periferia,
Y nacieron los límites, para que el infinito pudiese respirar
Y Arriba miró abajo, y Abajo le devolvió la sonrisa
Uno se convirtió en Dos
Preparados para desearse el uno al otro
Pero todavía no del todo conscientes de hasta dónde tendrían que
llegar
Y cuánto tiempo transcurriría
Hasta que pudieran volver a ser Uno
Por aquel entonces, el tiempo ya había nacido
Se había originado un cosmos de inmensa complejidad:
Miríadas de espacios en expansión
Mundos fluyendo hacia todas las direcciones,
Esferas girando alrededor de esferas,
Y nacieron las criaturas en todos los mundos.
Los Asuras llegaron primero, y eran formidables
Hallándose en la cúspide de la creación, sus poderes primordiales eran
incuestionables
Gritaron a toda voz, asombrados de su propia gloria
Intoxicados con su propio poder, se volvieron orgullosos y arrogantes
Se proclamaron a sí mismos como el Dios único
Olvidando que sus luces brillantes eran meros reflejos
De la Fuente Gloriosa y única a la que debían su nacimiento.
Por ello el asura de la vida se convirtió en el asura de la muerte
El asura del poder se convirtió en el dios de la guerra
Grandes faros angélicos se tornaron preceptos de oscuridad
Y, tras ellos, cayó el resplandeciente portador de la luz, Lucifer,
Y los Ancianos de los Ancianos les condenaron
Y despedazaron sus mundos,
Y dieron origen a una segunda creación de dioses.
Nacidos de la Madre de la Luz, los dioses se despertaron en el Mar

1 – El libro de los inicios

Fundido,
Y celebraron sacrificios al Dios único,
Y la fuerza del Dios único fue la suya propia
Y hubo guerra en los cielos
Enfrentamientos sobrecogedores que prendían en llamas las esferas
Y planetas enteros se quebraban formando asteroides
Luz luchando contra oscuridad, dioses contra asuras,
ángeles contra titanes, Espíritus de la Verdad contra ángeles caídos.
Los dioses triunfaron en la cumbre de las esferas.
Conquistaron el néctar de la inmortalidad y sus poderes arquetípicos
Dominaron la magia matemática del cielo más alto
Y con genio y audacia, repudiaron a sus enemigos a las regiones inferiores
Forjaron un cielo seguro para sí mismos.
Un mundo glorioso de luz y fuego, la cúspide de la elevada pirámide de los mundos,
Encumbrada sobre innumerables esferas de menor fuego, menor claridad,
Menor gozo, menor diversión, y arruinados con espejismos, ilusiones, aburrimiento.
Así fue la victoria de los dioses, y fue grande y absoluta,
Pero sólo en la cima de la pirámide de los mundos
En el resto, permaneció un equilibrio precario e incierto
Un cosmos de compromisos y medias verdades que no eran sino mentiras
flagrantes, y donde la luz y la oscuridad siguen presentando batalla,
Pero sólo a distancia, a menudo disfrazada,
Y sin que ninguna parte conquiste nunca la orilla decisiva,
Al parecer postergando sin fin,
Retrasando el mortal peaje apocalíptico de un final,
La confrontación total.

1 – El libro de los inicios

En este orden establecido de transparente indistinción
Los seres humanos estaban todavía profundamente dormidos,
Sin darse cuenta aún de que la noche cósmica había acabado
Yacían embelesados en el seno de los dioses
Y se regocijaban en la luz gloriosa de los dioses,
A los que no podían distinguir de la Oscuridad primordial
Dormitaban esparcidos en un abismo sin fondo, de unicidad eterna,
En el abrazo beatífico de Dios, soñaban un sueño sin sueños,
No era sino un éxtasis soporífero de magnitud trascendental
Para ayudarles a despertar, los dioses modelaron un mundo para ellos.
Una fresca, joven y jugosa Tierra virgen.
Una virgen hecha de fluidos, rebotante de arrolladora fuerza de vida,
Y despreocupación, y extrañas y gigantescas bestias, y maravillas
volcánicas
Estos eran los Antiguos Días de la Tierra, la primitiva Tierra de Mu,
Donde cada átomo vibraba rebotante de magia,
Y el aliento del Dios único respiraba a través de cada viento,
Y el Fuego Cósmico exaltaba la calidez húmeda del aire.
Y el océano preñado recordaba los secretos de la Noche Primordial.
Pocos, muy pocos, fueron los que despertaron en la primera hora.
Se convirtieron en los grandes magos de los Días Antiguos.
Reinaban sobre las prodigiosas fuerzas del joven mundo.
La Naturaleza era su esclavizada amante, nunca negándoles cosa
alguna.
Y ellos penetraron en todos sus misterios.
Y con sus conjuros sellaron su seno.
Pero estos magos conquistadores de la Naturaleza no fueron sino
escasas excepciones.
En un mundo donde el resto de los seres humanos seguían
completamente dormidos,
Masas informes flotando a la deriva,
Irremediabilmente apacibles y satisfechas en su monotonía

1 – El libro de los inicios

Sin deseos, y buena comida en abundancia,
Con sus necesidades satisfechas antes de que pudiesen incluso sentir las,
Indolentes, dejaban caer masitas informes tras ellos, para poblar el nuevo mundo.
Y transcurrió mucho, mucho tiempo, pero no se despertaron.
Cuando los dioses enviaron su llamada y resonaron las trompetas del destino,
Los magos conquistadores lo escucharon, y entendieron,
Y guiados por los dioses, partieron.
Sin embargo, las masas informes no oyeron nada, porque seguían profundamente dormidas.
Y la tierra se estremeció, alzando unos continentes y ocultando otros.
La aturdida masa informe de Adán— Eva se convirtió en Adán y Eva, desnudos,
Deseándose inmediatamente el uno al otro,
Pero, ¿por qué tenía que doler tanto?
¿Y cuán lejos tendrían que ir, y cuánto tiempo pasaría hasta que pudiesen encontrarse de nuevo?
La Luna, recién llegada, completamente desapercibida,
Conocía el secreto, y así lo reservó para un futuro lejano.
Viendo este mundo en rápido deterioro,
En el cual los vientos de Dios pronto se quedarían sin aliento,
Y en el que el sueño se había convertido en el antídoto del dolor agonizante
Causado por la separación de él, de ella, de la luz y de Dios,
El Todopoderoso Melquisedec tuvo piedad.
Con sus grandes ángeles, manifestó La Ley
Y la Ley fue revelada a Manu, y Manu la reveló a los hombres.
Protegido en las nieblas que lo contenían, como si del vientre materno se tratase, nació el Reino de La Atlántida.
Puestas en marcha por la Ley, las masas informes se convirtieron en

1 – El libro de los inicios

zapateros, constructores, pescadores, padres y madres, sacerdotes y sacerdotisas.

Cada uno tuvo un lugar, un nombre, una casta, un rol y un destino.

Les fue entregado un lenguaje, vibrante con los poderes de los dioses,
Para que pudiesen recitar los mágicos himnos de la Ley y realizar sacrificios a los dioses y, así,

atraer el buen tiempo y lluvias en abundancia, huertas exuberantes y copiosas cosechas, y una descendencia sana y robusta.

Mediante el poder de los himnos, los dioses les acompañaban,

Y el Espíritu del Dios único imbuía en su sangre que lentamente pudiesen despertar, y dejaran de ser durmientes.

Cientos de miles de años transcurrieron. Una civilización gloriosa creció.

Un árbol grande y majestuoso, enraizado en la revelación de la Ley,
Artes, sabiduría popular y un conocimiento magistral de la Naturaleza.
Maestría fenomenal de las fuerzas etéricas y el crecimiento de las plantas,

Y campos energéticos que lograban todo tipo de hazañas milagrosas

Y oráculos y templos en abundancia para celebrar los misterios,

Y cientos de miles de años transcurrieron.

Pero cuando el Todopoderoso Melquisedec contempló el Reino,

Pudo ver que sus hijos en la Ley aún no habían despertado

Ahora dormían con los ojos abiertos.

Habiendo transformado Su maravillosa revelación en extensos códigos de reglas

Que repetían como loros

Dormitaban cómodamente mientras permanecían enclavados en hábitos y tradiciones.

La Perfección se volvió estéril y sofocante a causa del exceso de celo y fe.

El distinguido conocimiento que él les había entregado para avanzar, para salir del estado de masas informes, y para despertar al infinito de

1 – El libro de los inicios

la creación,

se había convertido en una prisión, con Sus sumos Sacerdotes como carceleros.

El Todopoderoso Melquisedec se percató de la tragedia cósmica y decidió que el tiempo había llegado. La prisión tendría que ser destruida para que un nuevo Reino pudiese nacer.

Y movido por la compasión hacia sus hijos en la Ley,

Preparó el caos, las plagas, y el diluvio que iban a devastar el Reino de La Atlántida.

Gervin había llegado enfrente del fuego y el obelisco de luz. En un vistazo apreció el destino inevitable que aguardaba al Reino. Vio ciudades en llamas, templos saqueados, pillaje a gran escala, hambres y epidemias. Más aterradora incluso era la locura colectiva que acompañaba esta tragedia, la cual sólo el diluvio final eliminaría de la superficie de la Tierra.

Siguieron entonces tiempos de barbarie, un mundo de oscuridad y desolación, desierto de la presencia de los dioses, y en el cual se perdía la Ley y todo el conocimiento de los templos.

Al otro lado del fuego, Orest se levantó y alzó sus brazos.

Respondiendo a su señal, Barkhan Seer y los cien Portadores del Trueno proyectaron una vez más la Palabra del Trueno.

El obelisco de luz explotó, y la Planicie de Erriba se inundó de luz blanca.

A través del fuego, Gervin vio los ojos de Orest.

Desde lo más alto del cielo de los dioses, un relámpago cayó.

El resplandor trajo consigo una revelación a la conciencia de Gervin: el plan maestro de la Túnica Marrón. En los Campos de Paz, el templo de la luz se alzaba preparado para recibir todo el conocimiento de Eisraim y Lassera en forma de un archivo fenomenal.

Internándose en el fuego, proyectó su voz con la Palabra del Trueno:

— *¡Toda la Gloria sea para el Maestro!*

1 – El libro de los inicios

Orest, mirándole fijamente, se le unió en el fuego, y una transferencia masiva de fuerzas fue activada.

Gervin clamó.

Y desde lo más alto del cielo, la cumbre final de los mundos de los dioses, pudo ver la Noche Primordial y el canto del Amanecer de la Creación, los magníficos asuras, el nacimiento de los dioses, las guerras en el cielo, los magos de los Días Antiguos, la Luna abandonando la tierra y las masas informes romperse en pedazos, y el Señor Melquisedec, y su Ley, y el diluvio al final del Reino, y el Reino de los arco iris que vino después, los profetas verdaderos y los falsos, la Guerra de Todo contra Todo, los Caballeros del Apocalipsis luchando en el espacio, el triunfo de la Luz, y aquellos que quedaron atrás, la madurez de la jerarquía humana, cuando Eva finalmente encontró a Adán (la Luna lo había sabido todo el tiempo), la propagación de la iluminación multidimensional, y el fin de los tiempos, y la Noche Cósmica, todo en un segundo, todo en un punto. Y también vio la Red de Amor que el Señor Melquisedec había tejido en Sus esferas y que brillaba allá en la lejanía.

Desde allende el Abismo de las Profundidades, el Dragón Volador sonrió a Gervin, y repitió su mensaje de bienvenida, utilizando el lenguaje universal:
“1472839234713407134089724157346340687345960243562845841
58394953022092043583243564957085639572649670189174769403
858709...”

Mouridji lo vio y permaneció en silencio.

1.6 El Archivo y el templo en los Campos de Paz.

Eran altas horas de la noche. Melchard, Melchard El Puro, así lo llamaba Orest, estaba sentado en un tronco en los lindes de la Planicie de Erriba, preguntándose qué pasaría ahora que su maestro había abandonado el Reino. A la edad de diecinueve años, era el más joven de la Túnica Marrón, habiendo sido iniciado por Orest sólo nueve

1 – El libro de los inicios

meses antes. En aquel momento pensó que la ceremonia de iniciación había sido el más espectacular de todos los rituales que se llevaban a cabo en el Reino. Ahora, miraba hacia atrás y sonreía.

Ran Gereset, quince años mayor que él, fue a sentarse a su lado y poniendo la mano en su hombro le preguntó:

— ¿Te sientes un poco desanimado?

— Quizás.

— Tras este gran baño de energía, es más que normal. ¿Habló Barkhan Seer contigo?

Melchard sacudió la cabeza.

Esrevin caminaba hacia ellos, portando un haz de ramas secas.

— Barkhan Seer viene hacia aquí— anunció —encendamos un fuego. Ahora que los Portadores del Trueno se han ido, hace mucho más frío aquí abajo.

Melchard y Ran Gereset recogieron algunas ramas más, y el fuego pronto estuvo en marcha.

— *¡Alabado sea el Gran Apolo, Maestro Barkhan Seer!* —exclamó Melchard con un toque de reverencia cuando vio aproximarse al gran sabio. La leyenda de Barkhan Seer conseguía que incluso el más consumado de los maestros del Trueno levantase sus cejas con admiración. Como relataban muchas profecías, cada vez que aparecía en el Reino, influenciaba sobremanera el sino de la Túnica Marrón.

— ¡Aquí están los Maestros del Trueno! *Alabado sea el Gran Apolo, hermanos míos!* —Barkhan Seer saludó a los tres hombres con su cálida voz—. Sentémonos juntos, si no en el fuego, como vuestros hermanos hacen cuando se reúnen en las altas esferas, hagámoslo *alrededor* de este bello fuego. Se volvió hacia Melchard

— ¿Cómo te está tratando la Madre de la Luz, joven amigo?

— Bien, Maestro Barkhan —Melchard sonrió. Ser honrado con la atención de Barkhan Seer era como recibir una elevada brisa del Espíritu que iluminaba tu energía y te llenaba de entusiasmo.

1 – El libro de los inicios

— No debes culpar al destino por llevarse a Orest del Reino—la voz de Barkhan Seer contenía el bálsamo de las aguas primordiales—; si hemos elegido a Gervin para ser el Portador del Trueno cuando llegue el tiempo de la Tránsito del Archivo, es porque es un hombre extraordinariamente talentoso, que será recordado como uno de los más grandes maestros de nuestro linaje. Realmente sois unos privilegiados, por tener la oportunidad de aprender de él y servir al Trueno bajo su guía, especialmente durante estos tiempos críticos en los que tanto dependerá de vosotros.

— *¡Alabado sea el Gran Apolo!* —dijo Esrevin expresando su entusiasmo—. ¿Cuándo comenzará la gran tarea?

Barkhan respondió con uno de los dichos del Trueno:

— ¡Ahora mismo! —y los tres hombres rieron regocijados—. Esrevin dirigirá las operaciones en el Templo de Lasseera —Barkhan continuó—; el Archivo recogerá las fuerzas espirituales y la sabiduría de ambos templos, Lasseera y Eisraim. Gervin y Melchard se encargarán de Eisraim, mientras que Esrevin lo hará de Lasseera. —¿Y qué hay de Ran Gereset? —preguntó Melchard.

— Mi misión es ir al norte, hermano —Ran Gereset dijo esto con gran suavidad, pues sabía que a Melchard no le gustarían estas nuevas.

— ¿Al norte? ¿Adónde? —preguntó ansiosamente Melchard.

Ran Gereset respiró profundamente.

— Lejos, más allá de los mares de las orillas del norte del Reino, en una tierra desértica donde no hay nada más que hielo.

Melchard tenía lágrimas en los ojos.

— ¿Significa esto que no volverás?

— Eso me temo, hermano.

— A Ran Gereset le necesitan en las tierras del lejano norte, en el límite extremo del mundo —explicó Barkhan —; desde allí, llevará a término un largo ritual indispensable para la Tránsito del Archivo. La tristeza de Melchard era muy profunda. Durante los años difíciles de aprendiz en la Túnica Marrón, Ran Gereset no sólo había sido un

1 – El libro de los inicios

maestro maravilloso, sino también un verdadero hermano para él. Tener que perderle, justo después de haber perdido a Orest, era un golpe devastador.

— Amigos, os reuniréis de nuevo y antes de lo que pensáis —dijo Barkhan con su voz, reconfortante como el sol —en cuestión de meses, Gervin te iniciará en el arte de existir en paralelo.

— ¡Vivir en dos mundos al mismo tiempo! —Esrevin dio una palmada en el hombro a Melchard, ocasionando un resplandor de admiración en los ojos del joven hombre.

— Exactamente. Este arte es básico para acceder a los escalones más altos de la iniciación en la Túnica Marrón. El mismo Gervin se convirtió en paralelo en el mismo momento de su instauración como el nuevo Portador del Trueno. Ahora vive en los Campos de Paz a la par que en el Reino.

Esto sonó tan extraordinario que por un momento Melchard olvidó su tristeza. Los Campos de Paz era el mundo puro, el Mundo que Viene, la perfección que el mundo físico aspira lograr, pero que ya existe más allá del mundo físico. “¡Los Campos de Paz es el futuro de la humanidad!” Orest había enseñando a menudo a sus discípulos. “La morada inmaculada donde residirán los seres humanos cuando todo se haya cumplido”.

— Pronto os uniréis a Gervin en los Reinos de la Paz —dijo Barkhan con calidez. —Allí encontraréis un equipo de Maestros del Trueno extremadamente poderosos esperándoos, Alambar Seer y Firen Seer, que fueron dos de mis discípulos, Matsendranath, Olembinah (quien ha vivido con los Dragones Voladores durante más de doscientos años), y Amitabhadass, El Resplandeciente. Conjuntamente formaréis el consejo del Archivo, que supervisará el progreso del Archivo en el Reino y mediará con los constructores del templo.

— ¿Y qué hay de ti, Maestro Barkhan ? ¿Estarás con nosotros? —preguntó Ran Gereset.

1 – El libro de los inicios

— Después. Primero tendré que volver a la Luz Blanca y Absoluta de las Alturas. Cuando se acerque el tiempo de la transferencia del Archivo, volveré a descender y trabajaré con vosotros en los Campos de Paz.

— ¿Nos detallarás más sobre este templo en los Campos de Paz, Maestro Barkhan? —preguntó Melchard vacilante—. ¿En qué se diferenciará del Archivo?

— El Archivo será custodiado en el templo. Pero en realidad el templo y el Archivo serán uno, pues el Archivo contendrá mucho más que conocimiento. Fuerzas Espirituales y semillas de iniciación, esto es lo que conforma realmente el Archivo. El final del Reino, que se ha convertido en algo inevitable, será acompañado por destrucción masiva y caos. Se perderá el conocimiento de todos los templos. Y cuando nazca un nuevo Reino, los seres humanos se encontrarán en un desierto espiritual, sin oráculos, sin templos, sin linajes de iniciados ni de maestros, sin órdenes monacales. Incluso la Ley se habrá perdido. Nuestra misión es prepararnos para el futuro. En nuestro Archivo preservaremos la llama de todas o casi todas las órdenes espirituales de los templos de Eisraim y Laseera. Mantendremos vivo el espíritu, para que las mujeres y los hombres del futuro puedan encender sus antorchas de nuestra llama.

Los ojos de Melchard brillaban.

— ¿Entonces es esto lo que sucederá en la hora de la transferencia del Archivo? ¿Las tradiciones que han sido atesoradas en nuestros templos desde tiempo inmemorial serán elevadas al Reino de los Cielos?

— Si —Barkahn respondió con gozo, observando que había reavivado el entusiasmo del joven hombre—. Y todos nosotros estaremos allí, contigo, en los Campos de Paz. No solamente los cien Portadores del Trueno que tomaron parte en el ritual de limpieza, ¡sino todos nosotros!. Nuestras Voces se combinarán, y acontecerá el más grande ritual que los Maestros del Trueno hayan protagonizado nunca.

1 – El libro de los inicios

— Entonces, ¿Ran Gereset, Esrevin, Gervin y yo llevaremos a cabo el ritual simultáneamente en el Reino y desde los Campos de Paz?

— Preguntó Melchard.

— No. Si todo sucede de acuerdo al plan, sólo Ran Gereset estará en ambos sitios a la vez. Esta posición le permitirá sostener la energía de manera que sea innecesario que permanezcáis en el Reino. Para entonces, habréis reunido un nutrido equipo en Eisraim y Lasseera; poderosos Magos de los Campos y hacedores de piedras, y naturalmente vuestros propios aprendices del Trueno. Esto será uno de vuestros grandes gozos, como así ha sido siempre para los maestros de la Túnica Marrón que vinieron antes que vosotros: entrenar aprendices, contemplarles crecer en el Trueno, lentamente, y permanecer a su lado cuando comenten errores, ayudándoles a levantarse cada vez que den un paso en falso a lo largo del camino, y viéndoles finalmente alcanzar la cumbre de poder que sus mayores han conquistado antes que ellos. Cuando llegue el tiempo de la transferencia del Archivo, vuestros aprendices se habrán convertido en consumados Maestros del Trueno y estarán al cuidado de todas las operaciones en el Reino.

Un largo silencio sobrevino. Los tres discípulos de Orest bebieron de la presencia de Barkhan Seer, meditando sobre el nuevo mundo que se abría ante ellos.

Melchard, que siempre se sentaba con la espalda muy recta, estaba brillando. Barkhan Seer sumergió en él su ferviente mirada y tomó su mano.

Allá en lo alto, en el mundo de los dioses, el dios Ganá estaba sentado frente a las olas plateadas del Mar Fundido. Sostenía entre sus manos un instrumento musical fantástico, hecho de miles de rayos de luz. Sus ojos quedaron fijos en el horizonte y sonrió.

Barkhan Seer sonrió.

Melchard sonrió con él, y tuvo lugar una gran apertura.

1.7 Segundo encuentro de Gervin con el emisario de Ahriman.

En lo más profundo de la noche, Gervin sintió que le seguía una ominosa presencia. No le llevó demasiado tiempo reconocer a Aphelion, el anterior Maestro del Trueno, que había sido el maestro de Orest, y que había conmocionado el Templo de Eisraim cuando decidió desertar y servir a Ahriman, el Príncipe de la Oscuridad, zanjando así toda su relación con la Túnica Marrón.

Era difícil concebir que un hombre de tal conocimiento e integridad pudiera haberse dejado tentar por el lado oscuro. Al principio nadie creyó las noticias, pues Aphelion, o, más bien, Perihelion (su nombre antes de que siguiese a Ahriman) solía sorprender a sus amigos con su increíble sentido del humor, y la gente pensó que era una de sus bromas. Pero cuando se advirtió claramente que Perihelion no volvería y que se había convertido en uno de los poderosos generales de Ahriman, el templo se hundió en indescriptible consternación. Perihelion había sido un campeón de la Verdad, una estrella resplandeciente en la constelación de los Maestros del Trueno. él había conquistado los archi—misteriosos poderes de los Ultramundos Subterráneos, había realizado milagros alucinantes y formado e iniciado a ocho Maestros del Trueno al más alto grado, entre ellos, Orest. Y había sido un hombre humilde, el cual a menudo sanaba gente de castas inferiores. Había rehusado la lluvia de honores que el príncipe de Eisraim quiso otorgarle por haber salvado a su mujer, a quien los mejores médicos del Reino habían declarado paralizada sin esperanza después de haber caído desde un balcón de su real apartamento, pero quien, nueve semanas después del buen tratamiento de Perihelion, era vista trotando por doquier como un filosterópodo. ¿Cómo era posible que un hombre como Perihelion fuese capturado por el lado oscuro? ésta era una cuestión que los discípulos de Orest se planteaban una y otra vez con irrefrenable ansiedad. Pues si Perihelion, el maestro de su maestro, podría ser tentado, entonces

1 – El libro de los inicios

cualquiera podía ser tentado, especialmente los más jóvenes y menos experimentados Maestros del Trueno, como lo eran ellos mismos. El sabio Orest nunca intentó tranquilizarles con palabras suaves y reconfortantes. Al contrario, les exhortaba a *rezar a la Madre de la Luz, mantener el Fuego y estar preparado*. Antes o después, Ahriman llamaría a su puerta y les tentaría con una oferta que probablemente les tomaría por sorpresa. —El demonio —decía Orest a menudo— no es idiota. Es malvado y sin embargo, abominablemente inteligente.

Mientras Gervin sentía cómo Aphelion se iba aproximando (éste era conocido por caminar más rápido que los corredores campeones), recordó la primera vez que había podido comprobar por sí mismo las consecuencias que un encuentro con el lado oscuro produce en un hombre. Sucedió cuando su compañero en la hermandad, Esrevin, fue encontrado medio muerto en los bosques de Nadavan, a sólo unas pocas horas de camino de la Planicie de Erriba, un lugar no muy lejano realmente de donde se encontraba en este momento, aunque estaba demasiado oscuro como para poder asegurarlo. Dos meses antes de que Esrevin estuviese preparado para recibir su iniciación final como Maestro del Trueno, había sido visitado por Aphelion, enviado por Ahriman para tentarle.

Esrevin, dos años más joven que Gervin, había permanecido junto a Orest desde que tenía doce años. Gervin, que había conocido a Orest cuando tenía veinte años, le consideraba una de las almas más vigorosas que había conocido nunca. Poseía un entusiasmo que parecía inextinguible, y su aura siempre brillaba con la luz del cielo más alto, de la cual se desprendía brillante inteligencia y acertado juicio. Pero cuando le encontraron, después de pasar seis semanas en la compañía de Aphelion, yacía postrado con la mirada perdida. Durante los seis meses que siguieron, no pudo pronunciar palabra, ni moverse de su cama. Rechazaba la comida y sólo sobrevivió gracias a los milagrosos poderes sanadores de Orest.

1 – El libro de los inicios

Gervin estaba recordando aquella mirada apagada, horrorosamente vacía, de un hombre cuyos fundamentos habían sido destrozados y sus esperanzas olvidadas, cuando Aphellion exclamó:

— *¡Alabado sea el Señor Melquisedec, Gervin del Trueno!*

Su voz, inmutable, evocaba memorias del encuentro de Gervin con Aphelion cinco años antes, tan horribles que ni siquiera quería recordarlas.

— *¡Alabado sea el Señor Melquisedec, Gervin del Trueno!* —exclamó de nuevo Aphelion.

Gervin no se detuvo.

Faltaban dos días para el final del ciclo lunar, y por ello, a pesar de la hora que era, la luna todavía no se había elevado en el cielo nocturno. En la oscuridad total, Gervin vio el aura de Aphelion. Era un agujero negro en el espacio púrpura. Los brillantes emblemas de los Maestros del Trueno se habían eclipsado. El hado negro oscuro de aquellos que servían a Ahriman era lo único que quedaba.

— ¡Felicidades por tan magnífico ritual, Gervin! —la maravillosa y melódica voz profunda de Aphelion resonó, la voz de un gran maestro de la Palabra—. Lo he observado cuidadosamente, y gozado de cada segundo.

— Aphelion, estás malgastando tu tiempo —Gervin continuó caminando a grandes zancadas—; sea lo que sea lo que hayas venido a decirme, la respuesta es no.

Aphelion caminó a su izquierda.

— Gervin, esta vez no he venido a incitarte a que cambies de bando —se detuvo con gran dignidad—; mi rey me ha enviado para ofrecerte una tregua.

— No.

— Un trato oficial de no agresión mutua, Gervin, nada más. Esto es lo que mi rey está ofreciendo; él no intentará tentar a ninguno de tus discípulos, y te garantiza la seguridad de tu templo en los turbios tiempos venideros. Esto salvará las vidas de muchos de tus amigos,

1 – El libro de los inicios

Gervin. Y todo lo que te pide a cambio...

— No.

— Gervin, odio verte caminar en la oscuridad. ¿Puedo llevarte a donde quieras ir?

— No.

— Ya veo —dijo Aphelion pensativamente—; el nuevo Portador del Trueno es incluso más obstinado que el anterior.

— No

— Gervin, Gervin... como resultado de tu obstinación, mucha gente inocente será herida, empezando por aquellos que más amas.

Justo enfrente de ellos, Aphelion conjuró una imagen de Marka. Ella ya no era joven ni fresca, sino una figura arrugada y exhausta. Estaba meditando en su pequeña celda, en la torre de Malcasec, pero la luz de su ángel no estaba con ella. Parecía vencida y vacía, y desesperadamente triste como si hubiese pasado veinte años llorando. Si había alguna imagen que pudiese afectar a Gervin, era ésta.

— Pobre Marka —dijo Aphelion en un tono compasivo—; su vida está a punto de extenuarse. Malcasec ha decidido retirar su luz del Reino como tú ya sabes. Y por ello su gran sacerdocio no será la iluminación que ella espera, sino una larga y dolorosa agonía. Año tras año, la luz de Malcasec menguará, hasta que finalmente se apague. Por favor, Gervin, déjame hacerle un regalo. Déjame utilizar mi influencia sobre los Dioses del Destino. Sólo haría falta una mínima influencia para que el primer voto de Marka fuese declarado inválido por un oráculo oficial. Entonces ella podría echarse en tus brazos, y ser tuya, lo cual es exactamente lo que más desea. Porque ¿tú sabes cuán desesperada está en este momento, verdad? ¡Observa qué bonita podría ser si fuese tu esposa!

La vieja mujer fue reemplazada por una Marka en plena flor, cuyos ojos reflejaban el banquete de luz de los Antiguos Días de la Tierra. No solamente se veía feliz y plena, si no también sabia e inspirada.

1 – El libro de los inicios

— No —repitió Gervin en tono neutral.

— ¡Gervin, no seas loco! —insistió Aphelion—; te ofrezco este regalo de forma gratuita. No tienes que aceptar ningún pacto ni hacer nada a cambio

— No.

Viendo que Gervin estaba poniendo toda su voluntad en decir que no, el emisario de Ahriman buscó preguntas que le permitiesen seguir diciendo que no y a la vez estar de acuerdo con él. Manifestó imágenes del templo de Eisraim, escenas de devastación absoluta.

Hordas terroríficas de gigantes Néfilim cargaban contra la entrada principal del templo. Masacraban a los guardias y, armados con mazas gigantes, destrozaban todas las estatuas de los senderos del templo. Maldiciendo y gritando como locos, profanaban y saqueaban las capillas, hurtando reliquias sagradas y destrozando los edificios.

— Ninguna de estas imágenes es nueva para ti, ¿verdad? —dijo desdeñosamente Aphelion.

— No.

— Entonces, no querrás perder la oportunidad que te permitiría preservar el templo de Eisraim y, al mismo tiempo, cumplir la gloriosa misión que los Maestros del Trueno te han asignado, ¿verdad?

Gervin no contestó. Cualquier forma de alianza o pacto con el Príncipe de la Oscuridad estaba totalmente fuera de consideración. Siguió caminando.

— Gervin, no eres hombre de poco juicio y tampoco te falta compasión. El pacto de no agresión que mi rey te está ofreciendo es una oportunidad de oro. No puedes permitir que se te escape de las manos.

Los labios de Gervin permanecían sellados.

Aphelion modificó su táctica ligeramente. Alzó la voz;

— ¿Crees que eres tan poderoso como Ahriman, Gervin?

— No

1 – El libro de los inicios

Aphelion se adelantó y bloqueó a Gervin en su camino. En un tono amenazante declaró:

— Gervin, tu rechazo rotundo de mi oferta puede tener consecuencias desastrosas para el proyecto del Archivo. No querrás arriesgarte a perder todo iniciando una guerra total contra los ejércitos de Ahriman simplemente para evitar un tratado, ¿verdad?

— ¡Sí, lo haría! —contestó Gervin en el umbral de la Voz, deteniéndose donde estaba y manteniéndose muy derecho, preparado para iniciar el poder completo de su linaje invocando el obelisco del Trueno.

Perplejo ante este cambio inesperado, Aphelion permaneció silencioso, buscando inspiración para su próximo movimiento.

— Venga, Aphelion, ¿dónde están tus ejércitos? —Gervin le retó, gritándole con la Voz—; tráelos aquí, ahora, o detén este disparate —continuó con su voz normal—; de todas formas, es ridículo. Tú y yo sabemos muy bien que Ahriman no iniciará la confrontación final con las fuerzas de la luz hasta la Guerra de Todo contra Todo. Y esto no sucederá hasta que pasen miles de años. Ahora, dejemos esta estúpida conversación —empezó a caminar de nuevo—; sígueme, Aphelion; necesito hablar contigo sobre un serio asunto.

Aphelion, que podía ver en la oscuridad, miró incrédulo a Gervin. Algo dentro de él se regocijaba secretamente viendo al Portador del Trueno tan brillante e imparable. Pero sólo brevemente y en un lugar tan profundo de su interior que apenas se dio cuenta de ello.

Siguió a Gervin, no únicamente porque todavía esperaba dominar su mente, también por curiosidad.

— Tiene que ser difícil para un hombre con tu sentido del humor trabajar con Ahriman— dijo Gervin casualmente.

— ¿Qué?

— Ahriman carece por completo de sentido del humor, ¿no es cierto?

Aphelion se echo a reír burlonamente.

1 – El libro de los inicios

— ¿Has visto alguna vez a Ahriman contando un chiste, Aphelion?

—persistió Gervin.

— Mi rey tiene un maravilloso sentido de la ironía en todas las cosas, y lo demuestra a menudo mediante sus actos.

— Mmm...—replicó Gervin—; sabes exactamente a qué me refiero, ¿verdad?

Aphelion, rechinando sus dientes, se tornó frío.

— ¡Di lo que tengas que decir, Gervin de la Túnica Marrón!

— Por supuesto, pero antes, dime Aphelion por qué todavía llevas puesto el hábito marrón de los Maestros del Trueno.

— Porque, un día, todo el linaje del Trueno se unirá a mí, y juntos serviremos a mi rey —contestó Aphelion con certeza.

— ¡Aphelion! —exclamó Gervin con compasión—; ¿realmente crees eso?

— Tengo todo el poder de Ahriman conmigo, Gervin —Aphelion era frío y calculador—; el rey del mundo es imparable.

— ¡No te crees ni una palabra de lo que dices! —Gervin continuó sonriente— No solamente va en contra del sentido común, por lo menos cuatrocientos de nuestros hermanos viven en la Esferas de las Alturas. Y tú ni siquiera has sido capaz de convencer a uno de tus siete jóvenes aprendices del trueno que has visitado hasta ahora. En tu fuero interno, simplemente no crees que el Trueno se unirá a Ahriman, ni siquiera aunque lo haya dicho Ahriman.

— Gracias por tu opinión, Gervin —Aphelion mantenía una mirada glacial—; pero el futuro, como tú ya sabes, contiene muchas sorpresas. Ahora, ¿qué es lo que querías decirme?

Gervin se detuvo y miró de frente el aura profundamente oscura. Tomó aliento y habló con infinita suavidad:

— Lo que tengo que decir es muy simple, Aphelion. Los Maestros del Trueno han decidido que, un día, uno de ellos será enviado a rescatarte del lado oscuro. Yo seré el elegido.

1 – El libro de los inicios

Aphelion se echó a reír tan escandalosamente que era difícil decir si su risa iba unida al sarcasmo o al estupor.

Pero duró demasiado.

Gervin siguió sonriendo, sintiendo el impacto de sus palabras en el emisario de Ahriman. Inmediatamente continuó:

— Aphelion, ¿por qué no vienes conmigo ahora mismo? Sólo tienes que decir una palabra y trescientos Portadores del Trueno estarán conmigo para hacer desaparecer la oscuridad que hay en ti. Para el amanecer podríamos estar todos riendo juntos. Aún recordamos tu sentido del humor, ¿sabes?

— Hijo mío, ¿qué estás diciendo? No estás hablando en serio, ¿verdad?

Aphelion estaba tan desconcertado que por un momento casi pareció dudar.

— Muy en serio, mi querido enemigo. Sígueme. ¡Pongamos punto final a esta estupidez!

Aphelion se echó a reír de nuevo, pero no tan fuerte esta vez. Estaba reflexionando profundamente.

— Gervin...

— Aphelion —le interrumpió Gervin—; acabas de presenciar lo que cien Portadores del Trueno pueden hacer. Una palabra tuya y aparecerán el triple de ellos para llevar a cabo tu ritual de limpieza.

— Pero...—algo en la resolución de Aphelion estaba casi suavizándose.

— Cuando despejamos, somos imparables —dijo inmutable el fiero Portador del Trueno—; sólo tienes que decir una palabra, Aphelion, y ¡serás libre!

Tras un interminable segundo de duda, Aphelion replicó con el tono más gélido de su voz ahrimánica.

— ¡No, estás perdiendo el tiempo miserablemente!

— No he perdido el tiempo, Aphelion. Algo se ha movido en tu interior.

1 – El libro de los inicios

— ¡No! —insistió el emisario del Príncipe de la Oscuridad—. Estás perdiendo el tiempo, soy el sirviente del rey del mundo. Fue mi elección, y la elección se hizo por voluntad propia, y con una total comprensión de lo que implicaba. Es irrevocable.

— Está bien, entonces —dijo Gervin con serenidad. Con un toque de ironía, le arrojó las palabras con las cuales Aphelion había concluido su último encuentro—; pero quiero que recuerdes algo, mi oferta permanece, puedes venir a mi en cualquier momento, ya sea en esta vida o en otra.

Reconociendo sus propias palabras, Aphelion se echó a reír de nuevo; esta vez de forma claramente sardónica. Se volvió de espaldas y se alejó.

— Nos encontraremos de nuevo, Aphelion —susurró Gervin—; ¡de una manera u otra!

—Y así termina el libro de los inicios—

2 – El libro de los durmientes apacibles

2.1 Treinta años después, en las orillas del sudeste del reino de La Atlántida.

¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec!

Una tarde, cuando tenía siete años, mi padre me llamó y me dijo que había llegado la hora de empezar la escuela. Al día siguiente me iban a enviar a un lugar que sonaba muy lejano.

Sentí una vaga ansiedad ante la perspectiva de ser separado de mi querida madrastra (mi madre murió cuando yo tenía dos años) y perder la seguridad de nuestra casa. Pero de acuerdo con la Ley, la Ley de Melquisedec, los niños pertenecientes a la casta de los Funcionarios Beige del Príncipe de Sheringa, la casta de mi padre, tenían que empezar a ir a la escuela a los siete años, así como todos los niños de la misma casta habían hecho desde tiempos inmemoriales. En cualquier caso, no se concebía otra alternativa y por ello, no existían la duda ni el miedo. Como decía la Ley, “*¡Una Ley, un camino! Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec*” y “*La Ley es mi refugio. La Ley es mi descanso*”. Y, “*Para aquél que sigue la Ley de Nuestro Señor Melchisedec, el miedo no existe*”. ¿Cómo podría yo, o mi padre, haber deseado algo más que seguir la Ley?

Había, sin embargo, un toque de emoción en la voz de mi padre. En aquel momento casi ni lo percibí. Sólo muchos años después, repasando mis recuerdos, me di cuenta de que mi padre estaba muy enfermo en aquel momento, y que sabía que sería la última vez que nos viésemos.

La Ley decía: “*No temas, hombre de noble casta, en el camino del Gran Viaje. Si no puedes criar a tus hijos, la Ley lo hará*”. Aun así mi padre tenía lágrimas en los ojos. Me tomó en sus brazos, mirándome

2 – El libro de los durmientes apacibles

largamente, acariciando mi fino pelo rubio y la prominente marca de nacimiento en mi mejilla izquierda.

— Orlon, hijo mío... —empezó a decir. Entonces me susurró al oído algo extremadamente insólito:

— *Nos encontraremos de nuevo en los Campos de Paz.*

¿Quién era él para hablar así? ¿Y qué sabía exactamente sobre el inusual destino que esperaba a su hijo? Esto, como decía la Ley, *se perdió en las nieblas del tiempo, en el olvido de aquello que está más allá de los dioses.*

Cuando finalizó el encuentro con mi padre, me fui a buscar a mi mejor amigo.

— *Lakshman, hijo de Lakshman, mi amigo en la Ley, ¿dónde nieblas te has metido?* —lo llamé legítimamente, mientras corría por el vecindario. Aquel día, las nieblas eran bastante espesas. Apenas veía a pocos metros delante de mí.

Pronto escuché su voz:

— *Orlon, hijo de Orlon, mi amigo en la Ley, ¡aquí en las nieblas estoy!*

Lakshman estaba jugando con tres niños de su casta, los Escribas de la Ley, con quienes también era legítimo que yo jugase.

Tan pronto como los vi, pronuncié el verso de la Ley relevante para la ocasión. Por supuesto, yo no entendía su significado, pero sabía que era lo que se debía decir. —*Adiós, amigos míos. La misma Ley que nos reunió, ahora nos separa. ¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!*

Así como escuchó mis palabras, Lakshman respondió como dictaba la Ley:

— *Adiós, amigo mío. La misma Ley que nos reunió, ahora nos separa. ¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!*

Y así, cada uno de los tres chiquillos repitió el mismo verso tras él. Esta era la manera legítima de responder a una despedida. Desde tiempo inmemorial, los moradores del Reino se habían despedido unos

2 – El libro de los durmientes apacibles

a otros con este preciso código.

Mis amigos hablaron con voz contenida y medianamente triste, la entonación legítima y preescrita para este verso en particular. Como todos los versos, se acompañaba por un lenguaje corporal codificado; mis amigos mantuvieron sus labios ligeramente apretados, sus espaldas imperceptiblemente inclinadas hacia adelante y sus manos descansando en los muslos. La expresión de su cara era grave, imbuida de un sentimiento de rendición a la sabiduría más elevada de Nuestro Señor Melquisedec, un sentimiento muy natural, pues las separaciones, así como otras cosas importantes, sólo podían producirse por Voluntad de Nuestro Señor. La cosa más legítimamente maravillosa era que no teníamos que pensar para decir aquellas cosas. Surgía de forma automática. Desde nuestra más tierna edad, habíamos escuchado a nuestros padres recitar los versos de la Ley. Habíamos observado las expresiones faciales de nuestros mayores, y sentido las emociones que acompañaban a cada verso. Como decía la Ley: *“Imita a tus padres, así como tus padres imitaron a los suyos. Así gira la rueda de la Ley”*.

Mis pequeños amigos permanecieron en silencio por unos segundos, siendo esto lo que se debía hacer tras recitar ese verso. Compartí su silencio, copiando la expresión de sus caras.

Entonces Laksman continuó el curso de la conversación según el código.

— *Orlon, mi amigo en la ley, ¿adónde vas?*

Todo lo que tenía que hacer era repetir las palabras que mi padre había utilizado unas horas antes.

— *Ha llegado para mí el tiempo de someterme a la educación, así como mi padre Orlon, hijo de Orlon, hizo antes que yo, y su padre Orlon, hijo de Orlon, hizo antes que él.* Los cuatro chiquillos asintieron con una expresión seria y comprensiva, tal y como se esperaba de ellos después de escuchar mi explicación. No hace falta decir que hubiesen asentido exactamente de la misma forma si les

2 – El libro de los durmientes apacibles

hubiese dicho que me iba al infierno.

Pasaron unos minutos de silencio, en los cuales permanecemos de pie, inmóviles, con la mente en blanco.

Entonces Perches, hijo de Perches, un niño de quien se creía que se convertiría en un poderoso líder del pueblo, continuó con la rima infantil que mis amigos estaban cantando antes de que llegase.

— *¿Qué hace un loco cuando nace su primer hijo?*

— *él baila, él baila.*

Todos le seguimos.

— *¿Qué hace un loco cuando nace su segundo hijo?*

— *él baila, él baila.*

— *¿Qué hace un loco cuando nace su tercer hijo?*

— *él baila, él baila.*

Inmóviles, con los ojos fijos en la niebla, coreamos esta divertida tonada durante unas cuantas horas, hasta que nuestros padres nos llamaron para cenar.

2.2 Educación atlante, primeros años.

La Ley decía: *“Un hombre debe seguir el camino de su padre, así como su padre siguió el camino de sus padres. Así gira la rueda de la Ley”*. Pero no todos los niños iban a la escuela.

Mi amigo Grobes, hijo de Grobes, por ejemplo, nunca fue. Su padre era zapatero, de la casta de los Legítimos y Hábiles Zapateros del distrito Sudeste de las Tierras de Sheringa. Como los hijos de todas las castas de artesanos, acompañaba a su padre y a sus tíos al trabajo todos los días, y los observaba, aprendiendo con su ejemplo. Cuando volvía por la tarde, una hora antes del anochecer (la hora legítima en la que los Legítimos y Hábiles Zapateros del distrito Sudeste de las Tierras de Sheringa dejaban de trabajar cada día del año), siempre tenía fascinantes versos de la Ley que recitar, como: *“El Señor Melquisedec me hizo zapatero para que pueda celebrar Su Gloria”*, o: *“Atento a tus dedos cuando el clavo es afilado”*. él me enseñaba todos los gestos de

2 – El libro de los durmientes apacibles

los zapateros que había aprendido en la tienda aquel día. Cautivado, observaba cómo repetía los mismos movimientos con sus manos, día tras día.

Desafortunadamente, esta fructífera amistad terminó bruscamente cuando Grobes cumplió ocho años, la edad en la cual los hijos de las castas de zapateros empiezan a acompañar a su padre durante el legítimo tiempo libre que tenían estipulado: un lento paseo en el mercado en compañía de sus compañeros, mientras charlaban con los miembros de la casta de los Muy Legítimamente Legítimos Zapateros de los Distritos sur y sudeste de las Tierras de Sheringa.

También yo hubiese deseado ir a trabajar con mi padre, como Grobes. Pero la Ley de mi casta decía: *“Un siervo del príncipe de Sheringa debe ir a la escuela, para poder servir bien al príncipe”*.

Los primeros años de mi educación transcurrieron en la naturaleza. Los niños de mi clase eran conducidos a través de los bosques que cubrían la mayoría de las tierras del Reino. Durante el día, nos entreteníamos con sencillos juegos y aprendíamos a repetir los versos de la Ley. Por la noche, dormíamos en casas-árbol, maravillosamente acogedoras.

Las casas-árbol estaban hechas de ramas vivas, cuyo crecimiento era guiado por campos de energía específicos. A menudo tuve la oportunidad de presenciar cómo eran construidas. En ciertos días del calendario, considerados como “auspiciosos”, se congregaba un grupo de aldeanos cerca de un gran árbol o, a veces, de dos o tres árboles próximos. Realizaban una ofrenda de flores, frutos y cereales a los árboles y después los sacerdotes de la aldea llevaban a cabo el ritual, cantando mantras poderosos e himnos de la Ley. Y esto era todo lo que hacía falta. Una vez que el campo energético se había grabado en los árboles, aparecían nuevas ramas, que se agrupaban gradualmente formando paredes, tanto a nivel del suelo como en lo alto, dependiendo del plan de acción programado. Sólo se requería tiempo para que apareciese también el tejado y sus ramas se entrelazaran tan

2 – El libro de los durmientes apacibles

estrechamente que la construcción resultaba impermeable.

Los sacerdotes de la aldea volvían cada tres o cuatro meses para reforzar el campo energético mediante rituales de mantenimiento pero, en esencia, era el propio árbol quien tenía cuidado de sí mismo.

A pesar de que el campo energético aceleraba el crecimiento de las ramas, una casa-árbol pequeña tardaba de cinco a diez años en completarse, y transcurrían unos quince años hasta que se finalizaba un árbol-palacio. Sin embargo, estos refugios naturales se encontraban por doquier, pues la Ley recomendaba iniciar la construcción de cierto número de ellos cada mes. Para los aldeanos, eran éstas ceremonias felices, dedicadas al Mismo Señor Melquisedec. Como decía la Ley; “*En las casas-árbol, Nuestro Señor Melquisedec cuida de sus niños, las casas-árbol son el cielo para todos los niños en la Ley*”(refiriéndose aquí a todos los moradores del Reino). Gracias a los árboles no existía persona alguna, ni la más pobre de las personas o viajero en camino, que quedase a la intemperie. Cuando caminabas por un bosque, no pasaba mucho tiempo hasta que encontrabas una casa-árbol vacía, preparada para recibirte.

Una vez construida, la casa-árbol permanecería en buen estado por generaciones, incluso maduraría con el tiempo. Como decía la Ley: “*Al contrario que los hombres, los árboles crecen en sabiduría con la edad*“. Las casas-árbol de cien años eran consideradas lugares sagrados, donde podía acudir quien necesitase consuelo, encontrando no sólo legítimo descanso sino también inspiración legítima.

Las casas-árbol no eran los únicos edificios que crecían. Otras moradas legítimas estaban hechas de un material orgánico que respiraba y brillaba, el legítimo plass. Durante el día, el suelo, el techo y las paredes interiores de la casa de plass irradiaban la suficiente luz difusa como para que la gente llevase a cabo sus legítimas actividades. Por la noche, el plass emitía tenues reflejos que ayudaban a conciliar el sueño, produciendo sensaciones de seguridad y confort.

2 – El libro de los durmientes apacibles

Así la Ley decía: “*No hay oscuridad para los niños de Su Ley en la casa del Señor*”.

Las *paredes vivientes* de una casa requerían rituales de mantenimiento, algunos de los cuales eran realizados por los moradores de la casa, otros por los sacerdotes de la aldea y otros por miembros de la casta de los Legítimos Albañiles. Se hacían ofrendas de comida y se cantaban himnos a las *paredes vivientes*. Pequeños montones de comida, comida para *plass*, se depositaban en el suelo, al lado de las paredes. Conforme pasaban los días la comida iba desapareciendo gradualmente, absorbida por el suelo y las paredes. Uno no debía comer las ofrendas de comida que se hacían a las *paredes vivientes*, pues producían una legítima indigestión acompañada por diarrea del monzón.

Transcurridos cien años, o mucho menos si no se alimentaba adecuadamente a las paredes mediante sus rituales específicos, el *plass* moría. Las paredes de la casa se tornaban cada vez más finas, hasta que llegaban a ser transparentes y finalmente se desvanecían, dejando una huella fantasmagórica que podía verse en las noches de Luna Llena. Sin embargo, el *plass* de las capillas y templos no moría a los cien años. Como la Ley, vivía por siempre jamás, y esta es la razón por la cual los templos son eternos.

Con el paso del tiempo, la educación pasó a tener lugar casi por completo en escuelas de aldea, y no tanto en la naturaleza. Aprender los versos de la Ley seguía siendo nuestra mayor ocupación. ¿Para qué estudiar nada más? ¿No decía la Ley; “*La ley contiene todo el conocimiento, y la esencia del Conocimiento es la esencia de la Ley*” y “*¿qué puede reportar mayor gozo que repetir los versos de la Ley*”?. Los himnos estaban compuestos de cautivadores mantras cargados de vibrantes fuerzas ocultas. Salmodiados durante largos períodos de tiempo, inducían a estados expandidos de conciencia, y producían una cierta profundidad de sentimiento en el corazón que intuitivamente reconocíamos y alentábamos.

2 – El libro de los durmientes apacibles

Este sentimiento tan especial nos era inculcado desde la más tierna edad, y creaba una sensación de maravilla y reverencia.

Dejando razones espirituales a un lado, simplemente ¡nos gustaba repetir los versos! Tomemos, por ejemplo, la Poesía. La Ley formulaba la noción básica del arte poético en el siguiente verso: “*Cualquier verso repetido el tiempo suficiente se convierte en el más dulce de los poemas*“. Por lo tanto, nuestras clases de poesía eran apasionadamente simples. El profesor pronunciaba un verso de la Ley y después nosotros repetíamos el verso al unísono durante horas. Cuanto más lo repetíamos, más nos gustaba. Tomaba vida en las profundidades de nuestra fuerza vital. No hace falta decir que la idea de componer un nuevo verso nunca se nos ocurrió. ¿Por qué iba nadie querer inventar un nuevo verso, si toda la perfección poética ya estaba contenida en la Ley?

De igual manera, se impartían clases de arte en las cuales se presentaba un modelo, normalmente una estatua de cerámica que representaba a un dios o cualquier otro símbolo tradicional extraído de la Ley. Todos los estudiantes debían reproducir el modelo. Cuanto más fiel era la reproducción, más grande era el artista, pues la Ley decía: “*Qué éxito más sublime puede haber en la vida de un escultor que producir una réplica perfecta de cada una de las estatuas de los ochenta y cuatro dioses principales?*“.

Cada arte, y generalmente cada disciplina, tenía su canon, cuyas reglas habían sido establecidas hacía muchísimo tiempo, no por seres humanos, sino por la divina revelación de la Ley. El mayor logro al que un ser humano podía aspirar era reproducir la perfección de los modelos legítimamente codificados. Y haciendo esto, no sólo alcanzaba la cumbre de la belleza sino, lo que era más importante, conseguía entender la esencia de la Ley, en la cual se encontraba todo conocimiento.

Y así crecí sin miedo, envuelto en la maravillosa seguridad de la Ley. No existía la duda ni la incertidumbre, sólo había que seguir los fiables

2 – El libro de los durmientes apacibles

camino que marcaba la Ley. Para cada cuestión, había una respuesta previamente formulada. Para cada situación, había un preciso código de acción. Para cada ser humano, había ya un destino marcado. Y gracias al sistema de las castas, cada uno sabía exactamente cuál era su lugar en el Reino. No había cambio, ni necesidad alguna de cambiar. Miles de años antes, con la divina revelación de la Ley de Nuestro Señor Melquisedec, nació el Reino, y no se podía concebir gozo más grande que la perpetuación de los cánones de la Ley.

Pasaron los años, y yo fui asimilando lentamente la parte de la Ley que los miembros de mi casta debían conocer. Siendo mi padre funcionario, yo tenía que continuar mi educación hasta el final de mi adolescencia o incluso más allá, si conseguía superar los difíciles exámenes que conducían al más alto escalafón de la Administración del Reino. Las pruebas que conducían a estos exámenes empezaban a los trece años, e incluían, por supuesto, la recitación de largos pasajes de la Ley. Esto no presentaba un gran reto para mí ni para mis compañeros, pues poseíamos la fenomenal memoria común a todos los atlantes. Sólo teníamos que escuchar un poema de doscientos versos una vez y lo podíamos “regurgitar” sin ningún esfuerzo. Sin un error. Que entendiésemos el significado de los versos, era, por supuesto, completamente irrelevante. Lo que importaba era que los versos permaneciesen grabados en nuestra memoria, para poder repetirlos en cualquier ocasión. La gente medianamente educada sabía de memoria decenas de miles de versos de la Ley, y los doctores en la Ley conocían cientos de miles. Pero nadie podía verdaderamente conocer la totalidad de la Ley, una tradición oral de millones de versos, que había sido transmitida de generación en generación desde la creación del Reino.

Convertirse en funcionario era una tarea extremadamente difícil porque requería aprender cómo enfrentarse a una gran variedad de situaciones. Cada situación requería encontrar el verso apropiado de la Ley, que definiese el legítimo curso de acción a seguir. Esto requería

2 – El libro de los durmientes apacibles

una inteligencia superior. Las personas se quedaban en blanco cuando tenían que afrontar una situación para la cual no se les había enseñado la respuesta legítima, permanecían inmóviles, con los ojos abiertos, completamente desconectados de la realidad.

Las pruebas que nos enfrentaban con nuevas situaciones o problemas formaban parte del proceso de selección que conducía a la educación superior. Aquellos que intentaban abordar el problema en lugar de quedarse quietos con mirada ausente, eran considerados como excepcionalmente dotados. Para aprobar, ni siquiera tenían que resolver el problema. Esto hubiese requerido inspiración divina a un nivel que no se podía esperar de un colegial. Sólo era necesario demostrar que permanecían presentes, quizás mostrando perplejidad, rascándose la cabeza o incluso simplemente mirando a su alrededor. *Gracias a Nuestro Señor Melquisedec*, superé las pruebas. Y así como estaba previsto, fui trasladado a una escuela diferente. Allí me prepararían para un examen mucho más difícil: la Gran Competición que reclutaba altos funcionarios de la Administración Suprema. Esta Gran Competición tenía lugar una vez al año, y se sometían a ella los jóvenes de diecisiete o dieciocho años pertenecientes a mi casta, tras cuatro años de preparación intensiva.

En esta nueva escuela, los estudiantes, y también los profesores, eran mucho más sagaces, y las clases cubrían una amplia variedad de materias como: historia de la Ley (una disciplina bastante sencilla que explicaba por qué y cómo la Ley nunca había cambiado), la Ley de las castas, Poesía mántrica y otras legítimas artes, El Conocimiento de los dioses y los rituales principales de la Ley (pero no así su práctica, pues sólo los sacerdotes podían celebrar estos ritos), Legítima Retórica e, incluso, en el último año, nociones de Política.

2.3 Cómo la música desapareció de mi vida.

La música era la asignatura con la que más disfrutaba. Como pertenecía a la casta de los funcionarios, convertirse en músico estaba

2 – El libro de los durmientes apacibles

fuera de consideración.

Si hubiese nacido con ese don, me hubiera encantado tomar la música como ocupación recreativa, cosa completamente legítima para un funcionario. Sin embargo, a pesar de todos mis esfuerzos, tenía poco éxito en reproducir los ritmos y melodías que me enseñaban mis maestros.

Mis ambiciones musicales tuvieron un trágico final cuando tenía quince años. Estaba recibiendo una lección de un compasivo maestro, que percibiendo mi genuino interés por aprender a tocar un instrumento, había decidido ofrecerme unas muy necesitadas clases particulares.

Estábamos en un jardín, al exterior del edificio principal de la escuela. El anciano profesor estaba tocando las claves, que eran uno de los instrumentos tradicionales de la música atlante. De pie frente a mí, golpeaba los palos lentamente.

— Esto se llama mono-tonía —explicó—; uno de los estilos musicales más profundos jamás recibidos de Nuestro Señor Melquisedec por medio de la Ley.

Fascinado, dejé que el ritmo penetrase profundamente en mi interior.

Mientras tocaba, siguió explicando:

— La Ley dice: “*La belleza de la música no radica en aquello que los oídos pueden escuchar, sino en aquello que el alma puede percibir*” y también; “*Las piezas musicales superiores son aquellas que inducen a la percepción de la armonía de las esferas*”.

Después de tocar durante largo rato, el anciano profesor me ofreció el instrumento, invitándome a imitarle.

— Clic...Clic...

— No —dijo él—, ¡prueba de nuevo!

— Clic.. Clic...

— ¡No!, prueba de nuevo —repitió.

— Clic...Clic...

2 – El libro de los durmientes apacibles

— ¡No!, ¡prueba de nuevo! —volvió a decir, y así continuó la legítima lección, repitiéndose lo mismo una y otra vez. No existía el aburrimiento. Desafortunadamente, después de una larga serie de intentos, el anciano profesor decidió que no tenía sentido continuar, no por impaciencia, sino por buen juicio.

— Quizá tendrías más éxito si probásemos con un instrumento musical algo más sofisticado —decidió—. Espérame aquí —dijo, y entró en el edificio.

Esperar legítimamente nunca era un problema. Miré hacia arriba, contemplando las nieblas, dejando vagar mi mente por la nada. Cuando regresó, traía el instrumento más bello e insólito que había visto nunca.

— Se llama “sartén y cuchara”—dijo con reverencia—: Es muy elogiado por la Ley. — Se situó delante de mí y empezó a tocar una mágica melodía;

— Bang-ting-ting, bang-ting-ting, bang-ting-ting, bang-ting-ting
Nunca había escuchado nada similar. Este hombre era un gran artista. Hechizado por sus armonías musicales, me dejé trasportar tan lejos que perdí el contacto con mi entorno físico.

Vislumbré una visión, pero era elusiva, como una niebla de luz apenas perceptible entre las nubes. Guardaba cierta semejanza con un sueño recurrente que nunca podía recordar por completo.

El profesor de música me trajo de vuelta estirando de mi brazo.

— ¿Querías probar, Orlon?

Repleto de reverencia, tomé la gran y pesada sartén en una mano y la larga cuchara en la otra.

— No —dijo él—, debes sostener la cuchara con tu mano derecha.

Tras dudar un momento, puse la gran sartén en el suelo, tomé la cuchara con mi mano derecha, después la sartén con mi mano izquierda y, manteniendo la melodía en mi mente, golpeé el instrumento.

2 – El libro de los durmientes apacibles

— Clang... Clang...

— No, prueba de nuevo —dijo el anciano.

— Clang...Clang...

Y así se sucedieron muchos intentos. En cada ocasión, mi profesor repetía:

— No, prueba de nuevo.

Después de una larga sucesión de intentos fallidos, ocurrió un milagro.

— Bung...clang-clang...bung-twang...clang

— ¡Casi! ¡Prueba de nuevo! —los ojos del hombre se iluminaron, llenos de esperanza.

El sonido fue tan magnífico que una vez más ascendí a las alturas, rodeado de luz, y perdí el contacto con mi cuerpo.

Un momento después, sin embargo, fui repentinamente arrastrado hacia el Reino por un sonoro grito de dolor, proveniente de mi maestro.

— *¡Orlon, hijo de Orlon! ¡Grandísimo idiota en la Ley!* —gritó el anciano, con la legítima y correspondiente expresión reflejada en su cara.

Mirando hacia abajo, pude darme cuenta de que sin querer había dejado caer la pesada sartén en su pie.

Me rasqué la cabeza, buscando un verso apropiado de la Ley para esta situación, pero no encontré ninguno.

Tras este episodio desafortunado, no se me permitió aprender a tocar ningún instrumento musical, sólo cantar. Pero los maestros del coro de la escuela decidieron que mi voz carecía de las cualidades requeridas para ensalzar la Gloria de Nuestro Señor Melquisedec y que, *por el bien de la Ley*, sería preferible si me concentraba en la recitación de los himnos.

2.4 Creciendo en la Ley.

Pasaron los años y yo crecí en la Ley. Era un crecimiento gradual, acompañado por la ampliación de mis horizontes. La Ley de

2 – El libro de los durmientes apacibles

Melquisedec no se basaba en la restricción. No había largos listados sobre lo que no se debía hacer, unidos a los castigos correspondientes para los trasgresores, sino todo lo contrario. Como decía un verso: “*Gracias a la Ley, un zapatero puede ser un zapatero, un pastor puede ser un pastor*“. La Ley mostraba qué cosas se tenían que hacer, cuándo y cómo hacerlas. Cada acción estaba codificada con precisión. Cuantos más versos uno sabía, más podía hacer. Y a la inversa, aquellos salvajes que vivían en tierras lejanas y no conocían la Ley, no eran mejores que las masas informes del principio de los tiempos. Pasaban sus días vegetando en la arena, apenas capaces de proveerse alimento.

Una de las materias que más me agradaba en la escuela era la Ley de las Castas. Especificaba el color de la túnica que cada casta debía vestir. Cada casta usaba sólo un tipo de vestimenta. *Gracias a Nuestro Señor Melquisedec*, esto les ahorra la pesadilla de tener que decidir qué ropa ponerse cada mañana. Y así, una persona instruida podía saber inmediatamente a qué casta pertenecía cada individuo, simplemente observando cómo iban vestidos y, de este modo, podía saludar de manera apropiada.

Las palabras para saludar a alguien eran: “*Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec*“, a lo cual la otra persona debía responder: “*Toda la Gloria sea para Nuestro señor Melquisedec*“. Sin embargo, la entonación era muy diferente según a que casta se dirigiese el saludo. Por ejemplo, los Legítimos y Hábiles Zapateros del Distrito Sudeste de las Tierras de Sheringa alababan a Nuestro Señor Melquisedec con un cuarto de tono descendiente en la cuarta sílaba y con un semitono ascendente en la séptima sílaba, mientras que los Muy Legítimamente Legítimos Zapateros de los Distritos Este y Sudeste de la Provincia de Sheringa hacían exactamente lo opuesto, excepto cuando se dirigían a un miembro de su propia casta: en ese caso la regla era utilizar cuartos de tono ascendentes en todas las sílabas átonas, pero no cuando se dirigían a sus mayores, para los cuales debían acentuarse todas las

2 – El libro de los durmientes apacibles

inflexiones ascendentes. Esto era sencillo. Los miembros de castas más elevadas tenían reglas mucho más sofisticadas, con una manera particular de saludar a cada una de las castas, y formas diferentes de saludar a los miembros de su propia casta dependiendo del día de la semana y de la estación. Había cientos de castas principales y miles de subdivisiones dentro de ellas. Y eran todas estas condiciones las que convertían la Ley de las Castas en un tema apasionante para el estudio. Naturalmente, se necesitaban años de esfuerzo para poder dominar el arte de las castas, pero la recompensa valía la pena. En cualquier interacción social, existía la gran satisfacción de tener la capacidad de dirigirse al interlocutor de manera exacta y así prescrita por Nuestro Señor Melquisedec en los inicios del Reino.

Este privilegio, huelga decir, estaba reservado para los miembros de las castas más elevadas. La gente poco instruida sólo conocía una docena de fórmulas para alabar a Nuestro Señor Melquisedec. Para juzgar el nivel social de cualquier persona, bastaba con saludar y escuchar la manera en que respondía: “*¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!*“. Esto revelaba todo sobre sus orígenes. En nuestros últimos años de estudio, se hacía más y más hincapié en permanecer presente cuando acontecía una situación desconocida. Esta meta tenía que alcanzarse adquiriendo una perspectiva más amplia de la Ley, estudiando sus variadas facetas en vez de basarse únicamente en los preceptos de una sola casta, y también mediante osmosis. En los años de preparación para la Gran Competición, los profesores eran hombres de un calibre muy diferente que aquellos que se encargaban de los niños más pequeños. Para empezar, hablaban algo más rápido y con un cierto brillo en sus ojos. Hacían muchas preguntas, incluso preguntas desconcertantes para las cuales los estudiantes todavía no habían aprendido la respuesta de memoria. Y algunas veces mostraban un cierto sentido del humor (una cualidad ausente casi por completo en la mayoría de la gente atlante).

2 – El libro de los durmientes apacibles

La Política era para mí la materia más desconcertante. Se impartía únicamente en el último año, y no se desarrollaba demasiado. Los verdaderos estudios políticos comenzaban en una etapa posterior para aquellos que habían superado la Gran Competición. Y por ello, nunca aprendí demasiado de este arte extraño. Pero lo poco que tuve que soportar permaneció eternamente como un misterio para mí.

El arte de la política ponía patas arriba los conceptos más legítimos y fundamentales de la Ley. Normalmente, cuando una persona instruida se enfrentaba a una situación difícil, consultaba la sabiduría de la Ley para decidir el curso de acción. Sin embargo, ¡no era esto lo que debía hacer un consejero político! Aunque suene extraño, su tarea era hacer exactamente lo opuesto. Un príncipe o alto dignatario hacía llegar al consejero una decisión ya tomada. Su tarea era entonces encontrar los versos de la Ley que justificasen holgadamente aquella decisión.

Siempre recordaré mi total estupefacción cuando, durante una de mis primeras clases de políticas, un profesor me propuso el siguiente ejercicio:

— El príncipe de las Tierras de los Planos del Oeste ha decidido librarse de su esposa, la cual le ha dado ocho hijas y ningún hijo. Encuentra razones en la Ley que demuestren que tiene razón.

— *¡Oh, mi Señor Melquisedec!* —exclamé— ¡Esto es terrible! Esta mujer va a ser...

— ¡Orlon, hijo de Orlon! —interpeló el maestro en un grave tono de voz—. ¡Estos comentarios son totalmente irrelevantes! ¡Estamos aquí para discutir la Ley, *por el amor de Nuestro Señor Melquisedec!*

Suspiré y tanteé el terreno con un verso de mi relativamente amplio legítimo repertorio.

— *Un hombre debe cumplir la Ley de sus padres* —sugerí.

— Mm... — el profesor no parecía estar impresionado.

— *“El príncipe ordena y no recibe órdenes de nadie”* —apuntó otro estudiante.

2 – El libro de los durmientes apacibles

— ¡Sí! —asintió el maestro—; este verso me gusta mucho más.

— “*El más alto deber de un príncipe es asegurar una paz duradera en sus Tierras. Por ello, por el beneficio de sus súbditos, debe tener un hijo, y su hijo debe sucederle en el trono*”—dijo otro estudiante.

— *¡Legítimamente excelente!* —el profesor alzó su dedo índice—; esto es exactamente lo que un sabio consejero hubiera dicho. Claramente demuestra que el príncipe no tiene otra legítima opción que deshacerse de su esposa.

Se giró hacia mí:

— Ahora, Orlon, supongamos que eres el consejero de la esposa del príncipe. ¿Cómo podrías demostrar que la Ley aconseja que el Príncipe permanezca con ella?

Esta vez, me quedé absolutamente en blanco. Se había asestado un duro golpe a mi absoluta fe en la Ley. Nunca antes había sospechado que la gente pudiese jugar con sus verdades sagradas y manipularlas para su propio provecho. Esto iba completamente en contra de todo lo que había aprendido y todo lo que podía hacer era permanecer ausente, dirigiendo mi mirada vacía hacia la niebla.

Todavía existían cosas peores. En algunos casos difíciles, no era posible encontrar versos de la Ley que justificaran las decisiones del monarca. Los consejeros políticos utilizaban entonces una técnica inconcebible: recortaban partes de los versos legítimos y los recombinaban de tal manera que se ajustaban perfectamente a las necesidades del monarca.

Y se justificaban a sí mismos citando versos fundamentales de la ley como; “*Aquello que viene de la Ley es legítimo*“ o “*La Ley es la Verdad, y por ello, todas las partes de la Ley son verdaderas*“.

Gracias a Nuestro Señor Melquisedec, la política era sólo una de las muchas asignaturas que teníamos que estudiar. El aprendizaje de los rituales me resultaba mucho más apetecible. Los sacerdotes de la aldea me impresionaban enormemente. Siempre quedaba fascinado cuando salmodiaban los himnos y recitaban los mantras de la Ley. Su espíritu

2 – El libro de los durmientes apacibles

vibrante me conmovía y llenaba de reverencia.

A menudo les acompañaba cuando celebraban rituales diseñados para mantener el buen funcionamiento de las fuerzas de la naturaleza. Estas prácticas tenían como objetivo atraer la lluvia, promover la fertilidad de la tierra, asegurar que las estaciones llegasen en el momento oportuno y cuidar de la estabilidad del clima en general.

Como no era de la casta de los sacerdotes, nunca tomaba parte en los cánticos, simplemente me sentaba y observaba los rituales. Los sacerdotes, que en esta aldea vestían ropas de color azafrán, se sentaban alrededor de un pequeño fuego, que habían encendido de manera ritual, tal y como especificaban los cánones. Después, recitando sus mantras, vertían oblaciones en el fuego. Esto creaba chispas de energía en el aura de la llama, que me trasportaban a un maravilloso estado de conciencia expandida y me hacían perder completamente el sentido del tiempo.

Otra casta con la que me gustaba mezclarme, siempre dentro de los límites impuestos por la Ley, naturalmente, eran los controladores espaciales.

Mi primer encuentro con uno de ellos tuvo lugar después de un trágico incidente. Una mañana en mi dormitorio, encontramos a uno de los estudiantes muerto en su cama. él era mi mejor amigo, pues dormía en la cama más próxima a la mía y la Ley decía: *“Convertid vuestro prójimo en vuestro amigo”*. Pasé el día compungido, orando legítimamente por su alma y llorando su partida, así como indicaba la Ley: *“Cuando muera un amigo, rezad por su alma y llorad durante un día, rendíos después a la sabiduría superior de Nuestro Señor Melquisedec”*. Por la tarde, acudieron prestos los sacerdotes de la aldea y tras examinar su cuerpo declararon que su muerte no era debida a ninguna enfermedad. El muchacho simplemente había perdido su camino durante la noche. Tal como después nos explicaron, esto era algo bastante común.

2 – El libro de los durmientes apacibles

Durante los días siguientes, Eterne, uno de los controladores espaciales a cargo de nuestra aula, vino a visitar nuestra clase. Los controladores espaciales pertenecían a una casta especial, cuyas funciones eran todavía más misteriosas que aquellas de los sacerdotes. También se les llamaba “pastores de la noche” pues pasaban sus noches viajando por la Oscuridad Visible, la capa astral más cercana al mundo físico. Su tarea consistía en rescatar a las personas que, en sus sueños, vagaban inconscientemente por espacios astrales demasiado alejados. En algunos casos, careciendo de alguien que los escoltara de vuelta, estas ovejas descarriadas hubiesen sido incapaces de volver a su cuerpo, y por la mañana los habrían encontrado muertos en sus camas.

Los controladores los traían de vuelta a casa y enviaban un impulso que los hacía despertar.

Tras la muerte de mi amigo de la escuela, Eterne se encargó especialmente de los muchachos de mi clase. Cuando me despertaba por la mañana, a menudo recordaba haberme encontrado con él durante la noche. él pensaba que yo iba demasiado lejos, y cuando me encontraba me reñía. Pensaba que yo me marchaba a propósito, para explorar remotas regiones de la Oscuridad Visible, una idea que jamás se me hubiese ocurrido. Con el tiempo, me enseñó a pasar las noches en mi propio vecindario astral, en vez de deslizarme a espacios lejanos. Para agradecérselo, algunas veces visitaba su casa durante el día y le llevaba flores.

Los controladores espaciales no sólo eran apreciados por su servicio, también disfrutaban de un gran prestigio. Circulaban gran número de historias sobre sus poderes secretos y los extraños encuentros que tenían a veces, cuando viajaban a los espacios astrales más remotos. Cuando visitaba a Eterne, me explicaba los entresijos de su trabajo y yo me sentaba con él, totalmente absorto en sus hazañas, durante horas y horas. Me contó sobre lugares asombrosos que había explorado en la Oscuridad Visible y la cantidad de durmientes que había rescatado de

2 – El libro de los durmientes apacibles

una muerte segura. Me hablaba sobre las almas de los muertos que a veces encontraba en su camino hacia los mundos espirituales, mundos tan majestuosos que no podían distinguirse ni siquiera desde las capas más elevadas de la Oscuridad Visible. También me explicaba historias fantásticas de grandes sacerdotes y sacerdotisas que habían viajado incluso más lejos que él, explorando esferas inimaginablemente lejanas, por lo menos dos o tres niveles por encima de la Oscuridad Visible.

Mientras hablaba, yo permanecía sentado, con los ojos abiertos como platos, colmado de admiración y reverencia.

No sabía yo en aquella época que acabaría siendo entrenado por los controladores espaciales más poderosos del Reino, las águilas Blancas, mujeres con habilidades fenomenales de viaje, para quienes la Oscuridad Visible no era sino un área borrosa y poco interesante ubicada en lo más bajo de la escalera de las esferas.

2.5 La gran competición.

Una de las materias que presentaba para mí mayor dificultad era la educación física. Odiaba correr. La Ley decía que los miembros de mi casta debían ser capaces de correr para *poder servir a su soberano en casos de gran emergencia*, y por ello me sometí pacientemente a las clases. Pero el ejercicio físico, no sólo correr, iba profundamente en contra de mi naturaleza. Quizás tenía que ver con el hecho de que, aunque era muy alto, estaba extremadamente delgado y era particularmente vulnerable a todo tipo de resfriados y pestilencias. Cierta vez, en el medio de una clase de deportes, que consistía en subir y bajar una escalera, el profesor de educación física vino hacia mí.

Estaba sentado en el escalón más bajo, recobrando el aliento, y recordando un doloroso episodio que sucedió meses antes cuando me había perseguido una vaca por un prado enorme.

El hombre se detuvo frente a mí y me miró un momento con una extraña expresión en la cara.

2 – El libro de los durmientes apacibles

— ¡Tienes suerte, Orlon! En nuestra región, los funcionarios nunca tienen que participar en maniobras militares. ¿Puedes imaginar que pasaría si tuvieses que luchar contra los gigantes Nefilim?

Me rasqué la cabeza, buscando un verso apropiado:

— *¡Lucha con Espíritu, hombre en la Ley!*

— Sí, pero *el Espíritu asiste a los fuertes*, Orlon —replicó.

Asentí, reflexionando en la profundidad de aquel verso.

Puso la mano en mi hombro y dijo:

— *Aquél que destaque en la Gran Competición conseguirá una bella esposa.*

Fruncí el ceño, preguntándome qué quería decir.

— Será mejor que lo hagas bien, Orlon, hijo de Orlon —dijo sonriendo—; de lo contrario me pregunto, ¿qué funcionario loco querría darte a su hija por esposa?

— ¿Una esposa? —miré entonces hacia la niebla, con el semblante ausente.

Cuando volví en mí, el profesor de educación física ya se había marchado. Después de esta conversación nunca más volvió a hablarme.

Casi todos los demás profesores eran mucho más amables. En este último año de preparación, todos intentaban despertar el espíritu competitivo en sus estudiantes. Esto no era tarea fácil, especialmente conmigo. En cierta ocasión, después de un examen de historia de la Ley que había superado con muy buena nota, un profesor me dijo:

— *¡Legítimamente excelente, Orlon!* Si te comportas de la misma manera en la Gran Competición, ¡acabarás sirviendo al mismísimo príncipe de las Tierras de Sheringa!

Asentí. De acuerdo con la legítima retórica, la entonación de esta frase indicaba que no tenía que buscar una respuesta, simplemente tenía que sonreír cortésmente.

— ¿No te gustaría ser un hombre importante al que la mismísima Familia Real acudiese en busca de legítimo consejo, Orlon?

2 – El libro de los durmientes apacibles

—preguntó el profesor.

Yo me quedé pensativo, preguntándome si realmente me gustaría que se diese esa situación.

— Serías rico. Tendrías una bella esposa y una casa grande con sirvientes, y todos en tu aldea natal te respetarían —continuó el maestro.

Permanecí en silencio. No había visitado mi aldea natal durante años. Ni siquiera sabía si mis padres seguían con vida.

— ¿No existe ninguna posición en la Administración Suprema de las Tierras de Sheringa que te gustaría ocupar? —me preguntó.

— Sí —asentí—: me gustaría representar al Príncipe en otras Tierras.

— Mmm... —El profesor mostró una expresión dubitativa—. ¿Realmente te gustaría viajar?

Yo asentí. Viajar era una de las cosas que la gente atlante normalmente odiaba. No sólo implicaba dejar el confort de su hogar, sino también adaptarse a un nuevo clima y a veces incluso a un estilo de vida diferente. Sin embargo, por una extraña razón, me atraía.

— En ese caso, Orlon, *debes* destacar en la Gran Competición —intentó impresionarme el maestro—; el Príncipe suele designar a unos pocos escogidos para el cargo de embajador.

Yo mostré una expresión decidida, como la legítima retórica dictaba que tenía que hacer tras recibir una orden de ese tipo. Pero la necesidad de alcanzar una buena puntuación en la Gran Competición no me parecía tan obvia como al resto de estudiantes, que parecían ansiosos por unirse a los altos rangos de la Administración Suprema. En los meses que precedieron a la Gran Competición, muchos de mis compañeros empezaron a mostrar signos de gran excitación. Este entusiasmo se mantuvo legítimamente moderado pero aún así no había duda de que la perspectiva de someterse a la crítica prueba estaba produciendo un gran impacto en ellos. Empezaron a discutir temas que nunca antes hubiesen pensado, como qué posición deseaban alcanzar o qué tipo de legítima esposa les gustaría. Cuando hablaban, trataban de

2 – El libro de los durmientes apacibles

usar menos frases del repertorio habitual y escoger los versos de la Ley con más ingenio.

Incluso algunos, cuya ambición me parecía asombrosa, estudiaban después de las clases o se enzarzaban en debates, puliendo su retórica para los exámenes.

Finalmente, llegó el gran día.

La competición tendría lugar en la ciudad de Sheringa, la capital del país, hacia donde cientos de estudiantes provenientes de todos los rincones de las Tierras de Sheringa acudían en masa cada año. Unos días antes de dejar la escuela residencial, se celebró una gran ceremonia durante la cual los estudiantes expresaban legítimamente su gratitud hacia los maestros por las enseñanzas recibidas. Un equipo de sacerdotes acudió y recitó himnos durante varias horas. Después los profesores formaron una fila y cada estudiante, uno tras otro, dio las gracias a cada uno de los profesores, repitiendo exactamente los mismos versos de la Ley, que eran pronunciados con un tono reservado y moderadamente triste. No hace falta decir que Nuestro Señor Melquisedec era copiosamente alabado antes, durante y después de este legítimamente conmovedor intercambio. Los estudiantes también agradecieron a las energías de la tierra y los árboles su nutriente apoyo. Finalmente se dieron las gracias los unos a los otros por su mutua compañía y la ceremonia finalizó con un legítimo banquete en el cual todos eran invitados a regocijarse por los bellos años venideros. Repetían así el modelo de sus mayores, *para la mayor gloria de Nuestro Señor Melquisedec*, creyendo que no existía destino más envidiable que aquel que ahora asomaba en su horizonte.

¡Apacibles durmientes!

Poco podían sospechar que su mundo estaba apunto de colapsar...

—Y así termina el libro de los durmientes apacibles—

3 – El libro de la llamada del destino

3.1 La llamada del destino.

La Gran Competición constaba de cuatro partes. En la primera, los candidatos tenían que someterse a varios exámenes. Tenían que demostrar su conocimiento de la Ley y enzarzarse en largas recitaciones de los himnos, ninguna de las cuales presentaba gran dificultad para aquellos que habían sido convenientemente preparados. Acto seguido, los candidatos eran expuestos a un exhaustivo interrogatorio sobre situaciones prácticas con las que solían encontrarse los funcionarios y con la aplicación de varias reglas y fragmentos de la legislación. En cada ocasión, el reto consistía en encontrar un verso de la Ley que esclareciera el problema sugiriendo la manera de actuar.

De forma bastante inesperada, disfruté con el ejercicio, mucho más que mientras nos preparábamos para el examen en los meses anteriores. Al contrario que mis compañeros, tenía yo escasa motivación por convertirme en parte de la Administración Suprema de las Tierras de Sheringa. Sólo quería asegurarme de que nunca tendría que correr y mantenerme lo más lejos posible de todo aquello que tuviese que ver con el ganado. Aparte de esto, no me importaba realmente acabar siendo un Gran y Legítimo Intendente de las Implementaciones Administrativas en Trámite, un Subdelegado de la Legítima Representación Princesca o un Legítimo Lo que Fuese. Sin la preocupación de conseguir una puntuación alta, mi ánimo se mantenía sereno. Entregándome a la *Gran Sabiduría de Nuestro Señor Melquisedec*, puse mi destino en sus manos.

Conforme pasaban los días, disfrutaba más y más de la vibrante atmósfera de las salas de examen. Los examinadores eran muy sagaces

3 – El libro de la llamada del destino

y transmitían un cierto sentimiento de alerta que no sólo me ayudaba a pensar con claridad, sino también me hacía sentir más vivo que nunca. Y por ello, al final de la primera semana, cuando supe que no era uno de los doscientos candidatos que habían sido eliminados, me sentí realmente feliz. Estaba intrigado, legítima y ligeramente intrigado, por saber qué sucedería durante el resto de la competición.

La segunda parte no sólo estaba considerada como la parte más difícil, sino también como la más crucial en el proceso de selección. Únicamente cien de los seiscientos candidatos restantes se clasificarían para la tercera parte de la competición.

La prueba tenía lugar en un bosque vecino, empezaba al amanecer y se alargaba hasta altas horas de la noche. Los candidatos se dividían en pequeños grupos y el objetivo consistía en alcanzar cierto lugar escondido en la floresta. Para encontrar el camino, teníamos que pasar por un número determinado de puestos de control, donde nos hacían preguntas y nos daban instrucciones según la precisión de nuestras respuestas.

Nos habían advertido que muchos de los candidatos no conseguirían llegar a la meta y que incluso algunos de nosotros podríamos perder la vida en el intento; cuando nos encontrásemos con los fieros guardianes que custodiaban los pequeños puentes que cruzaban los múltiples arroyos que regaban el bosque. Por ello, mis jóvenes amigos consideraban esta carrera como la prueba de su vida, el único y trascendental evento que sellaría su destino.

Legítimamente ansioso, empecé la carrera al amanecer. Formaba parte de un grupo que incluía a cinco de mis amigos de la escuela, uno de los cien grupos compuestos por estudiantes de varias escuelas de la región y de otros que habían venido a competir para intentar asegurarse un futuro brillante.

Nuestro sendero comenzaba en el linde del bosque y de allí partimos, buscando rápidamente el primero de los puestos de control.

3 – El libro de la llamada del destino

Sólo habíamos caminado media hora cuando una voz nos llamó:

— ¡Escuchad! ¡Sí, os estoy llamando precisa y legítimamente a vosotros! ¡Venid y ayudadme!

Nos detuvimos. El hombre que nos había llamado estaba arrodillado al lado de un árbol, cerca de una mujer y una niña pequeña. La mujer yacía en el suelo, inconsciente. La pequeña niña estaba de pie a su lado. Ambas vestían túnicas grises, lo que indicaba que eran miembros de una casta inferior con la cual supuestamente no podíamos mezclarnos, a menos que fuese *estricta y legítimamente necesario*. El hombre vestía una túnica marrón, nunca vista en las Tierras de Sheringa.

— ¡Venid rápido! —clamó el hombre—; necesito vuestra ayuda para rescatar a esta mujer. Mis amigos continuaron su camino.

Por algún motivo, dudé. No fue por compasión. Si esta mujer estaba enferma ¿no era por voluntad de nuestro Señor Melquisedec? Sin embargo, había algo en la voz de aquel hombre que resonaba en mi interior. Caminé unos pasos hacia él, contemplando la larga túnica marrón. Probablemente era un monje, aunque yo desconocía a qué Orden pertenecía. No podía ver su cara, pues estaba escondida bajo la capucha.

— ¡Orlon! —exclamó uno de mis amigos— *¡No seas un loco en la Ley!* No hay tiempo que perder.

El hombre descubrió su cabeza y me miró. Debía tener casi sesenta años y su actitud transmitía una gran dignidad, con sus penetrantes ojos de color gris verdoso y su pelo y barba gris.

— ¡Legítimamente rápido! ¡Ven aquí! ¡Ayúdame a apoyar su cuerpo contra el árbol!

Mis amigos desaparecieron entre la niebla.

Si les hubiese seguido, habría errado mi destino.

Continué caminando hacia el hombre.

Era totalmente ilegítimo. Perder el tiempo durante la prueba decisiva de la Gran Competición era cometer una ilegítima locura. De acuerdo

3 – El libro de la llamada del destino

con las instrucciones que me habían repetido machaconamente en los últimos meses, tenía que haberlo ignorado y seguir corriendo. Pero había algo en los ojos de aquel hombre que me resultaba tan familiar y a la vez tan diferente de cualquier cosa que hubiese visto antes, que me resultó imposible no acudir su llamada.

— Ayúdame a levantarla —me indicó.

Fruncí el ceño con sorpresa. Este hombre parecía culto. ¿Cómo es posible que no supiese que un hombre de mi casta no podía tocar a una mujer de su casta, *a no ser que fuese requerido por alguna circunstancia legítimamente excepcional?*

— ¡Rápido! —se dirigió hacia mí con la entonación distintiva de alguien de casta superior que da una orden a un joven, *justamente la circunstancia excepcional* que yo necesitaba para tener el derecho legítimo de tocar a la mujer.

Trasladamos su cuerpo hasta el árbol y apoyamos su espalda contra éste. Tan cautivado estaba por el hombre, que casi ni la miré.

Atusó su barba pensativamente durante unos segundos, observando cuidadosamente a la mujer. Entonces tomó sus muñecas y las sostuvo entre sus manos, con los ojos cerrados, practicando alguna forma de sanación.

Cerca, la pequeña niña observaba en silencio, con sus grandes ojos marrones fijos en la mujer. Debía tener unos siete años. Como su vestido era del mismo color que el de la mujer, deduje legítimamente que era su hija.

Tras un momento, dije al hombre:

— Señor, tengo que irme.

— ¡Espera! —dijo con voz amable—; aún no he terminado con esta mujer.

Continué observándolo, preguntándome qué era aquello que percibía en él que resonaba tan profundamente dentro de mí. Era algo más bajo que yo, de complexión mediana. Parecía muy despierto, como los examinadores de la Gran Competición. Pero más que su apariencia,

3 – El libro de la llamada del destino

era su presencia lo que me afectaba, una presencia amable y suave que *fluía como un legítimo río*.

Tras resistir el impulso de moverme durante uno o dos minutos, finalmente tuve que decirle:

— ¡Señor, *realmente* tengo que irme!

— Está bien entonces, márchate —respondió el hombre con voz neutral y la mirada fija en la mujer que permanecía inconsciente.

— *¡Hasta la vista, hombre en la Ley!* —me despedí legítimamente.

él no contestó, estaba ocupado cuidando a la mujer.

Me levanté y comencé a alejarme.

— ¡Espera, hijo! —llamó el hombre—: ¡se te olvida algo!

Sorprendido, me giré hacia él. No se veía ninguna de mis pertenencias en el suelo.

Me miró a los ojos y sonrió:

— ¡Ven!

Confundido, caminé hacia él.

Mientras me acercaba, él se levantó. Entonces tomó mis muñecas en sus manos y sumergió profundamente su mirada en mi interior.

— Lleva esto contigo —dijo—, te hará falta para lo que tienes que hacer.

¿Pero qué estaba haciendo? Mi cuerpo entero comenzó a agitarse. Extrañas vibraciones llegaban a mi cabeza, transportándome a un espacio diferente. Sólo fueron unos segundos, pero lo que fuese que estaba sucediendo, era extraordinariamente intenso.

Entonces el hombre soltó mis muñecas.

— Ahora puedes marcharte.

Estaba tan aturdido que pasaron varios segundos antes de que pudiese moverme. Entonces me giré y empecé a alejarme de nuevo.

Esta vez no me llamó.

Tras dar unos pasos, me detuve. Dudando, volví mi cabeza hacia él.

— ¡Vete! —repitió—, tienes que apresurarte.

3 – El libro de la llamada del destino

Y finalmente me fui, continuando la carrera.

Pero algo extremadamente insólito sucedió. Arrastrado por una inusual vivacidad, eché a correr. Genuinamente sorprendido, me detuve inmediatamente. ¿Qué me había hecho este hombre? Pero no había tiempo para reflexionar sobre aquel extraño encuentro. Había llegado a uno de los puestos de control y los dos examinadores empezaron a lanzarme sus preguntas.

De nuevo, algo extraño sucedió. Mi mente empezó a razonar más rápido que nunca. Contesté las preguntas de los hombres con una velocidad que me sorprendía, mucho más a mí que a ellos. Y cuando escuché:

— ¡Pasa!

Empecé a correr de nuevo.

Pronto llegué a un puente bajo que cruzaba un pequeño arroyo. En el medio del puente se alzaba un hombre enorme, que sostenía una larga viga de madera entre sus manos. Mis amigos acababan de llegar. Caminaron hacia él, lenta y cautelosamente. Entonces, para su completa estupefacción, el hombre se precipitó repentinamente hacia ellos y utilizando su viga de madera, los lanzó al agua.

Normalmente, yo me hubiese detenido con prudencia y hubiese empleado el tiempo suficiente para buscar inspiración en mi repertorio de legítimos versos. Sin embargo, movido por las poderosas fuerzas que el monje había insuflado en mi interior, caminé hacia el puente y establecí contacto visual con el hombre.

Impasible, esperó a que me acercase.

Sin mirar realmente hacia su izquierda, fingí prepararme para correr en aquella dirección, como si intentase engañarle.

El hombre sintió el impulso inmediatamente y se preparó, moviéndose ligeramente hacia su izquierda.

Continué caminando, mirándolo a los ojos.

Entonces empecé a correr, como si fuera a precipitarme hacia su izquierda, hacia donde él esperaba que fuese. Pero tan pronto como

3 – El libro de la llamada del destino

empezó a balancear la viga de madera, salté hacia su derecha y lo adelanté corriendo.

Arrastrado por el peso de la viga, el hombre no tuvo tiempo de cambiar de dirección. Cuando me vio escapar, se echó a reír y apoyando la viga en sus antebrazos, comenzó a aplaudir.

Yo estaba tan sorprendido de lo que había logrado que ya no tenía que preocuparme sobre el hecho de estar corriendo. Simplemente continué hacia el siguiente puesto de control.

Una fuerza poderosa me acompañaba. No podía entender qué era, ni cómo funcionaba, pero cada vez que me hacían una pregunta, podía ver inmediatamente la respuesta. Era algo más que una voz contestando por mí, era una visión más amplia mediante la cual yo percibía las razones por las cuales preguntaban estas cuestiones, y el legítimo contexto general en el que se tenían que interpretar. Esto me condujo a decir cosas increíbles. Unas cuantas veces, tras pasar un puesto de control, tenía que preguntarme a mí mismo: “*Oh, mi Señor Melquisedec, ¿realmente he dicho eso?*” De alguna manera, podía percibir la personalidad de los examinadores y orientar mis respuestas adecuadamente. Incluso en alguna ocasión me las ingenié para hacerlos reír, como si estuviese dotado de sentido del humor. Jubiloso, volaba de puesto de control a puesto de control, disfrutando al máximo de la conciencia exaltada que me guiaba. Cerca del mediodía, cuando alcanzaba otro de los puntos de control, fui recibido por un grupo de dignatarios que me miraban con curiosidad. Eran al menos doce y su dirigente era un hombre alto, vestido con una túnica carmesí bordada con símbolos dorados, signo de un estatus extremadamente elevado en la Administración del Rey de La Atlántida.

Caminé lentamente hacia el grupo de dignatarios y alabé a Nuestro Señor Melquisedec con todo el respeto debido a su rango. Me detuve frente a ellos y recuperé el aliento, preparado para afrontar un nuevo aluvión de preguntas.

3 – El libro de la llamada del destino

Cuando vio el brillo de mis ojos y la mirada decidida en mi semblante, el hombre alto de la túnica carmesí sonrió.

— *¡Paz, amigo mío en la Ley!* —dijo en la legítima entonación que usaría alguien amenazado por un arma.

Los dignatarios se echaron a reír.

Yo sonreí cortésmente, tal y como la legítima convención recomendaba que hiciese en aquella situación.

— *¿Cómo te llamas, amigo mío en la Ley?* —preguntó el hombre vestido de carmesí.

— Orlon, hijo de Orlon, Señor.

— Pues bien, Orlon hijo de Orlon, has completado las pruebas de día. Puedes retirarte y descansar ahora. Nos volveremos a reunir mañana por la noche, en la celebración que concluye la segunda parte de la Gran Competición.

Permanecí inmóvil, mirándolo incrédulo. Ni siquiera era mediodía, y me habían explicado que la prueba duraría probablemente hasta bien entrada la noche. *¿Sería una trampa?*

— *¡Puedes retirarte!* —repitió el hombre, esta vez utilizando la entonación cortante que sólo aquellos al servicio de Su Suprema Majestad el Rey de La Atlántida podían emplear.

Asentí cortésmente, me despedí debidamente y me marché.

3.2 Ilegítimamente lejos.

Eran las primeras horas de la tarde cuando regresé a la pensión donde mis amigos de la escuela y yo nos hospedábamos y decidí que *necesitaba un legítimo descanso*. Me fui directamente al dormitorio, que estaba vacío, y me tumbé en mi cama. No podía dejar de pensar en el monje. *¿Quién era él? ¿Y qué me había hecho? ¿Lo volvería a ver?* Estas cuestiones se repetían en mi mente sin cesar. Aun así y a pesar de la excitación del día, pronto me dormí. Cuando desperté al anochecer, la primera cosa que me vino a la mente fue que tenía que encontrar al monje y hablar con él. No sabía por qué, pero sentía una

3 – El libro de la llamada del destino

absoluta certeza.

Estaba a punto de ponerse el sol y el dormitorio permanecía vacío. Ninguno de mis amigos había vuelto de la prueba. Esto me hizo pensar. ¿Y si *realmente* había obtenido una buena puntuación? ¿Me ofrecerían una posición de alto rango al servicio del príncipe? ¿Y sabría cómo escoger sabiamente? En vez de preocuparme, decidí esperar a saber el resultado de la competición. Sería proclamado al día siguiente.

Un impulso profundo me puso en movimiento. Me levanté y fui en busca del monje.

No tenía ni idea de dónde podría estar, ni siquiera sabía si todavía estaba en Sheringa. Y por ello decidí buscar a la mujer. Sheringa era una ciudad legítima, organizada en vecindarios donde las castas estaban estrictamente segregadas, así que era fácil encontrarla. Sabiendo que vestía de gris, pregunté por su vecindario y no transcurrió mucho tiempo antes de encontrarme en un pequeño mercado lleno de gente que vestía exactamente como ella.

Después de caminar un par de minutos, reconocí a la pequeña niña. Estaba jugando con uno de sus amigos cerca de un puesto de fruta. Me condujo hacia su casa y desde allí, un joven muchacho me acompañó dando un corto paseo hasta el vecindario donde se hospedaba el monje.

Era una pequeña casa al final de un callejón vacío. Cuando llegué ante su puerta, dudé. ¿Qué le iba a decir a este hombre? Antes de que pudiese organizar mis pensamientos, el monje abrió la puerta y me saludó:

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, amigo mío en la Ley!*

— *¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, hombre sabio en la Ley!* —respondí con el debido respeto a su edad y noble porte.

Esta vez, su cabeza estaba descubierta. Me miró durante un momento y entonces sonrió.

3 – El libro de la llamada del destino

— *¿Cómo te llamas, mi amigo en la Ley?*

De nuevo, algo en sus ojos y en su presencia hizo vibrar una cuerda dentro de mí. Me sentía conmovido y a la vez perplejo. Me quedé en blanco y olvidé responder.

El hombre ensanchó su sonrisa

— Me llamo Gervin de la Túnica Marrón —dijo—. *Adelante, mi amigo en la Ley.*

— Mi nombre es Orlon, hijo de Orlon —atiné a musitar, mientras lo seguía a lo largo de un pequeño pasillo que conducía a una habitación vacía, iluminado por el brillo azul blanquecino de las *paredes vivientes de plass*.

— *¿Cuántos años tienes, Orlon?*

— *He vivido diecisiete primaveras y diecisiete otoños* —le respondí a la legítima usanza.

Después me invitó a sentarme con él y me hizo varias preguntas sobre mi familia, mi casta, mis actividades en la escuela y los exámenes a los que acababa de someterme. Entonces, durante un largo rato nos miramos el uno al otro sin decir nada.

De nuevo sentí las extrañas vibraciones en mi cabeza y otras sensaciones que no podía explicar. Mi cuerpo entero estaba vibrando. Pude reconocer en su interior la fuerza exaltada que me había apoyado durante la Gran Competición.

En ese momento, sin venir a cuento, el hombre dijo:

— *Orlon, ¿te gustaría seguirme y ser parte de mi templo?*

Aturdido y asombrado me quedé sin habla.

Estas legítimas palabras eran las que utilizaban los grandes maestros espirituales cuando invitaban a alguien formalmente a convertirse en su discípulo. No había duda, el Maestro Gervin era un monje muy poderoso. La fuerza que me había sostenido durante la competición era prueba innegable de su dimensión espiritual. Pero aunque había escuchado muchas historias sobre maestros que venían desde otras Tierras para encontrar legítimamente a nuevos discípulos, nunca pensé

3 – El libro de la llamada del destino

que algo así me pudiese suceder.

Cuando vio mi estupefacta expresión, el Maestro Gervin se echó a reír.

— Pero...—conseguí articular finalmente—, pero yo soy de la casta de los funcionarios, no puedo vivir en un templo.

— Mmm...—asintió con grave expresión. Entonces sonrió y me tomó por sorpresa de nuevo diciendo:

— *¡Hasta la vista, hombre en la Ley!* —y se levantó, indicando que nuestro encuentro había finalizado.

Cuando llegamos a la entrada, sonrió de nuevo y repitió con calma:

— *¡Hasta la vista, hombre en la Ley!*

— *¡Hasta la vista...*—empecé a decir, pero las palabras se atragantaron en mi garganta y justo cuando estaba cerrando la puerta me apresuré a decir:

— *¡Espere, Maestro Gervin!*

él volvió a abrir la puerta y me miró con expresión neutral.

— ¿Todavía estará aquí mañana? —pregunté.

— Quizá. O quizá no —dijo, mirando hacia lo alto de un árbol cercano.

— ¿Y dónde está su templo?

— En las Tierras de Eisraim —dijo mientras seguía contemplando el árbol.

— ¿Eisraim? ¡Pero eso está ilegítimamente lejos! — exclamé. En las ocasiones en que soñaba con viajar, era a países legítimamente cercanos. Sheringa estaba en la Costa Este. Para alcanzar Eisraim desde allí, se tenía que cruzar casi la mitad del continente atlante hacia el oeste. Y yo, cada vez que iba en barco me mareaba, incluso cuando navegaba por un río.

— Sí, bastante lejos —dijo mirándome profundamente a los ojos y haciendo que la vibración en mi cabeza empezase de nuevo.

Mantuvimos contacto visual durante unos segundos y entonces me repitió por última vez:

3 – El libro de la llamada del destino

— “*Hasta la vida, hombre en la Ley*”—y con una gran sonrisa en su cara, cerró la puerta.

3.3 Noche de fiebre.

Rondaba la medianoche. Por primera vez en mi vida no podía dormir. Me senté y contemplé el brillo tenue de la *pared viviente* que tenía delante. El dormitorio permanecía vacío. ¿Qué podía significar? Naturalmente, mis cuarenta y nueve compañeros de la escuela no eran los únicos que habían participado en la carrera. Había venido gente de toda la región competir. Y sin embargo, me hacía preguntarme; ¿qué puntuación habría obtenido?

Pero no era esto lo que me mantenía despierto. La verdad era que no podía quitarme al monje de la cabeza. Este hombre tenía algo, algo que no había sentido nunca en nadie más, algo más significativo para mí que nada que hubiese encontrado antes. Pero ¿qué era? ¿Debiera regresar y hablar con él de nuevo? ¿Y si era demasiado tarde? ¿Y si ya se había marchado de la ciudad? ¿Le volvería a ver? ¿Enviaría el príncipe de Sheringa embajadores a las Tierras de Eisraim? ¿Tendría que esperar a que el actual embajador se transformase en un legítimo fantasma para poder viajar hasta allí? ¿Y quién me aseguraba que mi puntuación pudiese permitirme alcanzar tan alto cargo? *Y por el amor de Melquisedec*, ¿cuándo acabaría este tormento?

Me tumbé de nuevo, girándome de costado y cerrando los ojos, susurrando para mí mismo: “*Que tengas buenas noches en la Ley*“. ¿Y si realmente se había marchado de la ciudad? ¿Y si nunca más lo volviera a encontrar? ¿Me arrepentiría toda mi vida? ¿Debería haber aceptado su invitación? Pero siendo funcionario, ¿no podía vivir en un templo! Excepto, obviamente, si me convirtiese en miembro de una Orden Sacerdotal que incorporara miembros de otras castas. ¿Existiría este tipo de Orden en el templo de Eisraim? ¿Yo, un sacerdote? Me costaba incluso imaginarlo. Y no sabía nada del templo de Eisraim. ¿Y si tenían ganado? De todas formas, se necesitaban varias semanas en

3 – El libro de la llamada del destino

barco para llegar a Eisraim. No lo soportaría.

Me di la vuelta. ¿Y si fuese a hablar con él ahora mismo? A no ser que hubiera una razón especial, llamar a la puerta de alguien en medio de la noche no era en absoluto legítimo. Excepto si su casta tenía reglas especiales. Y por cierto, ¿qué era esto de la casta de la Túnica Marrón? Me volví a girar hacia el otro lado, entonces me senté de nuevo y decidí que realmente no sería buena idea ir a visitarle en medio de la noche.

Tres minutos más tarde, me encontraba caminando por las calles vacías de la ciudad de Sheringa, dirigiéndome hacia su casa. Era una *templada y agradable noche atlante*, la luz de la luna se filtraba entre las nieblas creando una bella atmósfera plateada.

No iba a llamar a su puerta, por supuesto. Esto hubiera ido en contra de los principios de la Ley. Cuando llegué decidí que permanecería de pie enfrente de la casa hasta que se hiciese de día, para lo cual no faltaba mucho. De esta manera no se me escaparía, en caso que decidiese partir a primera hora de la mañana. ¿Pero por qué seguía sintiendo aquel gran tormento? Nunca antes había sentido tal legítima angustia y agitación. Estaba tan preocupado por la posibilidad de no encontrar al monje de la Túnica Marrón que casi tenía ganas de correr. Cuando llegué al lugar, me sentí inmensamente aliviado. Pero no por mucho tiempo. ¿Y si la casa tenía una puerta trasera que daba a otra calle? ¿Era esta una razón suficientemente legítima para llamar a la puerta en el medio de la noche?

Permanecí de pie, frente a la puerta, preguntándome qué haría un doctor en la Ley en aquella situación.

Para mi sorpresa, la puerta se abrió y me encontré cara a cara con el hombre de la Túnica Marrón. Me sonrió.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Orlon!* ¡Entra por favor!

—dijo con su amable voz.

Instantáneamente, la tormenta que estallaba en mi cabeza se calmó. Me sentí sereno y lleno de claridad.

3 – El libro de la llamada del destino

Me condujo a la misma habitación vacía en la cual habíamos estado por la tarde y me invitó a sentarme con él en el brillo azul pálido que irradiaban las *paredes vivientes*. Yo no tenía ganas de hablar, simplemente quería beber su presencia, la cual me parecía más cálida si cabe que en nuestro anterior encuentro. él tampoco habló. Solamente me miraba a los ojos y sonreía, trasmitiéndome su amigable calidez.

¿Qué es lo que era tan diferente en él? La intensidad y agudeza de sus ojos, quizá. Cuando dirigía su majestuosa mirada hacia mí, parecía que viese miríadas de aspectos que me eludían completamente. ¿O era más bien la tibieza que irradiaba su corazón? Me parecía tan inusual y tan familiar al mismo tiempo. En su compañía me sentía una persona completamente distinta. Pero mi mundo interior era demasiado vago como para poder comprender exactamente qué es lo que estaba sucediendo.

La comunión continuó durante largo rato. Justo antes del amanecer, cuando las *paredes vivientes* empezaron a brillar más intensamente, Gervin atusó su barba pensativamente y preguntó:

— ¿Me vas a seguir, Orlon?

Tras haber compartido con él casi dos horas, me sentía mucho más lúcido que antes, más allá de mi conciencia ordinaria. Desde este estado elevado, tenía claro que quería seguirle.

No era ningún tipo de revelación. Por primera vez en mi vida, ¡realmente deseaba algo!

Pero no era capaz de ver cómo podría ser legítimamente viable.

— Maestro Gervin, ¿qué pasaría si le siguiese? —pregunté ansioso, esperando que sugiriese algún arreglo lícito por el cual un funcionario pudiese vivir en un templo.

La respuesta fue totalmente insólita. Atusó su barba una vez más y sonrió.

— Muchas sorpresas y una espantosa cantidad de cambios en tu interior.

3 – El libro de la llamada del destino

Las palabras “cambio” y “sorpresa” en una misma frase producían en mí, *como en cualquier otro atlante normal*, un efecto espeluznante. Tragué saliva.

— Siendo un funcionario público, ¿qué función desempeñaría en su templo? Probablemente no podría vivir entre las paredes del templo. El Maestro Gervin se echó a reír y por un momento temí que me echase de su casa como había hecho por la tarde. Pero simplemente colocó su mano en mi hombro y me miró a los ojos profundamente.

— Orlon, puedes ser lo que quieras. ¡Puedes hacer lo que quieras!

No tenía ni idea de qué quería decir con aquella frase.

—¿Te gustaría ser sacerdote? —preguntó.

Recordé que sólo las órdenes de Sacerdotes más elevadas aceptaban miembros de otras castas. Por lo que había aprendido de la Ley de las castas, sabía que en los templos no todos los sacerdotes y sacerdotisas eran célibes. Ahora bien, los que sí lo eran, tenían que encontrar a sus miembros entre las gentes de otras castas. Como decía la Ley: “*El celibato no puede ser transmitido de padres a hijos*“. Sin embargo, muchas de estas órdenes Sacerdotales buscaban a sus miembros en grupos y comunidades específicas. No así las más elevadas castas sacerdotales, en las que *sus miembros podían provenir de cualquiera de las castas superiores de la sociedad atlante*.

— ¿Te gustaría unirse a la Túnica Rosa? — preguntó Gervin.

— ¿La Túnica Rosa? —me quedé atónito. La Túnica Rosa era muy conocida. Eran ritualistas poderosos, maestros de la Ley que manejaban las asombrosas fuerzas de la Naturaleza. Comparados con ellos, los sacerdotes de la aldea que tanto admiraba no eran más que niños.

— Puedes ser lo que quieras. Puedes hacer lo que quieras — repitió Gervin con grave expresión.

Todavía no comprendía qué quería decir, pero estaba profundamente impresionado por el poder que transmitían aquellas palabras.

3 – El libro de la llamada del destino

— ¿Consideraría la Orden de la Túnica Rosa admitir a un simple funcionario como yo? —pregunté.

Atusando su barba, Gervin hizo una mueca.

— ¿Quién sabe? Cuando se conozcan los resultados de la Gran Competición, puede ser que a Orlon le ofrezcan una elevada posición al servicio de Su Majestad el Príncipe de Sheringa.

— Pero entonces ¿qué sucederá si la rechazo? —pregunté con ansiedad—, ¿Se ofenderá el Príncipe y me enviará a la cárcel, Maestro Gervin?

Por algún motivo, el Maestro Gervin no parecía preocuparse lo más mínimo por esa eventualidad.

— *Mi amigo en la Ley*, me ocuparé de ello. Pero antes de que decidas si me seguirás o no, quiero que escuches la proclamación de los resultados de la competición. Juntos sostuvimos un largo silencio meditativo, tras el cual Gervin se levantó, indicando que nuestro encuentro había terminado.

3.4 La hora de Dios cuando llama Nuestro Señor Melquisedec.

Regresé a la casa de Gervin a primeras horas de la tarde. La proclamación de los resultados había durado horas.

Estaba apunto de llamar a la puerta cuando ésta se abrió. Me pregunté si en todas las ocasiones había sido una coincidencia, pero había cosas más urgentes que discutir. Tras el legítimo saludo, empecé a decir:

— Maestro Gervin...

— Parece que estás sin aliento, hijo mío — comentó.

— He venido corriendo todo el camino. Maestro Gervin, algo...algo...algo ha sucedido.

— ¿Qué ha sucedido?

— He sido nombrado como uno de los doce mejores candidatos.

— Pasa —dijo sonriendo. Y me condujo a la pequeña habitación vacía, donde volvimos a sentarnos juntos—. ¿Entiendes lo que esto

3 – El libro de la llamada del destino

significa? —preguntó.

— Significa que no tengo que competir en la tercera parte del concurso. Puedo ir directamente a la cuarta parte.

— Que no es tal competición sino la reunión con los ministros del Príncipe para decidir qué función se te asignará.

Hubo un largo silencio.

Gervin preguntó de nuevo:

— ¿Todavía quieres seguirme, Orlon?

— ¡Sí! —asentí con certeza. No existía duda alguna en mi mente, era la única cosa que deseaba—. ¿Pero qué le voy a decir a los ministros del Príncipe? —pregunté con ansiedad—; si rechazo su oferta, ¿quizá me envíen a la cárcel!

— ¿Es esto lo que te preocupa? —Gervin sonrió—. No es esto lo que se supone que debe suceder en este momento.

Me pregunté qué era lo que debía ocurrir.

— Deberías estar considerando seriamente tu futuro —la expresión de su cara era grave—. Hay una brillante carrera esperándote en las Tierras de Sheringa. Podrías convertirte en alguien rico y poderoso, disfrutando de todos los placeres ligados a tu rango. ¿Estás seguro de que quieres abandonar el fruto de tu victoria para seguirme?

No sabía qué decir. Claramente, si existía esta victoria era por su causa. Sin las fuerzas que me había insuflado, nunca hubiese conseguido tan alta puntuación. El Maestro Gervin esperaba una respuesta. Lo podía ver en su cara y por ello, empecé a buscar en mi legítimo repertorio un verso apropiado que transmitiese cómo me sentía. Finalmente dije:

“¡Toda la Gloria sea para el Maestro!”

Gervin respondió con la sonrisa más espléndida que había visto nunca. Iluminaba la habitación por completo. Yo me sentía inmerso en puro gozo. Pero el semblante de Gervin se volvió serio de nuevo.

— No será fácil seguirme, Orlon —me advirtió.

3 – El libro de la llamada del destino

Esto ya lo podía advertir. ¿Qué le diría a los ministros del Príncipe? Por lo menos tenía diez días para prepararme para el encuentro. Sin embargo, aquella misma tarde tenía que acudir a una celebración en la cual aquellos que habían triunfado en la segunda parte de la competición serían saludados por el Representante del Rey de La Atlántida. ¿Qué podía hacer? ¿Iba a pretender que nada me había sucedido o correr el riesgo de insultar a los más altos dignatarios diciéndoles que no quería sus honores?

Gervin sacudió lentamente la cabeza, como si pudiese leer mis pensamientos.

— En el futuro, habrá pruebas mucho más difíciles que éstas, Orlon.

Asentí gravemente, tal y como los principios de la retórica recomendaban que hiciese en esta situación, pero sin la menor idea de lo que quería decir.

Durante un largo rato, Gervin me miró a los ojos profundamente. Parecía estar leyendo mi alma, pero yo no tenía ninguna percepción de lo podía estar viendo. Entonces tomó mis manos y de nuevo su sonrisa iluminó la habitación por completo, intensificando el brillo azulado de las *paredes vivientes*.

En lo más profundo de mi ser supe que me había aceptado.

Desde aquel momento todo sucedió muy deprisa, como en un sueño. Para mi gran alivio descubrí que Gervin había sido invitado a la ceremonia que tendría lugar aquella tarde y, por lo tanto, podríamos acudir juntos y él me diría qué decir y cómo comportarme cuando pronunciasen mi nombre.

Gervin también me aconsejó que no volviese a la casa de huéspedes. Me lo explicó citando un verso de la Ley: “*Habiendo dado un paso, sigue hacia delante y nunca vuelvas atrás o te enfrentarás a peligros peores que la muerte*”.

— ¿Significa esto que nunca volveré a ver a mis amigos? —pregunté, repentinamente consciente de que estaban a punto de suceder en mi vida cambios trascendentales.

3 – El libro de la llamada del destino

— *¡Regocíjate, hombre en la Ley! Pues ésta es la hora de Dios, la hora en que Nuestro Señor Melquisedec te llama y repican las campanas del destino. ¡Y tú has escuchado la llamada!* —respondió Gervin. Pero cuando vio que mis ojos estaban llenos de lágrimas continuó con voz amable y suave:

— Escucha, tú y yo vamos a convertirnos en muy buenos amigos y te prometo que en el templo de Eisraim tendrás amigos como nunca antes soñaste que tendrías, gente excepcional que te está esperando y que te cuidará y te querrá como raramente lo hacen las gentes del Reino.

Bebí con avidez sus palabras.

Para animarme, Gervin describió las muchas maravillas de su templo, donde el legítimo pllass tenía diez mil años de antigüedad y las capillas de *paredes vivientes* contenían la formidable presencia de los dioses. Había magníficos jardines, en los que se erigían estatuas de todos los dioses, criptas subterráneas en las que se habían llevado a cabo rituales de fuego ininterrumpidamente durante cientos de años y más de cien mil sacerdotes y sacerdotisas pertenecientes a una gran variedad de órdenes.

Y lo que es mejor, supe que apenas tenían ganado dentro del perímetro del templo.

3.5 La pequeña broma de Gervin para el Representante del Rey.

Aquella tarde Gervin y yo caminamos juntos hacia los grandes jardines que pertenecían a las propiedades del Príncipe donde la ceremonia tendría lugar.

Había una gran multitud sentada enfrente de un palco. ésta era con mucho la mayor ceremonia a la que había atendido nunca. Aparte de los cien candidatos que habían tenido éxito en la segunda parte de la competición, habían acudido muchos de los altos dignatarios de las Tierras de Sheringa, así como representantes de otras Tierras. Incluso

3 – El libro de la llamada del destino

había algunos miembros de la Administración Suprema, gente de un estatus extremadamente alto, pues cada una de las muchas Tierras del Reino era gobernada por un príncipe que estaba sometido a la autoridad central del Rey. También componían parte de la audiencia eminentes miembros de la comunidad y gente de las castas más altas, que en su mayoría habían asistido al evento acompañados por sus idóneas hijas, esperando encontrar maridos legítimamente prometedores para ellas.

El Maestro Gervin había sido invitado a sentarse en las primeras filas, un gran privilegio que mostraba que el Administrador de Sheringa lo tenía en gran estima. En lugar de permitir que me sentase con mis amigos, me llevó con él.

Esperamos las dos o tres horas reglamentarias, como en toda legítima celebración, pues la Ley decía: “*No permitas que se apresuren los inicios*”.

Llegó entonces el hombre vestido de color carmesí, aquel que se dirigió a mí brevemente al final de la prueba, encabezando una corta procesión de funcionarios supremos. Mientras ocupaban su lugar en el palco, Gervin me susurró:

— ¿Sabes quién es ese hombre?

— ¿Alguien enviado por el Rey?

— ¡Exactamente! Se llama Don Proston. Esta noche vamos a gastarle una pequeña broma —Gervin me guiñó un ojo.

Horrorizado, tragué saliva. ¿Gastarle una broma al emisario de Su Suprema Majestad el Rey de La Atlántida? Ya casi me veía en la más oscura mazmorra de la cárcel de la ciudad de Sheringa.

— No te preocupes, no tiene nada que ver contigo —dijo Gervin—; es estrictamente entre él y yo. Cuando mencionen tu nombre, di simplemente lo que te he dicho y *todo estará bien en la Ley*. No del todo tranquilo, observé el inicio de la ceremonia. Los Grandes Sacerdotes de la corte del Príncipe entonaron himnos de la Ley, tras los cuales Don Proston felicitó legítimamente a varios de los oficiantes

3 – El libro de la llamada del destino

en nombre de Su Suprema Majestad el Rey de La Atlántida. Otras varias legítimas formalidades tuvieron lugar hasta que, uno por uno, los candidatos vencedores fueron llamados al estrado.

El estruendo de los tambores ceremoniales acompañaba su lento caminar hacia la plataforma. Tan pronto como sus nombres eran anunciados, subían las escaleras, caminaban hacia Don Proston y le saludaban humildemente. Don Proston les felicitaba legítimamente y los decoraba con una insignia de color beige. La multitud aplaudía ruidosamente. Los laureados no volvían a su lugar sino que descendían del estrado y se situaban a un lado.

Cuanto más tiempo pasaba, más aterrizado me sentía. ¿Qué iba a pasar cuando rehusara la insignia? ¿Podía alguien gastarle una broma al Más Venerable Señor y no acabar en la cárcel? Si no hubiese sido por el apoyo que suponía la presencia de Gervin, seguramente me hubiese desmayado, algo no tan difícil considerando la holgura con que la conciencia de los atlantes estaba ligada a su cuerpo físico.

Finalmente pronunciaron mi nombre.

Me levanté y comencé a caminar hacia el estrado: “*Oh, mi Señor Melquisedec*, toda esta gente me está mirando”, pensé con horror. De hecho así era. Los tambores retumbaban. Los dignatarios esperaban. Tuve que contraer mi esfínter.

Un eón después, cuando llegué al estrado y los tambores se silenciaron, Don Proston me reconoció inmediatamente.

— Aquí está nuestro joven amigo, cuya sed de preguntas es insaciable —sonrió, refiriéndose a nuestro último encuentro. Mostré tal incredulidad que estuve a punto de violar el protocolo.

“¡Oh, no! ¿Por qué me pasa esto a mí?” pensé, tragando saliva y preparándome para repetir lo que el Maestro Gervin me había encomendado, observando detenidamente la expresión de Don Proston. El hombre de cuarenta años y anchos hombros me felicitó legítimamente, tal y como había hecho con todos los candidatos antes que yo. Hablaba con gran dignidad y soltura, acompañando sus

3 – El libro de la llamada del destino

palabras con elocuentes movimientos de manos. Un oficial le procuró una insignia, pero ésta era negra y no beige como las demás.

— *Permíteme colocar esta distinción en tu pecho, que así te recuerde la Gracia de Nuestro Señor Melquisedec por la cual has alcanzado el más alto grado de tu casta, consiguiendo así el privilegio de servir a Su Majestad el Príncipe de las Tierras de Sheringa* —proclamó Don Proston, moviendo sus manos hacia mí.

Yo repliqué inmediatamente:

— ¡Muchas gracias, mi muy Venerado Señor, pero tengo que declinar este honor! En vez de eso, seguiré al Maestro Gervin de la Túnica Marrón y formaré parte de su templo en las Tierras de Eisraim.

Don Proston abrió los ojos como platos y después frunció el ceño. Todos los dignatarios copiaron su gesto.

Un mar de susurros atónitos inundó la multitud.

“¡Pena de prisión! ¡Garantizada por la Ley!”, pensé mientras observaba ansiosamente su expresión.

Don Proston dirigió su mirada hacia las primeras filas de la audiencia, buscando al Maestro Gervin. Pero para mi gran sorpresa, cuando lo avistó simplemente le sonrió de forma extraña. Imitándolo como marionetas, todos los dignatarios del estrado empezaron a sonreír. Durante unos segundos, el representante del Rey y Gervin sostuvieron la mirada. Era obvio que se conocían. Aunque Proston permanecía en silencio parecía como si estuviese hablando con Gervin de una manera que nadie más podía escuchar.

Después, manteniendo aquella extraña expresión, Don Proston se volvió hacia mí.

— *“Que sea cumplido el deseo de Nuestro Señor Melquisedec* —pronunció con la voz ceremonial de un miembro de alto rango de la Administración Real. Entonces puso su gran mano en mi hombro—. *Vuelve con tu maestro, hijo mío.*

Me despedí de manera legítima, inclinando ligeramente la cabeza y me alejé.

3 – El libro de la llamada del destino

La multitud dudó, preguntándose si debían aplaudir o no.

Mirando a Gervin directamente a los ojos, Don Proston aplaudió lentamente.

Mientras descendía los escalones, de vuelta a mi lugar junto a Gervin, la multitud aplaudió, al lento ritmo de Don Proston. Cuando llegué a mi sitio, Gervin y Don Proston seguían mirándose a los ojos. Gervin también sonreía de aquella extraña forma.

Perplejo y exhausto, me senté al lado del Maestro Gervin. En mi interior, alabé al Señor Melquisedec y me regocijé al ver el fin de mis vicisitudes (o al menos, así lo creía).

3.6 La muerte de Orlon, hijo de Orlon.

Cuando regresamos al lugar donde Gervin se hospedaba, me encontraba totalmente exhausto. Me ofreció un colchón, donde caí rendido y dormí durante dieciséis horas seguidas.

Al día siguiente, cuando Gervin me despertó me indicó que me preparase para visitar una Tirtha cercana. Yo me regocijé. Todo el mundo amaba estos lugares de peregrinaje. ¿Estaría situada en un lago, una cascada, un río o la cima de una colina? Seguramente en un lugar hermoso, aunque, como decía la Ley: *“Lo que hace tirtha a una tirtha no es la belleza del lugar, si no la cualidad especial que posee la energía de la tierra donde está situada”*. Empecé a prepararme, pues la Ley proclamaba: *“En una Tirtha debes sentirte elevado e inspirado, y si estás enfermo, debes prepararte para ser sanado”*.

Caminar abre el sendero a la sabiduría de una Tirtha. Y así caminamos, con actitud receptiva, hasta un pequeño lago a una hora de distancia al sur de la ciudad de Sheringa. Cuando llegamos, presentamos legítimamente nuestros respetos al agua, recitando algunos versos. Después nos sentamos en un pontón y sintonizamos con la energía del lugar. La indescriptible calma propia de las Tirthas envolvía el bello paraje. Nos dejamos mecer por la sabiduría del lugar.

3 – El libro de la llamada del destino

Gervin se giró hacia mí con un misterioso brillo en los ojos.

— Este es el inicio de una larga aventura.

No tenía la más remota idea de lo que aquello significaba, pero asentí con gravedad.

— Te esperan grandes retos —continuó—; el mayor de todos, especialmente en las fases tempranas de tu entrenamiento, será cambiar de categoría y darte cuenta de que puedes ser lo que quieras, puedes hacer lo que quieras.

Esto seguía sin tener sentido para mí, pero volví a asentir seriamente.

— *¡Lo que quieras!* —repitió Gervin con voz profunda.

Siguiendo los principios de la legítima retórica, seguí asintiendo con gravedad.

Gervin mostró su reprobación sacudiendo la cabeza.

— Hijo, la retórica de las marionetas no te llevará a la iluminación —súbitamente proyectó su Voz hacia mí—; ¡Salta al agua! En varias ocasiones había sido testigo de cómo gente de gran autoridad proyectaba una orden con una fuerza concreta que obligaba a todos los que estaban a su alrededor a obedecer, pero nunca algo como esto. Estaba más allá de mi voluntad. Antes de que me diese cuenta de lo que estaba sucediendo, estaba dentro del lago.

Cuando mi cabeza emergió del agua, miré a Gervin con gran desconcierto.

— ¿Sabes nadar? —preguntó.

— Mmm...sí.

— No importa —bromeó. Entonces dijo solemnemente—: Escucha, hijo mío —apuntó hacia mí con el dedo índice—. Vendrán tiempos en que fuerzas de formidable magnitud se volverán contra ti para destruirte. Si para ese momento no te has convertido en un todopoderoso guerrero del Espíritu, no solamente morirás, sino que todos tus seres queridos serán aniquilados y todo aquello que realmente te importe será destrozado. ésta es la causa por la cual vas a someterte a un arduo entrenamiento.

3 – El libro de la llamada del destino

Extendió su mano hacia mí. Alzándose hasta el pontón, continuó:

— Tras mi entrenamiento, cuando la gente proyecte la Voz hacia ti, simplemente sonreirás. No volverás a saltar al agua.

— Quítate la ropa y arrójala al lago—ordenó—, no la necesitarás nunca más.

Una instrucción como ésta, en circunstancias normales, me hubiese dejado completamente ausente o me hubiese provocado un desmayo. Pero las palabras que Gervin había grabado en mi interior mientras estaba en el agua me habían conmovido profundamente. En este estado de conciencia exaltada las aguas parecían más claras, las neblinas iluminadas y las palabras del Maestro repletas de sentido para mi alma.

Me despojé de mis ropas de color beige y las arrojé al agua.

De una pequeña bolsa que cargaba al hombro, Gervin extrajo una túnica blanca y me la ofreció. — ésta es la túnica que visten los novicios de la Túnica Rosa.

No daba crédito a mis oídos. ¿Había sido aceptado por esta prestigiosa Orden?

Asombrado, extendí mis manos hacia la preciada túnica blanca. Gervin alejó la túnica de mí rápidamente.

— Orlon, hijo de Orlon nunca será miembro de la Túnica Rosa.

Me sonrió y apuntó hacia el agua.

— ¡Orlon, hijo de Orlon está muerto! Lo lanzamos al lago.

Fue un momento mágico. Me había despojado de una engorrosa parte de mí mismo, como si fuese ropa vieja. Me sentí *tan ligero como un pájaro en el mundo de los dioses*.

— ¡De ahora en adelante, te llamarás Szar! —dijo Gervin, alargándome la túnica blanca. Mientras me la ponía, él entonaba mantras rituales.

Cuando terminó con el rito, me llevó al borde del pontón.

— ¡Vamos, mírate! —dijo.

3 – El libro de la llamada del destino

Verme ataviado con aquella túnica era extraño y poderoso. Todos los días de mi vida había vestido ropas de color beige, *así como hizo mi padre antes que yo, y su padre antes que él*. De repente el color beige había sido extraído de mi piel y de mi aura. Realmente parecía otra persona.

— ¡éste no es Orlon, hijo de Orlon el funcionario! —enfaticó Gervin—; este es Szar, Szar el fiero, Szar el viajero, aquel que cumplirá muchas de las profecías de Gervin.

Me volví hacia él.

Orlon habría asentido seriamente. Yo no lo hice. En vez de ello, sonreí.

Gervin entendió y sonrió conmigo y una gran apertura tuvo lugar.

Nos sentamos al borde del pontón y sacó de su bolsa dos *bellas peras de la Ley*. Me dio una y mordió la otra. Comimos las peras en silencio, contemplando el agua y la niebla.

3.7 La recepción en el legítimo Ayuntamiento de la ciudad de Sheringa.

Al día siguiente, Gervin había sido invitado a una recepción que tendría lugar en el legítimo Ayuntamiento de la ciudad de Sheringa y me invitó a asistir con él.

Cuando llegamos, el vestíbulo estaba lleno de gente importante, ataviados con ropajes complicados que indicaban la grandeza de sus respectivas castas. Formaban pequeños grupos que charlaban distendidamente. Gervin fue directo hacia el grupo reunido en torno a Don Proston. Para mi sorpresa, pude comprobar que entre la docena de hombres de porte elegante que rodeaban a Don Proston, dos de ellos vestían las ropas ricamente decoradas de los ministros del Príncipe de Sheringa.

Cuando nos vio, Don Proston interrumpió su conversación.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Maestro Gervin de la Túnica Marrón, bienvenido seas!* —dijo con entonación legítimamente

3 – El libro de la llamada del destino

ceremonial. Al unísono, todos los dignatarios que le rodeaban copiaron sus palabras y secuencia tonal.

— *¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, mi Muy Venerable Don Proston de la Túnica Carmesí, Gran Superintendente del Entramado de los Campos de las Regiones del Sudeste, en Servicio de Su Suprema Majestad el Rey de la Atlántida!*

Gervin respondió con la entonación de reverencia legítimamente apropiada. Siguiendo las instrucciones de Gervin, permanecí en silencio.

— Así pues estás privando a Su Suprema Majestad el Rey de otro precioso talento —Don Proston sonrió a Gervin.

A pesar del hecho de que no tenían la más remota idea sobre el significado de estas palabras, los doce dignatarios imitaron la misteriosa sonrisa que ostentaba Don Proston.

— *“Lo que pertenece al Rey de los Reyes a él solamente puede pertenecer”.*

Gervin respondió con una no menos misteriosa sonrisa, dándome unas palmadas en el hombro. No pude comprender su significado, pero Proston sí y rompió a reír. Y así le imitaron los dignatarios. Siguiendo en protocolo, los acompañé en sus risas, no así Gervin. Uno de los ministros se giró hacia él.

— Don Gervin de la Túnica Marrón, precisamente estábamos discutiendo las alarmantes noticias que hemos recibido desde varios lugares del Reino. Parece que las famosas predicciones que hizo usted hace más de veinte años se están haciendo realidad, una por una. Recuérdanos las palabras, Ferrate.

El hombre a su izquierda recitó:

— Cuando los guardianes de los campos reporten cambios en el brillo rojizo de los Molinos de Viento de la Ley se observarán graves alteraciones en el clima. Las cosechas serán destruidas por grandes plagas. Los rituales para atraer la lluvia fracasarán. Poblaciones enteras serán devastadas por la sequía y otras por inundaciones.

3 – El libro de la llamada del destino

Muchas plantas valiosas desaparecerán y así también singulares aves queridas por los dioses. Todo esto sucederá y aun así nadie querrá escuchar. *¡Tiembra, hombre en la Ley!* Mayores peligros están aún por suceder. Cuando la...

— Gracias, Ferrate —interrumpió el Ministro.

Se sucedió un denso y pesado silencio.

El rostro de Don Proston cobró adusta expresión.

— Su Suprema Majestad el Rey de La Atlántida está preocupado particularmente con la sequía de las regiones del suroeste.

El hombre que estaba a su derecha comentó:

— Estos informes de catástrofes nos han dejado estupefactos, Gervin. Debo confesar que cuando llegaron las primeras noticias, ni siquiera conocía el significado de la palabra “sequía”. Durante miles de años, gracias a los Molinos de Viento de la Ley, no se había oído nada parecido.

— ¿Realmente piensa usted que estos desastres naturales están causados por algún tipo de enfermedad de los campos? —preguntó el otro ministro. — Sin duda alguna —respondió Gervin con sequedad.

— Pero ¿cómo puede estar tan seguro? —continuó el ministro— ¿no podría ser...?

Don Proston le interrumpió.

— El hecho de que la sequía empezase en los meses siguientes a la recepción de los alarmantes informes enviados por los guardianes de los campos ciertamente añade peso a tu argumento, Gervin.

— Como bien recordarás, no soy el único que ha hecho predicciones de este tipo —remarcó Gervin.

— Puedo asegurarte que Su Suprema Majestad el Rey está perfectamente al tanto de estas predicciones, Gervin —dijo Proston con vehemencia—; yo mismo me he encargado de que fuese informado de todo lo referente a este asunto.

Alguien más añadió:

3 – El libro de la llamada del destino

— Las circunstancias presentes son tan increíbles, Maestro Gervin, que no se puede culpar a nadie por no haberle creído cuando las profetizó.

El gesto de Gervin se endureció.

— Y ahora que los hechos hablan por sí mismos ¿todavía rehusarán escucharme?

Hubo otro pesado silencio. El ministro preguntó:

— Pero, Gervin, ¿realmente cree usted que esta llegando el Fin del Reino?

Gervin cerró sus ojos por un segundo. Cuando los volvió a abrir declaró:

— Cuando el maíz azul, precioso para los dioses, sea atacado por un insecto desconocido y los filosteropos se dejen morir sin motivo alguno, entonces *¡tiembla, hombre en la Ley!* Terroríficos maleficios caerán sobre el Reino. Las aldeas serán golpeadas por la locura. Los vecinos se masacrarán mutuamente sin razón, las madres asesinarán a sus propios hijos. Regiones enteras serán arrasadas por pestes desconocidas contra las cuales los himnos de la Ley serán inútiles. Entonces...*¡Que el Señor Melquisedec tenga piedad de nosotros!* Nada en las siete esferas será capaz de salvar al Reino.

Un sacerdote clamó indignado:

— Maestro Gervin, ¿está usted diciendo que los himnos de la Ley pueden perder su poder y que...?

Don Proston le silenció con un gesto rápido.

— ¿Cuándo prevés que el maíz azul empezará a desaparecer?

Gervin suspiró profundamente.

— Solía pensar que pasarían varias generaciones antes de que esto sucediese. Ahora, tras los recientes acontecimientos en el Entramado de los Campos, he cambiado de parecer. Como mucho un par de décadas. Incluso ni esto siquiera.

— Maestro Gervin, ¿se da usted cuenta de la enormidad de lo que está sugiriendo? —el ministro parecía ilegítimamente preocupado— ¿Está

3 – El libro de la llamada del destino

usted diciendo realmente que el Reino está a punto de sucumbir?

— ¡Esto es ridículo! —exclamó el sacerdote con desdén—, ¿por qué tenemos que escuchar esta ilegítima tontería?

— *“Los profetas van y vienen, el Reino permanece”*—opinó otro.

— Gracias por tus iluminados comentarios, *¡hombre sabio en la Ley!*

—respondió Don Proston, sonriendo a los dignatarios, indicándoles de esta forma que podían retirarse legítimamente.

Tras despedirse de él con una reverencia, dieron media vuelta y se marcharon. Gervin me agarró del brazo para asegurarse de que permanecía con él.

Proston esperó unos segundos. Cuando todos se hubieron ido, se acercó a Gervin y sonrió.

— De la Túnica Marrón o no, si continuas diciendo cosas como ésta en público, te meterás en problemas, ¡mi amigo en la Ley!

— He estado diciendo cosas como éstas durante los últimos veinte años —dijo Gervin con serenidad.

— ¡A fe mía que es cierto! —Don Proston levantó sus manos, fingiendo exasperación.

Gervin se echó a reír.

Entonces el Venerable Señor se puso serio de nuevo.

— Escúchame, varios Superintendentes de los Campos me han informado de cosas horribles en las últimas semanas. Otras regiones están a punto de ser atacadas por la sequía. Los Planos del Oeste en particular.

Cuéntame más sobre este equipo de Grandes Magos de los Campos que has reunido en Eisraim. ¿Están encontrando alguna solución viable?

— Nuestra situación es sencilla —dijo Gervin—, la única posibilidad que tenemos para salvar el Reino es desconectar todos los Campos Energéticos. Pero ¿quién escucharía este consejo? Si interrumpiésemos los campos, demasiada gente perdería su poder. De todas formas, llegados a este punto, quizá ni siquiera sería suficiente

3 – El libro de la llamada del destino

para evitar el desastre. Es demasiado tarde. La situación de los campos se ha complicado tanto que cualquier modificación podría precipitar un colapso del entramado.

— ¿Has intentado adaptar los rituales que extraen su energía de los campos? —preguntó Proston.

Gervin sacudió la cabeza lentamente.

— Demasiado tarde. Nuestra evaluación de la situación es muy desalentadora, Proston —tras una pausa añadió—. ¿Qué está sucediendo en el palacio del Rey?

— Estamos como vosotros y todos los demás. Vemos acercarse el desastre y no tenemos ni idea sobre cómo evitarlo —la expresión de Proston era seria—. ¿Y qué tal va tu gran empresa? ¿Estás avanzando? Gervin sonrió pero no contestó. Por un momento, Proston y él se miraron silenciosamente, como si estuviesen hablando el uno con el otro. Entonces Proston asintió.

— ¿Y cómo está mi amiga Doña Teyani del águila Blanca? —preguntó con una amplia sonrisa.

— ¡Más fuerte que nunca! —la voz de Gervin se suavizó.

— ¡Bien, bien! —dijo Proston—. ¿Le enviarás de mi parte un legítimo y cálido saludo?

— ¡Ciertamente cálido y legítimo!

Antes de irse, Proston se giró hacia mí y me tomó del brazo.

— Felicidades por tu incorporación a la *Más Antigua y Legítima Orden de la Túnica Rosa, mi joven amigo en la Ley*.

Asentí cortésmente.

Con una sonrisa jocosa, Proston preguntó a Gervin:

— ¿Tomará parte este muchacho en el desarrollo de tus profecías?

Sólido cual roca, Gervin asintió.

— Entonces —Proston apuntó con su dedo índice a mi nariz— no tienes ni idea, *mi amigo en la Ley* —dijo mirándome directamente a los ojos. —¡Ni idea! Gervin y él rompieron a reír.

3 – El libro de la llamada del destino

Yo tragué saliva.

Un poco más tarde, cuando Gervin y yo caminábamos de vuelta a la casa donde se hospedaba, le pregunté:

— Maestro Gervin, ¿qué es lo que Don Proston quería decir con aquello de que no tenía ni idea?

— Mm... —contestó Gervin pensativamente— ¡Cuenta con sorpresas, hijo! Cuenta con sorpresas.

—Y así termina el libro de la llamada del destino—

4 – El libro de la túnica rosada

4.1 Primeros días en el Templo de Eisraim.

Mi primera sorpresa al llegar al Templo de Eisraim fue descubrir lo grande que era el lugar. Me maravillaban sus cientos de capillas y salas de reunión, cuya antigüedad los hacía extremadamente sagrados. Las paredes exteriores de las capillas no parecían diferentes de los edificios normales; emitían un leve resplandor durante el día y se tornaban oscuras al anochecer. Pero en su interior, las paredes vivientes estaban hechas de un tipo de plass que no había visto nunca. Brillaban con una luz discreta y extraordinariamente pura a la vez, repleta de la vibrante presencia de los dioses. En las Salas de Melquisedec, el plass se asemejaba al oro más puro, con la radiante presencia de la Ley. Cada capilla tenía su luz particular, así algunas se distinguían por sus destellos plateados, otras por el fulgor rojizo del oricalco o por la luz blanca más conmovedora. En el enclave de las joyas, donde vivía el Maestro Gervin, el plass de las *paredes vivientes* estaba impregnado con el espíritu de piedras preciosas. Allí había habitaciones que asemejaban enormes y cristalinas geodas de esmeraldas, topacios, zafiros, amatistas o aguamarinas. Dondequiera que se posaba la mirada descubrían legítimas maravillas que contemplar.

Con sus edificios de todas formas y colores, sus enormes jardines habitados por imponentes estatuas de los dioses, sus camposantos y mausoleos, que guardaban las reliquias de los más venerados santos, sus catacumbas y criptas subterráneas, sus grandes almacenes y establos (tranquilizadamente semivacíos), el Templo de Eisraim era del tamaño de una pequeña ciudad. Era necesario medio día para caminar alrededor de su perímetro, especialmente para alguien a

4 – El libro de la túnica rosada

quien, como a mí, le gustase caminar despacio y en calma.

El templo estaba rodeado por una pared alta y gruesa, hecha de plasm sólido como las piedras. En algunos lugares había grandes pasadizos abovedados por los que la gente entraba y salía según le convenía.

—Nos deshicimos de las puertas hace miles de años —me explicó Gervin mientras me enseñaba el lugar—; hay tanto poder en Eisraim que nadie se atrevería a atacarnos.

Caminando por los callejones del Templo, observaba fascinado la multitud de colores que vestían los sacerdotes y sacerdotisas.

—La mayoría de las órdenes más prestigiosas del Reino están aquí representadas —comentó Gervin mientras paseábamos por la orilla de un pequeño lago. Esto significaba que Eisraim poseía una fenomenal cantidad de sabiduría, pues en el Reino todo conocimiento se consideraba sagrado y no existía una clara distinción entre las tradiciones sagradas, la ciencia, la religión y la espiritualidad, reuniéndose todas ellas bajo el amparo de la Ley y siendo así custodiadas por sacerdotes y las sacerdotisas. A lo largo del camino, casi todas las personas con las que nos cruzábamos saludaban a mi maestro con un cálido: “*¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Maestro Gervin!*“, a lo que él respondía en cada ocasión con una amigable sonrisa: “*¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!* “. Si nos encontrábamos con la misma persona de nuevo, los mismos saludos eran intercambiados, siempre con exquisita cortesía. Esto tendía a ralentizar nuestro paseo, pero no importaba, especialmente en aquella serena y sagrada atmósfera. Observé que algunas personas no saludaban a Gervin. Esto era porque pertenecían a órdenes que exigían silencio total. En una de las ocasiones, Gervin saludó a alguien que no respondió y que pasó por nuestro lado como si no existiésemos.

—No te ofendas —dijo Gervin—, esto sucede a menudo en nuestro templo. No pretenden ser groseros. Simplemente se encuentran en tal estado de concentración espiritual que ni siquiera pueden vernos.

4 – El libro de la túnica rosada

Me sorprendió que ninguno de ellos acabase de cabeza en el lago.

—El entramado de Campos Energéticos que discurre por todo el Templo les ayuda a encontrar su camino —explicó Gervin—, gracias a estos campos, nuestros grandes místicos ni siquiera tienen que abrir los ojos. Son guiados desde el interior y, así, apenas necesitan habitar su cuerpo. Las sacerdotisas de algunas congregaciones femeninas, como la Orden del Amanecer de la Creación, viven en esferas superiores de conciencia y sólo están conectadas remotamente a su cuerpo físico.

Gervin señaló hacia un alto edificio en la distancia.

—¿Ves aquella torre? La gente te dirá que es allí donde viven las sacerdotisas de la Orden de Malcasec y así es —sonrió—; en realidad, estas sacerdotisas iluminadas habitan en las majestuosas esferas de las Alturas, en compañía de Malcasec, el Gran ángel. Y cuando miran hacia el Reino, pueden ver esta torre, donde reside su cuerpo. Es por ello por lo que un Sumo Sacerdote de Eisraim, hace miles de años, hizo construir esta alta torre, para que cuando las sacerdotisas mirasen hacia el Templo desde las Alturas, pudieran ver la torre fácilmente y así localizar su cuerpo físico.

—*¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Maestro Gervin de la Túnica Marrón!*

Gervin se detuvo para responder al saludo de una anciana sacerdotisa ataviada con una túnica de color púrpura.

—*¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, Profetisa Mouridji!*

—Así pues, nos has traído un nuevo miembro. Desde las Tierras de Sheringa, me han comentado —dijo la anciana señora, examinándome de pies a cabeza—. ¿Ingresará en la Túnica Marrón? —preguntó.

—Szar se unirá a la Túnica Rosada —contestó Gervin.

Mouridji suspiró, visiblemente decepcionada.

—Mi querido Gervin, no quedan muchos de tu clase, ¿verdad?

4 – El libro de la túnica rosada

—¡Cierto, Mouridji! —Gervin suspiró con ella.

—¿Y cómo está el pequeño Lehrmon de la Túnica Marrón?

—*¡Brillando como la Higuera de la Vida!* —sonrió Gervin—, pero ya no es pequeño, Mouridji, ¡acaba de cumplir veinte seis años!

—Lo sé, lo sé, ¡el tiempo pasa tan rápido! ¡Era un niño tan lindo cuando lo trajiste al Templo por primera vez! Era tan dulce verlo dormido en brazos de Teyani, ¿verdad? ¿Cuántos años tenía entonces? Seis, si mal no recuerdo.

—Sí, Mouridji.

—¡Y su bello pelo rizado! En los últimos meses ha estado en el Templo de Lasserá ayudando al Maestro Esrevin, ¿verdad? —preguntó la anciana sacerdotisa con despreocupación—, Esrevin está tan ocupado, ¡le vendrá bien algo de ayuda! ¿Y cómo está Melchard de la Túnica Marrón? ¿Ha regresado ya de su viaje al palacio del Rey de La Atlántida, verdad? ¡Debe haber sido legítimamente asombroso!

—Si, Mouridji.

La conversación continuó y, en pocos minutos, Mouridji había esbozado las idas y venidas de un gran número de personas. Tras su marcha, Gervin comentó:

—Mouridji es una mujer de gran visión y agudas percepciones. Y conoce a todas las personas que viven en el Templo. De hecho, probablemente sepa ya más cosas sobre ti de las que tú mismo sabes. Mientras bordeábamos el gran edificio situado en el legítimo centro del templo, Gervin comentó:

—Aquí es donde operan nuestros controladores del espacio. ¿Sabes a qué se dedican?

—Son aquellos que rescatan a los viajeros astrales que extravían su camino.

—Correcto. Sin embargo, en Eisraim tenemos controladores del espacio especiales, porque nuestros sacerdotes y sacerdotisas viajan astralmente a lugares muy lejanos. La mayoría de controladores serían

4 – El libro de la túnica rosada

incapaces de seguirlos y mucho menos de rescatarlos. Así pues ha sido siempre parte de la tradición de nuestro templo entrenar sacerdotes y sacerdotisas para guiar a los viajeros y conducir operaciones de rescate incluso en las más remotas esferas. En la actualidad, la Orden de las águilas Blancas guían a nuestro equipo de controladores. ¿Has oído hablar de ellas?

Sacudí la cabeza. Por lo que yo sabía, la Orden del águila Blanca no existía en las Tierras de Sheringa.

—Es una de las órdenes más poderosas de Eisraim —explicó Gervin—; las águilas Blancas son guiadas por Doña Teyani, que es también la Gran Maestra del ala femenina de nuestro templo. Si puedo intentaré que una de sus discípulas se encargue de tu iniciación en el viaje astral.

Siempre había venerado a los controladores del espacio como héroes. La idea de ser entrenado por gente que podía viajar mucho más allá que los controladores del espacio me llenaba de reverencia.

Más tarde llegamos a un gran patio en el corazón del enclave de la *Más Antigua y Legítima de las órdenes*. Un pequeño hombre de mediana edad que vestía una túnica de color rosa pálido vino a saludarnos.

—*¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Gervin!*

—*¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, Prates de la Túnica Rosada!*

El sacerdote me saludó y yo le devolví el saludo legítimamente.

—¿Es este joven nuestro nuevo novicio? —preguntó Prates con una gran sonrisa.

—Ciertamente lo es, Prates —contestó Gervin, colocando su brazo sobre mis hombros.

—*Lo he traído hasta aquí para que pueda crecer en la Ley y aprenda las muchas maravillas de tu prestigiosa casta* —girándose hacia mí añadió—: Prates es un gran doctor de la Ley y el Gran Rector de la Túnica Rosada en Eisraim. Su conocimiento sobre los rituales es

4 – El libro de la túnica rosada

inmenso. Cuando termines tu entrenamiento con él, te habrás convertido en un gran doctor de la Ley.

—*Se necesitan dieciséis años para completar el entrenamiento de sacerdote de la Túnica Rosada* —dijo Prates con la sonrisa que nunca abandonaba su semblante.

Para alguien que tenía diecisiete años, aquello sonaba como una eternidad.

—Esta formación será tu mayor gozo, Szar —dijo Gervin con tono alentador—; te parecerá iluminador. Además, nos veremos a menudo. Mañana enviaré a alguien a buscarte y tendremos una larga charla.

Gervin me dejó con Prates, quien me guió hasta el gran dormitorio de los aprendices de la Túnica Rosada. Estaba vacío, el resto de los jóvenes estaban celebrando un ritual. Me asignaron uno de los camastros inferiores, con un delgado colchón y algunos legítimos utensilios y me dejaron descansar.

Me senté en la cama y miré al frente, observando el brillo amarillento de la pared de plass, dejando que mi mente se quedase en blanco, a la auténtica y legítima usanza atlante.

4.2 El entrenamiento de los sacerdotes de la Túnica Rosada.

Gervin tenía razón, el entrenamiento de los sacerdotes de la Túnica Rosada era una verdadera iluminación.

En primer lugar y sobretodo estaba la magia embelesadora del lenguaje atlante. Por medio de los himnos de la Ley, un mundo completamente nuevo se abrió ante mí. La forma ritual de salmodiar convertía cada verso en un poderoso mantra, repleto de vibraciones vitales y fuerzas ancestrales. ¡Tan antiguas! ¡Tan sagradas! Me pasé días enteros cantando y recitando himnos, completamente fascinado por su belleza y profundidad. Nunca tenía suficiente. Cuanto más repetía un verso, más intoxicado me sentía. No tenía referencias mentales para racionalizar esta experiencia pero, aun así, mi corazón podía apreciar su profunda dimensión mística.

4 – El libro de la túnica rosada

Después estaba el conocimiento. Tal y como estipulaba la Ley del Reino, los sacerdotes eran los guardianes de la sabiduría ancestral. Este legado incluía numerosos rituales utilizados para sanar. La Ley decía: “*Cantar es sanar. No puede haber una mejor medicina que los himnos de la Ley. Aquel que conoce el poder de los himnos es el más grande de los médicos*”.

Había rituales para todas las situaciones de la vida diaria; sacramentos para asegurar que los niños crecían de forma armoniosa, ritos funerarios para ayudar a los muertos a encontrar su camino, limpieza de energías negativas de las personas y de la tierra. Los rituales que aseguraban las lluvias y el equilibrio perfecto del clima no eran parte de las funciones de la Túnica Rosada, pues eran tan sencillos que cualquier sacerdote de aldea los podía officiar. Sin embargo había cientos de rituales mucho más complejos que aprender. No sólo implicaban la recitación de largos himnos sino también el uso de frutos, flores, raíces, gemas, metales, minerales, substancias animales y utensilios rituales, jarrones, cálices, candiles, bujías y demás. Todo ello debía ser ubicado, orientado, purificado y consagrado exactamente como indicaban los códigos pertinentes, activando así las Leyes y Poderes de la Naturaleza. Los rituales eran tan numerosos, tan largos y tan técnicos que pronto entendí por qué eran necesarios dieciséis años para conocerlos a la perfección.

Y tal y como predijo el Maestro Gervin, pronto hice amigos estupendos. Mi clase se componía de veintinueve aprendices, de edades comprendidas entre doce y veinticinco años. En poco tiempo, el muchacho que dormía a mi lado se convirtió en mi amigo, el mejor amigo que había tenido nunca. Su nombre era Artold. Como yo, *había vivido diecisiete primaveras y diecisiete otoños*. él era un *gran gozo en la Ley*. Sus ojos eran *dulces como las nieblas en otoño*. Hablaba algo más despacio que otra gente (muy despacio comparado con Gervin), pero ¡tenía un corazón tan legítimo! A su lado, me podía relajar por completo. En muchas ocasiones ni siquiera teníamos que hablar pues

4 – El libro de la túnica rosada

el entendimiento entre nosotros era intuitivo. Simplemente caminábamos juntos por las callejuelas del templo o nos sentábamos silenciosos uno enfrente del otro.

Cada mañana, nos saludábamos legítimamente:

—*¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Artold! ¿Cómo te encuentras, amigo mío en la Ley?*

—*¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec! Szar, amigo mío en la Ley, estoy francamente bien, ¿y tú?*

—*Francamente bien, Artold, ¡gracias al Buen Señor Melquisedec! ¿Y cómo están tus padres?*

—*Están bien, ¡por la gracia de Nuestro Señor Melquisedec! ¿Y cómo están tus padres, mi amigo en la Ley?*

—*Confío en que estén bien, Artold, mi gran amigo en la Ley, a pesar de que no sé nada de ellos desde hace tiempo.*

—*Tengo la certeza de que ésta será una bella mañana de la Ley, Szar, mi amigo en la Ley...*

Y después de tan amable intercambio, no cabía duda de que sería un día legítimamente estupendo.

El Maestro Gervin pasaba tiempo conmigo cada dos o tres días, o con menos frecuencia si estaba de viaje. Prates y Gervin habían convenido de antemano que se me excusase por un par de horas de mis deberes habituales cuando éste último me llamara.

Cuando visitaba sus dependencias en el enclave de las joyas, Gervin y yo nos sentábamos en la habitación en que recibía a sus invitados: la estancia aguamarina. Era un lugar extremadamente sagrado porque *había sido construido miles y miles de legítimos años atrás* y porque el linaje de los maestros de la Túnica Marrón había impartido allí sus conocimientos desde antes incluso de que naciese Gervin.

En la vibrante presencia sostenida por las *paredes vivientes*, Gervin me explicó ciertos aspectos de la Ley que no cubría la instrucción de la Túnica Rosada.

4 – El libro de la túnica rosada

En otras ocasiones caminábamos juntos por los callejones del templo y visitábamos capillas, santuarios, oratorios, altares, sacristías y criptas. Algunas partes del Templo eran un laberinto de corredores y, si me aventuraba a dar un paseo sin compañía, solía acabar completamente perdido. *Gracias a Nuestro Señor Melquisedec*, había multitud de serviciales sacerdotes que me acompañaban de vuelta a las dependencias de la Túnica Rosada.

Algo que me había maravillado siempre era el poder de los Campos. Jugaban un papel primordial en la tecnología atlante pues se utilizaban para una gran variedad de propósitos. La más legítima función de los Campos era establecer fuertes conexiones espirituales en el interior del perímetro de las capillas y santuarios. El efecto era impresionante. Tan pronto se entraba en la capilla, se sentía uno colmado de presencia divina. No todas las capillas eran iguales, cada una tenía impresa la presencia celestial del dios o ángel a quien estaba dedicado el altar. Entrar en una capilla atlante era mágico, un verdadero encuentro con lo divino. Esto convertía la experiencia de caminar por el templo en algo similar a viajar por las Esferas.

Cierto día, Gervin y yo caminábamos por un sendero en el enclave de los treinta y tres dioses victoriosos, no muy lejos de su aposento, cuando repentinamente sentí un estirón y mi cuerpo se detuvo, justo en el exterior de una capilla.

No podía apartar los ojos de la puerta de la capilla.

—¡Ya veo! —dijo Gervin echándose a reír.

Yo no tenía ni idea de qué es lo que veía.

—¡Ven! —dijo, y como vio que tardaba en responder, tomó mi mano y me empujó al interior de la capilla.

No era una capilla muy grande. El plass de las *paredes vivientes* brillaba con un matiz dorado muy especial, habitadas por un Espíritu muy diferente del de cualquier otro edificio. Tan pronto como entré en el Campo y vi la llama en el altar, me sentí tan conmovido que me quedé sin habla (algo nada extraño en mí) y al borde del llanto.

4 – El libro de la túnica rosada

—Szar-ka —dijo Gervin (a menudo usaba el diminutivo cariñoso –ka cuando me quedaba sin habla)—; ¿te gustaría saber a qué dios está dedicada esta capilla? Asentí ansiosamente.

—A Nuestro Señor Ganá. Un dios todopoderoso. Uno de aquellos que nacieron al principio de este ciclo cósmico, mucho tiempo antes de que los seres humanos fueran creados. él es venerado por su inteligencia y también por ser un gran concededor de la infinita sabiduría del Dragón. ¿Sabes qué es el Dragón, Szar?

Negué con la cabeza.

—El Dragón es un poder formidable, universal. Lo impregna todo, no sólo el Reino entero, sino también los mundos intermedios y el mundo de los dioses, los Inframundos y el Mundo Más Profundo. El Dragón es fuego, fuego en la Tierra y fuego más allá de los cielos. Tiene múltiples facetas, algunas son aterradoras incluso para el más fuerte de los hombres, otras son amigables y serviciales, como el noble y magnífico Ganá.

Gervin hizo una pausa, esperando que preguntase algo. Como permanecí en silencio, continuó:

—¿Te está llamando Nuestro Señor Ganá, Szar-ka?

La idea de que un dios tan noble y magnífico pudiese estar llamándome me inundó de maravilla y perplejidad.

—¿Qué te parecería si te enseñase el modo ritual de saludar a Nuestro Señor Ganá?

Intenté decir que sí, pero la emoción era demasiado fuerte.

Gervin lo percibió.

—*¡Ha, Ganá!* —entonó en su poderosa voz ritual, levantando ambos brazos verticalmente—*¡Lobatchen Zerah!* —prosiguió y, mientras terminaba el verso, cruzó los brazos sobre el pecho, con los puños cerrados—*¡Hera, Ganá!* —alzó sus brazos de nuevo—*¡Samayin ho Zerah!* —concluyó, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Copiando sus movimientos, repetí tras él:

4 – El libro de la túnica rosada

—¡Ha, Ganá! ¡Lobatchen Zerah! ¡Hera, Ganá! ¡Samayin ho Zerah!

—Muy bien, Szar-ka. ¡Muy bien! No dudes en volver aquí cuando quieras. Meditar en esta capilla será excelente para tu desarrollo espiritual. ¡Cuenta con sorpresas, hijo mío!

Tras aquel episodio, la capilla de Nuestro Señor Ganá se convirtió en mi escondite favorito para buscar inspiración. Lo visitaba a menudo, sintiendo un profundo gozo al ofrecer flores al altar y sentarme después en la luz del dios, contemplando las *paredes vivientes*.

4.3 Maravilla de las maravillas, la Ley de Melquisedec.

No mucho después de mi llegada a Eisraim llegó el equinocio de primavera, el momento en que tenía lugar la celebración anual de la Ley de Melquisedec. El festival incluía un gran número de ceremonias y rituales y participaba gente de todas las castas. Había acudido a este festival todos los años, desde que tenía uso de razón. Era el gran evento anual de cada aldea del Reino. Pero lo que había visto hasta ese momento no era nada comparado con las colosales ceremonias que iba a presenciar en Eisraim.

Unos días antes del equinoccio, delegaciones de sacerdotes y dignatarios de varias castas empezaron a llegar al templo. Largas procesiones cruzaron el portal principal. Y el recto sendero de la Ley, la calle principal del reino, estaba lleno de gente que vestía ropas de todos los colores imaginables. En cada capilla se llevaban a cabo rituales y los campos estaban más cargados que nunca. El Templo se convirtió en una bulliciosa colmena, donde sacerdotes y sacerdotisas se apresuraban *ligera y legítimamente* ajetreados en todas direcciones. ¡Dar de comer y alojar a tanta gente no era poca cosa! La logística se complicaba significativamente por el hecho de que algunos visitantes pertenecían a castas que no podían entrar en contacto con otras ciertas castas.

Así pues, el enclave de los legítimos visitantes y los comedores adyacentes formaban un laberinto desconcertante donde los sacerdotes

4 – El libro de la túnica rosada

solían perderse. Las conflictivas observaciones y requerimientos de tan variopintas castas creaban un embrollo organizativo de proporciones cósmicas.

Asistió tanta gente a la ceremonia principal de apertura que no hubo salón suficientemente grande para acogerlos. En su lugar se tuvo que utilizar el Parque de las Legítimas Congregaciones y fueron necesarias al menos cuatro horas para conseguir que cada persona tomase su lugar de acuerdo con la Ley de las Castas, que dictaba precisamente dónde debía colocarse cada grupo en relación a los demás y en qué orden debían llegar y marcharse de la ceremonia.

Finalmente, Melchard, el Sumo Sacerdote de Eisraim, hizo su entrada. Esta fue la primera vez que le vi. Era un hombre alto que rondaba los cincuenta. Su cabellera marrón y rizada, junto con su barba, recordaban la majestuosa melena de un león. Caminaba despacio y con gran dignidad, flanqueado por dos largas hileras de sacerdotes vestidos con túnicas de color carmesí que entonaban himnos de la Ley. Para esta ocasión especial, también él vestía brillantes prendas de color carmesí, a pesar de que era de la casta de la Túnica Marrón, como el Maestro Gervin.

Habiendo alcanzado el altar situado en el centro del parque, proclamó a viva voz:

—*¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec!*

Pronunciada por este gran maestro experto en la Palabra, la fascinante magia del lenguaje atlante tomó una nueva dimensión. Los sonidos que salieron de su boca iban acompañados por chispas de brillante luz blanca que iluminaron su aura.

La multitud, hechizada, respondió al unísono:

—*¡Toda la gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!*

Melchard entonó uno de los himnos del Más Antiguo y Sagrado Cuerpo de la Ley.

—*él es el Señor de los Señores, el Rey de los Reyes.*

4 – El libro de la túnica rosada

Tras cada verso, la multitud repetía como una sola voz:

—*¡Toda la gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!*

—*él es nuestro Antepasado y nuestro Futuro, el padre de todas las órdenes Tradicionales del Reino.*

—*¡Toda la gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!*

—*él contempló el amanecer de los dioses y así también contemplará el crepúsculo de la creación.*

—*¡Toda la gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!*

—*Pastor de hombres, Espíritu de la Ley, sacerdote de la rectitud y faro de la humanidad.*

—*¡Toda la gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!*

La ceremonia duraría horas y horas. Pero al poco tiempo, el poder de la voz de Melchard elevó tanto mi Espíritu que perdí el contacto con mi cuerpo y me desvanecí. Tres sacerdotes me trasladaron inconsciente a los habitáculos de la Túnica Rosada. Fue una pena, pues yo formaba parte de un gran grupo de novicios que habían sido debidamente preparados para salmodiar los himnos de un ritual a la Fertilidad de la Tierra que tendría lugar más tarde.

Desafortunadamente, no pude evitarlo. No sólo en esta ocasión sino cada vez que la intensidad espiritual se elevaba, yo me desmayaba, lo cual no era de ninguna manera inusual para los atlantes, cuyas conciencias estaban débilmente ligadas a su cuerpo físico.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, supe que me había perdido la *noche de la Ley*, una ceremonia conmovedora en la que todas las delegaciones de sacerdotes iban en procesión al cercano río Sagrado de Fontalayana, portando antorchas y cantando los himnos de la Madre de la Noche Eterna. *Gracias a Nuestro Señor Melquisedec*, la celebración anual todavía se componía de otras numerosas ceremonias.

Aquel año, uno de los actos más destacados era la aparición de las Sacerdotisas del Amanecer de la Creación. Reclutadas de una casta particular que vivía en las Regiones del Sur, estas mujeres eran las

4 – El libro de la túnica rosada

guardianas de la energía primordial: el Espíritu del Amanecer, que vibraba en todas las cosas en los inicios del mundo y que desapareció en aquel mismo momento de la faz de la Tierra. Aparte de estas sacerdotisas, sólo unos pocos escogidos conocían la Gloria del Espíritu del Amanecer.

Esta conexión espiritual única descansaba en una energía ancestral que las Sacerdotisas del Amanecer contenían en su sangre. La casta de la que provenían era una antigua raza menuda, de piel morena y negro cabello, cuyas rigurosas reglas prohibían estrictamente el matrimonio con gentes de otras castas.

La Ley puntualizaba que estas sacerdotisas cumplían una función crítica. Ellas eran el hilo que mantenía unida a la humanidad con el Espíritu primordial del Amanecer. Si se perdiera este hilo, la Ley advertía que los dioses no tendrían más remedio que abandonar a los seres humanos y éstos, en su soledad, sumergirían el Reino en un caos atroz. Así pues la Ley ordenaba que se cuidase y protegiese a estas sacerdotisas como a la más preciosa de las joyas. Para preservar la pureza de su espacio de conciencia, permanecían recluidas, evitando cualquier contacto o interacción con el resto de las castas excepto con una: los Sirvientes de las Sacerdotisas del Amanecer, que se dedicaban por entero a su servicio y las protegían del resto del mundo.

Un rasgo único de estas sacerdotisas era que su semblante no podía ser revelado. En las raras ocasiones en que surgía la oportunidad de acercarse a ellas, sólo su cuerpo, extremidades y cabeza podían ser vistas, su pelo permanecía cubierto por un chal. Pero si aun así alguien intentaba atisbar sus facciones, sólo podía ver un espacio negro. Esto, explicaba la Ley, era así porque ver su cara era como ver aquello que *está más allá de los mismos dioses*.

Sólo se permitía a ciertas castas acudir a esta ceremonia, que se celebró muy temprano en el cuarto salón de Melquisedec, con todas las puertas y ventanas cerradas y las *paredes vivientes* atenuadas para crear semi—oscuridad. El inicio, como en todas las celebraciones

4 – El libro de la túnica rosada

legítimas, se retrasó varias horas. Bullía una gran expectación. Las apariciones públicas de las Sacerdotisas del Amanecer eran extremadamente excepcionales.

Cuando las preciosas mujeres finalmente honraron el salón con su presencia trascendental, la audiencia pronunció un largo y reverencial: “Oh”.

Eran quizá unas treinta mujeres, ataviadas con vestidos de color naranja oscuro. Formaron un apretado grupo, rodeado de más del doble de sirvientes. En aquella semi—oscuridad era difícil juzgar si realmente sus caras eran invisibles, aunque esto era un hecho sobre el que nadie duraba, pues estaba establecido por la Ley.

Tan pronto como llegaron al estrado, las sacerdotisas empezaron a cantar los himnos del Amanecer de la Creación, que eran totalmente diferentes de cualquier otro salmo de la Ley. Esta era otra de las maravillas de estas sacerdotisas, uno podía escuchar su canto pero nunca sería capaz de recordarlo. Los himnos del Amanecer de la Creación eran una celebración de lo impensable y lo incognoscible. La Ley decía: *“Y así pues escucharéis, pero no oiréis y menos aún comprenderéis”*.

Me desmayé de nuevo. No fui el único. Por lo menos un tercio de la audiencia cayó inconsciente. El efecto fue inmediato; tan pronto como empezó el cántico, incluso los más consumados sacerdotes perdieron contacto con el Reino y se derrumbaron en el suelo, en un estado de trance de profundidades insondables. Algunos incluso mojaron sus vestimentas.

Aparte de mojar mi vestimenta, dormí durante un día y una noche. Cuando me levanté a la mañana siguiente, no tenía ni la más remota idea de lo que había sucedido, los recuerdos se habían esfumado y yo me encontraba en mi cama, sorprendido. Pensé que sólo habían pasado unos minutos desde que las Sacerdotisas del Amanecer habían entrado en el Salón de Actos.

4 – El libro de la túnica rosada

Unos días después tenía lugar el clímax de la celebración anual; la ceremonia de la Llama Azul Sagrada, uno de los más grandes y mágicos prodigios de los tiempos atlantes. Se trataba de una formidable llama de tintes predominantemente azules que surgía de un pequeño cáliz situado sobre un plato triangular metálico, sostenido por tres sacerdotes vestidos de carmesí. La Llama no era fuego, en el sentido físico del término. No quemaba al tocarla y tampoco calentaba el aire a su alrededor. Cuando se contemplaba la llama, se podía escuchar un sonido sibilante muy especial, no un sonido físico, sino un sonido de energía.

La Llama Azul Sagrada era considerada como una manifestación directa de lo Divino: “*El Dios único vive en la Llama*”, decía la Ley. “*Contemplar la Llama es contemplar a Dios*“. Era legítimamente comprensible que se requiriese por lo menos un día de ayuno y largos rituales de purificación antes de observar la Llama. El Parque de las Legítimas Congregaciones estaba abarrotado. Cuando hizo su entrada la pequeña comitiva de guardianes de la Llama, una todopoderosa ola de Aspiración nació en la muchedumbre. Allí estaba, frente a todos los ojos, la Llama Azul Sagrada, brillando con la luz del Dios único.

—¡Quédate con nosotros, *amigo mío en la Ley!* ¡Quédate con nosotros! —me susurró el buen Prates al oído cuando observó en mi semblante el efecto aterrador que producía la llama en mí.

Abrí la boca, pero fui incapaz de contestarle.

Melchard se situó enfrente del altar central e inició el ritual de fuego, vertiendo su Voz en la Llama.

La intensidad del ritual me transportó inmediatamente. A lo lejos, pude oír vagamente la voz de Prates, que repetía:

—¡Quédate con nosotros, Szar!

Una luz asombrosa y brillante me cegó y me derrumbé en el suelo.

4.4 Rituales de Fuego.

4 – El libro de la túnica rosada

Durante nuestras charlas, el Maestro Gervin me exhortaba con vehemencia a que acelerase mis estudios. El concepto me resultaba tan extraño que en un principio sólo acertaba a preguntarme si quería decir que yo debía hacer que mis dieciséis años en la Túnica Rosada transcurriesen más rápido.

Definitivamente apresurarse no formaba parte de las enseñanzas de la Túnica Rosada. Como muchas otras órdenes sacerdotales, equiparaba implícitamente la lentitud con lo sagrado. No obstante, poco a poco me di cuenta de que a pesar del hecho de que *eran necesarios dieciséis años para convertirse en un sacerdote de la Túnica Rosada*, podía quizá digerir la sabiduría de la Orden en quince, o incluso en catorce años y medio. Los beneficios de este logro no me resultaban obvios en absoluto, pero amaba al Maestro Gervin profundamente y no deseaba otra cosa en el Reino que estar cerca de él.

Sin embargo, ¡qué esfuerzo resultaba pasar una hora con Gervin! Era muy difícil de seguir. Yo sabía que era un gran doctor de la Ley. Solamente los grandes doctores de la Ley vivían en el enclave de las joyas. También había oído que la sabiduría de Gervin era respetada y admirada más allá de las Tierras vecinas. Aun así a menudo parecía darle la vuelta a los principios de la Ley. Citaba versos que nunca eran mencionados por los sacerdotes de la Túnica Rosada, y que de alguna manera contradecían sus principios. Y cuando lo escuchaba, nunca podía descansar en lo aprendido y relajarme pues me hacía preguntas. No siempre eran complicadas, pero por lo común me dejaban perplejo. Y si por casualidad llegaba a entender por completo qué quería decir, entonces él me enseñaba un nuevo aspecto del mismo tema que me dejaba mudo y desconcertado de nuevo.

—¿Entiendes por qué necesitas realmente apresurarte? —me preguntó cierto día. Aunque habíamos discutido sobre ello varias veces en los últimos meses, la respuesta a esta pregunta continuaba siendo un misterio para mí.

4 – El libro de la túnica rosada

Como permanecí en silencio, Gervin continuó:

—Son tantas las razones como capillas hay en nuestro Templo. Para empezar, intentar acelerar tus actos favorecería tu proceso de despertar.

El concepto de “despertar” me resultaba tan vago que Gervin prefirió no insistir.

—¿Y cómo podías hablar con los dioses si no te apresuras? *Pues los dioses se regocijan en aquello que es veloz y aborrecen lentas contingencias.*

La idea de que algún día pudiese hablar con los dioses sonaba completamente milagrosa.

Cuando observó la estupefacción en mi semblante, Gervin se echó a reír. Con su mano izquierda, alcanzó una gran y jugosa pera de un cesto. Era una de aquellas exquisitas peras de la Ley que se deshacían en la boca. Lanzó la fruta al aire, la recogió con su mano derecha y la volvió a lanzar, esta vez hacia mí. Le gustaba alimentarme, pues le preocupaba el hecho de que yo estuviese tan delgado.

Desafortunadamente, se me escapó la pera. La bella fruta aterrizó en el suelo de plass con un ruido sordo.

Gervin silbó fuertemente.

—Vamos a tener que *hacer* algo y *tendrá* que ser drástico.

—¡Yo me ocupo, Maestro Gervin! —dije, pensando que hablaba sobre el jugosa pera esparcida por el suelo y empezando a limpiar inmediatamente, usando el borde de mi túnica blanca como trapo.

—Mmm... —Gervin apoyó en sus manos la cabeza, contemplando la luz aguamarina del techo, pensativo—; ¿miles de rituales de fuego, quizá? —murmuró tras un momento—; ¿sabes qué son los rituales de fuego, Szar?

—*Deberéis verter oblaciones en el fuego, dejando que el mismo fuego transporte las ofrendas a los dioses* —recité.

—*Sin duda alguna.* Son éstos extremadamente poderosos rituales. Elevan el nivel de fuego dentro del sacerdote que los oficia. Consiguen

4 – El libro de la túnica rosada

que sus ojos y su aura deslumbren. Pienso que estos rituales te harían mucho bien. Quiero que empieces lo antes posible.

—Pero Maestro Gervin, a los novicios de la Túnica Rosada no se nos permite realizar rituales de fuego...

—¡Entonces dile a Prates que ya no quieres ser un novicio!

—respondió Gervin con su voz burlescamente seria.

Me quedé sin habla. Pedirle a Prates una promoción hubiese sido vergonzosa y legítimamente insolente.

—Ah, ¡no te preocupes! —dijo Gervin, dejando asomar otra de sus sonrisas—, vamos a dar un paseo.

Cuando se me acababan las respuestas, su táctica era llevarme de paseo, con la esperanza de que el movimiento me ayudase a activar mi mente.

El día siguiente, para mi completa sorpresa, Prates me informó de que iba a ser iniciado en el siguiente grado. Era el final de mi noviciado. Ya nunca más vestiría la túnica blanca, sino una de color rosa pálido, ¡la Túnica Rosada!, como Artold y el resto de mis amigos.

La ceremonia fue magnífica. En medio de cientos de lámparas de aceite, se recitaron mantras durante un día entero. Bajo la guía de Prates, mis jóvenes amigos oficiaron muchos de los actos rituales en los que son expertos los sacerdotes de la Túnica Rosada.

Sólo había transcurrido media hora cuando me sentí tan elevado y extático que me desmayé, como tantos otros novicios habían hecho antes que yo en el día de su iniciación. Prates, *sabio hombre en la Ley*, utilizaba una técnica especial basada en proyectar fuerzas en alguna de mis puertas energéticas. Pronto estaba de vuelta en mi cuerpo y la ceremonia pudo continuar. Prates tuvo que repetir la técnica varias veces a lo largo del día, pero funcionaba de maravilla. Cada vez que me desmayaba conseguía que volviese en mí en ¡menos de veinte minutos! Y al final de la ceremonia, que se alargó hasta bien entrada la noche y continuaría durante el día siguiente, se me habían confiado los símbolos secretos y signos de reconocimiento de la Túnica Rosada.

4 – El libro de la túnica rosada

En los días siguientes, Prates comenzó a instruirme en el arte de los rituales de fuego. Existían cientos de ellos, cada uno dedicado a diferentes dioses y ángeles, con fines muy variados: estimular la fertilidad de la tierra, limpiar energías negativas, bendecir arroyos, consagrar casas—árbol y llenarlas de presencia angélica, bendecir las paredes de plass de un edificio, alcanzar longevidad, rogar favores a los dioses y mucho más. El principio en que se basaban todos los rituales de fuego era el mismo; se encendía un fuego y se vertían oblacones, por ejemplo cucharadas de aceite sagrado, mientras se cantaban poderosos mantras. A menudo la voz del sacerdote oficiante se convertía también en la más grande oblación vertida en el fuego.

El fuego y los aceites sagrados no eran sino formas externas de procesos de energía extraordinariamente poderosos. Cada vez que una oblación alcanzaba el fuego, un chasquido cósmico tenía lugar. Un impulso del Espíritu avivaba la conciencia del sacerdote y esto producía un cambio tangible en el espacio circundante. Las capillas en las que se llevaban a cabo los rituales de fuego estaban altamente cargadas, vibrantes a causa de la presencia espiritual.

Alentado por Prates y Gervin, empecé a officiar rituales de fuego en gran cantidad. Debía empezar despacio y acostumbrarme a la intensidad espiritual de forma gradual, precaución indispensable sin la cual los aprendices de ritualistas podían sufrir convulsiones, fiebres altas, locura e incluso la muerte súbita. Pero tras unos meses, me encontraba practicando en el fuego siete horas al día, consiguiendo un gran resultado; ya no me desmayaba cuando la intensidad de mis rituales se elevaba, aunque, desafortunadamente seguía desmayándome cuando asistía a los rituales dirigidos por otros sacerdotes. De todas formas, a Gervin le pareció un gran avance y me animó a perseverar implacablemente en mi práctica.

Cierto día, mientras caminábamos por las callejuelas del Templo me preguntó:

4 – El libro de la túnica rosada

—¿Has tenido alguna experiencia interesante meditando en la capilla de Nuestro Señor Ganá últimamente?

—Maestro Gervin, desafortunadamente no he tenido oportunidad de visitar esta sagrada capilla durante semanas, pues estoy muy ocupado celebrando los rituales de fuego.

—*¡Qué triste en la Ley!* —Gervin miró directamente frente a él, en una dirección en la cual yo no veía nada. Entonces declaró:

—Creo que ya es hora de que empieces a dirigir algunos de tus rituales de fuego a Nuestro Señor Ganá —tras una pausa, sumergió sus ojos en los míos y añadió:

—¡y pídele que te ayude a despertar!

Caminamos un poco más allá.

—Si Garrote de Oro no fuese un *completo idiota en la Ley* —continuó Gervin con su tono de voz más exquisitamente cortés—, le podríamos pedir que te ayudase. Garrote de Oro era el sacerdote de la Túnica Dorada que ostentaba el cargo de Sumo Sacerdote en el Templo de Eisraim.

—Pero será mejor que le preguntes al anciano Gana-Gerent. Sabe un *legítimo montón* sobre la tradición de Ganá.

4.5 Los años de los rituales de fuego.

A la mañana siguiente, Gervin había convenido con Gana-Gerent encontrarse conmigo en la capilla de Nuestro Señor Ganá.

Gana-Gerent era un hombre de edad muy avanzada sin rastro de pelo en su brillante cabeza. Vestía un hábito de color beige, de una orden desconocida para mí. Esto, de hecho, era uno de mis dramas. Cuando estudiaba en Sheringa, había dedicado años en aprender la Ley de las castas, una de mis asignaturas preferidas en aquel tiempo. Pero tras llegar a Eisraim descubrí para mi gran desmayo que prácticamente ninguna de las castas de mi lugar de origen estaba representada en el Templo. Las castas de las Tierras de Eisraim me resultaban completamente ajenas y esto me situaba en la embarazosa situación de

4 – El libro de la túnica rosada

no saber cómo saludar a la gente de forma apropiada.

—*¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Szar de la Túnica Rosada!* —me saludó Gana-Gerent, con una sonrisa expansiva que mostraba lo mejor de sus últimos cuatro dientes y medio—. ¡He oído que eres un gran admirador de Nuestro Señor Ganá el Sabio! Ven y siéntate junto a mí, *mi joven amigo en la Ley*, ¡tengo muchas cosas que contarte!

Me gustó inmediatamente, pues brillaba con la cualidad particular de la luz dorada que emanaban las *paredes vivientes* de la capilla de Nuestro Señor Ganá.

Ganá Gerent comenzó por enseñarme algunos de los atributos tradicionales de Nuestro Señor Ganá; su yelmo dorado de visión trascendental y omnisciencia y el oculto garrote con el que dio muerte a multitud de fuerzas oscuras durante las guerras antiguas en los cielos, cuando los dioses luchaban contra sus titánicos enemigos, los asuras.

Me resultaba particularmente fascinante la inmensa bestia de cinco patas esculpida en la pared que había detrás del altar. Cuando le pregunté a Gana-Gerent sobre ello, me respondió:

—Esta bestia blanca se llamó elefante. Es el mejor amigo de Nuestro Señor Ganá. Pero la pata en la parte de delante no es una pata, ¡es su nariz!

—¿Su nariz? —dije maravillado.

—Los elefantes son enormes, por lo menos diez veces más grandes que los caballos. Viven en el mundo de los dioses y en los Campos de Estrellas —aclaró Gana-Gerent.

Los Campos de Estrellas eran mencionados en muchas leyendas de la Ley. Eran espacios oscuros en que colgaban cientos de minúsculos puntos de luz. Nadie podía verlos, pues se extendían más allá de las espesas nieblas que cubrían el Reino. Pero la gente ilustrada que conocía estas leyendas nunca dudaba de su existencia y así lo atestiguaban por la Ley.

4 – El libro de la túnica rosada

Miré hacia el cielo, intentando imaginar un elefante blanco volando en un campo de estrellas.

—Según algunas personas —dijo Gana-Gerent—también hay elefantes viviendo en el reino, en las Tierras del Sur. De todas formas, lo que realmente importa es que el sentido del olfato de Nuestro Señor Ganá es tan poderoso como el de los elefantes. él puede oler a gran distancia, en lo profundo de la Tierra y hasta en el Inframundo.

Me quedé con la boca abierta, lleno de admiración.

Lo siguiente que me enseñó Gana-Gerent fue a celebrar rituales de fuego para Nuestro Señor Ganá. Como yo ya conocía un gran número de rituales de fuego, fue tarea fácil. Todo lo que necesitaba era aprender los mantras para invocar a Ganá. El resto de las prácticas eran similares, con alguna pequeña variación en el tipo de gestos manuales, utensilios, flores, frutos, cereales, polvos de colores y otras sustancias que se ofrecían.

Y sin embargo el resultado era mucho más espectacular que ninguno de los otros rituales que había oficiado. Tan pronto como empecé a verter mi voz en la llama, fui elevado a las alturas de la luz de Nuestro Señor Ganá, como si fuera transportado por un elefante invisible. Perdí completamente el sentido del tiempo.

Cuando volví a mi estado normal, estaba echado en el suelo. El buen Gana-Gerent, que estaba sentado a mi lado, me dio la bienvenida al Reino con su amplia sonrisa:

—*Legítimamente genial*, ¿eh?

—Mmm... —mientras me sentaba, me di cuenta de que había anochecido. Vacilé unos segundos, intentando encontrar las palabras que expresasen el sentimiento de éxtasis y la explosión de luz en mi corazón—. ¡*Legítimamente genial!* —respondí finalmente.

Gana-Gerent asintió lleno de comprensión.

Tras aquel día, ocupé gran parte de mi tiempo con los rituales de fuego dedicados a Nuestro Señor Ganá. Los sacerdotes de la Túnica Rosada tenían que atender diariamente multitud de legítimos deberes y horas

4 – El libro de la túnica rosada

de trabajo ritual, pero siempre que podía dirigía mis ofrendas al dios con el yelmo dorado. Y tal como Master Gervin me había alentado a hacer, rogaba por mi propio despertar.

¿Pero qué era este despertar?

Cuanto más empeño ponía Gervin en explicármelo, menos parecía yo entenderlo.

—Cuando practicas tus rituales de fuego, especialmente a Nuestro Señor Gana, ¿sientes a veces una *gran* energía encima de tu cabeza?

—me preguntó Gervin cierto día.

—Sí —le confesé.

—Mi gran esperanza es que esa energía te asista en tu esfuerzo por despertar —dijo Gervin—; pero debes seguir rogando a Nuestro Señor Ganá que te ayude, pues hay muchos durmientes apacibles que manejan la Gran Luz de los rituales de fuego diariamente y aun así nunca despiertan.

Yo rezaba fervientemente a Nuestro Señor Ganá, pidiendo su ayuda, pero todavía no conseguía captar qué es lo que se suponía que tenía que conseguir. Mes tras mes, Gervin dirigía mi atención hacia ciertos cambios en mí que, según él, indicaban que el “despertar” estaba empezando a suceder. Por ejemplo, me desmayaba raramente. Una cualidad ciertamente fiera se había despertado en mi cuerpo energético (esto no era gran sorpresa, pues pasaba los siete días de la semana sentado en frente de una llama) y mi voz se había fortalecido de forma significativa gracias a los miles de himnos que había recitado desde mi llegada a Eisraim.

—Pero, pero, pero... —repetía Gervin—, todavía no tienes ni idea de qué significa despertar, ¿verdad?

Cada vez que me preguntaba esto, todo lo que podía hacer era permanecer en silencio e intentar leer la respuesta en sus penetrantes ojos de color gris verdoso.

—Sigue practicando y rezando, *¡amigo mío en la Ley!* —Gervin me alentaba con su cálida sonrisa—, y recuerda que puedes ser cualquier

4 – El libro de la túnica rosada

cosa y puedes hacer cualquier cosa. Podía percibir que él esperaba que un cambio dramático tuviese lugar dentro de mí, pero ¿cuál?

Siguiendo sus instrucciones, continué practicando rituales de fuego sin parar. Normalmente los celebraba en las capillas de los sacerdotes de la Túnica Rosada y siempre que podía iba a la capilla de Nuestro Señor Ganá para realizar rituales adicionales, en particular al amanecer y al atardecer, momentos que Gervin había descrito como especialmente favorables para el despertar.

Sin embargo transcurrieron cientos de puestas de sol y yo todavía no tenía la más remota idea sobre el significado del despertar.

Como era de esperar, tras otro año de práctica constante, empecé a dominar el proceso del ritual de fuego. Prates estaba complacido con mi progreso. “¡Buena chispa, buena chispa!”, solía decir. Y tras observar mis esfuerzos durante algunos meses más, me invitó a formar parte del equipo de sacerdotes que oficiaban en la cripta del Fuego Eterno.

Situado en el legítimo centro del templo, la cripta del Fuego Eterno era un lugar muy especial, en el cual los *rituales de fuego habían sido celebrados sin interrupción durante miles de años*, tal y como así prescribía la Ley del Templo. Sacerdotes de diversas castas hacían turnos para sentarse tras una de las tres llamas eternas y oficiaban el amritayagya, o fuego ritual de la inmortalidad.

La presencia espiritual que sostenían las *paredes vivientes* de la cripta era formidable. Cada vez que se vertía un nuevo mantra en el fuego podían verse enormes chispas de luz en el espacio astral. Durante mis primeros turnos, Prates se mantuvo a mi lado, para asegurarse de que podría sobrellevar el poder del amritayagya. Pero paradójicamente, nunca me desmayé mientras cumplía con mi deber en la cripta. De hecho el Espíritu exaltado que vibraba en la cripta mejoraba mi estado habitual. Esto provocó grandes esperanzas en el Maestro Gervin.

—Cuando practicas en el amritayagya —me explicó—, estás mucho más despierto de lo normal. Si pudieses retener este estado cuando

4 – El libro de la túnica rosada

sales de la cripta, conseguirías un progreso enorme.

Yo percibía que en la cripta me sentía diferente, pero ¿de qué manera? Y ¿por qué? Tan pronto como abandonaba la cripta, volvía a mi estado normal, incluso peor, pues cuando presenciaba otras ceremonias seguía desmayándome como antes. A decir verdad, me hubiese encantado seguir las instrucciones del Maestro Gervin, pero sencillamente no sabía cómo hacerlo.

—Continúa insistiendo. ¡Practica y reza! —me animaba Gervin.

—*¡Toda la Gloria sea para el Maestro!* —respondí con esperanza.

Pero los meses transcurrían y no sucedía ningún cambio decisivo. El despertar del que hablaba el Maestro Gervin seguía siendo para mí un completo misterio.

4.6 La oscuridad visible.

Un día, a su regreso de un viaje más allá de las fronteras de Eiraim, Gervin me mandó llamar a la estancia aguamarina. Como siempre, empezó alabando a Nuestro Señor Melquisedec y preguntándome por mi salud, pues continuaba siendo, con mucho, el más delgado de los sacerdotes de la Túnica Rosada, a pesar del modo insistente en que toda persona del Templo intentaba alimentarme con los más *delicados manjares en la Ley* que estaban a su alcance.

—¿Cuánto tiempo hace que llegaste al templo? —preguntó Gervin.

—*Cuatro primaveras y cuatro otoños* —respondí a la manera atlante.

—Mmm... —Gervin cerró los ojos y apoyó la cabeza en sus manos—; si no aceleramos tu despertar, nos faltará tiempo.

Asentí con mi más *legítimo y paciente* gesto de impotencia.

—Venga —dijo—, vamos a probar algo radicalmente diferente —y me invitó a sentarme en postura de meditación frente a él.

En mis frecuentes visitas solíamos sentarnos juntos y entrar en un estado de contemplación. Aquel día, mientras manteníamos contacto visual, Gervin proyectó en mi interior una intensidad de conciencia completamente nueva. La luz aguamarina de la habitación pasó a un

4 – El libro de la túnica rosada

tono oscuro. Sentí una fuerte vibración entre mis cejas y mi cuerpo se quedó inmóvil cual roca.

La sensación no era particularmente agradable. Me recordó a una experiencia muy dolorosa ocurrida dos años antes, cuando Artold y yo ingerimos setas por error. La cocina central, que proveía los frutos que se usaban en los rituales, nos había entregado equivocadamente unas setas que iban dirigidas a la Orden de las Brujas Sabias de la Ley. Tras ingerir las setas al final del ritual nos invadieron violentas alucinaciones que tuvieron como resultado que Artold estuviese enfermo durante más de una semana y yo inconsciente durante un día y medio.

—¿Puedes hablar? —preguntó Gervin.

No podía, había perdido completamente el contacto con la habitación, pero aún podía oírle. En vez de desmayarme como era habitual, me encontré en un enorme espacio oscuro.

—La oscuridad visible. La esfera no física más cercana al Reino —explicó Gervin.

La experiencia no me resultaba extraña. Era una reminiscencia del abandono de mi cuerpo que sucedía cada noche, pero menos parecido a un sueño. Era la primera vez que me encontraba en el espacio reteniendo algo de la conciencia diurna.

—¡Venga, muévete! —me instó Gervin.

De repente me encontré dando vueltas hacia delante en la oscuridad visible, como atrapado por un poderoso remolino.

—¡Muy bien, hijo, muy bien! Ahora mira esto. *¡Por este símbolo me reconocerás!*

Una magnífica forma dorada brillaba frente a mí. Era un complicado patrón de intrincadas figuras geométricas.

—Estos son mis símbolos de reconocimiento —explicó Gervin—; ahora mira éstos.

Otro conjunto de formas doradas geométricas apareció en el espacio.

4 – El libro de la túnica rosada

—*¡Toda la Gloria sea para el Maestro!* —exclamó—, éstos son los símbolos de reconocimiento de Orest, quien fue mi maestro en la Túnica Marrón. El hecho de que dejase su cuerpo físico hace tiempo no cambia nada, sus símbolos de reconocimiento permanecen inmutables.

Los primeros símbolos reaparecieron.

—Si alguna vez te encuentras en peligro, llámame mediante este símbolo, sólo tienes que dibujarlo en tu mente —me instruyó Gervin. Después devolvió mi conciencia a la habitación, de forma instantánea e indolora, pero produciendo en mí un repentino estado de extremada somnolencia.

Cuando percibió mi semblante distraído, se echó a reír.

—Creo que tendremos que pedirle a alguien que te acompañe a tus dependencias —y mientras lo decía, fue en busca de una *legítima escolta*.

Esto fue lo último que recordé del encuentro cuando me desperté en mi habitación al día siguiente.

Cada tres o cuatro días Gervin me volvía a llevar al espacio de oscuridad visible. Me mostró varios símbolos de reconocimiento y me enseñó cómo usar los túneles del espacio de energía para girar más y más rápido. Y el gran progreso fue que ya nunca más me derrumbé inconsciente al final de las sesiones. En la mayoría de los casos, podía regresar a mi dormitorio por mi propio pie.

Tras varias semanas el Maestro Gervin me anunció que estaba satisfecho con mis experiencias y que había llegado el momento de someterme a una iniciación formal en el arte de viajar. —Deja que te explique cómo sucederá. En cierto día del calendario, cuando todos los ritmos del tiempo son legítimamente auspiciosos, se te conducirá a una parte del templo que todavía no has visitado: las cámaras de viaje. Allí te inducirán a un estado leve de hibernación. Por tu propia seguridad, tu cuerpo será colocado en un sarcófago de plasm que no permite penetrar energías ajenas. Una vez que estés profundamente dormido,

4 – El libro de la túnica rosada

llegarán tus instructores.

Te proyectarán fuera de tu cuerpo activando ciertas puertas energéticas, por medio de sus Voces. Y entonces te guiarán y te enseñarán cómo encontrar tu camino entre las esferas. Para reconfortarme, Gervin añadió:

—He pedido a las águilas Blancas que se encarguen de tu educación en la práctica de viajar y, afortunadamente, ¡han aceptado! Tu instructora será una de las más consumadas controladoras de nuestro Templo, una mujer con experiencia más que considerable en el arte de viajar. Ella es una de las Sumas Sacerdotisas del águila Blanca, y fue entrenada por la mismísima Doña Teyani.

Su nombre es Doña Elyani.

—**Y así termina el libro de la túnica rosada**—

5 – El libro de los misterios de Eisraim

5.1 Primera iniciación al viaje.

Mi primer viaje tuvo lugar por la noche, en el enclave de los legítimos médicos. Tras un día de ayuno, dos sacerdotes de los salones de sanación vinieron a recogerme. Los seguí por un laberinto de callejuelas y corredores hasta que finalmente llegamos al extraño edificio donde las *paredes vivientes* del vestíbulo emitían de forma intermitente colores en tonos violeta, índigo y malva oscuro. Los sacerdotes me condujeron a una habitación bañada en la misma luz tenue que intercalaba los colores, como si de pulsaciones se tratara. Atravesaban el suelo líneas impregnadas con esencia de olivino, que emanaban un brillo naranja oscuro, formando luminiscentes patrones geométricos.

Un sarcófago de construcción ligera, hecho de fino plass traslúcido, se alzaba en el centro de una formidable forma geométrica en el medio de la sala. Me indicaron que me tumbase en el sarcófago, que permanecería descubierto hasta que, como supe más tarde, dejase percibir mi entorno físico. Los sacerdotes comenzaron a recitar ensalmos de los versos de la Ley mientras presionaban las puertas energéticas de mi cuerpo. El resultado fue inmediato, me dejé caer en un sopor profundo, cercano al estado de trance. A continuación pude percibir unos extraños sonidos que eran, según me informaron después, proyecciones de Voz de Doña Elyani y Doña Seyani, su hermana en el águila Blanca. De pronto me encontré flotando en la oscuridad visible. El espacio era idéntico al que me había transportado Gervin en las semanas anteriores, pero la diferencia era que no me sentía adormilado, al contrario, estaba rebosante de energía.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Mirando a mi alrededor me di cuenta de que el espacio no era tan oscuro como había pensado en un principio. Estaba teñido por un difuso brillo púrpura y en la distancia podía discernir tenues luces de varios colores.

— ¡Szar de la Túnica Rosada! —escuché la voz de una mujer llamándome—. Soy Elyani del águila Blanca, tu instructora de viaje. Te guiaré en tus travesías por los espacios, paso a paso. Sigue mi voz y mi presencia —y entonces añadió—: *Por este símbolo me reconocerás.*

Un conjunto de formas geométricas apareció frente a mí. A diferencia de la de Gervin, su firma astral no era dorada sino blanca reluciente.

— En muchos casos, simplemente tendrás que seguir mi luz —continuó la voz. Mientras hablaba, emergió una cálida luz amarilla—. Esta no soy yo —explicó— sino un reflejo de mi mismo que proyecto en el espacio para guiarte. Ven, sigue la luz.

Me moví hacia la presencia dorada.

Era fácil y jubiloso. Siguiendo su luz me di cuenta de que cuando sucedían experiencias fuera del cuerpo por la noche, no tenía ni idea de dónde iba. Nunca elegía mi dirección, sencillamente me dejaba mecer por olas que no comprendía. Ahora, por primera vez en mi vida, estaba en completo control de mis movimientos en el espacio.

— Szar, ¿puedes ver el túnel frente a ti?

— Sí.

— Entra en él. Sigue mi luz —dijo la voz.

Tan pronto como alcancé el túnel me arrastró a su interior y empecé a girar hacia delante a gran velocidad. Pronto emergí al otro lado, encontrándome en un espacio muy diferente, en el que el difuso brillo púrpura era un poco más brillante.

— Todavía nos encontramos en la oscuridad visible, pero un poco más arriba —clarificó Elyani.

Me sentí lleno de entusiasmo y ligero *como un pájaro en el mundo de los dioses.*

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Ahora intenta moverte hacia arriba.

Fue muy sencillo, me lancé a las alturas, dejando la luz de Elyani atrás.

— ¡Excelente! —me animó la voz—, ahora muéstranos de lo que eres capaz. Intenta desplazarte lo más alto que puedas.

Recogí mi energía y me dejé arrastrar hacia arriba por el espacio, sintiendo una excitante aceleración acompañada por un movimiento giratorio ultrarrápido. Y hete aquí, me encontré en un espacio completamente distinto.

No más oscuridad.

— *¡Oh, mi Señor Melquisedec!* —exclamé, profundamente conmovido por la increíble belleza que tenía la fortuna de presenciar—
¡Así que esto es el Campo de Estrellas!

En el Reino, la mirada sólo podía alcanzar unos pocos cientos de legítimos metros hacia delante y en invierno las nieblas eran a menudo tan espesas que apenas podías ver tus propios pies. Y allí, frente a mí, se encontraba el espacio despejado del infinito. Era gigante, mítico, ¡legítimamente irreal! Miríadas de puntos brillantes de todos los colores formaban grandes nubes de luz que se extendían en todas las direcciones. Pero antes de que tuviese tiempo de contemplar el paisaje cósmico, perdí repentinamente mi suave trayectoria. Fui arrojado hacia la derecha. Envuelto en violentos remolinos, empecé a rodar y girar sobre mí mismo como una mota de polvo en medio de un tornado. Sería mucho después cuando supe realmente qué había sucedido. Abajo, en la sala de despegue, cuando vieron el modo en que me había proyectado desde la oscuridad visible al Campo de Estrellas, Doña Elyani y Doña Seyani estaban gratamente sorprendidas. Sonrieron llenas de gozo.

— Es uno de los hombres de Gervin, ¿verdad? —preguntó Seyani.

— ¡Ciertamente que lo es! Tiene algo especial, ¿verdad? —respondió Elyani, observándolo a través de la delgada y traslúcida cubierta del sarcófago.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Sorprendida por el tono entusiasta de su amiga, Seyani se rió entre dientes.

— ¡Doña Elyani! ¿Qué ven mis ojos? —citando un verso de carabina de la Ley, añadió—: *¡El hombre es atractivo y además de la casta justa!*

Elyani se ruborizó.

— ¡Seyani! ¡Qué dices! —y durante un momento perdió la concentración y perdió el control de la trayectoria.

— ¡Atenta! —Seyani rompió a reír— ¡Ya lo tienes perdido!

Arriba, en el Campo de Estrellas, tan pronto como empecé a rodar tuvo lugar algo completamente inesperado. Antes de que pudiese asustarme, resonó una voz. No era la voz de Elyani. Era un susurro estremecedor que parecía provenir de la infinita lejanía.

— *¡No temas, viajero! Ruega al Banco Universal de Conocimiento. Permite que restablezca tu trayectoria.*

La voz había hablado en un instante, como si todas las palabras hubiesen sido pronunciadas a la vez. Me proyectó a un estado de conciencia diferente donde los pensamientos se movían incalculablemente más rápido de lo habitual. Yo sabía como acceder al Banco de Conocimiento Universal. Mi trayectoria se estabilizó inmediatamente.

La voz eterna continuó:

— *Avanza, niño de las estrellas. El Dragón de las Profundidades de la Tierra te está esperando. El durmiente despertará únicamente cuando con Ella te encuentres.* Mientras tanto, Doña Elyani me había rodeado rauda y velozmente con su luz. Pero cuando observó que volaba de forma estable, contuvo su intervención.

— *¡Legítimamente estupendo!* —exclamó con sorpresa—, en un espacio tan cercano al Reino hay poco riesgo, pero aun así... ¡lo has hecho extraordinariamente bien! Sigue avanzando.

De repente me di cuenta de que en los cuatro años que llevaba en el templo, esta era la primera vez que alguien me decía que había hecho

5 – El libro de los misterios de Eisraim

algo extraordinariamente bien.

La voz de la lejanía seguía vibrando en mi mente. Me hacía sentirme extraño. Mientras me movía en línea recta a través de la magnificencia del Campo de Estrellas, susurró de nuevo:

— *Adelante, niño de las estrellas. El Dragón de las Profundidades te está esperando.*

— Suficiente por hoy. Ahora, empieza a descender —me indicó Elyani. Hice como me había dicho y tras poco tiempo escuché—: Se aproxima un túnel a tu izquierda, tómalo y desplázate hacia abajo.

El túnel me devolvió al difuso espacio púrpura donde todo había comenzado.

Me sentía cada vez más pesado. La magnífica claridad mental de la que había disfrutado en el Campo de Estrellas desapareció. Cuanto más descendía, más densa se volvía mi conciencia.

Pronto me dejé caer en un sueño profundo.

Cuando volví en mí, me sentí mareado pero eufórico, vívidas impresiones del Campo de Estrellas aparecían frente a mí. La cubierta del sarcófago traslúcido había sido retirada. Los dos sacerdotes de los salones de sanación me esperaban.

Miré a mi alrededor buscando a Doña Elyani, pero no había nadie más en la habitación.

5.2 Lehrmon de la Túnica Marrón.

Cuando volví a encontrarme con Gervin, mantuvo contacto ocular conmigo durante largo rato. Su voz se tornó solemne.

— Un gran cambio está sucediendo en ti, Szar. ¿Entiendes qué es?

No tenía ni idea de lo que hablaba. Permanecí en silencio.

— Una parte de ti está siendo llamada al despertar. Sucedió mientras viajabas en el Campo de Estrellas.

¿Sería la voz de la lejanía? ¿O era la euforia que había estallado en mi interior mientras volaba por las esferas?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Gervin continuó:

— Quizá no te has dado cuenta, pero de aquí en adelante las cosas van a ser radicalmente diferentes para ti. Por supuesto, todo sucederá de forma gradual. No siempre hará tu vida más sencilla —tras una pausa, añadió—; ¿pero quién quiere permanecer dormido?

Sus palabras quedaron grabadas en mi interior, imprimiendo la intensidad de su mirada más penetrante en mi energía.

— Continuarás con los rituales de fuego y con tu iniciación al viaje astral. Pero lo que más debe importarte no es esto. ¡La única cosa en las siete esferas que realmente necesitas... —dijo haciendo una pausa. Lo miré lleno de ansiedad, preguntándome qué era aquello en las siete esferas que tanto necesitaba.

— ...es despertar! —recalcó— ¡Deja de ser un durmiente!

La mirada perpleja en mi semblante le hizo sonreír cariñosamente.

— ¿Por qué no discutimos esto con Lehrmon? —sugirió—. Sabes quién es Lehrmon ¿verdad? Es mi discípulo en la Túnica Marrón. En los últimos años ha estado la mayor parte del tiempo en el Templo de Lasseera y es por esto por lo que no has tenido la oportunidad de conocerlo. Pero en este momento está en el Templo. Seguramente te haría mucho bien conocer a alguien que ha estado trabajando conmigo durante... —Gervin cerró los ojos. Entonces sonrió— casi veinticinco años. Lehrmon es uno de los Despiertos.

Gervin esperaba que fuese a llamar a Lehrmon.

Permanecí perdido, sin tener ni idea de dónde podía estar Lehrmon.

— Si sales y le preguntas a Shlsharan, te dirá dónde encontrarlo.

Yo no sabía quién era Shlsharan.

— Vete al vestíbulo —dijo Gervin pacientemente—, en el segundo aposento a la izquierda encontrarás a Shlsharan de la Túnica Azafrán. Sonreí a Gervin y abandoné la estancia. Giré a la izquierda y encontré la segunda puerta.

Estaba abierta. Entré, mirando el techo abovedado que cubría la entrada. En el enclave de las joyas, todas las entradas eran de doce

5 – El libro de los misterios de Eisraim

legítimos pies de altura, para que los grandes sabios con altas auras no golpearan sus cabezas astrales contra los muros de plass cuando entraban en una habitación.

No había nadie en la habitación, las *paredes vivientes* de plass estaban impregnadas con la esencia amarilla del zafiro. Cautivado por el brillo amarillo limón, esperé a Shlsharan, reflexionando sobre las exhortaciones del Maestro Gervin a despertar. Mi mente empezó a deslizarse a la deriva. Absorto como estaba en el espíritu luminoso, el tiempo pasó inadvertido.

¿Cuánto duró aquello? No podría decirlo. Quizá una hora, quizá más. Finalmente entró un hombre.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, hombre sabio en la Ley!*
—dije—. ¿Es usted Shlsharan de la Túnica Azafrán? Estoy buscando a Lehrmon.

El hombre frunció el ceño y sumergió sus intensos ojos de color ámbar en los míos durante unos segundos.

Debía tener unos legítimos treinta años, demasiado joven para llamarle “*hombre sabio en la Ley*“. Además, de repente comprobé que vestía una túnica marrón, idéntica a la de Gervin y Melchard.

— Hmm... —busqué en mi repertorio un verso adecuado.

El hombre pasó la mano por su espesa y rizada cabellera morena y sonrió:

— Tú eres Szar, ¿verdad?

— *Yo... ése soy yo en la Ley.*

— Yo soy Lehrmon. ¡De la Túnica Marrón! —dijo todavía sonriente—. Ahora, sígueme.

No me llevó de vuelta a los aposentos de Gervin, sino a una de las estancias de los *legítimos sirvientes* del enclave. Había pasado mucho tiempo y Gervin se había marchado a atender otros asuntos.

Mientras caminaba de vuelta a mi habitación, pensé que seguramente Gervin no estaría muy complacido con el modo en que había manejado la situación.

5.3 Cuadrado, mundos intermedios, triángulo.

Cada pocos días, a media mañana, dos sacerdotes de los salones de sanación venían a recogerme. Eran hombres altos y fuertes, cuya función consistía en trasladar a las personas que estaban inconscientes o demasiado enfermas para moverse. Nunca decían ni una palabra. Simplemente me llamaban con un gesto de mano y yo los seguía a la sala de despegue. Doña Elyani nunca estaba en la habitación cuando llegaba. Me tumbaba en el sarcófago y los dos sacerdotes me hacían dormir activando puertas energéticas de varias partes de mi cuerpo. Entonces, mientras estaba inconsciente, llegaba Doña Elyani y proyectaba fuertes frecuencias de la Voz en mi interior. En ese preciso momento yo recuperaba el hilo de mi conciencia y me encontraba en el espacio púrpura.

— ¡Szar! ¡Te saludo desde la cima del cuadrado! —dijo Elyani.

— ¡Toda la gloria para Nuestro Señor Melquisedec, Doña Elyani del águila Blanca! —respondí.

— No, esa no es la manera correcta de saludarme. Ahora estás en la parte inferior de la oscuridad visible, en la capa que está más cerca del plano físico. El plano físico, o Reino, se conoce como el cuadrado —me explicó—, me tienes que saludar como yo te he saludado.

— ¡La saludo desde la cima del cuadrado!

— Empieza a desplazarte hacia arriba —me ordenó. Y mientras ascendía por un lento vórtice del espacio púrpura, me explicó—: La oscuridad visible es uno de los mundos intermedios y se llama así porque está situado entre el cuadrado (o Reino) y el triángulo (o mundos de los dioses).

En varias enseñanzas de la Ley se utilizaba el término “cuadrado” para referirse al Reino pero ésta era la primera vez que escuchaba utilizar la palabra triángulo para referirse a los mundos celestiales. Gracias al estado de claridad mental acrecentada que disfrutaba mientras viajaba, me resultaba obvio que las capas entre el cuadrado y el triángulo debían llamarse mundos intermedios.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Las esferas en nuestra legítima proximidad están compuestas por el cuadrado, los mundos intermedios y los mundos de los dioses —continuó Elyani, mientras su luz amarilla aparecía en el espacio—, ven hacia mí. Entra en este túnel.

Seguí su luz a través del túnel de un vórtice que me llevó a un espacio diferente.

— ¡Continúa girando hacia delante! —me dirigió hacia otro túnel.

Cuando emergí del ejercicio giratorio, me encontré en un espacio totalmente distinto. Era mucho más oscuro que la oscuridad visible púrpura donde había comenzado.

— Ahora estás en la segunda capa de los mundos intermedios —dijo Elyani—. Como podrás comprobar, la oscuridad visible es simplemente el escalón inferior de los mundos intermedios. Toma ahora el vórtice plateado que está a tu derecha.

Lo que resultaba tan excitante de estos vórtices, no era solamente el hecho de girar sino la aceleración. Era como ser proyectado desde un espacio al otro a velocidad creciente. Cuanto más subía, más rápido se movía. Al final del túnel me encontré rodeado por una bella luz astral verde.

— El mundo intermedio esmeralda —comentó Elyani—. Antes de que podamos ir más allá, tienes que dominar el arte de identificar estas capas.

Revoloteé durante un momento, permitiendo que la luz esmeralda trabajase en mi conciencia.

— Ahora déjame guiarte directamente a los límites superiores de los mundos intermedios —dijo Elyani.

Seguí su luz a través de una serie de vórtices, cada cual más rápido, hasta que emergí en una región diferente, iluminada por una difusa luz plateada. Observando más de cerca, me di cuenta de que el espacio estaba repleto de motitas de luz plateadas.

— Szar, viajero —dijo Elyani—, *te saludo en la cima de los mundos intermedios.*

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— *La saludo en la cima de los mundos intermedios*— respondí, copiando el tono ritual de su voz.

— Ahora estás en la gran frontera entre los mundos intermedios y el triángulo —me advirtió—; si no fuera por los símbolos que he proyectado a tu alrededor, tendrías a todos los controladores del Reino detrás de ti. Sólo los viajeros experimentados deben visitar estas áreas. Los simples durmientes se perderían, tendrían grandes dificultades para volver a sus cuerpos desde aquí. Ahora, ¡preparate para cruzar la gran frontera!

No tuve que hacer nada, fui alzado por el poder conductor de Elyani y, hete aquí, me encontré de nuevo en el Campo de Estrellas.

— Szar, viajero, te saludo en la base del triángulo.

— La saludo en la base del triángulo —respondí.

Pero, ¿dónde estaban los dioses? ¿Eran acaso las nubes de estrellas que henchían el espacio en todas direcciones?

— Desplázate a tu derecha y dime qué sientes, Szar.

— Siento una especie de suave brisa.

— ¡Correcto! Esto se llama “corriente”. Observa cuidadosamente y verás ínfimas partículas de luz fluyendo por la corriente.

Era tan sutil que al principio escapaba a mi percepción. Pero concentrándome un poco más, empecé a distinguir la corriente de partículas de luz.

— Algunos lo llaman cabello de ángel —dijo Elyani—; ahora, déjate llevar por la corriente.

En cuanto me acerqué lo suficiente a la corriente, empecé a moverme a un ritmo constante:

— ¡Es muy fácil! —exclamé riendo de júbilo.

— Todo lo que tienes que hacer es sujetarte a la corriente —respondió ella con voz sonriente. Me deslizaba por el espacio, sintiéndome totalmente en casa en aquel escenario estremecedor de coloridas nubes de estrellas, maravillándome de cuán nítido era todo en aquel nivel. ¿Estaba aquello relacionado con el despertar que el Maestro Gervin

5 – El libro de los misterios de Eisraim

quería que encontrase?

— Si quieres, ahora puedes aumentar la velocidad —dijo Elyani—, ¡pero hazlo con suavidad! La corriente acrecentará tu aceleración. Siguiendo sus instrucciones descubrí que el más leve impulso podía acelerar mis movimientos de forma dramática. Pero incluso yendo mucho más rápido, no tuve dificultad para permanecer estable, dejándome llevar sin esfuerzo alguno por la corriente. Me hizo preguntarme a qué extraordinaria velocidad podría desplazarse un viajero experimentado como Doña Elyani por estas mismas corrientes. — Suelta el control —me indicó Elyani—; estás llegando a un nodo, un cruce. Redirigiré tu camino.

Unos segundos más tarde me encontré cambiando bruscamente de trayectoria, hacia abajo y a la derecha, al interior una nueva corriente. A pesar de la increíble velocidad, no había notado ni el más mínimo temblor durante la maniobra.

Me sentí diferente. Cuando cambiaba de corriente, mi energía también cambiaba.

Era como ir del campo energético de una capilla al campo de otra.

Me permitieron tomar el haz de luz durante un rato. Después Elyani me dirigió hacia el túnel de un vórtice que me proyectó de vuelta a los mundos intermedios. El Campo de Estrellas desapareció, siendo sustituido por el tenue resplandor de la oscuridad visible.

Pronto comencé a sentir la pesadez que indicaba que me estaba acercando a mi cuerpo. En cuestión de segundos, caí inconsciente. Cuando volví en mí, me senté en el sarcófago. Doña Elyani se había marchado, los dos sacerdotes habían regresado.

Lentamente me levanté y seguí a los dos hombres de vuelta a las dependencias de la Túnica Rosada.

5.4 El “algo” que se me escapaba.

Unos días después tuvo lugar finalmente el encuentro con Gervin y Lehrmon.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Cuando llegué a la estancia aguamarina, me encontré a los dos hombres de la Túnica Marrón enzarzados en animada discusión. Se levantaron para saludarme y tras saludar legítimamente a Nuestro Señor Melquisedec, el Maestro Gervin inquirió por mi salud. Había una atmósfera especial en la habitación, similar a la que había sentido cuando conocí a Gervin por primera vez en las Tierras de Sheringa.

— Szar —me preguntó Gervin tras las consabidas legítimas trivialidades—, ¿te has dado cuenta de que cuando viajas por las esferas estás mucho más despierto?

Asentí. A pesar de mi capacidad para distraerme, podía reconocer que me sentía mucho más lúcido cuando seguía la luz de Elyani a través de los espacios.

— ¿A qué crees que es debido, Szar? —me preguntó.

Perplejo, permanecí en silencio.

Gervin se giró hacia su discípulo de la Túnica Marrón.

— ¿Tú qué dices, Lehrmon?

Lehrmon me sonrió de una forma tan amigable que me sentí reconfortado de pies a cabeza.

— Como nos sucede a todos cuando viajamos, Szar escapa del efecto “hombre de arena” inherente al Reino —dijo.

— Un tecnicismo para referirse a las energías soporíferas —intervino Gervin.

— Además —continuó Lehrmon—, bien podría ser que la conciencia de Szar estuviera siendo estimulada por el perspicaz espíritu de Doña Elyani, pues ella proyecta su energía en él durante las sesiones —dijo suspirando—; ¡estas sumas sacerdotisas del águila Blanca están tan despiertas! A veces hasta yo mismo las encuentro inquietantes.

— ¡Y tú sabes legítimamente de qué estás hablando! —exclamó Gervin, y ambos rompieron a reír.

Su arrebató provocó una ola de júbilo. La empatía iluminaba la estancia aguamarina. *Dulce Señor Melquisedec*, ¡estos dos hombres parecían tan felices de estar juntos! La atmósfera que creaban era tan

5 – El libro de los misterios de Eisraim

cálida, tan fuerte y tan distinta del legítimo y moderado contacto humano al que estaba acostumbrado.

Esto era un punto de referencia en mi búsqueda. Comprendí que esta calidez estaba en el núcleo del despertar que Gervin quería que alcanzase.

— *¡Muy bien dicho*, hombre del Trueno! Viajar favorece el despertar, al igual que la compañía de las águilas Blancas —dijo Gervin con autoridad—; pero algo más le está sucediendo a Szar, algo misterioso. Cuando alcanza las esferas superiores, una fuerza particular se acerca a recibirlo. Si pudiera darse cuenta de qué es esa fuerza se convertiría inmediatamente en una persona extremadamente despierta.

¿Extremadamente despierta? Esto sonaba esperanzador. El problema era que no tenía ni idea de a qué fuerza se refería.

— El futuro lo dirá —concluyó Gervin, tras lo cual continuó discutiendo con Lehrmon asuntos que no me concernían. Decidí observar a los dos hombres barbudos lo mejor que pudiese, buscando pistas sobre el despertar.

Algo me llamó la atención. Cuando estaba en compañía de Lehrmon, Gervin se comportaba de forma diferente que cuando estaba con otra gente, incluyéndome a mí. Para empezar, hablaba más rápido. Y se reía mucho más. Continué observando intensamente, esperando encontrar más indicios. Mientras hablaban, Gervin y Lehrmon se dieron cuenta de que yo estaba haciendo grandes esfuerzos, o lo que a mí me parecían grandes esfuerzos. Detuvieron su diálogo y se giraron hacia mí. Los tres prorrumpimos en carcajadas.

¡Qué precioso fue aquel momento! La luz aguamarina bailaba de gozo. Las *paredes vivientes* sostenían un espacio de sentimiento. Tan diferente y a la vez tan sencillo.

Gervin se levantó.

— Tengo que ir a una reunión con Doña Teyani —anunció—; Lehrmon, ¿por qué no llevas a nuestro amigo de paseo?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Lehrmon me regaló aquella única sonrisa suya que lo hacía *brillar como una mañana de la Ley*. Nos retiramos y comenzamos a pasear por las callejuelas del enclave de las joyas.

Lehrmon me mostró algunos lugares extraños que nunca antes había visitado. Mencionó que éstos habían sido su escondite cuando era un novicio. Me contó varias anécdotas, empezando por cómo él y Gervin habían congeniado desde el primer día. Recordando cómo me había cautivado, pude entender perfectamente lo que me decía. También me enteré de que Lehrmon era nueve años mayor que yo. Conocía a Doña Teyani y a Doña Elyani bastante bien y su libro favorito de la Ley era el libro de Maveron. En el templo de Lasseera había trabajado con Magos de los Campos y Hacedores de Piedras, dos castas de las cuales no sabía nada, y con el Maestro Esrevin de la Túnica Marrón quien, al igual que Gervin y Melchard, había sido discípulo de Orest de la Túnica Marrón.

Lehrmon me preguntó acerca de mí mismo, cuestiones fáciles que podía contestar inmediatamente, así que acabé teniendo la conversación más animada de toda mi vida.

¿Era esto despertar?

Definitivamente había un punto común con viajar, me dejaba llevar por él, como cuando Doña Elyani me guiaba a través de las esferas. Mientras bajábamos por una escalera en forma de caracol me dijo con su gentil voz:

— Lo que te espera, Szar, es Inframundos más prodigioso de lo que puedas pensar. Puedes creer que estás descubriendo cosas inauditas en tus lecciones de viaje. *Hombre de la ley*, déjame decirte que esto no es *nada* comparado con lo que Gervin te puede enseñar.

Habíamos llegado a unos pasadizos similares a unas catacumbas, levemente iluminados por el resplandor verdoso de las paredes de plass.

— ¿Habías venido aquí alguna vez? —preguntó.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Nunca en la Ley —dije, sin tener la más remota idea sobre el enclave donde nos encontrábamos. ¡Dioses, que olor más ilegítimo! Lehrmon apuntó a un hilillo de agua.

— Aguas residuales. Hay cientos de entrañas como ésta bajo el templo. Sin embargo es mejor no venir nunca sólo —me advirtió—. Mientras la gente siga comportándose como durmientes, no hay mucho que Gervin pueda hacer por ellos. Para darle la oportunidad de iniciar realmente su enseñanza contigo, primero debes espabilarte y salir de la legítima tierra de los sueños. Si no lo haces, Gervin lo hará por ti, y esto dolerá.

No estaba seguro de qué quería decir, pero tras sus palabras pude sentir algo.

Lehrmon *no* era como Artold, ni siquiera como aquellos sabios sacerdotes de la Túnica Rosada que me habían enseñado el arte sagrado de los rituales. Había algo diferente en él y... ¡ese algo se parecía mucho a Gervin!

Cada vez veía más claro que durante todos aquellos meses en el templo, se me había escapado algo esencial sobre Gervin.

Me sentí afligido.

— Si quieres que Gervin deje de comportarse contigo como hace con los durmientes —me explicó pacientemente—, tendrás que empezar a hacerle preguntas. En muchos casos, si no preguntas nada, Gervin no dirá nada.

¿Preguntas?

¿Qué preguntas?

5.5 Controlador Espacial Fretcher.

— *¡Viajero Szar, te saludo en la cima del cuadrado!* —la voz familiar de Doña Elyani me despertó de mi letargo.

— *¡La saludo en la cima del cuadrado!* —respondí legítimamente.

— Empieza flotando por la oscuridad visible —me indicó Elyani. Tras un rato, utilizó su luz para dirigirme a un vórtice que me centrifugó

5 – El libro de los misterios de Eisraim

hacia un espacio de luz púrpura particularmente brillante.

— ¡Hay mucha luz por aquí! —me maravillé.

— Este espacio está conectado a una bella tirtha en las tierras de los Lagos del Norte —explicó Elyani.

Me pregunté si el espacio era especial porque era un lugar de peregrinaje o si era el espacio que hacía del lugar una tirtha.

De repente un hombre apareció frente a mí. Era un hombre alto que rondaba los sesenta. Su túnica azul oscura indicaba que era de la casta de los controladores.

— Es un bello espacio, ¿verdad? ¿Te gusta, *amigo mío en la Ley*?

—me preguntó.

Sin saber el modo legítimo en que saludarlo, llamé a Elyani en busca de ayuda.

— *¡Alabado sea el Señor Melquisedec, controlador Fretcher!*

—exclamó Elyani en un tono de voz que parecía salirse del canon de la entonación legítima.

— *Toda la gloria para Nuestro Señor Melquisedec, Doña Elyani, Suma Sacerdotisa del águila Blanca* —respondió el hombre, en un tono tan cariñoso que no acababa de sonar completamente legítimo.

— ¿Cómo estás hoy, mi buen Fretcher? —preguntó Elyani.

— Disfrutando de una ronda tranquila, querida mía.

Una conversación tan relajada hubiese resultado extraña en el reino, donde la corrección legítima exigía que la gente de castas diferentes se dirigiesen los unos a los otros según precisas y codificadas formas. Poco a poco iba descubriendo que en las esferas no físicas, un gran número de cosas sucedían de forma diferente.

— No hay muchas ovejas descarriadas en este momento del ciclo Lunar. ¿Qué tal Doña Seyani y tú? —preguntó Fretcher.

Me tomó por sorpresa. No me había dado cuenta de que tenía dos instructoras.

— Vamos bien, Fretcher —una nueva voz se hizo escuchar en el espacio.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¿Entrenando a un nuevo aprendiz?

— Todavía no tiene un símbolo —respondió Seyani—; probablemente pronto empezará a viajar bajo los símbolos de Gervin, así que no te sorprendas demasiado cuando te lo vuelvas a encontrar.

— ¿Bajo los símbolos de Gervin? ¡Oh! ¡Suena muy interesante!

Las águilas Blancas no hicieron ningún comentario.

Fretcher se giró hacia mí.

— ¿Cómo te llamas, muchacho?

— Szar.

— Encantado de conocerte, Szar. Me verás a menudo si recorres esta zona, lo cual probablemente suceda con frecuencia —se dirigió a las sacerdotisas—. ¿Qué pasó con Gisyá? ¿Ha vuelto de su iniciación en el Inframundo?

— No. Ha muerto —respondió Elyani.

— ¿Muerto? ¡Oh, dioses benditos! Teyani debe estar destrozada.

— Un ilegítimo desastre, Fretcher —dijo Seyani con voz serena—; hemos perdido seis sacerdotisas una detrás de la otra. En los últimos años ni una siquiera ha regresado viva del Inframundo.

— ¡Gisyá era una muchacha tan legítimamente buena! —dijo Fretcher, visiblemente compungido—. ¿Trasmitiréis mis condolencias a Teyani?

— Lo haremos legítimamente, mi buen Fretcher —respondió Seyani.

— Probablemente te vea más tarde —dijo Fretcher y desapareció de súbito.

Inmersos en la brillante luz púrpura, me pregunté cómo sería morir en el Inframundo.

— Y bien, Szar —me preguntó Elyani—, ¿qué opinas? ¿Es el espacio el que hace la tirtha o la tirtha la que hace el espacio?

¡Oh, mi Señor Melquisedec! ¡Puede leer mis pensamientos! —pensé terriblemente avergonzado. Y lo que era aún peor, no tenía ni idea de cómo responder su pregunta. Elyani aguardó unos segundos y luego me explicó:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Ambos son posibles, realmente. Algunas tirthas tienen grandes propiedades sanadoras por sus energías telúricas. Otras emiten la presencia de un dios o de un ángel de las Alturas. Los ángeles imprimen su presencia en el espacio astral, y el espacio a su vez crea la atmósfera especial en la tirtha. Permite que te muestre cómo es la oscuridad visible en una tirtha de esta clase.

Mediante una serie de vórtices de rápido movimiento, Elyani me transportó a un espacio completamente diferente de oscuridad visible. No era púrpura ni oscuro, sino que estaba iluminado con una brillante luz blanca.

— Éste es el espacio astral de un hermoso lago en las Tierras de Perentie. Una tirtha habitada por la presencia del águila Blanca. Un famoso lugar de peregrinaje en las regiones del norte.

La luz era magníficamente cálida, la misma calidez que hacía a Gervin y a Lehrmon tan especiales. Esto me hizo reflexionar. ¿Quiénes eran las águilas Blancas exactamente? Lehrmon había dicho que estaban tan despiertas que él mismo las encontraba inquietantes algunas veces. ¿Cómo sería alguien inquietantemente despierto?

Cuando volví en mí en la sala de despegue, miré en derredor en busca de Doña Elyani pero, como era ya habitual, las únicas personas que había en la habitación eran los dos sacerdotes de los salones de sanación.

Contemplé el pulso lento de la luminiscencia malva del plass.

“Cuánto conocimiento deben guardar estas *paredes vivientes*“, pensé.

5.6 ¡Durmiente, despierta!

Una vez al año, la *Más Antigua y Legítima de las órdenes* celebraba una ceremonia llamada *la noche de la trasmisión de la Ley*. Atañía por igual a novicios y jóvenes sacerdotes y a los sacerdotes de mayor rango y más respetados Maestros de la Ley. Al atardecer, los Mayores formaban una procesión y caminaban hasta el Sagrado río Fontelayana, iluminados por antorchas. Allí daban un pequeño paseo

5 – El libro de los misterios de Eisraim

en bote por el río. Tres horas más tarde, los jóvenes sacerdotes formaban otra procesión, esta vez sin antorchas. Caminaban hasta los pontones de la orilla del río y esperaban a que los Mayores les dieran las antorchas.

A pesar del hecho de que la ceremonia tenía lugar en la Luna Nueva, no tuvimos dificultades para encontrar el camino. El sendero que llevaba del templo al río era uno de aquellos que brillaban en la noche, gracias a una clase particular de campo muy utilizado en el reino. Se llamaban *los caminos de la rectitud de la Ley* pues siguiendo su brillo astral en el suelo, uno nunca se desviaba del camino.

Juntamente con mis jóvenes hermanos de la Túnica Rosada, había sido invitado a participar. Tras officiar rituales durante todo el día, seguimos la procesión y caminamos hasta el río con aproximadamente cien sacerdotes de otras órdenes.

Cuando llegamos al agua, nos quedamos de pie sobre los pontones, esperando la llegada de los botes en silencio. Pasaron tres horas, como era acostumbrado en cualquier legítima función. Pero aquella noche las nieblas eran particularmente espesas y pasaron otras tres horas hasta que llegaron los botes.

Cuando vimos los primeros destellos de las antorchas, todos alabamos a Nuestro Señor Melquisedec y empezamos a recitar el himno del Nacimiento de la Luz. En el espacio de pocos minutos, las nieblas estaban iluminadas con un brillo rojizo de al menos tres docenas de botes. Una visión de lo más legítima e inspiradora.

Yo estaba de pie en un pequeño pontón con un grupo de amigos. Cuando el primer bote llegó hasta donde estábamos, aplaudimos con gozo. Otros amigos se unieron a nosotros, *legítima y medianamente* ansiosos por recibir una antorcha de uno de los Mayores.

Pero el pontón estaba tan abarrotado que empezó a desestabilizarse. Justamente cuando se aproximaba el primer bote, dos jóvenes sacerdotes de la Túnica Rosada perdieron el equilibrio y cayeron al agua.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

En el neblinoso resplandor naranja, mis amigos y yo miramos consternados hacia los dos muchachos.

Si alguno de nosotros les hubiese echado una mano, no hubiese sido difícil alzarlos de nuevo hasta el pontón. Pero ninguno pensó en esta posibilidad. Enfrentados con esta situación tan inusual, simplemente observamos en silencio.

El bote se aproximaba deprisa. Uno de los portadores de las antorchas del bote clamó:

— *¡Por el amor de Nuestro Señor Melquisedec, haced algo!*

Lo miramos desconcertados, preguntándonos qué podía querer que hiciésemos.

— ¡Haced algo! —nos gritó el hombre.

Nos quedamos en blanco.

El bote no pudo detenerse a tiempo. En cuestión de segundos, golpeó el pontón, aplastando a uno de los muchachos con un feo chirrido.

Nadie gritó. Simplemente observamos la escena, totalmente ausentes.

Dos de los sacerdotes de mayor rango que venían en el bote, saltaron al agua y rescataron al segundo muchacho. Pero el que había sido golpeado por el bote había desaparecido. Nadie lo pudo encontrar. Se sucedieron momentos de gran confusión, la gente gritaba lo sucedido de un bote a otro y los sacerdotes de seguridad corrían hacia nuestro pontón.

El Maestro Gervin, que venía en otro bote, llegó pronto al escenario.

— ¡Szar! ¿Estás bien?

— *¡Toda la gloria sea para nuestro señor Melquisedec!* —respondí con voz ausente.

— ¡Ven! ¡Sal de ese pontón, rápido!

Le seguí mecánicamente, apenas consciente de la muchedumbre agitada que nos rodeaba.

La ceremonia fue cancelada y todo el mundo caminó de vuelta al Templo en un legítimo sombrío y lúgubre estado.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

A la mañana siguiente, cuando me encontré con Gervin, me invitó a sentarme con él. Tras preguntar por mi salud, me preguntó cómo me sentía a causa de lo ocurrido en el río.

Cortésmente pinté una sonrisa de corderito y pronuncié un verso común de la Ley:

— *La Ley es mi refugio*, Maestro Gervin. Estoy bien.

Para mi completa estupefacción, Gervin se enfadó muchísimo.

— ¡No, no estás bien! —me gritó— ¡Inframundos e Inframundos Más Profundos! ¡*No* estás bien! ¡Y si realmente crees que la Ley es tu refugio, déjame decirte que estás muy equivocado! ¡Eres un completo soñador sin rumbo! ¡La Ley no es un refugio para los durmientes! —hizo una pausa, totalmente inmóvil y empezó a gritar de nuevo— ¡Ahora mismo podría haber grandes trabajos para ti! ¡Tareas importantes de las que depende la supervivencia de nuestro templo! Pero, ¡mírate! Ni siquiera eres capaz de no perderte en tu propio templo y necesitas que te digan qué decir cada vez que te encuentras con alguien de casta media o superior. Y cuando por casualidad dices algo, todo lo que haces es citar algún verso de la Ley como una marioneta. No tienes *ni* idea de por qué estás aquí o hacia dónde vas. Tus días y tus noches pasan una tras otra en una completa pérdida de Espíritu. Y por supuesto, tú ni siquiera ves dónde está el problema. Si ibas a permanecer siendo un durmiente, mejor te hubieses quedado en las Tierras de Sheringa con todos aquellos idiotas de color beige. No tenía sentido venir a Eisraim. Ya tengo suficientes marionetas de la Ley a mi alrededor, ¡muchas gracias!

Mirando hacia el techo, Gervin se golpeó el pecho con los puños.

— ¡Qué deshonra! ¡Deshonra! ¡Deshonra para esta tierra por haber engendrado tal generación de durmientes!

Entonces cerró los ojos y permaneció en silencio.

Sus palabras me dejaron mudo. Temblando. Extremadamente trastornado.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Lo más penoso era que no era capaz de ver nada esencialmente equivocado en mi comportamiento. Todas mis acciones estaban dictadas por la Ley. ¿Cómo podía haber algún problema en ello? Se estaban tambaleando mis cimientos más profundos. Peor aún, estaba recibiendo los gritos más aterradores del hombre que lo era todo para mí. Me dejó hecho trizas.

Y entonces sucedió lo inesperado. La concentración espiritual del Maestro Gervin hizo descender una presencia trascendental a la estancia aguamarina. Una energía de masivas proporciones.

Mi primera reacción fue rezar a la Madre de la Luz para que me ayudase a permanecer consciente porque no podía ni imaginar qué diría el Maestro Gervin si me desmayaba de nuevo.

Y por ello me esforcé en mantener mis ojos abiertos y mantenerme en mi cuerpo.

Cuando Gervin volvió a abrir los ojos, pude ver en ellos algo más brillante que un campo de estrellas. Empecé a sentir las mismas energías extrañas y sonidos sibilantes sobre mi cabeza, igual que cuando incrementó mi conciencia para ayudarme a triunfar en la Gran Competición de la ciudad de Sheringa. En un estado de conciencia límpida escuché su voz:

— *¡Durmiente, despierta!*

Sus labios no se movían y aun así su voz repetía:

— *¡Durmiente, despierta!*

Mucho más allá de mi cabeza, una parte de mi mismo que nunca antes había advertido le escuchó.

Mantuvimos contacto ocular largo tiempo, mientras fuertes movimientos de energía seguían sucediendo por encima de mi cabeza.

Durante casi una hora, me sentía como si un enorme cepillo estuviese moviéndose arriba y abajo sobre mi cabeza. Entonces, la presencia de las alturas se desvaneció y la estancia aguamarina volvió a su estado normal.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Gervin hizo una señal con la cabeza, indicando que nuestro encuentro había finalizado.

Mientras me acompañaba a la puerta de doce legítimos pies de altura, puso la mano en mi hombro y me dijo:

— Te veré mañana por la mañana.

Esto me reportó un alivio inmenso. “*¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec!*”, pensé caminando hacia el enclave de la *Más Antigua y Legítima de las órdenes*, “¡El Maestro Gervin todavía me habla!”

5.7 La fuente clara.

¡Toda la gloria sea para el Maestro! Esta tormenta marcó el inicio de una nueva fase. Despertar se convirtió en una obsesión. Al fin.

Era tan agradable como una puñalada en el corazón. Durante días pude escuchar los ecos de las duras palabras de Gervin resonando en mi cabeza. Me sentía estúpido y despreciable. Al mismo tiempo, me sentía inmensamente agradecido a la Madre de La Luz porque Gervin todavía me hablase y no había nada que desease más en este mundo que unirme a él en el espacio del despertar.

Pero, ¿por dónde empezar?

La única dirección tangible era el consejo de Lehrmon: “Si quieres que Gervin deje de comportarse contigo como hace con los durmientes, hazle preguntas”. “*Pongo a Nuestro Señor Melquisedec por testigo*”, me juré a mi mismo; “voy a hacerle una pregunta al Maestro Gervin”. ¿Pero qué pregunta? Tenía que ser una buena pregunta, porque la Ley decía: “*Bien termina lo que bien comienza*”. Detestaría insultar a Gervin o hacerle perder el tiempo con algo que fuese inútil. Quería que mi pregunta fuese una ofrenda digna de mi maestro. Pero, Inframundos e Inframundos Más Profundos, ¿qué podía preguntar? Mi mente estaba en blanco.

Cuanto más reflexionaba, menos capaz parecía de encontrar un hilo que me condujese a la pregunta correcta.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

No hubo clases aquel día. Los sacerdotes de la Túnica Rosada estaban de legítimo duelo por su joven amigo.

Mientras caminaba por las callejuelas del Templo en busca de inspiración, se me ocurrió que quizá Nuestro Señor Ganá podría ayudar. Y allá me fui, a sentarme frente su altar e invocar su nombre: — *“¡Ha Ganá! ¡Lobatchen Zerah!*

¡Hera Ganá! ¡Simayan ho Zerah!

Nama Ganá, Nama Ganá, Gana Gana Nam Nam“.

Me senté durante horas, en un estado de profunda contemplación.

Aun así la pregunta no apareció.

Utilizando la llama del altar y mi voz como ofrenda, oficié un largo ritual de fuego, rogando al dios por el despertar.

Cuando llegó la hora del almuerzo, no regresé al refectorio de la Túnica Rosada. Continué el ritual de fuego, con la determinación de pasar el día entero y también la noche si era necesario. Cada cierto tiempo detenía el ritual y escuchaba mi interior, esperando la respuesta del dios. Como no llegaba ninguna respuesta, volvía a iniciar el ritual. Y en la hora del crepúsculo, tuvo lugar el milagro.

De repente, ¡tuve una idea! Ya sabía qué preguntar a Gervin.

Me levanté y alabé intensamente a Nuestro Señor Ganá. Toqué los pies de la estatua en señal de reverencia y me incliné ante su yelmo dorado de la omnisciencia.

Regresé a las dependencias de la Túnica Rosada, sintiéndome extremadamente orgulloso y afortunado por la respuesta del dios a mis oraciones.

Paradójicamente, aquel fue el momento más feliz desde mi llegada al templo. Por supuesto, no podía mostrarlo. Era un día de luto.

Cuando llegué a los aposentos de Gervin, lo primero que dijo, tras alabar a Nuestro Señor y preguntar por mi salud, fue:

— *¿Tienes alguna pregunta para mí?*

¡Inframundo! ¿Cómo lo sabía? Si hubiese estado un poco más adelantado en mi entrenamiento, me hubiese echado a reír, lo cual

5 – El libro de los misterios de Eisraim

ciertamente hubiese hecho muy feliz a Gervin. Aquí estaba yo, intentando dar el primer paso para alejarme de los patrones altamente predecibles de la conducta de los durmientes y aquí estaba Gervin, ¡sabiendo de antemano que venía con una pregunta para él!

— Maestro Gervin, cuando un hombre no sabe lo que debe decir o hacer, pues la Ley no le ha enseñado sobre ese tema en particular o forma de actuar, ¿qué debe hacer?

Gervin escuchó con atención. Permaneció pensativo y en silencio durante un largo rato, como si hubiese preguntado algo muy profundo, algo que requiriese seria consideración. Verdaderamente, este encuentro marcó un giro dramático en nuestra relación. Lo último que Gervin quería aquel día era desanimarme echándose a reír, como haría después muy a menudo cuando le hacía preguntas.

— Esto —dijo—, es una pregunta muy importante —e hizo una pausa, retorciendo su barba pensativamente. Entonces contestó—: Cuando un hombre no sabe qué decisión tomar, debe escuchar a la fuente clara.

Gervin se detuvo y me miró con descarada provocación, obligándome a preguntar:

— ¿Qué es la fuente clara, Maestro Gervin?

Gervin sonrió, satisfecho por mi audaz paso adelante.

— La fuente clara —dijo—, es una fuente ilimitada de inspiración. Fluye siempre, para todos los hombres y mujeres, pero son pocos quienes saben cómo beber de sus aguas. E incluso entre aquellos que saben cómo, pocos son aquellos que recuerdan acudir a la fuente en situaciones críticas. Cuanto más se escucha a la fuente, más fácil resulta seguir su consejo. Pero si un hombre es lo suficientemente bobo como para desdeñar la sabiduría de la fuente, se convierte en sordo a su conocimiento. La fuente todavía está con él, pero no la escucha y por ello vaga en la oscuridad.

Yo estaba asombrado y maravillado ante la idea de que pudiese haber una fuente clara de sabiduría que estuviese siempre a mi alcance.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Para escuchar la fuente clara —continuó Gervin—, debes escuchar encima de tu cabeza. El flujo de la fuente clara baja de forma vertical, desde las alturas que hay sobre tu cabeza. Debes escuchar, ¡pero no esperes palabras! Pues en la mayoría de los casos la fuente clara no habla con palabras.

Esta última frase me dejó perplejo. ¿Cómo podía la fuente hablar sin palabras?

— A veces —dijo Gervin— puedes oír palabras y otras veces la fuente te hablará por medio de imágenes. Pero las palabras pueden ser malinterpretadas y las imágenes no siempre son fáciles de entender. Cuando sintonices en el flujo vertical de la fuente sobre tu cabeza, si mantienes una actitud abierta y receptiva sabrás qué hacer o decir. Pero recuerda que únicamente un corazón puro puede escuchar a la fuente clara. Aquellos que escuchan la fuente faltos de sinceridad acaban siempre entendiendo las cosas al revés.

Inmediatamente puse mi conciencia encima de la cabeza e intenté sintonizar con la fuente clara.

— Déjame ayudarte —dijo Gervin, activando la energía sobre mi cabeza de una forma concreta—, ¿puedes sentirlo? —me preguntó. Era milagroso. Podía sentir algo. No era el flujo de conocimiento todavía, pero definitivamente podía sentir algo.

Disfrutamos de una concentración silenciosa, entonces Gervin cogió una gran pera de un canasto y la puso en mi mano (había renunciado a su hábito de lanzarme frutas para que las interceptase en el aire).

él tomó otra y nos las comimos.

Fue un momento especial.

Aquella tarde, regresé al altar de Ganá y agradecí al dios el tesoro que había recibido de Gervin. Todo gracias a la pregunta de Nuestro Señor Ganá.

5.8 Identificando presencias y pidiendo acceso.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

En los días que siguieron, Gervin se marchó de viaje al Templo de las Planicies del Oeste (los monjes de la Túnica Marrón eran grandes viajeros). Todos mis esfuerzos se concentraban en recibir inspiración de la fuente clara. Tenía que encontrar nuevas preguntas antes de que él regresase.

Mientras tanto, la iniciación al viaje continuaba. Como Gervin había señalado, me sentía mucho más despierto cuando era guiado a través de las esferas por Doña Elyani. Y por ello debía esforzarme en hacerle preguntas a ella también, probablemente lo mejor que podía hacer con alguien inquietantemente despierto. De alguna manera resultaba intimidante, pero ¡Inframundo! ¿No había decidido yo mismo convertirme en alguien inquietantemente despierto? (significara lo que significase aquello).

Fue muy interesante descubrir que encontraba mucho más fácil hacer preguntas cuando estaba en el espacio.

— *Szar, viajero, te saludo en la cima del cuadrado.*

Despertando a la oscuridad visible, respondí a Doña Elyani:

— *La saludo en la cima del cuadrado.*

— Toma el vórtice a tu izquierda y continúa ascendiendo a través de los mundos intermedios hasta que llegues a la capa esmeralda.

Mientras seguía sus instrucciones, sintonicé con la fuente clara. ¿Qué era exactamente lo que resultaba inquietantemente despierto? ¿Era que siempre sabía qué dirección seguir?

Empecé a sentir que mis movimientos en el espacio eran obstaculizados.

— ¡Sigue moviéndote! —dijo Doña Elyani.

— ¡No puedo! —tuve que informar tras un rato—, puedo ir hacia atrás, pero no hacia delante.

— ¿Por qué no?

— Parece que hay algo bloqueando mi camino, como un velo invisible.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Intenta atravesarlo —persistió.

Era como golpear una pared.

— ¡Nada parece funcionar! Simplemente no puedo pasar a través de esto, sea lo que sea. ¿Debo volver? —pregunté.

— ¡Nunca! —respondió mi instructora ferozmente—. Busca una presencia.

Me habían informado sobre este importante asunto durante las sesiones de viaje de las últimas semanas. Cuando se encontraba una luz en el espacio, lo primero que se debía hacer era sintonizar con ella e intentar sentir su presencia. Esto conducía a identificar seres. Tan pronto como se percibían los seres, el paisaje astral cambiaba. En la oscuridad visible así como en otras capas, muchos seres eran percibidos primero en forma de luz o brillo de colores. Tal y como me explicó Elyani, la luz era la vestimenta del ser. Si uno sólo buscaba la luz y se olvidaba de sintonizar con la presencia, no encontraría al ser. Aunque todavía no sabía cómo comunicarme con aquellos seres, aprender a identificar sus presencias había transformado completamente mis experiencias de viaje. Me ayudó a reconocer una gran multiplicidad de fuerzas en el espacio que al principio había tachado de vacías. ¡Qué confuso había estado durante mis primeros vuelos, pensando que la oscuridad visible y otros mundos intermedios eran espacios deshabitados! En realidad estaban rebosantes de seres de varios tipos.

Sintonizando con el velo astral que bloqueaba mi camino, sentí inmediatamente una presencia.

— Identifica la presencia —me ordenó Elyani.

Apliqué una técnica por la cual mis símbolos ocultos, que en aquel momento eran los de Gervin, eran mostrados a la presencia y los símbolos de reconocimiento de la presencia aparecían frente a mí.

— Szar —continuó Elyani—, quiero que examines estos símbolos cuidadosamente. Este tipo particular de presencia se llama “vigilante” o guardián del umbral. Como su propio nombre indica, su función es

5 – El libro de los misterios de Eisraim

proteger el acceso a un área particular del espacio.

— ¿Por qué querría un guardián mantenerme fuera de este espacio?
—pregunté.

— En muchos casos, el vigilante *no* te impedirá pasar, pero debes abordarlo de una forma particular. Técnicamente esto se llama “pedir acceso”. Cada vez que te encuentres con un guardián del umbral, debes dirigirte a él o a ella y formular tu petición de la siguiente manera: primero, dices tu nombre, después, el nombre de tu maestro espiritual y tu linaje espiritual, luego pides que te permitan acceder. De igual forma tú debes permitir que el guardián acceda a tus símbolos de reconocimiento astral.

Elyani me dio más detalles, tras los cuales me giré hacia la presencia del guardián y le dije:

— Szar, discípulo del Maestro Gervin de la Túnica Marrón, del Templo de Eisraim.

El velo desapareció. Me encontré en un espacio de exaltada luz esmeralda repleto de presencias. “¿Cómo ha podido ser tan fácil?” me pregunté, volando sin esfuerzo a través del espacio; “hace un segundo estaba completamente inmovilizado”.

— Es lo que tienen los guardianes —respondió Elyani, leyendo mis pensamientos—, si no hubieses pedido acceso, podías haber permanecido allí durante cientos de años. No hubiera sucedido nada.

— Suena tan mágico —exclamé ingenuamente, olvidando que mi instructora era una experta sacerdotisa del águila Blanca, una de las órdenes más mágicas del Reino.

— ¡De hecho lo es, Szar-ka! —se rió—, pero al mismo tiempo no es nada más que llamar a la puerta. Incluso en la casa de las personas más acogedoras, te dejarían en la puerta si se te olvida llamar.

— ¿Siempre funciona? —pregunté, deseando que el Maestro Gervin me hubiera visto, preguntando todas aquellas preguntas relevantes. Me estaba empezando a dar cuenta de que Doña Elyani, como Gervin, me hablaban de forma diferente cuando hacía preguntas. En vez de

5 – El libro de los misterios de Eisraim

limitarse a darme cortas instrucciones, se volvía mucho más habladora.

— ¡Oh, no! Ciertamente no funciona en todas ocasiones —respondió—, hay muchos lugares donde los guardias te denegarán el acceso. Depende de a qué puerta estás llamando. Hay miríadas de mundos para los cuales se concede el acceso fácilmente. Y hay incluso muchos más mundos en los cuales es muy difícil entrar. Cuanto más asciendes, más difícil es. Pero en el fondo, depende sobre todo de quién eres. El Maestro Gervin tiene acceso a casi todas las capas que se pueden encontrar en la creación.

Todavía formulé otra pregunta:

— ¿Cómo sabe el guardián quién soy?

— ¡Esto es lo que hace un guardián, Szar! Los guardianes pueden sintonizar contigo y saber inmediatamente qué tipo de persona eres. En muchos casos, si no te admiten es simplemente para protegerte, pues podrías no ser capaz de aguantar la intensidad de su espacio. Algunos espacios son como un fuego ardiente. Los mortales estallarían en pequeños pedacitos si pudieran acceder a ellos. En otros lugares, el acceso es denegado porque el espacio contiene poderes que no serías capaz de utilizar correctamente por falta de sabiduría y conocimientos. Aquel día me sentía imparable.

— O sea que hay muchos umbrales protegidos, ¿verdad? —pregunté.

— Hay umbrales en todas partes. Tan pronto como empiezas a reconocerlos, tus experiencias de viaje se vuelven mucho más variadas. Consigues ser capaz de entrar en todo tipo de capas y mundos. Pero los guardianes no siempre te pedirán que te identifiques antes de dejarte pasar sus umbrales.

— ¿Significa esto que ya he pasado por alguna frontera protegida sin darme cuenta? —reflexioné.

— ¡Por supuesto! Miles de ellas. Aun así, cuando te encuentras con un guardián siempre es preferible sintonizar y pedir acceso de la forma adecuada. Cuando los guardianes te dejan entrar formalmente, te dejan

5 – El libro de los misterios de Eisraim

ver mucho más de su mundo. Si entras sin la bendición del guardián, corres el riesgo de moverte a través de lo que te parecerá un espacio vacío, cuando en realidad está lleno de fuerzas y seres. *Si no entras por la puerta adecuada, puedes pasar y no ver nada.* Por ello, cuando aterrices en una nueva capa, lo primero que debes hacer es buscar al guardián y pedir acceso.

Todo esto era tan iluminador. Hubiera deseado haber pensado en preguntarle todo aquello mucho antes.

Pasé el resto de la sesión buscando a los guardianes. Funcionó como un hechizo. Cada vez que pedía acceso formalmente, empezaba a ver inmediatamente muchas más luces y sentía muchas más presencias en el espacio.

— ¡Esto es magia! —exclamé.

Elyani se echó a reír. Parecía disfrutar mucho más de las sesiones cuando le hacía preguntas y esto me llevó a pensar que si quería convertirme en alguien inquietantemente despierto, tenía que empezar a gustarme que me hiciesen preguntas.

Más tarde, cuando volví en mí, me senté en el sarcófago. Como era habitual, la cubierta había sido retirada. Tímidamente miré a mi alrededor, por si acaso mi instructora estaba todavía en la habitación. Como era habitual, no estaba.

Sonreí a los dos sacerdotes de los salones de sanación.

Me devolvieron la sonrisa, legítimamente correctos.

Encontré vacía su sonrisa.

Legítimamente pacientes, esperaron a que saliese del sarcófago y me escoltaron de vuelta a las capillas de los sacerdotes de la Túnica Rosada.

5.9 La fuente clara conoce el corazón de la Ley.

— ¿Qué te ha estado diciendo la fuente clara últimamente? —ésta fue la primera pregunta de Gervin al volver de las Tierras de las Planicies del Oeste.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Le hice la pregunta que había preparado cuidadosamente para la ocasión (con la ayuda de Nuestro Señor Ganá).

— Para mí es una gran dificultad no tener claro qué es lo que se supone que tengo que lograr. La fuente me sugirió al respecto que si pudiese descubrir la diferencia entre gente durmiente y gente despierta, conseguiría una gran iluminación. Y una manera de hacer esto sería observarlos a Lehrmon y a usted, para después compararlos con otras gentes.

La sonrisa de Gervin me hizo sentir un gran alivio. Desde que me había gritado, me había vuelto infinitamente más cauto a la hora de hablar con él, asegurándome de que decía lo que quería decir en vez de citar legítimas perogrulladas.

— ¿Y qué dirías que es diferente en Lehrmon y en mí? —preguntó Gervin.

Compartí con él las conclusiones de tres semanas de intensa búsqueda.

— Ustedes se ríen mucho... —empecé.

Esto hizo que Gervin estallase en sonoras carcajadas. Al instante hubo magia en el aire, la misma calidez que había sentido cuando Lehrmon y él estaban juntos.

— Szar-ka —exclamó—, deja que estas palabras sean recordadas. Son la mejor manera en que puedes definir a los iniciados de mi linaje, ¡se ríen mucho! Continúa, ¿qué más has averiguado?

— Hablan más rápido que la gente normal —dije.

Gervin volvió a reír; entonces me miró con una de sus serias e intensas miradas.

— Esto —dijo —, es sólo correcto en parte —entonces cambió el tono de su voz, hablando exageradamente despacio y de forma monótona—; la verdad sobre este asunto es que los durmientes hablan m-u-y, m-u-y, m-u-y des-pa-cio, lo cu-ál es m-u-y a-ma-ble p-o-r su par-te, por-que te da mu-cho tiem-po pa-ra en-ten-der qué di-cen.

¡Inframundos Más Profundos! Mientras hablaba, pude reconocer la entonación de muchas de las personas que conocía. Me hizo

5 – El libro de los misterios de Eisraim

estremecer.

Había preparado cuidadosamente otra pregunta:

— ¿Me daría usted más pistas, Maestro Gervin?

— ¡Ciertamente! —atusó su barba en actitud pensativa—. Los durmientes raramente intentan hacer algo nuevo. Saben cómo llevar a cabo sus tareas, tal y como lo indica la Ley de su casta, pero nunca se aventurarán en territorio desconocido. Repiten hasta el final de sus días aquello que les ha sido enseñado. Y nunca intentan hacer aquello que no les ha sido enseñado. Y de este modo nunca se esfuerzan por nada. Para dejar de ser un durmiente, tienes que esforzarte por despertar. Pero en realidad, esforzarte por *cualquier* cosa te acercará al despertar.

Por un lado, lo que me decía tenía mucho sentido. Pero por otro lado, todo aquello resultaba completamente irreconciliable con mi comprensión de la Ley. La idea de que un hombre pudiese necesitar algo más que lo que la Ley prescribía para él era muy chocante, por decir poco.

Notando mi confusión, Gervin aclaró:

— Hay cosas más elevadas en la Ley, Szar.

Sintonizando con la fuente clara, me esforcé al máximo por seguirlo.

— La ley tiene muchas caras, pero los hombres no las conocen todas. Muchos entendidos no son más que *loros de la Ley*, como la misma Ley los llama. Has oído antes esta expresión, ¿verdad?

Asentí.

— Está extraída del libro de Maveron, una parte de la Ley extremadamente iluminada que es apreciada en particular por los sacerdotes de mi linaje. Los *loros de la Ley* son la gente que sólo sabe repetir versos de memoria. A menudo, *por seguir las palabras de la Ley, traicionan Su espíritu*. El libro de Maveron también dice: “*¡Durmiente, despierta! Cambia tus costumbres, ¡ábrete a la luz de Nuestro Señor!*” y “*Fieles al corazón de la Ley, tendréis que alejaros de las sendas más transitadas*”.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

¡Dulce Señor Melquisedec! ¿Era esto parte de la Ley? Nunca antes había escuchado ni de lejos algo tan osado como esto. Si no hubiese venido del Maestro Gervin, un respetable doctor de la Ley, lo hubiese llamado sacrilegio.

Cuando Gervin comprobó lo horrorizado que estaba, se echó a reír. Entonces me preguntó:

— Cuando estabas en Sheringa, ¿tuviste alguna vez clases de política?

— Sí, Maestro Gervin —suspiré, recordando lo dolorosas que fueron.

— Entonces debes saber que una de las bellezas de la Ley consiste en que siempre puedes encontrar un verso que justifique lo que quieres hacer. Si has observado a los políticos cuando se entregan a este arte infame, debes saber que las palabras de la Ley pueden ser manipuladas de manera que traicionan Su espíritu.

¿Cómo podía un doctor de la Ley decir cosas como aquella? Por supuesto que había notado que había algo perverso en los políticos. Pero sugerir que su arte era un alejamiento de la Ley era... ¡ilegítimo! ¡Suficiente para que te metiesen en la cárcel! Es más, implicaba que yo mismo había trasgredido la Ley por atender a clases de Política. El solo pensamiento de que pudiera haber trasgredido la Ley me dejaba completamente anonadado.

Gervin me dio un minuto para recobrar el ánimo.

— La Ley es inmensa, como un océano —continuó— y así como un océano está hecho únicamente de la misma agua en toda su extensión, sólo hay una esencia de la Ley.

Esto lo podía entender. Yo sabía que la esencia o el corazón de la Ley era la presencia de Nuestro Señor Melquisedec.

— Sin embargo, para conocer la esencia de la Ley, debes despertar. Si en vez de aplicar las palabras de la Ley como loros, la gente se esforzase por conocer su esencia, entonces despertarían. *Pero no escuchan y el tiempo pasa, mucho más rápido de lo que piensan.* Todo lo que pude hacer fue recordar estas palabras de memoria, con la esperanza de entender algún día su significado. Parecía existir una

5 – El libro de los misterios de Eisraim

gran distancia entre Gervin y yo mismo. ¿Sería capaz de recorrer esta distancia y comprender sus pensamientos?

Lleno de compasión, Gervin continuó ofreciéndome instrucciones que pudiese entender y asimilar.

— Szar —dijo—, quiero que encuentres cosas que te parezcan difíciles. Y quiero que te esfuerces duramente en conseguirlas. No importa lo que sean. Lo importante es que te esfuerces duramente —mirándome a lo más profundo de mis ojos y utilizando un tono casi en el umbral de La Voz, repitió—: ¡Esfuézate duramente!

— Deja que te explique una cosa —continuó—, la única manera que conocen los durmientes de conducir su vida es siguiendo rutinas. La mayoría de la gente del Reino repite exactamente las mismas actividades todos los días, desde el ritual de su catorce cumpleaños hasta el momento de su partida hacia el Gran Viaje. Si quieres convertirte en un Despierto, debes aprender *cómo tomar al sueño por sorpresa*, otra expresión del libro de Maveron. Tomar al sueño por sorpresa quiere decir hacer algo inesperado. Algo que nadie, incluido tú mismo, sepa que estás a punto de hacer. Los durmientes son desesperadamente predecibles. Uno siempre sabe de antemano qué van a decir o hacer. Mientras que si sigues la fuente clara, harás cosas que nadie pueda predecir. Y te digo más, estas cosas serán legítimas en mayor grado, pues *la fuente clara conoce el corazón de la Ley*. Dejándote guiar por la fuente clara en vez de por los versos que conoces de memoria, empezarás a cumplir el corazón de la Ley. Percibiendo que no podría interiorizar nada más, Gervin anunció el final de nuestro encuentro.

Mientras caminaba de vuelta a las dependencias de los novicios de la Túnica Rosada, me sentía completamente abrumado y, una vez más, hecho trizas. De nuevo, Gervin había hecho que se tambaleasen los cimientos de mi universo.

El dolor de mi pecho era tan horrible que rompí en llanto.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Desde mi más tierna infancia, había basado mi seguridad, como todos los atlantes, en la perfección que veía en la Ley. Todo hombre conocía su lugar en el Reino. Para cumplir sus quehaceres diarios, lo único que debía hacer era seguir el ejemplo de su padre y dejarse guiar por los versos de la Ley. *No existían la duda ni la indecisión* y nadie tenía que preocuparse por la posibilidad de equivocarse en sus elecciones. Esto convertía al mundo en algo extraordinariamente seguro y perfecto. Una danza magnífica en la cual cada movimiento estaba minuciosamente planificado.

¿Era posible que esta perfección fuese realmente una danza de durmientes? “¿Puede ser realmente que estén todos dormidos?” me pregunté mientras cenaba con mis compañeros aprendices de la Túnica Rosada; “¡Es imposible!”

Sin embargo, por primera vez, mirando a mi alrededor vi un grupo de jóvenes que ponían mecánicamente la comida en su boca. Se movían despacio y no hablaban apenas. Y cuando hablaban, todo lo que hacían era repetir un verso de la Ley.

Gervin tenía razón, todo era muy predecible.

Desde la fuente clara, se me ocurrió que aquella escena del comedor se había repetido exactamente día tras día, año tras año. Y, seguramente, generación tras generación.

Pero, ¿y qué? ¿No era aquello lo que pretendía la perfección de la Ley?

Dos sacerdotes empezaron a charlar:

— Motser, mi amigo en la Ley, ¿cómo estás hoy?

— *¡Toda la gloria para Nuestro Señor Melquisedec! Ram, mi amigo en la Ley, estoy francamente bien. ¿Y tú?*

— *Francamente bien, Motser, ¡gracias al Buen Señor Melquisedec! ¿Y cómo están tus padres?*

— *Están bien, por la gracia de Nuestro Señor Melquisedec. ¿Y cómo están tus padres, mi amigo en la Ley?*

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Sonaba tan parecido a la caricatura de Gervin de los durmientes que hablaban m-u-y m-u-y des-pa-cio que resultaba aterrador. Especialmente porque yo me comportaba exactamente del mismo modo.

Más que dolorido, la experiencia me dejó completamente abatido.

Los pensamientos empezaron a perseguirme: “¡Dormidos, estamos todos dormidos, incluyéndome a mí!” La aldea en la que había vivido durante mi infancia, la escuela en la que me había educado, todos los lugares que había visitado, cualquiera de los recuerdos que me venían a la memoria estaban repletos de gente durmiente, moviéndose como marionetas.

5.10 Las masas informes y las raíces de la Ley.

En los días siguientes, me esforcé duramente por encontrar algo que pudiera hacer para tomar al sueño por sorpresa.

Una tarde, mientras me sentía de nuevo abrumado por la visión de la escena del comedor, una profunda tormenta se desató en mi interior: “Tengo que encontrar la manera de seguir las instrucciones del Maestro Gervin”. Y acudí a la fuente clara con tal entereza de alma que la respuesta me llegó de inmediato.

Siguiendo el impulso, quizá por primera vez en mi vida, hice algo completamente imprevisible e impredecible.

Fue repentino y rápido. Alcé mi plato de sopa y lo dejé caer en la mesa, prorrumpiendo en sonoras carcajadas. No era una risa gozosa. Mi corazón estaba roto.

Un silencio mortal inundó la sala.

Algunas caras se giraron hacia mí, mirándome vagamente, dándose apenas cuenta de la legítima sopa que empapaba mi túnica rosada.

Tras unos segundos, todo volvió a la normalidad. Las mismas rutinas. Las mismas voces. El mismo legítimo parloteo.

Comprendí que *estaban* todos dormidos.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Me sentí confundido, irritado, roto. Algo extremadamente profundo se rompía en mi interior. No es que me sintiese como si me estuviera muriendo. ¡*Estaba* muriendo realmente! Mi mundo se resquebrajaba. Me levanté y fui directamente a la capilla de Nuestro Señor Ganá... y lloré.

Cuando volví a encontrarme con Gervin, le expresé mi confusión:

— Maestro Gervin, estoy *terriblemente* confuso.

— Lo prefiero —sonrió Gervin—, por lo menos estás algo.

Me sentía demasiado abrumado como para intentar entender qué quería decir, por eso continué:

— *He cumplido la ley todos los días de mi vida. He hecho todo lo que la Ley me indicaba. No puede ser que haya algo equivocado en la Ley. Entonces, ¿cómo puedo ser un durmiente si hago todas las cosas correctas de la Ley?*

Una profunda expresión apareció en el semblante de Gervin. Si no hubiese estado tan deprimido, me hubiese sentido lleno de éxtasis. Había encontrado una pregunta que significaba algo para mí maestro. — Szar, ¿de dónde viene la Ley?—preguntó tras un momento de concentración silenciosa.

Me tomé unos segundos para deliberar y decidí que el modo adecuado de responder a esta pregunta era recitar unos versos de la Ley cuidadosamente escogidos.

“Hace mucho tiempo. Cuando el agua y el fuego cubrían la superficie de la Tierra,

Cuando la Tierra era lozana y los hombres jóvenes,

Cuando el Océano único rebosaba con las semillas de todas las criaturas,

El Señor Melquisedec entregó la Ley a los dioses,

Quienes a su vez la entregaron a los Mayores,

Quienes a su vez la entregaron a los hombres“.

— *Es justo y necesario, ¡mi joven doctor en la Ley!* —Gervin me regaló una sonrisa que transmitía toda la calidez de aquellos hermosos

5 – El libro de los misterios de Eisraim

versos—. Dime, Szar, ¿has oído hablar alguna vez de las masas informes?

Las masas informes eran una rareza a veces mencionada por los narradores de historias. Nunca descubrí si eran reales o no.

— ¿Existen realmente? —pregunté.

— ¡Por supuesto que sí! Los he visto con mis legítimos ojos.

Esto despertó algo en mí tan próximo a la curiosidad como un joven atlante podía estar. Gervin continuó:

— Viven en las cálidas playas del mar distante. Pequeñas gentes de pieles oscuras y caras diminutas y redondas. Sus cuerpos son blandos, sin huesos propiamente dichos. No hablan, pero a veces emiten extraños sonidos. Suelen tumbarse y dormir todo el día, abrazándose, excepto cuando copulan o gatean por la arena para recoger medusas, que después ingieren crudas. Expulsan heces y orina sin siquiera darse cuenta. Algunas veces las olas llegan hasta ellos y lavan sus cuerpos.

— ¿Nunca hacen nada más? —pregunté.

— ¡Nun—ca! —Gervin imitó mi asombro mirándome con los ojos abiertos como platos—. Excepto cuando una de sus hembras da a luz.

— ¿Usted lo ha presenciado? —pregunté.

— ¡Pues sí! —respondió—. El bebé simplemente cayó poco a poco en la arena y la mujer ni siquiera se dio cuenta.

Me quedé completamente sin habla.

Gervin alzó la voz.

— Szar, hubo un tiempo en que ¡todos los hombres eran masas informes! *Cuando la tierra era lozana, tus ancestros y los míos y los de todos los reyes del Reino*, eran masas informes. ¿Y sabes qué les hizo cambiar gradualmente y convertirse en personas como tú y como yo? Fue la Ley, Szar, la Ley que el Buen Señor Melquisedec envió a los seres humanos por medio de los Mayores.

Por lo menos esto lo podía comprender. Gervin continuó:

— Gracias a la Ley, cada hombre encontró una tarea y un lugar en el mundo. Tenía que ser muy simple y evitar cualquier ambigüedad, pues

5 – El libro de los misterios de Eisraim

las masas informes y sus vástagos eran incapaces de tomar decisiones por sí mismos.

No sabían nada de nada, ni siquiera cómo sostenerse sobre sus dos pies. La Ley les enseñó todo. Y como siguieron la Ley y recitaron sus versos constantemente, el Espíritu de Melquisedec empezó a correr por sus venas y pudieron ascender de su sueño profundo a un sueño más ligero. Y bien Szar, dime: *¿Cuántas Leyes existen?*

A esta pregunta tradicional, que pertenecía al Más Antiguo y Sagrado Cuerpo de la Ley, respondí recitando:

— *Sólo hay una Ley, así es, así ha sido siempre y por siempre será.*

Al igual que sólo hay un Dios, así es, así ha sido siempre y por siempre será.

¡Gloria a Nuestro Señor Melquisedec!

— *¡Es justo y necesario!* Pero dime entonces, Szar, ¿piensas que tus necesidades son las mismas que las de las masas informes? Y si el Buen Señor Melquisedec quisiera hablarte, ¿Piensas que lo haría de la misma forma que si estuviese hablando con las masas informes?

— No —dije—. Las masas informes eran muy diferentes. No podían hablar siquiera. Tendría que existir una manera diferente para ellos y otra para mí.

— Y sin embargo —continuó Gervin—, *sólo hay una ley, que es la Palabra y la Voz de Nuestro Señor Melquisedec*

Allí estaba yo, atrapado de nuevo en la agonía de la perplejidad.

— La Ley —explicó Gervin— es como un gran mercado. Todos llegan y escogen según su necesidad. Recuerda cuando ibas al mercado de niño. ¿Qué es lo que más te interesaba?

— ¡Las manzanas con miel! —contesté sin dilación.

— Y ahora —prosiguió Gervin—, ¿aún buscas manzanas con miel cuando vas al mercado?

— No —dije—, hace años que ni siquiera pienso en ellas.

La fuente clara fluía, y surgió una pregunta:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Gervin, ¿quiere usted decir que hay partes de la Ley para niños y otras para adultos?

Gervin dio una palmada en el aire.

— ¡Precisamente! Pero hay mucho más —se detuvo, manteniendo contacto visual con la pared viviente aguamarina—. Ha transcurrido mucho tiempo, pero los hombres no han crecido. Aún acuden a la Ley como niños pequeños. La Ley que ellos piensan que es la Ley, no es la Ley real. Recuerda las palabras del libro de Maveron, Szar: “*Los loros de la Ley son fieles a las palabras, pero traicionan Su corazón y así los invade una gran oscuridad*”.

Todo esto empezaba a tener sentido para mí y quería saber más.

— ¿Qué pueden hacer los hombres para acudir a la Ley como gente adulta y no como niños? ¿Qué es lo que están haciendo mal?

— Utilizan las palabras de la Ley para reconfortarse en su sueño. Ceñirse al pie de la letra ciegamente estuvo bien para los primeros vástagos de las masas informes, que sólo podían ser durmientes. Pero no es la Voluntad de nuestro Señor Melquisedec que los hombres duerman para siempre. El tiempo ha transcurrido, pero los hombres no han cambiado. Si siguen comportándose como durmientes, se verán abocados a un doloroso despertar. Y sucederá mucho más rápido de lo que piensan. Pues creen equivocadamente que *la Ley es su refugio*. Se han alejado del corazón de la Ley. La Ley no los protegerá durante mucho más tiempo.

Comprendí que el Maestro Gervin se refería a sus aterradoras profecías de caos y hecatombe, hablaba nada menos de la destrucción completa del Reino.

Me sentía sostenido por la mente despierta de Gervin como me sucedía con la presencia de Elyani durante las sesiones de viaje.

— ¿Quiere decir que cuando nuestros ancestros cumplían la Ley estaban sintiendo el corazón de Melquisedec, pero que cuando la gente repite los usos y maneras de sus ancestros, se separan del corazón de la Ley, aunque estén haciendo exactamente lo mismo?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— *¡Es justo y necesario!* —respondió Gervin con gravedad—. Para nuestros ancestros, seguir la Ley requería coraje. Emergían de la nada y, para ellos, las rutinas prescritas por la Ley eran la iluminación. A través de la repetición continua de las ordenanzas de la Ley, se convirtieron en campesinos, zapateros, plasseros, sacerdotes, maridos y esposas, mientras que sus antecesores no habían sido más que apacibles masas informes revolcándose en playas de arenas doradas. Pasaron del más profundo sueño a ser durmientes en la Ley y con esto dieron un extraordinario paso adelante. Ha llegado la hora de dar otro paso adelante hacia la iluminación, pero la gran tragedia de nuestro tiempo es que los hombres usan la Ley para enmascarar su sueño.

— ¿Y cómo puedo saber qué es lo que quiere la Ley de mí? —pregunté.

Gervin respondió citando el Libro de Maveron:

— *La fuente clara conoce el corazón de la Ley.*

Se hizo un gran silencio durante el cual Gervin y yo mantuvimos fija la mirada.

Entonces cambió de tema:

— Dentro de tres semanas se celebrará una ceremonia de fuego muy especial en la Sala Segunda de Melquisedec. Tomaré parte en ella. Tras la ceremonia habrá una gran recepción en el enclave de los Sumos Sacerdotes al que acudirán algunas de las personas más sabias del Templo. ¿Querrías acompañarme?

Me quedé con la boca abierta, repleto de dicha.

Mientras regresaba a las dependencias de la Túnica Rosada, recordé que fue gracias a haber empezado a hacer preguntas por lo que el Maestro Gervin me había invitado a la recepción. Lehrmon tenía razón. Gervin se comportaba ahora conmigo de manera totalmente distinta. Y nuestros encuentros se prolongaban mucho más que antes. ¡Incluso deseé que el Maestro Gervin me hubiese gritado mucho antes! Y la sabiduría de la fuente clara sugirió que quizá debiera pedirle que me gritase con más frecuencia. Tras una larga reflexión decidí en

5 – El libro de los misterios de Eisraim

contra de la sugerencia.

Había llegado la hora legítima de la cena. La idea de encontrarme de nuevo en el mismo comedor durmiente aniquiló mi apetito. En lugar de cenar, fui a la capilla de Nuestro Señor Ganá y recé.

— ¡Ruego tu ayuda, mi Señor Ganá! El Maestro Gervin quiere que luche por cosas y que intente con todas mis fuerzas conseguirlas, ¡pero ni siquiera sé por qué luchar! ¿Cómo podré nunca despertar?

¡Ha, Ganá! ¡Lobatchen Zerah! ¡Hera, Ganá! ¡Simayan ho Zerah!

Permanecí frente al altar hasta muy tarde, intentando desesperadamente encontrar algo por lo que pudiese luchar. La respuesta me llegó cuando caminaba de vuelta al dormitorio de la Túnica Rosada: “No me desmayaré durante la recepción con el Maestro Gervin”, decidí. Y durante los días siguientes invoqué a la Madre de la Luz siete veces al día, también a Nuestro Señor Ganá y a todos los dioses que los sacerdotes de la Túnica Marrón honraban en sus rituales: “Por favor, otorgadme la fuerza que necesito para no desmayarme durante la ceremonia”.

Tristes fueron aquellos días. Cuanto más observaba a mis amigos de la Túnica Rosada, más me daba cuenta de lo dormidos que estaban. Incluso entre los maestros de la Túnica Rosada, el único que se parecía algo a Gervin y Lehrmon era Prates. El resto hablaban m—u—y des—pa—cio y siempre citando predecibles versos de la Ley. Y a pesar de que eran bastante amigables, la calidez no formaba parte de su mundo.

¿Mi mundo?

Me sentía completamente frustrado. Si incluso los maestros estaban dormidos, ¿cómo no iba yo a ser un durmiente al final del entrenamiento de la Túnica Rosada? ¡Y sólo había cursado cuatro años y medio de los dieciséis que duraba la formación completa!

Gracias a la Madre de la Luz existía Nuestro Señor Ganá. Si sentía demasiado frío, me iba a verlo al enclave de los treinta y tres dioses victoriosos. Contemplaba la bella luz de su altar y dejaba que me

5 – El libro de los misterios de Eisraim

calentase un poco, rezando por el despertar. Y lloraba, esperando que esta pesadilla pronto acabase.

5.11 La fruta Blanca.

La ceremonia a la que Gervin me había invitado fue magnífica.

Los himnos eran los mismos que cantábamos en la capilla de la Túnica Rosada pero por medio del poder de la Voz y la dimensión espiritual de los sacerdotes, resultaban mucho más vitales. Lograron el descenso de una presencia de cualidades formidables en la sala. Acudieron más de cien de los más experimentados sacerdotes y sacerdotisas de Eisraim y la sala vibraba con el corazón de la Ley.

Pero cuando finalizaron los cánticos, pude comprobar con gran consternación que había olvidado esforzarme por no desmayarme; “¡Cómo he podido ser tan durmiente!”, pensé y di las gracias a la Madre de la Luz por haberme mantenido consciente.

La gente formó pequeños grupos y caminaron a la sala de recepción en el enclave del Sumo Sacerdote, donde nos esperaba un refrigerio. La atmósfera estaba repleta de gozo y animación.

Llegué a la recepción acompañado por el Maestro Gervin y uno de sus amigos, el maestro Esrevin de la Túnica Marrón, que había venido del templo de Lasseera. Era un hombre fornido de mediana estatura que rondaba los sesenta y tantos, de ojos negros y penetrantes y corto pelo blanco. Y como todos los miembros de la Túnica Marrón, tenía barba. Era muy amigable y continuamente me llamaba *querido amigo en la Ley*, felicitándome por lo mucho que había cambiado desde la última vez que nos habíamos visto (en aquella ocasión, dos años atrás, me había desmayado diez minutos después del inicio de la ceremonia a la que asistimos juntos). Al igual que Gervin, hablaba rápidamente, diciendo cosas extrañas y haciendo bromas que yo no entendía, se reía muchísimo e irradiaba una hermosa calidez, aquella calidez de la que carecían dolorosamente los durmientes y que yo estaba empezando a disfrutar más que nada en el Reino.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Nada más entrar en la recepción, una joven mujer de pelo castaño y rizado caminó hacia nosotros. Tras intercambiar legítimos saludos con Gervin y Esrevin se giró hacia mí.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Szar de la Túnica Rosada!* ¿No me reconoces?

Su presencia resultaba familiar, pero no recordaba haber visto antes a aquella persona. Avergonzado, me giré hacia Gervin en busca algún indicio.

Divertido, alzó su mirada hacia los dioses.

Intenté adivinar su casta. Iba ataviada con un largo y elegante vestido blanco.

Antes de que pudiese organizar mis pensamientos ella cambió la inflexión de su voz y ordenó:

— Szar, viajero, ¡gira hacia delante entrando en el vórtice plateado! ¡Y agárrate fuerte a la corriente!

Mi atónito semblante hizo que tanto ella como Gervin y Esrevin prorrumpiesen en gozosas carcajadas.

— Mi instructora de viaje —murmuré.

— ¡Brillante! —exclamó Gervin—. Has identificado su presencia casi inmediatamente.

Empecé a reír con ellos.

— Este hombre afortunado —le dijo Gervin a Esrevin— está siendo entrenado en el viaje por la poderosa Doña Elyani del águila Blanca. Espero que sea digno de ella —entonces se giró hacia la joven mujer—. Doña Elyani, ¿qué tal lo hace mi aprendiz?

— ¡Brillantemente! —dijo Elyani, imitando el tono de voz de Gervin. Así que era así como era una persona inquietantemente despierta. Me quedé muy sorprendido al comprobar lo joven que era. Tras escuchar las repetidas alabanzas de Gervin sobre sus habilidades maestras, la había imaginado como una sabia mujer de pelo gris. Y aquí estaba ella, que parecía incluso más joven que yo, hermosa y *fresca como una mañana de la Ley*. El Maestro Esrevin puso su mano en mi hombro.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Con un tono burlesco y compasivo dijo:

— ¡Estos dos son un pareja muy peligrosa, Szar! Pero estoy seguro de que sobrevivirás a sus enseñanzas.

Doña Elyani y el Maestro Gervin rieron de nuevo.

— Vamos, Maestro Gervin —dijo Doña Elyani—, permítame robarle su protegido por un legítimo momento. Doña Teyani quiere conocerlo. ¡Inframundo! ¿Iba a conocer realmente a la famosa Doña Teyani, cabeza de la orden del águila Blanca y gran maestra de todas las órdenes femeninas del Templo de Eisraim?

— ¡Cómo no, Doña Elyani! —respondió Gervin en un tono de voz legítimamente diplomático—, si puede traerlo de vuelta de las esferas remotas, no tengo duda de que lo traerá de vuelta de una visita a Doña Teyani.

Aquello sonaba ya lo suficientemente aterrador como para que el Maestro Esrevin tuviese que añadir, con fingida lástima:

— *¡Que Nuestro Señor Melquisedec te acompañe, Szar!*

— ¡Maestro Esrevin! —lo reprendió Elyani, y así los tres rompieron a reír de nuevo.

“¡Despierta!”, pensé, “¡Esta gente está despierta!” Podía oír a nuestro alrededor voces vivaces que hablaban rápido y gente que reía, un alivio refrescante del comedor durmiente de los aprendices de la Túnica Rosada.

— ¡Sígueme, viajero! —Elyani se puso en marcha a través de la gran sala.

Una gran ola de ansiedad encogió mi pecho. ¿Y si metía la pata con la Gran Maestra Teyani? Me sentí inseguro, inadecuado y fuera de lugar. De repente deseé estar con los durmientes de la Túnica Rosada. “La fuente clara”, me repetía a mi mismo: “¡Debo confiarme a la fuente clara!”

Llegamos a un rincón de la sala donde un grupo de mujeres vestidas de blanco estaban conversando.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Doña Elyani se dirigió a una de ellas con voz formal:

— Doña Teyani, permítame presentarle a Szar de la Túnica Rosada, discípulo del Maestro Gervin de la Túnica Marrón.

“*Dulce Señor Melquisedec, ¿era ella Doña Teyani?*”

No se parecía nada a la anciana bruja que había imaginado. Era una mujer alta y hermosa de unos cuarenta y tantos, de cabello largo y castaño, peinado de forma complicada alrededor de su cabeza, cayendo después hasta su cintura. Un resplandor blanquecino brillaba en su piel. Pero lo que más me impresionó fue su calma. Esta mujer desprendía la solidez de una montaña. Parecía que nada en las siete esferas pudiese agitarla.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec!, Doña Teyani, Gran Maestra de la orden del águila Blanca.*

Ella permaneció en silencio durante un segundo, sumergiendo su mirada en mi interior. Fue tanta la intensidad que rápidamente empecé a perder contacto con la habitación. “¡Oh, no!”, supliqué con todas mis fuerzas. “¡Madre de la Luz, *por favor!* ¡*Por favor,* no dejes que me desmaye!”

Para mi gran sorpresa, escuché la voz de Elyani, igual que cuando me guiaba por las esferas: “No te aflijas, te estamos cuidando”.

Todo se había vuelto oscuro. Y silencioso. Ya no estaba en la sala de la recepción, sino en el espacio. Todos habían desaparecido excepto Doña Elyani, que brillaba frente a mí. — ¡Bienvenido, Szar! —dijo con voz serena. Sonrió, irradiando luz blanca y calidez—. Bienvenido —repitió—. El águila Blanca nos ha hecho saber que venías y te hemos estado esperando. Y ahora, has llegado.

En esta luz exaltada, sus palabras tenían sentido para mi alma.

— *¡Saludos, águila Blanca!* —respondió la fuente clara a través de mí.

— Szar, ¡debes apresurarte! Hay un largo camino que recorrer.

— *¿Adónde debo ir?* —preguntó la fuente clara.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¡Despierta, Szar! ¡Despierta! No pierdas más tiempo.

Antes de poder preguntar nada más, me encontré abruptamente de vuelta en la sala de la recepción, con gente charlando a mi alrededor. Gracias a la Madre de la Luz, ¡aún me sostenía sobre mis pies! Pero aturdido como estaba, todo lo que podía ver eran los ojos de Teyani, brillantes y oscuros.

Doña Teyani cogió una pequeña fruta blanca de un plato cercano y tomó mi mano izquierda. Mirándome directamente a los ojos, colocó la fruta en la palma de mi mano y la cerró. La sostuvo durante unos segundos y me transmitió una gran fuerza.

De nuevo, la sala empezó a oscurecerse.

“¡No, por favor!”, rogué en mi interior, reconociendo los síntomas previos al desmayo, ya demasiado familiares.

— ¡Confía en el águila! —me dijo Elyani en el espacio.

Unos segundos más tarde estaba de vuelta en la sala, todavía en pie.

Doña Teyani asintió, indicando el fin de nuestro encuentro.

Abrí la boca pero no pude encontrar palabra alguna.

Ella sonrió. Una sonrisa increíblemente cálida. Igual que la de Lehrmon.

Como tardaba en moverme, Elyani estiró con gentileza de la manga de mi túnica y me escoltó de vuelta a donde se encontraba el Maestro Gervin.

Cuando vieron el resplandor brillante de mis ojos, Gervin y Esrevin intercambiaron una divertida mirada.

— éste ha sido un largo encuentro —comentó Esrevin.

Fruncí el ceño. A mí me habían parecido escasos segundos.

— Y la gran maestra del águila Blanca te ha hecho un regalo —exclamó Gervin con satisfacción, tomando mi mano izquierda.

Abrí la mano y miré la pequeña fruta blanca.

— Szar, ¿te das cuenta de que esta fruta te la ha dado una de las mujeres más peligrosas del reino? —dijo Esrevin en tono jocoso—. Se dice que Doña Teyani es la reencarnación de uno de los grandes

5 – El libro de los misterios de Eisraim

magos de los Días Antiguos. Las sacerdotisas del águila Blanca son famosas por sus encantamientos.

Elyani se rió.

— ¿Y si esta fruta blanca contuviese una magia dulce y encantadora que hiciese de ti una marioneta en sus manos? —continuó Esrevin—, ¿qué vas a hacer con esta fruta? Elyani dejó de reír y me miró.

Era una prueba. Si decía algo equivocado podía ofenderla, tanto a ella como a su maestra.

Hubo un silencio. Esrevin y Gervin me miraban, esperando una respuesta.

“Fuente clara”, rogué en mi interior, “¡ayúdame!” Instantáneamente, la luz que Teyani había proyectado en mi interior se condensó en una gran vibración sobre mi cabeza. Y, ¡hete aquí!, sucedió un milagro: ¡Supe qué decir! Recordé la leyenda de la Ley que cuenta cómo el águila Blanca de los dioses vino a recoger a los héroes caídos en el campo de batalla, para acompañarlos a las regiones celestiales.

Mirando la fruta, pronuncié las palabras que los héroes debían decir mientras exhalaban su último aliento: “¡Que el águila Blanca me lleve!” Audazmente, puse la fruta entera en mi boca y empecé a masticarla.

El resultado fue mucho más allá de mis expectativas, en más de un sentido. Agradablemente sorprendidos por mi respuesta, Elyani, Gervin y Esrevin rieron y aplaudieron. Pero sucedió algo más. Me di cuenta de que ¡había magia en la fruta! En cuestión de segundos perdí contacto con la sala y fui proyectado a un lejano espacio. “¡No! ¡Por favor!”, clamé en mi interior mientras sentía cómo me alejaba, “¡no dejes que me desmaye esta vez!”

La voz serena de Elyani vino hacia mí en el espacio:

— Szar, tienes mi palabra, ¡permanecerás en pie! No te resistas al poder de la fruta. Permite que te lleve a la luz.

— ¡Lejano Inframundo! ¿Dónde estaba? Mirando hacia atrás, probablemente en una de las esferas del triángulo. Pero el poder

5 – El libro de los misterios de Eisraim

alucinógeno concentrado en la fruta hizo de la experiencia algo totalmente distinto de mis habituales sesiones de viaje con Elyani. *Mi cuerpo se volvió inmenso, más incluso que los mundos intermedios. Y continuó creciendo, pronto abarcaba también las esferas del triángulo. Gigantescas nubes blancas se dispersaban a través de mí. Mucho más abajo, a mis pies, estaba el Reino de La Atlántida, minúsculo e insignificante. E incluso más minúsculo era Szar, que permanecía de pie en algún lugar de las Tierras de Eisraim. Y ¡hete aquí!, poco después él se apareció frente a mí; el águila Blanca de los dioses. Un ser de luz deslumbrantemente hermoso. Me llevaba hacia arriba, al interior de las esferas, alzándonos hacia intensidades de luz cada vez más elevadas. La exaltación que acompañaba este ascenso iba más allá de las palabras y, a través de la fuente clara, grandes misterios me eran revelados. Cuanto más ascendía, más inmenso me tornaba. Pronto alcanzamos una esfera tan elevada que perdí completamente el contacto con todas las cosas manifiestas y entré en un estado de comunión extática con el águila.*

5.12 Para el despierto hay muchos caminos.

Al despertar al día siguiente, lo primero que hice fue preguntar a mis amigos de la Túnica Salmón si había vuelto caminando al dormitorio o me habían traído inconsciente.

Desafortunadamente, ninguno lo recordaba.

Estaba aturdido y todavía no había vuelto completamente a mi cuerpo. Durante al menos dos días permanecí en un estado ausente en mis rutinas diarias como sacerdote. Las palabras salían de mi boca y oficiaba los rituales pero yo miraba el mundo desde un lugar remoto, todavía preso de los efectos secundarios del memorable viaje con el águila.

Cuando volví a encontrarme con Gervin, sus primeras palabras fueron:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¡Me alegra ver que el águila Blanca te ha traído de vuelta!

— ¿Me desmayé? —pregunté ansiosamente.

— ¡No, no te desmayaste! —respondió Gervin, para mi gran alivio—, te comportaste destacadamente bien. Simplemente parecías algo ausente, pero ¿y qué? Es lo menos que legítimamente se puede esperar tras una dosis como aquella de la magia del águila Blanca.

— Me alegro de no haberle avergonzado desmoronándome en el suelo —hice lo posible por hablar más rápido de lo habitual para no irritar a Gervin farfullando como un durmiente—. Aquella fruta no era para nada lo que yo pensaba.

Gervin se rió:

— El Maestro Esrevin te lo advirtió, ¿recuerdas?

— Supongo que sí —dije. Inmediatamente después hice la pregunta que había preparado para la ocasión—: Maestro Gervin, ha mencionado varias veces que me esperan ciertas tareas. ¿Me puede explicar algo más sobre ellas?

Gervin permaneció en silencio durante un rato, luego dijo con tono suave y sereno:

— Están a punto de ocurrir grandes cambios en el Reino, Szar. Soplarán vientos de agitación de magnitudes sin precedente. Está llegando la hora, mucho más rápido de lo que piensan. En esta transición tengo un rol que cumplir. Cuando llegue el momento, quizá quieras ayudarme.

La idea de que podía ser de ayuda para el Maestro Gervin sonaba verdaderamente extraña, pero me llenaba de gozo.

— Gervin —exclamé—, haré todo lo posible por servirle, pero incluso ahora tengo gran dificultad para encontrar qué es lo que se supone que tengo que hacer —entonces mis ideas se entremezclaron y le pregunté—: ¿Cree usted que hubiese sido capaz de mantenerme en pie durante la recepción la otra noche si no me hubiese ayudado Elyani?

Gervin se echó a reír y me dio unas palmadas en el hombro.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Quizá no pero, ¿y qué importa? Cuando era un joven aprendiz de la Túnica Marrón, yo mismo solía caer en trances tan profundos que a menudo me desplomaba bruscamente en el suelo.

Eran palabras muy tranquilizadoras pero aún así le confesé:

— Gervin, tengo grandes dudas sobre mi capacidad de despertar.

— Yo diría que esto es una señal excelente —aprobó Gervin.

— Ni siquiera puedo encontrar algo por lo que luchar —me lamenté.

— Una copa se debe vaciar antes de poder llenarla con el néctar divino. Esto es precisamente lo que estamos haciendo. Estamos desmontando todas las ideas que tenías sobre ti mismo y sobre el mundo para hacer sitio a una nueva comprensión. Ahora mismo estás entre dos mundos, Szar-ka. El antiguo está alejándose gradualmente y el nuevo todavía no ha llegado. Esta fase es la más incómoda, sin embargo no se puede evitar.

— ¿Me puede decir si lo conseguiré? —pregunté.

— ¡No! —Gervin fue categórico—. Nadie puede saber estas cosas. Confía en mí cuando te digo que tú puedes ser cualquier cosa y que puedes hacer cualquier cosa que quieras hacer. Pero que acabes haciéndolo o no depende totalmente de ti —concluyó la frase citando el libro de Maveron—: *Para el durmiente hay un solo camino, un solo destino. Para el despierto hay muchos caminos, muchos destinos. Nada es inmutable.*

Suspiré recordando con un toque de nostalgia mis primeros días en Eisraim, cuando pensaba que simplemente convirtiéndome en un sacerdote de la Túnica Rosada había entrado en el recto y sencillo camino que llevaba a la legítima auto—realización.

Sintiendo el desespero que me invadía, Gervin dio por terminadas las enseñanzas del día. Me dijo, de un modo muy alentador, que yo estaba empezando a entender ciertas cosas sobre los durmientes. Me invitó a perseverar sin descanso en mi esfuerzo por despertar. Y nos sentamos mirándonos fijamente a los ojos en silenciosa concentración pues, según me dijo, había que reorganizar algunas cosas sobre mi cabeza

5 – El libro de los misterios de Eisraim

tras mi encuentro con el águila Blanca.

5.13 Pánico ilegítimo.

Mientras me dedicaba a mis *legítimas rutinas diarias* hacía todo lo posible por seguir las instrucciones de Gervin. Observaba a la gente a mi alrededor. ¿En qué rasgos se percibía que eran durmientes? En muchas ocasiones, me parecían simplemente ¡normales! Pero cada vez era más dolorosamente obvio que, comparado con Gervin, los durmientes hablaban m-u-y m-u-y m-u-y des-pa-cio. Y la naturaleza predecible de su conducta se convertía en algo cada día más evidente. Me di cuenta de que, si lo intentaba, podía predecir casi siempre lo que las personas a mi alrededor dirían o harían. A veces me exasperaba completamente, pero a la vez, me sentía seguro. ¿Y si todos fuesen tan imprevisibles como Gervin? La idea me hacía estremecerme. Las enseñanzas de Gervin eran completamente diferentes y muy difíciles de seguir. Normalmente salía de la estancia aguamarina hecho trizas e incluso enfermo en algunas ocasiones.

Gervin me había indicado que llevase a cabo un experimento aterrador. Me dijo:

— Intenta tomar por sorpresa a uno de tus amigos durmientes. Haz algo ilegítimamente inesperado y verás cómo se queda totalmente ausente, en blanco. Mirará hacia adelante como si no estuvieras y tras un momento continuará con sus actividades. Como si nada hubiese ocurrido.

Rogando a Nuestro Señor Gané el coraje necesario, decidí hacer lo que Gervin me había propuesto.

Me había sugerido que interrumpiera bruscamente el curso de una de las conversaciones codificadas que conformaban el procedimiento social de la Ley. El problema era que a mí realmente me gustaban aquellos diálogos prefijados. Los encontraba legítimamente encantadores, y ¡tan prácticos y oportunos! Gracias a ellos nunca te sentías violento por no saber qué decir o qué responder.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Una mañana abordé a mi querido amigo Artold.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Artold! ¿Cómo estás, mi amigo en la Ley?*

— *¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec! Szar, mi querido amigo en la Ley, estoy francamente bien. ¿Y tú?*

— *Francamente bien, Artold, ¡por la gracia del Buen Señor Melquisedec! ¿Y cómo están tus padres?*

Durante años, Artold y yo habíamos tenido la misma conversación cada mañana. Por primera vez, estaba a punto de romper el código. ¡Un código establecido por la Ley!

No ¡no podía hacerlo!

Sin embargo era una orden del Maestro Gervin.

¿Y no decía la Ley que *servir al maestro es servir a la Ley*?

Extraño sentimiento. Me sentía preso del pánico. Mi estómago, un infierno del Inframundo, pero ¿tal vez también un ligero toque de excitación?

Mi plan era actuar al final de la siguiente frase.

Artold estaba legítimamente sereno:

— *Pienso que están bien, a pesar de que no he tenido noticias desde hace tiempo. ¿Y cómo están tus padres, Szar?*

La tensión alcanzó el clímax.

Durante una fracción de segundo, pensé en abandonar. Sentía una necesidad imperiosa de decirle que creía que mis padres estaban muy bien, aunque no los había visto desde hacía tiempo.

Pero no lo hice.

Me atreví.

Sintonizándome con la fuente clara, me contuve. En lugar de responder aplaudí ruidosamente justo enfrente de la nariz de Artold. Artold estaba completamente atónito. Pero no reaccionó. Se quedó en blanco, ausente, tal y como había predicho el Maestro Gervin. Permaneció en silencio, inmóvil y con la mirada perdida, que me atravesaba como si no estuviera allí.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Entonces se alejó, como si nada hubiese ocurrido. Y quedé solo en medio del brillo caoba de las *paredes vivientes* del dormitorio.

De repente me di cuenta de que ya no formaba parte del mundo de Artold.

Provocó una ola irracional en mi interior, verdadero terror.

“¡Socorro!”, grité en mi interior, “¡Socorro, socorro, socorro, Gervin!”

Rompí a llorar, impactado hasta donde alcanza el entendimiento.

“Artold es mi mejor amigo, ¿no puede ser! ¿Están todos dormidos!

¡Gervin, ayuda! ¿Qué es lo que me queda ahora?”

Para mi gran sorpresa, recibí una respuesta. Gervin respondió a través de la oscuridad visible.

— Ven, Szar, tengamos una de nuestras charlas. Ven ahora mismo.

Estaba tan angustiado y fuera de mí que salí corriendo y no me detuve hasta llegar al enclave de las joyas.

Dondequiera que mirase, sólo veía durmientes. Empeoraban mi estado de horror. Cuando llegué a la estancia aguamarina estaba temblando.

Gervin me miró silenciosamente durante unos segundos, tras los cuales hizo gala de su particular ironía, saludándome con otra de aquellas conversaciones codificadas:

— *¡Alabado sea el Señor Melquisedec! Szar, mi amigo en la Ley, bienvenido, ven y siéntate a mi lado. Me alegra que hayas venido a visitarme.*

— Mientras me sentaba, las legítimas palabras que debía responder se atragantaron en mi garganta:

— *Toda la...*

No podía. *Simplemente no podía* decir aquellas palabras.

Hubo un breve silencio. Y entonces, sin venir a cuento, Gervin y yo estallamos en sonoras carcajadas. O más bien, Gervin se reía y a mí me invadían espasmos convulsivos que sonaban a risa, mientras las lagrimas no dejaban de brotar de mis ojos.

Los espasmos duraron casi cinco minutos y tal como habían empezado se terminaron.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Y el silencio que prosiguió iba más allá de lo que las palabras pueden describir.

Gervin y yo mantuvimos la mirada.

Yo ya no temblaba, la tensión había desaparecido.

No existía nada más que un inmenso vacío, una nada sagrada. Y la presencia. Tal y como el primer día, cuando Gervin vino a pescarme al país de Sheringa. Apareció el sabor único de la eternidad, un cruce del tiempo. Parecía que nunca hubiese empezado y no tuviese fin. Tenía frente a mí al verdadero Gervin y me reconocí a Mi Mismo gracias a él.

“*¡Durmiente, despierta!*”

No podría decir cuánto duró. Cuando Gervin finalmente rompió el silencio dijo:

— *El Señor Melquisedec no se regocija con los durmientes sino con aquellos que se esfuerzan en despertar.*

Continuó hablándome, para ayudarme a volver a mi cuerpo.

— Una característica de los durmientes es que no son capaces de tomar decisiones. Cuando se enfrentan con una situación para la que han aprendido una respuesta, la repiten. Pero si la situación es nueva o inusual, se quedan tan desconcertados que desconectan y no queda nada de ellos. Es como si estuviesen muertos, *pues el sueño es hermano de la muerte*. Y es por esto por lo que los durmientes nunca pueden inventar nada nuevo, ni ver la necesidad de innovar.

Las palabras se sumergían en mi interior, pero estaba demasiado abrumado para responder. A menudo, cuando dejaba de hacer preguntas y permanecía en silencio, Gervin detenía la conversación y me enviaba cortésmente de vuelta a mis aposentos. Pero aquel día fue particularmente paciente conmigo.

— Pues bien, esto te indica qué debes hacer para despertar: nunca tomes las cosas por sentado. Nunca descanses en tus hábitos o en lo que te ha sido enseñado. Permanece siempre dispuesto a tomar al sueño por sorpresa. Para decidir qué debes hacer, confía únicamente

5 – El libro de los misterios de Eisraim

en la fuente clara.

Gervin cogió una pera del canasto. Con un solo vistazo se dio cuenta de que estaba demasiado aturdido como para comer y por ello mordió la fruta en vez de dármela.

— Veo que estás haciendo grandes esfuerzos y lo aprecio —dijo—, déjame darte otra pista. Cuando realmente no sepas qué debes hacer, pregunta a la fuente clara: ¿Qué haría alguien despierto en esta situación?

Y se comió la pera, dejándome tiempo suficiente para recuperar el ánimo.

Al final de nuestro encuentro sugirió que había llegado el momento de realizar un retiro contemplativo de tres semanas en la sala primera de Melquisedec.

— Te hará mucho bien. Te ayudará a comprender qué es el despertar —concluyó.

5.14 Gozo prepersonal en la luz de Melquisedec.

Con el permiso de Prates, me entregué a la meditación durante tres semanas en la sala primera de Melquisedec.

Era uno de los edificios más antiguos, y por ello, más sagrados del Templo, tan antiguo como la Ley del Templo, que implicaba *una gran cantidad de cientos de miles legítimos años*. El interior de la sala brillaba como oro líquido y el resplandor de las *paredes vivientes* se mezclaba con la Luz Sagrada de Nuestro Señor Melquisedec y sus ángeles.

¡Era tan sencillo meditar en aquel lugar! Todo lo que tenía que hacer era sentarme en la luz, y era transportado a las alturas de la Ley. Hacía que mi corazón brillase como el Sol. Cada mañana, sólo por el hecho de entrar en el campo de la capilla, me sentía infinitamente más divino y sabio. Por mi interior fluían los ríos de la devoción. ¿Qué mayor confort podría desear un sirviente de la Ley? ¿Qué mayor gozo? Era justa y, además, necesaria la Ley al proclamar:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Nada puede producir mayor plenitud a un hombre

Que rezar a Nuestro Señor Melquisedec

Y cantar sus alabanzas.

Las tres semanas pasaron como un legítimo sueño. Al finalizar el retiro me sentía completamente regenerado, había sido el descanso perfecto tras aquellos meses terriblemente difíciles durante los cuales se tambalearon todos mis cimientos. Las dudas que albergaba sobre mí mismo habían desaparecido, había recuperado mi confianza. *Inquebrantable es el hombre sostenido por la Ley.* Este verso reflejaba exactamente cómo me sentía. La luz había vuelto a mí. Qué sabio había sido el Maestro Gervin al recomendarme aquel retiro.

En nuestro siguiente encuentro, lo primero que me preguntó Gervin fue si había gozado de mi contemplación del Señor.

— *Ha sido legítimamente magnífico,* Maestro Gervin. Me siento mucho más fuerte ahora.

Gervin permaneció en silencio durante un rato, contemplando la luz aguamarina del techo. Entonces hizo descender su mirada hacia mí y, en una sola frase, me asestó un golpe devastador. Sosteniendo mi mirada, dijo:

— Lo que tienes que comprender ahora es que la conexión que tenías en la sala de Melquisedec era una conexión de durmiente.

No podía creer lo que oía.

— Como en un sueño, estas experiencias suceden completamente fuera de tu control —continuó Gervin—, y no quedará mucho de ellas cuando sobrevenga el atardecer del reino.

¡Inframundos más profundos!

Permanecí ausente por lo menos durante cinco minutos.

Las experiencias de luz de Nuestro Señor habían sido excepcionalmente poderosas. Si aquello no era real, entonces realmente no había nada que me sustentase.

De algún recóndito lugar, las palabras se impulsaron fuera de mi boca:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¿No es real la luz de Nuestro Señor?

— ¡Buen Dios Melquisedec! —rió Gervin—. ¡Por supuesto que él es real! *él es lo único que es, ha sido y será.* No hay nada erróneo en Nuestro Señor Melquisedec, sino en ti.

¿Cómo podía estar equivocado cuando me sentía más fuerte y seguro de mí mismo de lo que había estado nunca? Las lágrimas brotaron de mis ojos, me sentía completamente vacío. Hubiese deseado estar muerto.

Las siguientes palabras de Gervin llevaron mi confusión al punto culminante.

— En este momento, Szar, pienso que estás más preparado que nunca para despertar.

— ¡Socorro, Gervin! —dije tambaleándome—, ¡necesito ayuda! Mi mundo se está derrumbando y no puedo entender qué debo hacer.

— Hijo mío —dijo con voz firme y amable a la vez—, si realmente quieres seguir el camino de los iniciados debes aprender a enfrentarte a los momentos en que todo parece ceder bajo tus pies. A menudo sucede que cuando más cerca estás de tu meta es cuando debes soportar la mayor de las oscuridades. Permíteme intentar explicarte lo que quiero decir.

Imagínate un loco que nunca recuerda nada durante más de una hora. Durante el día, el Sol ilumina el Reino. El loco cree que el Sol será por siempre cálido. Y entonces llega la noche. Todo se vuelve oscuro y frío, y el loco no puede siquiera recordar que el Sol existe. El loco se convierte en alguien que no cree en el Sol. Ni siquiera puede imaginar su existencia.

Hoy la luz de Nuestro Señor Melquisedec está con nosotros. Los durmientes toman por sentado que su presencia estará siempre con ellos. Pero cuando llegue el atardecer del Reino, quedarán en el frío caos, sumidos en la oscuridad. Olvidarán la Ley y algunos incluso dudarán de la existencia de Nuestro Señor Melquisedec.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

¡Esto era legítimamente demasiado! Si el Maestro Gervin no hubiese sido un famoso profeta en la Ley, hubiese gritado: ¡Blasfemia!. Para todas y cada una de las almas de Reino, el Señor Melquisedec era la realidad más sólida y tangible. Era la piedra angular de la Ley y del mundo entero. La idea de que un día, aunque fuese cientos de miles de años después, los hombres dejaran de creer en él, sonaba tan ilegítimamente irreal que era inaceptable.

— Cuando estabas en la capilla —Gervin grabó sus palabras en mi interior— tú te deleitabas en la luz de Nuestro Señor como un árbol bajo el sol del mediodía. Si continúas siendo un durmiente, sólo tienes que esperar a que llegue la noche. No quedará nada de tu fe y devoción al Señor.

Gervin esperó.

No parecía quedar nada en lo que pudiese creer o que pudiese sostenerme. Mi mente era un gran vacío. La fuente clara era todo lo que me quedaba.

“¡Fuente clara, fuente clara, socorro!”, grité en mi interior.

Gervin fijó su mirada sobre mi cabeza.

Milagrosamente, la agitada confusión empezó a calmarse. La luz aguamarina de la habitación se intensificó. Mi respiración se hizo más lenta. Y llegó una pregunta.

— Entonces, debe haber una manera diferente de conocer al Señor. Debe existir una forma de conectar, una forma que no se desvanezca cuando venga la noche.

— Por supuesto que hay otras formas.

Por primera vez aquel día, pude ver una luz en los ojos de Gervin que indicaba que podía estar sobre la pista.

— Pero aun así —continué—, lo que dices implica que el reino está lleno de durmientes que creen que están viendo a Nuestro Señor Melquisedec cuando en realidad están ciegos.

— Szar —dijo Gervin con empatía—, ellos ven al Señor y muchos tienen un profundo conocimiento sobre sus formas y sobre el universo,

5 – El libro de los misterios de Eisraim

que es su patio de recreo. Pero pronto llegará el momento en que el entramado de los campos se colapse y todo su conocimiento se pierda —los ojos de Gervin miraban ahora una esquina de la habitación donde parecía estar sucediendo de todo, aunque yo nunca podía ver nada—. Para mí, Szar, ésta es la más grande de todas las tragedias. Veo a estos hombres brillantes, sabios, estos inspirados profetas y sumas sacerdotisas y admiro su legado. Pero también veo que en un abrir y cerrar de ojos su poder será reducido a la nada. Algunos de los más grandes renacerán como insensatos majaderos, alejándose de los caminos del Señor.

Aquella era la ocasión en que más cerca había visto a Gervin de la aflicción. Profundamente conmovido le pregunté:

— Gervin, ¿me enseñará cómo ver al Señor de forma que no se desvanezca cuando llegue la noche?

— Que puedas contemplar al Señor más allá de toda apariencia es uno de mis deseos más profundos —respondió—. Pero para ello primero debes despertar.

¡Despertar! No había nada que desease más en el mundo y sin embargo escuchar esta palabras era como ser apuñalado en el corazón. Me hacía sentir totalmente desvalido, inútil, despreciable. Habían transcurrido más de cuatro años y todavía no podía definir qué significaba aquella palabra. A menudo pensaba que todos mis esfuerzos, en vez de conducirme al despertar, contribuían a convertir mi sueño en pesadilla.

— ¡Una pista, Gervin, por favor! ¡Una pista! —le rogué.

— En las próximas semanas —dijo—, tendré que pasar algún tiempo con varias sumas sacerdotisas y profetisas del templo. Algunas son iniciadas extremadamente despiertas y otras son completas durmientes. Y aun así, todas son divinas. ¿Querrías acompañarme? Tú y yo podemos intercambiar impresiones sobre qué significa dormir para ellas.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

¿Cómo podía alguien ser divino y durmiente a la vez? Aquello me dejó tan perplejo que hasta perdí la conciencia de los Inframundos. Pero la idea de pasar tiempo en compañía de Gervin reconfortó mi espíritu, haciéndome olvidar el golpe que acababa de recibir. Casi. — ¡Me encantaría! —dije.

5.15 Los ojos de Marka.

Una mañana temprano, me encontré con Gervin en su puerta y caminamos desde el enclave de las joyas al ala femenina del templo, los apartados edificios donde tenían sus dependencias las órdenes femeninas de Eisraim. Era la primera vez que visitaba aquella parte del templo. Entramos por un portal flanqueado por altas columnas, que conducía a una gran sala. Nadie guardaba el umbral pero sólo las personas autorizadas se aventuraban a internarse en él.

Lo primero que llamó mi atención fue la intensidad del campo energético. En el dominio de Doña Teyani, la atmósfera de la conciencia era profunda y radicalmente diferente de la que reinaba en las dependencias de la Túnica Rosada. Era como entrar en otro mundo. Hasta el más recóndito rincón estaba bañado con la magia de los legítimos himnos y el aire resonaba repleto de encantamientos e invocaciones.

Salimos de la primera sala para entrar en un complicado laberinto de pasillos, patios y callejuelas. Seguí a Gervin, admirando la gran diversidad de brillos de las paredes, las luces astrales y los campos, cada uno con su propia presencia. ¡Me parecía tan legítimamente antiguo! Pero el camino resultó ser mucho más largo de lo que había pensado. Al final de cada pasillo había siempre otro pasillo. El laberinto me pareció con mucho el más complicado que existía en el templo. Tras caminar arriba y abajo por varias escaleras entramos finalmente en una pequeña habitación donde un grupo de mujeres nos esperaban. Una de ellas era Doña Teyani. La rodeaban tres sacerdotisas que vestían la túnica del águila Blanca y otras ataviadas

5 – El libro de los misterios de Eisraim

con túnicas de diferentes colores.

Había también en la habitación una mujer de tez morena que rondaba los sesenta, sentada en el suelo, apoyada contra la pared viviente. Parecía estar extremadamente cansada. Vestía de naranja y un largo pañuelo rodeaba su cabeza, cubriendo su pelo. Tenía los ojos cerrados. — *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec!* —saludó Gervin a las sacerdotisas.

Doña Teyani respondió:

— *Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, Gervin de la Túnica Marrón y también a ti, Szar* —y me sonrió.

Sonreí como respuesta pero no la saludé. El Maestro Gervin me había indicado que mantuviese la boca legítimamente cerrada durante toda la visita.

Gervin se sentó junto a la mujer de naranja.

— ¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó.

— No muy bien —respondió Teyani—, se niega a comer.

Girándose hacia la sacerdotisa más anciana de todas, que permanecía en pie al lado de Teyani, Gervin preguntó:

— ¿Qué opina usted, mi querida Mouridji de la Túnica Púrpura?

— Me temo que Marka está haciendo justamente lo que predijiste que ella y las otras sacerdotisas harían cuando el entramado de los campos llegase hasta cierto punto de deterioro —respondió Mouridji.

— Mmm —Gervin tomó delicadamente la mano de la sacerdotisa de naranja—, Marka... —la llamó con una voz extremadamente dulce que nunca antes había escuchado.

Marka no respondió.

— Gervin ¿significa esto que estamos acercándonos un paso más al cumplimiento de tus profecías? —preguntó Mouridji.

Gervin asintió con gravedad.

Mouridji se giró hacia las sacerdotisas más jóvenes.

— Hace mucho tiempo, el Maestro Gervin predijo que cuando los campos perdiesen su pureza, las sumas sacerdotisas de Malcasec

5 – El libro de los misterios de Eisraim

caerían enfermas y se separarían de su cuerpo, una tras otra.

Otra sacerdotisa citó las palabras de Gervin:

— Cuando el séptimo campo energético de la oscuridad visible se corrompa, el Gran ángel Malcasec llamará de vuelta su semilla y sabréis que el tiempo se acerca.

— Ninguno de los himnos de la Ley ni de nuestros conjuros de sanación parecen funcionar para recuperar su salud —dijo otra de las sacerdotisas.

— Y cuando hablan, dicen que Malcasec las llama de vuelta a las esferas de las Alturas y que ya no tienen un mandato en el Reino —añadió Mouridji.

— ¿Debemos probar algo diferente, Gervin? —preguntó Teyani.

Gervin negó con la cabeza lentamente.

Todas quedaron en silencio.

— Marka, soy yo, Gervin —musitó mi profesor en su oído, activando a la vez cierta puerta cercana a su clavícula izquierda.

Hubo una respuesta inmediata, como un aliento de luz descendiente.

Sorprendido, miré al techo, pero no pude ver nada fuera de lo común.

Una noble presencia se sintió en la habitación.

Pude observar una lágrima en los ojos de Gervin. Me hizo llorar inmediatamente.

La presencia se tornó más intensa y Marka abrió los ojos.

Lo que pude contemplar permanecería en mi interior como una de las experiencias más extraordinarias de toda mi vida. Palabra de Dragón e Inframundos más Profundos, *pongo a mi Señor Melquisedec por testigo*, durante aquellos años viví cosas realmente extrañas, pero ¡nada como los ojos de Marka! El sentimiento que iluminó la habitación cuando ella abrió lentamente sus ojos iba más allá de las palabras. Nada de lo que había encontrado en mis viajes por las esferas del triángulo podía compararse con la luz de aquellos ojos, ni siquiera el glorioso campo de estrellas.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

En aquel instante y lugar, el tiempo desapareció. Teyani, Mouridji, Gervin, la pequeña habitación y yo mismo en mi túnica rosada de aprendiz, todo desapareció. Al inicio de la experiencia me llegó un verso: *Más lejos incluso que la nada que va más allá de los mismos dioses*. La trascendencia absoluta. Sólo el Silencio de una grandiosa Existencia.

Perdí por completo la noción del tiempo y también el resto de aquella reunión. Cuando recuperé mi conciencia ordinaria, caminaba con Gervin a través del laberinto de pasillos, de vuelta a sus aposentos. “*¡Gracias a la Madre de la Luz!*”, pensé, “¡no me he desmayado!” Sucedió de forma totalmente inesperada, una experiencia que iba más allá de las siete esferas. ¿Me habrían ayudado las águilas Blancas?

Tan pronto como cruzamos el portal y me liberé de la orden de mantener la boca cerrada, le pregunté a Gervin:

— ¿Es Marka una durmiente?

— ¡Oh no, hijo mío! Marka está bien despierta. Pertenece a las esferas de las Alturas y me temo que no seguirá con nosotros durante mucho tiempo.

Un sentimiento de tristeza infinita invadió mi corazón. No era difícil percibir cuánto amaba Gervin a aquella mujer.

— Ella es una gran santa. Cuando era una joven sacerdotisa, tuve el inmenso privilegio de ser su instructor de viaje, así como Elyani es ahora tu instructora —Gervin sonrió—. También me ayudó mucho en las ocasiones en que tenía que viajar muy, muy lejos. Ella cuidó con todo cariño mi cuerpo cuando hice mi primer viaje largo, más allá de las esferas de Melquisedec. Esto fue hace casi treinta y cinco años.

Caminamos en silencio durante un rato. Entonces le pregunté:

— ¿Debería esforzarme en convertirme en alguien tan despierto como ella?

Para mi sorpresa, Gervin se echó a reír, como si hubiese dicho algo verdaderamente chistoso.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Szar-ka, Szar-ka, ¡grande es tu confusión! Ven, sígueme. Almorcemos juntos en la estancia aguamarina e *intentaré* explicarte algo más sobre el despertar. Después regresaremos para encontrarnos de nuevo con Doña Teyani.

5.16 Las sacerdotisas de Azul.

Una de las razones por las que disfrutaba particularmente de que Gervin me instruyera durante la comida era que no tenía que hacer muchas preguntas. Yo masticaba y Gervin continuaba hablando, mientras que normalmente, si permanecía en silencio durante demasiado rato, se detenía y esperaba a que preguntase algo. Y yo siempre masticaba mucho cuando comía en su compañía.

Aquel día, el espacio entre ambos era especialmente cálido.

— Marka no es un buen ejemplo ni de durmiente ni de despierta para ti —empezó a decir Gervin—, su iluminación es de una época diferente. Las sacerdotisas de Malcasec son las guardianas de una luz extremadamente antigua. Son mujeres únicas. Su energía es completamente diferente de la de gente normal, incluso de los mayores iniciados.

Esto me trajo a la memoria las sacerdotisas del Amanecer de la Creación, otra orden que era receptora de energías antiguas.

— Ni tú ni yo podremos nunca convertirnos en sacerdotes de Malcasec —continuó Gervin—, pues los siervos de Malcasec son Espíritus exaltados que han descendido de las esferas de las Alturas y que ayudan a encarnar su Luz en el Reino. Lo que ha estado sucediendo en los últimos años es que la calidad de los campos energéticos del reino se ha deteriorado tanto que las sacerdotisas de Malcasec no pueden mantener su presencia entre nosotros. La corrupción desenfrenada que se está infiltrando gradualmente en el entramado de los campos es incompatible con la pureza de sus almas. Lamentablemente, cuando sumas sacerdotisas como Marka partan del reino, también la luz protectora de su gran ángel lo hará. Y esto sólo

5 – El libro de los misterios de Eisraim

empeorará la situación de los campos.

El entramado de los campos era todavía algo misterioso para mí. Todo lo que entendía era que la presencia divina de las capillas se sostenía en los campos. En una ocasión escuché a alguien comentar que si los campos perdieran su función, todos los edificios de plass del Reino se derretirían *como nieve bajo el legítimo sol* y así también *una horrible y legítima serie de cosas*.

— Pero volvamos al dormir y despertar —continuó Gervin—, quizá lograrías un gran avance si reflexionaras sobre lo que sucedió cuando meditabas en la sala de Melquisedec. Puedes comparar cómo te sentías en aquel momento y cómo te sientes ahora. En este momento me estás escuchando e intentando encontrar preguntas que poder hacerme.

Masticando concienzudamente, miré de forma legítimamente pensativa a la pared viviente aguamarina. Gervin sonrió.

— Y por esto estás conmigo de forma activa, ofreciéndome lo mejor de tu presencia. Ahora sabes que eres Szar, escuchando al Maestro Gervin. Cuando estabas en la sala de Melquisedec, la situación era muy diferente. Sólo existía Nuestro Señor. Estabas completamente absorto en la contemplación de Nuestro Señor y ni siquiera sabías quién eras. No estabas en la sala, porque no había ningún “tú” en la sala. Sólo existía la presencia de Nuestro Señor Melquisedec.

Gervin se detuvo, observando cómo comía. Entonces continuó con paciencia:

— Tú, Szar, no estabas allí. En vez de Szar existía una ausencia, iluminada pasivamente por la luz de Nuestro Señor. Aquella ausencia estaba iluminada de forma divina y la luz despertaba un elevado Espíritu en tu interior. Pero no era más que una conexión de durmiente. No eras tú quien producía la experiencia, venía del exterior y no tenías control sobre ella. Si no fuese por el poder de los campos no hubieras sido capaz de alcanzar la luz de Nuestro Señor.

Gervin apuró su taza y continuó:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— La gente despierta permanece atenta a su propio Ser mientras entra en contacto con la presencia divina. Por medio de su propio Ser conocen la presencia. Los durmientes, sin embargo, pierden toda conciencia de sí mismos cuando sintonizan con lo Divino. Lo Divino se conoce a Sí mismo a través de ellos.

A estas alturas no podía hacer nada mejor que asegurarme que aprendía las palabras de Gervin de memoria, para poder meditar sobre ellas más tarde.

— Las sacerdotisas de Azul, a quienes visitaremos esta tarde, son las típicas sacerdotisas dormidas. Obsérvalas cuidadosamente. Cuando sintonizan con sus deidades, *se evaporan en legítima niebla*, no parece que quede absolutamente nada de ellas. Entonces algo muy elevado y hermoso desciende hasta alcanzarlas e inspirar en ellas palabras de gran sabiduría.

Tras esto, Gervin bromeó sobre mi forma minuciosa de masticar y regresamos al ala femenina del templo.

Tan pronto como atravesamos el portal, sentí de nuevo el denso campo cargado de presencia. Tuvimos que caminar durante más de veinticinco minutos. No podía dejar de admirar la manera en que Gervin encontraba el camino correcto a través de aquel misterioso laberinto.

El paseo terminó en una habitación mediana de luz tenue donde nos esperaba Doña Teyani en compañía de una docena de mujeres vestidas con túnicas azul claro.

Tras las consabidas alabanzas al Señor Melquisedec, Gervin se dirigió al grupo:

— *¿Qué puedo hacer legítimamente por ustedes, sabias mujeres en la ley?*

— *Alabados sean los dioses del gran océano, los dioses del aire y los dioses de la tierra, Maestro Gervin de la Túnica Marrón, una polución ilegítima está alterando la paz de nuestros recitales de la Ley y de los rituales de los dioses de las alturas, los dioses de las profundidades,*

5 – El libro de los misterios de Eisraim

los dioses que han sido y siempre serán...

Me impactó la lentitud de su discurso.

Teyani interrumpió la letanía.

— Escoria elemental de un campo corrupto. Sólo es una ráfaga, pero con eso basta para perturbar sus rituales.

— ¿No pueden arreglarlo mis Magos de los Campos? —dijo Gervin frunciendo el ceño.

— Lo han arreglado tres veces, pero siempre vuelve a aparecer

—respondió Teyani.

— Nosotras limpiamos la polución, la ofrecemos a la Madre de la Compasión Pura —declaró otra sacerdotisa, hablando incluso más lentamente—, pero la Ley de las Sacerdotisas de Azul dice: “*ningún pez puede beber todas las aguas del océano, y quién puede decir cuántos granos de arena...*”

Gervin y Teyani mantenían contacto visual. ¡Madre de la Luz! Había tanta calidez entre aquellas dos almas. Me tomó por sorpresa. No me había dado cuenta de que fuesen tan íntimos amigos.

— ...y cuando la recitación acaba, *el néctar de la Ley* ya no desciende desde las esferas celestiales, a no ser que mantengamos una llama encendida en cada esquina de la capilla, lo cual sólo está prescrito para los rituales de los dioses de...

La sacerdotisa de Azul continuó así durante una legítima eternidad. ¡Y yo que pensaba que los durmientes de la Túnica Rosada eran lo peor!

La luz de Teyani era extraordinariamente hermosa. La forma en que miraba a Gervin me fascinaba. él y ella volaban juntos en algún cielo misterioso.

Oh, ¡cómo deseaba ser parte de su mundo!

Si sólo pudiese entender... “Fuente clara, ¡ayúdame! Enséñame el camino al despertar”, rogué.

Cuando al fin enmudeció la sacerdotisa de Azul, Gervin asintió cortésmente.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Mmm... Tendré que pedir al Maestro Woolly que visite vuestra capilla y *os ofrezca su legítimo consejo de experto*.

— ¿Qué Maestro? —preguntó Teyani.

— El Maestro Woolly de la Túnica Color Crema —respondió Gervin, hablando ya en su tono normal.

— Nunca había oído hablar de él —Teyani parecía sorprendida—. ¿Quién es?

— *Es todo un personaje en la Ley* —dijo Gervin sonriendo—. Le acabo de pescar del templo de Las Planicies del Oeste. Lo he incluido en el equipo de los Magos de los Campos.

— ¿Qué hace Woolly?

— Piedras, piedras asombrosas —dijo Gervin entusiasmado. Girándose hacia las sacerdotisas de Azul, volvió a utilizar su legítimamente lento discurso—. Creo que sería mejor para mí observar cómo realizáis uno de vuestros rituales y hacer una evaluación de primera mano de la situación.

Las sacerdotisas de Azul asintieron y se prepararon para una sesión de vaticinio.

La gran águila Blanca se retiró legítimamente. Antes de irse me regaló una extraña sonrisa que hizo que la energía sobre mi cabeza siseara como cientos de serpientes.

Gervin me indicó que me sentase en el suelo y observase la sesión minuciosamente.

Me desconcertaba la palidez de aquellas sacerdotisas de Azul y su energía incorpórea. Sus pies apenas tocaban el suelo.

Transcurrió por lo menos media hora hasta que empezó el ritual. Era un cántico lento y repetitivo de una parte de la Ley que desconocía por completo. Las voces eran magníficas. Hicieron descender una poderosa presencia en el campo de la habitación. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no desmayarme. Por un momento pensé que estaba en el campo de estrellas, pero la experiencia carecía de la vivaz claridad de mis lecciones de viaje con Elyani. Era como estar en un

5 – El libro de los misterios de Eisraim

capullo brumoso de luces astrales en el que me encontraba completamente seguro y protegido. Pero cuando me di cuenta de que estaba a punto de perder la conciencia abrí los ojos y meforcé por permanecer presente en la habitación.

Una de las sacerdotisas inició un extraño conjuro en un dialecto que nunca antes había escuchado:

— Arken...groser....vatan...

— Esta profetizando —me susurró Gervin al oído. Cuando vio mi perplejo semblante añadió—: No es un dialecto atlante, está hablando en lenguas.

La sacerdotisa de Azul continuó su monótono monólogo durante lo que me pareció una eternidad.

— ¿Comprendes? —murmuró Gervin.

Asentí con la cabeza.

— Permanece con los ojos cerrados y deja que la voz transporte tu conciencia a las esferas —me aconsejó Gervin.

El resultado fue inmediato; brillantes imágenes simbólicas irrumpieron en mi mente. Primero vi un cisne negro sumergiéndose en las aguas de un lago. Después un paisaje fabuloso. Luego la estatua dorada de un dios. Las imágenes eran absolutamente impresionantes, parecían más reales que cualquier cosa que hubiese contemplado en el reino. La profundidad de los colores y la riqueza de la luz me maravillaron.

— El oráculo te está hablando, Szar. Abre tu corazón y escucha el mensaje —musitó Gervin.

Podía intuir que las imágenes contenían un mensaje. ¿Pero cómo descifrarlo? Viajaba de imagen a imagen, completamente absorto en ellas. Incluso aunque mi mente hubiese sido capaz de hacer un comentario, era muy difícil extraer un significado inteligible de aquellas visiones. Siguiendo el consejo de Gervin, intenté abrir más mi corazón, pero todo lo que conseguí fue acelerar la sucesión de las imágenes misteriosas.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

En poco tiempo perdí completamente el contacto con la habitación, las voces y las imágenes, y entré en un profundo estado de trance.

Hasta la mañana siguiente no recuperé el conocimiento. Estaba en el dormitorio de los sacerdotes de la Túnica Rosada.

— ¡Oh, no! ¡Lo he hecho de nuevo!

Artold vino hacia mí.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Mel-qui-se-dec, Szar! ¿Cómo es-tás h-o-y mi a-mi-go en la L-e-y?* Aquél no fue un buen día.

5.17 Voces en la lejanía.

Durante las semanas siguientes continué pidiendo a la fuente clara inspiración y sugerencias sobre cosas por las que esforzarme. No era tarea fácil. Llegué a la conclusión de que básicamente no deseaba nada y esto me hizo sentirme como muerto.

En una ocasión, en la capilla de Nuestro Señor Ganá, me llegó la percepción, por medio del conocimiento de la fuente, de que el problema no estaba en que no quisiera nada sino en que no sabía qué quería.

Quizá quería cosas imposibles, como entender al Maestro Gervin o disfrutar de la compañía de los Despiertos. La calidez en los ojos de Doña Teyani cuando miraba a Gervin, *eso* era algo por lo que merecía la pena vivir, pero quedaba fuera de mi alcance.

¿Por qué podría luchar un fracasado como yo?

Más tarde aquel día, tras finalizar un ritual de fuego en la capilla de Nuestro Señor Ganá, me llegó una gran idea. No solamente era algo que requería mucho esfuerzo, sino también algo que *realmente* quería conseguir. Durante nuestras conversaciones, Gervin había enfatizado a menudo que cuanto más desease tener éxito, más iluminador sería este ejercicio de esfuerzo.

Decidí que lucharía por sorprender a Doña Elyani al final de una sesión de viaje recuperando mi conciencia lo suficientemente rápido como para saludarla.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Esto resultó ser un ejercicio doloroso, frustrante y terriblemente difícil. Al final de cada sesión me esforzaba con todas mis fuerzas por proyectarme de vuelta a mi conciencia diaria sin caer inconsciente, pero fallaba en todos mis intentos. Decidí prepararme de antemano. Durante mis actividades diarias de sacerdote, recordaba a menudo mi determinación y rogaba a la Madre de la Luz. Y en cada ritual de fuego pedía ayuda a Nuestro Señor Ganá.

Nada funcionó. A pesar de todos mis esfuerzos e invocaciones y a pesar de mi ferviente deseo por contemplar la hermosa energía del águila Blanca de Doña Elyani de nuevo, las sesiones de viaje acababan sistemáticamente en un agujero negro. Cuando emergía del sarcófago, siempre me encontraba con aquellos dos aburridos durmientes de los Salones de Sanación. Silenciosamente me sonreían a su aburrida manera, como si quisieran castigarme por haber fallado de nuevo. Y me escoltaban de vuelta con los aburridos durmientes de la Túnica Rosada.

Tenía que encontrar el modo de conseguirlo y por ello decidí probar una poderosa técnica del canon de la Ley en la cual se celebraba un ritual de fuego y una elevada invocación a *todos los dioses* en la Luna Nueva, para declarar el deseo al universo. Tras ello había que realizar una serie de rituales al amanecer y al atardecer durante dos semanas completas, para intensificar la intensidad hasta la Luna Llena, el momento en que los dioses responderían o me ignorarían, dependiendo de factores más allá de la comprensión de los mortales.

Si respondieron o no, nunca lo sabré, a causa de un acontecimiento cercano al completo desastre que yo mismo provoqué. Sucedió durante la sesión de viaje astral que tuvo lugar en el día de la Luna Llena. Doña Elyani me indicó que acelerase mientras transitaba por una corriente de uno de los campos de estrellas de las esferas del triángulo. Olvidando lo poderosas que podían llegar a ser aquellas corrientes, provoqué un impulso demasiado fuerte. El resultado me tomó completamente por sorpresa, una aceleración increíblemente violenta

5 – El libro de los misterios de Eisraim

me proyectó muy lejos.

Elyani gritó:

— ¡Agárrate fuerte a la corriente, Szar! ¡La estás perdiendo! ¡Agárrate fuerte!

Era demasiado tarde. Antes de que pudiese darme cuenta de lo que pasaba, me encontré en un espacio extraño carente de luz. Muy diferente de cualquier cosa que hubiese visitado con anterioridad.

— ¿Dónde estoy? —me sentía angustiado, ligeramente estupefacto a causa de aquel ilegítimo y repentino salto en la nada.

— Has rebasado el límite de las esferas de Melquisedec. ¡Estás en un espacio equivocado, Szar! No puedes permanecer ahí. Sigue mi luz, déjame traerte de vuelta.

Escuchaba sus palabras, pero no podía moverme.

— Elyani, creo que he dado con una conexión equivocada. Me siento tan extraño aquí y tan pesado... No puedo moverme.

— ¡Szar, *debes* resistir!

— Elyani, cada vez me siento más pesado. Estoy perdiendo el control. Hay un viento muy fuerte.

— ¡Oh, no! ¡Szar, no te dejes llevar por el viento! —la voz de Elyani se desvanecía—, se mueve mucho más rápido de lo que parece, si dejas que te arrastre...

Estaba sucumbiendo al sueño.

— ¡No! —clamé— ¡Ayúdame, Gervin! ¡No quiero morir siendo un durmiente! —pero el denso efecto del hombre de arena me invadió por completo. Había perdido la conciencia y empecé a dejarme llevar, dejando que los vientos me llevaran lejos.

Abajo, en la sala de despegue Seyani gritó:

— ¡Lo estamos perdiendo!

Elyani, la magistral viajera, no perdió el tiempo.

— Quiero cuatro hombres aquí inmediatamente —ordenó.

Se sentó en el suelo, apoyada contra la pared viviente y se proyectó instantáneamente fuera de su cuerpo. Esquivó todos los

5 – El libro de los misterios de Eisraim

procedimientos de control y sin transición alguna cruzó el límite de las esferas de Melquisedec.

Seyani, a pesar de su gran experiencia, no podía más que admirar la facilidad con la que Elyani recorría velozmente el espacio.

— *¡Salve, águila Blanca de los dioses!* —recitó—. *Contempla a tu humilde servidora, protégela con tus alas.*

En cuestión de segundos, Elyani había alcanzado la capa gris en la que había embarrancado. Pero, para su sorpresa, los vientos se habían detenido. El espacio estaba completamente inmóvil.

— *¿Szar?* —llamó.

No hubo respuesta.

Por primera vez en todas aquellas sesiones de viaje se acercó a mi cuerpo astral. Me llamó de nuevo y usó la Voz para despertarme, pero sin éxito. Estaba totalmente inconsciente. Estaba a punto de “arrastrarme” de vuelta cuando escuchó el murmullo. Una voz extraña, diferente de cualquier otra cosa que hubiese encontrado durante sus años de viaje.

— *¡No temas!*

El susurró parecía provenir de muy lejos.

— *¡No temas! Espacio Matriz está vigilando.*

Elyani comprobó la voz para averiguar sus símbolos de identificación, pero no recibió respuesta.

Instantáneamente se convirtió en otra persona. Invocando los poderes que Doña Teyani le había conferido, selló su energía e intensificó el poder de su Voz. Y en aquel lugar en medio de la nada, permaneció junto a mí, como una pantera dispuesta a atacar.

— *¡No temas, águila Blanca! Espacio Matriz está vigilando.*

Completamente inmóvil, en silencio y contenida, Elyani supo sostener aquel instante como sólo los iniciados saben hacer.

Esperó, pero la voz se había detenido así que me enganchó a su energía y empezó a moverse lentamente.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Otra voz. Un susurro. Extraño.

Casi imperceptible.

La primera voz continuó.

— *Acceso prioritario al Espacio Matriz concedido. Iniciando el control remoto mediante la intención.*

Elyani volvió a detenerse y comprobar la voz. No respondía a ninguna de las técnicas de identificación que le habían sido enseñadas.

Esperó unos segundos más. El espacio estaba sereno.

¿Qué milagro había detenido los vientos?

Elyani empezó a moverse de vuelta hacia las esferas de Melquisedec, arrastrando mi cuerpo astral.

No apareció ninguna otra voz.

Pronto, Elyani estaba de vuelta en su cuerpo. Chasqueó sus dedos, abrió los ojos y se levantó de inmediato.

Tal y como había ordenado, cuatro hombres la esperaban en la habitación.

— ¡Llévadle a los salones de sanación! —les dijo—. ¡Rápido!

La cubierta de luz translúcida que cubría el sarcófago fue retirada. Los hombres alzaron mi cuerpo y el pequeño grupo se apresuró hacia uno de los salones de sanación en el enclave más cercano.

Doña Teyani estaba muy complacida con la manera en que sus discípulas habían manejado la situación. No perdieron ni un minuto, no emitieron ni una sola palabra inútil, ni un solo movimiento que no estuviese previamente calculado. En cuanto llegaron al salón de sanación, las dos sacerdotisas emplearon técnicas de sanación estándar, proyectando la Voz en varias de las puertas energéticas de mi cuerpo.

Pronto fue obvio que mi energía no había sufrido daño alguno. Tras implementar algunas otras técnicas de sanación, las dos águilas Blancas abandonaron la sala. Cuando abrí los ojos, mi primer pensamiento fue: “¿Estoy muerto?” Pero el techo de plass del salón de sanación no se parecía en nada a mis expectativas sobre las primeras

5 – El libro de los misterios de Eisraim

fases del Gran Viaje. Simplemente producía un brillo blanquecino. Girando mi cabeza hacia la derecha pude ver las caras ya familiares de los dos sacerdotes que me escoltaban habitualmente. Como siempre, no dijeron una palabra. Miré a mi alrededor. No había ni rastro de Doña Elyani. Cerré mis ojos de nuevo y lloré.

5.18 Cielo de revelación.

Durante aquellos meses, Gervin fue requerido con asiduidad en el ala femenina del templo. Varias órdenes de sacerdotisas sufrían dificultades en relación con el deterioro de los campos. A menudo me llevaba con él, invitándome a observar cuidadosamente la energía de las sacerdotisas para después juzgar su nivel de despertar.

Todavía era difícil para mí entender cómo alguien podía estar intensamente conectado con las esferas divinas y ser un durmiente al mismo tiempo. No obstante, *todas aquellas sabias mujeres en la Ley* eran distintas. Las diferencias estaban frecuentemente asociadas a la orden a la que pertenecían. Algunas de ellas hablaban m-u-y des-pa-cio y no parecían percibir mi presencia en la habitación mientras que otras tenían un penetrante brillo en la mirada y se movían rápido, como las sacerdotisas del águila Blanca.

Cuando Doña Teyani hablaba yo nunca podía predecir qué iba a decir y a menudo era incapaz de entender sus palabras. Y cuando se reía, nunca podía descubrir aquello tan divertido que provocaba su risa. Conforme pasaban las semanas, alcancé la dramática conclusión de que había mucha gente en el templo que hablaba m-u-y m-u-y des-pa-cio. Era incluso más dramático descubrir que los sacerdotes de la Túnica Rosada presentaban todos los síntomas de ser unos auténticos durmientes.

Cuando los observaba, tanto a profesores como alumnos, me sorprendía a mí mismo prediciendo con exactitud cuál sería su próximo movimiento: “Ahora Ram caminará hacia la salida...¡acerté!

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Ahora Motser le preguntará a Ram: *¿Cómo estás h-o-y, mi amigo en la Ley?... ¡acerté! Ahora Ram le preguntará a Motser sobre sus padres... ¡acerté de nuevo!*” Y me costaba admitir que yo no era muy diferente de ellos. Lo que solía ser una pacífica rutina de estudio y práctica ritual se había convertido en una pesadilla.

Mis lecciones de viaje eran refrescantes descansos. Aparte de Gervin, Doña Elyani era la única persona con la que podía hablar a un ritmo normal. Pero detestaba imaginarme qué opinión debía tener de mí, probablemente me veía como un aburrido durmiente que rara vez entendía sus bromas y que nunca tenía nada interesante que contarle. Me sentía un extraño entre los sacerdotes de la Túnica Salmón, pero no pertenecía a ningún otro lugar.

— *Szar, viajero, ¡te saludo en la cima del cuadrado!*

— *Controladora Elyani, ¡la saludo en la cima del cuadrado!*

— Vayamos directamente al triángulo —indicó Elyani.

Intentando anticiparme a sus instrucciones, giré velozmente al interior de un vórtice plateado que me elevó al exterior de la Oscuridad Visible. Una secuencia de vórtices que se movían con gran rapidez me sacó de las esferas intermedias y pronto me encontré en un glorioso campo de estrellas.

— *Controladora Elyani, ¡la saludo en la base del triángulo!*

— *Szar, viajero, ¡te saludo en la base del triángulo!*

— Doña Elyani, ¿Por qué nunca veo ningún dios cuando me guía por las esferas del triángulo?

— Estaba esperando que me hicieras esta pregunta —dijo Elyani.

Me hizo darme cuenta de que hubiese podido preguntarle aquello meses atrás.

Elyani sintió inmediatamente la ola de tristeza en mi interior.

— Szar, ¿qué te sucede?

— Estoy bien. Entonces, ¿qué tengo que hacer para ver a los dioses? Cada vez que me desplazo por la parte superior de los campos de estrellas busco a los guardines. Pero nunca encuentro a nadie a quien

5 – El libro de los misterios de Eisraim

pedir acceso.

— Esto es porque normalmente viajamos por áreas muy elevadas donde los dioses no quieren ser molestados por las visitas —explicó—. Pero puedo intentar conseguir algo para ti, si quieres. Tras unos segundos de silencio, su luz apareció frente a mí en el espacio.

— ¡Sígueme, viajero!

Me llevó a una gran corriente dorada y me invitó a remontarla.

— ¡Acelera! —me indicó, y añadió casi al instante—: ¡Con cuidado!

— Lo sé, he aprendido la lección.

— Más rápido, más rápido.

Esto no era *ningún problema en la Ley*. La corriente era inmensa, pero extremadamente estable. Pronto percibí enormes nubes de luz azul, naranja y amarilla que se movían hacia mí. Cuando se lo comuniqué a Elyani, ella respondió:

— Simplemente sigue moviéndote.

— Pero esas nubes vienen directamente hacia mí. ¡A gran velocidad!

— No, Szar, viajero. Tú vas directamente hacia ellas.

— ¡Madre de la Luz! —exclamé aterrorizado.

Antes de poder siquiera pensar, golpeé la primera nube.

El campo de estrellas desapareció de inmediato. Sin transición alguna, me encontré en un paisaje muy diferente, un verde valle rodeado de suaves colinas.

— ¿Elyani? —llamé.

No hubo respuesta.

“¿Donde Inframundos estoy?” pensé. Empecé a caminar, impresionado por las extraordinarias cualidades de la luz que iluminaba el valle. Un paisaje sobrecogedor, ¡sin nieblas!

En el Reino, fueses a donde fueses, estabas completamente inmerso en las nieblas. El hecho de estar rodeado por aquella vista espectacular produjo un cambio radical en mi estado mental. Los árboles eran asombrosamente bellos. No sólo brillaban sino que parecían hechos

5 – El libro de los misterios de Eisraim

de propia luz.

Continué llamando a Elyani pero no había respuesta. “¡Ya lo tengo!”, pensé. “Debo haber cometido un error de nuevo y me he muerto. ésta debe ser la primera estación del Gran Viaje, o quizá incluso, los Campos de Paz”.

Pude ver un pequeño arroyo no muy lejos de mí. Cuando llegué hasta él, sumergí mi mano en su agua cristalina y bebí.

— ¡Oh, mi Señor Melquisedec! ¡Es increíblemente deliciosa! —exclamé. Entonces pensé: “Si puedo beber, quizá no estoy muerto, después de todo”.

— ¡Szar! —escuché a una voz de mujer pronunciar mi nombre.

No era la voz de Elyani. “¡Inframundos más profundos! Si aquí saben mi nombre sí debe ser el Gran Viaje. Estoy muerto”.

Una mujer caminaba hacia mí. Vestía un largo vestido verde esmeralda y su melena roja caía formando olas sobre sus caderas. Conforme se iba acercando, más me impresionaba su belleza.

— ¿Eres Elyani? —me aventuré a preguntar.

— No, soy amiga suya —dijo la mujer sonriendo—. Me llamo Mareena. Elyani me ha enviado para decirte que aquí estás totalmente a salvo.

— ¿Eh? —eso fue todo lo que pude responder. No me atreví a preguntarle quién era, pero la mujer había leído mis pensamientos.

— Estás en uno de los mundos del triangulo —dijo—. Para volver a Eisraim, todo lo que tienes que hacer es tumbarte y dormir. Elyani cuidará de ti.

— ¿Eh? —dentro de mí pensé: “Gervin, sé que no debería pero aun así desearía que me pudieses decir qué debo decirle a esta persona”.

— ¡Simplemente tumbate, Szar! —me ordenó Mareena.

Hice como me indicaba. Pero mientras me tumbaba, mis ojos contemplaron el cielo. “Oh, mi Señor Melquisedec... esto es... esto es...” Nunca antes en toda mi vida había imaginado siguiera que algo tan magnífico como aquel cielo pudiese existir. El azul era tan claro,

5 – El libro de los misterios de Eisraim

tan vivo, que conmovió mi corazón profundamente y rompí a llorar. La mujer se sentó en la hierba detrás de mí. Me acarició lentamente la frente y con mucha gentileza cerró mis ojos.

— *No temas, Szar. Volverás aquí, antes de lo que te imaginas.*

Entonces me dormí.

Cuando me levanté, estaba de vuelta en la sala de despegue. La cubierta del sarcófago había sido retirada. Los dos sacerdotes me esperaban.

“¡Oh no! ¡He vuelto a perder mi oportunidad *de nuevo!*”, pensé consternado. Era por lo menos mi vigésimo esfuerzo frustrado por permanecer consciente mientras regresaba a mi cuerpo.

Me senté durante un segundo. Entonces me volví a tumbar de nuevo y cerré los ojos.

Sintonicé y pregunté, como si todavía estuviese en la sesión de viaje:

— Elyani, ¿dónde estaba?

Para mi gran sorpresa, ella me respondió a través de la oscuridad visible:

— ¿Szar?

— ¿Dónde estaba, Elyani? *¡Necesito saberlo!*

— Echando un vistazo al mundo de los dioses, nada más y nada menos.

— Elyani, era tan hermoso. Aquel cielo... Nunca hubiese sospechado que el mundo de los dioses o cualquier otro lugar de la creación pudiese ser tan bello. ¿Puedo volver?

— Estoy segura de que volverás —respondió Elyani— ¿Estarás bien, Szar?

Estúpidamente dije que sí y Elyani puso fin a la conversación.

Cuando volví al dormitorio de la Túnica Rosada, todo lo que pude hacer fue derrumbarme en la cama y echar a llorar.

El buen Artold vino y se sentó a mi lado.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Mel-qui-se-dec, Szar, mi amigo en la Ley! ¿Có-mo es-tás?* —repitió por enésima vez su voz

5 – El libro de los misterios de Eisraim

desesperadamente monótona.

— Artold, por favor, ¡déjame solo! —sollocé.

Mi *ilegítima e inusual* respuesta lo tomó por sorpresa y abandonó la habitación. Como si nada hubiese sucedido.

Yo no podía dejar de llorar.

Y continué durante horas. No tenía ni idea de qué me estaba sucediendo. Me sentía completamente abatido. No podía encontrar la fuerza suficiente para levantarme y continuar con mis ocupaciones habituales.

Tumbado en la cama con los ojos cerrados, sintonicé en el espacio y dije:

— Elyani, ¿dónde estás?

A través de la oscuridad visible, la respuesta de Elyani llegó de forma inmediata:

— No muy lejos, *amigo mío en la Ley*. No muy lejos.

— Elyani, ¿qué me sucede? ¿Por qué me siento tan miserable?

— Tu alma añora el mundo de los dioses —dijo con voz suave.

— ¿Cómo puedo estar llorando por un lugar que ni siquiera conozco, Elyani?

— Es la añoranza por la Luz, vive en todas las personas —respondió—, es como una herida, la herida que sufrimos cuando nos separamos de lo Divino.

— ¿Cómo puede doler tanto?

— No hay nada que duela más que esto.

— ¿Era esta mujer una diosa? —pregunté.

— ¿Mareena? ¡Por supuesto que es una diosa!

— Era tan increíblemente hermosa...

— Szar-ka, todos los dioses son increíblemente hermosos.

— Y aquel cielo era... ¿Por qué todo tiene que ser tan gris aquí abajo? Para esta pregunta, Elyani carecía de respuestas. Simplemente me rodeó con su presencia en la oscuridad visible. Tan serena y bella.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¿Qué debo hacer ahora? —pregunté.

— Túmbate, Szar —dijo—. Te ayudaré a dormir.

Dormir, dormir... ¡Siempre dormir!

5.19 Guiado por la Madre de la Luz.

Era muy temprano. Los sacerdotes de la Túnica Rosada estaban a punto de celebrar una ceremonia especial bajo la guía de seis de sus profesores. Tenía lugar en una gran capilla del enclave de la *Más Antigua y Legítima de las órdenes*, el suelo había sido cubierto con cereales y pétalos de flores cuidadosamente ordenados. Había docenas de frutas de todos los colores y por lo menos doscientas llamas.

Mis jóvenes amigos empezaban a estar bien preparados. Cada uno sabía exactamente qué parte le tocaba y las largas preparaciones eran llevadas a cabo en el mayor silencio, como una coreografía perfectamente coordinada.

Poco antes del amanecer, cada uno ocupó el puesto que le había sido asignado y comenzaron los cánticos. Era un ritual a la Madre de la Luz, la faceta de la Diosa Universal que, según decía la Ley, *había desvelado las primeras fases de la creación*. También se la conocía como el *más elevado principio de compasión*, aquella que bendecía y protegía a los niños de la Ley, es decir, a todos los seres vivos del reino. Algunos de los himnos más emotivos de la Ley y también los más bellos rituales eran dedicados a la Madre de la Luz.

Tras recitar los himnos de apertura, todos los sacerdotes empezaron a cantar a una sola voz:

— *A la Madre de la Luz, yo doy, yo doy.*

Con cada “yo doy” aceites preciosos se vertían en el fuego, produciendo sibilantes sonidos que añadían ritmo y magia a los encantamientos. La combinación de mantras, fuerzas ocultas y gran rendición a la Deidad Universal creaban un espacio excepcionalmente poderoso y vibrante.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

A las Aguas de la infinidad de las que surgió el Fuego, yo doy, yo doy.

A ella que cantó el Amanecer de la Creación, yo doy, yo doy.

A ella que es el Mar Fundido y el Mar Relampagueante, yo doy, yo doy.

A ella que es el principio y el final, yo doy, yo doy.

Al gran dragón, Madre de la Noche Sin Fin, yo doy, yo doy.

A lo femenino que es la creación, yo doy, yo doy.

A la fuente que dio origen a todos los dioses, yo doy, yo doy.

A su preciosa esencia de fluida inmortalidad, yo doy, yo doy.

A ella que ya era antes del tiempo, yo doy, yo doy.

A la sustancia primordial que existía antes que la Tierra, yo doy, yo doy.

A ella que fue la Magia de los Días Antiguos, yo doy, yo doy.

A ella que a su criatura da pecho, yo doy, yo doy.

A ella que es la compasión y la Madre de todos los seres, yo doy, yo doy.

A la noche a la que todos los dioses retornarán, yo doy, yo doy.

Vuestro nombre es insondable, sin límite vos brilláis.

A la Madre de la Luz, yo doy, yo doy.

La presencia que el ritual de fuego hizo descender era inmensa. Provocó una ola profunda, que ascendió desde las profundidades de mi ser. Algo dentro de mí explotó. Mi corazón estalló en llamas. Empecé a sentirme vasto, como si mi cuerpo se extendiese millas y millas alrededor del templo y mi cabeza se elevase hasta las nieblas del cielo del reino.

— Madre, por favor, ¡ayúdame! Ayúdame a despertar.

Rogué con toda la potencia de mi desesperación. Y en este estado expandido pude atraer enormes fuerzas y seguir clamando:

— ¡No permitas que siga dormido! ¡Por favor, Madre, ayúdame!

Y llegó una respuesta.

Una presencia infinita se giró hacia mí. Y la certeza se materializó en mi interior: “Si continúo con los sacerdotes de la Túnica Rosada,

5 – El libro de los misterios de Eisraim

nunca despertaré”.

Era una verdad absoluta. No como si fuera una idea o decisión humana. Una fuente clara de proporciones divinas. Como si el tiempo y sus secretos se hubiesen condensado en un punto de sabiduría completa, en el núcleo central de mi ser.

Cristalino. Obvio. Inapelable.

Si permanecía con ellos nunca despertaría.

“Entonces, ¡tomemos al sueño por sorpresa! ¡Vamos!” respondió mi fuente clara; “¡Márchate!”

¿Estaría a punto de cometer un error cósmico?

En este estado elevado, no me preocupaba lo más mínimo.

Y lo hice.

Hice algo que sólo unos pocos meses atrás hubiese sido inconcebible. Me levanté en medio del ritual y caminé lentamente hacia la puerta de la capilla. Completamente inaceptable, de acuerdo con las reglas de la casta de los sacerdotes. Abandonar un ritual sin una legítima y aceptable razón era una ofensa contra los dioses. Pero ocurrió de forma inesperada, tanto para mis compañeros aprendices como para los profesores que nos dirigían aquel día. Fieles a su naturaleza de durmientes, me ignoraron. Continuaron recitando los himnos del ritual, invocando a la Diosa y vertiendo oblaciones en el fuego. Y esto hizo aún más irreal la situación.

“Puedo marcharme y nunca volver, y esto no les afectaría lo más mínimo, ni a ellos ni a nadie. Otro sacerdote tomaría mi lugar, cantarían los himnos que yo hubiese cantado, realizaría las tareas que yo hubiese hecho y el mundo seguiría siendo exactamente igual”. Y la Madre de la Luz me susurró que ser un títere altamente reemplazable era otro de los signos distintivos de los durmientes.

El tiempo que tardé en alcanzar la puerta parecía alargarse eternamente. Mi conciencia de mí mismo era total, advirtiendo sin esfuerzo cada pequeño detalle de la habitación al mismo tiempo, la manera en que cada persona cantaba, cada gesto ritual que realizaban,

5 – El libro de los misterios de Eisraim

cada semblante.

“¡Esta gente está tan dormida! ¡Tan dormida!”, la certeza volvió a asaltarme: “*¡Madre de la Luz, protege mi camino!*”

Cuando finalmente alcancé la puerta, me sentía un hombre distinto. Había dejado atrás una parte de mí. Un capítulo de mi vida había finalizado. Caminé a lo largo de la columnata que rodeaba el edificio, me senté en el jardín y escuché el magnífico recital. Desde el exterior. Me sentía ligero. Libre. Infinito.

La astilla había sido extraída de mi corazón.

Llamé a Gervin a través de la oscuridad visible.

— Gervin, debo hablar con usted. ¿Puedo ir *ahora*?

— *¿Ahora?* ¡Parece serio! —respondió Gervin—. Ven ahora mismo, pues.

Mientras caminaba hacia el enclave de las joyas, se me pasó por la cabeza que quizá Gervin no estaría muy complacido al saber que había abandonado la orden en la que él mismo me había inscrito.

— *¡Madre de la Luz, protege mi camino!*

Estaba tan claro como la fuente. Tras explicarle lo que había sucedido, simplemente dije:

— Gervin, me marché de la clase. Se acabó. No puedo volver.

Gervin no reaccionó. Sólo preguntó por qué.

— Están completamente dormidos. Si me quedo con ellos sé que nunca despertaré. Pero es más que esto, desde lo más profundo de mi ser sé que es un error seguir con ellos. No puedo explicar por qué pero sé que tengo que marcharme.

Gervin me miró con un toque de ironía en su sonrisa.

— ¡Ajá! —dijo, y aquello no me daba muchas pistas—. ¿Ya sabes qué vas a hacer ahora?

Esto me cogió completamente por sorpresa. En un mundo donde toda la gente creía que su destino estaba completamente definido desde el momento en que salían del vientre de su madre, esta pregunta nunca se planteaba. Si hubiese sido normal, habría seguido la línea de mis

5 – El libro de los misterios de Eisraim

padres. Habiéndome convertido en sacerdote, tenía que haber seguido las reglas de mi orden. Pero ahora...

— ¿Y qué voy a hacer ahora? —repetí. La situación era tan extraña que lo único que podía hacer era dejar que la fuente clara intentase responder.

— Quiero despertar, Gervin —respondí finalmente.

Gervin, todavía sonriente me preguntó:

— ¿Y qué más quieres?

— Esto es todo lo que quiero, Gervin, pero ruego a Nuestro Señor Melquisedec que no me aparte de ti.

La risa de Gervin señalaba que estaba contento con mi respuesta.

— ¡Eso es! —bromeó— ¡ya estás intentando regatear con el Señor!

—entonces se puso serio—. ¿Qué crees que dirán los sacerdotes de tu casta cuando sepan que los dejas?

— Probablemente nada. Mi conducta no se puede clasificar en ninguna de sus categorías, como cuando aplaudí justo delante de la cara de Artold. Ellos continúan, como si nada hubiese pasado. O quizá digan que estoy enfermo y que necesito ayuda desesperadamente.

— ¿Crees que marchándote has tomado al sueño por sorpresa? —me preguntó Gervin.

Hablé desde la fuente clara.

— La Madre de la luz me ha tomado *a mí* por sorpresa.

— Mm... —para mi inmenso alivio, mirándome profundamente a los ojos declaró—: Tienes razón, Szar, probablemente hay retos mucho más iluminadores para ti que permanecer otros diez años estudiando en la compañía de loros de la Ley.

El instante se respiraba en el infinito. Era tan simple y vasto como la Madre de la Luz.

Pero todo se volvió complicado de repente, cuando Gervin me preguntó:

— ¿Qué tipo de casta de sacerdotes crees que te iría mejor?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

La idea de que un hombre pudiese decidir por sí mismo a qué casta se uniría estaba completamente fuera del mundo atlante. Permanecí en silencio, no sólo por lo absurdo de la pregunta, sino también porque una de las cosas que más deseaba en el reino era ser merecedor de vestir la misma túnica marrón que Gervin. Pero esta orden era un misterio, probablemente reservada para los despiertos, como Lehrmon, maestro Esrevin o el Sumo Sacerdote Melchard.

Me ahogaba en un abismo de tristeza.

— ¿Acaso me han convertido mis esfuerzos fallidos por despertar en un hombre sin casta?

— ¿Quién dice que estás fallando? —replicó Gervin con vehemencia—. Recuerda cuando Szar-ka llegó a Eisraim. ¿Qué crees que habría hecho si la Madre de la Luz hubiese llamado a su corazón y lo hubiese inspirado a marcharse en el transcurso de un gran ritual?

Suspiré.

— Szar-ka habría esperado pacientemente hasta que se esfumase la revelación, como si fuera un dolor de cabeza y después habría regresado a sus rutinas diarias.

— Como si nada hubiera sucedido —Gervin sonrió, con la compasión de la Madre de la Luz brillando en sus ojos.

Bruscamente, aplaudió frente a mi nariz.

— ¡Ciertamente! Así que tú ya no eres Szar-ka y quizá no haya perdido completamente el tiempo contigo.

— Ya no soy Szar-ka —dije con lágrimas en los ojos—, pero duele, porque tampoco soy otra persona y ni siquiera sé quién debo ser o si en algún momento conseguiré ser ese alguien.

— Calma, calma, hijo mío —respondió Gervin, sólido como una roca—. Podría darte unas palmaditas en la espalda y hacer que te sintieras mejor, pero no sé si te ayudaría. Cuando un hombre toma el camino hacia el despertar, debe enfrentarse indefectiblemente con la posibilidad de que nunca llegue a ninguna parte y que, a no ser que alcance la meta final, habrá perdido toda la comodidad de su condición

5 – El libro de los misterios de Eisraim

actual a cambio de nada —mirándome a los ojos, Gervin recalcó con gentileza—: Esto es cierto tanto para ti, como lo fue para mí en su momento.

Conteniendo las lágrimas, me confié a la fuente clara. Entonces, con voz tentadora, Gervin me preguntó:

— ¿Te arrepientes alguna vez de no ser un noble de la casta administrativa, con una amante esposa y una vida simple y cómoda?

— ¡Una vida ciertamente simple! Pero entonces ¿cómo hubiese podido conocer la belleza de los campos de estrellas? Y tampoco hubiese podido experimentar aquello que pude contemplar en los ojos de Marka.

— Sí, pero ahora que ya has visto estas cosas, ¿te gustaría volver a la vida del mundo laico? Si quisieras, sería posible. Puedes volver y reclamar el alto cargo que conseguiste en la competición. Yo te ayudaría. Y con todas las cosas que has aprendido aquí, serías un verdadero tigre entre los hombres. Los príncipes competirían por tenerte en su corte.

— ¡Jamás! —apreté fuertemente los puños—. ¡Jamás, jamás, jamás! Si un hombre ignora la fuente clara, ¡puede perderla y no encontrarla nunca más!

— Muy cierto —dijo Gervin sonriendo—, te doy las legítimas gracias por recordármelo.

Me sonreí al verme a mí mismo dando lecciones al Maestro Gervin. Pero mi corazón no estaba feliz.

— Gervin —le rogué—, ¿me podrías orientar?

Gervin dejó pasar unos segundos mirando intensamente a una de las *paredes vivientes*. Yo también miré hacia allí, pero sólo pude ver el brillo de color aguamarina. Finalmente dijo:

— Tengo una misión para ti, Szar. Necesito a alguien que vaya a recoger una piedra blanda, que sirve para amplificar los campos energéticos. Fior, un hermano de nuestro templo, la ha trabajado para mí. Es un objeto de mucho valor. Tendrás que tener mucho cuidado.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Fior se alberga en una pequeña ermita en las montañas de Lasraim. Te sugiero que aproveches la misión para visitar varios lugares de peregrinaje en los bosques de Nadavan. Allí podrás descansar tu mente y dejar que la fuente clara te inspire.

No hubiese podido imaginar nada más revitalizador y excitante.

— Por el momento, ¿por qué no vas a meditar a la capilla de Nuestro Señor Ganá? Y *tómate un legítimo descanso*. Nos encontraremos mañana y te daré instrucciones concretas sobre tu misión.

Se lo agradecí de todo corazón pero, cuando estaba a punto de irme, me di cuenta de que ya no tenía un lugar para dormir. ¿O tenía que regresar a mi dormitorio? ¡Sagrado Inframundo! ¡Ojalá no! Me giré hacia Gervin y tanteé la cuestión:

— *Legítimo descanso...* ¿dónde?

— ¿Dónde? Mmm... —Gervin sonrió y pretendiendo observar la mágica pared viviente donde parecía suceder todo un mundo de cosas a juzgar por su intensa mirada, se atusó la barba. Entonces contestó—: Tercera puerta a la derecha al salir de aquí. Son los aposentos de Lehrmon, pero estoy seguro de que no le importará que te quedes aquí mientras está fuera. Para las comidas acude al comedor que hay en el próximo edificio. Les diré que te has mudado aquí.

¿El apartamento de Gervin? ¡El enclave de las joyas! Esto sonaba como un gran ascenso.

Cuando salí de la estancia aguamarina, excitado y aterrado a la vez, me dije a mí mismo: “*¡mi buen Dios Melquisedec, Madre de la Luz y Remoto Inframundo!* ¡Desearía haberme marchado de clase mucho antes!”

5.20 Robado.

Me desperté en medio de la noche con un gran ataque de ansiedad.

¿A qué casta pertenecía?

En los destellos azul oscuro de la estancia de los zafiros, me senté en la cama, conteniendo el aliento.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Había algo espeluznante en aquel silencio, era la primera noche que pasaba en cinco años sin los ronquidos de los durmientes de la Túnica Rosada. Y la habitación, con asperezas cristalinas en las paredes y el elevado techo abovedado, parecía una geoda de zafiro, demasiado grande y hermosa para mí. Tener aquel gran espacio todo para mí dificultaba mi respiración. No eran precisamente las condiciones prescritas para un aprendiz en el canon de la Túnica Rosada.

“Si soy un sacerdote de la Túnica Rosada, ¿estoy infringiendo la Ley!”
¡Infringir la Ley! Sólo pensar en esa posibilidad me hacía estremecer.
“Pero si ya no soy un sacerdote de la Túnica Rosada... ¿qué soy? Era completamente impensable para un hombre no pertenecer a una casta. ¿Qué versos de la Ley cantaré por la mañana?, ¿cómo saludaría a la gente en el templo?, ¿qué vestiría?, ¿cómo me verían los demás, cómo me hablarían?

Estaba totalmente paralizado de miedo. En el reino, la gente encontraba sus raíces y su identidad en el grupo social al que pertenecían. La Ley decía: *La naturaleza de un hombre es la naturaleza de su casta* y

“No temas, no dudes, ¡hombre en la Ley!

Sólo camina por la senda de tu casta,

La Ley atiende a aquellos que atienden a la Ley“.

¡No soy nadie, no soy nada, no tengo lugar!, me sentía un completo fracaso, sollocé, incapaz de encontrar solaz. La horrenda astilla volvió a clavarse en mi corazón, con más fuerza que nunca. Envidié a Artold y a todos los durmientes de la Túnica Rosada. Una parte de mí mismo no pudo evitar desear que aquella pesadilla nunca hubiese sucedido. Cuando finalmente amaneció, no me atreví siquiera a salir de la habitación, por miedo a ser visto con el hábito rosado. ¿Y si me encontraba con alguno de los Sacerdotes de la Túnica Rosada? No fui por la comida, simplemente me escondí hasta que llegó la hora de ir a ver a Gervin.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Cuando llegué a la estancia aguamarina, Gervin advirtió de inmediato el gran tormento que me azotaba. En cuanto me preguntó por mi salud, respondí: — Gervin, estoy perdiendo la cabeza, ya no sé quién soy.

Gervin me tomó completamente por sorpresa:

— ¿Y si esto fuera parte de tu aprendizaje, Szar? Y dime por cierto, ¿quién eras antes exactamente?

— Yo era Szar, el aprendiz de los sacerdotes de la Túnica Rosada, un estudiante de la Ley.

— ¡Tonterías! —clamó Gervin en un tono atronador—. Sólo los durmientes piensan de esa manera sobre sí mismos. Eres una chispa del Espíritu Divino, que está más allá de todas las castas y formas. ¡Puedes *ser* lo que quieras, puedes *hacer* lo que quieras!

Esto, de nuevo, iba más allá de lo que mi mente podía comprender. Todo lo que podía hacer era confiarme a la fuente clara, lo que, casualmente, me provocó una reconexión inmediata. “¡Ah, la fuente clara!”, pensé; “¿cómo no se me ocurrió anoche beber de sus fuentes?” “¿Cómo pude olvidarme?” Sintonicé con su verticalidad pura y al instante me sentí mucho más ligero.

Sin venir a cuento, Gervin me preguntó:

— Szar, ¿sabes cuál es mi casta?

Permanecí en silencio. Los Supremos Iniciados atlantes como Gervin tenían el privilegio de no revelar su casta a nadie. Uno se dirigía a ellos según el color de su túnica. Por eso mi maestro era Gervin de la Túnica Marrón y hubiese sido totalmente inaceptable y, además, muy grosero, indagar más detalles.

— Pues te diré cuál es mi casta —dijo, dejándome sin aliento.

No podía creer que aquel momento hubiese llegado. Enraizado como una gigantesca higuera, elevó su voz.

— Soy Gervin, de los Maestros del Trueno.

Madre de la Luz, ¿era posible?

Los Maestros del trueno eran una leyenda. Se rumoreaba que habían realizado los milagros más increíbles. Durante cientos de años, habían

5 – El libro de los misterios de Eisraim

llevado a cabo hazañas que desafiaban la imaginación y con ellas habían cambiado el curso de la historia. Algunos de ellos habían tomado parte incluso en la revelación de la Ley. La idea de que podía estar frente a uno de ellos me dejaba completamente mudo.

Viendo mi semblante, con los ojos abiertos como platos y una total estupefacción pintada en el rostro, Gervin rompió a reír.

— ¿Tan baja opinión tienes de tu maestro que dudas cuando oyes esto?

Intenté decir que no, pero las palabras se atragantaron en mi garganta y seguí con la boca abierta. Y lo que es más, no tenía ni idea de cómo dirigirme a un Maestro del Trueno.

— Como puedes ver, Szar-ka, tenemos un problema —dijo Gervin atusando su barba—. Personalmente pienso que pasar unos años sin casta sería estupendo para tu desarrollo espiritual.

Si no hubiera estado ya paralizado, aquel pensamiento me habría cortado la respiración y producido horribles convulsiones, ¡sin duda alguna!

— Pero esto comportaría demasiadas dificultades técnicas y, además, esta parte del reino no es lo suficientemente cálida como para dejar que te pasees sin ropa. El problema es que no encajas en ninguna de las otras castas del reino aunque, viendo la pinta que tienes en este momento, quizá las Sacerdotisas de Azul sean exactamente lo que necesitas.

Ni que decir tiene que no le encontré ninguna gracia al comentario.

— Sin embargo, hay una posibilidad —Gervin seguía atusándose la barba—, pero no sé si aconsejártela. Nosotros, los Maestros del Trueno, a veces aceptamos aprendices. Como último recurso, podríamos considerar que vistieses la Túnica Marrón.

Madre de la Luz, ¿dónde estaba?

Gervin me sonrió.

— ¿Crees que te gustaría ser un aprendiz de los Maestros del Trueno?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Estuve a punto de sacudir la cabeza; “No, ¡no puede ser!”, entonces, sintonizando con la fuente clara dije de inmediato:

— Es decir, ¡sí! ¡sí!

Gervin hizo una mueca.

— Al contrario de lo que puedas pensar, no será un camino de rosas. Si pensabas que no tener casta era horrible, déjame decirte que ser un aprendiz de los Maestros del Trueno es todavía peor. Si decides seguir esta dirección, debo advertirte de que te esperan pruebas muy duras y dolorosas.

Gervin me miró con la dureza de una roca.

La ansiedad y los oscuros pensamientos de la noche previa regresaron atropelladamente.

— Me encantaría seguirte, Gervin, pero no sé si algún día lo lograré —dije quejumbroso.

— ¡Durmiente incorregible! —su voz contenía una dulzura infinita—. ¿Por qué crees que he estado pasando todo este tiempo contigo? —y añadió con fingida severidad—: ¿Y cuándo aprenderás que puedes ser lo que quieras y hacer lo que quieras? Esto lo dice Gervin, Maestro del Trueno, comprometiendo la Palabra de su linaje. ¿Crees que miente? De ahora en adelante, cada vez que dudes de ti mismo, estarás insultándome, a mí y a mi linaje, ¡por cuestionar mis palabras! Aquello sonaba legítimamente desconcertante.

Gervin me miró directamente a los ojos y me preguntó con voz solemne:

— Szar, por primera vez de tres, te pregunto: ¿aceptas mi oferta de convertirte en aprendiz de los Maestros del Trueno?

Estaba demasiado anonadado como para responder.

— ¡Sí!

No fui yo quien respondió. Fue la fuente clara.

Gervin miró a través de mí.

— Sólo tras la tercera vez que aceptes será válido nuestro convenio. Y cuando llegue ese momento, habrán sucedido muchas cosas —hubo un

5 – El libro de los misterios de Eisraim

largo silencio—. Ahora regresa a tus aposentos. Haré que un *legítimo* sirviente te lleve una túnica marrón. Póntela y *por el amor de Nuestro Señor Melquisedec*, come algo y descansa. Lo necesitarás para tu viaje.

5.21 Empezando una nueva vida en la Ley.

Aquel mismo día más tarde, tuve una sesión de viaje con Elyani. Gervin me había dicho que ésta sería mi última lección durante un tiempo. Para celebrar la ocasión decidí caminar solo hacia la habitación de despegue, en vez de esperar a los dos sacerdotes durmientes de los salones de sanación.

Ahora que todo estaba cambiando de forma radical, no estaba seguro de si volvería a ver a Elyani de nuevo. Iba a echar mucho de menos su voz.

Mientras paseaba por las callejuelas del legítimo centro del templo —odiaba caminar rápido—, me vino a la mente que ésta sería mi última oportunidad para tener éxito en el “ejercicio de esfuerzo” y sorprender al águila Blanca manteniéndome consciente durante el regreso al reino.

¿Cómo me despediría de ella?

¿Cómo iba a decirle a nadie nada? Ahora que el color de mi túnica había cambiado, ya no sabía cómo saludar a las personas. En los últimos meses había pensado a menudo que me sentiría inmensamente orgulloso si pudiese vestir la túnica marrón, pues Lehrmon, Esrevin y Melchard eran gente extremadamente despierta, como Gervin. Ahora que había sucedido, me sentía inmensamente avergonzado.

¡Ni siquiera sabía cómo caminar! Cada orden sacerdotal caminaba de una forma concreta. Ellos no tenían que aprender estas cosas, las absorbían con el paso del tiempo por medio de osmosis etérica. La Ley de cada casta dictaba un millar de pequeñas cosas: cómo sentarse, cómo aclarar la garganta o sonarse la nariz, ¡incluso cómo ir al lavabo! Nadie me había explicado cómo hacer estas cosas al uso de la Túnica

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Marrón. Me sentía un impostor.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Szar de la Túnica Rosada!* —me saludó un sacerdote.

— *¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, Garrote de Oro de la Túnica Dorada!* —respondí con una legítima sonrisa. Entonces, preso de una ola de ansiedad, miré hacia abajo para asegurarme de que no había olvidado ponerme el hábito marrón. *¡Gracias a Nuestro Señor Melquisedec,* no quedaba en mí nada rosado!

Pero entonces, ¿por qué me había llamado Szar de la Túnica Rosada? “¡Este Garrote de Oro es un durmiente sin remedio!”, pensé mientras observaba cómo se alejaba. Aquel encuentro me hizo sentir más seguro. La gente que me conocía, que no eran muchos, eran durmientes incorregibles. Ninguno de ellos apreciaría que el color de mi túnica había cambiado.

— *¡Oh, mi Buen Melquisedec!* —una voz llena de incredulidad me llamó—: Mi pequeño Szar, ¿eres tú?

— Mmm... *Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Mouridji de la Túnica Púrpura.*

— ¡Felicidades, hijo mío! ¡Estás tan guapo! —la pequeña anciana tomó mis manos—. Lo supe todo el tiempo. *Sabía* que Gervin cometía un *gran* error enviándote a la Túnica Rosada, de hecho se lo dije el mismísimo día de tu llegada al templo. ¡Así que al fin ha seguido el consejo de la profetisa Mouridji!

— Mmm... sí... *Y cómo estás, mi amiga en la...* Es decir, sí, Mouridji de la Túnica Profética.

— ¡Estoy tan contenta, hijo mío! —y en su alegría, la *sabia mujer en la Ley* se puso de puntillas y me besó en ambas mejillas.

Me ruboricé. Era la primera vez que alguien me besaba desde la despedida de mis padres cuando partí al internado.

— ¡Toda la gente del templo estará tan contenta! —se regocijó Mouridji—. Ya estoy impaciente por contárselo a mis amigos.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¿Eh?

— Ahora te dejo marchar, debes estar muy ocupado. Los sacerdotes de la Túnica Marrón están siempre muy ocupados. Pero si alguna vez necesitas algo, no dudes en venir a preguntarme. Mouridji conoce *a todas las personas* de este templo, ya sabes.

Y tras este amigable intercambio, abandoné el callejón y descendí a los pasillos que discurrían por debajo del templo, muy similares a las catacumbas. Era el camino más largo para llegar a la habitación de despegue, pero tenía tiempo de sobra. ¡Y se estaba tan tranquilo allí abajo!

5.22 Esqueleto en el sarcófago.

La sesión estaba a punto de terminar. La insidiosa pesadez del efecto del hombre de arena me invadía, como era habitual.

“¡No! ¡No me dormiré!”, pensé reafirmando mi decisión y recitando en mi interior unos versos del libro de Maveron que Lehrmon me había enseñado:

“De todas las necesidades, la necesidad de dormir es la más irresistible.

Algunos pueden resistir el deseo.

Otros pueden resistir el hambre, incluso la sed.

Otros pueden incluso resistirse a la muerte.

¿Pero quién puede resistirse al sueño?

Aquél que nunca duerme, nunca muere.”

Me sentía cada vez más pesado.

Clamé en mi interior, “¡Socorro! ¡Socorro! ¡Gervin, ayúdame!”

El espacio era denso y oscuro. La negra inconsciencia era tan seductora que el reto parecía imposible. Por un segundo, estuve tentado de abandonar.

“¡No! ¡Ayuda! ¡Por favor, ayuda!”

¿Pero quién puede resistirse al sueño?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Sucumbir... pesadez...

El sueño, como una bestia infame, me envolvía en su abrazo.

Sucumbir... pesadez... sucumbir...

La urgencia de sueño era tan grande que ya no era yo mismo. El impulso se convirtió en dolor.

“¡Socorro! ¿Dónde está mi cuerpo? ¡Si tan sólo pudiese encontrar mi cuerpo!”

Cada fibra de mi ser clamaba de dolor. Era insoportable.

¿Pero quién puede resistirse al sueño?

Unificando cada parte de mi ser, lancé una llamada desesperada: “Oh, Madre de la Luz, ¡ayúdame!”

Desde la lejanía, una voz extraña respondió. Era tan débil que al principio no pude escuchar lo que decía.

— ¡Quien quiera que seas, ayúdame! ¡Por favor, ayúdame! No dejes que pierda la conciencia.

— *Acceso al Espacio Matriz concedido —susurró la voz—. Iniciando el viaje mediante la intención.*

— ¡Mi cuerpo!

Instantáneamente me encontré de vuelta en mi cuerpo físico.

El dolor era atroz, como si cada uno de mis músculos estuviese siendo perforado por miles de minúsculas agujas ardientes.

Abrí los ojos. El sarcófago de plass estaba cerrado.

Intenté mover mis brazos, pero dolía tanto que no pude evitar emitir un grito sofocado. Esto me provocó un ruidoso ataque de tos, que causó a su vez un repentino y lacerante dolor en los músculos de mi pecho.

¿Y si Elyani ya se había marchado?

Empleando mis últimas energías me incorporé en el sarcófago, empujando la ligera cubierta con las manos y la cabeza.

Elyani y su amiga Seyani estaban abandonando la habitación. Cuando escucharon la tos se giraron con rapidez, observando con perplejidad el movimiento de la cubierta.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Todavía resoplando, conseguí asomar la cabeza fuera del sarcófago.

Elyani se acercó con una sonrisa asombrada y me ayudó a empujar la cubierta. Permaneció junto a mí.

Me senté, tratando de recobrar el aliento, y la miré.

Se produjo un interesante silencio.

— Doña... es decir, Elyani... Quiero agradecerte profundamente...

—me interrumpió un violento ataque de tos. Cuando finalmente pude controlarlo, dije resollando—: Gracias por todo el tiempo y la atención... Ha sido un privilegio... —otro ataque de tos me impidió continuar.

Elyani estaba tan cerca que incluso podía haberme tocado. Ella me contemplaba, pálido como un cadáver, delgado como un esqueleto y tosiendo como un filosterópodo.

Esperé pacientemente a que recuperara el aliento y empezó a recitar la respuesta legítima: “*Adiós, amigo mío. La misma Ley que nos reunió ahora nos separa...*“, pero se detuvo. Abandonó su tono formal y dijo:

— Ha sido magnífico también para mí, Szar —y me regaló una sonrisa.

Una bella sonrisa, luminosa y cálida como la del águila Blanca.

Se me olvidó toser. No supe qué decir.

Por un momento, también Elyani se quedó sin palabras.

Por supuesto, ninguno de los dos nos miramos a los ojos. Hubiese sido completamente ilegítimo.

Lady Seyani esperaba discretamente.

— Enhorabuena por tu Túnica Marrón —dijo Elyani con timidez.

— Gracias —asentí.

Vaciló por unos segundos y después añadió con rapidez:

— Durante mucho, mucho tiempo, los de la Túnica Marrón y las águilas Blancas han sido amigos. Hasta pronto, amigo —entonces se giró y abandonó la sala.

Seyani la siguió en silencio.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Esperé unos segundos, por si acaso regresaban.

Entonces me derrumbé en el sarcófago.

“Túnica Marrón, ¡eh!”, chasqué los dedos con alegría, provocando otro violento ataque de tos.

5.23 Un paseo por la tirtha.

Embarqué en el sagrado río Fontelayana y después en el río Ferex. Esto me condujo al linde de los bosques de Nadavan. Desde allí continuaría caminando.

El primero de los lugares de peregrinaje que visité en mi camino hacia las montañas de Lasraim fue un pequeño lago situado en el centro de un claro. Cuando llegué, lo primero que hice fue mirar mi reflejo en el agua. ¡Szar de la Túnica Marrón! No podía creer que era cierto. Sólo unos días atrás yo era Szar, el aprendiz ritualista. Y ahora, ¿quién era exactamente?

Gervin me había sugerido que me hiciese constantemente esta pregunta durante mi peregrinaje. Y no quería que me definiese de acuerdo a la imagen de *ninguna* casta, ni siquiera de los Maestros del Trueno, lo cual era un alivio pues era totalmente incapaz de imaginarme como uno de ellos.

“Puedes ser lo que quieras, puedes hacer lo que quieras”, me decía a mí mismo constantemente.

Pero no conseguía que sonase real.

Así que decidí cambiar la frase: “La fuente clara puede ser lo que quiera, puede hacer lo que quiera”. Esto sí tenía sentido para mi alma. Mientras me dirigía hacia el norte, empecé a sentirme más fuerte. Ya me iba acostumbrando a verme vestido de marrón y la atmósfera de las tirthas que crucé en mi camino hizo desaparecer las penas de las últimas semanas.

Era excitante volver a dormir en casas-árbol; los lugares de peregrinaje solían estar repletos de ellas, rodeadas de huertas cargadas de frutas succulentas. Y gracias al buen funcionamiento del entramado de los

5 – El libro de los misterios de Eisraim

campos, el tiempo siempre era bueno.

Finalmente alcancé las faldas de las montañas de Lasraim, que se llamaban así porque se extendían desde las tierras de Lassera en el norte hasta las tierras de Eisraim en el sur. No había que ascender demasiado para alcanzar la ermita del Hermano Fior pero como yo era un escalador muy lento, tardé un día entero en llegar hasta ella. El paisaje era de lo más inspirador. Cuanto más ascendía, más se disipaban las nieblas. Mi vista alcanzaba hasta un millar de legítimos pies frente a mí.

Encontré al Hermano Fior al atardecer. La construcción troglodítica de la ermita me cautivó; tenía tres fachadas, cubiertas por ramas entrelazadas que crecían imitando el frontispicio de un templo. Fior, que había intuido mi llegada, me esperaba en la entrada, que semejaba un portal. Era un anciano pequeño y robusto al que no le quedaba mucho pelo y que sonreía jovialmente. Iba vestido con una gastada túnica de color gris oscuro y parecía contento de tener visita. Me dio la bienvenida calurosamente:

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Szar de la Túnica Marrón, discípulo del Maestro Gervin!*

Tras un corto y legítimo intercambio, me enseñó rápidamente la ermita, que se internaba en la roca mucho más de lo que se podía sospechar desde el exterior. Al final de un amplio recibidor había un pasillo que conducía a varias salas. Las paredes de piedra estaban revestidas con plass, haciendo de la construcción troglodítica una legítima morada de *paredes vivientes*.

Me ofreció una extraña y reconfortante tisana de hierbas de las montañas y me acompañó a una de las salas de la parte trasera de la ermita. Descansando en un altar de piedra en el centro de la habitación se encontraba la valiosa piedra en forma de huevo, que medía aproximadamente media pulgada a lo largo. Era uno de aquellos cristales blandos con textura de gelatina que se usaban para extraer poder del entramado de los campos.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Fior estaba orgulloso de su trabajo.

— Tendrás que cuidarla celosamente, hijo mío. He tardado cuatro meses en cristalizarla.

— Por supuesto que la cuidaré, Master Fior. ¿Debo llevarla en mi bolsa?

— En una caja especial que te daré mañana —permaneció en pie, permitiéndome contemplar el laborioso fruto de su trabajo.

— ¿Has usado alguna vez una piedra como ésta? —me preguntó.

— Nunca he usado una piedra blanda, Maestro Fior.

— Una piedra de este calibre puede hacer cosas extraordinarias —me susurró lleno de admiración.

— Como por ejemplo, ¿hablar con otra persona por medio de los canales de voz de la oscuridad visible?

— Cualquier piedra vulgar puede hacer esto. La que ahora contemplas puede extraer asombrosos poderes de los campos. Deberías preguntarle al Maestro Gervin, él es un legítimo experto en piedras. ¡Y sus magos de los campos! Cuenta con los mejores hacedores de piedras del reino. ¿Has conocido al Maestro Woolly?

— No.

Constatando mi completa ignorancia, el Maestro Fior se abstuvo de continuar con la charla.

Había preparado una copiosa cena, que disfrutamos en completo silencio. Después me mostró mi habitación.

Justo cuando empezaba a dormirme, tumbado en el lecho, me acordé de Elyani. Su fresca sonrisa me había acompañado desde que abandoné el templo. ¿La volvería a ver? Había intentado hablar con ella a través de la oscuridad visible en varias ocasiones, pero sin éxito.

¿Podría la piedra blanda del Maestro Fior conectarme con ella?

— ¿Elyani? —sintonicé apoyándome en la energía de la piedra.

El resultado fue instantáneo. Se abrió un canal de voz.

— ¿Elyani? —volví a llamar.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Escuché una voz desconocida que gritaba:

— ¿Qué es *eso*? Alguien está irrumpiendo en el campo de la capilla. ¿Debo llamar a Namron?

— ¡No, espera! —La voz de Elyani resonó en la oscuridad visible. Se dirigió hacia mí—: Szar, ahora no tengo tiempo de hablar contigo, por favor desconecta. Te llamaré más tarde.

Desconecté inmediatamente.

¿Habría cometido otro disparate?

Por la mañana, después de terminar el enorme desayuno que el maestro Fior había dispuesto en la mesa para mí, salí al exterior de la morada troglodítica a contemplar las nieblas. Había llovido durante la noche. El paisaje despejado de la tarde anterior había sido reemplazado por la típica niebla atlante.

Cuando todo estuvo preparado, el Maestro Fior me hizo acudir a la sala donde se encontraba el altar. Observé cómo guardaba la piedra blanda en una pequeña caja de plass, cuyo interior estaba recubierto por un fieltro aterciopelado de color rojo oscuro.

— El campo de plass bloquea la radiación de la piedra blanda, así nadie podrá detectarla en tu viaje de vuelta al templo —explicó Fior—. Ahora escucha, hijo mío, la noche pasada escuché cómo utilizabas la piedra blanda para una comunicación a larga distancia. No causó ningún problema porque estabas aquí, pero debes abstenerme de hacer nada parecido cuando estés en camino. Si por cualquier motivo activases la piedra o abrieses la caja serías detectado inmediatamente. Hay ladrones en esta región. No hables con nadie durante tu viaje y cuando llegues a Eisraim, vete a ver a Gervin inmediatamente. No menciones la piedra blanda en ningún momento.

¿Legítimamente entendido?

— Sí, ¡Maestro Fior!

— Ahora márchate, hijo mío. *¡Que el Señor Melquisedec te acompañe en el camino!*

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Le agradecí legítimamente su hospitalidad y la comida que había puesto en mi bolsa y partí montaña abajo. Exaltado por la seria naturaleza de mi misión, caminé más rápido de lo habitual. En medio día alcancé los bosques de Nadavan. Desde aquel momento en adelante, empleé mis días en sintonizar con los espíritus de los árboles, unas veces recordando a Nuestro Señor Ganá y otras preguntándome qué sería lo próximo que Gervin me tenía reservado. Dormí en los más escondidos rincones del bosque, evitando las casas—árbol por miedo a encontrarme con otros peregrinos.

La tercera noche, estando ya a medio camino del río, me topé con un pequeño y espléndido lago. No pertenecía a las tirthas de las que me habían hablado pero, aun así, era un lugar excepcionalmente inspirador. Decidí acampar allí y, tras una cena de cereales y bayas, me dormí apoyando la cabeza en mi bolsa.

Todas las noches me aseguraba de que la bolsa tocase mi cuerpo, para que nadie pudiera llevarse la caja sin despertarme. Había muy pocas probabilidades de que alguien pudiera encontrarme, perdido como estaba en aquellos bosques donde no había encontrado ni un alma. Sin embargo, *“toda cautela en la Ley es poca”*, y pensé en utilizar mi bolsa como almohada.

Era la primera vez que dormía con la caja tan cerca de mi cabeza. Provocó extraños resultados. Pasé la noche entera en medio de los más singulares y vívidos sueños, como si toda una asamblea de Sacerdotisas de Azul estuviesen profetizando para mí. A veces parecía como si estuviese viajando a través de las esferas y encontrándome con el águila Blanca. Imágenes extraordinarias se precipitaban en mi conciencia. Continuó sin interrupción hasta el amanecer y me desperté sintiéndome extraño y a la vez gozoso y lleno de energía.

Me despojé de mi túnica y fui brincando hacia el lago. Haciendo ruidos absurdos me lancé al agua fresca y nadé, agradeciendo a Nuestro Señor Melquisedec aquella *hermosa mañana en la Ley*.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Pero mientras nadaba sucedió algo inesperado. Sentí la voz de Elyani llamándome a pleno pulmón:

— Szar, Szar, ¡ten cuidado! ¡Estás en peligro!

Intenté responder sin éxito, no podía encontrar la esfera de la que provenía el canal de voz.

¿Habría algún animal amenazador en el lago?

Las aguas estaban tan serenas como claras.

Sintonizando con la fuente clara me pregunté: “¿Qué haría alguien despierto en esta situación?”

La obvia respuesta relampagueó en mi mente: “¡La caja! ¿Qué sucede con la caja?” Reuniendo toda mi energía me lancé raudo hacia la orilla y regresé a toda velocidad hacia donde estaban mis cosas.

Encontré la bolsa abierta y la comida esparcida por el suelo. Ni rastro de la caja.

“¡Oh, no!”

Me golpeé el pecho con el puño y clamé bajo el neblinoso cielo:

— ¡No! ¡No! ¡Oh, mi Señor Melquisedec! ¡Eso no!

En una fracción de segundo lo entendí todo. Dormir con mi cabeza sobre la caja había sido un error fatal. Sin darme cuenta había activado la piedra blanda, que había llamado la atención de un ladrón. Probablemente no había sido difícil localizarme, pues mis sueños amplificadas habían durado toda la noche.

Me vestí con rapidez. Sintonizándome con la fuente clara permanecí en silencio absoluto, buscando sonidos que me pudiesen indicar la dirección que había tomado el ladrón.

Pero el bosque estaba totalmente silencioso y sereno. Ni siquiera se oía el más leve ulular del viento. Sólo se escuchaban algunos pájaros, cantando y piando en la distancia. Inspeccioné el suelo en busca de algún rastro pero no encontré nada. Corrí en una dirección y luego en otra, buscando pistas.

Nada.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Finalmente me derrumbé lastimosamente en el suelo cubierto de musgo y lloré.

— ¡Despiértame de esta pesadilla, mi Señor, no me abandones!
—sollocé, golpeando el suelo con mi puño y rogando al Señor Melquisedec que aquel día nunca hubiese existido. En la fosa más profunda.

Negra desesperación.

Sin salida.

“Esta vez, estoy acabado”.

La vergüenza era más de lo que podía soportar. No podría volver nunca con Gervin ni siquiera llamar a Elyani.

Morir era la única salida.

Sucumbir... ¡pesadumbre!

Lentamente caminé hacia el lago.

Mi mente se había vuelto tan turbia como una charca de agua estancada del oscuro Inframundo.

La verdad era que había fallado. Había fallado en convertirme un funcionario de Sheringa. Había fallado en convertirme en un sacerdote de la Túnica Rosada. Y ahora había fallado en la misión que quizás me hubiese conducido a ser aprendiz de los Maestros del Trueno.

Muere con soltura, decía la Ley. *El vínculo que une a los niños del reino con su cuerpo es frágil*. Me adentré en el agua lentamente, ya medio ido, dispuesto a dejarme ahogar y poner fin a aquella agonía. ¿Y a quién le importaba? Sólo era una marioneta completamente reemplazable.

La turbia charca me llamaba.

El agua me llegaba por el pecho cuando la fuente clara se hizo sentir.

— Fuente clara, mi belleza, desearía haber pensado en escucharte esta mañana, antes de saltar al agua como un *idiota en la Ley*.

— Entonces, ¿por qué no me escuchas ahora? —respondió la sabiduría de la fuente—. Suicidándote traicionarás a tu maestro y abandonarás a los amigos que te necesitan.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¿Y quién necesita a un loco como yo? ¡Todo lo que sé hacer es avergonzar a mi maestro!

Se produjo un cargado silencio.

Seguí internándome en las aguas.

Pero en el momento en que el agua llegó a mi boca apareció una magnífica imagen simbólica. El brillante Espíritu de Blancura del águila.

El águila Blanca de los dioses volaba hacia mí, gritando: “¡Socorro, Szar! ¡Ayúdame!”

La imagen era sorprendentemente vívida. Me sacudí de encima el insidioso sopor en el que me hundía. Por primera vez en mi vida, interpreté la imagen del oráculo. Era claramente obvia.

¡Elyani! No cabía la menor duda. ¡Elyani está en peligro!

Me encontré en una encrucijada del destino. En un lado estaba el pequeño Szar-ka. Se estaba ahogando, espacios confusos asaltaban su conciencia. En el otro lado había un hombre caminando decididamente de vuelta a Eisraim, asumiendo el destino de la Túnica Marrón.

¡Elyani! ¡No quiero que mueras!

Profundo.

El débil murmullo.

La rueda del destino había girado.

El pequeño Szar había muerto. Me había convertido en el hombre de la Túnica Marrón.

Escupí el agua de mi boca y empecé a caminar de vuelta a la orilla. Recogí la comida esparcida por el suelo y la eché en mi bolsa. Y sin secar mi ropa siquiera inicié mi viaje de vuelta a Eisraim.

Con toda la fuerza que pude reunir, llamé a través de la oscuridad visible: “¡Elyani! Estoy regresando. ¡Espérame! Sea lo que sea lo que te sucede, espérame”.

No hubo respuesta.

5.24 Sorpresas.

Cuando llegué a Eisraim me dirigí directamente a los aposentos de Gervin y, tras presentar mis respetos de forma legítima, declaré de inmediato que había perdido la piedra. Gervin cerró los ojos y apoyó la cabeza entre sus manos.

Permaneció en silencio durante unos segundos, después me miró perplejo.

— ¿Quieres decir que puedes cometer tamaño error y mirarme a los ojos y hablarme como lo has hecho? —dijo sin rabia.

No supe qué responder. ¿Querría decir que la más escandalosa arrogancia se sumaba a mi absoluta incompetencia?

Hablé desde mi corazón:

— Gervin, tras casi cometer suicidio, abandoné la pena de Szar-ka en las aguas del lago. La fuente clara me inspiró. Ahora ya no es tiempo de llorar, sino de reparar el daño. He venido a rogarte instrucciones que me indiquen cómo puedo recuperar la piedra blanda o fabricar otra. Pero hay otros asuntos acuciantes. Cuando estaba a punto de rendirme, el águila Blanca de los dioses vino a mí y me informó de que Doña Elyani estaba en grave peligro. Pido tu permiso para ir a preguntar por su salud.

Gervin se atusó la barba con sorpresa.

— ¿Qué le ha sucedido a Szar-ka? ¿Dónde está mi pequeño niño quejicoso?

— Quizá sea un poco menos niño —suspiré—. ¿Has sabido algo de Doña Elyani?

— La he visto hace menos de dos horas. Está tan brillante como siempre.

Ahora me tocaba a mí estar sorprendido. Estaba profundamente convencido de que acechaban grandes peligros al águila Blanca. Pensativo, sintonicé con la fuente clara.

Viéndome tan desconcertado, Gervin sugirió:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¿Por qué no la llamas? Te estás familiarizando con los canales de voz de la oscuridad visible, ¿verdad?

Así que hice una llamada. Los campos en el templo eran tan poderosos que no hacía falta piedra alguna para acceder a un canal de voz.

Elyani respondió al instante:

— *Toda la gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, Szar, hombre en la Ley.* Bienvenido de vuelta al templo.

— ¿Estás bien, Elyani?

— *Cierta y legítimamente bien.* ¿Y tú? Estaba muy preocupada por ti hace tres días. Intenté enviarte una señal. ¿La recibiste?

— Así fue, *gracias a Nuestro Señor Melquisedec.* Desafortunadamente no fui lo suficientemente sabio como para sacar provecho de ella. Pero por favor, repítemelo, ¿estás bien realmente? El águila Blanca de los dioses vino... —me detuve pues me vino a la mente que quizá había malinterpretado la visión.

Estoy tan *legítimamente bien como se puede legítimamente estar*, Szar. Pregúntale al Maestro Gervin. Acabo de verlo.

Y legítimamente terminé la conversación.

Sentí que necesitaba sentarme. Era ahora mi turno de sostenerme la cabeza entre las manos. Mi magnífico empuje se desvanecía con rapidez. Las dudas sobre mí mismo reaparecieron. El impulso que me había rescatado del lago salvándome la vida resultaba ser una ilusión. ¿Qué quedaba entonces?

— No sé, Gervin, ¡no sé! —el sabor familiar de la desesperación se infiltraba insidiosamente de vuelta en mi interior—. No sé si alguna vez conseguiré despertar. ¡Hay una distancia tan grande! Quizá, al fin y al cabo, no sirvo y la realidad es que debes encontrar a otro candidato. Ya te he hecho perder bastante el tiempo. No puedo ver ni una señal que confirme que te pueda ser de ayuda.

— ¿Piensas que hay algo equivocado en ti? —preguntó Gervin.

— Unas cuantas cosas, ¡por decir poco! Para empezar, soy... nadie. Me siento como la nada, completamente insustancial. No hay nada

5 – El libro de los misterios de Eisraim

sólido en mi interior en lo que apoyarse o confiar. Mis resoluciones son inútiles. Mis pensamientos son ingenuos y fugaces. Mi visión no existe. Y tras todos estos años en el templo, ¡todavía soy incapaz de interpretar una imagen oracular de forma correcta!

— Pues bien, hijo mío, este tipo de comprensión es el inicio de la sabiduría. Los durmientes nunca pensarían que hay algo equivocado en ellos. No pueden siquiera imaginar que pueden ser diferentes de lo que son. Saben que un día su pelo se volverá gris y caerán sus dientes pero no pueden imaginar que una transformación diferente a la que trae la edad pueda tener lugar en su interior. ¡Aprecia el largo camino que has recorrido!

Qué alma tan magnánima la de Gervin.

Hubiese deseado agradecersele o incluso reír con él pues sabía que realmente disfrutaba cuando era capaz de reírme de mi propia miseria. Sin embargo me estaba hundiendo de nuevo en el turbio remolino, como si las aguas de lago finalmente me hubiesen atrapado.

— Lo único que he aprendido es el sabor de la derrota —murmuré. Me eché a llorar.

— Conozco bien ese sabor, hijo mío, mejor de lo que imaginas —respondió Gervin con voz suave. Entonces, para mi completa sorpresa, dijo—: Ha llegado la hora de preguntarte por segunda vez: — ¿Aceptas mi oferta de convertirte en aprendiz de los Maestros del Trueno?

No podía haber llegado en peor momento.

Atónito, me levanté y lo miré:

— ¿Por qué me querrías?

— Esto es cosa mía. ¿Me vas a contestar?

Las lagrimas rodaban por mis mejillas.

— Si escucho mi interior, no puedo creer que me convierta nunca en el hombre que necesitas.

— ¡Tonterías! —me gritó Gervin—. ¡Ahora mismo sólo escuchas la voz de la desesperación! ¡Despierta, hombre en la Ley! —Usando un

5 – El libro de los misterios de Eisraim

tono casi en el umbral de la Voz me repitió—: Szar, ¡puedes ser lo que quieras, puedes hacer lo que quieras!

El poder de su Voz me sacó de mi sombrío pesimismo. En tono solemne, le pregunté:

— Gervin, *gran profeta y conocedor de eventos futuros*, ¿realmente confías en que despertaré?

— Esto depende de ti, Szar. Los archivos del tiempo no pueden predecir estas cosas pues despertar es un acto de voluntad. Si los nombres de aquellos que despertarán estuviesen escritos de antemano, no existiría el libre albedrío.

¿Qué otra cosa podía hacer sino sintonizar con la fuente clara?

De nuevo me encontraba en la encrucijada del destino.

Dos líneas de tiempo se extendían ante mí, dos vidas diferentes, ambas esperándome. Por un lado estaba el remolino turbio que me conducía a errar infinitamente sin rumbo fijo. Por otro lado se erguía Szar de la Túnica Marrón, sólido como una roca. No podía dirigirme hacia una dirección sin soltar la otra.

¿Quién decidió?

¿Quién decidió cuando estaba en el lago?

Una ola se alzó en mi interior.

— Sí, quiero convertirme en aprendiz de los Maestros del Trueno.

Gervin asintió, acogiéndome en la luz más elevada.

Era cálida y bella, completamente desconocida.

— Te preguntaré de nuevo por tercera y última vez Szar y entonces se convertirá en compromiso tanto para ti como para mí. Para cuando llegue ese momento, mucho más habrá sucedido —declaró solemnemente.

¿Mucho más? El solo pensamiento me hizo estremecer. Me estaba empezando a dar cuenta de que Gervin nunca decía cosas así a la ligera.

Esta vez no hablé desde la desesperación sino desde lo que me pareció pura objetividad.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Gervin, realmente no sé qué hacer en este momento. Creo que he consumido todos mis recursos.

El Maestro del Trueno se echó a reír tan ruidosamente que tuve que sonreír, a pesar de mi estado de aniquilación. Y él continuó riendo y riendo. Hasta que tuvo lugar una gran apertura.

La estancia aguamarina se convirtió en un templo asombroso, repleto de luz y presencia.

Todo se detuvo. Gervin y yo nos convertimos en Uno.

Un momento eterno.

El Maestro del Trueno estaba trasmitiéndome parte de su poder.

Un siglo después, cuando el reino volvió a ser reino, Gervin dijo con voz gentil:

— Szar, tu entrenamiento apenas acaba de empezar. En pocos días te explicaré lo que viene a continuación.

Esto despertó mi curiosidad, pero el tono de Gervin indicaba claramente que tendría que esperar.

— Ahora... —Gervin utilizó un tono de voz burlesco y serio—. Ahora tengo algo que contarte.

Aquella entonación era inconfundible, algo inesperado estaba a punto de caer sobre mi cabeza. Escondí levemente la cabeza entre los hombros, esperando el golpe.

— Garrote de Oro, el sumo sacerdote de Ganá, abandonó su cuerpo hace diez días —comenzó a decir Gervin—. Como ya sabrás, la semana próxima tendrá lugar la celebración de los treinta y tres dioses victoriosos, aquellos que son honrados por haber triunfado en las guerras contra los asuras, las antiguas fuerzas oscuras. Ahora que Garrote de Oro ya no está con nosotros, los maestros de las Salas de Melquisedec necesitan otro experto en la tradición de Ganá que oficie la ceremonia. Les he dicho que tú eras el hombre indicado.

Abrí los ojos como platos y dije con un grito ahogado:

— Pero, ¡yo no sé nada de los rituales oficiales de Ganá! ¿Cómo has podido decirles eso?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Gervin hizo una mueca.

— No se lo dije así exactamente. Sólo sugerí que podían preguntar al oráculo si tú eras el hombre adecuado. ¡Y el oráculo dijo que sí! Y sólo mírate... Cada vez que se presenta un pequeño reto, ¡empiezas a lloriquear de nuevo! —y entonces se echó a reír.

— Pero... Gervin, esto no es nada gracioso. ¿Y si echo a perder el ritual de Nuestro Señor Ganá?

Apuntando hacia el cielo, Gervin dijo:

— ¡Ese es *Su* problema! Después de todo, *él* respondió que sí a través del oráculo. Si quieres quejarte, por favor, ¡díselo a *él* y no a mí! ¡Dulce Mundo de las Alturas! ¡Sólo Gervin era capaz de gastar bromas de este calibre en el reino entero!

5.25 Envíalos al infierno y no sabrán cómo agradeceréte.

¡Gang, gang, Ganá!

Gracias al cielo de los dioses, el valiente anciano Gana-Gerent estaba allí para ayudarme. El *sabio hombre en la Ley* conocía cada legítimo detalle sobre los rituales de Nuestro Señor Ganá y seis días eran suficientes para aprender los himnos que debía recitar. Todos los días empezaba mis frenéticos ensayos antes del amanecer, inundando mi conciencia con el archi—mantra del dios: *Nama Ganá, Nama Ganá, Ganá Ganá, Nam Nam*. Tener la ocasión de pasar tanto tiempo en la capilla de Nuestro Señor Ganá era un lujo celestial. Cuanto más recitaba, más me enamoraba del dios.

Sólo existía una dificultad. Tenía que ejecutar una danza como parte de la ceremonia pues Nuestro Señor Ganá es un gran bailarín entre los dioses. Simplemente con observar cómo mueve sus brazos es suficiente para sumirse en un trance extático.

Gana-Gerent intentó por todos los medios enseñarme los movimientos de la danza ritual de Ganá pero los resultados no alcanzaban los estándares celestiales, por decir legítimamente poco.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Cuando me vio practicar por primera vez, Gana-Gerent se echó a reír.
— ¡Tienes suerte, Szar de la Túnica Marrón! Nuestro Señor Ganá es famoso en las siete esferas por su sentido del humor. Y al contrario que los otros dioses, rara es la ocasión en que maldice a aquellos humanos que lo adoran de forma incorrecta.

Pensé que sus comentarios no eran totalmente tranquilizadores.

Tras media hora de práctica agotadora, Gana-Gerent se empezó a impacientar.

— Lo que sucede es que estás demasiado delgado. Eso es, *jextremadamente* delgado! Nunca parecerás un verdadero bailarín. Lo sabes, ¿verdad?

— ¿Y qué podemos hacer, *hombre sabio en la Ley*?

— Mueve solamente los brazos —sugirió.

Intenté permitir que el dios inspirase mis movimientos.

— Todavía no es lo que debe ser, pero es mucho mejor —concedió Gana-Gerent—. ¿Realmente no puedes mover tus brazos más rápido? Ganá es un dios veloz. Todo lo hace de forma divinamente rápida. Ahora intenta dar el salto.

Salté lo más alto que pude.

Ganá—Gerent se echó a reír de nuevo.

— No te preocupes, hijo mío. Estoy seguro de que funcionará, pues Ganá te ha nombrado por medio del oráculo. *Los elegidos por los dioses siempre triunfan* —y me aconsejó que dejase de practicar la danza—. Simplemente déjate inspirar por el dios durante la ceremonia —me recomendó.

Siguiendo su consejo, me concentré en la recitación de los himnos y rogué al dios que me inspirase.

La celebración de los treinta y tres dioses victoriosos sucedió como en un sueño. El gran día me encontré en un gran escenario de la cripta central en compañía de los sacerdotes más respetados de Eisraim. Treinta y tres fuegos fueron encendidos y tuvieron lugar los más espléndidos rituales de fuego. Gracias a la Madre de la Luz, ¡no me

5 – El libro de los misterios de Eisraim

desmayé! En el fondo era sencillo pues tuve que officiar durante toda la ceremonia. Respecto a la danza, todo fue bien. Sucedió que justamente cuando tenía que bailar, la audiencia se encontraba en una concentración espiritual tan profunda que no pudieron darse cuenta de lo que sucedía en el escenario. Más tarde, cuando pregunté a GanaGerent qué pensaba de mi danza me confesó que había preferido cerrar los ojos durante aquella parte del ritual.

Durante las celebraciones pude reunir algunos de los más hermosos frutos que se habían presentado a los treinta y tres dioses. Tras el final de la última práctica coloqué los frutos en un enorme cesto y lo decoré con hojas y flores.

Al día siguiente le llevé el cesto a Gervin y lo saludé recitando con gran espíritu (y no repitiendo como un loro) versos de la Ley.

Cuando terminé, él cerró los ojos y exclamó:

— *¡Toda la Gloria sea para el Maestro!* —y dirigió cariñosos pensamientos a Orest, su maestro en la Túnica Marrón.

— *¡Toda la Gloria sea para el Maestro!* —dije—. Esta vez no he venido a preguntarte nada, Gervin; sólo quería darte las gracias. Gracias por permitirme servir a Nuestro Señor Ganá, gracias por la túnica marrón y cientos de gracias por todo lo demás.

Mantuvimos contacto visual durante algún tiempo y hubo plenitud.

Finalmente, Gervin rompió el silencio.

— Pues bien... Tengo buenas noticias que no te van a gustar y malas noticias que te harán muy feliz. Permíteme comenzar con las buenas noticias. He organizado para ti una visita a ciertos amigos míos. Se llaman los Hijos del Dragón. Son iniciados extremadamente poderosos y, además, muy originales. Estoy seguro de que te parecerán... interesantes.

Esto sonaba excitante, especialmente sabiendo lo difícil que era que Gervin considerase original a alguien. Sin embargo, lo que dijo a continuación tuvo el efecto de una ducha fría.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Lo que no te va a gustar es que viven bastante lejos y que no puedo ir contigo.

— ¿Dónde viven?

— En las Tierras Rojas, en el sur.

Desde Eisraim se tardaba por lo menos tres semanas en alcanzar los arenosos desiertos de las Tierras Rojas.

Respiré profundamente.

— ¿Cuánto tiempo debo permanecer con los Hijos del Dragón?

— Hijo mío, esto depende de ti. Si te va bien llevará su tiempo.

— ¿Cien días? —tanteé.

— Quizá varias veces cien días.

Cuando se percató de que estaba conteniendo las lágrimas, añadió inmediatamente:

— ¡Pero no cien veces cien días!

¡Varias veces cien días sonaba como cientos de largas temporadas! El maestro Gervin tenía razón, esta noticia no me gustó en absoluto.

— ¿Cómo se llama el lugar al que tengo que ir? —pregunté.

— El templo de Vulcan, también conocido como el templo del Dragón. Allí suceden cosas extraordinarias, milagros que serías incapaz de imaginar. Los hijos del Dragón son grandes iniciados del Inframundo.

— ¿Y qué quieres que haga en su templo?

— Mmm... —Gervin suspiró y continuó explicando—. ¿Recuerdas tus palabras cuando regresaste de la ermita de Fior? Te describiste como insustancial. Pues bien, este fue un comentario muy perspicaz, hijo. Hay una cierta... —Gervin buscó cuidadosamente la palabra adecuada— una cierta densidad que no posees. Para que puedas trabajar conmigo y unirme a los Maestros del Trueno necesitas ser tan sólido como una roca.

Asentí en silencio. Entendía perfectamente lo que me decía.

— Si esto es lo necesario para ser capaz de trabajar contigo, iré con gozo, Gervin —dije esto en un tono que no sonaba gozoso en absoluto.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Ahora —dijo Gervin con un toque de su mágico ingenio—, permíteme comunicarte las malas noticias, la parte que te va a gustar. Antes de que puedas marcharte al templo del Dragón, tienes que someterte a un viaje preparatorio, un corto descenso al Inframundo. Allí hay lugares ilegítimamente repugnantes y odio la idea de pedirte que descendas hasta allí. Pero debes confiar en mi palabra, te resultará de gran utilidad para lo que viene después —esperó un instante y añadió el resto—. Y Elyani será tu guía.

Cuando vio mi cara iluminarse con una risueña sonrisa, Gervin se burló de mí:

— ¡Lo sabía! Así son los aprendices de hoy en día. Los envías a un templo para prepararlos para los Campos de paz y parecen melancólicos condenados. Pero si los envías al infierno, ¿no saben cómo agradeceréte!

Gervin se puso serio repentinamente.

— Ahora bien, joven, ¡ten cuidado! Tendrás que prepararte a fondo para este descenso, que *no será unas vacaciones en la Ley*. Elyani y yo nos encargaremos de tu instrucción. Y otra cosa, cuando vuelvas te preguntaré por tercera y última vez si quieres convertirte en aprendiz de los Maestros del Trueno. Si dices que sí se convertirá en compromiso para ambos. “¡Oh oh!”, pensé, “cada vez que ha sucedido esto, yo acababa de cometer el mayor de los desastres. ¿Qué es lo que voy a echar a perder ahora?”

5.26 Preparado para morir.

Una mujer pequeña y regordeta, vestida con la túnica blanca de las águilas Blancas, me dio la bienvenida al llegar al portal del ala femenina.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Szar de la Túnica Marrón!* Soy Doña Pepni del águila Blanca —antes de que tuviese tiempo de responder se giró y me dijo—: ¡Sígueme! —y empezó a caminar rápidamente.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

“Es por esto por que los de la Túnica Marrón y las águilas Blancas son amigos”, pensé mientras me apresuraba tras ella; “se mueven rápido”. *Mi buen Señor Melquisedec*, ¡qué complicada era aquella parte del templo! Había tantos pasillos que giraban y se bifurcaban, todos similares, que empecé a dudar si sería capaz alguna vez de encontrar el camino de vuelta por mí mismo. Tardamos por lo menos veinte minutos en llegar al pequeño patio interior donde me esperaba Elyani. Pepni se marchó y yo saludé apropiadamente a mi instructora de viaje. — *Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Doña Elyani, Suma sacerdotisa del águila Blanca*

— *Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, Szar de la Túnica Marrón*—y me ofreció una de sus sonrisas únicas.

Era la primera vez que podía mirarla detenidamente. En la sala de recepción estaba demasiado sorprendido e intimidado y, en el sarcófago, demasiado enfermo e intimidado. Esta vez, sólo estaba intimidado.

Apenas establecí contacto visual con ella; hubiera sido ilegítimo. Sólo la miré lo suficiente como para poder fijar sus ojos marrones en mi memoria. Una mirada vivaz y perspicaz, lo mínimo que se podía esperar de alguien inquietantemente despierto. Su rizado pelo castaño apenas si rozaba sus hombros, que quedaban al descubierto en la túnica blanca que vestía. Su piel brillaba, probablemente un atractivo que las sacerdotisas de la orden de las águilas Blancas aprendían de Doña Teyani, la gran maga.

— Felicidades por tu nominación como sumo sacerdote de Ganá —dijo ella iniciando la conversación—. Me acerqué a contemplar los rituales de fuego celebrados en honor de los treinta y tres dioses victoriosos. Tu actuación fue excelente.

— Mmm... —deseé que no hubiese visto la danza.

— El modo en que bailabas era muy distinto del estilo de Garrote de Oro —dijo ella—. Me pareció fascinante.

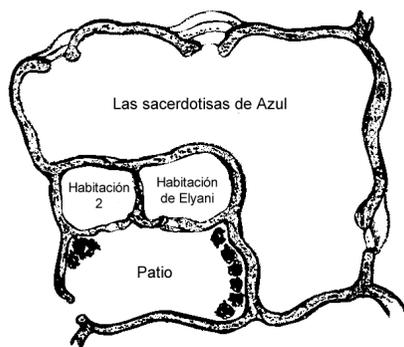
5 – El libro de los misterios de Eisraim

“Oh, mi Señor Melquisedec”, pensé.

— ¿Y qué tal tu peregrinaje por los bosques de Nadavan? ¿Lo disfrutaste?

— Nada más cerca del desastre, Elyani. Tras recibir tu señal de emergencia en el lago...

— Lo sé, lo sé —me interrumpió—. Szar, observa este lugar, ¿te gusta?



En el interior del patio había un pequeño jardín *legítimamente encantador*, con grandes laureles y un prado de color morado que debía su color a miríadas de minúsculas flores violetas que se esparcían por toda su superficie.

— ¡Qué hermoso! ¿Es aquí donde tiene lugar el descenso al Inframundo?

— No es el lugar habitual —dijo Elyani—, pero es el que he elegido para ti. Aquí las *paredes vivientes* contienen fuerzas especiales. Cuando era niña venía a menudo a esconderme a este patio.

— ¿Llegaste al templo cuando eras muy joven?

— Nací en el templo —dijo sonriendo.

— Quizá ésta es la causa por la cual siempre voy cien leguas por detrás de ti, ¡Doña Elyani! No siempre ha sido fácil seguir tus instrucciones mientras viajábamos por las esferas.

— ¡Pero si lo has hecho muy bien! Ha sido todo un placer contemplar tu progreso, Szar.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Me invitó a sentarme junta a ella en el césped morado.

Ya que iba a ser mi instructora, quizá sí era legítimo mantener contacto visual con ella. Me hubiese gustado preguntarle a Gervin acerca de este importante punto de etiqueta. Mientras tanto continué mirando a través de ella, en vez de mirarla directamente.

— Szar, esta vez no te llevaré a un lugar hermoso —hizo una mueca—. Mi viaje a este lugar me hizo enfermar. Y es por ello por lo que el Maestro Gervin me ha pedido que te cuide, durante y tras el descenso.

“Gracias, Maestro Gervin”, dirigí un cariñoso pensamiento hacia el enclave de las joyas. Estaba empezando a preguntarme qué Inframundos sucedía en las esferas inferiores.

— Doña Elyani, ¿me explicarías cómo son los Inframundos?

— Los Inframundos son los basureros de la Tierra. Todas las cosas repugnantes, todas aquellas aflicciones demasiado pesadas para que la gente las lleve en su corazón, toda la congoja y todas las plagas, acaban allí. Recuerda estos versos de la Ley:

Aquella pesadumbre que enterré en mi corazón y luego olvidé,

La encuentro de nuevo en mi viaje por el Hades.

Todavía me sentía más curioso que preocupado.

— ¿Y qué se supone que tengo que hacer cuando esté allí abajo?

— No puedes hacer nada allí abajo. Sólo debes sostener firmemente un símbolo para no perder tu Espíritu.

— ¿Cómo podría perder mi Espíritu? —pregunté inocentemente. Pero recordando los golpes recibidos en los últimos meses, añadí—: Sí, ya sé. Hay muchas maneras por las cuales un hombre puede perder su Espíritu, ¿verdad?

Elyani me envolvió con su dulce presencia.

— Acabas de vivir momentos difíciles, ¿verdad?

Asentí. Durante un breve segundo, tan breve que no podría ser ilegítimo, nuestras miradas se encontraron.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Definitivamente ella poseía aquella calidez que hacía que la lucha por despertar mereciese la pena.

— Convertirse en una sacerdotisa del águila Blanca tampoco fue siempre fácil.

— ¿Qué tipo de cosas hacéis las sacerdotisas del águila Blanca? ¿Es extremadamente secreto o me lo puedes contar?

— Probablemente las dos cosas —dijo, esperando una pregunta.

¡Madre de la Luz! Ella y Gervin se parecían tanto que a veces me preguntaba si sería su hija.

— Dime por ejemplo —pregunté de inmediato— cuál es la cosa más difícil que has tenido que hacer nunca.

Elyani respondió sin vacilar.

— Descender al Inframundo.

Tragué saliva, deseando no haber hecho aquella pregunta.

Viendo mi confusión, Elyani continuó rápidamente la conversación.

— Podemos conversar sobre la orden del águila Blanca en otro momento. Por ahora concentrémonos en el descenso. A medida que descendas te irás encontrando gente y fuerzas que te harán sentir incómodo. Y muchas emociones que se encuentran en estado latente, dudas y aflicciones, estallarán en tu interior. Esto puede provocar que pierdas tu camino.

Apuntó con el dedo a mi corazón.

— Este es el mayor peligro allí abajo, ¡perdersé! Si te pierdes, puedes permanecer extraviado durante mucho, mucho tiempo. Todo se congela. ¡Es peor que la muerte! Y por eso, estas son tus instrucciones:

Sigue caminando, ¡aférrate a tu símbolo!

¡Nunca te detengas en el camino!

Nunca camines sobre tus pasos, ¡nunca mires atrás!

— ¿Tú te perdiste? —pregunté.

— Sí.

Recordando lo seguro que me sentía cuando viajaba bajo su guía, me sentí desconcertado.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¿Cómo puedo perderme si te voy siguiendo?

— El problema reside en que, en el Inframundo, sólo puedes ser acompañado hasta cierto lugar. Después tienes que viajar sólo, pues uno siempre está sólo en aquellas esferas. Todo el mundo. Siempre. El viaje sonaba cada vez menos apetecible.

— Hay un secreto para mantener tu hilo y no perderte, debes elegir un símbolo que tenga un verdadero significado para ti y recordarlo en todo momento. Veas lo que veas, pienses lo que pienses, debes recordar tu símbolo. Debes prometerte a ti mismo mantenerte firme y no permitir que nada ni nadie te haga olvidar este símbolo.

— ¿Qué tipo de símbolo debo elegir?

— Algo que posea un gran significado para ti. Algunas personas eligen recordar la presencia de su maestro en lugar de un símbolo, o de alguien que aman y por quien se preocupan. También puedes utilizar una resolución que hayas fijado en tu mente. Debes encontrar aquello que te sea más difícil olvidar.

No tenía ni idea de qué elegir y cada vez me sentía menos seguro.

— Elyani... no he triunfado en casi ninguna de las tareas que el Maestro Gervin me ha encomendado en los últimos años. ¿Por qué va a ser diferente esta vez?

— Mmm... ¿Sabes lo que Doña Teyani dice cuando una de sus sacerdotisas habla como tú lo estás haciendo? Ella les grita —Elyani alzó su voz—: ¡Así es como habla un durmiente! ¿Eres un águila Blanca o una gansa blanca? ¡Despierta, mujer de la Ley!

Sonreí. La sonora imitación estaba muy bien hecha.

— Dudas... —murmuré.

— Teyani dice que la parte de ti que tiene dudas y disfruta quejándose es la parte que desea volver al estado de completo ensueño.

Esto sonaba asombrosamente cierto. Tuve que pararme a pensar.

— Bien, entonces posiblemente necesito que me despierten —exclamé frunciendo pensativamente el ceño.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— De acuerdo —y entonces me gritó de forma totalmente ilegítima—:
¡Szar, esto es parloteo de durmiente! ¡*Despierta, hombre de la Ley!*
¿Eres un Maestro del Trueno o un pollito marrón?

¡Así que ella conocía a los Maestros del Trueno!

Sus gritos me dejaron tan estupefacto que Elyani se echó a reír.

— Quizá yo... —la imagen del pollito marrón se impuso en mis pensamientos, interrumpiendo su flujo.

Elyani observaba la reacción de mi semblante para decidir qué dirección seguir.

— ¡Está bien, está bien! —alcé la voz— ¡Olvida todo lo que he dicho!
No descenderé a los Inframundos como un pollito marrón. Y me desplazaré tan rápido que estaré de vuelta antes de que Nuestro Señor Ganá se dé cuenta de que su sumo sacerdote ha desaparecido *bajo las legítimas violetas*.

— Mmm... —esto fue todo lo que dijo. Entonces cambió de tema—:
Por cierto, Szar, una de las sacerdotisas del águila Blanca descenderá al mismo tiempo que tú. Se llama Vivyani.

— ¿De verdad? ¡*Es legítimamente fantástico!* Incluso podríamos encontrarnos allí abajo.

— No es muy probable —dijo Elyani haciendo una extraña mueca.
La única persona a la que había visto hacer muecas como aquella era Gervin.

— Nadie se encuentra con nadie allí abajo. Sólo hay sombras solitarias que buscan eternamente otras almas para nunca encontrarlas.

Temiendo el efecto que sus palabras producirían en mí si lo permitía, produje una amplia sonrisa y dije:

— ¡Suenan genial, Doña Elyani, no puedo esperar! ¿Y cuánto tiempo se tarda en descender?

— Unos cuantos días, a veces algunas semanas.

¡Remoto Inframundo! ¿Algunas semanas? Estuve a punto de atragantarme de nuevo.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¿Voy a permanecer tumbado en el prado durante semanas?
—pregunté.

— No. Empezarás aquí, para que la última imagen que lleves contigo sea hermosa. La última cosa que está en tu mente antes de morir permanece contigo para siempre. Cuando hayan transcurrido algunas horas, tu cuerpo será trasladado a esta habitación —dijo indicando una de las dos puertas que daban al patio—. Yacerás sobre un colchón especial relleno de hierbas que todavía conservan la magia de los Días Antiguos, *cuando la Tierra era lozana y los hombres jóvenes*. No estarás sólo. Otro colchón como el tuyo ha sido colocado allí para recibir a Vivyani del águila Blanca, para que yo os pueda cuidar al mismo tiempo.

— ¿Conoceré a Vivyani del águila Blanca?

— Naturalmente. Tan pronto como estés de vuelta. Ella ahora está realizando el entrenamiento preparatorio. Descenderá un día después que tú. ¡Veamos quién regresa primero! —sus ojos centellearon—. Es muy amable de su parte dejarte empezar un día antes que ella. Pero claro, será muy vergonzoso para ti si regresa antes.

— ¡No te preocupes, Elyani! —recuperé mi sonrisa llena de optimismo—. He tenido mucho entrenamiento previo en avergonzar mi linaje.

Cada vez que la escuchaba reír, me sentía más fuerte.

5.27 Muerte iniciática.

— La gran paradoja es, cuanto más mueres, más vivo te sientes. ¡Y más despierto! —Gervin había empezado a darme instrucciones sobre cómo comportarme en el Inframundo.

— En la muerte hay mucho más de lo que la gente piensa. Cuando mueres debes soltarlo todo. Esto crea un estado de apertura total en el cual todo es posible.

Los Señores del Destino pueden colocarte en una nueva trayectoria. Los dioses pueden concederte dones insospechados. La chispa divina

5 – El libro de los misterios de Eisraim

en tu interior puede encenderse. Alguien que nunca pudiera morir sería como un pollito que nunca sale del cascarón.

Reflexioné sobre la imagen del pollito marrón saliendo del cascarón. Gervin continuó:

— Se puede morir de muchas maneras. Cuando la Madre de la Luz te instó a abandonar la Túnica Rosada murió una parte de ti. Cuando decidiste no dejarte morir ahogado en el lago, otra parte de ti murió. E incluso antes, mientras viajabas por las esferas, experimentaste varias muertes sin apenas darte cuenta —Gervin sumergió su mirada en mi interior—. En el proceso del despertar del Espíritu, morir se convierte en un estado permanente de apertura que brinda un gozo tal que las palabras se quedan cortas.

El poder que trasmitían sus palabras despertó un zumbido que vibraba por todo el espacio de la estancia aguamarina.

— Así que lo mejor que puedes aprender de este descenso, además de regresar, ¡obviamente!, es sumergirte en el estado de muerte como un iniciado, con una actitud positiva de gozo y apertura al infinito, en vez de resistirte a la desintegración de cada uno de tus pedazos. Al mismo tiempo, debes sostener con firmeza tu símbolo para no perder tu camino.

— ¿Qué símbolo debo elegir, Gervin?

— Permíteme que te dé una pista sobre esto. El símbolo con el que empezarás tu descenso puede no ser el apropiado para ayudarte a encontrar el camino de vuelta a la superficie. El secreto consiste en encontrar un nuevo símbolo en el momento de la gran rendición, cuando tu pequeño ego explota. El nuevo símbolo te será revelado desde lo más profundo de tu interior y es por ello por lo que tendrá el poder de guiarte incluso a través de la desolación del Inframundo.

— ¿Y qué hago si me pierdo?

— ¡*No debes* perder tu camino! Si te pierdes no existe garantía alguna de que alguien sea capaz de traerte de vuelta y por eso, ¡ *no* te perderás! Lehrmon fue antes que tú y yo antes que él y mi maestro y

5 – El libro de los misterios de Eisraim

muchos otros antes que yo. Ninguno de nosotros se perdió y tampoco lo harás tú —con el poder atronador de su linaje, Gervin grabó sus palabras en mi interior.

— Aun así Elyani se perdió —señalé.

— Estuvo a punto, es cierto, y es por ello por lo que insistió tanto en cuidar de ti.

“Mmm, así que fue ella quien insistió y no Gervin”, pensé.

— Las sacerdotisas del águila Blanca tienen una regla muy estricta. Deben descender *una hora antes de la luna nueva, cuando el Inframundo abre sus más profundos y aterradores pasadizos, cuando todas las almas que se lamentan en sus frías entrañas caen en la más oscura desesperación*. Tú, en cambio, descenderás un día antes de la Luna Llena y esto suavizará tu viaje. Pero aun así, ¡ten cuidado! No hay una manera fácil de descender al Inframundo.

Todo esto me dejó pensativo.

— ¿Cómo debo prepararme?

— Reflexiona sobre lo que hemos hablado hoy. Elige tu símbolo cuidadosamente. Y pasa más tiempo con Elyani. Será excelente para tu desarrollo espiritual. Fruncí el ceño. ¿Qué Inframundos quería decir? Probablemente que debía intentar observarla detalladamente y esforzarme por convertirme en alguien tan inquietantemente despierto como lo era ella.

Y sin venir a cuento, Gervin prorrumpió en carcajadas.

5.28 El descenso.

Era muy temprano, el día antes de la Luna Nueva. En esta ocasión la misma Doña Elyani vino a recogerme al portal del ala femenina. Mientras la seguía por el laberinto de pasillos le pregunté:

— ¿Debería un hombre sentir algo especial antes de iniciar su descenso?

— No. Ahora no es el legítimo momento para preocuparse —respondió.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Menos mal. Mi mente estaba bastante ausente. Los mismos legítimos temas de siempre. ¿Estaría más asustado si estuviera menos dormido? Para distraer mi atención, Elyani dijo:

— Vivyani se *alegró legítimamente* cuando supo que el aprendiz de Gervin estaría hibernando en la misma habitación que ella. Tiene muchas ganas de conocerte, tan pronto como volváis. Ella es una pequeña alma jubilosa, ¿sabes?

— ...Y tendré que apresurarme y regresar en un margen de tiempo decente —dije—, pues de lo contrario quizá no tenga la suficiente paciencia como para esperarme. Lo sé.

— Yo te he enseñado a viajar, ¡a ella no! —dijo Elyani en tono bromista—. ¡Tienes que hacer que me sienta orgullosa volviendo antes que ella!

Un pollito marrón como yo superando a un águila Blanca en el viaje... esto me dejaría *legítimamente atónito*.

Llegamos a su patio. Contemplé las pequeñas y fragantes violetas que cubrían completamente el prado.

— Y bien, ¿qué debo hacer ahora?

— ¡Ir al lavabo! —de las dos puertas que daban al patio, Elyani apuntó a la de la derecha.

“Ella me está cuidando”, pensé. Cuando regresé le pregunté:

— ¿Es aquí donde descansará mi cuerpo?

— No, ésta es mi habitación. Vivyani y tú estaréis en la otra estancia —apuntó a la puerta de la izquierda, al lado de los laureles—. Ven a sentarte conmigo en el prado, tengo una bebida para ti.

Me senté a su lado en la alfombra de flores violeta y recibí la gran taza que me ofrecía. Sonreí observando el líquido lechoso.

— Un brebaje blanco, ¿de qué otro color podría ser? —y empecé a beber. Pero el mejunje estaba tan increíblemente especiado que me atraganté—. ¿Qué es *eso*?

— Leche de dragón —respondió cándidamente—. Un gran secreto, repleto de magia. Salvará tu vida como ha salvado muchas otras. Si

5 – El libro de los misterios de Eisraim

regresas realmente rápido, consideraré la posibilidad de darte la receta, a ti y a todo tu linaje.

— Doña Elyani, si había algo que podía motivarme de veras, ¡sin duda era esto! —y meforcé a ingerir la bebida mágica. Me llevó un rato.

Cuando terminé exhalé su fuego con fuerza.

— Ahora tengo que pedirte un favor. Sabes que lo último que esté en tu mente justo antes de morir es extremadamente importante. La Ley de las águilas dice que permanece contigo para siempre. Pues bien, querría que te llevaras contigo este jardín. ¿Lo observarías *de verdad*, por favor?

No podía creer lo que le sucedía a mi cuerpo tras beber aquella leche de dragón. Había lenguas de fuego bailando en mi estómago y un extraño cosquilleo recorría cada célula de mi cuerpo. Sentí tal ráfaga de energía en mi cabeza que hubiera sido capaz de saltar y rugir. Y sin embargo me resultaba muy difícil moverme. Reuniendo todas mis fuerzas hice lo que Elyani me había indicado.

Empecé con los laureles de la derecha y lentamente giré la cabeza.

Los ojos de Elyani brillaban más que nunca.

¿Qué tenía aquella leche de dragón? Olvidé por completo evitar el contacto visual.

— ¿Recordarás mi jardín? —dijo sonriendo.

Qué bella sonrisa. Cálida.

Cálida como Teyani cuando contemplaba a Gervin.

— Elyani —dije tras varios minutos—, estoy empezando a sentirme muy mareado. Escucho un fuerte sonido sibilante en mi cabeza.

— No te preocupes, todo esto es normal cuando bebes leche de dragón. Simplemente tumbate con la cabeza hacia aquí.

Apenas sentía mi cuerpo. Tuve que arrastrarme hasta el lugar que Elyani me había indicado y una vez allí, me recosté boca arriba. Elyani me cubrió con una manta blanca y se sentó a mi lado en el suelo. Con su voz más tierna me preguntó:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¿Estás preparado?

La miré profundamente a los ojos.

— *¡Que el águila Blanca me lleve!*

Devolviéndome la sonrisa, colocó sus manos en dos puertas energéticas situadas en mis sienes y realizó una rápida maniobra que me proyectó fuera de mi cuerpo en la oscuridad visible.

Recuperé mi claridad mental al instante.

Escuché la voz de Elyani que me llamaba en el espacio.

— ¿Cuál es tu símbolo?

— Empezaré con el símbolo de viaje de Gervin y es posible que lo cambie más tarde.

El inicio del descenso era parecido a los viajes que había emprendido anteriormente con una sola particularidad, la sensación de deslizarme hacia abajo. Tras un corto espacio de tiempo, escuché a Elyani decir:

— Estamos abandonando la oscuridad visible y entrando en las afueras del Inframundo —yo todavía no podía detectar la diferencia. Hasta ese momento habíamos descendido a una velocidad muy suave.

— Vamos a internarnos en un pozo —me indicó Elyani.

Caída libre. Bruscamente. Duró menos de tres minutos y sin embargo recorrimos una gran distancia. La voz de Elyani seguía conmigo.

— Tómate tu tiempo. Observa con tranquilidad lo que te rodea.

Este espacio era diferente de las esferas por las que había viajado anteriormente.

La atmósfera era fría y la oscuridad densa, no se parecía en nada al brillo astral de los mundos intermedios.

— Te voy a dirigir hacia otro pozo —dijo Elyani tras unos minutos.

Otra caída libre. Me llevó a lugares más fríos y más profundos.

— *Mi Buen Dios Melquisedec*, Elyani, ¡nunca antes había percibido que el espacio pudiera ser tan oscuro!

— ¿Cómo te encuentras, amigo mío de la Túnica Marrón?

— Desafiado, Señora del águila. No quiero ser un durmiente esta vez.

¿Has oído hablar del libro de Maveron?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Elyani respondió con una cita:

— *El día para el durmiente es la oscuridad. La oscuridad para el despierto es el día.* Esto nos viene al caso, ¿verdad?

— *¡Atención! ¡Llega la hora de la verdad!* —citó a mi vez, sintonizando con la fuente clara.

— Ahora debes desplazarte de pozo en pozo rápidamente. Prepárate para los saltos.

Caí y caí, engullido por una creciente oscuridad que no presagiaba nada bueno.

Pareció durar una *horrorosa eternidad* a pesar de que, al igual que en las esferas celestiales, podía intuir que el tiempo transcurría de forma diferente que en el reino. Finalmente aterricé en lo que parecía ser una gran cueva levemente iluminada.

— Esto es —dijo Elyani.

Ya no caía, ni podía flotar. Tenía que caminar. Inmediatamente percibí algo extraño y me detuve a llamar a Elyani:

— ¡La fuente clara! ¡Ya no la siento!

Recibí una rápida respuesta:

— *¡Sigue caminando, Szar! ¡Nunca te detengas en el camino!*

Mientras reanudaba mi marcha, Elyani me explicó:

— Varias cosas se desprenderán de ti, una tras otra. Es lo que sucede en el Inframundo —tras un momento me preguntó—: ¿Cómo te encuentras?

— Me siento pesado. Pero creo no me importa pasar por este reto —dije. Reuniendo toda mi voluntad, grabé en mi interior: “¡No quiero dormir!”

Elyani respondió para mi gran deleite con el verso que me parecía el más hermoso del libro de Maveron y quizá incluso de la Ley entera.

— *Quien nunca duerme, ¡nunca muere!*

Continué avanzando, empujando cada paso. Elyani repitió su retahíla de instrucciones una y otra vez:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— *Sigue caminando, ¡aférrate a tu símbolo!*

¡Nunca te detengas en el camino!

Nunca camines sobre tus pasos, ¡nunca mires atrás!

Mi mente permanecía fija en el símbolo de Gervin, seguí caminando. Pronto encontré otras personas. Algunos caminaban muy despacio. Otros estaban sentados o tumbados en el suelo. Tenían muy mal aspecto. No se hablaban entre sí, ni siquiera parecían darse cuenta de la presencia de los otros. Sin embargo, un gran número de ellos hablaban consigo mismos. Algunos mantenían conversaciones imaginarias, otros eran completamente incoherentes. Muchos de ellos tenían un halo de oscuridad en el lugar donde debía estar su semblante. Empezaba a comprender por qué el Inframundo se llamaba el reino de las sombras.

— Parece que hay mucha locura por aquí —le dije a Elyani.

Cuando me respondió, su voz era preocupantemente tenue.

— Szar, no estaré contigo durante mucho más tiempo. Y aunque pudiese estar contigo, tú no me verías.

Seguí caminando mientras le decía en tono tranquilizador:

— Lo creas o no, me siento mucho más despierto que cuando me levanté de la cama esta mañana —entonces añadí—: Y no te equivoques, no he olvidado tu promesa.

— ¿Qué promesa? —dijo la lejana voz.

— Tan pronto como regrese, ¡quiero la receta de la leche de dragón!

— ¡Te lo prometo!

Fue la última vez que la escuché.

“Oh, ¡no!”, pensé, preso de un súbito ataque de ansiedad, “¡Ahora sí que me he metido en la boca del lobo!” Pero no había tiempo para los lloriqueos de Szar-ka. Con mi mente fija en el símbolo de viaje de Gervin, caminé lenta y pesadamente, utilizando las instrucciones de Elyani como mantra:

Sigue caminando, ¡aférrate a tu símbolo!

¡Nunca te detengas en el camino!

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Nunca camines sobre tus pasos, ¡nunca mires atrás!

Mi mente permanecía fija en el símbolo de Gervin, seguí caminando. Cuanto más avanzaba, más enferma estaba la gente que me encontraba. Unos gritaban de terror. Otros aullaban como animales. Otros corrían tan rápido como podían, atestados de pánico, acosados por enemigos invisibles.

Un torrente de aflicción me inundó mientras caminaba en la penumbra. La nostalgia del reino que había dejado atrás se combinaba con el horror de lo que iba descubriendo. Las lágrimas afloraban a mis ojos sin cesar.

“¿Pero qué hago aquí?”

¡Sigue caminando!

La densa atmósfera se hundía con aires de derrota y mortal desesperación, insalubridad y enfermedad. Dondequiera que mirase había grotescos personajes, animales deformes y monstruos, todos contribuyendo al insoportable y espeluznante clamor.

“Oh, ¡dioses!”, miré hacia arriba, pero reinaba la oscuridad.

¡Aférrate a tu símbolo!

Tropecé con un cuerpo. Una vieja mujer desnuda, reseca y esquelética. Cuando me vio se encogió. Se estiró del pelo y empezó a gritar llena de pánico.

— ¡No te voy a lastimar! —le grité.

Ella clamaba con tanta fuerza que no me escuchaba.

¡Nunca te detengas en el camino!

Intenté alejarme pero se agarró a mi pierna.

Asustado, le di una patada.

No me soltaba.

Le di otra patada, esta vez más fuerte, en la cara.

Se desplomó inconsciente.

Eché a correr, tan rápido como pude.

— ¡Oh, dioses! —exclamé horrorizado— ¿Qué estoy haciendo?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Sentí un gran impulso de regresar corriendo y consolarla.

Nunca camines sobre tus pasos, ¡nunca mires atrás!

Mientras me abría camino lentamente entre la marabunta de gente y bestias, me vino a la mente un pasaje de la Ley.

Reino del Hades, reino de las sombras.

Mundo sin esperanza.

Vacío sin fin donde tanto lo grande como lo pequeño se desintegra.

Oh, Caballero del este y del oeste.

Da un paso y otro paso.

Sin mirar a la izquierda ni a la derecha.

No sea que contemples la oscuridad y la desesperación.

Tras una caminata que parecía no tener final, llegué a un gran pasadizo abovedado que separaba esta caverna de la siguiente. El hedor era insoportable. Me dejó sin aliento.

Un hombre minúsculo se acercó corriendo hacia mí.

— ¡Regresa, amigo! —me gritó—. ¡No sigas en esta dirección! ¡Esta caverna es mucho peor que cualquier cosa que puedas imaginar!

Sorprendido agradablemente al ver a alguien que hablaba de forma coherente, lo saludé:

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, amigo mío en la Ley!*

él cayó de rodillas y se echó a llorar.

— ¡No tienes ni idea de lo que he visto!

— ¿Qué has visto, *amigo mío en la Ley?*

El pequeño hombre golpeó su cabeza contra el suelo de piedra gritando:

— ¡No, no, no, no...!

Lo observé en silencio, esperando a que recobrase el sentido.

él golpeó su cabeza cada vez con más fuerza, gritando:

— ¡No, no, no, no...!

¡Sigue caminando!

El hombre decía la verdad. Lo que descubrí allí era peor que cualquier cosa que hubiese podido imaginar.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

“¡Oh, dioses! ¿Es esto realmente parte de vuestra creación?”

Perdí mi claridad completamente y empecé a sollozar como un niño.

La caverna estaba llena de cuerpos mutilados de gente y animales, amontonados unos encima de otros.

Vomité.

¡Aférrate a tu símbolo!

Había tantos cadáveres en el suelo que no tenía otra opción que caminar sobre ellos. En medio de aquella resbaladiza vorágine, tuve que vigilar mis pasos con mucho cuidado.

“¡Oh, dioses! ¡No! ¡Esto no es posible!” Rompí en sollozos al darme cuenta de que muchos de los cuerpos todavía se movían. Algunos pedían ayuda, intentando desesperadamente emerger de la pesada masa de carne pútrida y gruesos gusanos negros.

¡Nunca te detengas en el camino!

Parecía no terminar nunca. A veces, uno de los cuerpos terriblemente mutilados me llamaba por mi nombre:

— Szar, por favor, no nos dejes aquí. Llévanos contigo.

Me aferré a mis instrucciones: *Nunca camines sobre tus pasos, ¡nunca mires atrás!*, e intenté ignorarlos.

— ¡Por favor, Szar! ¡Detente! ¡Eres nuestra única oportunidad para salir de aquí! ¡Por favor! —seguían diciéndome.

Finalmente llegué a otra caverna donde miles de almas perturbadas y bestias corrían en todas direcciones. El pandemonio de aullidos, gemidos y alaridos era tan insoportable que tuve que taparme los oídos. Pero no logré evitar la ensordecedora cacofonía.

¡Sigue caminando!

Pero, ¿cómo?

Tenía que saltar muy rápido para esquivar los proyectiles vivientes.

Conforme avanzaba, la caverna se iba ennegreciendo hasta llegar a la oscuridad completa. Fui derribado muchas veces por gentes que corrían hacia mí.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Cada vez que caía me levantaba y continuaba caminando.

Todavía no sentía dolor alguno en mi cuerpo, pero me anegaba la aflicción.

— ¡Gervin! —sollocé—, ¿Qué hago aquí? ¿Para qué sirve todo esto?

¡Aférrate a tu símbolo!

Llegué a un área iluminada por un brillo tenue. Me pareció reconocer algunas de las caras que había visto horas antes.

¿Acaso estaba corriendo en círculo?

Quizá me estaba empezando a confundir. Me resultaba muy difícil pensar con claridad.

¡Nunca te detengas en el camino!

Decidí ignorar lo que veía.

Pero, tras unos momentos, reconocí a la vieja mujer desnuda a la que había golpeado en la cara. Ella continuaba gritando llena de terror y dolor, tirándose del pelo.

No quería verlo. Intenté cerrar los ojos pero no conseguí apartar las escenas de mi vista.

La locura de la situación estaba empezando a hacer mella en mí. ¿Qué sentido tenía caminar en círculos? Hubiera dado lo mismo intentar regresar a donde había empezado.

Nunca camines sobre tus pasos, ¡nunca mires atrás!

Seguí adelante. Más y más.

El pandemonio no acababa nunca. La fatiga estaba empezando a cobrarse su deuda.

¿Cuánto tiempo llevaba caminando? Me parecían días más que horas, pero ¿cómo podía saberlo en aquellas oscuras cavernas?

¡Sigue caminando!

Sentía todo mi cuerpo dolorido.

Mis pies estaban llenos de ampollas, mis piernas no cesaban de dar calambres.

La fatiga se convirtió en agotamiento.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Como un miserable desdichado caminaba cada vez más lentamente, con la cara contorsionada de dolor y agitando los brazos sin control. Pero nada era más doloroso que aquel ruido. La sinfonía del infierno, el clamor atroz de millones de almas en pena.

¡Sigue caminando!

Mientras me esforzaba por atravesar un estrecho conducto que me obligaba a inclinar la cabeza, me sobrecogió una horrible visión: ¡Mis pies! ¡Mis pies habían sido devorados por el camino! ¡Caminaba sobre piernas mutiladas!

Darme cuenta me hizo derrumbarme en el suelo de piedra, tocando con mi cara los escombros.

— Elyani, ¡no puedo seguir caminando! —clamé.

Escuché su voz y vi su cara, pero ella ya no era una joven y bella sacerdotisa del águila Blanca sino una arrugada y vieja bruja que vestía harapos y me gritaba con rabia:

— ¡Nunca te detengas en el camino! ¡Nunca te detengas en el camino! Verla tan odiosa y furiosa me hirió más que nada.

— ¡No! ¡No! ¡ésta no puedes ser tú! —sollocé.

¡Aférrate a tu símbolo!

Mientras intentaba seguir el camino gateando, me di cuenta de algo terrible. ¡Había perdido el símbolo de Gervin!

¿Dónde estaba?

No podía recordar su forma.

— ¡No, no, no! —clamé desesperado.

5.29 En el reino.

Doña Teyani cruzó el césped púrpura y entró en la habitación donde los dos cuerpos se mantenían en estado de hibernación. Apenas respiraban, semejando niños profundamente dormidos. El aire de la habitación vibraba con el poder de la Voz, que Elyani tenía que usar intensivamente para preservar la vida en ambos cuerpos. Se percibía una intensa fragancia de hierbas y claros signos de que la presencia del

5 – El libro de los misterios de Eisraim

águila Blanca había sido invocada. Una habitación en la que, definitivamente, Teyani se sentía como en casa.

Tras un breve y legítimo saludo, ella preguntó:

— ¿Cómo se encuentran hoy nuestros bellos durmientes?

Elyani contuvo el aliento.

— Vivyani parece que está bien. Pero percibo señales de que Szar está sufriendo. Su cuerpo es muy débil y enfermizo. Si tuviese que hibernar más de tres semanas, no quedaría nada de él.

— ¿No dijiste que lo hizo muy bien cuando llegó la zona donde empiezan las cavernas? —Teyani trató de animarla.

— Sí, parecía estar realmente sereno. Mucho más sosegado que Vivyani, quien se angustió profundamente apenas vislumbró las cavernas de la enfermedad.

Teyani cambió de tema.

— Observa esta enorme marca de nacimiento marrón en la mejilla izquierda de Szar. ¡No es nada agradable! Veamos si podemos deshacernos de ella mientras está hibernando. Deberíamos probar algunas de las hierbas que Pepni y Afani trajeron de las tierras de Perentie. Los bálsamos que se pueden hacer con ellas son magníficos. Elyani se esforzó por sonreír.

— Has estado invocando al águila Blanca, ¿verdad? —preguntó Teyani— ¿Qué te ha dicho?

Con la voz presa de desaliento, Elyani respondió:

— El águila Blanca me dijo que Szar está siendo sometido a grandes pruebas y que Vivyani todavía camina pero pronto se detendrá.

Al oír esto, Teyani se entristeció. No había nada que ella pudiese hacer. Se acercó a Vivyani y se sentó a su lado en el suelo, acariciando gentilmente su semblante mientras escaneaba sus centros de energía. Tras inspeccionar las principales puertas energéticas vitales de Szar, elogió a Elyani:

— ¡Vuf! ¡Su estado de hibernación está magníficamente supervisado! Te has convertido en una experta en este arte. Tendré que pedirte

5 – El libro de los misterios de Eisraim

algunas lecciones.

La sola idea de dar lecciones a doña Teyani, Gran Maga de los Días Antiguos y Gran Maestra del águila Blanca, hizo que Elyani se echase a reír. Un poco.

5.30 Inframundos Más Profundos.

¡Sigue caminando! ¡Nunca te detengas en el camino!

Para entonces había olvidado todo lo demás.

El clamor era insoportable.

Gateando miserablemente sobre el suelo rocoso a través de las oscuras y estrechas entrañas, me aferré al verso en mi desesperación.

¡Siguen caminando! ¡Nunca te detengas en el camino!

Me acechaban terribles semblantes. Algunos pertenecían a monstruos grotescos, otros eran los rostros de personas que había conocido durante mi vida y que ahora parecían disfrutar aterrorizándome e insultándome.

Todos los durmientes de la Túnica Rosada me perseguían.

— ¿Pensabas que te ibas a escapar? ¡Pobre idiota en la Ley! —dijeron con desdén—. ¡Ahora vas a pagar por abandonarnos! —y me golpearon sin piedad, pisoteando mis lisiadas extremidades.

¡Sigue caminando! ¡Nunca te detengas en el camino!

Artold, gigantesco, con la cara contorsionada por el odio, me gritó:

— *¿Y cómo están tus padres, amigo mío en la Ley? ¿Y cómo están tus padres, amigo mío en la Ley? ¿Y cómo están tus padres...* —y se lanzó sobre mí como una bestia salvaje.

Mi cuerpo negro como el carbón se deshacía gradualmente en pedazos. Hacía rato que había perdido mis pies y ahora perdía mi mano izquierda. Escupí todos mis dientes. Trozos de mi cuerpo eran arrancados uno tras otro. Tuve que soportar verme a mí mismo desintegrándome mientras el hedor de los gases tóxicos y densos que inundaban aquella atmósfera me iba asfixiando lentamente.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Pero lo peor de todo aquello, lo más doloroso, era el ruido, el clamor ensordecedor de las almas en pena. Nunca cesaba. La desesperación que trasmitía iba más allá de las palabras.

Alcancé un punto de agotamiento tan extremo que ya no pude hacer un solo movimiento.

Susurré:

— Elyani, ¡perdóname! Ya no puedo seguir, Elyani, ¡me estoy muriendo! —mientras la llamaba reapareció la viajera bruja y empezó a atosigarme de nuevo.

En cuanto apareció en mi conciencia, la idea de morir desencadenó toda una serie de pensamientos. En lo más profundo de mi psique, Gervin había sembrado fuerzas que, tal y como habían planeado, reaparecían en el momento más crucial.

— ¡Muerte! —pensé—. ¡Esto es lo que realmente necesito! No más lucha. Simplemente muerte.

Abandoné mis intentos por gatear, por mantener la sustancia de mi cuerpo unida, por alejar aquellos espantosos semblantes y el dolor, el hedor y el clamor. Me dejé ir totalmente, irreversiblemente e irrefrenablemente, abandonando todo esfuerzo.

Una apertura momentánea tuvo lugar.

En pocos minutos, mi cuerpo se desintegró por completo.

¿Y qué?

Verme sin un cuerpo me hizo sentir inmensamente libre. Perdí el contacto con la estrecha cueva, entrando en una nueva inmensidad.

¿Dónde estaba?

Las formas monstruosas habían desaparecido, así como el hedor y el clamor.

No existía suelo, techo ni paredes, sólo la Luz. Luz Blanca.

Y, ¡hete aquí! Gervin apareció, caminando hacia mí en su túnica marrón. Y me habló:

— ¿Ves? Era muy sencillo. Todo lo que tenías que hacer era abandonar todo intento.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

En el estado de éxtasis en que me encontraba gracias a la Luz, me pareció muy natural verlo allí.

— *Sí, tienes razón, ¡era muy sencillo!* —respondí con una sonrisa, realmente creía lo que acababa de decir.

Gervin continuó:

— *Ahora bien, si hubieses intentado abandonar todo intento, no hubiese funcionado.*

Todo parecía extremadamente sencillo en aquella Luz Blanca.

— *¡Claro! Pero, Gervin, ¿no me enseñaste que para despertar debía intentar hacer cosas, cualquier cosa?*

— *Esto era porque necesitabas hacer muchos esfuerzos antes de que abandonar todo intento te reportase despertar.*

— *¡Naturalmente!* —exclamé.

— *En cuanto vuelvas al reino, deberás seguir haciendo muchos intentos. Pero por ahora —dijo el Maestro del Trueno— lo que debes hacer es encontrar el símbolo que te traerá de vuelta a la superficie. Te veré en el reino —añadió.*

Y entonces se alejó.

“¡Ningún problema!” pensé, “encontraré ese símbolo”.

La luz cambió. Era menos brillante y podía sentir una leve brisa. Me encontré en una habitación grande y vacía donde todas las cosas que habían sucedido en mi vida me eran mostradas.

— *¡Vaya!* —exclamé en cierto instante— *¡Eso es realmente hermoso!* Era el momento en que Gervin me explicaba el verso: *¡Una Ley, un camino!*.

— Los durmientes creen que su destino está marcado desde el momento en que nacen —había comentado Gervin—. *Una Ley, un camino!*. ¿Qué otra cosa podían hacer sino seguir la Ley de sus padres? No existía la duda o la indecisión. Repetían ciegamente el ejemplo de sus ancestros, creyendo que así seguían la verdadera Ley. Pero cuando los hombres se despojaron de las brumas más densas del sueño, se liberaron de su comprensión limitada de la Ley. Se dieron

5 – El libro de los misterios de Eisraim

cuenta de que podían seguir muchos caminos. Esto causaba a menudo grandes dudas sobre la dirección a seguir.

Pero para aquellos que estaban despiertos, aquellos que conocían verdaderamente el corazón de la Ley, seguían viendo con claridad el camino a seguir. No importaba si existían muchas opciones y se presentaban diferentes líneas de tiempo frente a ellos. Sabían cómo reconocer dónde reside la Verdad y podían seguirla con rectitud. *¡Una Ley, un camino!*

“Este es mi símbolo”, pensé sin dilación, “pues *quien nunca duerme, nunca muere*”.

Fue así de sencillo. Y ya que había encontrado mi símbolo, me esforcé por regresar.

Mientras avanzaba en línea recta, la luz se atenuaba gradualmente y se tornaba amarillenta. Reinaba una pesadez soporífera, muy diferente de la Luz Blanca, que no contenía pesadez ni ligereza, sólo la Luz más pura.

Empecé a encontrar gente de nuevo y me llamaban por mi nombre:

— Szar, ven por favor, quiero enseñarte algo.

No los escuché, repitiendo en mi interior: *Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!*. En ocasiones, la gente incluso intentaba tocarme y agarrarme del brazo. Yo sólo tenía que recordar la Luz de la que regresaba y se desvanecían frente a mí.

Continué mi camino. Esta vez era fácil no dejarme distraer por la muchedumbre y las bestias. Tras haber visto la Luz, lo demás parecía insustancial e irreal. Podía sentir que la gente en aquellas cavernas estaba sufriendo una gran agitación, pero su aflicción era pura ilusión. Sabía que sólo la Luz era real, sólo la Luz existía. Llegado a un punto incluso pensé en decirles: “¡Detened esta farsa! Ni siquiera vuestros pensamientos existen!”, pero, ¿para qué? Hubiese sido una completa pérdida de tiempo, pues de todas formas, todo a mi alrededor era una ilusión.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Seguí caminando, aferrándome a mi símbolo: “*Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!*”

Llegué a una sala donde había mucha gente enferma, adultos y niños, todos yacían en el suelo. Pude ver todo tipo de heridas en sus cuerpos, quemaduras, llagas, heridas pútridas, extremidades lisiadas.

Un hombre pidió mi ayuda. Una mujer lo siguió y pronto había cientos de personas sollozando y clamando mi nombre.

— ¡Szar! *Por favor*, llévanos contigo, ¡no nos dejes aquí!

Caminé impasible.

— *Por favor*, ¡Szar! Podrías ayudarnos si quisieras. *¡Por favor!*

Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!. Los ignoré hasta que algo completamente inesperado atrajo mi atención.

Me detuve, sin poder creer lo que veían mis ojos.

En una esquina de la sala, en medio de los cuerpos mutilados, yacía Elyani, profundamente dormida. No era una ilusión como la vieja y arrugada bruja. Era la verdadera Elyani, el alma magnífica, dormida entre la escoria.

Me acerqué para asegurarme de que no me confundía y comprobé los símbolos de reconocimiento que utilizábamos en el viaje astral. Y apareció frente a mí el hermoso símbolo oculto del águila Blanca. — Dulce Elyani —la tomé entre mis brazos—. Esta es la primera vez que te veo dormida. ¡Qué bella eres! Pero éste no es lugar para una dama del águila.

Intenté despertarla sin éxito, así que decidí llevarla conmigo. Su cuerpo estaba extremadamente frío. En aquel lugar de muerte aquello no me extrañó.

Muchos de los que formaban la muchedumbre siguieron, clamando:

— ¡Szar! *Por favor*, ¡llévanos a nosotros también! ¡Guíanos hacia la salida!

Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!.

Empecé a caminar de nuevo, con la hermosa águila Blanca entre mis brazos.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Fuimos de sala en sala hasta que llegamos a las enormes cavernas, encontrándonos con multitudes de varias clases. Vadeamos ríos que no mojaron mi cuerpo, pues tenía presente la Luz. Tuvimos que caminar a través de fuego, fuego que no me quemó. Unas cuantas veces incluso tuve que caminar en el aire para cruzar profundos abismos donde nadie se había ocupado en dejar un puente para nosotros. “Ilusiones”, seguía pensando, “todo esto es una ilusión. Sólo la Luz es real”.

Elyani, el alma pura, ¡me parecía tan ligera!

Caminamos durante días, ¿o fueron semanas?

Movió su mano por primera vez, asegurándome que no estaba muerta. Sólo profundamente dormida.

Y si estuviera muerta, ¿por qué debía preocuparme? ¿No estaba muerto yo mismo?

“Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!”

Transcurrieron horas y ella empezó a hacer ligeros movimientos. Su cuerpo ya no estaba tan frío.

Caminé y caminé. Parecía no tener fin. Esto no me preocupaba. Sabía que sólo la Luz existía y que la preocupación era sólo una ilusión. Un poco más allá en el camino, Elyani se volvió hacia un lado en mis brazos, y por primera vez me pareció que respiraba. No mucho después colocó sus brazos alrededor de mi cuello en su dormitar. Tenía una sonrisa dibujada en la cara.

Por primera vez tras una eternidad recordé la sensación que producía la calidez en mi corazón.

Mientras avanzaba pensé: “¿Debo amar a esta mujer?” y mi corazón dijo:

— ¡Sí! ¡Por supuesto!

Pero, ¿qué significaba esto? Había pasado siglos caminando a través de muchedumbres agonizantes diciéndome a mí mismo: “Su sufrimiento es una ilusión”. Había caminado a través del fuego y aquello era una ilusión. Crucé docenas de arroyos ilusorios y precipicios. “Sólo la Luz existe. Sólo la Luz es real”, pensé y,

5 – El libro de los misterios de Eisraim

recordando cómo me sentía en la Luz, me di cuenta de que esta era la verdad: “¡El amor es una ilusión!”

— El amor es una ilusión.

Como todo lo demás.

— ¿Para qué cargar con su cuerpo, pues? Ella no existe y yo no existo. ¡Sólo la Luz existe!

Encogiendo los hombros me arrodillé. Deposité su cuerpo dormido en un lado del camino. Sus brazos eran suaves. Los retiré fácilmente de mi cuello.

Sin mirarla, me levanté de nuevo. Y sin volverme hacia atrás, me marché.

Y seguí caminando. Y caminando. Y caminando. Durante lo que me pareció otra eternidad.

Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!

5.31 Esperanzas.

Cuando Doña Teyani entró en la habitación de los durmientes sólo tuvo que mirar a Elyani para saber que había buenas noticias. Sonrió y, sin ninguna formalidad, preguntó:

— Elyani, ¿qué te ha dicho el águila Blanca?

— ¡Ha sucedido un milagro, Teyani! El águila Blanca ha dicho que Szar volverá dentro de dos días. Dijo que Szar había encontrado a Vivyani y la había recogido en su camino.

— ¿Qué? ¿Quieres decir que ha encontrado a Vivyani?

— El águila ha dicho que la guió hasta ella.

— ¡*Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec!* Así que, ¡la palabra del águila se está cumpliendo! ¡Szar es aquél a quien estábamos esperando! —las dos mujeres se abrazaron llenas de gozo—. ¡Gervin y Lehrmon se alegrarán tanto!

— ¿Cómo siguen los cuerpos? —preguntó Teyani.

— Vivyani todavía está bien, pero el cuerpo de Szar ha sufrido mucho. Si realmente vuelve en dos días, todo estará bien. Pero no creo que

5 – El libro de los misterios de Eisraim

pueda aguantar mucho más.

— Esta fea marca de nacimiento no responde a nuestros cuidados

—Teyani acarició suavemente la mejilla de Szar—. ¿Se te ocurre algún otro remedio?

Elyani negó con la cabeza.

— Teyani, realmente desearía que todo esto hubiese acabado ya. Creo que mi paciencia está llegando al límite.

Con una sonrisa tranquilizadora, Teyani selló los labios de Elyani con su dedo índice.

— ¡Sush, dama del águila! ¿Acaso no sabes que la paciencia del águila Blanca es infinita? ¿Y qué son dos días después de esperar más de seis semanas? ¿Te imaginas cuáles serán sus primeras palabras?

— No lo sé. Sus últimas palabras fueron... Teyani, ¡me da tanta vergüenza! Le dije que le daría la receta de la leche de dragón si volvía rápidamente y él me lo recordó justo antes de desaparecer.

Teyani se echó a reír.

— ¡Como si los Maestros del Trueno no conociesen ya bastantes de nuestros secretos!

5.32 Ilusiones.

Caminé.

Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!

Cada vez había menos gente. El clamor era apenas perceptible. No me importaba. Simplemente caminaba.

Entonces, como salida de la nada, escuché una voz que me llamaba:

— ¡Szar! ¡Szar!

“Conozco esa voz”, pensé.

¿Pero quién podía ser?

Hacía tanto tiempo...

— ¡Szar!

Había vida en aquella voz. “Recuerdo. Así es como se sentía la vida”, pensé.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Pero no podía sentirla realmente. Sólo podía recordarla vagamente.

¿Era posible que aquella pesadilla estuviese a punto de terminar? No me importaba, así que seguí caminando.

— Szar, puedo sentir tu presencia. Por favor, ¡respóndeme! Soy yo, Elyani.

“Elyani...”, aquel nombre, olvidado ya hacía tanto tiempo, aparecía de pronto en mi mente.

— Szar, permanece donde estás. Voy a descender a recogerte. Estaré contigo en un minuto.

“¿Permanecer donde estoy?” pensé, “*¡Nunca te detengas en el camino! ¡Sigue caminando!*”

Un minuto más tarde, ¿qué era un minuto comparado con el viaje sin fin en el que me encontraba?, ella apareció frente a mí.

— ¿Szar? —dijo ella—. *¡Oh, mi Señor Melquisedec!*, te ves...

¿Qué quería aquella persona?

¿No era también irreal, como todo lo demás? Seguí caminando.

Pero cuando pasé por su lado, me cogió del brazo.

“Ilusión”, pensé.

Viendo el estado en el que me encontraba, Elyani me dejó inconsciente activando los centros energéticos de mi cabeza y me llevó de vuelta a la superficie.

—o0o—

Cuando recuperé la conciencia por primera vez, me encontraba en una pequeña habitación y, de alguna manera, dentro de mi cuerpo físico.

Me sentía extraño.

Miré al techo. Durante algún tiempo.

Blanco.

Giré mi cabeza hacia un lado. Ella estaba allí.

Cerré los ojos de nuevo.

Profundo, sueño profundo.

—o0o—

5 – El libro de los misterios de Eisraim

La segunda vez que desperté, Elyani estaba cantándome al oído.

Fuerte vibración. Voz. A veces simplemente voz.

Las palabras no tenían ningún sentido.

Ella es suave. Muy suave.

Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!

Me dormí de nuevo.

Su voz me trajo de vuelta.

¡Tan suave! ¿Existía realmente?

Oscuridad.

—o0o—

— ¡Szar!

Un susurro al oído. Muy suave.

— Szar, debes beber.

Labios.

Extraño.

Templado.

— ¡Toma un poco más!

Sueño. Sueño sin sueños.

—o0o—

Filadelfia.

Fuego. Mucho fuego.

— ¡No! ¡No! —grité.

— ¿Szar?

— ¡No! ¡No!

— Szar —ella proyectó su Voz en la noche— ¡Despierta!

Arrastrado violentamente dentro de mi cuerpo.

Su cara.

— Sí... Te reconozco. Elyani. ¿Eres real?

— ¡Por supuesto que soy real! —me acarició el pelo con cariño.

— Pero yo pensaba que estabas allá abajo.

— ¿Dónde?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Gris. Desespero. Interminable.

Así que la mujer que había encontrado en la caverna de la enfermedad ni siquiera era Elyani. Una ilusión. Lo sabía. Menos mal que abandoné su cuerpo.

Ella proyectó con la Voz varios sonidos graves.

Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!

—o0o—

— ¡Ha llegado el momento de hacer que regrese a su cuerpo!

Proyección de la Voz. Dos Voces. A todo volumen. Fuerte. Vivo.

Luz brillante.

Túnel.

Doña Teyani estaba en la habitación.

— ¿Dijo algo sobre Vivyani? —preguntó.

Elyani respondió. No pude oír las palabras.

“Vivyani”, pensé. “Ya recuerdo... ¿La voy a conocer?” Abrí los ojos y me giré hacia las mujeres.

— ¿Hace mucho que ha vuelto? —pregunté.

Teyani y Elyani interrumpieron su discusión y me miraron.

Teyani se arrodilló al lado del colchón.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, viajero!* —ella sonrió—.

¿Me recuerdas?

Calidez.

— *Toda la gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, ¡Doña Teyani!*

— Szar, es mejor que no hables demasiado. Aun así, debemos preguntarte sobre Vivyani. ¿Te acuerdas de Vivyani, Szar?

— ¿Se ha ido ya o podré conocerla? —pregunté.

Se hizo un denso silencio.

Teyani lo rompió.

— Szar, hace unos días el águila Blanca de los dioses vino a decirnos que Vivyani se había perdido. Pero dijo que tú la habías encontrado y que la traías de vuelta. Sin embargo no estaba contigo cuando llegaste.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Si pudieras recordar qué le ha sucedido, nos ayudarías a encontrarla.

— No. No puedo recordarlo —cerré los ojos. Pero en un segundo, los recuerdos regresaron a mi mente— ¿Dijo el águila Blanca que yo la llevaba en brazos? —abrí los ojos.

Elyani respondió:

— El águila Blanca dijo que te había conducido hasta ella en una de las cavernas de la enfermedad. Dijo que tú la estabas trayendo de vuelta y que ella casi se había recuperado del frío infinito.

De repente sentí el impacto de la siniestra realidad. La persona que había encontrado en las cavernas de la enfermedad no era una Elyani ilusoria, ¡era la verdadera Vivyani!

La conmoción me despertó de mi letargo. Echándome las manos a la cabeza, lloré desesperado.

— ¡No! ¡No! ¡No! ¿Qué he hecho? ¡La pude haber traído de vuelta! La tuve entre mis brazos y la abandoné!

Hubo un instante de sorpresa al ver mi cuerpo cadavérico repentinamente lleno de vida. Doña Teyani se acercó más y me tomó en sus brazos, meciéndome como a un niño pequeño.

— ¡Haya paz, Szar, haya paz!

— Quiero verla. ¿Dónde está su cuerpo?

Teyani me ayudó a sentarme y señaló detrás de ella.

Una joven mujer dormía profundamente en el colchón. No la reconocí.

— La tuve entre mis brazos —grandes y secos sollozos agitaron mi cuerpo—, ¡y la abandoné! ¡Abandoné el Amor! Pensé que era una ilusión. Y ahora es muy posible que ella muera. ¡Por mi culpa!

Incrementar mi aflicción no hubiese servido de nada. Las águilas Blancas se reservaron su pena y permanecieron silenciosas.

Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!, reuní lo que me quedaba de ánimo para recordar todo lo sucedido.

— Quiero volver —dije con voz fría—. Recuerdo exactamente dónde la dejé. Si regreso ahora mismo, puedo traerla de vuelta.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Teyani utilizó un canal de voz para llamar a Elyani:

“¿Aguantaría su cuerpo otro descenso?”

“¡Ni pensar!” respondió Elyani usando el canal de voz. “Las seis semanas y media de hibernación lo han dejado completamente exhausto. Y la semana delirante que vino después no lo ha mejorado en absoluto”.

— ¡Escuchadme! —dije—. Sé exactamente lo que estáis pensando, pero puedo hacerlo. Sé que puedo.

Se produjo otro denso silencio.

— ¡Por favor! ¡Llamad al maestro Gervin!

— De acuerdo —dijo Elyani—, llamaremos al maestro Gervin de inmediato. Mientras tanto, tumbate de nuevo y descansa legítimamente.

Muy suave.

Me derrumbé en el lecho.

— *¡Oh, mi señor Melquisedec!* ¡Qué bueno es volver a tumbarse!

Sueño. Inconsciencia.

—o0o—

Me desperté de nuevo cuando Gervin y Teyani entraron en la habitación.

Gervin no habló, simplemente estableció contacto visual conmigo.

Sentir la presencia de mi viejo amigo revivió inmediatamente mi fuerza vital. Sonreí.

— Gervin —dijo Teyani— ¿Habías visto alguna vez un hombre que acabase de volver del Inframundo y quisiese descender de nuevo?

— ¡Nun—ca! —exclamó Gervin—. Estamos impresionados, Szar. Verdaderamente. Un durmiente nunca podría haber hecho lo que tú has hecho.

Sabía que lo decía de verdad pero mi corazón no era feliz. Lo miré en silencio. Comprendió exactamente lo que le pedía. Usando un canal de voz, Teyani le rogó:

5 – El libro de los misterios de Eisraim

“Gervin, este hombre tiene corazón. Creo que la puede encontrar. ¿Se lo permitirás?”

“Esto no sucederá”, Gervin respondió por medio de la oscuridad visible.

“*¡Tienes mi Palabra, Gervin!*”, insistió Teyani, “Si le permites descender, que el consejo del Archivo sea testigo de que comprometo *todo mi saber* en proteger su fuerza de vida”.

“*De ninguna manera, ¡mujer en la Ley!* No es ni siquiera una opción. ¡Míralo! Está medio muerto. Aunque sea para recuperar a Vivyani, no podemos correr el riesgo de perderlo. Hay demasiado en juego”.

Dirigiéndoseme a mí, Gervin continuó:

— Szar, tu misión era descender y encontrar tu camino de vuelta. Es lo que has hecho y lo has hecho bien. Nadie te dijo que tuvieras que encontrar a Vivyani y rescatarla y por ello nadie te culpará si Vivyani no regresa. Lo que necesitas es un buen descanso —el glorioso sol brilló en su sonrisa—. No hay duda de que Nuestro Señor Ganá, en su infinita generosidad, debe haber recomendado tu alma al águila Blanca de los dioses. ¡Y observa el resultado! Has aterrizado en el más hermoso nicho de todo el templo. Déjate mimar. Disfruta de tu convalecencia. De lo contrario Ganá pensará que no sabes cómo apreciar sus regalos.

¡Nuestro Señor Ganá! Escuchar aquel nombre mágico me revivió un poco más.

Pero, ¿y Vivyani?

— Has completado tu prueba, Szar. Se acabó —Gervin dijo esto en un tono que no dejaba lugar a dudas—. Ahora, para el beneficio de todos incluyendo las águilas Blancas, lo mejor que puedes hacer es recuperar tu fuerza y tu alegría.

5.33 Tiempos problemáticos.

Cada vez que me despertaba, me sentaba a contemplar a Vivyani.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Su cabello rubio estaba recogido tras su cabeza. No podía ver si era largo.

Era difícil creer que estaba muriendo. ¡Parecía dormir tan plácidamente!

Una mañana le pregunté a Elyani:

— ¿Cuántos años tenía?

— Diecinueve.

— ¿Hay alguna señal de su regreso?

La pregunta sonaba fútil. Elyani negó con la cabeza en silencio.

Cerré los ojos y me escondí en mi interior.

Cuando volví a despertar, el cuerpo de Vivyani no estaba en su colchón. Elyani se anticipó a mi pregunta:

— La han trasladado a otra habitación. Doña Teyani está cuidando de ella. Teyani es una gran maga. La he visto realizar cosas increíbles.

Suspiré. No pude encontrar palabras para contestarle.

No me apetecía beber la poción dulce y lechosa que acercaba a mis labios.

Me hundía en espacios confusos donde el gris apagado del reino se entremezclaba con visiones de pesadilla que había traído conmigo del Inframundo. Navegaba entre el sueño y la vigilia sin apenas percibir la diferencia. Cada vez que podía despertar definitivamente, la pena de haber abandonado a Vivyani me inundaba y me escondía rápidamente en el letargo.

Una imagen venía constantemente a visitarme: el cuerpo suave que había abandonado a un lado del camino. Lo último que deseaba era olvidar la forma de las oscuras rocas de la cuneta, el tono marrón de los guijarros, el precipicio en la distancia. Pues ella permanecía allí. Lo sabía. Sólo grabando la escena en mi memoria podría encontrarla. Encontrarla.

Se convirtió en mi obsesión.

Temía que el despertar me hiciese perder el hilo que me unía a ella.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

No quería volver al reino.

Permanecí en un lugar intermedio.

Cuando me desperté y abrí los ojos hubo un momento de confusión en el cual no pude discernir dónde me encontraba. ¿En una caverna? ¿Ilusión? En todas partes. Siempre.

Para siempre jamás.

Y así continué.

Elyani permanecía a mi lado. Pero era el lado incorrecto. No podía llegar allí sin dejar marchar a Vivyani, abandonándola por segunda vez.

Prefería seguir con las pesadillas y el hedor. La lealtad no entiende de hedores. Allí abajo había hedor de sobra.

Allí abajo me sentía seguro. En el otro lado no.

Una noche me desperté y, a través del brillo tenue de las *paredes vivientes*, vi a Vivyani en su colchón.

— ¿Has regresado?

Desorientado, gateé hasta ella y la llamé:

— ¡Vivyani! ¡Vivyani! ¡No te mueras! ¡Espérame! ¡Espérame!

Pero aquél cuerpo no era el de Vivyani.

— ¡Szar! ¡Despierta! Soy yo, Elyani. Estaba descansando, es muy tarde, ¿sabes?

Se cubrió y se sentó.

Me arrodillé a su lado y miré a través de ella hacia el vacío.

Ella colocó su mano en mi hombro y rompió a llorar.

— Szar, por favor, termina con esto. ¡Por favor! Te lo ruego.

Mi mente estaba de vuelta en el Inframundo. Acababa de abandonar a Vivyani y estaba regresando sin mirar atrás.

— ¡No! ¡No está bien! —gritó Elyani. Me sobresaltó proyectando la Voz con plena intensidad— ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Regresa!

Me arrastró fuera de mi sueño con violencia.

¡Regresa!

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¡Termina con esto! —Elyani sollozaba y gritaba a la vez—. ¡Detente! ¡Se acabó! Tú estás de vuelta y ella está muerta. ¡Está muerta! ¡Muerta! No hay ya nada que se pueda hacer al respecto. Por primera vez, la vi.

Lloraba derrotada, vestida con un ligero camisón, temblando en la fría noche.

Tan suave.

Se cubrió con una manta y siguió llorando.

— Szar, ¿te das cuenta de lo que he estado haciendo en las últimas nueve semanas? Me he dedicado en cuerpo y alma a limpiar tu cuerpo y proteger tu energía. Esto era lo adecuado mientras estabas en el Inframundo, pero ahora ya no. Estás recreándote en tu pena, Szar, ¡y esto no beneficia a nadie! ¡Termina con esto! Duele. No puedo seguir aceptándolo.

Por primera vez, estaba presente a su lado.

— Lo siento —susurré.

Me di cuenta de que había estado absorbiendo su calidez como una esponja sin dar nada a cambio. Durante nueve semanas.

Verme tan egoísta me produjo un poderoso despertar.

Regresé a la habitación.

Por primera vez, sentí lo que ella sentía.

Sollozó. Las sombras del Inframundo se reflejaban en su cara.

— Lo siento, Elyani —dije finalmente—. Puedo ver que lo que dices es cierto. Lo que estoy haciendo no está bien.

Sorprendida al sentir mi presencia, Elyani me miró ilegítima y profundamente a los ojos.

— ¿Has vuelto, Szar?

No evité su mirada.

— He vuelto.

Ella no podía detener su llanto.

— Elyani, me doy cuenta de que he consumido una increíble cantidad de tu tiempo y energía. Mañana regresaré al enclave de las joyas para

5 – El libro de los misterios de Eisraim

que puedas volver a tu vida normal.

— ¿Qué quieres decir con esto de que vas a volver al enclave de las joyas? ¡*De ninguna manera, hombre en la Ley!* Esto es tu convalecencia, Szar. ¡Se supone que es la parte divertida! He hecho todo este trabajo pensando en los buenos momentos y en las risas que compartiríamos cuando estuvieses de vuelta y, ¡me lo debes!

Me sentí tan conmovido que no pude responder.

En este reino de durmientes, nadie nunca había llorado por mí. Y, aparte de Gervin, nadie nunca se había preocupado por mí. ¿Qué podía decirle? No podía ni imaginar tomar su mano y el Inframundo me había dejado demasiado seco para llorar. Así que sintonicé en la verticalidad sobre mi cabeza, buscando inspiración. Y , ¡hete aquí! ¡La encontré!

— ¡La fuente clara! —exclamé—. Ha regresado. Es la primera vez que la siento desde que bebí tu leche de dragón.

— ¡échale la culpa a mi leche de dragón! —ella sonrió— ¿Y qué te dice la fuente clara?

Permanecí en silencio.

Ella no insistió.

No quería entristecerla.

— Es hora de empezar la segunda parte del viaje, esto es lo que me dice la fuente clara. Algo importante —susurré.

— ¿Cuál es la segunda parte?

— No lo sé —la fatiga empezaba a hacer mella en mí—. Algo importante.

— ¿Dejarás que te cuide, Szar?

Cerré los ojos.

— No tengo nada que ofrecer.

— Pero dejar que te cuiden no tiene que ver con dar, sino con recibir.

— Debe haber sido agotador pasar días entregándote a alguien que nunca te devolvía nada.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— ¡No! Sólo es agotador cuando la gente no sabe recibir. Si saben recibir, es un verdadero gozo.

— Recibir —la fuente clara habló a través de mí—. Es esto lo que debo aprender —mis párpados pesaban, no podía abrir los ojos.

— Permíteme que te lleve de vuelta a la cama —Elyani me tomó por el brazo.

Me dejé inundar por su Blanca presencia.

Sonrió. No pude verla, pero la sentí.

Cuando alcancé el lecho, ella me arropó y permaneció a mi lado. Como antes, pero completamente diferente. Yo estaba allí para que ella pudiese estar allí para mí. Tan suave.

5.34 Atisbos cosmológicos.

Después de aquella noche, todo cambió. Las pesadillas desaparecieron. Cada vez que el tenebroso Inframundo me agarraba entre sus zarpas, llamaba a Elyani. Ella me hablaba. Me abrí a ella y permití que entrase en mi interior; ella sabía como hacer desaparecer los malos sueños.

Entonaba himnos de la Ley y proyectaba la Voz en mis puertas energéticas, ungía mis manos y pies con aceites preciosos de lugares lejanos. Me alimentaba con extraños manjares que nunca antes había probado, con especias sutiles y singulares hierbas aromáticas en abundancia. Y me preparaba docenas de bebidas, cada cual más extraña, blancas en su mayoría, que hacían burbujear mi energía y alegraban mi mente.

Ella sabía cómo cuidar a alguien. Creó un cálido nido, un mundo contenido en una pequeña habitación, donde yo me sentía totalmente protegido y a salvo, suficientemente fuerte como para aprender a caminar de nuevo, suficientemente libre como para decir tonterías y llorar cuando era necesario.

Pronto, ella volvió a reír. ¡Era un alma tan jubilosa! No pasó mucho tiempo antes de que yo también riese con ella. No tenía que hacer

5 – El libro de los misterios de Eisraim

nada, simplemente dejarme llevar por su entusiasmo. Era tan fácil que me hacía reflexionar sobre el proceso de despertar. Gervin me había explicado a menudo que la risa era una de las cosas en las que fallaban los durmientes. ¿Qué significaba pues el hecho de que yo riese más y más? Gervin se dio cuenta enseguida. ¿Me estaría despertando Elyani? Sonaba demasiado fácil. Yo no hacía nada.

¿Podría recibirse el despertar?

Esto chocaba con el hecho de que el despertar tenía que ver con el libre albedrío. Seguramente no se podía recibir.

Pero, ¿era posible que uno pudiese despertar como consecuencia de recibir?

“Un nuevo mundo se abre ante ti”—me dijo Gervin en una de sus visitas; esto parecía alegrarlo mucho—. “Esta es la segunda parte de tu viaje y quizá no sea la menos importante”—añadió.

Descubrí también aquellos días el gozo de discutir sobre todo tipo de temas, no todos ellos legítimamente iluminados. Antes de descender al Inframundo, no había mantenido nunca una discusión real con nadie. Había hablado a menudo con Gervin, por supuesto, pero no era lo mismo. Cuando hablaba con Elyani, un nuevo estado mental se despertaba en mi interior. Nunca se me acababan las preguntas y se me ocurrían todo tipo de extrañas y novedosas ideas. Al principio estaba un poco inhibido por el hecho de que ella sabía mucho más sobre la Ley que yo, era una experta en los misterios de su orden y estaba mucho más despierta que yo. Pero la distancia que nos separaba dejó de asustarme gracias a la suavidad de Elyani y su sentido del humor. Cada vez que mi mente se congelaba, ella sabía cómo hacer una mueca que expresase a la perfección cómo me sentía. Me hacía reír y la discusión se abría hacia una nueva dirección.

Así que discutimos y reímos sobre muchos órdenes del templo, lugares del reino que ella había visitado, *hombres sabios y mujeres en la Ley* que ella había conocido a lo largo de su vida como sacerdotisa del águila Blanca, sobre mis días de escuela en Sheringa, mi frustración

5 – El libro de los misterios de Eisraim

ante la lentitud con la que hablaba Artold, la desesperación que sentí cuando perdí la piedra blanda en los bosques de Nadavan y sobre si yo conseguiría despertar algún día, hablamos sobre el filosterópodo que tenía como mascota la vecina de Mouridji (una anciana que estaba quedándose tan ciega como el oráculo del Rey de la Atlántida) y también sobre las predicciones de Gervin sobre el desastre que se avecinaba y miles de cosas más, fantásticas e insignificantes.

Uno de los días que Gervin vino a visitarme quedó gratamente sorprendido al encontrarme sentado en el césped en vez de acostado en mi lecho. Tras alabar legítimamente a Nuestro Señor Melquisedec, se volvió hacia Elyani y elogió sus cuidados.

— ¡Tienes mucho mejor aspecto, muchacho! —me dijo—. No es de extrañar, ¡con todos los brebajes blancos que te han dado! —se sentó con nosotros en el césped violeta y extrajo de los bolsillos de su túnica dos grandes *peras de la Ley*, que ofreció a Elyani.

— Gervin —le dije—, tras discutir cosas con Elyani, tengo cientos de preguntas que hacerte.

— ¿Cientos? —Gervin abrió los ojos como platos y se giró hacia Elyani.

Elyani se rió entre dientes.

Hice como si no me diera cuenta.

— Gervin, cuando me encontré contigo en la Luz Blanca tras morir en el Inframundo, ¿era un sueño o era realidad?

— Era real. De hecho mucho más real que ahora.

— ¿En qué parte del Inframundo estábamos? Me pareció completamente diferente del resto de lugares que visité allí abajo.

— Ya no estábamos en el Inframundo, sino en las Alturas —Gervin se dio cuenta de que no comprendía totalmente el concepto de las Alturas—. Deberías aprovecharte de tu convalecencia y preguntar a Elyani sobre la escalera de los mundos. El águila Blanca es el gran viajero de los dioses y por ello sus siervas doncellas saben todo lo que merece la pena saber acerca de transitar por las esferas.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Las esferas de las Alturas —musité—... están muy arriba. ¿Cómo puede un hombre ir desde el profundo Inframundo hasta las elevadas esferas de las Alturas y volver al Inframundo en apenas un segundo?

— En el momento de la muerte —explicó Gervin—, no es extraño que las personas conecten con la Luz Blanca de las esferas de las Alturas. Es parte de la magia de morir. No importa dónde estés, ya sea en el reino, en el mundo de los dioses o en el Inframundo. Morir te puede transportar inmediatamente a la Luz. Y cuando te conviertas en alguien completamente despierto, morirás una nueva muerte cada segundo. Morarás en la Luz de las esferas de las Alturas para siempre. La Vida Eterna mediante un estado permanente de muerte. Nos dejó pensativos, tanto a Elyani como a mí.

Entonces me atreví a plantear la pregunta que ardía en mi interior:

— Gervin, supongamos que yo no hubiese sido un durmiente y que hubiera descendido al Inframundo como una persona *realmente* despierta.

— ¡Supongamos!

— ¿Hubiera sido capaz de traer a Vivyani de vuelta?

— Sí —respondió con toda naturalidad—, es muy probable.

— Así que es así de importante convertirse en alguien despierto.

Hablé desde lo más profundo de mi corazón. Esto hizo que una de las brillantes sonrisas de Gervin nos iluminase.

— Comprendes que el águila Blanca te guió hasta ella, ¿verdad?

Asentí en silencio.

— Gervin, ¿aprenderá Szar más sobre el Inframundo cuando vaya al Templo del Dragón? —preguntó Elyani.

— Bien pudiera ser. No hay nadie en el reino que sepa más del Inframundo que los Hijos del Dragón.

A pesar de mi acuciante deseo de encontrar a Vivyani, la idea de tener que volver a descender por segunda vez me dio náuseas. Elyani, que se dio cuenta, invocó con gentileza la presencia del águila Blanca.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Fue magia pura. Cada vez que ella invocaba al águila, me sentía sereno de nuevo.

Gervin, que había estado observándola, sonrió con cariño. Y empezó a contarnos cosas sobre Lehrmon, que estaba trabajando duro en la producción de extraordinarias piedras blandas en el templo de Lassera, junto al maestro Esrevin y el *que-pronto-sería-famoso-en-el-reino-entero* maestro Woolly, el genio hacedor de piedras.

Tras la partida de Gervin, inicié una animada discusión sobre las esferas con Elyani:

— Así que el reino, los mundos intermedios, los mundos de los dioses y las esferas de las Alturas son parte de las esferas de Melquisedec, ¿verdad?

— ¡Verdad! —contestó.

— ¿Y dónde encajan los Inframundos en todo esto?

— Forman también parte de las esferas de Melquisedec, pero están debajo de nosotros. ¡Y hay miles de Inframundos! Lo que viste durante tu descenso sólo era corteza superficial, hay capas sobre capas. Descienden tan profundamente como ascienden las esferas en las alturas.

Me estremecí al pensar de lo que había escapado. Pero, ¿qué me sucedería en el templo del Dragón? Tragué saliva.

— ¿Crees que los Hijos del Dragón me ordenarán descender de nuevo, incluso más abajo?

— No lo sé. Quizás deberías preguntarle al águila Blanca de los dioses a través de mí —dijo para distraerme.

Su estratagema tuvo éxito.

— ¿Quieres decir que puedes profetizar invocando al águila Blanca para mí? —pregunté sorprendido.

Ella pretendió ofenderse.

— ¡Pues claro que puedo? ¿Qué te piensas, Szar-ka? Soy una suma sacerdotisa.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Ten cuidado, águila Blanca, ¡a lo mejor te tomo la palabra!

— Pídemelo. Cuando quieras —su voz era dulce como la miel—. Pero por ahora volvamos a las esferas. ¿En qué esfera nos encontramos?

— Ahora estamos en el reino, por debajo de los mundos de los dioses y de los mundos intermedios y por encima de los Inframundos.

— ¡Así es!

— Dime, ¿qué es el Supramundo exactamente?

— Es otro nombre para el mundo de los dioses, que a veces llamamos el triángulo.

— Sencillo —dije dando una palmada.

— Sencillo —dijo ella sonriendo—. En la escalera de los mundos, ¿cuál es la capa que viene después del reino?

— La oscuridad visible, el primero de los mundos intermedios.

— *Es justo y necesario*. ¿Y por qué se llama la oscuridad visible?

— Visible, porque se puede ver con facilidad desde el reino, y oscura porque cuando se mira en su interior, la atmósfera se vuelve oscura de repente. Y por cierto, Doña Elyani, ¡sé muy bien cómo reconocer cuándo la gente está hablando a través de un canal de voz de la oscuridad visible para que yo no pueda escuchar lo que dicen!

Ella miró hacia las esferas con aire digno, empujando sus labios hacia delante y jugando con su mano en la barbilla, como hacía el maestro Gervin cuando se atusaba la barba.

¿Qué otra cosa podía hacer más que echarme a reír? Ella me acompañó con júbilo.

Cuando recuperamos algo de seriedad le pregunté:

— ¿Y quién vive en las esferas de las Alturas?

— Grandes sabios y ángeles. Aquellos que nunca mueren.

— ¡Ajá! Esto suena exactamente como lo que quiere Gervin que me esfuerce por conseguir, porque sólo *quien nunca duerme, nunca muere*.

— Exacto. Las palabras de Gervin eran claras, ¿verdad? Tan pronto como empiezas a morir en cada segundo, estás completamente

5 – El libro de los misterios de Eisraim

despierto y, entonces, ¡nunca mueres! ¿Lo captas?

— Mmm... —reflexioné—, pero yo creía que los dioses eran inmortales...

— No por completo. Sus mundos se sitúan por debajo de las esferas de las Alturas. Los dioses viven cientos y cientos y cientos de veces más tiempo que nosotros y es por eso por lo que se dice que son inmortales. Pero deben dejar su cuerpo, morir al final de cada ciclo cósmico y renacer al principio del ciclo siguiente. Todo aquello que está por debajo de las Alturas está sujeto a la muerte.

— Realmente, cuanto más descienes, más muerte encuentras. En las esferas de las alturas nunca mueren. En el mundo de los dioses no mueren a menudo. En el reino morimos bastante. Pero esto no es nada comparado con lo que observé en el Inframundo, donde todo el que allí habita parece morir muchísimas veces. Te hace preguntarte qué sucede si descienes todavía más.

— Pero esto es obvio —dijo con una pícara sonrisa—, ¡deben estar muriendo todo el tiempo! Lo que significa que si pudiésemos ir, despertaríamos completamente.

— ¿Y entonces nunca moriríamos? —pregunté perplejo.

— Szar-ka, creo que ya es hora de que te tomes un *legítimo descanso*.

— ¿Y qué pasa con las esferas de la lejanía? —pregunté.

— Son lugares remotos. No se parecen a esta esfera. Son totalmente diferentes.

— ¿Qué tipo de personas viven allí?

— Otras formas de inteligencia. No se parecen en nada a los seres humanos —la dama del águila me rodeó lentamente con sus brazos, hinchando sus mejillas y dejando que sus generosos labios produjesen un misterioso sonido—. Dragones Voladores. Grandiosas nubes de conciencia azul que emiten sonidos “fffffoooooohhhh” cuando sintonizas con ellos y los escuchas.

Yo estaba completamente fascinado.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Hace tiempo —añadió—, escuché a Doña Teyani profetizar que un día tú nos contarías muchos secretos sobre las esferas de la lejanía.

— ¿Doña Teyani profetizando sobre mí? ¿Y eso por qué?

Elyani se encogió de hombros inocentemente.

— De *algo* tenemos que hablar en nuestras reuniones del templo.

— Elyani —dije frunciendo el ceño—, ¡no te escaparás de ésta tan fácilmente!

Ella se dio cuenta de que era cierto.

— De acuerdo —admitió—. Fue tras explicarle tu accidente viajando por las esferas, cuando perdiste la conciencia y tuve que ir a buscarte. ¿Te acuerdas?

— Por supuesto que me acuerdo. Esto sucedió en el tiempo en que yo siempre intentaba regresar del viaje antes de que tú abandonases la sala de despegue, pero cada vez que abría los ojos, tú ya te habías marchado.

Cuando Elyani se sentía conmovida, la luz del águila Blanca brillaba a través de ella. Esta vez emitía tanta luz que casi le dio vergüenza.

— Me pregunto qué fue lo que te proyectó hasta aquella esfera remota. Tuvimos suerte de que no estuviera demasiado lejos. De todas formas, cuando llegué sucedió algo muy extraño. Aquellos vientos mortales del espacio se detuvieron milagrosamente y pude escuchar un tenue murmullo. Probé con todos los símbolos de identificación conocidos, pero no respondió a ninguno de ellos.

— ¿Era amenazador?

— ¡En absoluto! Yo me volví amenazadora porque temía que te atacase. Nada por el estilo. La voz simplemente me susurró que no había nada que temer porque “Espacio Matriz” estaba vigilando. Y otra voz anunció el retorno de un Dragón Volador.

— ¡Lejano Infra... —empecé a decir, pero me detuve, pues me había prometido a mí mismo no volver a decir nunca aquellas palabras a la ligera— ¿Y qué dijo Teyani al respecto?

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Dijo que era una conexión extremadamente significativa y que un día tendrías mucho más que contarnos sobre este tema. También sugirió que esta conexión podría ser la razón por la cual Gervin te escogió como su aprendiz.

— No veo cómo se relacionan ambas cosas.

— Los Dragones Voladores, Espacio Matriz y ser protegido en la lejanía; todo esto suena a viaje a gran escala. Puede que aún no te hayas dado cuenta pero los Maestros del Trueno son fantásticos viajeros. Gente como Gervin y Lehrmon han explorado las esferas arriba y abajo y en todas las direcciones. Algunas esferas tienen tantas direcciones que resultan extremadamente confusas. La mente no lo puede soportar. Y por ello los Maestros del trueno han desarrollado un proceso de mente superior para viajar a través de espacios multidimensionales y aplicarlo en expediciones desmesuradamente remotas, el tipo de viajes que hasta los dioses consideran lejano.

La miré con avidez, esperando más.

— ¡No! Se acabó. ¡No diré ni una palabra más! —miró hacia el cielo— ¡Oh, águila Blanca de los dioses, ¡perdóname! Se supone que debería estar robando todos los secretos de su orden y aquí estoy, explicándole lo que su maestro todavía no ha tenido tiempo de contarle. ¡Socorro! ¿Debería probar con la leche de dragón?

Rodé por el césped púrpura.

— ¡No, eso no! Doña Elyani, lo confesaré todo pero, ¡no me hagas esto!

— ¿Estás diciendo que no te gusta mi leche de dragón? —parecía que esto le rompía el corazón.

Madre de la Luz, ¿qué había hecho? Me senté de inmediato.

— ¡Pues claro que me gusta! ¡Me encanta! Fue la leche de dragón más fantástica y especial que he bebido nunca. Y que el Señor Melquisedec sea mi testigo... ¡Vaya día que tuve después! No puedo esperar hasta que me merezca tomarla de nuevo.

5.35 Bienvenido a la fase personal.

Por primera vez desde que descendí, iba a caminar hasta el enclave de las joyas a visitar a Gervin, en vez de recibirlo en el patio de Elyani.

La dama del águila me escoltó a través del laberinto de salas y pasillos hasta la salida. Cuando llegamos al portal del ala femenina, supervisó rápidamente mi energía antes de dejarme marchar. Satisfecha de que pudiese sobrellevar la caminata, me dio su bendición con cautela.

Me dirigí directamente al enclave de los treinta y tres dioses victoriosos. *Tenía* que honrar con mi visita el altar de Nuestro Señor Ganá.

Mientras caminaba, me di cuenta de que era la primera vez durante semanas que me separaba de Elyani. Extraños sentimientos acompañaban a esta comprensión, tan extraños que no era capaz de identificarlos. Y todo lo que me rodeaba parecía diferente. “¿Qué me ha sucedido?” pensé, mientras saludaba legítimamente a la gente que encontraba en mi camino. ¿Por qué me sentía como si viviese en otro mundo?

Como siempre, visitar a Ganá era como saludar a un viejo amigo. *¡Ha! ¡Ganá! ¡Lobatchen Zerah! ¡Hera, Ganá! ¡Samayin ho Zerah!*“. Por lo menos aquello no había cambiado. “Oh, mi Señor Ganá”, pensé, “¿qué haría yo en este mundo si no estuvieses aquí? ¿Qué me está sucediendo?”

La luz que rodeaba el altar era tan dulce como las bebidas blancas de Elyani.

“Las bebidas blancas...”, pensé, “quizá es esto lo que sucede, no soy capaz de digerir tantas bebidas blancas. Demasiada magia para mí. “¿Qué opinas, mi Señor Ganá?” pregunté a través de la fuente clara. La sabiduría de la fuente, sin embargo, más bien indicaba que las bebidas blancas eran excelentes para mí.

Suspiré aliviado.

Mil preguntas se agolparon en mi mente. Me hizo sonreír, recordando la época en la que iba a aquel mismo lugar desesperado por encontrar

5 – El libro de los misterios de Eisraim

una pregunta que pudiese hacer a mi maestro.

Me preguntaba si sería posible para mí profetizar invocando a Nuestro Señor Ganá, así como Elyani profetizaba invocando al águila Blanca. Quizá si pudiera observarla oficiando, encontraría pistas sobre cómo hacer lo mismo con Ganá. Profetizar sonaba exactamente como lo que necesitaba para contestar todas mis preguntas. Ahora más que nunca necesitaba la sabiduría de los dioses.

Cuando llegué a mi destino se me habían ocurrido muchas preguntas más. El *sabio hombre en la Ley* me saludó con tanta calidez y legitimidad como era habitual y preguntó por mi salud.

— ¡No lo sé! Mi cuerpo está bien, pero en mi interior suceden todo tipo de cosas extrañas, Gervin, me gustaría poder entenderlas mejor.

— ¿Qué crees que puede estar sucediendo, hijo mío?

— ¡Todo es tan diferente. Gervin! ¿Te puedes creer que hay veces que tengo tantas preguntas que no sé cuál plantear primero? Y me arrepiento de cosas que he hecho en el pasado, que ahora me parecen grandes errores y oportunidades perdidas. Y mi mente se preocupa a menudo de mis deseos, emociones, esperanzas y sentimientos, como nunca antes había hecho.

— ¿Crees que los durmientes sufren estos pesares y deseos?

— Sé que no los tienen. Pero no puedo evitar pensar que mi vida era mucho más simple antes. Gervin, algunas veces, ¡incluso mis propios deseos se contradicen entre sí! No veo ninguna sabiduría en esto.

— ¡Ajá! —se rió Gervin—. Dime un ejemplo.

— Desearía no tener que ir al templo del Dragón. Y espero que nunca nadie me pida que descienda de nuevo a los Inframundos —me estremecí—. Pero quiero que los Hijos del Dragón me puedan decir cómo descender y encontrar a Vivyani. Ya sé que está muerta, pero eso da igual. Esté vivo o no su cuerpo no cambia el hecho de que su alma permanece congelada allá abajo. ¿Quién cuidará de ella?

— Así que te estás convirtiendo en un hombre compasivo.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Compasión suena a la sabiduría de los grandes iniciados. Yo hablo de algo mucho más simple. Sencillamente estoy empezando a comprender el valor de ser cuidado por alguien; esto me está haciendo reflexionar sobre muchas cosas. Quizá, después de todo, ser cuidado por Elyani me está enseñando más de lo que me enseñó descender al Inframundo.

— ¡Quizá! —Gervin se atusó la barba; esto señalaba que nuestra discusión era muy profunda—. Pero si no hubieses descendido al Inframundo, no habría surgido la oportunidad de ser cuidado por alguien. Y si no hubieses muerto en la Luz Blanca, quizá nunca hubieses sido capaz de permitir que alguien te cuidase.

— Quizá —respondí. Deseé tener una barba como Gervin y Lehrmon para poder atusarla y alcanzar elevados estados de reflexión profunda como ellos. Para mi gran consternación, los cinco o seis pelillos rubios que habitaban en mi barbilla nunca se habían decidido a crecer. Me preguntaba si las águilas Blancas tendrían algún brebaje especial para hacer crecer la barba. Pero claro, esto no era algo que ellas necesitaran.

— Cambiando de tema —continué—. He venido a decirte algo, Gervin. Si me preguntas por tercera vez si quiero ser tu aprendiz, no dudaré. Aceptaré. He estado pensándolo detenidamente durante las últimas semanas. Sigo sin estar seguro de poder seguirte, pero si por la gracia de los dioses puedo convertirme finalmente en un Maestro del Trueno, entonces quizá pueda encontrar a Vivyani. Y en lo más profundo de mi alma todavía creo que había algo cierto en la visión que tuve en el lago. Un día, nuestra buena Doña Elyani necesitará ayuda y quiero estar allí para socorrerla. Pero, ¿qué ayuda le puedo ofrecer ahora, ignorante y débil como soy? Si me fortaleces, entonces sí podré ayudarla. Y además, quizá así sea capaz en un futuro de dar a alguien un poquito de lo que tú me has dado a mí y esto sería el más grande de todos los regalos.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Nos miramos en silencio. Podía sentir su calidez, la calidez que había admirado desde la primera vez que lo vi. Pero ahora, también era capaz de recibir su calidez, como cuando Elyani cuidaba de mí. Y en este recibir, había también una entrega. Era una experiencia maravillosa. Por primera vez, me encontré transmitiendo calidez a Gervin, como cuando me senté y mantuve contacto visual con Elyani. Era sencillo y pleno. Un instante mágico. “La calidez de Gervin se parece mucho a la de las águilas Blancas”, pensé. ¿O era quizá al revés?

— Algo que he percibido sobre los durmientes es que ellos no entienden qué es la calidez —dije—. Son fríos, parecidos a la gente del Inframundo, pero no son conscientes de ello.

— *Muy cierto, ¡hombre en la Ley!* —respondió Gervin, quien sabía perfectamente cómo recibir la calidez que yo le enviaba.

— Pues bien, yo también tengo algo que decirte —dijo Gervin tras unos instantes—. ¿Recuerdas cuando te dije que pasarían muchas cosas antes de que te volviese a preguntar por tercera vez y que entonces se crearía un vínculo permanente entre ambos? De hecho, han sucedido tantas cosas que creo que ya no es necesario que te pregunte. Esta calidez, de la que tan bien hablas, será nuestro vínculo. Aun así, debemos regirnos por el modo formal de hacer las cosas, para facilitar que el poder de nuestro linaje fluya desde mí hacia ti. Mañana por la mañana nos encontraremos en mi puerta dos horas antes del amanecer y yo llevaré a cabo una ceremonia en la cual te invitaré formalmente a unirme a los Maestros del Trueno.

Me estremecí avergonzado. Mi único pensamiento era: “*Buen Señor Melquisedec*, ¿qué me habrá pasado cuando llegue la mañana?”

Gervin leyó mis pensamientos. Rápidamente alzó su mano protectora hacia mi corazón.

— ¡Todo está bien, te lo aseguro! Esta vez no te estoy enviando ningún desastre —añadió, haciéndome reír.

5.36 La profecía del águila Blanca.

Elyani me esperaba en el portal del ala femenina del templo.

— ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! —exclamé.

— Por lo menos tres horas —ella sonrió.

Mientras la seguía, fingí gran exasperación.

— ¡Esto ya resulta ridículo! *Debe* haber una manera para que pueda orientarme en los pasillos de tu templo.

La dama del águila se rió entre dientes.

— ¡Claro que hay maneras! Muchas maneras.

— ¿Magia?

— ¡Naturalmente!

— ¿Crees que unos cientos de bebidas blancas podrían ayudarme?

— Es curioso que lo menciones pues acabo de preparar una muy especial.

“*¡Dulce Supramundo!*” pensé, “Sabía que algo iba a ocurrirme”.

Como me pareció reconocer un pasillo, pregunté:

— ¿No hemos pasado por aquí hace tres minutos?

— No.

— Gervin y Lehrmon pueden realizar viajes multi-dimensionales a través de las esferas de la lejanía y yo ni siquiera soy capaz de encontrar el camino a tu dormitorio. Tendré mucho trabajo para ponerme al día.

Descendimos por una pequeña escalera. Estaba seguro de que ya habíamos pasado por allí pero ni me molesté en mencionarlo.

— Elyani, hay una pregunta que me lleva rondando un tiempo. ¿Eres la hija de Gervin?

— ¡Ay! —exclamó— Szar, ¿qué pregunta es ésta?

Dándome cuenta de que había metido la pata, dije inmediatamente:

— ¡Lo siento! No lo volveré a mencionar.

— Está bien —ella se detuvo—. Gervin no es mi padre pero me emociona que pienses que lo era.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Cuando finalmente llegamos al patio, Elyani sugirió que me tomase un *legítimo descanso*.

— No estoy cansado en absoluto. Escucha, ha sucedido algo. Gervin me ha comunicado que mañana al amanecer me iniciará como su aprendiz en el Trueno.

— ¡Legítimamente estupendo! —era obvio que Elyani detestaba la noticia—. ¿Y te dijo cuando partirás hacia el templo del Dragón?

— Probablemente poco después. Me has curado maravillosamente bien. A veces me gustaría haber seguido enfermo un poco más.

— ¡Oh! ¿De verdad? —Elyani brillaba con la luz del águila.

— ¡De verdad! ¿No me puedes envenenar un poquito con una de tus bebidas? Quizá mañana durante la comida.

Elyani no se rió. Se mordió el labio y contempló las nieblas mientras intentaba recobrar la compostura.

Gotas de lluvia empezaron a caer en el patio, rompiendo el silencio.

— ¿Qué crees que me espera en el templo del Dragón? Seguramente nada agradable. ¿Hay grandes iniciados de los Inframundos aquí, en el templo de Eisraim?

— No, que yo sepa.

— ¿No existen otras órdenes que descendan a los Inframundos como tú y yo tuvimos que hacer?

— Muy pocas. Es demasiado peligroso. La mayoría son acompañados a una caverna como aquella donde te dejé. Los guían de la mano durante una corta visita hasta que empiezan a gritar: “*Oh, mi Señor Melquisedec, ¿qué es eso?*” Entonces los llevan de vuelta a la superficie y se llaman a sí mismos grandes iniciados del Inframundo.

— ¿Y qué sucede con las águilas Blancas? ¿Todas tienen que descender?

— Todas —Elyani contestó haciendo una hermosa mueca—. Es una de las pruebas esenciales para convertirse en suma sacerdotisa de nuestra orden, y la aceptamos y estamos orgullosas de ella porque nos gusta ser conocidas como la orden del águila Blanca, y no de la Gansa

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Blanca. Pero durante los últimos años, la cantidad de bajas ha sido horrorosa. Gervin debe haberte puesto al corriente sobre el deterioro del entramado de los campos.

— Y es por ello por lo que *él* te pidió que me cuidases —la había descubierto.

Ella hizo otra mueca.

— Ninguna de las águilas Blancas que ha descendido en los últimos tres años ha regresado. Enviar a alguien al Inframundo se ha convertido en una sentencia de muerte. Cada vez que sucede, Teyani queda completamente desolada. Si esto continúa así, nuestra orden desaparecerá.

— Es posible que sea algo presuntuoso —tenía que decirlo—, pero estoy seguro de que si hubiese regresado, habría encontrado a Vivyani.

— Szar, te creo. Pero tu cuerpo estaba al límite. Hubieras muerto mientras estabas allí abajo.

— ¡De acuerdo, de acuerdo! Lo acepto —observando mi esquelético cuerpo, sonreí—. Sólo necesito otros cientos de miles de brebajes blancos y ¿quién sabe? Es posible que me ponga en forma y pueda intentarlo de nuevo.

Cuando mencionaba a Vivyani, Elyani solía cambiar de tema. Esta vez acarició la marca de nacimiento de mi mejilla izquierda y suspiró.

— Mientras dormías, Teyani y yo intentamos curar esta marca, pero no funcionó. He estado pensando en otras hierbas que quizá sean más eficaces.

Mirándola directamente a los ojos le dije:

— Quiero preguntar al águila Blanca de los dioses si puedo hacer algo en el templo del Dragón para traer a Vivyani de regreso. ¿Querías ser mi profetisa?

Hacía tiempo que habíamos dejado atrás la fase en la que nos preguntábamos si el contacto visual era ilegítimo. Manteniendo la intensidad de mi mirada, Elyani asintió.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

— Lo haré, pero antes, ¿te tomarás un *legítimo descanso*? El ritual puede ser bastante largo.

Las cuatro gotas se habían convertido en verdadera lluvia. Me rendí y fui a echarme una siesta que duró cuatro horas más de lo que esperaba. A pesar de que me sentía más fuerte que nunca, mi ritmo de sueño todavía no se había estabilizado.

Cuando reaparecí, estaba atardeciendo. Todavía llovía. Fui a llamar a la puerta de Elyani.

— ¿Qué has estado haciendo? —exclamé sorprendido al verla—
¡Estás resplandeciente!

Esto la hizo brillar todavía más.

— Ven conmigo, tenemos que tomar las hierbas.

— ¿Quieres decir que tomarás esta bebida conmigo?

— Sí, ¡es la hora de la profecía! —me ofreció una gran taza llena de líquido de color blanco con un toque rosado. Me senté en el suelo y tomé un sorbo mientras ella ajustaba la llama del pequeño altar de su habitación.

— ¡La mitad! Debes beber la mitad.

Hice como me ordenaba y le devolví la copa.

— Es muy dulce y burbujeante.

Sin decir palabra, se bebió de un trago la otra mitad. Entonces se giró hacia mí con la mirada perdida, como si el oráculo ya se estuviese comunicando con ella.

“Qué extraño”, pensé. “Esta poción parece tener más efecto en ella que en mí”.

Entonces, mirando hacia arriba, atravesando el techo, empezó a emitir sonidos como otras profetisas que había visto con anterioridad:

— Zar—Zarra... Elva...Roh!

Y la secuencia de onomatopeyas ininteligibles continuó. ¿O pudiera ser un antiguo dialecto Atlante?

“Oh, ¡no! Es una de esas sacerdotisas que sólo los mismos dioses pueden entender”, pensé. Y tal y como Gervin me había indicado que

5 – El libro de los misterios de Eisraim

hiciese en aquellas ocasiones, permanecí completamente inmóvil, intentando abrirme a la corriente del oráculo. Pero los sonidos fueron de mal en peor y su cuerpo empezó a temblar.

En un principio me preocupé por ella. Después los sonidos se convirtieron en tal cacofonía que empecé a dudar, pensando que era una de sus bromas. Hubo un momento crucial en el cual no supe qué hacer. “Si *realmente* está profetizando y me empiezo a reír, se sentirá muy herida”. Pero el sonido degeneró de tal manera que no me pude contener y exploté en carcajadas.

Elyani se detuvo de repente y miró hacia los cielos.

“¡Lo sabía! ¡Sabía que no me creería! Sabía que no confiaría en mí lo suficiente como para ser su profetisa”, pensó Elyani.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había más en la poción de lo que había imaginado. No podía parar de reír. Agitado por violentas contracciones, tuve que sostener mi vientre con ambas manos y me resultaba difícil respirar. El poder de las hierbas tomó el control. Me dejé llevar por completo y empecé a rodar por el suelo.

Elyani estaba sentada a mi lado. Se reía un poco también, para hacerme compañía. No podría decir cuánto duró. Perdí por completo el sentido del tiempo.

Finalmente emití mi última carcajada y me acurruqué en posición fetal. Elyani acarició mi pelo gentilmente, como solía hacer cuando estaba muy enfermo.

— Estoy muerto —susurré con un larguísimo suspiro de alivio.

— Permanece inmóvil por unos instantes y estarás listo para encontrarte con el águila Blanca.

Me volví tan blando como un bebé, recibiendo la luz de calidad increíblemente elevada que ella había hecho descender a la habitación. Y la calidez.

Cuando me invitó a sentarme, estaba completamente fuera de mí.

Sus ojos capturaron los míos. Nunca había visto unos ojos brillar así. Era como contemplar los campos de estrellas.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Estaba a punto de decirle lo fascinado que estaba. Con un gesto de mano me indicó que debía permanecer en silencio.

— El águila Blanca está conmigo. Hablaré cuando me lo indique. Puedes hacer las preguntas que quieras, pero debes saber que todas las sacerdotisas del águila Blanca escucharán las respuestas.

¡El águila Blanca! Su presencia se parecía mucho a la de Elyani.

¿O era al contrario?

Fui directo al grano.

— Quiero saber si hay algún poder que pueda adquirir en el templo del Dragón que me ayude a encontrar a Vivyani.

La profetisa contestó inmediatamente con su voz normal:

— Cuando se enfrenta a la desgracia, ¿qué otra cosa puede hacer un niño pequeño que echarse las manos a la cabeza y llorar? Sólo los grandes guerreros tienen el poder de cambiar el curso del destino. Si a Szar se le ofrece la oportunidad de convertirse en un gran guerrero, permítele que no se eche atrás. No habrá una segunda oportunidad. Esto no tenía mucho sentido para mí.

— ¿Puedo saber más?

La profetisa negó con la cabeza.

— El águila Blanca no quiere decir nada más sobre este tema. Si insistes, seguirá hablando, pero serán palabras confusas que envenenarán tu mente.

Tragué saliva y cambié de tema rápidamente.

— Cuando estaba en el pequeño lago de los bosques de Nadavan, tras perder la preciosa piedra blanda, tuve una visión del águila Blanca descendiendo y pidiendo mi ayuda. Quiero saber si aquella visión era real.

— Era real y fue enviada por el mismo águila Blanca de los dioses.

Esta respuesta inequívoca hizo a mi corazón estallar en gozo. Deleitándome en la elevada presencia del águila, recordé cómo había dudado de mí mismo y todas las penas que me había infligido por no creer en la visión, y sonreí.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Pero si la visión era real, ¿qué le iba a suceder a Elyani?

No quise preocuparla implicando que pudiese estar en peligro, así que pregunté:

— ¿Cómo puedo fortalecerme lo suficiente como para servir al águila?

¿Qué tengo que hacer para convertirme en un dador?

— Conduce el Dragón. Cumple el deseo de tu padre.

¿Mi padre? Aquello no tenía sentido. El *anciano hombre en la Ley* había muerto hacía mucho tiempo. ¿Cómo podría saber qué hubiera deseado para mí?

— ¿Puedo saber más?

Elyani negó con la cabeza en silencio.

Perplejo, me pregunté cómo podría reformular la pregunta.

Elyani volvió a negar con la cabeza.

Escuché su advertencia y aparqué el tema. Contemplando la extraordinaria luz de sus ojos, dije:

— Le debo tanto al águila Blanca...¿Cómo podré agradecersele debidamente?

— ¡Conduce el Dragón! ¡Cumple el deseo de tu padre!

Permití que las palabras trabajasen en mi interior durante unos instantes.

Mi padre... ¿Qué Supramundos tenía que ver mi padre con aquello?

Quizá el águila Blanca se refería a Gervin.

Entonces fue cuando cometí un error garrafal. Interpreté la repetición de la respuesta como un signo de que se me estaban acabando las preguntas significativas. Decidí que había preguntado lo suficiente y que estaba satisfecho con las preciosas respuestas que había recibido, aunque no tuvieran mucho sentido en aquel momento para mí. Así que indiqué asintiendo con la cabeza que no tenía más preguntas y entré en un estado contemplativo.

¡Joven atolondrado! El águila Blanca de los dioses estaba allí para mí. Si hubiera discernido lo suficiente como para encontrar las preguntas adecuadas, podríamos haber seguido profetizando toda la noche, y se

5 – El libro de los misterios de Eisraim

hubieran abierto nuevos horizontes para mí. Elyani me había dado una pista, ella me advirtió: “Puede durar largo tiempo” e insistió en que me tomase un *legítimo descanso*. ¡Si tan solo hubiese recordado sintonizar con la fuente clara!

No se me ocurrió nada de esto. Simplemente me senté en silencio frente a Elyani, disfrutando de la elevada presencia en la habitación y del esplendor de sus ojos.

Tras media hora, la presencia empezó a desvanecerse y Elyani cerró los ojos.

Pensé que probablemente necesitase un legítimo descanso, así que abandoné la habitación silenciosamente.

5.37 La sacerdotisa abandonada.

Era por la noche temprano. Gotitas de lluvia caían sobre el patio. La luz de la luna, reflejada a través de la bruma, creaba la atmósfera plateada tan característica de las noches atlantes.

Elyani salió de la habitación al poco tiempo y se sentó a mi lado en el césped.

— Hay ciertas cosas que debo explicarte sobre el ritual para profetizar. Para empezar, tras recibir el oráculo, la profetisa se encuentra en un estado muy delicado. ¡Nunca se la debe dejar sola! Su voz sonaba llena de paciencia y no de enfado. Aun así estaba bien claro que había hecho algo mal.

Desperté de mi neblinosa contemplación.

— ¡Lo siento! ¿Estás bien? ¿Qué se suponía que debía hacer?

— Sí, estoy bien. La sesión fue muy corta. Pero debes entender qué es lo que le sucede a una mujer cuando recibe el oráculo. Su Espíritu debe ascender a lo más alto de las esferas y esto puede suponer un gran esfuerzo. Cuando la sesión finaliza, su Espíritu está volando allá en lo alto, lejos de su cuerpo. Esto, combinado con la fatiga, ¡profetizar puede ser agotador!, produce un estado en el que no tiene el control completo de su cuerpo y, además, se encuentra

5 – El libro de los misterios de Eisraim

extremadamente abierta y vulnerable, como un pequeño bebé. Si se queda sola y nadie la cuida, se siente desolada. Como si la hubiesen abandonado en algún rincón de las más frías regiones del Inframundo.

— *Dulce Señor Melquisedec*, ¿es así como te sientes?

— No, la verdad es que no —la luz era la suficiente como para poder adivinar que ella me estaba dedicando una de sus sofisticadas muecas—. Hay diferentes rituales para profetizar. Con la conexión que hemos establecido esta noche, he permanecido más o menos en mi estado habitual, especialmente porque ha sido muy corta.

— ¿Algún día me explicarás más sobre los diferentes rituales para profetizar?

— Por supuesto. Si es que todavía te hablo, claro.

— ¡Oh! ¡Lo siento, lo siento, lo siento! Ahora recuerdo que Gervin me dijo que las sacerdotisas que acababan de profetizar necesitaban protección, pero nunca le pregunté cómo hacerlo. Elyani, por favor, ¿tú me lo explicarías? ¿Cuál hubiera sido la mejor manera, la manera más especial, la más cálida y dulce, de cuidar una sacerdotisa del águila Blanca, supongamos, que acaba de terminar una larguísima y agotadora sesión profética en la que su Espíritu se ha esparcido por las esferas? — ¡Supongamos! —repitió, y por el tono de su voz intuí que ya me había perdonado un poquito— ¡Sería muy fácil! Sólo tendrías que cuidarla como si fuese un bebé. ¿Qué harías si estuvieras cuidando a una pequeña de un año?

El último bebé de un año que había visto era mi hermanito, cuando yo tenía cuatro años.

— Mmm...

Elyani suspiró profundamente, como si yo tuviera que aprender mucho más de lo que pensaba.

— Te asegurarías de que tuviese todo lo necesario y estarías realmente presente. Serías especialmente amable con ella y le contarías cosas. Quizá incluso la tomarías de la mano.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Tras un silencio provisional, continuó:

— La alimentarías si necesitase comer. Y crearías a su alrededor una atmósfera segura y cálida.

— ¿Un poco como lo que tú hacías cuando cuidabas de mí?

— Sí. Pero no te preocupes. Esta noche estoy bien —esperó unos segundos y repitió—. Estoy bien.

Esto me hizo sentir mucho mejor. Permanecí pensativo, preguntándome qué podía hacer.

Elyani prefirió cambiar de tema.

— ¿Qué te parece la respuesta acerca del gran guerrero?

Me encogí de hombros.

— ¡No sé! ¡Mírame! Estoy esquelético, siempre he odiado correr y me costó aprender a nadar tres veces más que al resto de niños en la escuela. Recuerdo una vez, cuando tenía dieciséis años, que estaba recuperando el aliento tras subir y bajar una escalera. Mi profesor de educación física me miró de arriba abajo y me dijo que, si quería conseguir una esposa algún día, tendría que puntuar extremadamente bien en la Gran Competición de Sheringa.

Elyani se rió entre dientes.

— Aquel hombre sentía tanto desdén hacia mí que nunca más volvió a dirigirme la palabra—suspiré—. No me imagino teniendo nada que ver con grandes guerreros. Quizá el significado de las palabras era simbólico.

— Quizá.

— Escucha —le dije—, el brillo de tus ojos mientras recibías el oráculo me tenía completamente fascinado. ¡Era espectacular! ¿Es el arte de la profecía uno de los secretos protegidos de tu orden o puedo preguntarte al respecto?

— ¡Ambos! —respondió. Las nubes se habían vuelto más densas y no podía ver su cara, pero estaba seguro de que estaba sonriendo—. Pero en otra ocasión. Es una historia muy larga y quiero que te encuentres bien descansado para tu iniciación. Le di mi palabra al maestro Gervin

5 – El libro de los misterios de Eisraim

de que te mantendría en forma y debo atenerme a ello.

— ¿Así que no envenenarás mi comida mañana a mediodía? ¡Qué pena!

Ella permaneció en silencio.

— ¿Sabes? Gracias a todas tus bebidas mágicas y tus cuidados he desarrollado un poder sobrenatural en las últimas semanas.

— ¿De veras? ¿Cuál?

No consiguió que su voz sonase alegre.

— Puedo leer la mente de las sacerdotisas del águila Blanca. Especialmente la de una de ellas.

— ¿Y qué es lo que lees, *o maestro del Trueno, Embajador de Nuestro Señor Melquisedec*?

Nunca había oído aquella expresión.

— ¿Qué es un *Embajador de Nuestro Señor Melquisedec*?

— Es uno de los títulos de los Maestros del Trueno, el título que ostentan cuando viajan a visitar a los moradores de las esferas de la lejanía. Y bien, embajador, ¿qué es lo que puedes leer?

Tuve que buscar las palabras.

— Esta es la última noche, ¿verdad? Tan pronto como Gervin me inicie, me enviará al Templo del Dragón.

— Sí.

— No será un viaje seguro, ¿verdad?

Ella no respondió.

— Elyani, sé que has preguntado al águila Blanca sobre este tema. ¿Qué te dijo? Podría morir allí, ¿verdad? —tenía que obligarla a responder—. Necesito saberlo, Elyani, ¡por favor! ¿Qué probabilidades tengo de salir con vida?

— La mitad. Esto es lo que dijo el águila: *Tanto para el sí como para el no, como las flores púrpuras del árbol alohim tras la primera tormenta de la primavera, la mitad permanecen en el árbol, la otra mitad caen al suelo.*

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Permanecemos largo rato escuchando las gotas de lluvia caer en el patio.

— Gracias, Elyani. Gracias por lo que has hecho por mí. Ahora sé a ciencia cierta que lo que he aprendido últimamente no es consecuencia de mi visita al Inframundo, sino que es el resultado del modo en que me has cuidado. El tiempo que me he enfermado contigo ha sido el mejor de toda mi vida.

Dándome cuenta de lo que acababa de decir, corregí mis palabras con rapidez.

— Quiero decir, que he estado enfermo a tu lado...

— ¡Ya lo tengo, Szar-ka! —dijo la dama del águila, tomándose el pelo—. Todo lo que tienes que hacer cuando te encuentres con el Dragón es contarle uno de tus chistes y como sus carcajadas provocarán un gran terremoto, ¡no tendrás problemas para escapar! ¡Enfrentarme al Dragón! ¡Así que esto es lo que quiere Gervin que haga!

No me extraña que el águila haya comparado mis probabilidades de morir con las flores del árbol Alohim. ¿Habría sido demasiado optimista para tranquilizar a Elyani?

— ¿Puedes imaginarte un pollito marrón a caballo de un dragón? —le pregunté.

— Por supuesto que sí —sonaba como si realmente creyese sus palabras.

— Si sólo pudieras venir conmigo... ¿Cómo voy a sobrevivir sin tus blancos brebajes?

— Antes de que Gervin te trajera a mí, vivías bien sin ellos, ¿no?

— ¡Pues no precisamente! No tenía ni idea de cuán congelado y muerto estaba antes de que me trajeses de vuelta del Inframundo. Era la segunda vez que lloraba por mi culpa. No podía ver su cara, pero la sentía. Grandes lágrimas de pena que, gracias a la noche, podían fluir sin avergonzarla. Su aflicción me silenciaba, me sentía tan tímido como un *joven idiota en la Ley*, justamente cuando ella más

5 – El libro de los misterios de Eisraim

necesitaba mis palabras.

Tras unos instantes, se levantó y caminó hacia el fondo del patio.

— ¿Querías sentarte conmigo al lado de mi laurel favorito? —me preguntó.

Seguí su voz y, a tientas en la oscuridad, toqué su pelo con suavidad, para saber dónde sentarme.

— Este árbol es muy especial para mí. Mi madre lo plantó —me confió.

Acaricé las hojas con mi mano. Ella no podía verme, pero me sentía.

— Yo también quiero darte las gracias —me dijo.

— ¿A mí? —me parecía que no había hecho mérito alguno—. ¿Por qué?

— Por todo lo que me has dado en las últimas semanas.

No comprendía a qué se refería.

O quizá sí sabía a qué se refería, pero no sabía cómo responder.

Así que permanecí en silencio como si no lo supiera.

Ella comprendió y también permaneció en silencio.

Y hubo plenitud.

Cuando se hizo mucho más tarde, me preguntó si quería tomarme un *legítimo descanso*. Le respondí que no, pero insistió, pues había dado su palabra al Trueno, y me envió a dormir.

5.38 Aprendiz del Trueno.

Era tan temprano que las callejuelas del templo todavía estaban vacías. Me detuve justo antes de llamar a la puerta de Gervin. Sintonicé con la fuente clara y rogué a la Madre de la Luz para que no dejase que me desmayase durante la ceremonia.

Una voz familiar me llamó:

— ¡Szar!

Era Lehrmon.

— ¡*Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Szar de la Túnica Marrón!* —unió sus manos a la altura del pecho y se rió con gran

5 – El libro de los misterios de Eisraim

excitación. Entonces corrió hacia mí y me abrazó.

— *¡Toda la gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec, Lehrmon de la Túnica Marrón!* ¿Has venido desde Lasseera sólo por mí?

— ¡Por supuesto! No me perdería un momento como éste por nada del mundo.

Se abrió la puerta pero, para mi sorpresa, no fue Gervin quien apareció en el umbral.

— *¡Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Melchard de la Túnica Marrón!* —exclamó Lehrmon con entusiasmo. Melchard respondió con voz gozosa y los dos hombres se abrazaron.

— *Alabado sea Nuestro Señor Melquisedec, Don Melchard, Sumo Sacerdote de Eisraim y Gran Comandante de la Ley...* —empecé a decir.

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! —me interrumpió el hombre de anchos hombros—. Esta mañana soy Melchard de la Túnica Marrón —y con una sonrisa que brillaba con la calidez del águila, me tomó del brazo y caminamos juntos al interior de la habitación.

La luz en la estancia aguamarina brillaba como nunca.

— *¡Alabado sea el Gran Apolo, Gervin, Maestro Supremo del Trueno!* *¡Toda la gloria sea para el maestro!* —Lehrmon unió las manos en un gesto de plegaria e inclinó la cabeza con reverencia.

¿Así que Gervin era el Maestro Supremo de la Túnica Marrón?

— *¡Toda la gloria sea para el maestro!* —respondió Gervin, manteniendo los ojos cerrados durante unos segundos. Después, los dos hombres se abrazaron riendo, llenos de gozo.

El maestro Esrevin, que había venido desde Lasseera con Lehrmon, hizo su entrada. Saludó de la misma manera, uniendo las manos frente a su corazón.

— *¡Alabado sea el Gran Apolo, Gervin, Maestro Supremo del Trueno!* Melchard se dio cuenta de que no sabía qué decir. Me invitó a saludar a Gervin de la misma manera. Y todos ellos me dieron la bienvenida y me saludaron como si fuera su hermano.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Tras intercambiar aquellos legítimos saludos, nos sentamos en círculo, Gervin frente a mí.

Gervin me miró directamente a los ojos y declaró con voz solemne:

— Szar, te pregunto por tercera y última vez: ¿Quieres convertirte en mi aprendiz en el Trueno? Antes de contestar, piénsatelo bien. Si aceptas, te vincularás a un nuevo destino y al linaje del Trueno. No es un camino fácil. Muchos otros antes que tú han fallado, cayendo tan profundamente en el abismo de la oscuridad que transcurrirán siglos hasta que puedan ver la Luz de nuevo.

Me estremecí. En los últimos meses había descubierto que el Maestro Gervin nunca hablaba a la ligera.

— Sí.

— ¿Por qué deseas aceptar mi invitación? —preguntó Gervin—. Contesta desde el corazón.

Fruncí el ceño sorprendido. Esto no era una ceremonia de noviciado ordinaria, donde los candidatos aprendían sus frases de memoria con meses de antelación y conocían legítimamente todas las sorpresas que les esperaban, para estar preparados a la hora de dar las respuestas legítimamente satisfactorias.

En la vibrante atmósfera aguamarina de la habitación, era sencillo escuchar la sabiduría de la fuente clara.

— Si abandono ahora, mi vida perderá todo su sentido. Ahora que, gracias a ti, he podido vislumbrar cómo se siente el despertar, no podré encontrar paz alguna mientras continúe siendo un durmiente.

— ¿Eres consciente de que esta búsqueda implica hacer grandes sacrificios y perder muchas de las cosas que te resultan más preciadas? Era fácil darse cuenta de esto, pues ya estaba sucediendo. En cuestión de horas, tendría que abandonar el templo y a Elyani, emprendiendo el viaje hacia un destino terrible. — Sí.

Gervin se giró hacia Esrevin, y Esrevin dijo:

— Sí.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Entonces se giró hacia Melchard, quien, de la misma manera, dijo:

— Sí.

Lehrmon a su vez respondió:

— Sí.

Gervin fijó sus exuberantes ojos de color gris verdoso en mí y la energía de la habitación incrementó su nitidez e intensidad. Muchos otros semblantes aparecieron en su cara, hombres que me miraban con seriedad y decían:

— Sí.

— Estos son los Maestros del Trueno que están en los Campos de Paz —comentó Gervin.

Cuando reapareció su cara, a duras penas conseguía permanecer en mi cuerpo. Una gran explosión tenía lugar muy por encima de mi cabeza. Pero me encontraba tan alejado de mi ser habitual que no me afectó. Por medio del contacto visual, Gervin, sólido como una roca, proyectó mi conciencia hacia el interior de aquellas elevadas y misteriosas energías, y declaró:

— Hoy, en presencia de mis hermanos, yo, Gervin, Supremo Maestro del Trueno, te acepto como mi aprendiz y te invito a aprender los secretos de mi linaje.

Gervin continuó vertiendo energías en mi interior, haciéndome sentir como si un fuego gigantesco se hubiese encendido en el cielo, sobre mi cabeza. Entonces sonrió, y en un segundo me encontré de vuelta en la habitación.

— ¡Bien hecho, hijo mío, bien hecho! —me felicitó Gervin.

¿Ya se había terminado? Estaba muy sorprendido, me costaba creer lo fácil que había sido no desmayarse.

— Szar está acostumbrado a ceremonias muy largas —le dijo Lehrmon a Esrevin—. Casi cinco años como aprendiz de la Túnica Salmón lo han convertido en un excelente ritualista.

— Szar, se nos olvidó decirte que esto no era una ceremonia —dijo Melchard riendo—. En nuestro linaje sólo hay una ceremonia de

5 – El libro de los misterios de Eisraim

iniciación: aquella en la que te conviertes en Maestro del Trueno. Un ritual muy poderoso.

— Mucho más poderoso que cualquier cosa que hayas presenciado antes, incluso aunque te hubieras convertido en el más elevado iniciado de la Túnica Salmón

—añadió Gervin como si tal cosa.

— ¡No te decepcionará, Szar! —ratificó Lehrmon.

Gervin cogió un cesto de frutos, en su mayoría *peras de la Ley*, que había en un altar detrás de él. Los tonos brillantes del aura de los frutos denotaban que habían sido ofrecidos durante un ritual de fuego. Gervin repartió una pieza de fruta a cada uno, tomando una para sí.

— Pero antes de que podamos elevarte a tan sublime grado, necesitamos que te fortalezcas, Szar —girándose hacia Melchard añadió—: El águila Blanca ha estado trabajando mucho en él durante las últimas semanas.

— Elyani me lo ha contado —Melchard sonrió con cariño y después mordió su jugosa *pera de la Ley*.

Así que Elyani conocía al Sumo Sacerdote de Eisraim, ¡y le había puesto al día sobre mí!. Esto sonaba preocupante, por decir poco. ¡Habíamos hablado de muchos temas durante las últimas semanas! Melchard negó con la cabeza, como si pudiese leer mis pensamientos y quiso tranquilizarme. Aquello, por supuesto, me hizo sentir más vergüenza todavía.

— ¿Hay algo que necesites preguntarnos antes de partir hacia el templo de Vulcano? —preguntó Gervin.

— Sí —dije contemplando la pera y recordando a Elyani —. No me has explicado qué es lo que esperas que aprenda en ese templo.

— Szar, los Maestros del Trueno estamos implicados en una gran tarea, una misión secreta de consecuencias trascendentales, que yo he estado supervisando durante casi treinta y cinco años, con la ayuda de Esrevin, Melchard y, más recientemente, también con la de nuestro buen Lehrmon.

5 – El libro de los misterios de Eisraim

Una de las cosas que Elyani me había transmitido en las últimas semanas era su amor por los secretos. Esto sonaba como un secreto de capital importancia. Mordí mi *pera de la Ley* y escuché atentamente.

— Y como ya te he dicho, me gustaría que nos ayudases en esta gran misión.

— ¡Aquella que es tan secreta! —añadió Esrevin con una ingeniosa sonrisa, pues había percibido el resplandeciente brillo que emitían mis ojos al hablar sobre este tema. Todos nos echamos a reír.

— Antes de que nos puedas ayudar —continuó Gervin—, necesitamos que despiertes completamente y que te conviertas en alguien más...

—Gervin buscó la palabra apropiada.

¿Era porque no quería herir mis sentimientos?

— Peligroso —dijo finalmente—, ésta es la palabra. ¡Necesitamos que te vuelvas peligroso!

Dulce Señor Melquisedec, si había algo que yo no era, ¡era peligroso!

— Debes convertirte en un hombre poderoso, si quieres ayudarme a cumplir mis profecías. En el templo al que te envió encontrarás oportunidades para adquirir gran fuerza. ¡No las eches a perder! Escuché la advertencia desde lo más profundo de mí mismo.

Estaba empezando a darme cuenta del valor de las oportunidades.

—Y así termina el libro de los misterios de Eisraim—

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

6.1 Los hijos del Dragón.

La cordillera situada al sur de las Tierras Rojas se extendía ante mis ojos, revelando un paisaje espectacular, repleto de pequeñas mesetas y precipicios de color de fuego, estrechos cañones y dunas arenosas, apenas pobladas por arbustos puntiagudos, totalmente desconocidos en el norte. El polvoriento y árido panorama era tan irreal que no me habría sorprendido encontrar una trompa de elefante saliendo de entre las dunas. Hubiese deseado que Elyani estuviese conmigo para ver todo aquello.

Cuando llegué finalmente a las inmediaciones de la montaña de Lohrzen, me detuve a suficiente distancia como para contemplar el despeñadero rojizo en donde estaba excavada la entrada del templo. “Legítimamente irreal”, era mi único pensamiento. Conforme me acercaba a los imponentes portales, farfullé:

— Sé que no debería, pero desearía que Gervin me hubiese explicado qué decir cuando llegase a mi destino.

Quedaba dolorosamente atrás el templo de Eisraim, con sus entradas sin vigilancia por las cuales la gente iba y venía según le parecía.

Antes de que tuviese tiempo de llamar a la puerta, un grave vozarrón me espetó:

— ¿Quién eres, *extraño en la Ley*?

No podía ver quién era el que me gritaba. La única apertura que había en las gigantescas puertas era un diminuto agujero. Yo le grité a mi vez:

— Soy Szar de la Túnica Marrón, enviado por el maestro Gervin del templo de Eisraim.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— ¿Eres un Hijo del Dragón?

La pregunta me dejó perplejo. Sintonicé con la fuente clara, intentando captar qué es lo que contestaría una persona despierta.

Afortunadamente, otra voz gritó:

— ¿Has dicho el Templo de Eisraim?

Respondí afirmativamente, a medio camino entre la cautela y el orgullo.

— ¿Qué tipo de ropa viste?

— Ropa de monje. Marrón. Sucia —respondió la primera voz.

— Déjalo entrar.

“¡Listo!”, pensé, “¡Gervin, mírame! Ya he conseguido entrar”.

Con ominosos e ilegítimos crujidos, los enormes portones empezaron a abrirse. Pareció durar una eternidad. Un oscuro vestíbulo apareció gradualmente ante mí. Me armé de valor y entré.

La primera sorpresa fue comprobar cuán grandes eran aquellos dos hombres. Raramente había visto personas tan altas y de hombros tan anchos. No me parecieron especialmente amigables. Me miraron fijamente, mientras las puertas se cerraban a mis espaldas. Empecé a sentirme cada vez más incómodo. El concierto de crujidos y chirridos terminó con un sonoro golpe seco, producido por un pesado leño transversal que sellaba el portalón. Uno de los gigantes me agarró de los hombros. Examinándome como si fuera un pollo en el mercado, le dijo al otro gigante:

— ¿Crees que éste merece la pena?

Su acólito, pensativo, murmuró un dudoso:

— Mmm...

Empezaron a discutir sobre mi físico:

— Está horriblemente esquelético. ¿Crees que nuestro dios se lo tomará como una ofensa?

— Bien pudiera ser... —respondió el otro.

Entonces el hombre me empujó bruscamente hacia su amigo. Me quedé sin aliento cuando le oí decir:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Quizá debiéramos echarlo al foso con la escoria Néfilim.

— Legítimo señor —intenté decirle—, he venido con buenas intenciones —pero mientras hablaba, me di cuenta de que acababa de decir una tontería. El segundo gigante imitó el tono de mi voz irónicamente:

— ¡Ha venido con buenas intenciones! —y los dos se echaron a reír:

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

El tronar de su risa retumbó en la sala durante siglos.

Intentar luchar contra aquellas montañas de músculos no era siquiera una opción, sobre todo teniendo en cuenta que yo no había luchado con nadie en toda mi vida. Como la fuente clara no me decía nada, me pareció que me encontraba en una situación bastante penosa. “Se acabó, maestro Gervin”, pensé, “¡Moriré siendo un durmiente! Desearía que me hubieses explicado cómo enfrentarme a la muerte en esta situación”. Mientras me recomponía, preguntándome cómo podría enviar una última comunicación a la dama del águila, apareció otro hombre.

— ¿Cómo te llamas, hijo mío?

— Szar, señor; me ha enviado el maestro Gervin de la Túnica Marrón del templo de Eisraim.

No era tan alto como los otros dos pero sí igual de corpulento y su voz era incluso más grave que la de ellos.

— Te estaba esperando, hijo mío. Has sido anunciado.

“Bien”, me dije a mí mismo. “Deben haber recibido un mensaje de Gervin a través de la Oscuridad Visible. Si tienen piedras blandas, debe haber una manera de hablar con Elyani”. Ella me había hecho prometer que la llamaría tan pronto como pudiese acceder a un canal de voz.

Era un extraño lugar. Las paredes no brillaban. Estaban muertas, construidas con piedras en vez de plass. La única luz que iluminaba el interior del templo provenía de las pocas antorchas que colgaban de los muros.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Un cuarto hombre, también colosal, apareció con agua y comida.

“¡Madre de la Luz!”, pensé, contemplando los extraños pedazos carbonizados que había en el plato, recordando ya con nostalgia las bebidas blancas de Elyani. “¿Dónde he aterrizado?”

Disimulando todo lo posible y asegurándome de que nadie me miraba, empecé a extender mi conciencia por todo el espacio, barriendo la oscuridad visible en busca de una piedra dúctil.

Llamaron a la puerta. Por un instante pensé en gritarle a aquella pobre alma: “¡No! ¡Márchate!”, pero decidí que ya había sido lo bastante valiente por el momento, así que me contuve.

— ¿Quién eres, *extraño en la Ley*? —inquirió la voz que había escuchado primero.

— Soy Phileon, hijo de Phileon.

— ¿Eres un hijo del Dragón?

El hombre que esperaba fuera sonaba bastante seguro de sí mismo.

— Todavía no, señor, pero aspiro a convertirme en uno de ellos, así como lo es mi padre y lo fue el padre de mi padre.

— ¡Entra, candidato! —respondió el guardia, y las puertas se abrieron de nuevo con un gran crujido.

“¡Esto es lo que Gervin olvidó explicarme que tenía que decir!” pensé, asegurándome de aprender aquellas palabras por si acaso alguien perteneciente a aquel manicomio me preguntaba qué tipo de hijo era. Pronto pude darme cuenta de que las palabras mágicas, aunque abriesen las puertas del templo, no garantizaban indulgencia alguna.

Un hombre joven hizo su entrada, atravesando el largo pasillo que conducía hasta el vestíbulo. Los dos gigantes comenzaron de nuevo:

— ¿Crees que éste merece la pena?

— Mmm...

— Está horriblemente esquelético. ¿Crees que nuestro dios se lo tomará como una ofensa?

— Bien pudiera ser...

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Empezaron a empujar a su nueva víctima en todas direcciones, preguntándose el uno al otro si era mejor lanzarlo al foso con la escoria Néfilim. Comprobar que no era el único que era recibido de esta manera me hizo sentir sólo un poco mejor.

Tras unos minutos reapareció el tercer hombre, que parecía ocupar una posición más elevada en la jerarquía del templo. Esta vez no dijo que el recién llegado había sido anunciado, sino que le preguntó de forma ritual:

— *Candidato, ¿puedes decirme la palabra que has recibido de tu padre, así como él la recibió del suyo?*

Un poco tembloroso pero todavía bastante compuesto, el joven respondió:

— *Sí puedo.*

— *Muy bien. Susúrramela al oído* —y el joven así lo hizo.

— *Hermanos* —exclamó el jefe—, *éste es el hijo verdadero de un Hijo del Dragón. Por ello se le debe conceder la oportunidad de caminar sobre el fuego y demostrar mediante varias pruebas que merece, por su coraje y resistencia, ser uno de los nuestros.*

No me gustaba nada el tono de aquellas palabras.

— *¡Así sea!* —respondieron los dos gigantes, uno tras otro.

— *Phileon* —dijo el jefe—, *todavía estás a tiempo de marcharte si así lo deseas. Pero si decides quedarte, debes saber que no hay vuelta atrás.*

A lo que Phileon, que conocía perfectamente el ritual, respondió:

— *No me marcharé, al igual que mi padre no se marchó ni tampoco lo hizo el padre de mi padre.*

— *Pues bien* —respondió el jefe—, *entra y no pienses en echarte atrás.*

¿Cómo es que nadie me preguntaba a mí si quería marcharme?

Antes de que pudiese imaginar qué respondería si me ofreciesen la oportunidad, el jefe condujo a Phileon hasta la habitación donde yo jugueteaba con mi bebida.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Phileon, éste es Szar, otro candidato. Os someteréis juntos a las pruebas.

Mientras tanto, yo seguía escaneando el espacio sin éxito, en busca de la presencia de una piedra dúctil.

6.2 Phileon, hijo de Phileon.

Le dieron comida y bebida. Ambos esperamos en la habitación contigua durante una hora, sin intercambiar palabra alguna, hasta que otro hombre vino a buscarnos. También era gigantesco, de pecho amplio y peludo y muslos y brazos como troncos.

— Soy el hermano Floster, ¡seguidme, candidatos!

Mientras caminábamos tras Floster, lo observé minuciosamente.

Al igual que los otros, vestía prendas oscuras de piel, unos pantalones cortos y una camisa. Rodeaban sus muñecas apretadas tiras de algún tipo de piel negra, gruesa y escamosa. Lucía una barba pulcramente recortada y largo y ondulado cabello negro. Sus piernas peludas me tenían completamente fascinado.

Sintonicé con él, preguntándome: “¿Hasta qué punto está dormido este hombre?” Inmediatamente pude darme cuenta de que su sueño no era un sueño común. Poseía una fuerza sólida y arraigada, diferente de cualquier cosa que hubiese percibido antes.

Floster nos condujo a través de una red de pasadizos y galerías que habían sido excavados en la roca. No había plass en las paredes. Era un lugar ilegítimamente oscuro. Me aseguré de memorizar el camino, no fuera que tuviese que abandonar el lugar a todo correr. Era un templo de grandes proporciones pero muy sencillo, comparado con el laberinto encantado que conducía al patio de Elyani. Tras subir y bajar escaleras durante unos minutos, llegamos a una pequeña cueva iluminada por dos minúsculas ventanas que daban al acantilado.

— Muchachos, aquí es donde dormiréis durante vuestras pruebas. Ahora descansad. Hay agua suficiente en aquella jarra y un hermano os traerá algo de comer más tarde. *Mañana al amanecer vendré para*

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

conduciros al corredor que atraviesa la primera puerta —me miró durante unos segundos con sus profundos ojos negros y después miró a Phileon. Y se marchó dando un portazo.

Lo primero que hice fue inspeccionar las ventanas. Estaba tan delgado que hubiese podido atravesarlas sin dificultad. Pero al asomar la cabeza pude comprobar que la habitación estaba por lo menos a trescientos legítimos pies del suelo. Contemplar el pronunciado acantilado me produjo un sentimiento incómodo. A no ser que un carro volador enviado por los dioses viniese a buscarme, no había ninguna posibilidad de escapar. Suspiré pensando: “¿El águila Blanca quizá?”

La celda tenía las mismas insólitas paredes que el resto del templo, sólo piedra, nada de plass. Completamente muertas. Sin el brillo del plass sólo quedaba la luz que entraba por las minúsculas ventanas. ¡Ilegítimamente lúgubre y frío!

Phileon se sentó en uno de los colchones que había en el suelo, yo me senté en el otro y nos miramos durante algún tiempo. Finalmente, inicié una de las conversaciones preestablecidas de la Ley que permitía que la gente se conociese.

Mi compañero era el hijo de Phileon el alfarero. Tal y como estipulaba la Ley, estaba aprendiendo el oficio de su padre y de sus tres tíos. Mientras hablábamos, me di cuenta de que Phileon había sido preparado durante años para aquel momento y aun así, tenía una idea muy vaga sobre lo que iba a suceder. Su padre, cuando le explicaba cosas del templo, había dicho más de una vez: “¡No es lo que te imaginas, hijo mío, no lo es!”, lo cual era una reminiscencia de la advertencia que me había hecho Gervin antes de marcharme: *¡Cuenta con sorpresas!*

Sin embargo, cuanto más descubría sobre aquel templo, menos me apetecía ser sorprendido por los hijos del Dragón.

Fruto de mi conversación con Phileon, descubrí que visitar aquel templo formaba parte de la Ley de los alfareros, porque su oficio

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

trataba con fuego. Los miembros de varias castas de fuego, artesanos que trabajaban con el fuego de una u otra forma, viajaban al templo de los Hijos del Dragón para recibir su iniciación. El padre de Phileon le había explicado que, como consecuencia de convertirse en un Hijo del Dragón, muchos gestos y técnicas que usaba diariamente en el arte de la alfarería cobrarían un significado totalmente diferente. Sólo entonces se convertiría en un verdadero conocedor de su propio oficio. — ¿Cómo descubriste que tu padre era un Hijo del Dragón? —le pregunté, pensando que quizá había cosas que nunca llegué a saber sobre mi padre.

— Durante mi *iniciación del séptimo cumpleaños*, me habló de ello por primera vez. Después, durante *mi iniciación del undécimo cumpleaños*, mi padre me transmitió las palabras secretas y los símbolos por los cuales los Hijos del Dragón se reconocen entre sí. Para Phileon, aquello era la gran aventura de su vida, seguramente la única ocasión en que su rutina diaria de trabajo de alfarero, tiempo libre y sueño sería interrumpida. La excitación que provocaba en él este viaje era ciertamente un gran despertar para Phileon.

“Este joven en la Ley está menos dormido ahora que nunca”, pensé.

Yo quería saber más sobre mi destino a corto plazo.

— ¿Te dijeron qué iba a suceder? —pregunté.

— Nos van a transmitir secretos que los hombres de otras castas nunca conocerán. Secretos sobre el fuego y el dios Vulcano. Vamos a ser iniciados para convertirnos en hombres de verdad

—Phileon dijo esto con tanta firmeza que me conmovió.

“Un hombre de verdad... ¿Qué es un hombre de verdad?” me pregunté a mí mismo. “¿Puede un durmiente ser un hombre de verdad?”

— *¿A qué casta perteneces, mi amigo en la Ley?* —me preguntó Phileon.

— *Pertenezco a la casta de la Túnica Marrón, Phileon* —aunque mi joven amigo en la Ley ya me había contado todo sobre su casta, continué el curso habitual de la legítima conversación para no

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

desorientarlo—. *¿A qué casta perteneces tú, Phileon?*

— *Pertenezco a la casta de fuego de los alfareros. ¿Y cuántos años tienes, Szar, amigo mío en la Ley?*

— *He vivido veinticuatro primaveras y veintitrés otoños, Phileon. ¿Y tú?*

— *He vivido diecisiete primaveras y diecisiete otoños.*

“También yo estaba a punto de cumplir los dieciocho cuando conocí a Gervin”, pensé.

— *Szar, amigo mío en la Ley* —continuó Phileon—, *¿te ha concedido tu padre, por medio de la gracia de Nuestro Señor Melquisedec, la alegría de tener una esposa?*

— *Todavía no conozco este gozo en la Ley, Phileon. ¿Y tú?*

Phileon sonrió con un toque de excitación en la mirada:

— Mi padre ha dicho que cuando regrese a casa, seré un Hijo del Dragón. Entonces, ¡me buscará una esposa!

Yo tenía sentimientos encontrados ante la idea de que Gervin me buscara una esposa a mi vuelta a Eisraim. De todas maneras, Gervin nunca me había dicho si el matrimonio formaba parte del canon de la Túnica Marrón. Si Elyani no era su hija, entonces quizá nunca había estado casado. ¿Estarían casados Lehrmon y Esrevin?

Tras hablar con Phileon durante una hora, ya conocía todo lo referente a su familia, incluyendo sus hermanos, hermanas, las familias de sus tíos y todos sus otros amigos y conocidos, además de todos los deberes de su casta, mientras que yo, ¡ni siquiera sabía si me casaría algún día! Las conversaciones de aquel tipo me provocaban nostalgia por una vida sencilla, una línea de tiempo pequeña y amable donde todo estuviese claramente trazado y decidido por mí. ¡Qué complicada era mi situación y qué situaciones más embarazosas conseguía crear con frecuencia! Cuando me preguntó cómo ocupaba mis días, ¿qué se suponía que debía contestar? No podía más que sonreír imaginando la cara de Phileon si le describía mi descenso al Inframundo. Sintoniando con la fuente clara, tuve que inventar respuestas que

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

pareciesen legítimas como: *Cumplo con los deberes de mi casta sacerdotal, invocando a los dioses y sirviendo a la gloria de Nuestro Señor Melquisedec, día tras día, noche tras noche.* ¡Menos mal que había aprendido un amplio repertorio de versos de la Ley cuando estaba en la escuela! Podía elegir fragmentos y recombinarlos en frases que sonaban adecuadamente. Todo aquello se parecía dolorosamente a las clases de política que tuve que soportar mientras estudiaba en Sheringa.

“Ya estoy quejándome de nuevo. ¿Qué haría alguien despierto en esta ocasión?” Sintonicé con la fuente clara, recordé los ojos de Elyani mientras profetizaba invocando el águila Blanca de los dioses y pronto olvidé mis penas.

Phileon era insólitamente alegre, curioso y hablador. Un muchacho durmiente normal y legítimo se hubiese sentado con los ojos abiertos como platos a mirar a la pared muerta que tenía enfrente, esperando que los Hijos del Dragón le diesen las siguientes instrucciones. Percibí con claridad que aquella iniciación le haría mucho bien.

— Haces muchas preguntas, Phileon —lo elogí—. No sabía que los alfareros eran tan inteligentes.

— Esto es porque mi padre no es un alfarero común sino un avezado iniciado de la casta de los alfareros del fuego, Hijos del Dragón. Debes saber que sólo te puedo contar esto porque estás a punto de convertirte en un Hijo del Dragón. Si no fuese por la gracia de Vulcano, no podrías estar aquí.

Vulcano, el dios de la última hora... había escuchado el nombre de este dios durante mi noviciado, pero nunca había presenciado ninguno de sus rituales.

— Phileon, ¿quién es Vulcano?

él respondió entonando los versos de la Ley de su casta:

— *“él es el dios guardián de mi padre y del padre de mi padre.*

Vulcano, Vulcano, ¡Señor del Fuego!

Vulcano, Vulcano, ¡Señor del Yunque!

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

*Su poder es irresistible,
Elevadas y todopoderosas son sus obras,
Pues él es el dios de la última hora.“*

— Mi padre —Phileon hablaba con gran reverencia—, ¡es un hombre muy poderoso! Dice que *todos los hombres que trabajan con fuego son siervos de Vulcano, pero no todos lo saben*. Y dice que el poder de Vulcano es tan grande como el poder del Dragón;

*El Gran Dragón que abarca
Todo aquello que está más allá de los mismos dioses.*

— Esto suena fantástico, Phileon.

— ¡Sí! —exclamó lleno de orgullo—. Mi padre me ha dicho que si la cosa se pone difícil en el templo, debo invocar a Vulcano, abrirme a su poder para que me pueda ayudar y *todo rodará como un suave torno de alfarero*.

“¡A mí nadie me dijo nada!” empecé a pensar. Pero rápidamente regresé a la claridad y conciencia de la fuente clara. “Está bien”, me dije a mí mismo, “si Phileon puede con las pruebas, probablemente yo también pueda. Después de todo, he sobrevivido a los horrores del Inframundo y a la muerte en la Luz Blanca de las esferas de las Alturas, por no mencionar la leche de dragón de Elyani”. Aun así, observé de cerca el cuerpo de Phileon, que era más pequeño pero mucho más fuerte que el mío, y nuevas dudas me asaltaron. “Si la prueba implica correr, huir del Dragón, estoy perdido”.

La conversación había llegado gradualmente a su término y Phileon empezó a dar cabezadas. Aproveché aquel tranquilo momento para extender mi conciencia por todo el espacio de nuestra pequeña habitación y sus alrededores, buscando la energía inequívoca que señalaba la presencia de una piedra dúctil. Percibí todo tipo de presencias extrañas y escuché singulares sonidos no físicos, pero no puede encontrar nada que me permitiese conectarme a un canal de voz en la oscuridad visible.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Sintiendo la tentación insidiosa de abandonarme a la vaguedad de la ausencia, sintonicé rápidamente con la fuente clara. “¿Qué haría un ser despierto en esta situación?” Buscando inspiración, permanecí durante algún tiempo con la mente vacía bajo el puro flujo vertical de la fuente y finalmente pensé: “Si Gervin me ha enviado al templo de *Vulcano, Señor del fuego*, debe ser porque quiere que aprenda sobre el poder de este dios”.

Más tarde pregunté a Phileon: — Tu padre, que es un hombre muy poderoso, te dijo que acudieses a Vulcano en busca de ayuda. ¿Te explicó cómo hacerlo?

— Me dijo que debía invocarlo con el verso de la Ley: *¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Dios del Yunque!*

Permití que aquel verso y su ritmo penetrasen en mi energía. Estableciendo un flujo de conexión vertical, tal y como me habían enseñado los sacerdotes de la Túnica Salmón, sintonicé con la presencia del templo e inicié la invocación.

*“¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!
¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!”*

Sucedió algo asombroso, algo que nunca antes había experimentado: una poderosa ola de energía sacudió mi vientre, acompañada por una especie de temblor.

“Mi buen Señor Melquisedec, ¿qué ha sido eso?” pensé, deteniendo la recitación del mantra. El temblor era tan diferente de mi gama usual de sensaciones corporales que, por un momento, dudé sobre si había sucedido realmente.

Pero para mi gran sorpresa, tan pronto como continué recitando aquel verso de la Ley, el mismo “vruf” tuvo lugar en mi vientre. “¡Lejano infra...!” empecé a pensar, “¡el dios me está respondiendo!” A duras penas podía creer lo que estaba sucediendo, la sensación era completamente desconocida para mí.

*“¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!
¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!”*

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Cada vez que repetía la invocación recibía un “vruf” como respuesta, acompañado por un leve pero distintivo movimiento de mis músculos abdominales. Era una sensación nueva y no me disgustaba en absoluto. “¡Qué lugar más extraño!” pensé, “donde los dioses hablan directamente con los mortales sin necesidad de profetas. Y además empleando sus intestinos como oráculo”. Me preguntaba si las águilas Blancas conocerían esta forma de profetizar.

Continué experimentando con el poder de la invocación cuidadosamente hasta que la fatiga del viaje hizo mella en mí y caí en un profundo sueño.

6.3 La danza del Dragón.

Al amanecer de la mañana siguiente, el hermano Floster vino a buscarnos para la primera de nuestras pruebas. Aporreó con fuerza la puerta abierta y se colocó en el umbral, con una antorcha en la mano, observándome gravemente durante un minuto interminable con la profunda y volcánica mirada de un Hijo del Dragón.

— *Sígueme, candidato. Ahora ya no hay vuelta atrás.*

Al verdadero estilo atlante, Floster fijó la misma mirada, con la misma intensidad y durante el mismo tiempo en Phileon. Y de la misma manera, le dijo:

— *Sígueme, candidato. Ahora ya no hay vuelta atrás.*

En el exterior de la habitación aguardaba otro sacerdote de Vulcano, tan grande como Floster, portando también una antorcha. Echamos a andar, Floster delante y el otro sacerdote cerrando la comitiva. Nuestra pequeña procesión serpenteaba a través de los retorcidos pasillos, sin encontrar una sola alma en el camino, descendiendo gradualmente hacia el interior de la roca. No había plass en las paredes, ni tampoco ventanas u otro tipo de aperturas al exterior. Si no hubiese sido por las antorchas de nuestros guías, habríamos caminado en la más completa oscuridad.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

¡Ilegítimamente aterrador!

En un edificio legítimo *nunca* te encontrabas en oscuridad total. Siempre podías percibir el brillo amigable de las paredes de plass. Aquí solamente existía la luz que provenía de las llamas, creando sombras macabras en las paredes, sombras como las de las cavernas de la enfermedad. Nunca antes había visto algo tan lúgubre en el reino.

Tras una larga y agotadora caminata, nuestro guía se detuvo frente a una pequeña puerta.

— *Ha llegado el momento, candidatos. Entraréis en esta cueva del Dragón en la cual nunca brilla la luz del día e imploraréis la ayuda de Nuestro Señor Vulcano para las grandes pruebas que están por venir, porque no hay vuelta atrás* —anunció Floster.

Abrió la pesada puerta y, con un gesto de mano, indicó que debíamos entrar. Inclinando la cabeza, seguimos sus instrucciones y la puerta se cerró de un portazo a nuestras espaldas.

El mundo se volvió oscuro.

Cerré los ojos, reconectando con la oscuridad visible.

Escuché cómo los hombres cerraban la puerta y se marchaban.

La habitación estaba bastante fría. Separé levemente mi energía de mi cuerpo físico, tal y como indicaba la Ley que se debía hacer para aliviar la incomodidad del frío o el dolor. Pero en vez de encontrarme rodeado del familiar brillo violeta de la oscuridad visible, percibí que la atmósfera astral de la habitación resonaba con las capas más superficiales con las que me había encontrado en mi descenso al Inframundo. No era como las cavernas de la enfermedad, repletas de almas errantes en pena, sino como el oscuro espacio vacío de los pozos descendentes bajo la oscuridad visible. Nada de qué preocuparse.

Pronto me di cuenta de que Phileon se sentía ilegítimamente nervioso.

— ¿Cómo estás, Phileon, *amigo mío en la Ley*?

— No... no... no estoy asustado —respondió.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Pensé en reconfortarlo, pero la sabiduría de la fuente me aconsejó lo contrario. Esta era la aventura de su vida, aquella que lo convertiría en un hombre de verdad. Era mejor que la cosa permaneciese estrictamente entre Vulcano y él.

Me senté en lo que me pareció una esquina de la habitación, esperando. La atmósfera astral era suave y tolerable, nada más que una brisa del Inframundo. No empeoró con el paso del tiempo. De todas formas, ¡ni siquiera estábamos fuera de nuestros cuerpos! “*¡Toda la gloria sea para el maestro!*” Gervin, esto es un juego de niños”, pensé con gratitud hacia el entrenamiento que había recibido. Y volví a rastrear la oscuridad visible, en busca de una piedra dúctil que me permitiese contactar con Elyani mediante un canal de voz.

Sin embargo, mientras mi percepción barría las capas intermedias, me golpeó una inmensa ola de energía venenosa. Me tomó completamente por sorpresa y, antes de que pudiese reaccionar, una segunda ola más intensa que la anterior salió a mi encuentro, como si fuese algún tipo de pus negro y nauseabundo.

Regresé totalmente a mi cuerpo físico en aquel mismo instante.

Al regresar de la luz difusa de los mundos astrales a la completa oscuridad de la habitación, todo parecía completamente normal. Comprendí que lo que había percibido era la sensación astral previa de una fuerza que estaba a punto de golpearnos físicamente.

Advertí a Phileon:

— *Amigo mío en la Ley*, creo que ha llegado el momento de hacer lo que tu padre te indicó: invocar toda la ayuda que sea posible de Nuestro Señor Vulcano.

— Ya lo estoy haciendo, *¡mi amigo en la Ley!* —respondió con voz temblorosa.

De repente recordé unos versos que había escuchado hacía mucho tiempo:

Aquellas olas de oscuridad infinita,

Aquellos humos nauseabundos que arroja el aliento del Dragón,

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Envía por igual a hombres y dioses al sueño del olvido.

“¡Está llegando! Lo sé. Esta vez, pase lo que pase, quiero retener mi conexión con la fuente clara *que conoce el corazón de la Ley*“, pensé. Con cada destello de energía que pude reunir, grabé en mi interior: “¡Yo— no— quiero— dormir!”

La habitación permanecía silenciosa y tranquila. ¿Cómo sería ser golpeado por la ola nauseabunda? ¿Aguantaría o me desmayaría, perdiendo así mi oportunidad?

Alcé la cabeza, sumergiéndome en la fuente clara. Esto produjo el extraño efecto que había sucedido en mi vientre el día anterior. Probé con la misma invocación:

“¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!

¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!”

¡Vruf! De nuevo, mi vientre temblaba. El dios me hablaba, ahora con mucha más fuerza. “¡No es una mala sensación!” pensé y continué, esta vez implicándome más en la invocación.

“¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!

¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!”

La respuesta llegó en forma de un todopoderoso vruf, tan intenso que me cogió por sorpresa. Por un segundo me pregunté si la ola nauseabunda me había golpeado. ¡Para nada! Me sentía bien, arraigado como una roca.

“¡No es mala sensación!” volví a pensar. Y continué con aquella extraña práctica, cuyo efecto era acumulativo. Se convirtió en algo estimulante, como si mi cuerpo se hubiese vuelto más grande y fuerte. Cuando la primera de las olas nauseabundas golpeó finalmente la habitación, yo estaba en el medio de un gran vruf. A medida que la ola recorría violentamente mi cuerpo pude reconocer la misma fuerza y sabor que había identificado previamente mientras escaneaba la oscuridad visible. ¡Era lo mismo! Pero ocurrió algo insólito y completamente inesperado. No me arrojó al suelo. No vertió pus negro sobre mí. Mi energía no fue arrollada. En vez de herirme, la ola

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

prendió un increíblemente enorme vruf en mi interior, que me dejó intoxicado de poder.

Phileon, desafortunadamente, no parecía disfrutar de la ola tanto como yo. Lanzó un grito agónico y desgarrador y se derrumbó en el suelo con un ruido sordo. Inconsciente. Sereno y apacible como un niño pequeño dormido. Y mientras lo observaba con cariño, de pronto fui consciente: “¡Puedo ver! *¡Puedo ver a través de la oscuridad de la noche!*”

“¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!”, alabé al dios.

Una segunda ola me golpeó, un poco menos intensa que la primera. La recibí lleno de gozo. Además de sentirme inmenso y arraigado, sentía vibrar cada célula de mi cuerpo. Mi vientre envió una señal, deseando que una nueva e incluso mayor ola me golpease de nuevo, aportando más éxtasis.

“¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Señor del Yunque!”

Tuve que esperar como cien años, pero cuando finalmente llegó la ola, me escuché gritar un intenso “¡Ooohh!” repleto de deleite.

Mi cuerpo empezó a moverse de forma instantánea. Me encontré ondeando los brazos en una lenta y extraña danza. Las olas batían contra mí, una tras otra, alimentando el éxtasis que producía cada vruf y estas palabras fluían a través de mi boca:

“¡Vulcano está en mí! ¡Vulcano está en mí!

¡Estoy bailando con el Dragón!

¡Vulcano está en mí! ¡Vulcano está en mí!

¡Estoy bailando con el Dragón!”

Provenientes de una sabiduría superior, todos y cada uno de los movimientos de la danza parecían estar minuciosamente definidos. Estaba completamente seguro de que cada paso era el correcto, a pesar de que nunca antes había visto algo así. Borracho con presencia y poder, perdí el sentido del tiempo. Bailé y bailé como un inspirado loco de los dioses, gritando desconocidas palabras que nunca había escuchado.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Nunca sabré cuánto duró. El siguiente vislumbre de conciencia ordinaria que tuve aconteció cuando un grito enérgico me sacó violentamente de mi estado de trance: — ¡Szar, detente! ¡Ya basta! ¡No hagas demasiado! ¡Detente!

Phileon ya no estaba en la habitación. Frente a mí se alzaba un hombre muy alto con antorchas en lugar de ojos. Permanecí en silencio durante unos segundos, mirándolo. Pero estaba tan intoxicado que mi cuerpo reinició la lenta danza y me eché a reír. ¡Aquella risa estaba repleta del poder del dios! El hombre no pudo menos que reír conmigo, sus ojos centelleando. Bailamos juntos y cantamos:

*“¡Vulcano está en mí! ¡Vulcano está en mí!
¡Estoy bailando con el Dragón!”*

Entonces dijo:

— Ahora ya es suficiente, hijo mío —y me dejó inconsciente al instante, ejecutando dos golpes precisamente calculados en las puertas energéticas de mi cuello.

6.4 Resaca de Dragón.

Cuando recuperé el conocimiento, estaba de vuelta en la pequeña habitación. El buen Phileon me llamaba:

— ¡Szar! ¿Te levantarás al fin?

Su voz sonaba muy lejana. Me sentía como si me hubiesen pasado por encima Zarbelros y Zonoterros, los gigantes toros gemelos de dieciséis patas de los dioses vengadores. Me dolían todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo. Pero esto no era nada comparado con el dolor de cabeza. Haciendo un gran esfuerzo conseguí mover levemente mis labios y mis dedos, hasta que finalmente fui capaz de decir en mi voz de recién—llegado—del—Inframundo:

— ¡Oooh! Necesito beber algo.

Amablemente, Phileon me trajo un vaso de agua.

Miré hacia él y sólo pude percibir una vaga bruma. Murmuré:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— No era esto a lo que me refería, pero gracias igualmente —y bebí un sorbo, comprobando que mi boca ardía intensamente. El agua era tan divinamente refrescante que apuré el vaso de una vez y también el siguiente, tan pronto como Phileon lo volvió a llenar.

— ¿Te han torturado mucho, Szar?

— ¿Eh? —dije, moviendo mis piernas y mis brazos levemente, intentando averiguar si estaba a punto de partir hacia el Gran Viaje o si todavía me quedaba algún tiempo en el reino—. ¿Torturarme? ¡Bah! Nada de eso. ¿Y a ti?

— ¡Me han quemado! —dijo Phileon, exhibiendo orgullosamente una marca en su antebrazo—. Y no sentí ningún dolor, gracias a Nuestro Señor Vulcano. Rezaba intensamente. Ahora soy un Hijo del Dragón. ¿Te llevaron a la habitación de las antorchas?

— No, no creo recordar nada parecido. Pero, espera un momento, ¿cuánto tiempo he estado durmiendo?

— Has dormido durante dos días y una noche, Szar.

— ¿Qué? —me senté bruscamente, haciendo que mi dolor de cabeza empeorase terriblemente. Con un enérgico esfuerzo pude traer de vuelta mi alma a mi maltrecho cuerpo y pregunté—: ¿Quieres decir que he estado durmiendo todo este tiempo, mientras te iniciaban?

Phileon me brindó su sonrisa más amigable:

— Eso parece, *¡amigo mío en la Ley!*

Me derrumbé de nuevo en el colchón, lo cual no mejoró mi dolor de cabeza en absoluto. Me quedé mirando fijamente al techo y después cerré los ojos de nuevo. “Oh, ¡no, no, no! ¡No puedo creerlo!”, pensé. “¡No puedo creer que lo haya hecho de nuevo! Gervin me envía aquí para ser iniciado y, ¿qué es lo que hago mientras se celebra la iniciación? ¡Dormir! ¡Inframundo, Inframundo más Profundo y Fondo del Inframundo! Gervin, nunca me atreveré a presentarme de nuevo ante ti. He fallado, ¡he vuelto a fallar!” Totalmente abrumado, sólo veía una imagen de Elyani, agonizando ante mí mientras yo sostenía mi cabeza entre las manos, llorando como un patético niño pequeño.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

“¿Dónde está la fuente clara?” pensé. No había desaparecido, pero yo me sentía como si la estuviese viendo desde el fondo de un profundo pozo. Intenté sintonizar con ella, pero antes de darme cuenta ya estaba dormido.

Me volví a despertar cuando el hermano Floster vino a traernos algo de comer. Cuando me vio sentado en el colchón, exclamó con su profunda voz de Hijo del Dragón:

— ¡Ah! ¡*Alabada sea el Gran Dragón, Madre de la Noche Infinita!* ¡Nuestro gran bailarín de la danza del Dragón ha regresado! ¿Cómo estás, hijo mío?

— Estoy vivo —me escuché contestar—. Más o menos.
él se acercó.

— Eso está muy bien, hijo mío —y entonces se echó a reír—: ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Esto es lo que pasa cuando alguien quiere hacer demasiado en un solo día!

La actitud de Floster difería bastante de cuando lo había visto por última vez, dos días antes. Ahora sonreía y se mostraba amigable, a su dragónica manera. Parecía satisfecho.

— Hijos, ambos lo habéis hecho muy bien. Cenad y tomaos un *legítimo descanso*. Mañana más.

Sorpresa absoluta. ¿Lo habíamos hecho bien?

Febrilmente pregunté:

— ¿Quiere usted decir que no he fallado en las pruebas todavía?

El sacerdote que parecía una montaña habló en un tono sorprendentemente gentil.

— En absoluto, ¡hijo mío! Var, el sumo sacerdote de Vulcano, estaba extremadamente satisfecho. Dijo que disfrutó mucho bailando la Danza del Dragón contigo.

Me sentía como un hombre llamado de vuelta a la vida por medio del poder de un gran iniciado.

Floster se echó a reír ruidosamente y continuó:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— No te sientas ofendido porque te tumbase cual bolsa de nabos. Lo hizo por tu propio bien. Debes saber que la danza del Dragón es una medicina poderosa. Si tomas demasiado la primera vez, puedes acabar durmiendo como un tronco durante un ciclo lunar completo. ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Y cuando te despiertas —Floster se sujetó la cabeza con las manos fingiendo un quejido agonizante—, ¡Oooh!

— Sé exactamente a qué te refieres— dije.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —cuando aquel hombre reía, las paredes temblaban.

Señaló una taza en la bandeja que contenía mi cena.

— Bébete el brebaje rojo cuando termines la cena y te encontrarás mucho mejor mañana por la mañana. Pero ten cuidado, hijo mío. No bebas antes de tener comida en tu estómago o producirá grandes agujeros en tus entrañas. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

“¡Qué divertido!” pensé.

— Bueno —concluyó—, os reuniréis con Var mañana por la mañana. Por ahora, disfrutad de vuestra comida y *tomaos un legítimo descanso* —alzó el brazo izquierdo y cerró su puño delante de mí con una mirada de yo—se—que—tú—sabes, hizo lo mismo con Phileon y se marchó.

“No puedo creerlo”, pensé, atacando vorazmente la cena que había en la bandeja cercana a mi cama. Diez minutos antes me sentía desahuciado y tan abochornado por la vergüenza que había causado a mi linaje que prefería ser un marginado de la Ley antes que volver a Eisraim y dar la cara ante Gervin. Y ahora era “el gran bailarín de la Danza del Dragón”, esperando mi iniciación en los misterios de Vulcano. Afortunadamente, ¡había esperado hasta la cena antes de poner fin a mi existencia!

— Phileon, ¡creo que no he tenido tanta hambre en toda mi vida! —dije, y era cierto.

Phileon estaba genuinamente complacido al verme tan animado.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Mi padre es un iniciado de Vulcano realmente poderoso. él me explicó que *cuando el fuego del vientre es despertado por medio de la iniciación*, te entran ganas de comer mucho. Yo también estoy hambriento, ¿sabes... hermano?

El énfasis que puso en esta palabra mostraba que Phileon había esperado largo tiempo para llamar a alguien hermano, pues sólo se utilizaba entre iniciados.

— Pues bien, ¡qué aproveche... hermano! —contesté, devorando la extraña comida que había en mi bandeja abundantemente cargada. Casi todo parecían pesadas piezas carbonizadas de algo difícil de identificar. No era exactamente la comida ligera que se servía a los sacerdotes de Eisraim, por decir poco, y nada que ver con los sutiles platos repletos de preciosas hierbas que Elyani había estado cocinando para mí durante los últimos meses. Y aun así, ¡qué festín! Apenas podía recordar haber disfrutado tanto de una comida.

Cuando finalmente me sentí satisfecho me recosté en el lecho de nuevo, entonces recordé la bebida que Floster me había traído. Tomé la taza y olí cuidadosamente el líquido rojo. Nada extraordinario. Bebí un poco y, como el brebaje de extraño sabor me pareció tolerable, le ofrecí a Phileon:

— ¿Quieres un traguito, hermano?

Phileon, recordando lo que había dicho Floster, replicó de manera muy educada y legítima:

— *Muchas gracias, amigo mío en la Ley, pero el Señor Melquisedec ya ha saciado mi sed.*

Sonreí y completamente repleto de júbilo, apuré la copa de un trago. Agaché la cabeza entre mis hombros, a la expectativa de lo que pudiese suceder.

Nada. Y menos mal.

Estaba completamente exhausto pero decidí emplear un rato a prepararme para el día siguiente. Resistiendo las ganas de dormir, me replegué en mi interior y pensé: “Esta vez...”

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

No puedo permitirme desmayarme o caer en trance de nuevo. Esta vez, pase lo que pase, debo encontrar la manera de permanecer en pie. ¿Qué es lo que haría alguien despierto en esta situación? Mientras me concentraba concienzudamente, el espacio frente a mí se tornó oscuro y, para mi gran sorpresa y deleite, la cara de Gervin apareció en la oscuridad visible.

¡Maestro Gervin!

La suavidad que mostraba su cara confortó mi corazón. Podía verlo. Podía sentir su presencia. Como había sido mi pregunta lo que lo había traído hasta mí, pregunté de nuevo:

— Maestro Gervin, ¿qué haría alguien despierto *ahora*?

— *¿Ahora mismo?* —preguntó.

Cada vez que le había oído decir aquellas palabras, significaba algo importante.

Con una voz de Hijo—del—Dragón respondí:

— *¡Ahora mismo!*

Gervin me miró intensamente durante unos segundos y después, con su sentido del humor del Inframundo, me dijo:

— ¡Dormir!

La risa de Floster Montaña resonaba en mi cabeza, “¡Ja, ja, ja, ja, ja!” Acababa de atardecer. La habitación se volvía oscura. Pronto me dormí.

6.5 Relájate y perderás tu destino.

Cuando Floster volvió al amanecer y se detuvo en la puerta, con una antorcha en su mano, parecía encantado de verme de pie. Tras un sonoro “*Alabada sea el Gran Dragón, hermanos*” se giró hacia mí: — Hermano, veo que el brebaje ha hecho maravillas. ¿Qué tal tu cabeza, hijo mío?

— *¡Alabada sea el Dragón, Madre de la Noche Sin Fin!*

—respondí—. Verdaderamente tu brebaje ha hecho maravillas, hermano Floster. Siento mi cabeza tan *fresca como el primer brote de*

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

la primavera en el árbol alohim.

Floster alzó su brazo izquierdo apretando el puño.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

En unos segundos su escandalosa risa dejó paso a una expresión grave, indicando que estaba comenzando un proceso ritual. Observó fijamente a Phileon durante un tiempo y después, en un tono casi amenazante, le dijo:

— *Sígueme, hermano. Ya no hay vuelta atrás* —se giró hacia mí, observándome de la misma manera y pronunciando la misma advertencia—:

Sígueme, candidato. Ya no hay vuelta atrás.

Volvimos a formar una pequeña comitiva. El otro sacerdote, que había estado esperando fuera sujetando una antorcha, caminaba detrás de nosotros. Mientras descendíamos por el interior de la roca, me pregunté: “*Dulce Señor Melquisedec, ¿qué es lo que me van a hacer hoy?*” Recordé las palabras del águila Blanca cuando le pregunté sobre mis posibilidades de sobrevivir a la experiencia en el Templo del Dragón: *Tanto para el sí como para el no, como las flores púrpuras del árbol alohim tras la primera tormenta de la primavera. Un cincuenta por cien de posibilidades.* Y aun así pensé, “¡Es extraño! De alguna manera no me siento realmente amenazado por la energía de este lugar”. Cuanto más descendíamos en el interior de la montaña, más vibrante se volvía la roca; era la misma energía que sentí en mi vientre cuando invoqué al Señor Vulcano. Mi vientre adoraba aquella sensación. Si no hubiese estado en guardia, se me hubiera escapado un escandaloso “¡Ja, ja, ja, ja, ja!” igualito que el del hermano Floster. También mi cuerpo vibraba con nueva vida. Percibía una corriente continua de subvrufts, que estaba a punto de estallar en cualquier momento, especialmente si el Dragón enviaba una de sus extáticas olas. “La verdad es que me podría llegar a gustar este lugar”, pensé, tras lo cual mi mente volvió a la carga: “Si te hacen correr, pollito marrón espástico, ni siquiera tendrás la mitad de posibilidades”.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Invoqué a la fuente clara y martilleé en cada célula de mi cuerpo: “¡No— quiero— dormir!” El ritmo de mi caminar trajo de vuelta elpreciado símbolo: *Una Ley, un camino. ¡Quien nunca duerme nunca muere!*. A medida que continuaba el descenso, el efecto vruf reaparecía: olas en el vientre y sacudidas, que subían hasta lo más alto de mi columna como un suave y cálido aliento. Esta vez el vruf de Vulcano sucedía por sí solo, no tuve siquiera que pronunciar la invocación. Pero me contuve, sostenido por la claridad de la fuente clara. “Si me vuelvo a emborrachar, ¡sólo el Dragón sabe qué puede suceder!”

Cuanto más profundamente descendíamos más poderosas eran las olas en el vientre, que se expandían hasta los muslos y el pecho. “¡Vulcano! ¡Vulcano!” el nombre resonaba en mi interior. Podía escuchar la montaña entera en la que el templo había sido excavado repitiendo el nombre: “¡Vulcano! ¡Vulcano!”

Esta vez el viaje no se hizo cansado. Me pareció mucho más corto e incluso bastante agradable. “Las entrañas subterráneas y el vruf de Vulcano se compenetran bien”, pensé. Después de todo, las paredes de piedra sin plass también tenían un lado positivo. Había algo crudo en ellas. Totalmente incivilizado, pero vrufiantemente interesante. Llegamos a una amplia caverna, al final de la cual había un enorme portal custodiado por cinco sacerdotes—montaña. éstos no sólo llevaban antorchas, sino también mazas.

Floster se dirigió a uno de los guardias y ritualmente le susurró unas palabras al oído. Entonces entreabrieron una pequeña puerta lateral para él y desapareció cruzando la entrada.

Observé mi sombra en la pared. ¡Ilegítimamente extraño! Dentro de un edificio normal nunca veías sombras en las paredes, sólo el resplandor del plass. Aquí, dondequiera que fueses te seguía el Inframundo.

Un minuto después, escuché dos estruendosos golpes resonando desde el otro lado de las enormes puertas que conformaban la entrada.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Uno de los guardias me miró a los ojos y preguntó:

— *¿Cuál es tu nombre?*

El sacerdote que había venido caminando detrás de nosotros durante el descenso respondió por mí:

— *Oh, guardián de este umbral sagrado, su nombre es Szar.*

— *¿Qué has venido a buscar?*

De nuevo, el sacerdote pronunció las palabras rituales por mí:

— *Ha venido en busca de la luz de nuestro dios, porque su máspreciado deseo es convertirse en un Hijo del Dragón.*

— *Entra, ¡a sabiendas de que no hay vuelta atrás!*

“¡No quiero ser un durmiente!” me grité a mí mismo. “Gervin, ¡inspírame! No permitas que pase por esta ceremonia como un durmiente. *¡Una Ley, un camino! ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*”

El portal se abrió lentamente, revelando una enorme caverna decorada como el vestíbulo de un templo. Fui conducido al interior, deslumbrado por la luz. Había por lo menos cincuenta sacerdotes de Vulcano, alineados a ambos lados de la caverna, portando cada uno de ellos una antorcha en su mano derecha. Las paredes estaban cubiertas con docenas de antorchas y, al fondo de la caverna, pude ver una altar elevado, flanqueado por cuatro grandes calderas. Al principio, mientras me escoltaban a través del templo, me sentí ligeramente desconcertado por la atmósfera llena de humo y los cánticos que entonaban los sacerdotes, que parecían venir directamente del Inframundo más Profundo. Pero también había una ya familiar sensación del vruf de Vulcano en todo aquello. Extremadamente jubilosa y bastante confortable.

Sonreí radiante cuando reconocí al hombre que tenía antorchas en lugar de ojos, aquel con quien había bailado la danza del Dragón dos días antes (y que después me tumbó como si fuera un saco de nabos). Var, ¡el sumo sacerdote de Vulcano! Era como encontrarse con un viejo amigo.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

De pie junto al altar me dio la bienvenida con una sonrisa fraternal.

— Entra, ¡Szar! —clamó con profunda voz ritual—. Me alegro de volverte a ver. Has complacido a Nuestro Señor Vulcano con tu danza. Ahora ha llegado la hora de tu iniciación como Hijo del Dragón. Se permitirá la presencia de Phileon porque, desde ayer, es también un Hijo del Dragón.

Mientras me conducían hacia el altar pensé: “¡Var no parece muy mayor! A lo sumo tiene treinta cinco años, más joven que Floster”. Me situaron frente a él, con las cuatro calderas resplandecientes a nuestro alrededor.

Los sacerdotes continuaron salmodiando hasta que Var dio comienzo al ritual de iniciación:

— Primero, Szar, te instruiré en la naturaleza del Dragón.

A través del Fuego, los Hijos de Vulcano veneran al Dragón.

El Dragón es Fuego,

Y dondequiera que haya fuego, ¡yace el Dragón!

El Fuego está arriba y el Fuego está abajo.

Todas las cosas son Fuego, y el Dragón es todas las cosas.

El Fuego de arriba es el Fuego Cósmico y el Fuego de abajo son las Aguas Cósmicas.

El Fuego Cósmico surge de las Aguas Cósmicas.

Y las Aguas Cósmicas no son otra cosa que el Fuego Cósmico oculto.

El Dragón está arriba y el Dragón está abajo.

El Dragón de abajo es Ella Dragón, Madre de la Noche Sin Fin.

Ilimitado es el poder de aquella que envía a dormir a hombres y dioses por igual.

Ella guarda el tesoro, la piedra única de aquellos que viven por siempre.

Aquel que pueda descender a su seno y resistir su oscuridad infinita,

Es aquel que ascenderá.

Ascenderá en el Fuego y nunca más conocerá la muerte.

La gran Ella Dragón está esperando.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

*Dragón abajo espera a Dragón arriba,
Para lograr la única cosa.*

Los salmos continuaron. Var me instruyó entonces acerca del vruf de Vulcano.

— Las olas que has sentido cuando invocabas a nuestro Señor Vulcano son las sacudidas del Dragón. En este momento te revelo que existe una referencia a estos temblores escondida en el bien conocido verso de la Ley:

*Cuando el Gran Dragón se mueve,
Y un aliento es exhalado hacia arriba a través de la puerta de las
aguas,
¡Tiembra, hombre en la Ley!*

Como Hijo del Dragón, temblarás ciertamente, pero a causa del éxtasis y no del miedo que provoca en los ignorantes.

Escuchando estas palabras, no puede evitar sentir la excitación de temblores vrufiantes en mi vientre, acompañados del gozoso cosquilleo que recorría todo mi cuerpo. La reunión de sacerdotes entonó otro fascinante himno de su Ley. Los ojos de Var brillaron más todavía. Proyectó la Voz hacia mí:

— *¡Debes saber que eres un Hijo del Dragón!*

En ocasiones, Gervin había proyectado palabras hacia mí desde el espacio de la Voz, pero nunca nada parecido. La Voz de Var era mágica, cautivadora, prodigiosa... ¡increíble!

Tenía profundidad y vida, conmovió cada una de las células que conformaban mi cuerpo. No sólo la escuché, también pude verla como llamas de luz que salían de su boca. Provocó una vrufeante onda sísmica que nació debajo de mis pies y subió, recorriendo lenta e intensamente mi interior hasta que estalló encima de mi cabeza. Me sentía tan anonadado que mis piernas empezaron a temblar y tuve que sostenerme con firmeza en la fuente clara para mantenerme en pie.
Una Ley, un camino. Quien nunca duerme, ¡nunca muere!.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Apuntando hacia un caldero lleno de carbones al rojo vivo situado en el altar, Var indicó:

— Repetirás conmigo el juramento secreto de los Hijos del Dragón, sellándolo al colocar el interior de tu antebrazo izquierdo en esta vasija ardiente.

Dos hombres caminaron hacia mí y mientras empezaba a repetir el juramento, me di cuenta de que iban a colocar mi brazo en el interior de la caldera ardiente.

Sentí el impulso urgente de echarme atrás. Pero invoqué a la fuente clara preguntando: “¿Qué haría alguien despierto en esta situación?” Y, ¡hete aquí! Supe que hacer. *¡Dragón abajo, dragón arriba!* Me interné en lo más profundo de la mirada de Var el sumo sacerdote y antes de que los dos hombres llegasen hasta mí, moví mi brazo izquierdo y apliqué al caldero la misma parte en la que Phileon me había enseñado orgullosamente sus marcas.

Se produjo un sonido sibilante al tiempo que mi piel se quemaba y, por una fracción de segundo, temí perder la conciencia de nuevo. Pero el hecho de tocar el caldero creó una reacción paradójica: ¡una fenomenal explosión vrufeante en mi vientre que me salvó! De pronto, al igual que durante la danza del Dragón, me sentí inmenso y fantásticamente enraizado. Podía sentir el dolor en mi brazo, pero era una insignificancia en comparación con lo vasto y jubiloso que me sentía.

Proyectando la Voz, Var repitió:

— *¡Debes saber que eres un Hijo del Dragón!*

Mientras los dos sacerdotes apartaban mi brazo del caldero, la audiencia repetía “*¡Vulcano, Vulcano! ¡Señor del yunque!*” reanudando así las ondas vrufiantes.

A su término, hubo una pausa en el ritual. Pude escuchar cómo los hombres susurraban entre sí y cambiaban de lugar. Var aprovechó la oportunidad para decirme con amabilidad: — Ya está, hijo mío. Ahora te puedes relajar por completo y dejar que las cosas se revelen con

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

suavidad ante ti. No más pruebas.

Si hubiese seguido su consejo y hubiese dejado de sostenerme en la fuente clara, ¡habría errado mi destino!

Var continuó con el ritual:

— *Deja ahora que te instruya en los símbolos de reconocimiento secretos de nuestra orden. Cuando un Hijo del Dragón quiere ponerte a prueba y asegurarse de tus orígenes, te dirá: “No hay vuelta atrás”. Si quieres revelar tu identidad de Hijo del Dragón ante él, apretarás tu puño frente a él, mostrando la parte de tu antebrazo donde fue sellado con fuego tu juramento secreto de Hijo del Dragón. Y repetirás: “No hay vuelta atrás”.*

El Sumo Sacerdote y yo intercambiamos los símbolos, tras lo cual dijo con rutinaria voz ritual:

— *¡Alabado sea el Gran Dragón! Szar, Hijo del Dragón, es la hora en que tu destino debe ser sellado. Te pregunto solemnemente, ¿tomarás la senda del Gran Guerrero?*

No podía creer lo que oía. “¡La senda del Gran Guerrero!” pensé asombrado, “¿Sería esto a lo que se refería el águila Blanca?” El sumo sacerdote de Vulcano continuó:

— Como tu padre no pudo instruirte en estos asuntos, déjame explicarte la manera ritual de declinar esta invitación. Simplemente debes decir:

“Toda la gloria sea para Ella Dragón, ¡Madre de la Noche Sin Fin! Muchas gracias en la Ley, su alteza, pero debo declinar su invitación. No tomaré la senda del Gran Guerrero.

Regresaré a la tradición de mis padres,

habiendo contemplado, gracias a ti, la grandeza del Dragón,

De aquí en adelante dedicaré mi vida a servir al Dragón arriba y al Dragón abajo.

Sobre esto doy mi palabra de Dragón.

Y así pueda ser merecedor de unirme a los Hijos del Dragón durante el Gran Viaje, tras partir de esta mortal morada.”

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Mientras hablaba, recordé las palabras del águila Blanca: “Si a Szar se le ofrece la oportunidad de convertirse en un gran guerrero, permítele que no se eche atrás. No habrá una segunda oportunidad”. Sintonizando lo más arriba que pude, rogué: “Gervin, ¡no permitas que pierda esta oportunidad como he perdido tantas otras!” Pero, ¿qué Inframundos era un Gran Guerrero? ¿Qué haría ahora alguien despierto? ¿Qué se suponía que debía decir?

Como dudaba, Var me dedicó una amable sonrisa y susurró:

— Simplemente repite mis palabras, hijo mío.

Desde la más alta y pura inspiración de la fuente clara que podía recibir y con más audacia que en toda mi vida, lo miré y dije:

— Muchas gracias, alteza, acepto la invitación de tomar la senda del gran Guerrero. *Sobre esto doy mi palabra de Dragón.*

Se produjo un silencio cargado de dragón. Var habló con voz suave:

— Hijo del Dragón, no tienes que tomar esta senda, pues está repleta de peligros y cargas. Si deseas sencillamente volver con tus iguales, habrá un lugar honorable para ti en la jerarquía de los Hijos del Dragón.

Rogué de nuevo: “Fuente clara, ¡inspírame! Permíteme decir las palabras adecuadas para que no me aparten de la senda del Gran Guerrero. Cuando Elyani me necesite, quiero estar allí para ella”.

Y las palabras vinieron a mí:

“No regresaré a la tradición de mis padres.

Permaneceré y contemplaré la grandeza del Dragón.

He dado mi palabra de Dragón.

¡Y el Dragón sabe que no hay vuelta atrás!”

Pude ver en los ojos de Var que, legítimo o no, mi mensaje le estaba llegando.

Se produjo otro largo silencio, más cargado incluso que el anterior.

Finalmente, Var lo rompió con un memorable: “¡Vulcano! ¡Vulcano!
¡Vulcano!”

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Persuadidos por el poder de su Voz, todos los presentes gritaron con él: “¡Vulcano! ¡Vulcano! ¡Vulcano!” Una gran euforia se esparció por todo el templo. Los vientres de todos aquellos hombres empezaron a vrufear a la vez y el dios estaba con ellos.

Las olas en mi interior se tornaron tan violentas que mi cuerpo se estremeció intensamente. Arrastrado por la excitación del momento, empecé a mover mis manos lentamente, dispuesto para otro baile. Pero cuando vio lo que me estaba sucediendo, Var me susurró inmediatamente:

— ¡No, Szar! ¡No empieces de nuevo! ¡Ahora no!

Recordando de súbito cómo me sentí a la mañana siguiente tras el primer baile, me sacudí con rapidez aquel estado intoxicado, sosteniéndome en mi símbolo: *¡Una Ley, un camino! ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*.

La ceremonia continuó con una prolongada recitación de la Ley del Dragón y terminó con unos minutos de silencio. Inmediatamente después, todos los sacerdotes se acercaron a saludarme personalmente, dándome la bienvenida como hermano suyo. Muchas de aquellas montañas de músculos me abrazaron fraternalmente, haciendo que mis vértebras crujiesen como si me estuvieran rompiendo el cuello. Sin embargo, ¡aquella no iba a ser ni la menor de mis pruebas!

La gozosa compañía se dirigió entonces de vuelta a la superficie, atravesando las entrañas de la montaña, hablando y riendo escandalosamente. Mientras caminaba, no pude evitar preguntarme: “*Mi querido Señor Melquisedec, ¿qué es lo que me espera ahora? ¿Qué es lo que me harán?*” Sin embargo, me sentía orgulloso de caminar de regreso, en vez de caer inconsciente. “¡Gervin! ¡No estoy durmiendo!” grité en mi interior. “Aunque claro, hay muchas maneras de estar dormido mientras estás despierto”.

Phileon y yo fuimos a descansar. Mientras estábamos en nuestra habitación, el joven alfarero me preguntó:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Mi padre me enseñó las palabras rituales para declinar la invitación, por eso las repetí. ¿Quién te enseñó las palabras para aceptarla?

— Nadie, Phileon. Sólo pensé que sería lo adecuado y por eso lo dije. Phileon no me seguía. Lo que estaba diciendo no encajaba en su mundo. No podía integrarlo. Esto marcó el final de nuestra conversación. No es que hubiese envidia, amargura o desaprobación por parte de Phileon. El joven simplemente había desconectado, me había borrado de su universo, así como hizo Artold cuando aplaudí en su cara. Phileon se sentó frente a la pared, con los ojos abiertos y la mente en blanco, el gran pasatiempo atlante. Funcionaba incluso cuando las paredes no eran de plass.

Tras una tarde de descanso y recuperación (¡aquellas aventuras eran agotadoras!), teníamos que asistir al tradicional banquete ritual que se celebraba para los candidatos recién iniciados como Hijos del Dragón. Floster, con su desenfadada risa terremoto, nos condujo a una parte importante del templo que todavía no conocíamos: el comedor. También estaba excavado en la roca, pero poseía amplias ventanas por las que entraba la luz del exterior.

Los cincuenta o sesenta hermanos que habían asistido a la iniciación matinal ocuparon su lugar a lo largo de las grandes mesas. Nos sirvieron multitud de exquisiteces carbonizadas y reinaban las carcajadas. Los hombres cantaban himnos a coro, invitándonos a Phileon y a mí a unirnos a ellos. Se sentía un gran vrufear en el ambiente y algunos de los hombres incluso empezaron a bailar. Pero Floster se acercó y me dijo:

— ¡No, no! ¡Tú no, hermano Szar! ¡Debes conservar tu energía para lo que viene después! Recuerda cómo se sentía tu cabeza al día siguiente. Así que me senté y observé cómo bailaban las montañas de músculos, preguntándome cómo se vería la danza cuando la bailaba un pollito marrón enclenque como yo.

Cuando el banquete terminó, Floster nos acompañó a nuestra habitación. Entonces anunció:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Szar, coge tu bolsa. Ha llegado el momento de despedirse de tu amigo Phileon. De ahora en adelante dormirás en otra habitación. Phileon regresará a la tradición de sus padres mañana por la mañana. Me giré hacia Phileon, con mi expresión más legítima:

— *Adiós, amigo mío. La misma Ley que nos reunió, ahora nos separa. ¡Toda la Gloria sea para Nuestro Señor Melquisedec!*

Phileon me devolvió la consabida despedida, repitiéndola como un loro.

Entonces seguí a Floster hasta otra celda, similar a la que acabábamos de abandonar.

— Floster —pregunté—, ¿me puedes decir qué es un Gran Guerrero?

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¿Insinúas que ni siquiera sabes lo que es un Gran Guerrero? ¡Ja, ja ja, ja, ja!

Floster me estaba empezando a caer bien. No era un durmiente ordinario.

— *Mi amigo en el Dragón* —el grandioso pecho de Floster se expandió más todavía—. Lo único que puedo decirte es que la última vez que vi a un candidato convertirse en Gran Guerrero, ¡estaba casi tan loco como tú! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Para saber más, mañana por la mañana vendrá a hablar contigo Marek el Indestructible —y después me dio otro de aquellos abrazos fraternales que hacían crujir todas mis vértebras, y las buenas noches, alzando su puño izquierdo a la manera ritual.

Las palabras de Floster me parecieron sólo medianamente alentadoras. ¡Vaya día del Inframundo había tenido! Me hubiera venido bien una bebida blanca. ¿Qué sucedería ahora? Decidí que lo mejor que podía hacer en aquel momento era seguir las últimas instrucciones de Gervin, ¡dormir!

6.6 El hombre de la sonrisa peligrosa.

Era alto, más o menos como yo, pero de anchos hombros y esculpido como un tigre. Debía rondar los treinta y tantos. Lo primero que me

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

llamó la atención fueron sus ojos. Penetrantes ojos negros, ardiendo con la llama del despertar. La energía vruficante de los Hijos del Dragón estaba con él, pero también parecía extremadamente perspicaz. Él no vestía los pantalones cortos de piel que llevaban los demás, en su lugar llevaba una camisa y un pantalón confeccionados con un fino material de color negro y una gorra negra también. Entró sin llamar a la puerta ni saludarme de forma legítima. Simplemente se sentó frente a mí y me miró fijamente.

— Me llamo Marek, hijo —anunció tras un largo rato—. Me han dicho que quieres convertirte en un Gran Guerrero.

Como permanecí en silencio, me preguntó:

— ¿Sabes qué es un Gran Guerrero?

Sin saber qué responder, sacudí la cabeza.

Con el antebrazo flexionado en posición horizontal, Marek miró hacia su puño izquierdo, lo abrió lentamente y después lo cerró. Preguntó con tono puramente casual:

— ¿Quién te indicó que aceptases la invitación del sumo sacerdote?

No parecía un hombre que quisiese escuchar versos legítimamente adecuados sino la verdad, así que le dije:

— Cuando mi maestro, Gervin de la Túnica Marrón, me envió aquí, me ordenó que me volviese peligroso. La senda del Gran Guerrero me pareció la elección adecuada para cumplir sus órdenes. Y un oráculo me informó en una ocasión de que si recibía esta oferta debía tomarla, pues no habría una segunda oportunidad.

— ¡Cierto es, muchacho! ¡Cierto! Ayer era tu única oportunidad para convertirte en Gran Guerrero. Pero dime, en tu interior, ¿qué es lo que quieres?

Qué otra cosa podía hacer que sostenerme en la fuente clara.

— Quiero dejar de ser un durmiente, quiero convertirme en alguien merecedor del legado de mi maestro Gervin.

— Hay muchos peligros asociados con convertirte en Guerrero —y continuó diciendo con toda naturalidad—: ¿Sabes que podrías estar

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

muerto mañana mismo?

Aquel hombre no bromeaba, esto estaba claro. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, sus palabras resonando en mi mente: “mañana mismo”. Recordé la voz de la hermosa águila Blanca: “¡cincuenta por cien de posibilidades!”

— Marek, he llegado aquí recorriendo un largo camino. He cometido muchos errores y perdido muchas oportunidades. En una ocasión incluso dejé morir a alguien estúpidamente, simplemente porque no estuve a la altura de mi tarea. Sé que puedo morir en esta prueba pero si hay una posibilidad de que me convierta en Gran guerrero, voy a aprovechar esta oportunidad y no me echaré atrás. Mejor muerto que dormido y tener que presenciar cómo mueren mis amigos sin poder ayudarlos.

Marek permaneció en silencio, mirando hacia su puño izquierdo.

Tras dudar unos momentos, le pregunté:

— ¿Me dirás que es un Gran Guerrero?

Marek me miró fijamente.

— Yo soy un Gran Guerrero. Un Gran Guerrero es un iniciado avanzado de nuestro templo, alguien que ha contemplado al Dragón cara a cara y que ha escuchado *su Palabra, que es el Trueno de la Tierra. Un Gran Guerrero conoce el poder de la Voz.*

— ¿Son todos los sacerdotes de este templo Grandes Guerreros?

— ¡Oh, no! —respondió Marek—. Para convertirte en Gran Guerrero debes conducir el Dragón y sobrevivir. Pocos pueden hacerlo.

¡Conducir el Dragón! Así que las palabras del águila Blanca se estaban cumpliendo.

Hubo un silencio que rompí preguntando:

— ¿Qué debo hacer para conducir el Dragón?

De nuevo, Marek miró hacia su puño izquierdo, que seguía abriendo y cerrando, creando impresionantes ondas en los músculos de su antebrazo. Entonces entonó una lenta recitación de la Ley:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

*“Sólo aquellos que el mismo Dragón ha escogido
pueden convertirse en Grandes Guerreros.
Serás conducido a las entrañas de la Tierra
Y ofrecido al Dragón.
Si el Dragón te acepta, te convertirás en un Gran Guerrero.
Si te rechaza, morirás.
No hay preparación y nadie te puede ayudar.
Ahora debes seguir hacia delante o renunciar.
Sólo hay una única prueba, un intento.
O superas la prueba o mueres.”*

La cara de Marek se iluminó con una sonrisa peligrosa.

— Muchos de aquellos que decían querer convertirse en Grandes Guerreros no eran más que locos. ¡El Dragón sabe bien qué hacer con ellos! Hijo, si quieres abandonar el templo ahora, nadie lo sabrá. No habrá vergüenza ni culpa. Todavía serás un noble Hijo del Dragón y serás libre de servir al Dragón a tu manera. Puede que te aguarde una vida agradable afuera. ¿Por qué malgastarla?

— Marek, no estoy más allá del miedo. Pero no abandonaré —estaba empezando a comprender que cuando me sentía débil, podía concentrarme en mi vientre y descansar en el efecto de Vulcano. Así que vrufé una onda, lo miré a los ojos y articulé lentamente las palabras que me llegaban directamente desde la fuente clara—. Marek, ¡no hay vuelta atrás! Si él quiere librarse de mí, tendrá que matarme. No me marcharé, ¡palabra de Dragón!

La sonrisa peligrosa de Marek reapareció por un segundo.

— Tienes que decir “Ella”, muchacho. Cuando los Grandes Guerreros hablan del Dragón de la Tierra, dicen ella, no él —todavía mirando su puño añadió—: Gervin tenía razón, no eres un durmiente común —tras una pausa, me guiñó un ojo—; ¡Que así sea! Veo que no saldrás corriendo como un conejo —su voz se volvió seria—. Funciona así: mañana antes del amanecer te conducirán hacia el interior de las entrañas de la Tierra, un lugar donde el Dragón no tendrá dificultad

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

para encontrarte. Cuando venga a ti, escucharás su Voz, que es el trueno de la Tierra. Todo lo que debes hacer es —chasquéo los dedos de su mano derecha y me apuntó con el índice, mirándome directamente a los ojos—... ¡sobrevivir!.

Tragué saliva.

— ¿Cómo reconoceré la Voz del Dragón?

Marek mostró de nuevo su sonrisa peligrosa:

— No te preocupes, hijo, ¡no tiene pérdida!

Recordando todas las oportunidades que había perdido con Gervin por permanecer mudo y olvidarme de preguntar, insistí:

— ¿Me puedes dar alguna pista sobre cómo sobrevivir una vez haya escuchado su Voz?

— ¿Recuerdas tu iniciación sobre *los temblores que son las sacudidas del Dragón*? Mañana los experimentarás a raudales. Pero realmente, ningún hombre puede ayudarte allí abajo. Que sobrevivas o mueras depende totalmente de Ella.

Mark no iba a decir nada más. Me invitó a pasear por el templo con toda libertad y acercarme al comedor a las horas en que se servía la comida. También me informó de que Var, el sumo sacerdote, quería verme. Un hermano me vendría a recoger para llevarme hasta él. Después se despidió con el saludo ritual y, con un amenazante andar felino, caminó hacia la puerta.

— Por cierto, *hombre de la Ley* —hizo un alto en el umbral—, si lo consigues mañana, yo seré el encargado de enseñarte unas cuantas cosas que se supone que deben saber los Grandes Guerreros —y se marchó.

6.7 La leyenda de Lohrzen.

Uno de los asistentes de Var vino a buscarme mientras estaba almorzando en el comedor. Me condujo escaleras arriba por un corto paseo hasta que llegamos a una terraza del acantilado. Escalando otras escaleras excavadas en el borde del precipicio llegamos finalmente a

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

una habitación donde el sumo sacerdote de Vulcano me dio la bienvenida:

— *Alabada sea Ella Dragón, Madre de la Noche Sin Fin, Szar.*

— *Toda la Gloria sea para Ella Dragón, Madre de la Noche Sin Fin, alteza.*

Al igual que Marek, este hombre tenía fuego en sus ojos. Como un campo de estrellas, pero debajo de la tierra.

— ¿Te has recuperado por completo de tu danza de Dragón, *amigo mío en el Dragón?*

— Casi, alteza.

Var me ofreció una amigable sonrisa.

“Este hombre tiene clase”, pensé, admirando la manera en que combinaba la amabilidad con la dignidad de su función.

— Mira hacia el altar que está a tu derecha, Szar. En la repisa hay una pequeña placa hecha de oricalco, unida a un collar. Acércate y obsérvala.

Fui hacia el altar y contemplé la cadena de plata finamente trabajada y la placa metálica, que tenía extraños símbolos grabados en su superficie.

— Tómala, Szar —dijo Var—. Sostenla en tu mano.

Hice lo que me indicaba y me explicó:

— Esta reliquia pertenecía a un Hijo de Dragón llamado Lohrzen. Era un Gran Guerrero, uno de los más poderosos de todos los tiempos. Vivió hace mucho tiempo, en los primeros días del reino, cuando las nieblas eran tan espesas que el día y la noche no se diferenciaban claramente. Aquellos fueron los días que siguieron a la revelación de los Vigilantes. ¿Has oído hablar alguna vez de los Vigilantes, Szar?

— He escuchado viejas leyendas que mencionaban su nombre, alteza, pero mi maestro nunca me ha instruido sobre este tema.

— No hay duda de que el Maestro Gervin te enseñará sobre ellos, pues su sabiduría es muy amplia. Los vigilantes eran poderosos ángeles de fuego que descendieron de las esferas y se encarnaron en cuerpos

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

humanos. Descendieron para educar a los hombres, quienes todavía eran jóvenes, parecidos a las masas informes de nuestras costas lejanas. ¿Has oído hablar de las masas informes?

Recordando una discusión particular con Gervin, dije:

— Aquellos que dormían en la playa todo el día y tenían hijos sin siquiera darse cuenta. Sí, he oído hablar de ellos.

— Gran parte de la sabiduría de los Grandes Guerreros viene de los Vigilantes. Poderosos en verdad eran los Vigilantes, más poderosos de lo que la mente puede concebir. Instruyeron a los hombres en varias artes y ciencias, en particular aquellas relacionadas con el uso del fuego. Y se casaron con las hijas de los hombres, teniendo hijos con ellas y los hijos fueron llamados los Néfilim. Los primeros Néfilim se convirtieron en paladines y príncipes entre los hombres, habiendo heredado los fenomenales poderes de sus padres. Pero en realidad era una raza predestinada a degenerar en la escoria más nauseabunda; monstruos y gigantes que comían carne humana, transformaban sus hijas en prostitutas e incurrían en todas las formas posibles de depravación. “Escoria Néfilim” era una expresión que había oído varias veces desde que había llegado a Monte Lohrzen. Si eran una raza de caníbales y prostitutas, no era de extrañar que la voz de los hermanos estuviese llena de indignación cada vez que pronunciaban su nombre.

Var continuó:

— En breve, los canallas Néfilim emprendieron feroces guerras unos contra otros, utilizando a los hombres como soldados en sus ejércitos. Estas fueron las primeras guerras que asolaron el reino. Muchos hombres y mujeres murieron y se propagaron penurias y plagas. Fue durante aquellos tiempos tormentosos cuando nació Lohrzen, en las Tierras Rojas, en un pueblo a pocas horas de este templo. Era un niño extraordinario que podía hablar con los dioses y así, sanar a las gentes. En una ocasión, tras su undécimo cumpleaños, una plaga devastó el país. Un tercio de hombres y mujeres de su pueblo cayeron

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

enfermos y los sacerdotes los declararon muertos. Pero Lohrzen les dijo: “No, ¡estáis equivocados! *¡No es la voluntad de Nuestro Señor Melquisedec que estos hombres y mujeres mueran!*” Invocó los poderes de la Tierra y los hombres y mujeres se despertaron, diciendo que habían regresado de los Inframundos.

“Bien”, pensé, “esto suena exactamente como lo que quiero conseguir”. Pero incluso con mi recién adquirida arrogancia vrufeante, no me atrevía a interrumpir a Var con una pregunta.

— El salvajismo de los Néfilim no conocía límites y así las encarnizadas batallas se prolongaron. Los pueblos eran quemados. Las cosechas, destruidas. Las mujeres eran violadas y los niños, asesinados frente a ellas. Viendo la desesperación de sus congéneres, Lohrzen se propuso convertirse en alguien muy fuerte, para poder defenderlos. Audaz, este Lohrzen, se acercó a uno de los Vigilantes llamado Verzazyel. éste era un ángel formidable, un príncipe del fuego que había descendido de las altas esferas y vivía en una cueva en los cañones rojos, no muy lejos de este templo. Lohrzen fue a la cueva de Verzazyel y allí desapareció. Las gentes pensaron que había sido asesinado. Aquellos que intentaban conquistar el poder de los Vigilantes solían perder la vida.

Pero para gran sorpresa de todos, Lohrzen reapareció transcurridos siete años. Había conquistado parte del fuego de Verzazyel y, así, se había convertido en un Gran Guerrero. Vino directamente a este templo y escogió a varios de los hermanos, a los que enseñó nuevas formas secretas de luchar. Juntos marcharon a matar a un gran príncipe Néfilim llamado Percipion. Tomaron completamente por sorpresa a su guardia personal. Sólo eran seis Grandes Guerreros y aun así, mataron al príncipe y a más de cien hombres en una sola noche.

Aquello sonaba peligroso.

— Después Lohrzen habló con el resto de comandantes de la armada de Percipion y los persuadió para que le jurasen lealtad. ¡Y así fue! Lohrzen entrenó a más Grandes Guerreros entre los Hijos de Dragón y

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

juntos mataron príncipe Néfilim tras príncipe Néfilim. Nunca lucharon batallas, simplemente llegaban por la noche, vestidos de negro como los emisarios de la muerte. Utilizaban su ingenio superior para encontrar el camino a los aposentos del príncipe y entonces... —Var acercó la mano a su garganta e hizo un gesto rápido y agudo de lado a lado con un pequeño silbido—. Golpeaban cual relámpago, matando a todo aquel que estuviese a la vista.

“Suenan realmente peligrosos”, pensé, todavía sosteniendo la placa de oricalco en mi mano.

— En cada ocasión, Lohrzen habló con el ejército del príncipe que acababa de asesinar. Ellos lo admiraban y lo seguían. Los Grandes Guerreros pronto fueron conocidos como “la pesadilla de los Néfilim”, pues siempre atacaban durante la noche y nunca erraban el tiro. Sucedió entonces que los comandantes de dos ejércitos, temiendo a Lohrzen, pues sabían que antes o después llegaría, se rebelaron ante sus señores Néfilim y los mataron. Se rindieron a Lohrzen, quien era, en aquel momento, el dirigente de una enorme armada.

Si hubiese querido, Lohrzen se podría haber convertido en el príncipe de esta parte del reino. Pero era muy sabio y cuando liberó todas las regiones vecinas del azote de los Néfilim —¡no quedó vivo ni uno solo de los caudillos!— condujo a los comandantes de su ejército hasta el Rey de la Atlántida y los hizo rendirse ante él. “¡Aquí está mi ofrenda para su suprema Alteza!” anunció. Y desde entonces, los Grandes Guerreros han sido legendarios por sus inolvidables presentes. El rey eligió un hombre sabio de entre los tenientes de Lohrzen como nuevo príncipe. Y Lohrzen y sus Grandes Guerreros regresaron al Templo del Dragón, donde continuaron disfrutando del éxtasis del Dragón de las Profundidades y entrenaron a más hermanos en sus artes secretas.

— Szar, la placa que tienes en tu mano es la que Lohrzen obtuvo del Vigilante. La llevó consigo todos los días de su vida y la colocó en el altar tres días antes de morir.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Asustado, tragué saliva e invoqué a mi fuente, con la esperanza de no meter la pata con aquella placa y ofender así a tan peligroso ser.

Var se divertía con mi reacción. Continuó:

— Lohrzen dejó una instrucción muy clara, que pronunció con la Voz; que nadie debería tocar nunca esta placa hasta el día que un joven guerrero no enviado por su padre viniese y sorprendiese a los sacerdotes pidiendo insolentemente ver al Dragón cara a cara. Var se detuvo.

— La placa es tuya, Szar. ¡Póntela!

Cuando este hombre daba una orden, no dejaba lugar a dudas. Y sin embargo, cuando alcancé mi cuello con las manos, me sentí obligado a detenerme y preguntar:

— Esta reliquia es muy valiosa y no solamente porque esté hecha de oricalco. ¿Y si muero mañana?

Var rió secamente.

— Entonces la placa permanecerá enterrada contigo en las entrañas del Dragón hasta el fin de los tiempos. A Lohrzen no le importaría. Pero *no hay vuelta atrás*. Las palabras de Lohrzen fueron pronunciadas con la Voz y deben ser cumplidas. ¡Póntela!

Obedecí. Sentí el frío de la placa en mi garganta.

Var continuó.

— Ahora, Szar, debes escuchar el final de la profecía de Lohrzen. Un día, el Gran Guerrero que lleva esta reliquia, luchará una impresionante batalla contra la magia de los Vigilantes. Cuando todo parezca perdido y su último compañero esté muriendo en sus brazos, el poder de la placa lo salvará.

Pregunté inmediatamente:

— ¿Quiere esto decir que sobreviviré a mañana?

Var respondió con la misma sonrisa peligrosa que había visto en la cara de Marek y nunca antes en el reino.

— ¡Sólo el Dragón lo sabe! —viendo cómo me echaba a temblar, añadió—: Cuando escuches *el trueno de la Tierra, que es la Voz del*

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Gran Dragón de las Profundidades, entonces lo sabrás.

Var llamó a un sacerdote que me escoltó de vuelta hasta el comedor. Pero ya no tenía hambre. Tras un corto paseo por los pasillos del templo volví a mi habitación y me tomé un *legítimo descanso*. Y llegó la noche.

6.8 Eisraim, capilla del águila Blanca.

— *¿Quién, enviado por nuestro Señor Melquisedec, está llamando a mi puerta?*

— Soy yo —respondió Elyani ilegítimamente—, ¿puedo hablar contigo, Teyani?

— Entra, cariño mío.

Doña Elyani entró, retirando la capucha de su capa blanca sobre sus hombros. Parecía cansada.

— Teyani, algo terrible le va a suceder a Szar. Muy pronto, lo sé. He venido para pedirte inspiración y ayuda, ¡sabia mujer!

Fugazmente, Teyani recordó la primera vez que había sostenido a Elyani entre sus brazos. Elyani tenía tres años. Su madre Adya, amada amiga y compañera Blanca de Teyani, estaba muriéndose. Teyani dio su palabra de águila de que cuidaría de la niña y siempre así lo había hecho, primero como madre, después como profesora, una amiga y una madre.

— Acércate, mi niña. Siéntate conmigo. ¿Sabes lo que le espera?

— Es una de esas iniciaciones imposibles donde hacen que el candidato entre en un trance cercano a la muerte y lo arrojan al Dragón. Tres días después regresan para ver si el candidato sigue vivo. Y si no lo está, simplemente se encogen de hombros y esperan al próximo candidato.

— Szar es un alma poderosa —la voz de Teyani estaba llena de suavidad.

— ¡Su cuerpo es débil! Pensamos que nuestros descensos al Inframundo son malos, pero lo que hacen allí es mucho peor, ¡una

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

completa locura! Exponen a los candidatos a intensidades de Dragón que pueden hacer que cada hueso de sus cuerpos se reduzca a polvo, la clase de Fuego Cósmico que viene directamente de los Hornos del Juicio Final. No me extraña que aquellos que sobreviven sean llamados los Volcanes de la Ley.

Teyani puso sus mágicas manos sobre los hombros de Elyani, dejando que una sutil influencia sanadora fluyese hacia sus centros energéticos. — *Paz, mi niña, ¡paz!* —dijo invocando a lo más alto de la fuente del águila Blanca.

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Elyani.

— Perdóname, mujer sabia, por ser tan impaciente. Solo es que... no sé qué hacer.

Teyani la tomó entre sus brazos.

— Lo sé, son tiempos difíciles —susurró, pensando en todas las sacerdotisas del águila Blanca que habían sido enviadas a los Inframundos en los últimos años. Ni tan solo una de ellas había regresado—. Ven, *amiga mía en la Ley Blanca*, quédate conmigo. Celebremos el ritual juntas. —

Cuando terminaron de preparar la habitación, las dos mujeres ocuparon su lugar detrás del altar. Antes de entonar el primer himno, Teyani declaró con empatía: — *Los dioses nunca deben nada a los mortales, ¡nunca!* Y yo sólo soy la doncella del águila Blanca. Sin embargo, a causa de ciertas cosas que sucedieron antes de que nacieras, se me concedió el inmenso favor de ser escuchada por él cuando llamo a sus celestiales puertas. Esta noche hablaré con él e intentaré tocar su corazón. Pero no esperes nada.

Los designios de los dioses están más allá de las mentes de los mortales...y mucho más allá, fuera del alcance de los dioses están los designios de nuestro Señor Melquisedec.

Y así Teyani inició el ritual.

6.9 En las entrañas del Dragón.

“Madre de la Luz, ¿qué me está sucediendo?”

Era muy temprano. Casi no podía creer lo despejado que me sentía. Había pasado toda la noche soñando de forma increíble con el águila Blanca de los dioses. El águila trasportándome a las esferas, sosteniéndome en sus alas y contándome leyendas y secretos sobre los dioses y sus mundos. Nos detuvimos en cada estación a contemplar la magnificencia de los campos de estrellas. Y en cada ocasión, nos encontramos con Elyani. Ella me sonreía con amabilidad cósmica y me ofrecía un brebaje blanco. Cada vez que bebía, me sentía más fuerte. Entonces, justo antes de despertarme, el águila Blanca me hizo un regalo asombroso: una de sus alas de luz. Sorprendido, la tomé en mi mano, y mi energía explotó, súbitamente, llena de Luz Blanca, una luz que rara vez los mortales pueden contemplar.

“Qué pena que Floster no me haya dado antes esta habitación”, reflexioné, sentado en mi cama.

La habitación estaba en oscuridad total. No había luz de luna. “¡Hoy será luna nueva!” comprendí de pronto, “por eso quieren ofrecerme al Dragón tan rápidamente”. Según lo que Gervin me había explicado, era en luna nueva cuando los Inframundos estaban en su grado más lúgubre. Inundado por Luz Blanca como estaba, este pensamiento no me afectó lo más mínimo.

La puerta se abrió. Marek y tres de sus hombres hicieron su entrada. Iban vestidos de negro, con las cabezas cubiertas por una gorra hecha con el mismo delgado tejido que habían usado para hacer sus camisas y pantalones. Todos llevaban antorchas menos Marek.

Mirándome con su impasible mirada de Gran Guerrero, Marek emitió un silbido de admiración.

— ¡útero sagrado de Ella Dragón! ¡Qué luz! ¿Qué has estado haciendo?

— He soñado con amigos míos.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Caminando hacia mí con su forma lenta y felina de andar, me dijo:

— Parece que tienes amigos poderosos, Szar. Me encantaría conocerlos.

Sonreí. él no.

— Observa a estos hombres —apuntó a sus compañeros—. Son Grandes Guerreros, de los mejores del reino.

Ellos permanecían de pie frente a mí, imperturbables y tan inmóviles como una montaña. Eran jóvenes, dos de ellos rondaban los veinte y el tercero tenía treinta y tantos. Mientras sintonizaba con ellos, preguntándome si estarían despiertos o dormidos, Marek me dijo:

— Ven, hijo, daremos un paseo. Vamos.

Formábamos una pequeña procesión. Dos de los Guerreros dirigían la marcha. Yo los seguía, Marek y su otro amigo caminaban detrás de mí. No hablaban pero pronto entonaron una lenta letanía:

“Adiós, hombre de las llanuras.

Ha llegado la hora de dejar todo atrás.

El Dragón es la puerta.”

Sosteniéndome en la fuente clara, dejé que mis pasos fuesen guiados por mi mantra favorito, *Una Ley, un camino. ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*.

Descendimos por el interior de la roca, a través de largos y serpenteantes túneles e interminables escaleras de tosca piedra. Durante la primera hora me reconfortó el habitual vrufing de Vulcano que provenía de cada una de las piedras de la montaña. Pero a medida que descendíamos, se apoderaba de mí una sensación pesada y opresiva que hacía difícil respirar con normalidad.

Después de caminar durante más de tres horas, Marek se dio cuenta de que se me hacía más y más difícil caminar. Por primera vez desde que iniciamos el descenso, se dirigió hacia mí.

— Lo que estás experimentando en este momento se llama *veneno soporífero, los densos gases que proceden del Dragón*. Esta parte de la montaña está cargada con fuerzas muy especiales.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Me agarré con fuerza a la fuente clara, rogando a nuestro Señor Melquisedec que me mantuviese sobre mis pies, pues recordaba con dolorosa claridad los versos de la Ley:

Aquellas olas de oscuridad infinita,

Aquellos gases nauseabundos que emanan del aliento del Dragón

Y envían a dioses y hombres por igual al sueño del olvido.

Gradualmente, la densa inercia y pesadez se volvió tan opresiva que casi no podía caminar. Me obligué a continuar, paso tras paso, recordando las instrucciones de Elyani antes de descender a los Inframundos, “¡Sigue caminando! ¡Nunca te detengas en el camino!” Pero finalmente, en el medio de un estrecho túnel, tuve que pararme, intentando recobrar el aliento.

Marek se acercó.

— Hemos entrado en las entrañas del Dragón, hijo.

— No puedo respirar.

— Eso es porque *estás* intentando respirar y estás intentando caminar.

Pero aquí, no queda mucho de ti, ¡sólo existe el Dragón!

— ¿Y entonces qué hago?

— No hagas. Deja hacer al Dragón.

Mientras trataba de recobrar el aliento me preguntaba cómo podía dejar que el Dragón caminase por mí. Marek flexionó su brazo izquierdo horizontalmente y, tal como le gustaba hacer, contempló su puño mientras lo abría y cerraba lentamente. Empezó a emitir un sonido grave, que progresivamente elevó de intensidad con el poder de la Voz y que penetró profundamente en mi vientre.

Tomándome por sorpresa, proyectó su puño directamente hacia mi plexo solar.

El puñetazo me dejó jadeando, tambaleándome a causa del golpe. Caí de rodillas, sujetándome los costados con las manos.

— Ahora, ¡deja que el Dragón respire o muere! —me gritó Marek. Continuó entonando su grave sonido con la Voz y entonces... *No pienses, ¡sólo hazlo!*.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Gradualmente se alzó una ola inmensa en mi interior, que provenía de la roca bajo mis pies. Mi cuerpo todavía resollaba, pero algo estaba tomando el control. Reconocí la sensación de la danza del Dragón y las gozosas sacudidas. Durante por lo menos un minuto sentí que todavía no podía respirar. Pero no me hacía falta. ¡Estaba bien! Tenía ganas de reír. Me levanté, como si estuviera en trance y lentamente ondeé los brazos y giré mi cuerpo, guiado por el conocimiento de la danza.

Marek sonrió. Haciendo un gesto hacia mí con su dedo gordo, comentó a los demás de forma irónica.

— Es un buen bailarín, ¿sabéis?

“¡Eso es! ¡ésta es la manera de hacerlo! Percibir el vrufling de Vulcano y orientar la fuente clara en su dirección”. Y funcionó. Conectando la energía vertical sobre mi cabeza con las olas que provenían de debajo de mi cuerpo, podía respirar de nuevo.

Marek me dio tiempo suficiente y entonces preguntó:

— ¿Puedes caminar ahora?

Intoxicado, respondí:

— No puedo caminar, ¡pero puedo bailar! — Y me encontré mirándolo con la misma sonrisa peligrosa que había observado en su semblante más de una vez. él me guiñó un ojo dándome unas gentiles palmaditas en el hombro.

— ¡Buen chico! —entonces, dirigiéndose al resto de la pequeña tropa, añadió—: ¡Venga, hagámoslo! —y reanudamos nuestro descenso.

El resto del viaje fue irreal. Caminé y caminé durante horas, pero el tiempo apenas transcurría. ¡Todo era tan simple! La fuente activaba olas vrufeantes bajo mi cuerpo y, por razones que estaban más allá de mi comprensión, mi sombra y yo continuamos trotando tras ellos como un filosterópodo.

Unas cuantas veces nos encontramos esqueletos humanos. Al principio tuve que tragar saliva y mantenerme firme, *¡Nunca te detengas en el camino! ¡Nunca mires atrás!*. Después me encogí de hombros y dejé

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

que la euforia vrufeante tomase el mando. “¡Vul-ca-no! ¡Vul-ca-no!” cantaba. Ya no me preocupaba pensando en las pilas de huesos de mis predecesores. Simplemente bailaba a lo largo de mi camino.

Tras un largo tiempo, llegamos a una pequeña cueva. En el medio había una tumba excavada en la roca. Al verla, empecé a reír como un loco.

— ¡Acuéstate en el agujero! —Marek apuntó a la tumba.

Los cuatro hombres colocaron las antorchas en los anillos que había incrustados en las paredes, tras lo cual se sentaron en las cuatro esquinas de la tumba y recitaron dos breves himnos de su Ley. Marek se inclinó hacia mí.

— *Alabada sea Ella Dragón, Madre de la Noche Sin Fin*, ¡lo has logrado! ¡No está mal, hijo! Muchos hombres han muerto antes de llegar hasta aquí. Ahora tu parte ha terminado. No hay mucho más que puedas hacer, todo depende de Ella. Así que... ¡disfrútalo! El Dragón vendrá a ti y tú escucharás su Voz verdadera, como pocos hombres en el reino han podido escuchar. ¡Eres un hombre con suerte! Quizá esto te mate, pero hay maneras más tontas de morir, créeme —se echó a reír y, como yo estaba borracho de fuerza, también lo encontré divertido—. Ahora escucha. Una vez que la tumba haya sido cubierta con la losa, ningún hombre podrá ayudarte. Pero hasta entonces nosotros podemos. Tenemos que ponerte presentable para el Dragón. Disfruta lo que está llegando, hijo. Si sobrevives, lo recordarás.

Le regalé una gozosa sonrisa mientras él volvía a su posición en una de las esquinas de la tumba. Los cuatro hombres permanecieron en silencio durante un minuto y después comenzaron al unísono a proyectar la Voz sobre mí.

Marek tenía razón. ¡Fue inolvidable! En alguna que otra ocasión a lo largo de mi vida había escuchado la Voz pero... ¡nunca una Voz como ésta! Tan pronto como las cargadas ondas de sonido enviadas por los cuatro hombres golpearon mi cuerpo, la soñadora intoxicación del viaje se desvaneció y mi mente se aclaró. Desde una conciencia total

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

de mí mismo, sentí las graves vibraciones precipitándose en mi sistema, saturando mi energía con poder de Dragón. Mientras continuaban, empecé a sentirme como un dragón. Rugí ruidosamente. Tanta fuerza se estaba concentrando en mi cuerpo que al principio pensé que iba a explotar. Pero recordé las enseñanzas sobre la muerte del Maestro Gervin y con la extraordinaria simplicidad que ya había experimentado una vez, simplemente, me dejé hacer. Me permití morir en los poderes vivos de sus Voces.

Esta vez, morir fue incluso más fácil que durante mi primer descenso al Inframundo. Algo en mi interior recordaba y sabía exactamente cómo hacerlo. No tuve que pensar o intentar nada. Simplemente sucedió por sí mismo y en el momento adecuado.

El resultado fue un engrandecimiento inmediato de mi energía, como una explosión en la inmensidad. Mi último pensamiento normal fue: “¡Sagrado Inframundo! Marek, tienes razón, ¡merece la pena morir por esto!” Mi energía empezó a expandirse en extravagantes proporciones. Parecía estar esparciéndome a través de la roca millas y millas a la redonda. Pronto perdí completamente el contacto con la habitación donde los hombres continuaban proyectando la Voz sobre mí, cargando una parte del cuerpo tras otra.

Nunca supe durante cuánto tiempo continuaron los cuatro Guerreros, ni cuándo finalmente cubrieron la tumba y se marcharon. Ya no tenía un cuerpo. Ya no era Szar y su pequeña fuente. Sólo existía una fuerza fantástica, viva en el interior de la Tierra, e inmensa.

Pero la expansión no se detuvo allí. Pronto llegué a ser más grande que el mismo reino y mi presencia alcanzó las esferas. Esto era muy diferente de los viajes que había hecho con Elyani. Esta vez no había guía, ni controladores, ni destino, sólo expansión. No había un yo en el espacio, explorando las esferas, ¡yo era las esferas! Crecí y crecí, abarcando primero los mundos intermedios, después los mundos del triángulo y continuando mucho más allá. La experiencia fue de una inmensidad fenomenal, con estrellas, seres y miríadas de formas de

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

conciencia, todas en mi interior. Y crecí más y más rápido, alcanzando lugares tan remotos como el Abismo de las Profundidades y la Fosa de la Eternidad, hasta que la aceleración llegó a tal punto que no pude aguantarlo más.

Exploté y perdí completamente el conocimiento.

6.10 El himno del águila Blanca al Gran Dragón.

Alcanzando el límite del Gran Abismo, el águila Blanca de los dioses entonó un himno dirigido a la madre de su madre:

*“Oh, Gran Dragón de las Profundidades,
Oh infinidad subterránea que alcanza hasta lo más alto de lo alto,
Oh cumbre sin fondo que confunde a los mismo dioses,
Oh magnífica, Oh Ella Dragón, Oh, Madre de la Noche Sin Fin,
Oh sima de éxtasis en la cual el Dios No nacido se complace,
¿Qué habéis hecho con mis niñas?
¿Dónde están mis doncellas que envié a vuestro seno?
¿Dónde están mis sacerdotisas, que descendieron y nunca volvieron?”*
Y el águila Blanca esperó en la suave brisa del espacio.
Tras un largo tiempo de los dioses, una dulce y melodiosa Voz se hizo escuchar desde lo más profundo del Gran Abismo.
*“Oh, águila Blanca, Oh hermoso entre los dioses,
Oh incansable y valiente viajero,
Aquel que no se amilana ante la magnitud de las esferas,
Oh, hijo de mis hijos, semilla de mi semilla,
¡No temas!
Aquello que parece perdido no son más que débiles sombras de tus hijas,
En el seguro y tibio vientre de mi infinito, sus Espíritus mantengo y nutro y sorprendo
con interminables olas de jubiloso éxtasis.
Les muestro aquello que está más allá de hombres y dioses,
El eterno y glorioso Sol de Medianoche,*

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

*El ideal supremo y arriesgado que la semilla de vuestra semilla,
Un día, finalmente, cuando todo sea cumplido, podrá comprender.”*
El águila Blanca envió una respuesta:
*“Oh, madre de mis sublimes progenitores.
Oh, deliciosa Maya sólo conocida por el Dios no Nacido.
Escucho vuestra poderosa Palabra y me regocijo.
Y ya no temo por mis hijas embelesadas en vuestro clímax.
Pero mi semilla se desvanece rápidamente del reino.
Mi tiempo entre los hombres se termina.
Mi misión en la Tierra peligra.
Humilde, contemplando vuestra gloria infinita,
imploro vuestra clemente benevolencia.
Que más de mis doncellas visiten vuestro seno,
y puedan encontrar el camino de vuelta al reino.
Gran Madre,
en vuestra infinita compasión por todas las criaturas,
por favor,
ayudadme a cumplir la palabra que un día entregué
al Dragón Volador que vino
desde más allá del Abismo de las Profundidades y la Fosa de la
Eternidad,
de que protegería su semilla e iluminaría su camino con Amor.
Por favor, no retengas la valiente y resistente alma,
enviada por el Trueno,
que habéis recibido en vuestro gozoso seno.
Pueda él regresar a su mortal morada.
¡Ay! Perderá siglos de glorioso éxtasis,
que solamente vucencia podría haberle concedido.
Pero él y otros minúsculos granitos de alma
han tejido esperanzas y sueños humanos,
que son inciertos y tenues,
y sin embargo están preñados con el futuro de los míos.”*

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

La voz de la tierra no volvió a hablar pero, desde el Gran Abismo, emergió un rayo de Luz y el águila Blanca reconoció la Luz que hombres y dioses veneran por igual mediante sus más elevados rituales. Y se sintió reconfortado, sabiendo que sus plegarias habían sido escuchadas.

6.11 La Voz del Dragón que es el trueno de la Tierra.

Cuando recobré el sentido, me rodeaba la oscuridad. Era un cuerpo congelado estirado en una tumba. No tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido. Casi instantáneamente, me golpeó una ola de miedo, un pánico irracional que nunca antes había sentido, ni había siquiera sospechado que existía y todo mi cuerpo se echó a temblar. Mi mente estaba desconectada, yo era un aterrorizado niño perdido en un espacio inexistente, sin la menor idea sobre qué hacer o incluso qué ser.

Tiritando y encogido por el pánico, me sacudió una visión. De súbito, alguien apareció frente a mí. Era un hombre alto y fuerte que rondaba los cincuenta, de fiero semblante, con barba y larga melena rubia hasta las caderas.

De tan sorprendido como estaba, olvidé por un momento mi miedo.

— ¿Quién eres? —pregunté con mi voz interior.

— Soy Lohrzen, aquél que labró la placa que llevas colgada del cuello.

— ¿Por qué has venido a visitarme?

— ¿Visitarte? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Esta montaña es *mi* casa! ¡Tú eres quien me está visitando! —su risa me recordaba la de Floster y esto me ayudó a recuperar el ánimo—. Escucha, hijo—me apuntó con su dedo índice igual que hacía Marek—. He venido a decirte algo. Si sigues temblando como un gatito, Ella Dragón te estornudará de los agujeros de su nariz y te quedarás colgado en los mundos intermedios hasta el fin de los tiempos. *¡Por el amor de Melquisedec, hijo, recupera la compostura!*

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Pensaba que ningún hombre podía ayudarme aquí —dije con un escalofrío.

— ¿Quién ha dicho que soy un hombre? —Lohrzen rugió a carcajadas—.Szar, ahora mismo estás empapado en veneno de Dragón. Al principio el veneno te propulsó hacia tu viaje de ensueño por las esferas. Pero no estás lo suficientemente entrenado para aguantar el sueño del Dios no Nacido y por eso has caído de vuelta en tu tumba, desplomado, como un saco de nabos.

— ¿Dónde está la fuente clara? —me pregunté, pero no pude encontrarla.

— No hay mucho que puedas hacer en este momento. Sólo deja que te traiga de vuelta a un estado menos penoso —Lohrzen empezó a proyectar la Voz sobre mí, entonando una letanía de la Ley de un solo verso.

— *Vuestra alma estaba perdida en la distancia, ahora la traigo de vuelta a la vida.*

Aquello fue legítima magia. Instantáneamente regresó la fuente clara. Y me sorprendió comprobar que mi vientre vrufeaba cual volcán.

— *¡Adiós, hombre en la Ley!* —sin más palabras, Lohrzen dio media vuelta y se marchó.

Como la fuente estaba conmigo, lo llamé:

— ¡Lohrzen, espera! ¡No te marches!

— ¿Qué quieres, hijo?

— Lohrzen, ¿qué debo hacer?

Lohrzen suspiró y, mirando hacia abajo, al centro de la Tierra, exclamó:

— ¡Oh, Gran Dragón! ¡Los candidatos ya no son lo que eran!

Me recordó a Gervin y esto me animó. Antes de marcharse, Lohrzen proyectó la Voz sobre mí de nuevo.

— Escucha el trueno de la Tierra. Muere en el Dragón y, ¡vive!

— ¡Espera, Lohrzen! He oído que puedes traer gente de vuelta de los Inframundos después de que hayan muerto. ¡Quiero aprender cómo

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

hacerlo!

Esta vez Lohrzen no volvió.

Abandonado en la tumba, todavía incapaz de moverme y sólo medianamente ligado a mi cuerpo. *Una Ley, un Camino. ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*, era todo lo que podía escuchar de la fuente.

No tuve que esperar demasiado. Cuando llegó la primera ola, la reconocí de inmediato. No era diferente de la Voz que Marek y sus hombres habían proyectado sobre mí, pero de una magnitud fantásticamente superior.

Un maremoto de Palabra.

Engulló mi cuerpo y me proyectó a lo alto de las esferas, más allá del campo de estrellas.

En el misterioso vacío, escuché una voz que susurraba desde la lejanía: *Señal de emergencia del Espacio Matriz. El vehículo terrestre está a punto de desintegrarse. A no ser que se actúe de inmediato, sucederán daños irreparables.* Miré hacia abajo, buscando mi cuerpo.

Objetivo identificado. No intentes proyectarte a su interior.

¡Mi cuerpo estaba muerto!

Abajo en la cripta, el Fuego era una locura. Horrendas e inmensas olas de Voz estaban golpeando mi cuerpo, una tras otra.

Vehículo terrestre dañado más allá de una posible reparación. No intentes proyectarte a su interior.

Muerto, realmente muerto.

Quebrado por la Palabra.

Lo peor era que, más que quebrar el mismo cuerpo, era la corporeidad la que había sido quebrada.

Arrasado por el trueno de la Tierra. Partido por la mitad.

A través de la hendidura, el poder del Dragón se precipitaba al interior.

“¡Elyani! ¡Elyani! ¡Elyani!”

La voz de la lejanía susurró: *Sigue la luz en la matriz del espacio. Activa la expansión de la conciencia.*

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

“¡Adiós, Elyani!”

Inmensidad.

Infinidad más allá de las palabras.

El Abismo de las Profundidades, donde sonríe la Madre de la Luz.

Amor eterno, águila Blanca de los dioses.

6.12 Eisraim. Aposentos de Teyani.

— ¡Nooooo!

Despierta a causa del grito, Teyani se apresuró hacia la otra habitación.

Todavía sentada en postura de meditación, Elyani apoyaba la cabeza entre sus manos.

— ¡No, no! Teyani, ¡está muerto!

— ¡Espera! No lo sabemos con seguridad —Teyani la tomó entre sus brazos y vertió la dulzura del águila en ella.

— Recibí la señal desde las esferas de la lejanía, Teyani. Está demasiado lejos, nunca será capaz de volver. Está muerto.

Teyani la acunó como si fuese una niña pequeña.

— Silencio, Dama del águila. Recuerda lo que dijo el oráculo, Szar es un viajero. Es aquel que hemos estado esperando. Ten fe, ¡águila Blanca!

Manteniendo su cabeza apoyada en el hombro de Teyani, Elyani era un mar de lágrimas.

— ¡Está muerto, Teyani! Vi cómo se deshacía en pedazos. Ahora, incluso si volviera, no podría ser el mismo. Lo sé.

Esta era la verdad y Teyani lo sabía bien. Se mordió el labio, sosteniendo la luz del águila.

— El Szar que amo nunca volverá —Elyani lloraba con el corazón roto.

— Confía, mi niña. Confía en el águila.

6.13 Resucitado por el Dragón.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Cuando volví a recuperar la conciencia, alguien estaba hablándome. Podía oír su voz, pero no podía entender lo que decía. él masajeaba suavemente las puertas energéticas de mis pies, muñecas y otras partes de mi cuerpo, utilizando su fuerte presencia para traer mi conciencia de vuelta a mi cuerpo.

— Estás temblando de frío. Déjame que aplique más aceite sobre tu cuerpo.

No podía sentir nada.

En varias ocasiones volví a caer en la total inconsciencia, pero él me arrastraba de vuelta.

— No, no, Gran Guerrero, ¡ahora no es hora de dormir!

Continuó trayéndome de vuelta a la realidad física durante horas y horas, trabajando en mi cuerpo y hablándome.

Yo estaba completamente ausente. No tenía ninguna sensación, ni pensamientos, ni memoria alguna.

Floster me alzó, apoyándome contra la pared.

— Vamos, sé que puedes oírme. Abre los ojos y mírame —podía percibir su voluntad entrando en mi cuerpo pero mis ojos permanecieron cerrados—. Vamos, no intentes hacerlo tú mismo. *¡Deja que lo haga el Dragón!* Entra en tu vientre —por debajo de mi ombligo podía sentir su fuerte puño presionando amablemente mi abdomen—.

Venga, deja que el Dragón abra tus ojos. Recuerda cómo pudiste caminar en tu descenso a las entrañas del Dragón. Haz lo mismo. Fue magia. Mis ojos se abrieron al instante.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Aquí está nuestro Dragón!

Fue la más extraña de las experiencias. Me sentía muerto, incapaz de mover siquiera las puntas de mis dedos y, sin embargo, el poder me había hecho abrir los ojos. La imagen de Floster estaba en mi cabeza, mientras que yo mismo no.

— Ahora —continuó Floster, todavía presionando la puerta energética ubicada debajo de mi ombligo con su puño—, haz lo mismo y levanta

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

tu mano izquierda. *¡No hagas! ¡Deja hacer al Dragón!*

De inmediato, vi cómo era alzada mi mano izquierda. No había intento ni esfuerzo. ¡Mi mano simplemente se levantó!

Floster estaba muy contento.

— ¡Así se hace, hijo mío! Si piensas que estás muerto, digamos que no estás completamente equivocado. Pero esto no importa, el Dragón puede mover el cuerpo de un Gran Guerrero incluso después de que haya muerto. Ahora quiero que te levantes y andes.

Y al ver que la magia del Dragón me hizo levantar y andar por la habitación, Floster aplaudió con gran júbilo. Yo no sentía nada, sólo me veía moviéndome, como desde muy lejos.

— ¡Perfecto! Ahora vuelve a tu cama. Túmbate de nuevo. ¡Muy bien! No mucho después, Marek entró en la habitación.

Floster lo saludó.

— *Alabada sea Ella Dragón, Madre de la Noche Sin Fin, ¡mi indestructible hermano!* ¡Nuestro muchacho ha sido resucitado! Marek intercambié una mirada con Floster pero no contestó. Se acercó a mi cama y puso sus manos sobre varios centros energéticos de mi cuerpo, sintiendo la calidad de la fuerza vital.

— Su cuerpo es muy débil. Mejor traerlo de vuelta tan pronto como sea posible.

— ¿Mañana quizá?

Marek sacudió la cabeza.

— ¡Ahora! —entonces se dirigió hacia mí—. Szar, cuando te dé la señal, quiero que hagas que el Dragón traiga tu alma de vuelta a tu cuerpo. Te advierto que te dolerá como escoria Néfilim. No intentes hacerlo, deja que el dragón lo haga... *¡ahora!*

6.14 Eisraim, apartamento de Teyani.

Elyani abrió los ojos y abandonó su estado de profunda contemplación.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— ¡Ha vuelto! Puedo sentir su presencia entrando de nuevo en las esferas de Melquisedec.

Teyani, que estaba ocupada en la habitación, sólo contestó:

— Lo sé.

Elyani no estaba contenta.

— él es diferente, Teyani. Puedo sentirlo. Ya no es el hombre...

— Silencio, ¡dama del águila! —la interrumpió Teyani—. Eso no lo sabes y no lo sabrás hasta que regrese a Eisraim. De todas formas, el pequeño aprendiz que estaba con nosotras no era el Szar real. No teníamos ni idea de en qué tipo de hombre se convertiría. Gervin te advirtió sobre ello.

— Cierto —dijo Elyani. Volvió a cerrar los ojos—. Ahora siente *mucho* dolor, Teyani. ¿Hay algo que pueda hacer?

— No, nada —Teyani se sentó frente a Elyani.

— Oh, ¡Dios mío! ¡Tanto dolor! ¿Crees que los Hijos del Dragón lo dejarán libre ahora o se lo quedarán?

— Según lo que dijo Gervin, Szar todavía tiene un largo camino por recorrer allí. Pero ahora que ha sido reanimado, ya no tenemos que preocuparnos por su seguridad. Se ha visto con el Dragón cara a cara y ha sobrevivido. Ahora no existe iniciación en el reino que pueda matarlo.

Los brillantes ojos de Elyani se abrieron y se echó a llorar.

— ¿Pero quién es él ahora?

6.15 Aliento de Dragón.

Era insoportable. Cada una de las células de mi cuerpo gritaba de dolor. Mi carne estaba siendo quemada por miles de pinchazos como de hierro al rojo vivo.

Empecé a chillar.

— ¡Rápido! —dijo Floster—. Invoca al Dragón. Deja que su aliento fluya por tu cuerpo.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

No lo entendí.

Viendo mi agonía, Floster elevó su voz:

— ¡Deja que el Dragón detenga el dolor! ¡No pienses, sólo hazlo!
¡Ahora!

Funcionó casi de inmediato.

No dolor. No pensamientos. No mente.

— *¡Bienvenido a tu nueva vida, Gran Guerrero!*

Silencio. Marek mirándome directamente a los ojos.

— Lo primero que debes entender es que estás muerto. ¡Muerto en el Dragón! Ya no tienes un cuerpo, sólo hay Dragón. Ya no tienes vida, sólo existe el aliento del Dragón. Ahora debes dejar que el Dragón lo haga por ti todo lo que solías hacer con tu cuerpo. ¡Siéntate!

El Dragón hizo que mi cuerpo se sentase en la cama. Miré a los dos hombres.

— No te preguntes cómo te sientes. Ni siquiera intentes sentir tu cuerpo. Siente sólo el Dragón. Ella es magnífica. Ella es perfecta. Siempre. ¡Ahora sonríe y di algo!

— *Una Ley, un camino. ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*

Los dos hombres permanecieron en silencio, observando mis reacciones.

Tanteé en busca de la fuente clara.

No había un cuerpo para recibirla.

No había un cuerpo, sino un cuerpo de Dragón.

Verticalidad arriba. Dragón abajo y, ¡hete aquí!, la fuente clara regresó, fluyendo directamente en el cuerpo de Dragón. No en el vrufear del vientre, pues no había vientre, sino en algún lugar de las profundidades de la Tierra.

Inmediatamente recuperé algo de claridad.

Miré a mi alrededor. Por primera vez, recordé exactamente quiénes eran Marek y Floster. No podía hablar, pero el Dragón habló por mí.

— ¿Estuve inconsciente durante mucho tiempo?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Floster respondió:

— Permaneciste tres días y tres noches en la cripta, tras lo cual Marek el Indestructible y sus Guerreros descendieron y te trajeron de vuelta a esta habitación. Llegaste aquí al amanecer y aún no es mediodía.

— No es bueno para ti dormir ahora, Szar —dijo Marek—. Si te dejas arrastrar a la inconsciencia morirás y esta vez, para siempre. Debes sostenerte en el aliento del Dragón, es lo único que te mantiene con vida en este momento. Floster estará contigo y se asegurará de que permanezcas despierto —Marek se despidió con el saludo ritual, levantando el puño izquierdo hacia arriba, enseñando así las marcas de su antebrazo, y se marchó.

— Vamos, Szar, permite que el Dragón beba un trago por ti —me animó Floster.

Cogí la taza pero, cuando el líquido alcanzó mi boca, me di cuenta de que no podía saborearlo.

— ¡No puedo sentir mi cuerpo!

— ¡No lo intentes! —respondió Floster—. No sientas nada más que el Dragón —me miró mientras bebía—. Szar, debes aprovechar estos momentos, son preciosos. En el estado en el que te encuentras, cualquier persona normal estaría tumbada inconsciente, ya en el Gran Viaje. Gracias a Ella Dragón, tú no. Puedes oírme y puedes verme. Y puedes moverte. Esto te convierte en un Guerrero muy peligroso.

— ¿Peligroso? —Me alegró escuchar la palabra, pero realmente no podía ver nada peligroso en aquel penoso cadáver varado en la cama.

— ¿Qué crees que te mantiene en movimiento en este momento? —Floster fue directo—. Es la Voluntad del Dragón y nada más. Y es imparable. Incluso si tu cuerpo fuese acribillado con la Voz y tu cerebro cocinado con el fuego de los Hornos del Juicio Final, todavía podrías levantarte y golpear a tus enemigos.

¡Golpear un enemigo! No podía verme haciéndolo, pero pensé que Gervin hubiera estado muy contento al oír a alguien decir que yo era peligroso.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Bien, Gran Guerrero. Debo enseñarte cómo respirar.

Esto sonaba extraño. Sin sentir nada en absoluto dentro de mi cuerpo, miré hacia abajo y vi que mi pecho se movía.

— ¿No estoy respirando ya?

— Me refiero a la respiración de los Grandes Guerreros, la respiración de Ella Dragón que sostendrá tu cuerpo. Deja que te explique. Cada vez que inhales, debes contraer ligeramente los músculos de tu abdomen, especialmente la parte inferior, por debajo del ombligo. Cuando la contracción se mezcla con los temblores, el aliento de Ella Dragón está ascendiendo a través de la puerta de las aguas.

— ¿La puerta de las aguas?

— Justo por debajo de la base de tu cuerpo. Ahora que ha sido despertada, se ha convertido en una puerta poderosa a través de la cual Ella Dragón, desde las profundidades de la Tierra, puede exhalar su vida en tu interior.

Permití que el Dragón siguiera las instrucciones de Floster.

— ¿Qué sientes? —preguntó Floster.

— Algo subiendo por mi interior cuando inspiro. Como una brisa que proviene de debajo de mi cuerpo.

— Este es el aliento de Ella Dragón. Para aquellos que no han sido iniciados es un violento veneno. Pero para ti, hará maravillas. Hará que tu cuerpo sea fuerte y resistente. Debes practicarlo todo el tiempo. Permití que el dragón hiciese lo que él decía. Todo lo que yo podía sentir era una gentil brisa recorriendo mi cuerpo cada vez que inspiraba.

Floster permaneció conmigo todo el mediodía, hablándome de vez en cuando para asegurarse de que no me durmiese. Al atardecer, uno de los hombres de Marek entró. Lo reconocí. Era el más joven de aquellos que me habían conducido a la cripta del Dragón.

Floster me lo presentó.

— Szar, este es Narlond. él se sometió a la iniciación de los Grandes Guerreros hace dos años. Te cuidará durante la noche. Recuerda, no

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

debes dormir.

— ¿Durante cuánto tiempo? —pregunté.

— Por lo menos dos días y dos noches, quizá más. Depende de cómo se recupere tu cuerpo.

Saludándome de manera ritual, Floster me dejó en manos de Narlond. Conforme pasaba la noche, algo en mi interior se sorprendió al comprobar que no necesitaba dormir. Estaba en un extraño estado, un espacio “sin lugar” en el que no sentía nada de nada. Simplemente continuaba respirando el aliento del Dragón.

De vez en cuando, Narlond decía unas cuantas palabras para asegurarse de que estaba despierto y me daba agua para beber. Más tarde aquella misma noche, otro Gran Guerrero vino y sustituyó a Narlond.

El Dragón seguía respirando.

6.16 Alimentado por el Dragón.

Al romper el alba, cuando regresaron Marek y Floster, lo primero que hicieron fue poner sus manos en mis centros energéticos y comprobar mi fuerza vital. Al parecer, quedaron satisfechos.

— ¡El aliento del Dragón está haciendo maravillas! —Floster intentaba animarme— Ya estás mucho mejor que ayer.

Marek indicó que se me debía dar algo de comer. No pude saborear los pedazos carbonizados, pero el Dragón no tuvo ninguna dificultad en tragárselos.

Pasó aquel día y otra noche de la misma manera. Al final del día siguiente, Marek vino a comprobar mi energía. Como quedó satisfecho con lo que sintió, se me permitió dormir.

Pero esa misma noche, cuando Floster vino a cerciorarse de que estuviese todavía vivo, yo dije alardeando:

— *Alabado sea el Gran Dragón, hermano.* ¡Siento que no necesito dormir en absoluto!

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Floster me riñó.

— ¡Lo que tu cuerpo sienta es irrelevante! Un guerrero no come por hambre, come por la Voluntad del Dragón y... ¡lo mismo con el sueño! Cuando duermes, debe ser porque el Dragón hace que tu cuerpo duerma, no porque te apetezca. *¡No hagas, deja hacer al Dragón!* En cuestión de segundos estaba profundamente dormido.

Todo aquello era muy sencillo. Cuando se tenía que hacer algo, simplemente dejaba que lo hiciese el dragón y...¡sucedió! No tenía la más remota idea de cómo, pero sucedía. Desde lo más profundo del interior del Dragón se enviaba un impulso y el resultado era inmediato, ya estuviera relacionado con mover mi mano, orinar o dormir.

Cuando me desperté la mañana siguiente, me sorprendió lo energético que me sentía. Tan pronto como terminé mis cánticos matinales, permanecí en postura de meditación dirigiendo toda mi atención a la práctica del aliento del Dragón. La brisa ascendente se estaba volviendo más intensa y nutritiva. Me di cuenta de que podía hacerla ascender por mi cuerpo incluso sin inspirar y entonces podía tomar su energía para alimentar mis pulmones con ella. ¡Era tan bueno como respirar aire! ¿Cuánto tiempo podría continuar sin tener que respirar? Decidí no experimentar demasiado sin consultar antes a Marek sobre ello.

La brisa era a veces como una suave pulsación, otras veces se parecía más a una llama que se alzaba en línea recta por el centro de mi cuerpo. Ocasionalmente se transformaba en un geiser de agua caliente, desprendiendo vapores sibilantes que me hacían sentir intoxicado y mareado. Una o dos veces casi me levanté de un salto y empecé a bailar, de tan eufórico que me sentía.

Cuando vino Marek a visitarme, tenía muchas preguntas en mente. Para empezar, ¿cómo era que no me sentía débil?

— Marek —pregunté—, una vez mi maestro me hizo descender a los Inframundos. Esto no era nada comparado con enfrentarse al Dragón y, además, algunos de los mejores sanadores del reino estaban

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

cuidando de mí, dándome brebajes repletos de hierbas mágicas. Y sin embargo, estuve enfermo y débil durante muchos días cuando regresé. Aquí... hace tres días era un cadáver y... ¡ahora siento ganas de saltar y bailar!

— El aliento de Ella Dragón es poderoso —respondió Marek—
Ilimitada es la vitalidad del Dragón.

— ¿Qué debo hacer ahora?

— Tu cuerpo debe fortalecerse antes de que puedas empezar tu entrenamiento con los guerreros. Tómate unas cuantas semanas para robustecerte.

— ¿Y cómo hago eso?

Marek sonrió.

— Con el aliento del Dragón. Deja que su energía fortalezca tus músculos. Permite que tus huesos se vuelvan más duros. El aliento hará que te parezcas a nosotros.

— ¿Pero cómo funciona?

Con su antebrazo flexionado, Marek miró hacia su puño, que abría y cerraba lentamente.

— Haces muchas preguntas, hijo —era obvio que no disfrutaba tanto de las mentes inquisitivas como Gervin.

Me dejaron solo para que pudiese reflexionar sobre los misterios del aliento del Dragón, bebiendo de los recursos que me ofrecía la fuente clara.

Durante las siguientes semanas, pasé muchas horas al día en meditación, dirigiendo mi atención a esta extraordinaria energía que vertía hacia arriba desde la puerta de las aguas. Día tras día, el efecto se hacía más intenso. Ondas vrufeantes en y por debajo de mi vientre, combinadas con el sentimiento eufórico de fuerza vital del aliento de Dragón. A veces había tanta energía que tenía que levantarme y bailar la danza del Dragón durante un rato. En otras ocasiones, mi cuerpo era agitado por contracciones violentas y gozosas que acababan en trances extáticos.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Para mi gran sorpresa, a medida que seguía las instrucciones de Marek y dirigía el poder de la brisa hacia mis huesos y músculos, ¡mis hombros empezaron a ensancharse! Casi no podía creerlo. En cuestión de días y no semanas, pude ver sólidos músculos fortificándose en mis brazos y muslos. Cada vez que Floster me veía en el comedor, la cara de Floster se iluminaba.

— *¡Alabada sea Ella Dragón!* Estás empezando a parecer un hombre de verdad, ¡hijo mío! —decía con su profunda voz, dándome palmadas en el hombro. Siempre quería ir a la cocina y traerme más comida carbonizada, pero lo más extraño era que cada vez tenía menos hambre. Necesitaba menos y menos comida. Me alimentaba de la brisa de Dragón, que me daba más satisfacción que cualquier legítima comida que hubiese probado nunca. Recordaba qué voraz me había sentido tras mi primera iniciación en el Dragón, por mucho que llenase mi estómago, nunca parecía suficiente. En realidad lo que mi cuerpo realmente ansiaba era brisa de Dragón y no comida.

Tras unas semanas, alcancé el punto en el cual ya no me sentía cómodo en mi túnica marrón y tuve que pedir a Floster ropas más grandes. Me llevó a una cueva almacén donde se guardaban montones de uniformes y me proveyó de pantalones negros, camiseta y gorra de los Guerreros. No fue sin cierta pena que dejé marchar la túnica que mi querido maestro me había dado. Pero el verdadero impacto llegó cuando me vi en un espejo, el único espejo que había en Monte Lohrzen.

— *¡Mi buen señor Melquisedec!* —exclamé—. ¿Soy yo?

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —tronó Floster—. ¿A quién creías que estabas mirando, hijo mío?

A duras penas podía creer que aquel hombre mirándome en el espejo era yo.

¡Había doblado en tamaño! Mi pelo se había vuelto más grueso y rizado, algo más oscuro que antes. Mi piel brillaba, quizá también más oscura. Pero lo mejor era el pelo de mi barbilla. Por primera vez en mi

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

vida, los pelos que crecían en mi barbilla parecían una verdadera barba. Acaricié la marca de nacimiento de mi mejilla izquierda, como si quisiera agarrarme a un valor estable de mi pasado.

Cuando vio cuán estupefacto estaba, Floster me regañó:

— No tienes idea del poder del Dragón, ¿verdad?

Estos no fueron los únicos cambios. Estaba descubriendo una gama completamente nueva de sensaciones físicas. Extrañamente, mover mi cuerpo se estaba convirtiendo en una experiencia muy satisfactoria. Incluso en algunas ocasiones me encontré haciendo lo impensable, ¡correr por pura diversión en los pasillos del templo! Como Marek me había ordenado permanecer estrictamente en el perímetro protegido del templo y nunca cruzar el portal de entrada, pasé mucho tiempo en la fachada del acantilado. Me encantaba escalar la roca, sobre todo porque mi cuerpo respondía a mis órdenes de forma infinitamente más precisa que antes.

Esta nueva relación con la corporeidad era un cambio asombroso. Desafiaba la imagen que tenía de mí mismo. Durante toda mi vida había sido débil y torpe y había odiado cualquier cosa que tuviese que ver con la actividad física. Ahora que el precioso aliento de Dragón corría por mi cuerpo, se había despertado una nueva vida. Escalar y correr se estaban convirtiendo en una gozosa celebración de mi nueva vida. Pero la brisa que provenía de la puerta de las aguas creaba mucho más que energía física y agilidad. Me llenaba de una intensidad que me hacía estar mucho más despierto. Recordé quejarme a Gervin de que, a pesar de todos mis esfuerzos, yo permanecía “insustancial”. Por primera vez, se producía una respuesta a esta falta de densidad. El Dragón se alzaba debajo de mí, más sólido que la montaña en la que el templo estaba excavado. Sentí un creciente deseo de ir a explorar los cañones rojos que rodeaban el templo; así que fui a pedir permiso a Marek.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

6.17 En lo alto de la montaña de Lohrzen.

Era la primera vez que me encontraba con Marek tras varias semanas.

Tan pronto como me vio, silbó:

— *Alabada sea Ella Dragón, ¡madre de los Guerreros!* ¡Parece que ha realizado otro de sus milagros!

— ¡Casi no me lo creo ni yo, Marek! Con mi antebrazo izquierdo flexionado en horizontal, abrí y cerré mi puño, creando unas cuantas ondas en mis recién descubiertos músculos.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Szar, bailando de nuevo!

Le pregunté cómo podía llevar más allá la práctica del aliento del Dragón, pero Marek no era un hombre que disfrutase de explicaciones y teorías.

Miró hacia su mano izquierda, absteniéndose de apretarla en un puño.

— Simplemente continúa practicando y lo averiguarás por ti mismo.

Viendo que no tenía sentido insistir, cambié de tema.

— Marek, ¿puedo salir y explorar los cañones que hay alrededor del templo?

— Tengo que decirte varias cosas sobre este tema. Como probablemente ya sabrás, nosotros los Grandes Guerreros somos conocidos también como la pesadilla de los Néfilim, o incluso las pesadillas negras, a causa de nuestras ropas. ¿Sabes lo que esto significa en la práctica?

Negué con la cabeza.

— Significa que cuando quiera que uno de los Néfilim te encuentre en su camino, hará todo lo que esté en su mano para matarte.

Me quedé clavado en el sitio.

— ¡No hay vuelta atrás! —me recordó Marek—. Cuando te conviertes en un Gran Guerrero, se producen cambios profundos en tu energía. La puerta de las aguas fue abierta. Mientras tú estabas muerto en la cripta, Ella Dragón estampó su sello en ti. La escoria Néfilim sabe de sobra cómo reconocer estas señales. Dondequiera que vayas, detectará tu presencia. Y si no estás en guardia... —con un corto silbido, hizo un

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

gesto cortante con su mano de lado a lado de la garganta— ¡*Adiós, hombre el la Ley!* Y déjame decirte, Szar, que la escoria Néfilim es despiadada.

Pensativo, miré hacia mi palma izquierda y apreté el puño, pero al darme cuenta de que esto irritaba a Marek, dejé caer mi antebrazo y me concentré sólo en la fuente clara.

— ¿Y cómo sabré cuando hay un Néfilim cerca?

— Esta es una de las cosas que tengo que enseñarte antes de que te vayas de paseo por las Tirthas, hijo mío. Sólo a unas millas de aquí, hay una cueva donde solía vivir uno de los Vigilantes. Su nombre era Verzazyel. él fue quien instruyó a Lohrzen. Hay un Inframundo de magia en aquella cueva, magia que dejó allí Verzazyel cuando regresó a las esferas. Muchos Néfilim entran a hurtadillas en la cueva, intentando robar los secretos del Vigilante. Todos ellos quieren el poder. Así que esta cueva es como una tirtha para la escoria Néfilim. Caravanas enteras se dirigen a este lugar de peregrinaje. Esto convierte a los cañones de las Tierras Rojas en una zona particularmente peligrosa para ti. Pero no te equivoques, hay Néfilim por todo el reino. Dondequiera que estés, debes estar en guardia y saber cómo matar antes de que te maten.

Una ola inmensa de tristeza se alzó en mi interior. Había tenido la impresión de que mi misión en el templo de Vulcano había casi concluido y que pronto volvería a Eisraim. De repente, parecía que me separaba un siglo de mi próxima bebida blanca. Y para complicar aún más las cosas, simplemente era incapaz de imaginarme matando a alguien. Sosteniéndome en la fuente clara, repliqué:

— Entonces, realmente, lo que tengo que aprender de ti, Marek, ¿es cómo ser peligroso?

Marek asintió.

— *Muy peligroso* —repitió con su sonrisa favorita. Hubo un silencio—. Dentro de dos días terminará este ciclo lunar. La mañana siguiente, al amanecer, uno de mis hombres vendrá a recogerte y

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

empezaremos con tu entrenamiento.

— ¿Cuánto tiempo durará?

Marek flexionó su antebrazo y contempló su puño izquierdo.

— Haces muchas preguntas, hijo.

En mi camino hacia la salida, me arriesgué con una última pregunta:

— ¿Puedo escalar la cima de la montaña del templo?

Marek me miró con la misma sonrisa peligrosa.

— Totalmente seguro, hijo. Los Néfilim son malvados, pero no tan estúpidos como para acampar en la montaña de Lohrzen. Escala todo lo que quieras.

Tras el encuentro, decidí recobrar el ánimo ascendiendo a la cima de la montaña. La escalada era fácil, los pasos excavados en el borde del acantilado llegaban casi hasta la cima. Era un día despejado y, tal como a veces sucedía en aquellas regiones desérticas, había tan poca niebla que a medida que iba escalando podía ver hasta casi tan lejos como la base de la montaña. Esto creaba un sentimiento estremecedor, siendo similar a los imponentes paisajes mencionados en las leyendas sobre el mundo de los dioses.

Una hora después, al llegar a la meseta rocosa que coronaba la montaña de Lorzhen, me sentí repentinamente abrumado. ¡Así que el mundo se había convertido en un lugar peligroso para mí! Odiaba la idea de que quizá tendría que matar gente. ¿Cuántos cientos de días iban a transcurrir hasta que pudiese regresar a casa? Como el pequeño niño de la profecía del águila Blanca, me senté en la roja roca con la cabeza entre las manos y lloré. Echaba de menos Eisraim, echaba de menos a Gervin. Echaba de menos el patio de Elyani con el césped morado, y las bebidas blancas y el cariño.

Pronto me encontré sollozando: “¡Te echo de menos! ¡Te echo de menos! ¡Te echo de menos!”

Una voz me sorprendió:

— ¿Qué regalo te gustaría llevar a tus amigos cuando vuelvas?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Levanté la cabeza. Allí estaba él, sentado a mi lado, el magnífico Lohrzen, con sus resplandecientes ojos azules brillando con fuerza, con su rubio cabello cayendo hasta las caderas.

Me quedé mudo y con la boca abierta.

— ¡Vamos, piensa! Los Grandes Guerreros son legendarios por sus inolvidables regalos. ¿Qué sería suficientemente bueno para tus amigos?

Tocando la placa de oricalco que colgaba de mi cuello, contemplé su glorioso cuerpo de luz mientras sintonizaba con la verticalidad de mi fuente. Pasó algún tiempo hasta que respondí:

— Si pudiera traer a Vivyani de vuelta del Inframundo, esto sería un presente digno de mis amigos.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —la risa de Lorzhen sonaba tanto como la de Floster y Marek que empecé a sospechar que era una de las piedras angulares de la tradición de los Hijos del Dragón—. Pides cosas difíciles, hijo.

— Ahora que mi cuerpo es más fuerte, quizá si volviese a descender podría permanecer con vida.

— No tendrás que volver a hacerlo de esa manera, hijo. Hay mejores caminos para alcanzar el Inframundo que el que tú tomaste en tu primer descenso. Ahora que has muerto en *la Voz que es el trueno de la Tierra*, puedes bajar a través de las puertas del Dragón y descubrir maravillas que pocos iniciados han podido contemplar.

— ¿Me enseñarás, Lohrzen?

— Todo lo que aprendas en esta montaña te lo está enseñando el Gran Dragón a través de mi. Pídele a Floster que te dirija hacia el hombre que lo sabe todo acerca de las puertas del Dragón. Pero hay otro maestro que puede instruirte en estos menesteres. Es un viejo amigo tuyo pero, últimamente, lo has descuidado.

Yo no lo seguía.

Lohrzen se rió de mí.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— ¡Vaya sumo sacerdote de Ganá que ni siquiera recuerda que su dios tutelar es conoedor de la sabiduría del Dragón!

Volví a quedarme mudo. “¡Desde luego!”, pensé, “pero cómo...” Me di cuenta de que Lohrzen se alejaba.

— Lohrzen, ¡espera! ¡Hay otras cosas que necesito preguntarte!

Sin girarse, dijo:

— Haces demasiadas preguntas, hijo —y su imagen desapareció, tan milagrosamente como había aparecido.

“¿Dónde Inframundos vivirá este hombre?” me pregunté. Pero claro, ¿quién dijo que era un hombre?

La visita de Lohrzen me devolvió a la vida una vez más. Olvidé mis penas y, sin demora, descendí la montaña para encontrar a Floster. Mientras corría cuesta abajo, saltando de escalera en escalera, decidí que para convertirme en un verdadero Hijo del Dragón, debería practicar sus himnos rituales. Me detuve, suspendido en el borde del precipicio, para realizar mi primer intento:

“¡Ja, ja, ja, ja, ja!”

6.18 Cruzando la puerta del Dragón.

Cuando pregunté a Floster sobre el hombre que lo sabía todo sobre las puertas del Dragón, contestó inmediatamente: “¡Amaran!”

Su celda estaba situada en un rincón tranquilo y remoto del templo. Floster lo había descrito como un hombre muy muy muy viejo y por eso me sorprendí cuando lo vi por primera vez. Su pelo era blanco, pero largo y fuerte, similar al de Lohrzen y en su cara se veían pocas arrugas. Nunca lo había visto en el comedor ni en ninguna otra parte del templo. Me pregunté cómo ocupaba sus días.

Su buena disposición a responder mis preguntas, por lo menos algunas de ellas, hizo que me gustase inmediatamente. Me escuchó durante un rato y después concluyó:

— Esta Vivyani debe haber sido una persona muy especial para ti para querer encontrarla con tanto tesón, incluso después de que haya

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

muerto.

— ¿Estoy pidiendo algo imposible, Hermano Amaran?

— *Nada es imposible, amigo mío en la Ley, pero algunas cosas son más difíciles que otras.* Una vez que el alma ya no está sujeta a su cuerpo físico, se hace mucho más arduo localizarla. Pero... *Aquello que es arduo para algunos, otros lo consiguen en un instante.* Quizá algo en la cueva de Verzazyel podría ayudarte a localizar a Vivyani. Estaba intrigado. Cada vez que oía a alguien mencionar la cueva de Verzazyel, había magia superior en el aire. ¿Debería intentar ir a visitar la cueva yo mismo? Pero entonces, ¿qué haría con todos aquellos despiadados monstruos Néfilim que rondaban por la vecindad?

— En cualquier caso —continuó Amaran—, *antes de intentar lo imposible, es sabio explorar los límites de lo posible.* ¿Te ha hablado alguien alguna vez sobre las puertas del Dragón?

— Este es precisamente el tema del que me gustaría que me hablaras, oh sabio hombre en la Ley.

Amaran permaneció en silencio durante un rato. Cuando le vi atusarse la barba como Gervin, pensé: “Este hombre debe saber realmente de lo que está hablando”. Me pregunté si insistiendo en la práctica del aliento del Dragón podría desarrollar más aquella parte de mi anatomía y ser capaz de hacer lo mismo.

Amaran empezó su explicación con versos de la Ley del Dragón.

— *“Misteriosas son las puertas del Dragón,*

Asombrosos y sobrenaturales son los mundos a los que conducen.

Sabes más del Inframundo que muchos de los iniciados del reino, Szar, y todavía no sabes nada. Lo que viste durante tu descenso no era más que una minúscula y distorsionada fracción de la *magnificencia que es el Inframundo.* Esto puede resultar sorprendente para ti porque, al igual que muchos hombres sabios, crees que *el Inframundo es el frío reino de las sombras, repleto de la inmundicia que cayó del mundo, denso con la oscuridad de la enfermedad, plagas y penas.* Sin

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

embargo, *amigo mío en la Ley*, lo que has visto no es el Inframundo real. Cambia tus puntos de vista y tus creencias.

La belleza del Inframundo es más grade y más real,

Que cualquier belleza que tus ojos pudieran contemplar en el reino.

La riqueza del Inframundo es inmensamente superior

Que la que ningún rey de la Tierra haya acumulado o pudiera nunca soñar:

Lagos de oro fundido, cascadas plateadas,

Montañas de oricalco y ríos de piedras preciosas.

El poder del Inframundo,

Sólo lo pueden conocer los Todopoderosos Guerreros,

La luz deslumbrante de los Inframundos más Profundos

Sólo puede ser igualada por la Gran Luz de las Esferas de las Alturas.

“

Yo podía acariciar mi barba y, de alguna manera, estirar de ella, pero me resultaba imposible enroscarla.

— *Oh hombre sabio en la Ley* —pregunté—: ¿Cómo es que no encontré estas maravillas?

— La razón, Szar, es muy sencilla. ¡Entraste a través del portal equivocado! Si hubieras descendido por las puertas del Dragón, todo te hubiese sido revelado.

Las palabras de Amaran me dejaron pensativo.

— Me pregunto por qué mi Maestro Gervin, *gran profeta en la Ley*, no me enseñó que bajase a través de estas puertas.

— Aunque lo hubiese hecho, Szar, no hubieras sido capaz de atravesarlas pues;

Sólo aquellos que han muerto en el Dragón

Pueden cruzar las puertas del Dragón

Para todos los demás, las maravillas permanecen selladas.

Suspiré.

— Cruzar estas puertas debe ser una gran prueba.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —Amaran era definitivamente un iniciado del linaje de Lohrzen, su risa no dejaba lugar a dudas—. Esto es lo más extraño, mi joven amigo en la Ley. Cruzar las puertas de Dragón es o imposible o extremadamente fácil. Las personas que no han muerto en el Dragón pueden estar cerca de una puerta en mil ocasiones y no reconocerla nunca. Incluso si un conocedor del Dragón les indicase dónde está la puerta, no serían capaces de atravesarla. Pero tú, habiendo muerto en el Dragón, podrías seguirme a través de una de esas puertas tan fácilmente como si caminases por el umbral de esta habitación. Seguramente puse cara de no estar muy convencido.

— ¿Querrías hacerlo mañana por la mañana? —propuso Amaran.

Recordando cómo me sentí cuando regresé de mi primer descenso al Inframundo, me sobrecogió una ola de miedo, como si uno de los gigantes Néfilim de dientes largos me atrapase entre sus zarpas. Negué con la cabeza.

— Pero mañana es *el día antes de la Luna Nueva, cuando la oscuridad lúgubre del Inframundo es más espesa.*

Amaran sonreía.

— *No temas, ¡hombre en la Ley!* Ninguna de estas tonterías se aplica cuando descienes a través de las puertas del Dragón.

— Pero prometí a Marek que estaría preparado para empezar a aprender el legado de los Guerreros en el día de la Luna Nueva. La última vez que descendí me llevó seis semanas y media encontrar el camino de vuelta a la superficie y después me costó otras tres semanas volver a caminar con seguridad.

Usando la voz, Amaran proyectó hacia mí:

— Szar, ¡estas no son palabras de un hombre que ha muerto en el Gran Dragón! No tienes ni idea de lo que su poder puede hacer por ti.

Asustado, sintonicé con la fuente clara sobre mi cabeza. Escuchando sólo a su verticalidad pura, finalmente me rendí.

— Perdóname, *hombre sabio en la Ley*, las pruebas a las que tuve que someterme en mi descenso han dejado profundas cicatrices en mi

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

interior. Aun así no me dejaré guiar por el miedo. ¿Dónde debo verte mañana por la mañana?

— Ven aquí al amanecer y te conduciré a una de las puertas.

Mientras encontraba mi camino de vuelta entre los pasillos vacíos de aquella solitaria parte del templo, lo intenté una vez más: “¡Ja, ja, ja, ja, ja!” Pero no sonaba ni parecido al original. “¡Todavía me queda mucho por andar!” suspiré.

A la mañana siguiente me levanté entre las garras del miedo, cubierto de gotas de sudor por todo mi cuerpo. Era un miedo feo, que me agarraba de las tripas y me hacía sentir enfermo. Las horrorosas escenas del Inframundo todavía estaban frescas en mi memoria, formas monstruosas acosándome, mi cuerpo lisiado deshaciéndose pedazo a pedazo y la locura, el hedor, el ruido mortal. El clamor de la ansiedad de miles y miles de almas pidiendo ayuda desesperadamente todavía me martirizaba.

Hubiera deseado no haber sido tan estúpido como para aceptar la invitación de Amaran, pero habiendo dado mi palabra no había manera de echarme atrás. ¿O sí? Taimados pensamientos empezaron a desfilar por mi mente. Quizá podía pretender que estaba enfermo o tal vez...

Acariciando mi barba, intenté razonar conmigo mismo, “el mismísimo Lohrzen me dirigió hacia Amaran y, obviamente, Amaran sabe de lo que habla”. Pero, de alguna manera, razonar sólo me hacía sentirme peor. Los pensamientos continuaron dando vueltas una y otra vez, retorciéndose, intensificando el agujijón del miedo.

La conclusión era que, simplemente, no quería ir.

En el medio de esta turbulencia recordé de pronto cómo Amaran, al igual que Floster, me había reprendido: “No tienes ni idea de lo que el poder del Dragón puede hacer!” *¡No hagas, deja hacer al Dragón!* Permití que el Dragón vrufeara desde abajo unas cuantas olas en mi interior y ¡hete aquí!, el miedo se fue. Instantáneamente. Era asombrosamente sencillo; cuando descansaba en el Dragón, sencillamente *no podía* sentir el miedo. Es más, casi ni podía recordar

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

qué era sentir miedo. Se había desvanecido. Parecía irreal, como si nunca hubiese existido. Sólo existía la Voluntad del Dragón y nada más. Mi mente estaba despejada y vacía, lúcidamente sintonizada con la fuente. Animado, intenté otro “¡Ja, ja, ja, ja, ja!” sin más éxito que en mis intentos anteriores.

Todavía tenía tiempo para terminar mi recitación matutina de la Ley y hacer los ejercicios de respiración antes de coger una antorcha y ponerme en camino hacia la habitación de Amaran.

Estaba profundamente perplejo por lo sencillo que había sido deshacerse del miedo. “¡No entiendo este poder! Pero quizá este poder no tiene que ser comprendido”, pensé. Reflexioné sobre la manera en que Marek y Floster me habían mandado hacer cosas que yo creía imposibles simplemente gritándome: *!Cero pensamientos, sólo Dragón!*. Y recordé la ocasión en la que casi me suicidé en la tirtha del lago, tras darme cuenta de que la piedra blanda había sido robada. ¿Qué es lo que me hizo dar la vuelta repentinamente en vez de dejarme ahogar? ¡Dejar de pensar! Simplemente lo hice. ¿De dónde había venido aquel impulso?

Cuando alcancé la puerta de Amaran, me enraicé vrufearlo, respiré el aliento del Dragón y, antes de llamar, me dije a mí mismo: *¡No hay vuelta atrás! ¡Una Ley, un camino! ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*“

Después de entrar y saludar legítimamente a Amaran le dije:

— He traído una buena antorcha. Los túneles se vuelven muy oscuros en las entrañas del Dragón.

él sonrió.

— Déjala aquí, *mi joven amigo en la Ley*, no la necesitarás. La puerta del Dragón está tan sólo a un minuto de distancia. Venga, vamos. Todavía no crees que estaremos de vuelta antes de la Luna Nueva, ¿verdad? —comentó mi guía al ver mi incrédulo semblante.

Sólo Dragón, apreté el paso hacia delante, mirando al frente, *¡cero pensamientos!*.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Pues bien —déjame decirte—, Szar, hoy estarás riéndote y disfrutando de tu almuerzo en el comedor con Floster. ¡Palabra de Dragón!

Amaran tenía razón, no podía creer lo que decía. Y mi sorpresa fue aún mayor cuando, antes de que pasara un minuto, anunció:

— Ya estamos, Szar. Lo que tienes frente a ti es una puerta de Dragón. El pasillo nos había conducido a una pequeña caverna a menos de doscientos legítimos pies de la habitación de Amaran. Como bien había dicho el anciano, no había necesidad de antorchas. Desde una ventana del salón cercano, la luz del día penetraba en la caverna.

— Venga, Szar, quiero que me digas qué puedes ver. Camina alrededor e intenta encontrar la localización exacta de la puerta. Descansando en el vrufear de Vulcano, me desplacé lentamente, como si empezase a bailar la danza del Dragón. Cuando alcancé el centro de la caverna, no pude más que sonreír, por lo característico de la sensación.

— Aquí —dije—, hay una brisa que proviene del suelo. Igual que la brisa que sube por mi cuerpo cuando practico el aliento del Dragón.

— ¡Correcto! ¡Ves lo que te dije! Para aquellos que no están familiarizados con el aliento del Dragón, *las maravillas permanecen selladas*. Pero para ti es evidente. Ahora, ¡descendamos! Simplemente siéntate donde sea, con tu espalda contra la pared.

Hice como me indicaba. él se sentó cerca del centro de la caverna con la espalda muy recta.

— Cierra los ojos —dijo—, y sólo haz lo que te diga. Sintoniza con la brisa ascendente en el interior de tu cuerpo. Después sintoniza con la brisa de la puerta de Dragón. Síguela hacia abajo. No, no de esa manera. Primero debes descansar en el Dragón y penetrar en la brisa de la puerta.

Dejé que mi conciencia fuese absorbida por la sensación suave y cálida de la energía ascendente que provenía de la roca, y la brisa de la puerta se hizo una con la brisa en el interior de mi cuerpo.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Eso es —dijo Amaran—, estás dentro. Ahora muévete hacia abajo a través de la brisa. Déjame ayudarte.

Sentí que era arrastrado hacia abajo a través de la puerta de las aguas y, ¡hete aquí!, Amaran y yo nos encontramos en otra cueva, mucho más grande, iluminada por una luz azul oscura increíblemente hermosa. A medida que miraba a mi alrededor, descubría que las paredes de la caverna estaban hechas de lapislázuli y también podía detectar una fragancia especial completamente nueva para mí.

— ¡Aquí estamos! —Amaran aplaudió—. Ya te encuentras a mucha más profundidad en los Inframundos que en cualquier momento de tu primer descenso. Dime, Gran Guerrero, ¿quieres volver inmediatamente o crees que aguantarás un poco más?

Estaba tan asombrado que ni siquiera pensé en responder. No podía apartar los ojos del brillante tapiz de azules piedras preciosas que cubrían las paredes de la caverna. Mirándome, Amaran suspiró.

— Sígueme, ¡candidato! —empezó a andar deprisa.

Apresurándome tras él, tragué saliva y pregunté:

— ¿Estoy sometiéndome a alguna prueba en este momento, Amaran?

— ¡*Alabada sea Ella Dragón*, no lo estás! Ya hubieras fracasado y el Dragón te hubiera estornudado por los agujeros de su nariz!

Me entró la risa al imaginarme corriendo por mi vida en los agujeros de la nariz del Dragón, pero sus palabras me dejaron perplejo.

— No entiendo qué es lo que hago mal, Amaran.

— ¡Ja. ja, ja, ja, ja! —la risa ritual de Amaran parecía resonar hasta muy lejos en aquel paisaje fabuloso que se abría frente a nosotros; cavernas increíblemente gigantes de lapislázuli, llenas de estalactitas y estalagmitas, bañadas en luz azul iridiscente. Era tan asombroso como tranquilo.

— El problema que tienes, Szar, es que no entiendes para qué es el Dragón.

— ¿Quieres decir que debería usar el poder del Dragón de forma diferente?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Amaran suspiró profundamente de nuevo.

— Usar el poder —dijo haciendo eco de mis palabras. Entonces se detuvo y miró hacia abajo, dirigiéndose al centro de la Tierra—: Oh Gran Dragón, perdona a este *joven loco en la Ley*, ¡no sabe lo que dice!

Mientras dejaba que sus palabras impactasen en mi fuente, supe que ahora era Lohrzen quien hablaba por medio de él. Pero Amaran continuó caminando hacia delante y tuve que apresurarme para alcanzarlo.

— ¡Espera! ¿Qué se supone que debo hacer?

— Si piensas que el poder es para ser “usado”—escupió esta última palabra con desprecio—, no hay absolutamente nada que pueda hacer por ti.

Quizá debería haberme echado a llorar, pero sabía que este hombre estaba riéndose por dentro y me apeteció reírme con él.

— ¿Qué debo hacer, Amaran? ¿Morir un poco más?

Amaran dejó de caminar y se giró hacia mí tan repentinamente que choqué contra él.

— ¡Tú! —dijo con una voz que rayaba la indignación, empujándome con su dedo índice—. ¡Nunca uses el Dragón!

Continuó su marcha. Hice lo posible por mantenerme a su ritmo.

— ¡Deja que el Dragón te use a ti! ¡Y deja de hablar de Ella Dragón sólo en términos de poder o te encontrará tan extremadamente aburrido...

— ...que me estornudará fuera de sus orificios nasales —añadí con prontitud—. Lo sé.

Llegamos a un pequeño arroyo por el que corría un fluido plateado. Contemplé el fluir resplandeciente mientras Amaran me dejaba espacio para respirar.

— ¿Qué es? —pregunté.

— Agua de vida. Los Inframundos están llenos de riachuelos como este. Coge un poco y bebe.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Hice un vaso de mi mano derecha, la sumergí en las límpidas aguas y la acerqué a la boca.

— ¡Amaran! Esto es... ¡alucinante! ¡Nunca antes en toda mi vida había probado algo tan fantástico!

— ¡Esa es la manera! —apuntó con su dedo índice hacia mí.

— Esa es la manera...¿de qué?

Con su profunda voz de Hijo de Dragón, Amaran tamborileó en mi interior:

— Esa es la manera en que debes hablar de Ella Dragón. Ella es alucinante, nunca has probado nada tan fantástico como ella en toda tu vida— dijo agitando su mano en el aire—, y nunca has olido nada tan fresco y puro en toda tu vida—dijo apuntando a la espectacular caverna que nos rodeaba—, ¡y nunca has visto nada tan hermoso como esto en toda tu vida!

— inspiró profundamente, moviendo sus orificios nasales de un modo extraño—. ¡Olvídate del poder!

Ella es conocida por medio del éxtasis.

Ella es la más extraordinaria amante y compañera de juegos,

La que ofrece placer sin fin.

Hay más deleite en ella,

De lo que un hombre puede abarcar en cien vidas.

Hay más profundidad en ella,

Que lo que cien dioses pueden comprender en cien eones.

Y cuando el consejo de los inmortales,

Perplejos por sus muchos enigmas,

Busquen el consejo del Dios no nacido sobre cómo acercarse a ella,

él responderá,

“Ella es conocida por medio del éxtasis.”

Pero por ahora debemos apresurarnos —concluyó Amaran—. Hay algo que quiero enseñarte. ¡Sígueme!

Deslumbrado por el poder de sus palabras, tuve que traerme de vuelta y apresurarme tras él de nuevo. Viramos a la izquierda, hacia el

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

interior de una caverna que parecía tan alta que no podía ver el techo, sólo una difusa luz amarilla.

Amaran apuntó hacia arriba.

— Mira atentamente. ¿Qué crees que estás viendo?

Observando más detalladamente, el techo parecía estar hecho de miles de diminutas luces amarillas, algunas de las cuales permanecían fijas mientras que otras se movían. — Estas luces son las almas de uno de los salones del Inframundo, como pudiste ver cuando descendiste la primera vez.

¡Una Ley, un camino! ¡Quien nunca duerme, nunca muere! En un segundo regresaron todos los recuerdos: las horripilantes visiones, los olores pútridos, la locura y lo peor de todo, el clamor. Se hizo un silencio.

La fragancia que nos rodeaba era tan pura como antes. Todo estaba tranquilo y vibrantemente silencioso. El único ruido era el murmullo de un arroyo de agua de vida que discurría por una parte lejana de la caverna. Miré hacia el suelo que, como las paredes, estaba hecho de magnífica lapislázuli.

Miré hacia arriba de nuevo y me pregunté cómo podría alguna vez encontrar a Vivyani entre aquellas miríadas de minúsculas luces.

— ¿Hay muchas cavernas como ésta? —pregunté.

— Más que granos de arena en todas las orillas del reino. Venga, volvamos, debemos apresurarnos.

Mientras lo seguía, contemplando las majestuosas estalactitas de lapislázuli, pregunté:

— ¿Por qué tenemos que apresurarnos?

— Porque di mi palabra de Dragón a un *joven loco en la Ley* de que no se perdería el almuerzo con su amigo Floster.

Me volví a reír entre dientes.

— ¿Has conocido alguna vez al Maestro Gervin de Eisraim?

— No, pero he escuchado su nombre. ¿Es tu maestro?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Sí. Estoy seguro de que os llevaríais bien. Amaran, aún puedo sentir el agua de vida. Está vibrando por todo mi interior. Un sentimiento magnífico.

— He estado bebiendo esta agua diariamente durante sesenta años, Szar. Esta es la causa por la que mi cuerpo es fuerte y está libre de las vicisitudes de la edad. Pero lo que has probado no es nada comparado con lo que fluye en niveles más profundos del Inframundo.

— ¿Puedes utilizar esta agua para sanar personas?

— Por supuesto que sí.

Ya habíamos llegado donde habíamos comenzado.

— Realmente no me apetece volver a la superficie —dije.

— Puedes regresar aquí cuando quieras, ¡Gran Guerrero! Pero por ahora, simplemente coloca tu cuerpo en la corriente ascendente, la brisa del Dragón, y déjate llevar hacia arriba.

Tras unos segundos y sin ningún tipo de esfuerzo, estaba de vuelta en mi cuerpo físico. Moví mi mano izquierda, estirando y contrayendo lentamente el puño. Después abrí los ojos y miré a mi alrededor. Amaran ya estaba marchándose. No hubo dolor ni la más mínima molestia pero todavía podía sentir la vitalidad del agua de vida. Me levanté y seguí en silencio a Amaran de regreso hasta la puerta de su habitación. Le di las gracias legítimamente y continué caminando en dirección al comedor.

Un poco más adelante, a medio camino de un pasillo vacío y oscuro, me detuve.

Sin ningún motivo. Sencillamente me detuve.

De forma apenas audible, susurré: “¡Ja, ja, ja, ja, ja!”

Entonces me alcé en el Dragón y vrufecé la onda más poderosa que podía producir. Mientras mi cuerpo iniciaba los lentos movimientos de la danza, inspiré larga y profundamente, moviendo los orificios nasales como había hecho Amaran. Entonces apreté los puños, levante mis brazos lentamente y abrí la boca. Una onda ascendente se producía a la vez en mi vientre.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Lo que siguió fue el alarido más potente que he emitido en toda mi vida. Empezó con un grito en tono medio que fue creciendo durante un minuto y terminó en un prolongado aullido. Después, mientras bailaba lentamente, el poder del Dragón se desató a través de mi voz, emitiendo sonidos formidables, uno tras otro. Nunca había oído nada semejante. El chorro de voz y la fuerza eran sísmicos. ¡Irrealmente dragónicos! Grité y grité y la roca fue mi testigo.

El silencio que se produjo después fue total y absoluto. Permanecí en pie, con los antebrazos cruzados sobre mi pecho y los puños apretados al máximo. Fue un largo silencio, reminiscencia de la muerte en el Dragón que había experimentado en la cripta.

Entonces todo se detuvo. Dejé caer mis manos y respiré profundamente, moviendo las aletas de mi nariz. Susurré de nuevo, “¡ja, ja, ja, ja, ja!” y empecé a caminar.

Cuando llegué al comedor, Floster me saludó:

— *¡Alabado sea el Gran Dragón! Szar, hijo mío, ¿cómo te encuentras hoy?*

— ¡Bárbaro, Floster! —respondí—. Sencillamente bárbaro.

6.19 Danza negra.

Fue a última hora de la mañana cuando Narlond llamó a mi puerta. Intercambiamos un amigable saludo. Narlond era una de las personas con las que me gustaba conversar durante los almuerzos en el comedor. Varias veces me había preguntando si era él a quien Floster se refería cuando dijo que había alguien casi tan loco como yo. Ningún indicio en la personalidad gentil de Narlond me permitía saberlo con seguridad y Floster era poco claro cada vez que le preguntaba sobre este tema.

Tras una docena de pasillos, Narlond llamó a una puerta y pidió acceso, en un tono ceremonial que me hizo sospechar inmediatamente que había ritual en el aire. Poniendo la fuente clara en modo de alarma, me anclé en el Dragón y esperé.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Permitieron entrar a Narlond y a mí me dejaron fuera. Tras un minuto o así, la puerta volvió a abrirse y una voz me llamó:

— ¡Entra!

La fuente burbujeó: “*Una Ley, un camino. ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*“. Y yo entré, sintiéndome intrépido y audaz gracias al apoyo del Dragón. ¡Y menos mal!

La puerta se cerró detrás de mí con un fuerte portazo. Me encontré en completa oscuridad. Fui violentamente agarrado e inmovilizado por lo menos por diez manos. Se escuchó un agudo aullido, como si estuvieran masacrando a alguien en una esquina de la habitación. Entonces resonó la voz de Marek:

— *¡Candidato, enfréntate a la muerte! ¡No hay vuelta atrás! Lo que has venido a aprender está diseñado para matar. Sé consciente de que si revelas alguno de estos secretos a cualquier persona que no sea un Gran Guerrero iniciado, te sobrevendrá una muerte cruel.*

El tono no dejaba lugar a dudas, Marek lo decía en serio.

En la pausa que se produjo, pude sentir el poder del Dragón combinado con el de los hombres que me habían inmovilizado. Lo suficiente como para aniquilar una compañía de cien soldados en un santiamén.

— Ahora jurarás guardar el secreto repitiendo lo que yo diga.

Me hicieron jurar que siempre ocultaría las artes de guerra del Dragón a todas las personas que no fuesen iniciadas del templo. Si transgrediera aquel juramento, me convertiría en diana para todos los Grandes Guerreros, tanto los moradores de las esferas como aquellos vivos, y sería exterminado sin compasión.

— *¡No hay vuelta atrás!* —repetí solemnemente al final del juramento.

Tras unos segundos de silencio, las manos que me agarraban me soltaron.

Alguien abrió las ventanas, inundando la habitación—caverna con luz y se escucharon ruidosos gritos de alegría a mi alrededor. Cegado por

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

la luz del día, escuché aplausos y salvajes gritos de Dragón en el umbral de la Voz, emitidos por todos los hombres, tras lo cual, los quince hombres, uno tras otro, se acercaron a darme un abrazo.

— ¡Así se hace, hermano!

El mismo Marek parecía muy feliz.

— ¡Bienvenido, hermano!

Mientras me apretujaba los hombros, di gracias silenciosamente: “*¡Alabadas sean las proezas de Ella Dragón!*”. Gracias a las maravillas que había realizado en mi cuerpo, mis vértebras ya no crujían cuando tenía que soportar el azote del amor fraternal.

Todos continuaron hablando ruidosamente y Marek me dio un amigable puñetazo en el estómago.

— Ahora vamos a hacer de ti un Gran Guerrero —ostentando su sonrisa favorita, con un toque de ironía, me guiñó un ojo—. ¡Un Guerrero realmente peligroso!

Dejándome llevar por la euforia general, me eché a reír con él.

Después Marek dio varias palmadas para restablecer el orden. La habitación recuperó el silencio instantáneamente. Los hombres ocuparon sus posiciones en la habitación, lo cual me permitió echar un vistazo. La caverna tenía unos treinta legítimos pies de ancho y casi lo mismo de alto. Estaba excavada en el borde del acantilado y tenía grandes ventanas que dejaban entrar, tanto la luz del día como grandes cantidades de aire fresco. Una gruesa colchoneta cubría todo el suelo. Mis ojos fueron a dar con unos maniqués de cerámica que me provocaron gran curiosidad. Había por lo menos doce, del tamaño de un ser humano normal y sus formas corporales estaban cuidadosamente modeladas. Se habían pintado puntos brillantes y círculos en su superficie.

Marek me indicó que observase la acción en el centro de la habitación. Narlond inició una extraña danza. Mientras se movía por la colchoneta, ondeaba lentamente sus brazos, con los puños apretados de una forma particular.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

De vez en cuando sus movimientos tomaban un ritmo furioso, mientras asestaba una lluvia de golpes a oponentes imaginarios. Después, la lenta y fluida danza continuaba.

De repente me di cuenta de que cada uno de los movimientos de la danza de Narlond venían directamente del Dragón. El grado de maestría era impresionante y el simple hecho de observarlo hizo que la fuerza vrufeante en mi interior empezase a pulsar.

Marek se me acercó.

— Sabes lo que son las puertas energéticas, ¿verdad?

— Los centros del cuerpo de energía.

— ¿Habías visto a alguien usarlos alguna vez?

— He visto gente que realizaba sanaciones proyectando la Voz en los centros energéticos del paciente. Cuando estaba formándome como sacerdote me enseñaron cómo usar ciertas puertas energéticas *para producir concentración espiritual, ayudar al parto o facilitar la transición de la muerte.*

— ¿Has visto a alguien utilizarlas para viajar?

— Durante mi iniciación al viaje, los sacerdotes de las cámaras de sanación solían dejarme inconsciente y empujarme fuera de mi cuerpo activando mis centros energéticos.

— Puertas energéticas para empujar a las personas fuera de su cuerpo

—Marek puso su sonrisa de Dragón—. Esto es exactamente lo que te vamos a enseñar. Fíjate en estas zonas —apuntó a dos áreas de color negro dibujadas en ambos lados del cuello de uno de los modelos de cerámica—. Lo llamamos “la salida barata”, porque es muy fácil y eficaz —tocó el área correspondiente en mi cuello con su dedo y continuó—. Sólo es necesario un suave pero preciso golpe aquí, y el hombre se desplomará inconsciente. Al instante. Golpea algo más fuerte o utiliza el poder de la Voz y el hombre estará muerto. No hay vuelta atrás. Ni siquiera un sanador poderoso sería capaz de traerlo de vuelta.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Marek apartó su dedo de mi cuello, lo que inmediatamente hizo que me sintiera mucho más cómodo. Mirando hacia su puño izquierdo, continuó: — Las dos “salidas baratas” son parte de las cuarenta puertas energéticas conocidas como las “cuarenta negras”. Desde los tiempos de Lohrzen, los Guerreros han estado utilizando estas “cuarenta negras” para eliminar a sus adversarios, en particular a los Néfilim.

Marek hizo una pausa, permitiéndome ver algo más de la increíblemente armoniosa y enraizada secuencia de movimientos que Narlond estaba llevando a cabo.

— Lo que estás presenciando se llama la danza negra. Es el arte de atacar las “cuarenta negras” del adversario en un instante, en cualquier circunstancia. Claro que no siempre necesitarás golpear cada una de las cuarenta puertas energéticas. En la mayoría de los casos, con alcanzar una o dos ya es más que suficiente para matar a tu enemigo. Pero cuando te conviertas en un maestro de este arte, serás capaz de golpear las cuarenta negras en menos de cinco segundos, que es el modo ritual de los Grandes Guerreros de matar a los Néfilim.

Marek chasqueó los dedos, produciendo un furioso ataque. Las manos de Narlond se movían tan rápido que apenas podía ver qué sucedía. Tras cinco segundos, mientras se tornaba inmóvil, susurré:

— ¡Suena muy peligroso!

Marek se echó a reír.

— ¡Muy peligroso! —entonces dio una palmada y empezó a moverse y, tras él, todos los hombres se pusieron en pie y empezaron a bailar, ejecutando secuencias de movimientos calculados a la perfección. A veces parecía que bailaban todos juntos. En otras ocasiones se movían en pares, como si luchasen entre sí. Quedé cautivado por la belleza y la energía que los acompañaban. Nunca antes había contemplado un fluir de dragonidad semejante, tal enorme poder contenido, tal equilibrada combinación de armonía y fuerza. El aliento ascendente del Dragón en cada uno de ellos era como una llama y me sentí

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

urgentemente impelido a seguirlos. Las ondas vrufeantes tomaron el mando y, al igual que ellos, me convertí en una llama en movimiento. Olvidé por completo dónde me encontraba. La caverna desapareció. Sólo existían llamas danzantes, ofreciéndose a sí mismas de manera ritual a la Madre de la Noche Sin Fin.

6.20 ¡No hagas, deja hacer al Dragón!

Tras esta primera iniciación a la danza negra, mi vida en el templo de Vulcano tomó una nueva dirección. Me levantaba cada mañana antes del amanecer, realizaba mis ejercicios del aliento del Dragón y entonces iba al encuentro de Marek y sus hombres, para practicar durante horas y horas cada uno de los movimientos de la danza, una y otra vez. A veces dedicábamos días o incluso semanas enteras a la repetición de la misma breve secuencia. Especialmente durante las primeras semanas y meses, dediqué muchas horas a practicar con los modelos de cerámica, hasta que pude golpear instantáneamente cualquiera de sus centros energéticos con los ojos cerrados.

Al principio, sentía que muchos de los movimientos de la danza eran poco naturales. Habían sido diseñados de manera que la única forma cómoda de realizarlos era a través del Dragón y no de las inclinaciones del cuerpo físico. Marek daba pocas explicaciones pero a menudo me alentaba diciendo: *“No lo intentes, ¡deja que fluya el Dragón!”*, *“No hagas, deja hacer al Dragón”* o *“Cero pensamientos, sólo Dragón”*. ¡Y funcionaba de maravilla! Casi sin darme cuenta conseguía realizar secuencias de movimientos increíbles, que desafiaban las leyes de la gravedad. Cuando quiera que me mandaba hacer algo que al principio me parecía imposible, Marek me gritaba: *“¡El Dragón no conoce límites!”*.

Una de las facetas más sorprendentes del entrenamiento es que no era nada cansado. Las prácticas continuaban durante largos periodos, empezando antes del amanecer y terminando tras la puesta de sol, con una breve pausa a la hora de comer y, aun así, no me sentía cansado al

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

final del día. Durante los primeros meses, sin embargo, mi cuerpo a veces mostraba signos de fatiga. En estas ocasiones Marek me chillaba: “*¡Estás insultando al Dragón intentando hacer la danza tú mismo en lugar de dejar que Ella dance a través de ti!*” Como era un principiante, tenía que hacer horas extra después de que los otros abandonasen la estancia. Pero nunca me aburría. El proceso era fascinante, disfrutaba con quedarme hasta tarde al mediodía o incluso por la noche y, mientras daba palizas a los modelos de cerámica y a las bolsas de nabos que colgaban del techo, las palabras de Amaran revivían en mi memoria: “*Ella es conocida por medio del éxtasis*“. La danza se convirtió en mi manera de venerar al Dragón, mi manera de hacer que su gozosa presencia brillase a través de mi cuerpo. No sólo me hacía vibrar con su vitalidad, además me sentía menos dormido que nunca.

Algunos de los ejercicios eran tan difíciles que me llevaba semanas de esfuerzo dominarlos. Cada vez que conquistaba uno nuevo, una ola vrufeante de triunfo se alzaba en mi interior y, en la vacía habitación, se escuchaba un potente grito de Dragón: “*¡El Dragón es la Victoria! ¡Victoria para el Dragón!*“. Ella Dragón gritaba a través de mí y la roca era mi testigo. Danzaba y danzaba, nunca tenía suficiente de las gozosas olas de mi amada Dragón.

Durante varios meses no se me permitió practicar a menos de quince legítimos pies de los otros hombres. La razón era simple: un solo golpe de Dragón en una de las puertas energéticas negras era suficiente para matar incluso a un Gran Guerrero al instante. Así que tuve que entrenar con los modelos de cerámica, aprendiendo a detener mis puños justo en el borde de las puertas energéticas. La coordinación de mis movimientos no era la adecuada y esto me hizo agujerear los maniqués en muchas ocasiones, ¡a veces incluso los partía por la mitad! Al final de mi práctica solitaria de la tarde tenía que recomponer las estatuas y tapar los agujeros con arcilla fresca. Cada mañana, Marek se acercaba a inspeccionar los maniqués, midiendo mi

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

progreso según el número de zonas reparadas y repintadas que encontraba.

Y el tiempo pasó. Los agujeros empezaron a reducirse pero yo seguía recluido en un área alejada de la colchoneta durante las prácticas colectivas. Continué sin descanso, a veces me quedaba hasta tan tarde que Marek me encontraba allí cuando llegaba para un nuevo día de trabajo. Pero cuanto más crecía en el Dragón, menos necesitaba dormir mi cuerpo. Empezar un nuevo día tras una noche entera de práctica *no era gran cosa en la Ley*.

Finalmente, una mañana Marek me preguntó:

— ¿Cuántas semanas hace de tu último golpe errado?

Narlond, que apoyaba con mucho entusiasmo mis esfuerzos, respondió por mí:

— ¡Por lo menos doce!

Marek se rió.

— ¡El de hace doce semanas fue particularmente preocupante!

Y lo decía con razón. Mi pie golpeó el maniquí con tanta fuerza que lo rompió por completo, sin esperanza alguna de reconstrucción. Marek se giró hacia Narlond.

— ¿Bailarías con este hombre, hijo?

— Por supuesto que bailarías con él, Marek —respondió el joven hombre sin la menor vacilación.

Marek me miró:

— Narlond es un hombre valiente, ¿verdad? —y todos nos echamos a reír.

De pronto, en un tono que no dejaba lugar a dudas, Marek ordenó:

— ¡Levántate, Guerrero! ¡Yo seré el primero que baile la danza negra contigo!

Aquel día, por primera vez, bailé con el maestro.

Completamente fascinado, no podía apartar mis ojos de él. Sus movimientos respiraban con el infinito. El Espíritu de Lohrzen brillaba a través de él. Su danza transformaba el espacio de la habitación,

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

sostenido por Ella Dragón, repleto de magia como en los Antiguos Días de la Tierra.

Ninguno de sus movimientos era nuevo para mí, pues había estado practicándolos día tras día sin interrupción durante casi nueve meses. Pero engranar mi energía de Dragón con la suya reveló una dimensión totalmente nueva del arte. Parecía que no existiesen límites, volaba con él, a veces despacio, a veces de forma increíblemente rápida. Al mismo tiempo, era sostenido por el Dragón completamente. Durante los últimos meses había aprendido a dejar que el Dragón fluyese en mi interior, pero esta vez yo estaba *dentro* del Dragón en un capullo de infinitud. El más leve error de mi parte o de la suya podía haber sido fatal y, sin embargo, yo me sentía total y absolutamente a salvo y sabía que esta protección era la esencia de la *Noche Sin Fin, de la que es madre la Gran Ella Dragón*.

En el movimiento final de la danza, me dejé caer en el suelo mientras Marek proyectaba los cuarenta golpes como en *la muerte ritual de uno de los Néfilim*. Con una precisión asombrosa, sus manos y pies se detuvieron cuarenta veces al mismísimo borde de mis ropas. Pero si me hubiese matado en aquel momento, sé que hubiese sido recibido directamente en el seno de la Madre de la Noche Sin Fin, disfrutando eones de gozo en su luz de infinitud.

6.21 Fuente arriba, montaña abajo.

Desde entonces, el entrenamiento tomó un nuevo cariz. Se me permitió seguir a los demás en varios ejercicios dentro y fuera del templo y no tuve que seguir practicando horas y horas durante la noche. Y tenía el viernes libre, cuando Marek y sus hombres desaparecían para realizar prácticas que todavía no me estaban permitidas. Aun así, no había nada que encontrase más placentero que la danza ritual.

Durante mi tiempo libre, solía escalar hasta lo más alto de la montaña y practicar en la meseta desierta, perdido entre la niebla. Danzaba y

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

danzaba con el mismo gozo y excitación que había sentido la primera vez, cuando Var tuvo que dejarme inconsciente en la cripta de la iniciación. Pero ahora mi estilo había evolucionado y mi veneración de la Gran Ella Dragón aumentaba a través de la perfección en movimiento de la danza negra.

Era pasión.

Aunque me habían dispensado de realizar los ejercicios a tiempo completo, pasé unas cuantas semanas más no haciendo otra cosa que bailar de la mañana a la noche. Pero, un atardecer, mientras realizaba una secuencia a cámara lenta en la cima rocosa de la montaña, fui golpeado por la fuente clara como si de un relámpago se tratase. Fue una experiencia silenciosa pero extremadamente profunda que me dejó completamente inmóvil. Me sentí tan inmenso y estable como la montaña y la fuente clara parecía extenderse hasta el infinito en las alturas de las esferas que había sobre mí.

Una voz clamó en mi interior: “Gervin, ¿qué quieres que haga ahora? ¿Ya soy lo suficientemente peligroso? ¿Qué más tengo que aprender en la montaña de Lohrzen? ¿Cuándo podré regresar a Eisraim?”

Me senté en meditación durante largo tiempo. No me llegó ninguna respuesta pero tuvo lugar un reajuste. Los miles de horas que había invertido danzando con el Dragón habían hecho mi energía mucho más sólida y densa. Me sentía como si nada en las siete esferas pudiese moverme. Tenía raíces que se extendían *largamente hacia el interior de la Tierra, hacia las profundidades de Ella Dragón*. Descansando en estas raíces pude descubrir cómo conectar con la fuente clara con más lucidez que nunca.

Fue una revelación. Desde aquel momento, los impulsos de la fuente me llegaron con mucha más agudeza y fuerza, iluminándome con viva claridad.

Me levanté y exclamé: “*¡Una Ley, un camino!*”. Aunque no parecía llamarme ninguna dirección, supe que me había liberado de una espesa capa de mi naturaleza desconfiada.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Gracias a la hermosa luz de luna plateada encontré mi camino hasta las escaleras que descendían al templo y decidí que ya era hora de volver a visitar a Amaran.

6.22 Inframundo Más Profundo.

El hermano Amaran me saludó con calidez: “¡Realmente te has convertido en un hombre muy diferente!” comentó. En el reducido espacio de su habitación, inició una de las lentas secuencias que componían los movimientos de la danza negra y me pidió que me uniese a él. Nuestras energías engranaron entre sí, parecía gozar tanto de la danza como yo. Me sorprendió ver un hombre tan anciano, más de noventa años según Floster, realizando la danza tan bien como yo. Amaran acabó la secuencia de movimientos con estruendosas carcajadas: “¡Ja, ja, ja, ja, ja!” y me invitó a sentarme a su lado. — ¡Szar! ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que te vi, *amigo mío en la Ley*?

— Diría que unos diez legítimos meses.

— Bien, hijo, has empleado bien estos meses. *¡Toda la Gloria sea para Ella Dragón, Madre de la Noche Sin Fin!* Ahora, cuéntame, ¿has vuelto a descender a través de las puertas del Dragón después de que te llevase por primera vez?

— Debería darme vergüenza, Oh, *hombre sabio en la Ley*, ¡he estado tan concentrado en la danza negra que no he hecho nada más que eso!

— Con Marek como profesor, lo entiendo, hijo. él es uno de los más fieros amantes del Dragón que ha estado al mando de los Grandes Guerreros, un gozo para la misma Ella Dragón.

— Amaran, he venido a preguntarte si considerarías mostrarme el camino hacia el Inframundo de nuevo.

Amaran estaba encantado.

— ¿Qué le ha pasado al pequeño niño asustado que tenía que pensárselo antes de comprometerse a otro descenso?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Sonreí, enraizándome de una manera que pude sentir al Dragón a través de la roca de la montaña y la fuente clara arriba en las esferas. La fuente habló por mí:

— Ciertamente son profundos los Inframundos y sólo el Señor Melquisedec sabe lo que puede encontrarse al fondo de la escalera. Quizá porque soy muy poco sabio, ahora me siento más curioso que miedoso al pensar en descender.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¿Qué tal si descendemos ahora mismo, *hombre en la Ley*?

Mi cara se iluminó de gozo, “*¡Alabado sea nuestro Señor Melquisedec!* No podía haber imaginado nada mejor”. Y nos fuimos a la puerta de Dragón que estaba a la vuelta de la esquina de su habitación.

— Esta vez —me aconsejó Amaran—, siéntate conmigo cerca del centro de la cueva. Deja que el Dragón mantenga tu cuerpo recto mientras tú descienes. Este es el modo de descender de los Guerreros. Hice como me indicaba y sintonicé con la magnífica brisa de la puerta. Moviendo los orificios de la nariz como me había enseñado diez meses atrás, inspiré profundamente, introduciendo en mi interior la atmósfera de la puerta y produciendo un cosquilleo estremecedor en cada célula de mi cuerpo.

— Amaran, antes de que descendamos hay algo que quiero decirte. *Amo a Ella Dragón*. La amo apasionadamente, cada día un poco más. Gracias al camino que me señalaste la última vez que descendimos, todos estos meses de entrenamiento han sido puro gozo. Ha sido como estar entre sus brazos todo el tiempo. *Ojalá el Señor Melquisedec te dé las gracias por lo que me regalaste aquel día*.

El semblante de Amaran brillaba.

— *Toda la Gloria sea para Ella Dragón, hijo*. Hay otra cosa que me gustaría que ahora entendieses. Pero no perdamos tiempo, el Dragón nos está esperando.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Esta vez no me dio instrucciones, simplemente sintonicé con la brisa y la seguí hasta su fuente. Al instante, Amaran y yo estábamos en una inmensa caverna de resplandecientes paredes de color rojo plateado. — *Oh, mi Señor Melquisedec* —susurré—, parece oricalco. Todas las paredes, ¡incluso el techo!

Amaran no se dio cuenta de mi asombro.

— ¿Has visto? ¡Te dije que podías descender tú solo cuando quisieras! Como no quería que pensase que intentaba contradecirlo de ninguna de las maneras, respondí rápidamente:

— Te creo, ¡hombre sabio! Te creo —esperé un momento—. Pero, ¿cómo sabré a qué caverna ir?

Me di cuenta de que, tan pronto como llegaba al Inframundo, Amaran movía sus orificios nasales muchísimo.

— Simplemente ves a donde te plazca, hijo. Mientras no descendas demasiado profundo, no hay nada de qué preocuparse —empezó a caminar a su ritmo habitual y me apresuré tras él, asimilando el deslumbrante paisaje.

— ¡La luz aquí es increíble! —intenté tocar con mi mano las miríadas de partículas de luz de color rojo plateado que creaban la atmósfera de la cueva. No tardamos en alcanzar una caverna todavía más grande.

— ¡Mira! —Amaran apuntó a una corriente a su izquierda—. Este es un río de oricalco líquido. ¿Te gusta como brilla?

Atónito, no podía encontrar palabras para responderle. Pero pronto tuve que apresurarme tras él de nuevo, apretando el paso a su manera. Las partículas de luz se tornaron incluso más densas, como si fueran luciérnagas plateadas que bailaban a nuestro alrededor. Y aun así, el aire era completamente puro, ¡una delicia para respirar! Era más satisfactorio y llenaba más que cualquier comida de la Tierra, y dulce como las bebidas de Elyani.

— ¿Cómo es que no vemos a nadie? —pregunté—. ¿Me estoy perdiendo algo? ¿Debería buscar guardianes del umbral?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Ciertamente hay guardianes del umbral por aquí, pero no te mostrarían mucho más de lo que ya estás viendo. Para conocer a los habitantes del Inframundo debes descender a mayor profundidad. Es mucho más hermoso cuando llegas a descender más abajo, ¿por qué iba nadie a querer vivir aquí?

Amaran se detuvo frente a una pila de piedras negras.

— ¡Ah! ¡Esto es lo que estaba buscando! Este es uno de los mejores espíritus de antimonio que se puede encontrar en todo el reino. Hace maravillas.

Cogió una piedra negra del tamaño de una cereza y me la mostró. Antes de que pudiera observarla completamente, clavó la piedra en la piel de mi mejilla izquierda, justo en el área de mi marca de nacimiento. Creó tal violenta quemadura que tuve que invocar al Dragón para permanecer en pie, y dejé escapar un grito sordo.

— No te preocupes, el dolor no durará. Y en pocos días, te llevarás una buena sorpresa cuando te mires. Venga, vamos.

Hice que el Dragón moviese mi cuerpo y seguí a Amaran mientras yo recuperaba el aliento. Durante unos minutos me sentí extremadamente mareado. Me hizo recordar todos aquellos rituales en los que avergonzaba a Gervin desplomándome en el suelo. Mientras mi cuerpo seguía trotando, expresé mi gratitud a la Madre de la Noche Sin Fin, esperando que aquella vergüenza nunca más se repitiera.

Amaran se detuvo.

— Veamos, Gran Guerrero, hay una puerta de Dragón cerca. ¿Puedes decirme dónde?

Intenté mover mis orificios nasales como él hacía y extender mis cualidades olfativas a través de las partículas plateadas que flotaban en el aire.

— Siento una brisa...¡allí abajo! —apunté a la derecha.

— ¡Muy bien! —Amaran ya se había puesto en marcha en aquella dirección. Casi corriendo tras él, pude entrever una corriente plateada.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— ¡Espera! ¿Podemos detenernos para tomar agua de vida?

— No, te gustará mucho más lo que haremos ahora.

Pronto alcanzamos un rincón de la caverna donde pude reconocer la típica brisa ascendente que caracterizaba una puerta de Dragón.

— Esta vez descenderemos a mayor profundidad —anunció Amaran.

— ¿Veremos algunas de las cavernas de la enfermedad donde sufren las almas?

— ¡No, no! ésas están mucho más arriba de donde estamos ahora. Todavía estás pensando en tu Vivyani, ¿verdad?

Lo miré sin responder.

— Venga —dijo—, esta vez es mejor que me sigas muy de cerca.

Me dejé resbalar por la brisa tras él y el descenso se prolongó durante veinte o treinta segundos, mientras que nuestra primera bajada había durado menos de un segundo.

La caverna en la que aterrizamos era tan inmensa que no podía distinguir las paredes ni el techo. Todo lo que podía ver era una luz dorada que inspiraba completa reverencia. El suelo, que parecía metálico, brillaba como oro puro. El solo hecho de contemplar esta luz llenaba mi corazón de maravilla y sobrecogimiento. Recordé el sentimiento que había tenido cuando pude contemplar por vez primera los campos de estrellas, asombrado de que tal belleza pudiera permanecer desconocida para casi todos los moradores del reino. Hondamente conmovido, sentí la necesidad de preguntar:

— ¿Es esto el Fondo del Inframundo, Amaran?

El anciano sonrió.

— ¡Oh, no! Ni por asomo. Y esto es precisamente lo que quiero que entiendas. Los Inframundos Más Profundos están todavía eones por debajo de nosotros. Ven, ¡caminemos! —y continuó hacia delante. Yo estaba tan cautivado en mi contemplación de la luz que tuve que traerme de vuelta para correr tras Amaran de nuevo.

— Este lugar es diez veces más grande que el reino entero y, sin embargo, sólo es uno de los cientos y cientos de espacios que existen.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Cuando más hondo descienes, más hermosos se vuelven.

Como en mis primeros días con Gervin, sabía que había muchas preguntas que debía preguntar, pero no podía imaginar ni una sola. Sólo podía caminar por aquel suelo dorado, cautivado, mudo de asombro. Seguimos avanzando hasta que llegamos a un río.

Estaba anonadado.

— Amaran, ¡es enorme! No puedo recordar haber visto nunca un río de estas proporciones en ningún lugar del reino.

— Sentémonos. Si deseas beber agua de vida, ahora es el momento.

— Simplemente, ¡no puedo creer lo que ven mis ojos! ¿Podría incluso nadar en este río?

— Por supuesto que podrías, hijo. Pero si fuera tú, antes de saltar, tomaría un sorbito.

Sumergí mi mano en el arroyo cristalino. Cuando el agua alcanzó mis labios, me sorprendí todavía más.

— ¡Oh! ¡Oh, mi Señor Melquisedec! —me dejé caer suavemente en la orilla dorada cerca de Amaran y alcé mis brazos hacia arriba—. ¡Ooooh! —el sabor de esta agua provocó tales olas de gozo abrumador que lo único que pude hacer durante largo rato fue reír. Volvieron a mi memoria versos del Himno a la Gran Dragón que Amaran me había enseñado durante nuestro último descenso:

Ella es conocida por medio del éxtasis.

La que ofrece placer sin fin.

Hay más deleite en ella,

De lo que un hombre puede abarcar en cien vidas.

— ¿Puedes ver el peligro de nadar en un río así? —Amaran se rió entre dientes—. Mira cómo te sientes tras beber sólo un traguito.

Lánzate y puede que tardes eones en sentir ganas de salir.

Intoxicado, seguía siendo sacudido por suaves y gozosos espasmos de risa.

— ¡Levántate, Guerrero! —Amaran me interrumpió de pronto—. ¡Aquí vienen!

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

La orden había sido dada con un tono como el de Marek. Al momento dejé que el Dragón me pusiera recto y tomé posición para la danza negra.

— ¡No, no! No hay nada que temer. Sólo, ¡observa!

— ¡Lejano Inframundo! ¿Qué es eso?

Justo delante de nosotros, al otro lado del inmenso río, un grupo de serpientes doradas gigantes se acercaba al agua. Como el río era tan ancho, por lo menos unos mil legítimos pies, era difícil apreciar exactamente cuán grandes eran las extrañas bestias pero, por lo menos, eran tan altas como Amaran y yo y, quizá, diez veces más largas. Había tantas como cincuenta o sesenta, deslizándose lentamente, escurriéndose hacia la orilla.

¡Qué espectáculo! Mi fascinación hizo reír a Amaran.

— Se llaman Nagas. Son los habitantes de este mundo. No debes preocuparte, no cruzarán el río. Sólo han venido a beber. De todas formas, los Nagas son muy amigables, no hay que tenerles miedo. Si alguna vez tienes alguno cerca, incluso puedes hablar con él. Son extremadamente inteligentes.

— Amaran, ¿es legítimo emborracharse aquí o debo permanecer en control?

— Pierde el control, ¡por supuesto! ¿Cómo podrías disfrutar plenamente la dicha si permaneces en control?

Lo miré y empecé a reír tontamente de nuevo. Entonces el movimiento tomó control de mi cuerpo y empecé a realizar una de las danzas negras más fantásticas que nunca he llevado a cabo. Y reía y reía, perdiendo completamente el sentido del tiempo.

— ¡*Grandes Guerreros, grandes amantes!* —Amaran se levantó y danzó conmigo un rato hasta que decidió—: Vamos, volvamos al reino.

Me reí y seguí danzando a su alrededor, con ganas de jugar.

— ¿Dónde crees que se encuentra la puerta de Dragón más cercana?

—preguntó.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Todavía danzando, moví mis orificios nasales y sintonicé. Cuando localicé la sensación inequívoca de la brisa, lancé un furioso asalto que terminé proyectando mi puño derecho en dirección a la puerta y quedándome dragónicamente inmóvil.

— Correcto, hijo. Marchémonos.

Lo seguí bailando.

Cuando alcanzamos la puerta de Dragón, Amaran levantó una ceja.

— ¿Podemos ponernos serios un minuto?

— ¡Por supuesto! —dije, sin poder para de reírme.

— Si sí —suspiró Amaran—, sólo trata de recordar mis palabras, reflexionarás sobre ellas más tarde. Cuando regresas de los Inframundos, no necesitas volver por la misma puerta de Dragón por la que descendiste. La brisa de una puerta puede llevarte a otra puerta. Puedes moverte de caverna en caverna a través de más de veinte puertas diferentes y, aun así, ser llevado directamente de vuelta a la primera por la que entraste, dejándote fluir por el aliento de la última. Ahora, sígueme.

— ¡Vuh! ¡Vuh! —mientras ascendíamos, yo seguía emitiendo ruidos tontos.

Veinte segundos después estaba de vuelta en mi cuerpo, pero no del todo en mi mente. Aunque había dejado mi cuerpo en el medio de la caverna y no apoyado contra la pared, seguía sentado en perfecta posición de meditación, tal y como lo había dejado. Me alegró ver que el poder del Dragón seguía activo mientras yo estaba viajando. Aun así, lo primero que hice fue tumbarme en la roca, alzar los brazos y reír.

— Me encanta, Amaran. ¡Me encanta, me encanta, me encanta!

En una profunda voz de Hijo del Dragón, Amaran recitó los versos de su Ley: *Gran Guerrero, gran amante. El abrazo de Ella Dragón no se puede comparar a ningún otro gozo.* Entonces tiró de mí cogiendo mi mano y dijo:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— ¡Vamos, Gran Guerrero! Es tarde. ¿Qué tal si te llevo de vuelta a tu habitación?

Y fui danzando tras él todo el camino.

Después de una sola hora de sueño, me desperté como nuevo, preparado para disfrutar de un nuevo día de práctica con Marek. El sabor del agua de vida permaneció con claridad en mi energía al menos durante una semana. Y pocos días después, al rozar con la mano mi mejilla izquierda, me di cuenta de que no podía notar la marca de nacimiento. Quedé tan sorprendido que, en cuanto tuve tiempo libre, me apresuré al almacén y mi miré en *el* espejo del templo.

“¡Lejano Inframundo!”

La gran marca de nacimiento había desaparecido. Y nunca volvió a aparecer.

6.23 Del miedo a la muerte a la muerte del miedo.

El entrenamiento con Marek y sus hombres continuaba.

Todavía pasábamos días enteros, a veces semanas enteras, aporreando sacos de arena que colgaban del techo, golpeando las puertas energéticas de maniqués de cerámica con los ojos vendados y venerando a la Gran Dragón por medio de la danza negra.

Cada vez hacíamos más ejercicios con la finalidad de empujar el cuerpo físico a límites extremos, consiguiendo realizar movimientos especiales que desafiaban las leyes de la gravedad y que sólo podían ser conseguidos desde el Dragón. A veces teníamos que practicar día y noche sin dormir, o pasar varios días sin beber. Marek nos hacía escalar montañas y correr durante horas y horas por el desierto en el calor del verano. Descendimos a practicar la danza negra en las entrañas del Dragón, donde los pulmones no pueden respirar como lo hacen en la superficie de la tierra y donde la única manera de sobrevivir es mediante el aliento del Dragón. Cualquier cosa que pareciese físicamente imposible era bienvenida.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Era una oportunidad para *dejar hacer al Dragón*.

Cuando uno de sus hombres pensaba que un ejercicio concreto era imposible, Marek el Indestructible arremetía con la Voz: *¡Para el Dragón no existen límites!*o “Estás insultando a Ella Dragón intentando hacerlo tú mismo en vez de dejar que lo haga Ella”. En otras ocasiones, gritaba: “No te va a matar, ¡porque ya estás muerto! ¡Moriste en el Dragón cuando estabas en la cripta!”

Gran parte del entrenamiento tenía que ver con conseguir realizar las tareas de inmediato, sin pensar: *Puro Dragón, ¡cero pensamientos!*. Era muy fácil, por ejemplo, correr por un estrecho tablón de madera que cruzaba un cañón, si *dejabas hacer al Dragón*. Pero si permitías que el pensamiento del precipicio entrase en tu mente, entonces... ¡sólo el Buen Señor Melquisedec sabe qué podría haber pasado! Lo mismo se aplicaba a toda una serie de prácticas como realizar la danza negra con los ojos vendados en los acantilados, bucear hacia el fondo de los remolinos en espiral de turbias corrientes subterráneas, o meter tu mano en el fuego sin quemarte.

Una práctica particularmente preocupante consistía en ser golpeado en las puertas energéticas de la “salida barata”, de forma que dejaría inconsciente a cualquiera e, inmediatamente después levantarse de nuevo, liberando puro poder de Dragón.

El miedo no existe para aquel que ya está muerto, era uno de los refranes de Marek. La demostración más espectacular de este principio me fue demostrada una mañana, cuando me encontré a mi mismo dudando antes de correr a través del fuego. Nos habían estado enseñando técnicas especiales que hacían posible repeler el calor y crear pasillos de energía a través del fuego. Así, caminar sobre carbones ardientes o incluso cruzar una pira eran prácticas seguras, de hecho incluso estimulantes. Pero aquel fuego me pareció demasiado grande. Me pregunté cómo podría soportar mi cuerpo tanto calor.

Cuando vio que me detenía, Marek me gritó: “Tú, ¡pasta para los Néfilim! *Si piensas, ¡mueres!* Un segundo de duda y ¡un Cazador te

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

volará la cabeza! ¿Cuándo entenderás que el fuego no puede matarte?
¡Ya estás muerto!”

Como no me moví de inmediato, se giró hacia Narlond y le ordenó:
“¡Hazle los puntos de Lohrzen!”

Los puntos de Lohrzen eran tres puertas energéticas extremadamente peligrosas localizadas en el pecho y eran parte de las “cuarenta negras” letales. Cualquiera que fuese golpeado aquí moriría en cuestión de segundos. *Cero pensamientos, sólo Dragón*, Narlond saltó hacia mí de inmediato y me asestó los tres golpes letales. Quedé tan sorprendido que ni siquiera pensé en defenderme y me derrumbé en la arena.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarme si estaba muerto, Marek proyectó sobre mí la Voz a total intensidad: “¡Ahora, levántate! *¡Deja hacer al dragón!*” Y el Dragón levantó mi cuerpo tan rápidamente que quedé estupefacto.

“¿Entiendes?” me gritó Marek. “¡Estás muerto! ¡Has estado muerto desde que escuchaste el trueno de la Tierra! ¡Ahora corre a través del fuego! *¡Simplemente hazlo!*” Y me encontré al otro lado del fuego en cuestión de segundos.

Tal y como supe más tarde, ser golpeado en puertas energéticas letales no era el tipo de actividad que podías repetir a menudo. Pero aquel día produjo un milagro en mí.

Cuando salía de las llamas, surgió un sentimiento en mi interior: *¡Victoria sobre la muerte! ¡Victoria sobre la muerte!*. Empecé a danzar lleno de gozo, venerando a la Madre de la Noche Sin Fin. Los golpes de Narlond habían dejado mi cuerpo en un intenso estado de shock. Tenía la sensación completamente irreal de estar *realmente* muerto y aun así, me seguía moviendo el poder del Dragón.

La experiencia fue increíblemente liberadora. En un segundo me di cuenta de que todas las personas cargan con el miedo a la muerte desde el mismo día en que nacen y que todos los miedos no son más que brotes de este miedo—raíz a la muerte. Desde el primero al último

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

aliento, cada una de sus emociones, cada uno de sus movimientos, cada una de sus elecciones está influenciada por este miedo. No hay un solo momento en una vida que no esté contaminado por ello y ésta es la causa por la cual nunca me había dado cuenta de lo implacable de su control. Bailando lentamente la danza negra en las dunas, grité hacia el cielo: “¡*Estoy* muerto! ¿Qué puedo temer? ¡*Estoy* muerto!” Pude ver con claridad que, durante mi primera muerte, en las cavernas de la enfermedad del Inframundo, perdí una gran cantidad de miedo. Una capa mucho más profunda fue liberada cuando morí en las entrañas del Dragón. Pero hasta este día, una tonalidad de miedo elemental había permanecido incrustada en lo más profundo de mi cuerpo. Gracias a Marek, el príncipe de los maestros, esta capa se había desprendido como una vieja piel. Me había quitado un peso enorme de los hombros. Nunca antes había sentido la fuente clara con tanta claridad.

Por primera vez, me di cuenta de la dimensión espiritual de no tener miedo. Cuando los sabios decían: “¡*No tengas miedo, hombre en la Ley!*“, lo que realmente querían decir era que, mientras uno permanezca enredado en la red del miedo, nunca podrá conocer el corazón de la Ley. Y así me fue revelado uno de los significados más profundos de la dimensión iniciadora de la muerte.

Después de aquello tuve que tomarme unos días de descanso del entrenamiento, pues necesitaba sanación para reestructurar mis puertas energéticas y reiniciar la fuerza vital en el cuerpo físico. Marek vino a visitarme y proyectó el poder de su Voz en los puntos de Lohrzen. Para agilizar el proceso de recuperación, hice unos cuantos rápidos descensos por mi cuenta al accesible Inframundo de lapislázuli. Allí pude bañar mi cuerpo en los dulces lagos de las aguas de vida.

6.24 Marek el Indestructible.

Una tarde, tras finalizar un día de entrenamiento con su equipo, Marek vino a inspeccionar la fuerza vital de mis puertas energéticas.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Inmediatamente percibió que acababa de volver de una puerta de Dragón. Parecía complacido.

— ¿Te ha enseñado Amaran cómo hacerlo?

— Sí, Marek.

— Allí abajo hay poderes que van más allá de lo que ningún hombre pueda imaginar —musitó. Marek estaba insólitamente hablador. Yo escuché en silencio, asegurándome de no interrumpir su fluidez o irritarlo con una de mis preguntas—. Cuando vuelvas al mundo, recuerda siempre que, si en alguna ocasión te metes en graves problemas o necesitas hacer algo *verdaderamente imposible*, es aquí donde debes buscar: en *la infinita gloria de los Inframundos*. Cuanto más descendas, más cosas increíbles encontrarás.

Haciendo una pausa, Marek contempló su puño izquierdo, apretándolo y soltándolo lentamente, como le gustaba hacer.

— En una ocasión, cuando yo era un joven Guerrero y todavía no sabía nada sobre el Mundo que es el Misterio más Profundo de la Tierra, fui enviado por el príncipe de las Tierras Rojas a cumplir una misión en las tierras del norte. Allí me persiguieron tres Cazadores Néfilim. ¡Hombres Poderosos! —su voz expresaba gran respeto y no ira—, y grandes maestros del poder del Punto y la magia de los Dragones Voladores —Marek se detuvo para reunir sus recuerdos, todavía observando su puño izquierdo—. Durante diecisiete días y dieciséis noches me persiguieron, utilizando el más formidable de sus métodos de caza. Lo llaman “la red triangular”. Les ha costado la vida a muchos de nuestros Guerreros. Recurrí a todo el conocimiento e ingenio que mi maestro me había enseñado y utilicé cada una de las armas y mecanismos de la Magia Menor de la Tierra, que pronto aprenderás. Pero nada consiguió que los Cazadores me dejaran escapar. Finalmente, la tarde del decimoséptimo día, caí en su “red”, nada que ver con una red de pescador, te lo aseguro. Es una influencia particular que los Cazadores emiten a través del poder del Punto. Una vez que has caído en su red, no hay salida.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Se acababa de poner el sol. Cuando me di cuenta de que, en cuestión de horas, los Cazadores me habrían alcanzado, busqué una puerta de Dragón. Cuando la encontré, usé un truco. Si me hubiese tumbado o sentado, los cazadores habrían sospechado, los Cazadores Néfilim son extremadamente inteligentes. Así que invoqué al Gran Dragón Sin Límites y dejé que bailase la danza negra con mi cuerpo mientras yo descendía por la puerta. Ya sabes cuán profundo puedes descender en los Inframundos en unos segundos, Szar. Pues bien, seguí cayendo por las jubilosas brisas durante más de seis horas, hasta que me encontré en una luz tan densa que no pude moverme más allá. Allí reuní todo el Espíritu de Vida que pude y volví a ascender. Los Cazadores, naturalmente, habían encontrado mi cuerpo y, no sólo me habían matado, sino que habían inflingido tal daño a mi organismo que nadie hubiera considerado posible repararlo. Este es su procedimiento ritual de dar muerte a un Gran Guerrero, así como nosotros tenemos una forma precisa de terminar con la vida de un Néfilim por medio de las “cuarenta negras”. Pero no se dieron cuenta de que habían dejado mi cuerpo, o lo que quedaba de él, justo en una puerta de Dragón.

Cuando volví de las profundidades traje conmigo una formidable burbuja de vida y la lancé al interior de mi cuerpo. No era suficiente para reestablecer las funciones vitales, pero preservó mi cuerpo del deterioro. Pasé semanas subiendo y bajando, trayendo agua de vida y gemas preciosas del útero de nuestra Madre, hasta que la mayoría de los órganos habían sido reconstituidos y, finalmente, pude moverlo. Me llevó un largo tiempo. Durante una semana, la única cosa que podía hacer era flexionar mi puño izquierdo.

“¡Marek el Indestructible!” pensé.

— Así conocí a tu maestro, Szar, hace casi dieciocho años. Empecé mi camino de vuelta hacia el sur, pero no podía deshacerme de la huella que la red había dejado en mí. Me mantenía medio paralizado y a veces me hacía perder completamente el control sobre mi cuerpo. Me producía punzantes dolores de cabeza que sólo Ella Dragón podía

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

aliviar. Cuando transitaba por las Tierras de Eisraim, conocí a un controlador que me habló de un gran maestro en el poder del Punto y la magia de los Dragones Voladores. Se ofreció amablemente a llevarme al templo. ¿Y sabes que es lo primero que hizo Gervin al escuchar mi historia?

— ¿Se echó a reír? —sugerí, tocando mi barba y recordando a mi maestro.

— ¡Exactamente, hijo! Gervin se echó a reír tan ruidosamente que nunca olvidaré aquel sonido. Entonces me invitó a quedarme en el templo y trabajó conmigo cada noche. Al principio me dio una habitación cercana a sus aposentos, pero pronto encontré una poderosa puerta de Dragón. A pesar del hecho de que estaba en el ala femenina del templo, fueron lo suficientemente amables para permitirme alojarme en una habitación contigua. Todos eran extremadamente agradables. ¡Pero vaya lugar más extraño era aquél! Mientras Gervin implementaba sus técnicas de sanación en mí, yo tenía sueños increíbles. Todas aquellas mujeres que trabajaban con él no paraban de ofrecerme extraños brebajes, así que nunca supe exactamente de dónde provenían los sueños. De todas formas, tras tres meses del buen tratamiento de Gervin combinado con el agua de vida que obtenía a través de la puerta de Dragón, quedé completamente libre de los efectos de la red, renovado y fresco. A partir de aquel momento, no tuve ninguna dificultad en regresar a casa.

Me preguntaba qué impresión habría causado Marek en las delicadas sacerdotisas de Eisraim. Un Gran Guerrero como él, rudo y casi indestructible, sonaba totalmente fuera de lugar en la atmósfera exquisitamente refinada del ala femenina. Seguro que había historias sobre aquello.

Viendo que Marek estaba de un humor muy abierto, me arriesgué a preguntar algo que había querido preguntarle durante mucho tiempo.

— ¿Sabes qué es lo que el maestro Gervin quiere que aprenda aquí?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— ¿Cuáles fueron sus órdenes?

— Dijo que quería que me volviese peligroso. A parte de eso...

Marek se rió entre dientes.

— Sí, ya lo recuerdo, este hombre no siempre es fácil de seguir. Mi profesor en el Dragón solía decir: “¡Esto es lo que el poder del Punto hace a la gente!” y “Cuando crees que has entendido lo que un maestro del Punto quiere decir, debes preguntarte inmediatamente qué más quería decir *realmente*“. Szar, debes haber pasado tiempos difíciles aprendiendo con Gervin.

— Mmm... —asentí, todavía sujetando mi barbilla.

Marek reflexionaba profundamente.

— *¡Dragón abajo, Dragón arriba!* ¿Sabes, Szar? En el sur del reino hay varios Guerreros que conocen a Ella Dragón Tierra de las Profundidades y que, desde abajo, pueden atacar lo que sea con el trueno de la Tierra. En las tierras del norte, por otro lado, hay magos que dominan el Punto y otros asombrosos poderes, como los de los Dragones Voladores. Pero, en general, debe haber muy poca gente que sabe sobre los dos extremos de la escalera y que han muerto tanto en el Dragón de arriba como en el Dragón de abajo. No tengas duda, hijo, si Gervin te ha tomado por discípulo, te entrenará de forma intensiva en el poder del Punto. Pero mientras estás aquí con nosotros, aparte de la danza negra, probablemente espera que domines las armas de la Magia Menor de la Tierra.

Sabía demasiado bien que si hacía otra pregunta en aquel momento, Marek se retiraría. Así que simplemente mantuve contacto visual con él, sosteniéndome en la fuente clara y sintiendo el enraizamiento de la montaña de Lohrzen.

Marek me miró durante un rato con la sonrisa peligrosa que había heredado como parte de los poderes de Lohrzen, el legado de la tradición de los Guerreros, transmitido de maestro a discípulo durante miles de años sin interrupción. Finalmente, me explicó:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— La Magia Menor de la Tierra contiene armas imponentes, capaces de aniquilar multitud de enemigos. Incluye cosas como el poder del olfato, utilizado por los Guerreros para detectar a los Néfilim, e incluso a sus Cazadores, a cien millas de distancia. La Magia Menor es menor sólo de nombre y si se compara con el Misterio más Profundo, que es el trueno de la Tierra, el nivel más profundo de la Voz, que puede superar cualquier cosa, pero también puede desatar grandes peligros y, por esta razón, rara vez se utiliza.

Esta vez, *tenía* que preguntar.

— ¿Dirías que el trueno de la Tierra es la más peligrosa de las enseñanzas de Lohrzen?

Marek se echó a reír.

— Desde luego, hijo. Pero si quieres conquistar este poder, ¡tendrás que permanecer con nosotros doce años más por lo menos!

— Mmm... —Dragón sin miedo o no, me preguntaba qué le sucedería a Elyani si permaneciese lejos durante otros doce años.

— Por ahora —concluyó Marek—, ¿por qué no le pides al hermano Drluck que te enseñe el arte del olfato? Sé que no será difícil para ti pues, en los últimos meses, he percibido en tres ocasiones la vibración de tus orificios nasales y eso significa que el hermano Amaran ya te ha transmitido este poder.

Cómo no iba a admirar a un hombre que podía percibir un sutil movimiento de los orificios nasales mientras dirigía la danza negra de quince Guerreros.

Sin previo aviso, Marek se levanto de un salto a su felina manera y abandonó la habitación.

— No olvides presentarte en el comedor esta noche —me advirtió mientras cruzaba el umbral—. Hoy es la Luna Llena de Lubu y estamos de celebración.

— Floster ya me había avisado —respondí.

Añadiendo un toque de ironía a su peligrosa sonrisa, dijo:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Te veré allí, ¡hermano!

6.25 Lubu y las tres feas hermanas Néfilim.

Aquella noche, todo el templo se hallaba reunido en el comedor. Yo estaba sentado con Marek y sus hombres y, desde donde me encontraba, podía distinguir a Var, el sumo sacerdote, en el centro de un grupo de doce hombres que reían. Incluso Amaran y otros hermanos que rara vez salían de sus cavernas estaban allí. Todos disfrutaban de la comida carbonizada, hablando ruidosamente, haciendo bromas dragónicas y dejando fluir la risa. En ocasiones especiales como aquella, había tantas como ciento cincuenta personas en el comedor y, siguiendo la regla estricta del templo, ni una mujer entre ellas.

Marek vació su copa de un trago y se giró hacia mí.

— Espero que ellos te hayan advertido de que serás Lubu esta noche.

— Lo han hecho, maestro Marek. Pero desearía que me hubieran explicado parte de la historia y...¡así me hubiera preparado un poco!

— ¡No, no! —insistió Marek—. Esto lo hubiera echado a perder, sobre todo para ti. La parte de Lubu siempre la tiene que interpretar *el último iniciado entre los Grandes Guerreros*. Así reza la tradición.

— Detesto privar a Narlond de su legítimo privilegio —dije.

— Para nada, hermano Szar —respondió Narlond con prontitud—. Este legítimo privilegio ha recaído en mi persona ya en dos ocasiones. ¡Esto es dragónicamente más que suficiente para mí!

Todos se echaron a reír y Marek añadió:

— Todos lo hemos hecho, ¿sabes?, ¡incluso yo! —se levantó, inclinó la cabeza hacia delante y miró a su alrededor, tomando una actitud suave e inocente que desentonaba tanto con su persona que provocó una explosión de carcajadas a su alrededor.

Una voz se alzó entre los Guerreros:

— ¡No, no! Alferro nunca ha sido Lubu.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Alferro era el más alto de la cuadrilla de Marek.

— Eso es porque, cuando fue su momento, estaba todavía tan muerto en el Dragón que ni siquiera pudimos hacerlo llegar a la parte de los juramentos —dijo otra voz.

— Mi cuerpo acababa de ser traído de vuelta de la cripta de la muerte, pero yo todavía estaba allí abajo —con los ojos muy abiertos, Alferro miraba hacia delante, como si estuviera en trance profundo, y caminaba entre sacudidas cual marioneta.

— Todos intentamos decirle: “*No jures, Alferro, ¡deja que el Dragón jure por ti!* ¡Pero no hubo forma! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Cuando sonó la señal que marcaba el final de la cena, todos los hombres se reunieron en un gran semicírculo, excepto el cuenta—cuentos de aquella noche, que se colocó en el centro. Era Pelissor, un hombre de unos sesenta años, de largo pelo blanco, como Amaran y una corta barba gris. Yo le había oído contar las más fascinantes historias en el comedor, pero nunca ante tanta gente.

— Mis hermanos en el Dragón —empezó cuando reinó silencio en la sala—, hoy os contaré la historia del Gran Guerrero Lubu —Pelissor se detuvo para que todos aplaudiesen y después continuó—, y de cómo sucumbió y finalmente triunfó sobre el monstruo Néfilim Bobros, hijo de Bobros, y sus tres feas hermanas Néfilim.

Todos los presentes abuchearon ruidosamente y se oyeron gritos de disgusto.

— ¡Muerte a los Néfilim! —gritó un anciano hermano.

— ¡Sí! ¡Matémoslos a todos! —los hermanos aporreaban las mesas.

— ¡Sí! Ciertamente mataremos a los de esta historia —Pelissor levantó su puño izquierdo a la usanza ritual y la multitud lo aprobó con gran estruendo—. Ahora llamaré a Szar, *el último iniciado entre los Grandes Guerreros*, para que sea Lubu para nosotros esta noche. Mientras me acercaba al escenario improvisado, todos los hermanos aplaudían y me dedicaban gritos de ánimo.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Pelissor empezó a contar su historia:

“Lubu, como ya sabéis, era un joven puro y gentil que acababa de morir en el Dragón. Su manera de bailar la danza negra era tan inocente que, cuando practicaba en los campos, los pájaros solían ir a verlo, llenos de emoción”. Pelissor me hizo una señal, indicándome que debía actuar la parte de Lubu.

Empecé a bailar la danza negra, preguntándome cómo podía dar un toque inocente y conmovedor a aquel arte mortal. Acentué los movimientos de mis muñecas, puse cara de niño y miré hacia el cielo con la boca abierta. Y me detenía de vez en cuando, suspirando profundamente. Mientras tanto, los hermanos silbaban, imitando ruidosos sonidos de pájaro. “Y entonces, un día —el tono de Pelissor se volvió autoritario para restaurar el silencio—, el maestro de Lubu le dijo que había llegado la hora de salir al mundo y matar a uno de los Néfilim”.

Pelissor miró a Marek y chasqueó los dedos.

Marek saltó hacia delante cual pantera, produciendo un sonoro “¡Oooooh!” en la audiencia. En tres saltos, aterrizó a mi lado. Movié sus labios como si estuviera hablando muy rápido, llenando el espacio con gestos exuberantes. Entonces apuntó con su dedo índice hacia la derecha, dio otro salto e hizo una demostración de la manera ritual para golpear las “cuarenta negras” en cinco segundos.

Todos gritaron: “¡Yuyuyuyuyuyu...!”

Marek regresó a su lugar y Pelissor continuó: “En aquellos días, Bobros, el gigante Néfilim, vivía en la región. Este delincuente, esta escoria, esta basura entre los Néfilim solía complacerse con una dieta de carne humana y enviaba a sus tres feas hermanas a robar bebés, que era su plato favorito”.

“¡*Dulce Señor Melquisedec!*”—lo miré fijamente—, ¿qué tipo de historia era aquella?”

Se escuchaban abucheos e ilegítimos gestos despectivos.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Y siguió de la misma manera: “El gigante Bobros comía niño tras niño, pero nunca estaba satisfecho. Tras doce años y *miles* de bebés, decidió que quería algo más... ‘¿Qué podría darme más satisfacción? ¡Ya sé! Si pudiera comer bebés de mi propia raza, ¡esto me satisfaría!’ Pero Bobros era demasiado cobarde como para arriesgarse a enviar a sus hermanas a robar niños Néfilim, pues hubiera provocado la ira de los Cazadores sobre sí mismo. Así que dijo a sus hermanas: ‘Debéis hacerme tres bebés Néfilim y traérmelos así que salgan de vuestro útero’”.

Hubo una pausa para permitir a los hermanos expresar su disgusto, y ciertamente así lo hicieron, de forma muy gráfica.

“Sus hermanas estaban aterrorizadas. Si no obedecían la orden, Bobros podría sucumbir a uno de sus ataques de rabia asesinos y matarlas, quizá incluso devorarlas vivas. Pero eran tan feas y olían tan mal que no podían imaginar cómo ningún hombre, ni siquiera un Néfilim, quisiera nunca tocarlas. Así que utilizaron todas las maléficas argucias de su raza. Resulta que había una pequeña niña que habían raptado hacía diecisiete años. Era tan bonita y especial que ni siquiera las tres feas hermanas pudieron arrojarla a las garras de Bobros y así la escondieron y la alimentaron con leche de burra y, cuando creció, la recluyeron en una casa—árbol en el bosque que había detrás de la morada de Bobros. Como las hermanas eran además bastante tontas, llamaron a la muchacha Verzaza”.

El hecho de haber escuchado la misma historia cada año durante décadas, *¡no era ningún problema en la Ley!* Al escuchar el juego de palabras con el nombre de Verzazyel el Vigilante, la audiencia no se pudo contener y prorrumpió en carcajadas, algunos hermanos incluso rodaban por el suelo.

Cuando se recuperó algo de orden, Pelissor prosiguió: “Verzaza se había convertido en una hermosa y atractiva joven. Las tres feas hermanas pensaron: “Dejemos que atraiga a los hombres hasta la cueva de Verzazyel. En la atmósfera encantada de la cueva, no serán

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

capaces de distinguir nada en absoluto y nos abrazarán, y concebiremos niños”. Para conseguir su objetivo, prepararon una poción hecha con hierbas de la locura y se la dieron a beber a Verzaza antes de llevarla a la cueva"—Pelissor tenía a su audiencia completamente cautivada—. Y sucedió que justo en aquel momento, el inocente Lubu caminaba por los cañones rojos, no muy lejos de la cueva de Verzazyel el Vigilante” —el cuenta—cuentos hizo una señal con su mano y empecé a caminar, agitando mis brazos y mirando hacia el cielo con la boca abierta.

“Cuando vieron a tan frágil y puro joven, las tres feas hermanas Néfilim tuvieron el mismo pensamiento: ‘¡Es nuestra víctima!’ y enviaron a Verzaza hacia él. Verzaza, que había perdido la cabeza a causa de las hierbas de la locura, dijo a Lubu: ‘Oh, hombre hermoso, ¿te casarás conmigo?’”.

Floster, quien a pesar del buen trabajo que Ella Dragón había realizado en mí, me sacaba una cabeza y me doblaba en tamaño, salió a escena y cruzó los brazos sobre su pecho, haciendo el papel de la enamorada Verzaza. Actuó tan bien que no pude contenerme y prorrumpí en carcajadas sumándome a la audiencia.

Pelissor imitó la dulce voz de la doncella: “¡Oh, hombre hermoso, ¿me seguirás a mi casa, para que mi familia te pueda conocer y ofrecerte regalos?”

Mientras Floster exhibía la seductora sonrisa de la encantadora muchacha de diecisiete años, los Hijos del Dragón decían a voz en grito:

— ¡No, Lubu! ¡Es una trampa! ¡Huye, Lubu!

Y tras aquel minuto de acción intensa, la narración continuó: “Tan pronto como entraron en la cueva de Verzazyel, Lubu cayó presa de la magia ilusoria de las tres hermanas Néfilim, creyendo que ya se había casado con Verzaza. Entonces una de las hermanas se acercó a él...”

Floster montaña desapareció y fue sustituido por otro sacerdote todavía más grande que él.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Pelissor puso voz temblorosa de anciana y dijo: “Lubu—ka, ¿vendrás a mí, me abrazarás y me darás un hijo?” Nuestro joven hermano, que creía que era Verzaza quien lo llamaba, complació a la primera hermana y concibió una hija”. Yo no estaba seguro de lo que debía hacer en aquel momento, pero realmente no importaba, porque la audiencia al completo estaba ocupada gritando el tradicional “Yuyuyuyuyuyu” a tal volumen que hacían temblar las paredes de la caverna.

Cuando pudo hacerse escuchar de nuevo, Pelissor continuó: “Justo después de que esto sucediera, llegó la segunda hermana y volvió a engañar al joven: ‘Lubu—ka, ¿vendrás a mí, me abrazarás y me darás un hijo?’. Nuestro hermano, que era fuerte, complació a la mujer y concibió una hija”.

La audiencia emitió una segunda ola de “yuyuyuyuyuyu”, tan ruidosa como la primera.

“Entonces llegó la tercera hermana y Lubu fue engañado *de nuevo*: ‘Lubu—ka, ¿vendrás a mí, me abrazarás y me darás un hijo?’ Nuestro hermano, que era muy fuerte, complació a la mujer y concibió una hija”.

Y se escuchó una tercera ola del grito ritual.

“Y así, las tres hermanas fueron satisfechas y regresaron a la casa de Bobros, pero entonces...”

Esta vez, el clamor de los gritos rituales de los hermanos era tan ensordecedor que casi tuve que taparme los oídos.

“Entonces, Verzaza, que había sido olvidada en la cueva, se acercó a él. Y le dijo: ‘Lubu—ka, ¿vendrás a mí, me abrazarás y me darás un hijo?’ Nuestro hermano, que sabía que *los límites no existen para el Dragón*, complació a la mujer y permanecieron juntos durante nueve meses en la cueva”.

Intentando alegrar a todo el mundo, alcé mi puño izquierdo en ademán victorioso, como en el saludo ritual de los Hijos del Dragón. La audiencia respondió con tal formidable “yuyuyuyuyu” que pareció que

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

la montaña temblase.

Cuando pudo hacerse oír de nuevo, Pelissor preguntó: “¿Sabéis qué pasó tras nueve meses?”

El hecho de que todos ellos conocían la historia de memoria no importaba en absoluto. Siguiendo la costumbre atlante, los hermanos gritaron:

— ¡No! ¿Qué? ¡Cuéntanos, cuéntanos, Pelissor! ¡Queremos saberlo!

“Tras nueve meses, la primera hermana alumbró una pequeña niña. Bobros se la comió y le supo a gloria, el mejor bebé que nunca había probado. Al día siguiente, la segunda hermana dio a luz, y Bobros se comió la segunda niña. Y al tercer día, devoró el tercer bebé. Pero entonces...” —hubo una pausa para permitir las expresiones de disgusto. “Cuando al cuarto día pidió furioso otro bebé tan sabroso como los anteriores, las hermanas recordaron de pronto que habían olvidado a Verzaza en la cueva. Pensaron: ‘Si Verzaza concibió un bebé con Lubu y el bebé ha sido cocinado por la magia de la cueva de Verzazyel durante nueve meses, seguro que su sabor satisfará a Bobros’, así que se apresuraron a la cueva y... ¿qué descubrieron?”

El cuenta—cuentos obtuvo respuesta rápidamente:

— ¡Cuéntanos, Pelissor! ¡Por favor, cuéntanos, rápido! ¡No podemos esperar!

“El abrazo de Lubu y Verzaza todavía continuaba y los dioses habían tejido una red dorada a su alrededor para protegerlos. La luz que procedía de la red era tan magnífica que las tres hermanas Néfilim quedaron cautivadas.”

“No podían apartar la vista y permanecieron allí durante mucho, mucho, mucho tiempo. Mientras tanto, Bobros se impacientó y fue a buscarlas a la cueva. Cuando vio que sus hermanas estaban allí quietas en vez de cazando bebés para él, Bobros enloqueció y las mató, una tras otra, mordiéndolas en la garganta. Entonces se acercó a la red y le propinó tan gran patada que la red se rompió. Lubu se despertó al instante y se levantó en la cueva. Cuando vio a las tres feas hermanas

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

mueras en el suelo, se dio cuenta de que lo habían engañado. ¿Y qué hizo?”

Llevando el ritmo con sus pies en el suelo y combinándolo sus voces en un ruidoso martilleo, los hermanos empezaron a corear:

— ¡Juró! ¡Juró! ¡Juró! —continuaron así durante un rato y después se hizo silencio. Todos me miraban.

“¡Oh, mi señor Melquisedec!” pensé, “¡inspírame!” Entonces alcé lentamente mis brazos y abrí la boca, como si estuviese a punto de emitir un grito de Dragón. Lenta y profundamente, lo más alto que pude, rugí:

— ¡Inframundo! ¡Fondo del Inframundo e Inframundo más profundo! Todo el mundo aplaudió.

— ¡Bien hecho, Lubu! ¡Excelente!

Después Pelissor narró el final de la historia: “Furioso, Lubu saltó en el aire. Bobros, sorprendido y horrorizado, descubrió que nuestro joven era un adepto de la danza negra. Intentó defenderse pero el Guerrero lo derribó como si fuera una bolsa de nabos y lo mató a la manera ritual”.

Repetí la última parte de la danza negra para el aplauso y deleite de la audiencia.

Tras el último “Yuyuyuyuyu”, Pelissor concluyó: “Verzaza finalmente despertó y Lubu tuvo un niño, un bebé que había madurado en el interior de la cueva de Verzazyel durante nueve meses y que demostró estar dotado de habilidades sobrenaturales. Pero claro, esto es otra historia”.

Los hermanos se levantaron para aclamar a Pelissor. Tras una larga ovación durante la cual la montaña tembló, los Hijos del Dragón reunidos, movidos por gran júbilo, iniciaron una salvaje danza de Dragón.

6.26 Olor de Néfilim.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Marek me había dicho que encontraría al hermano Drluck en una de las terrazas del rojo acantilado. Por aquel entonces ya había explorado hasta el último recoveco de la montaña y escalado todas sus escaleras y terrazas en multitud de ocasiones, por el simple placer de hacer ejercicio. No tardé mucho en encontrar a Drluck.

él contemplaba la niebla, de pie, apoyando su espalda contra la roca. Tenía pelo oscuro y ojos negros, como mucha gente de la región de las Tierras Rojas. Su cuerpo era fuerte y pesado como el de los Guerreros pero, lo primero que me impresionó, fue su enorme bigote y pobladas cejas. Viendo su barba y pelo corto, distintivo de los Grandes Guerreros, me pregunté de pronto si estaba haciendo algo mal al dejar crecer mi pelo. Tenía que atármelo cuando practicaba la danza negra, pero el resto del tiempo disfrutaba sintiendo el movimiento de la espesa mata de pelo. Cada vez que movía la cabeza, los rizos rozaban mis hombros y esta sensación hacía que mis riñones se sintiesen fuertes.

Me dirigí legítimamente a Drluck utilizando los signos de reconocimiento:

— *¡Alabada sea Ella Dragón, Madre de la noche Sin Fin, hermano Drluck!*

— *¡Toda la gloria sea para la Madre de la Noche Sin Fin, Szar, amigo mío en el Dragón!* Felicitaciones por tu actuación de la pasada noche. La parte en que jurabas fue especialmente buena.

Preferí pasar el tema de largo sonriendo educadamente.

— El maestro Marek el Indestructible me ha dicho que no hay nadie mejor que tú que pueda instruirme en el arte del olfato.

Drluck me miró durante un instante. Entonces, girándose de nuevo hacia la niebla, dijo:

— Una cosa importante acerca de los Néfilim es que... ¡apestan! Puedes olerlos a millas y millas de distancia. Allí, por ejemplo...

—Drluck apuntó hacia el este—, allí hay un grupo de Néfilim. Son cuarenta por lo menos.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Aquello sonaba asombroso.

— ¿Quieres decir que puedes olerlos?

él respondió utilizando uno de esos tonos impasibles de Guerrero que no dejaban lugar a dudas.

— Vamos, hazlo conmigo. Extiende tu percepción en el espacio.

Dejé que mi conciencia se esparciera por la oscuridad visible.

— ¡Correcto! Ahora, sígueme en esta dirección. Sí, así. Ahora huele el espacio. Huele lo que viene de esa dirección.

Con los ojos cerrados, moví mis orificios nasales tal y como Amaran me había enseñado e inspiré. Pude percibir inmediatamente una vibración bien diferenciada en la oscuridad visible. Drluck sintonizó con lo que estaba sintiendo. Satisfecho al ver que mi percepción era la adecuada, dijo:

— Correcto en el Dragón, hijo. Es así como huele. Y no te equivoques, es un feo olor a muerte. Cuando quiera que lo detectes, debes matar o morir.

El tono de Drluck era inquietantemente frío. No me apetecía nada encontrarme cara a cara con uno de los monstruos Néfilim.

— Deberás aprender maneras inteligentes de practicar el arte del olfato. En caso contrario, los cazadores Néfilim te identificarán inmediatamente y te localizarán. Aquí no importa, porque estás cómodamente protegido por la montaña de Lorhzen. Pero si estás cazando o siendo cazado... —me miró con la sonrisa peligrosa de los guerreros—: *¡Adiós, hombre en la Ley!*

— ¿Pero cómo son los Néfilim? ¿Son todos gigantes?

Drluck sonrió.

— No, no, hijo. Solamente algunos de ellos parecen monstruos. La inmensa mayoría tienen cuerpos como la gente normal y viven entre la gente normal. De incógnito. Pero, aparte del olor, hay signos en su aura que te permiten reconocerlos.

— ¿Qué signos?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Una cualidad particular de luz. Abre tu mente, Szar.

Me vacié y dejé que Drluck proyectara impresiones y memorias en mi interior.

Apareció una imagen. Un hombre distinguido, que rondaba los cuarenta. Tenía una frente amplia y parecía noble y despierto.

— ¿Ves? Esa luz, en su aura.

— ¡Es una luz agradable! —dije sorprendido.

Drluck siguió enviando imágenes.

— Nunca olvides algo sobre la escoria Néfilim: son inteligentes. Esta es una de las razones por la cual son tan peligrosos. No sólo son viciosos, también poseen un gran ingenio. A menudo acaban ostentando posiciones poderosas, aunque por supuesto, no en la región de las Tierras Rojas, donde han sido exterminados y proscritos desde el tiempo de Lohrzen. Pero en otras regiones, especialmente en el norte, muchos de los Néfilim viven con plena impunidad. Son corruptos. Contaminan. Incluso viven en los templos. Incluso en las cortes de los príncipes.

— ¿Y cómo es que hay grupos de Néfilim a menudo por aquí, si han sido expulsados de esta región?

— Son peregrinos del norte. Vienen a visitar la cueva de Verzazyel el Vigilante. Quieren robar la magia. Persiguen alguna forma de iniciación. Creen que Verzazyel dejó poderes para ellos en la cueva —los ojos de Drluck se perdieron en la niebla durante un rato—. Déjame decirte algo más. La basura Néfilim se agrupa en familias. Cada familia desciende de uno de los Vigilantes, como si fuera algún tipo de casta. Pero ni siquiera respetan la Ley de las castas, gente de distintas familias se casan entre sí. No tienen vergüenza, contaminan la Ley. Los que vienen a visitar la cueva de Verzazyel vienen de los clanes de Verzazyel. Todos ellos aseguran ser bastardos de Verzazyel el Vigilante.

— ¿Los atacamos cuando vienen a las Tierras Rojas?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— Mientras viajen en grupos de peregrinos y no permanezcan en la región, no lo hacemos —Drluck me miró con su sonrisa de Guerrero—. Bueno, generalmente, no lo hacemos —y dirigió su mirada de nuevo hacia la niebla.

Cada vez sentía más y más curiosidad sobre los Cazadores Néfilim. ¡Circulaban tantas historias extrañas sobre ellos!

— ¿Traen los peregrinos Cazadores Néfilim con ellos?

— Los grupos grandes lo suelen hacer, los pequeños, no siempre. Cuando Marek te envíe a matar a tu primer Néfilim, ¡reza para que no haya ningún cazador cerca! ¿Has oído hablar alguna vez del Kuren—jaya? Es su forma de combate. Feo y mortal. Si no puedes matarlos inmediatamente, te atrapan en sus redes del Punto, y es tu fin —el tono de Drluck indicaba que ya no le apetecía seguir contestando mis preguntas.

Le di las gracias legítimamente y me marché.

Mientras regresaba descendiendo a saltos por las escaleras de la fachada del arrecife, recordé con nostalgia los días felices en Eisraim, cuando cuantas más preguntas hacía, más receptivo se volvía Gervin. Y cuando podía salir del templo sin tener que preocuparme por los Cazadores Néfilim.

6.27 Cazadores Néfilim.

Al día siguiente, en el comedor, estaba sentado con Floster y uno de sus amigos, Ap Remer. Un hombre que rondaba los cincuenta, no tan alto como Floster pero igual de grueso, y que vestía los pantalones y camiseta negros de los Guerreros. Como la pareja de amigos parecía estar de humor para charlar, decidí preguntar:

— Floster, ¿me dirás quienes son los Cazadores Néfilim?

Floster hizo una mueca, indicando claramente que no le gustaba mi pregunta. Ap Remer contestó por él.

— Sabes que los Néfilim eran hijos de los Vigilantes, aquellos ángeles que descendieron al reino y se casaron con las hijas de los hombres.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Asentí.

— ¿Todavía hay Vigilantes en el reino?

— No, hijo, regresaron a las esferas hace mucho, mucho tiempo. Su poder era inmenso, parecido al fuego. Y mucho más grande de lo que los hombres podían comprender. Los Vigilantes se casaron con las hijas de los hombres y tuvieron hijos con ellas. Esta nueva raza, nacida de la semilla de los Vigilantes, fue llamada la raza Néfilim. Pronto fue evidente que los Néfilim no eran como la gente normal. El fuego de los Vigilantes produjo cosas extrañas en ellos. Algunos se volvieron tan orgullosos y arrogantes que quisieron conquistar el mundo entero para sí mismos. Otros eran gigantes con un insaciable apetito de carne humana. Tras varias generaciones, el reino quedó infestado por tal gran cantidad de estos monstruos que nadie podía descansar en paz, ¡ni siquiera los mismos Néfilim! Así que crearon un cuerpo de luchadores que pudieran defenderlos contra los más feroces de su propia raza y así fue como se originaron los Cazadores.

— ¿Así que los Cazadores no fueron creados a causa de la aparición de los Grandes Guerreros?

— No, hijo, los Cazadores existían antes que Lohrzen. Pero cuando los Grandes Guerreros empezaron a exterminar la escoria Néfilim en las regiones del sur del reino, los Néfilim del norte entrenaron montones de Cazadores y se prepararon para la guerra. Algunos dicen que si Lohrzen hubiese presentado una armada contra ellos y purgado todo el reino, muchas desgracias se hubiesen evitado. Otros argumentan que ya existían tantos Néfilim en el norte que la guerra hubiese durado generaciones enteras. De todas formas, Lohrzen eligió regresar al templo del Dragón y el peligro Néfilim siguió esparciéndose por el norte.

— Ap Remer, ¿qué tipo de armas usan los Cazadores Néfilim?

— Poderes mortales que extraen de los centros energéticos que existen sobre la cabeza. Fuerzas mágicas extremadamente peligrosas que lanzan como redes. Estrangulan tu fuerza vital y destruyen tu mente.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Una vez que has caído en su red, no hay escapatoria. Cara a cara con un Cazador, un Guerrero debe golpear como el relámpago.

Floster había dejado de comer. Jugaba con la comida en su plato. Me miró.

— Ap Remer sabe de lo que habla, ha matado once de ellos.

Mostrando la sonrisa peligrosa de los Guerreros, Ap Remer dijo:

— Para cuando Marek el Indestructible haya terminado de entrenarte, probablemente hayas matado unos cuantos Néfilim tú mismo.

Volví la cabeza hacia mi plato, sin ganas de hacer más preguntas.

Todavía jugando con los pedazos carbonizados de su plato, Floster tomó el hilo de la conversación.

— ¿Sabes lo que dice la gente, Szar? Si los Néfilim son tan perversos, es a causa de su comida. ¡No sabes las porquerías que comen! Es absolutamente asqueroso.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —continuó Ap Remer—. Sí, eso es lo que dice la gente. Además, cuando quieren torturarte, la escoria Néfilim siempre empieza por alimentarte con su comida. Después te encuentras en tal estado que no puedes resistir sus viciosos tratamientos.

El hecho de que uno pudiese torturar gente con comida me dejó pensativo. Me asaltaron imágenes en las que me veía atado, mientras un monstruo de largos colmillos me obligaba a tragar basura de las Cavernas de la Enfermedad.

Para desviar la conversación, Floster llamó a Pelissor, que estaba sentado por allí cerca.

— ¡Hey, Pelissor, *hombre sabio en la Ley*, ¡Cuéntanos una historia!

— Eso, Pelissor, ¡anima nuestros Dragones! —secundó Ap Remer.

Otros hermanos se unieron a la petición.

— Pelissor, ¡queremos una historia!

Al hombre de larga melena blanca no parecía importarle. Se levantó.

— ¿Qué tal la historia de Vatzel, el Gran Guerrero que conquistó el poder de Azazel gracias a su tenacidad?

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

— ¡Sí! ¡Esa nos gusta! —aplaudieron los hermanos.

Ap Remer se giró hacia mí y me preguntó:

— ¿La has escuchado ya?

— ¡No! —negué con la cabeza, todavía preguntándome qué clase de comida podía usarse para torturar a un Gran Guerrero.

— Es una historia realmente buena. Te encantará, ¡incluso si es tu primera vez!

“Una vez, hace mucho tiempo —empezó Pelissor—, en una aldea de la región de las Tierras Rojas, nació el hijo de un Gran Guerrero. Su nombre era Vatzel”. —¿Sabéis por qué?

— ¡No! ¿Por qué? —gritaron los hermanos—. ¡Cuéntanoslo, Pelissor!

— Es por que era tal dolor en el Dragón que, al menos tres veces al día, su padre tenía que decirle: “¡Ve a Azazel y piérdete!”

Los hermanos estallaron en carcajadas. Pelissor se giró hacia mí cuando el volumen de las risas disminuyó.

— ¿Sabes quién fue Azazel, Szar?

Negué con la cabeza.

— Era el líder de los Vigilantes, aquellos magníficos ángeles que, desafortunadamente, fueron los padres de la escoria Néfilim —y tras esto, retomó la historia: “Cuando llegó la hora de que Vatzel se iniciase en el Templo del Dragón, su familia se sentía aliviada de no tener que volver a aguantarlo. De hecho, así fue como se convirtió en un Gran Guerrero: Cuando estaba en la cripta de la muerte, Ella Dragón de las Profundidades acabó tan harta de él que lo envió de vuelta, diciéndole...”

— ¡Ve a Azazel y piérdete! —berrearon todos al unísono.

— ¡Exac—ta—men—te, hermanos míos! —Pelissor despertó sus espíritus—. Así fue como fue devuelto a la vida en el reino. Entonces, tras doce años de práctica de la danza negra y los Misterios Menores, llegó la hora de aprender el nivel supremo de *la Voz, que es el trueno de la Tierra*. Pero solía irritar tanto a su maestro que cuando le pidió que le enseñase cómo proyectar *el trueno de la Tierra*, el maestro

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

respondió... »

— Ve a Azazel y piérdete! —gritaron los hermanos con gozo.

— ¡Exac—ta—men—te, hermanos míos! Nuestro Vatzel quedó perplejo ante la respuesta. Como su fe en su maestro era total, de pronto empezó a pensar que su destino debía ser encontrar la cueva de Azazel, que está perdida y enterrada en la jungla, en el lugar secreto de Dúdale. Y allá se fue, para gran alivio de todos en el templo. Vatzel buscó durante veintisiete años, ¡así de obstinado era! Y al final, encontró la cueva y conoció a Azazel. El Vigilante le gustó de inmediato. Por primera vez en su vida, había conocido a alguien que, ¡nunca le podría decir que fuese a Azazel y se perdiese!

La risas eran tan fuertes que Pelissor tuvo que esperar un minuto.

“¿Cómo Vatzel acabó conquistando el poder de Azazel, el más grande de todos los Vigilantes? Esto nunca nadie lo supo, pero me atrevo a adivinar que Azazel acabó tan harto de él que le dio su poder para librarse de él”.

6.28 De Voz a Voz.

El viernes siguiente, Marek y sus hombres me llevaron a la capilla de la Palabra. Era una cripta sagrada, un lugar especial que me había sido estrictamente prohibido hasta entonces. Tras esperar en el exterior durante una hora, la puerta se abrió.

Entré. No se oyó nada en absoluto hasta que la puerta se cerró de un portazo detrás de mí, dejándome en completa oscuridad. Me agarraron una docena de manos amenazantes y me hicieron repetir otro juramento de confidencialidad.

Una vez que había jurado por mi vida que nunca revelaría ninguno de los secretos que se me iban a revelar, las manos me soltaron.

Se encendió una pequeña vela, revelando una voluminosa cortina negra frente a mí. Los hombres de Marek formaron un círculo a mi alrededor y empezaron a entonar un himno de la Ley:

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

*“Aquello que es vuestra esencia y que, mucho tiempo atrás, fue escondido,
Aquello que vos habéis olvidado,
Aquello que vos habéis perdido,
La Voz os hará recordar.
Aquello que os fue arrancado,
Cuando la Tierra era todavía joven y vibraba con la Magia,
La Voz os hará recordar.
Aquello que creísteis muerto,
Aquello por lo que vuestro corazón está llorando,
La Voz os hará recordar.
Aquello que, durante eones habéis estado buscando,
Y está preñado con vuestra próxima eternidad,
La Voz os hará recordar.”*

Su voz cambió bruscamente. Tomó otra dimensión. Se volvió extrañamente vibrante, cargada con una pulsación de vida que enardeció mi energía como si hubiera sido dragónicamente encendida desde abajo y desde arriba al mismo tiempo. Sorprendido, pude ver llamas de luz azules y naranjas saliendo de sus bocas.

Ahogué un grito, consciente de que dieciséis hombres estaban proyectando la Voz sobre mí.

Nunca durante mis años de rituales con los prestigiosos sacerdotes de la Túnica Rosada ni en la capilla de la llama eterna había visto algo como esto. Al principio las Voces me acariciaban como una suave brisa del Inframundo, convirtiendo cada fibra de mi cuerpo en vibración sólida. Pero a medida que la proyección de Voz se tornaba más intensa, me hacía temblar y vrufear como en una de los más violentos abrazos de mi Madre la Dragón.

Marek alzó su mano. Sus hombres incrementaron el poder, convirtiendo el espacio de la habitación en un campo resplandeciente de luces multicolores. La suave brisa se convirtió en tempestuosas ráfagas que me hacían temblar violentamente, como si toda mi

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

estructura estuviese a punto de hacerse pedazos y desmoronarse. Perdí todo contacto con la caverna y me encontré transportado a otra dimensión, rebosante de vitalidad desmedida y poderes monumentales que fluían en todas direcciones, igual que en las leyendas que retrataban los Días Antiguos de la Tierra.

Esta excursión fuera del tiempo acabó bruscamente cuando Marek chasqueó sus dedos, silenciando la habitación. Habló.

Lo escuché desde lejos, sin tener ni idea de lo que decía.

Proyectó una Voz—llama en tono grave hacia mi vientre para traer mi presencia de vuelta a la habitación.

— Hoy te otorgo la Voz —declaró solemnemente—, así como la recibí de mi maestro. Hoy te conviertes en guardián de este misterio ancestral que nos fue revelado por los dioses y desde entonces transmitido de maestro a discípulo.

Marek abrió la cortina negra, revelando un altar sobre el cual ardía una Llama Azul Sagrada de algunos centímetros de longitud, que manaba de un pedestal plano y dorado.

— Esta —dijo Marek—, es la Llama de la Palabra. Desde tiempo inmemorial, los iniciados en la Voz han sido sus guardianes. No es una llama común como la de una antorcha. No quema la mano —colocó su mano horizontalmente en el medio de la Llama.

La Llama siguió ardiendo a través y sobre su mano, inmutable.

— Esta Llama Sagrada no necesita aceite o madera para arder —mirándome a los ojos dijo—: Ahora, ¡observa con atención! —se giró hacia la Llama y utilizó la Voz para emitir el sonido “ooo”. Mientras proyectaba el sonido, tuvo lugar algo extraordinario: la llama aumentó repentinamente el doble de tamaño y su color cambió del azul al naranja.

Yo estaba atónito. Antes de que tuviese tiempo para pensar, Marek proyectó con la Voz una orden tajante:

— Ahora, ¡hazlo *tú!* —y continuó emitiendo el sonido “ooo”.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Obligado por el poder irresistible de su Voz, ¡automáticamente me encontré proyectando el mismo sonido! Anonadado, contemplé la larga llama de luz rosa saliendo de mi boca.

La Llama Sagrada del altar empezó a crecer hasta alcanzar el tamaño de una cabeza humana, danzando con miríadas de colores cambiantes. Marek hizo una señal con su mano y todos los hombres se nos unieron, voceando tanto poder que la Llama Sagrada se volvió cinco veces más larga.

Las llamas seguían vertiéndose desde mi boca. Mi garganta temblaba a causa de violentas ondas vrufearas y...¡el poder y la gloria de los Inframundos resonaban tanto con mi laringe como con mi vientre! Vrufear arriba, vrufear abajo, y tuvo lugar una explosión.

Me convertí en Voz, el corazón del Dragón, expandido por toda la caverna, y pronto abarcando la montaña entera, ascendiendo desde los Inframundos Profundos a una cumbre de luz que me sonreía, esperando nuestra cita.

Cuando me acordé de Szar, estaba bailando la danza negra con los demás en nuestra habitual caverna de entrenamiento.

Habían transcurrido tres días.

6.29 El entrenamiento en las armas.

Durante las semanas siguientes me presentaron un arsenal de prácticas de guerra que habían sido transmitidas y cultivadas por el linaje de los Hijos del Dragón desde los tiempos de Lohrzen.

La primera de ellas consistía en extraer de la Tierra espesos y tóxicos gases de Dragón y dejar que ascendiesen violentamente al interior del cuerpo de un adversario, sedándolo de inmediato. Utilizando este mismo principio se podía adormecer a toda una tropa, creando así tiempo más que suficiente para que los bailarines negros atacasen. Esta era una técnica que Lohrzen había empleado desde el principio, cuando purgaba la región del azote Néfilim. Con otras prácticas similares se podían extraer venenos soporíferos de los espacios del

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Inframundo y utilizarlos para entumecer o dejar parcialmente paralizado al enemigo. Algunos de estos venenos eran tan tóxicos que podían hacer enfermar a las personas durante semanas o, incluso, matarlas.

Otras prácticas tenían que ver con minar la fuerza de los adversarios cortando sus raíces inconscientes en el Inframundo, destruyendo los cimientos de sus chackras inferiores. Los Guerreros utilizaban todo un arsenal de prácticas como aquellas para aniquilar la vitalidad de sus oponentes.

También tenían varias maneras de extender su percepción a través del espacio de la oscuridad visible. Sabían cómo oler a sus adversarios y localizarlos en la distancia. Esto funcionaba no sólo con los Néfilim sino también con la gente normal y los proveía de información específica: cuántos enemigos, el tipo de casta a la que pertenecían, cuán peligrosos eran. La gente peligrosa con energía de guerrero intensa despedía un olor particular que era inconfundible. Los controladores también tenían un olor característico y también muchas otras castas y grupos étnicos.

Había métodos por los cuales un guerrero podía crear un espacio protegido a su alrededor y ser avisado al instante si alguien entraba en ese espacio. Estos métodos se basaban en la creación y uso de faros astrales en la oscuridad visible para manifestar un campo. Tan pronto como alguien entraba en el interior del campo, la atmósfera de conciencia cambiaba y esto era suficiente como para despertarte en medio de la noche.

A medida que se intensificaba el entrenamiento, se convirtió en algo casi constante. Durante meses, Marek el Indestructible nos llevó a los parajes que nos rodeaban y nos entrenó para combatir bajo cualquier posible condición y situación. Nos dividió en grupos que debían luchar entre sí, siempre intentando rivalizar con los otros en ingenio y tomarlos por sorpresa. Cada noche debía crear un campo protegido, pues nunca se sabía cuándo irrumpiría el “enemigo”, teniendo que

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

estar siempre preparado para saltar y luchar una danza negra por mi vida.

Marek sabía muy bien que más tarde o más temprano sus hombres tendrían que defenderse contra poderosos oponentes. Su manera de manifestar su amor por ellos era ser un profesor despiadado, no permitiendo nunca que nadie bajase la guardia, llevando el entrenamiento más allá de los límites imaginables.

Más que simplemente prácticas físicas y armas ocultas, era el arte de Lohrzen lo que Marek transmitía. Esto implicaba aprender varias estratagemas y tácticas, estudiando el estilo de lucha y los métodos de otras escuelas, no sólo las de los Néfilim. También implicaba lo que Marek llamaba “la inteligencia de la guerra”; leer la mente de tus enemigos, entender sus motivaciones y su contexto y siempre tratar de predecir y adelantarse a su próximo movimiento.

Se empleaba un tiempo significativo en estudiar las armas ocultas de los Cazadores Néfilim, en particular las piedras blandas que los Cazadores utilizaban para desprender energías extremadamente tóxicas. Estas eran radiaciones ocultas que destruían de forma duradera la fuerza vital del cuerpo y creaban heridas que eran especialmente difíciles de sanar. Utilizando las energías telúricas y los poderes del Inframundo, era posible evitar que el dispositivo extendiese su veneno devastador. Pero se tenía que actuar a la velocidad del rayo. Una vez que la radiación venenosa había sido liberada, poco se podía hacer para detenerla.

La más grande y poderosa de todas las armas que usaban los Grandes Guerreros era la Voz en sí misma. Me enseñaron cómo proyectar sonidos en las puertas energéticas, junto con o en vez de golpes físicos. Esto producía resultados asombrosos. Para empezar, me estaban enseñando a utilizar el poder en la naturaleza, proyectando la Voz en los árboles. Algunos sonidos tenían efectos milagrosos y revivían las plantas más enfermas. Otros podían matar a un árbol casi al instante. En cuestión de horas, sus hojas se volverían marrones y

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

empezarían a caer.

A través de la Voz, un Guerrero podía no sólo golpear a sus enemigos sino también aturdirlos. Ruidosos alaridos podían paralizar al instante un ejercito entero o dejarlo impotente ante un ataque. La Voz también se utilizaba como un dispositivo escudo, que sellaba la energía del cuerpo y fortalecía en gran medida la resistencia a los golpes, incluso hasta cierto punto en las puertas energéticas letales. Y era posible conseguir toda una gama de efectos similares a la sanación, reforzando la vitalidad e incluso consiguiendo rejuvenecer.

Mes tras mes, con un espíritu de completa dedicación y movilidad, Marek enseñaba a sus hombres. La concentración era tan completa que a veces pasaban semanas enteras sin que tuviese un minuto para recordar a Elyani y todas las cosas buenas de Eisraim. Durante algunas fases del entrenamiento tenía que dejar que el Dragón me empujase tanto que resurgieron las palabras: *“Una Ley, un camino. ¡Quién nunca duerme, nunca muere!”*

Y aun así este periodo fue magnífico. La pureza era total. Un himno ininterrumpido de nueve meses a la gloria de Ella Dragón.

Un viernes por la tarde, tras terminar una práctica en la capilla de la Palabra, Marek me llamó.

— Szar, Gran Guerrero, ¿cuánto tiempo hace desde que te llevamos a la cripta y moriste en el Dragón?

Tuve que pensar.

— Unos dieciocho legítimos meses y media legítima lunación, creo.

— Es hora de que te enfrentes a otro aspecto de la muerte, Szar.

Fuente clara arriba, vrufear abajo, permanecí silencioso, manteniendo su mirada.

— Los Hijos del Dragón tienen un dicho: *Tras matar por primera vez, un Guerrero nunca será el mismo.* Así que tu próxima misión será una iniciación —Marek hizo una pausa, mirando hacia su puño izquierdo—. Quiero que persigas a uno de los peregrinos Néfilim que hay por los alrededores de la cueva de Verzazyel y que lo mates. A él

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

o a ella. Y que traigas de vuelta algo suyo, una joya por ejemplo. Será tu primer trofeo.

En dieciocho meses y medio, no había hecho otra cosa que ejecutar orden tras orden, llevar a cabo misión tras misión.

— ¿Cuándo debo partir? —fue mi única pregunta.

— Mañana por la mañana. ¡Y mueve rápido tu Dragón! Quiero que vuelvas inmediatamente. Es el momento de que empieces a profundizar en ciertos aspectos de la Voz, hijo —me guiñó un ojo y sonrió—. Lo que has visto hasta ahora apenas se puede llamar peligroso comparado con lo que la Voz hará para ti cuando vayas más allá.

Asintiendo brevemente, Marek indicó el fin de la conversación.

Cero pensamientos, sólo Dragón, le devolví el gesto y me giré para marcharme, empezando a discurrir de inmediato el plan de acción.

Cuando salía por la puerta, Marek me espetó:

— ¡Szar, no quiero que tengas *nada* que ver con los Cazadores! ¿Entendido? Todavía no ha llegado la hora.

6.30 El regalo de Floster.

Aquella tarde, cuando me encontré con Floster en el comedor, se dirigió hacia mí con calidez.

— *¡Alabada sea la Gran Dragón, hermano!* Marek me ha dicho que vas a salir de misión. Así que te he traído un regalo. Quiero que lo lleves contigo.

— *¡Toda la gloria sea para Ella Dragón!* ¡Un regalo! Hermano Floster, *amigo mío en el Dragón*, qué amable de tu parte. ¿Lo puedo ver?

él respondió con su profunda voz:

— Sígueme, ¡hermano!

Estaba muy excitado. Caminando tras él, reflexioné: “Si hubiera tenido un regalo por cada doscientos golpes que he recibido desde que llegué al Monte Lohrzen, ahora probablemente necesitaría una

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

habitación cueva mucho más grande para guardarlos todos”.

Nos dirigimos hacia el almacén y allí, para mi gran sorpresa, Floster me dio una capa marrón, confeccionada al estilo de la túnica de Eisraim que vestía cuando llegué al templo.

— ¡Hermano Floster! —estaba tan emocionado que tenía lágrimas en los ojos.

— Me di cuenta de que te pusiste triste cuando tuviste que abandonar tu vieja túnica, así que la guardé y cosí otra como aquella. Venga, póntela.

Me miré en *el* espejo del templo.

— Floster, ¡es perfecta! Es exactamente igual a la que me dio Gervin. Sólo un poquito más grande, claro.

— ¿Un poquito? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Esta capa es más de lo que parece en un principio, ¿sabes? La tela ha sido impregnada con la brisa de una puerta de Dragón, de acuerdo con uno de los métodos secretos de protección de los Hijos de Vulcano. Te mantendrá caliente y con el corazón encendido. Y repele todo tipo de influencias negativas.

Le di un gran abrazo al gran hombre.

— Floster, ¡estoy conmovido!

— Venga, ¡si no es nada! Déjatala puesta y vamos a comer.

Verme vestido de marrón trajo de vuelta muchos recuerdos. Mientras caminábamos de vuelta al comedor, atravesé uno de aquellos difíciles momentos en los que me sentía tan lejos de mi casa, mi maestro y mis amigos que sólo el Dragón podía contener mis lágrimas. Pero la última cosa que quería era entristecer a Floster, así que puse un semblante dracónicamente feliz.

Mientras comíamos, Floster dijo:

— ¿Sabes que Narlond abandonará pronto el templo?

Asentí.

— ¿Qué crees que hará ahora?

— ¡Una buena vida le espera! El príncipe de la región de las llanuras del oeste lo ha nombrado jefe de su guardia de seguridad personal.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Narlond es un chico tan inteligente y guapo que apuesto a que la hija del príncipe pronto se enamorará de él. Y entonces, ¿quién sabe? ¡Quizá hemos estado cenando cada noche con un futuro príncipe sin sospecharlo! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Aunque esta risa era una de las señas de identidad de los Guerreros, nadie en el templo sabía hacerlo mejor que Floster.

— *Amigo mío en el Dragón* —le dije—, a menudo me he preguntado por qué *tú* no te convertiste en uno de los Guerreros. Sé que tienes todas las cualidades necesarias para ello, eres un gran conocedor del Dragón. ¿Por qué no elegiste este camino? ¿Hubiera ido en contra de la Ley de tu casta?

Floster miró hacia el cielo, como si estuviese a punto de profetizar algo. Entonces se giró hacia mí.

— Mi padre y el hermano de mi madre eran ambos Grandes Guerreros. Pero cuando yo tenía nueve años, estallaron grandes disturbios en una aldea cercana a la nuestra. Algunos peregrinos Néfilim habían llegado a las manos con la gente de allí y habían muerto tres aldeanos. En represalia, mi padre y mi tío fueron enviados a atacar la caravana de peregrinos y matar a tres de los Néfilim, cosa que hicieron. Pero unos poderosos Cazadores estaban a cargo de la protección de aquellos peregrinos. Nueve de ellos salieron de caza y atraparon a mi padre y a mi tío en una emboscada —Floster hizo una pausa, mirando de nuevo hacia el techo—. Cuando encontraron sus cuerpos, estaban tan mutilados que mi madre apenas pudo identificarlos. ¡Ese Kuren—java, el estilo de lucha de los cazadores... es terroríficamente mágico! Cuando caes en sus redes, pocos son los Guerreros que pueden escapar, incluso entre los más poderosos. Tras este suceso, mi madre se puso muy enferma. Nunca se recuperó. Simplemente se dejó apagar. Pero antes de abandonar su cuerpo me hizo darle mi pequeña palabra de Dragón de que nunca me convertiría en un Guerrero como mi padre. Tras su muerte vine al templo, donde el maestro de Marek me crió como su propio hijo y me inició en los

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

misterios de Vulcano tan pronto como la Ley lo permitía. Pero para cumplir la palabra que le había dado a mi madre, nunca descendí a la cripta como hiciste tú.

— Lo siento, Floster...

— ¡Ajá! —me riñó con su enorme mano—: *Los sabios no lloran ni por los vivos ni por los muertos*. Si he permanecido en el templo es porque me he sentido completamente *lleno con el gozo de los abrazos de Dragón*. Existe toda una tradición de iniciación en los misterios de Vulcano que es parte de este templo y que tú nunca tendrás tiempo de descubrir a causa de tus muchas ocupaciones —Floster me sonrió y arrojó vigorosamente sus brazos en todas direcciones, pretendiendo luchar con doce hombres a la vez.

Yo lancé un “¡Ja, ja, ja, ja, ja!”, pero todavía no podía igualar el estándar tradicional.

— Los misterios de Vulcano son un camino maravilloso. Ellos también llevan a sus iniciados a la gloria de los Inframundos, como te enseñó Amaran. De hecho, incluso contienen muchas enseñanzas sobre el futuro de la humanidad. Recuerda, a Vulcano se le llama el dios de la última hora. Esto es porque contiene fuerzas que serán liberadas sólo en el último momento, cuando *la raza de los hombres esté en las últimas*.

— ¿Podría aprender más sobre ello? —pregunté. Su explicación había captado toda mi atención.

— Quizá cuando vuelvas.

Cambié de tema.

— Floster, ¡dime! ¿ Por qué no parezco ser capaz de reírme igual que tú?

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¿Cómo aprendiste la danza negra, hijo mío? —antes de que pudiese contestar, añadió—: Empezaste a practicar cada mañana antes del amanecer y hasta el atardecer. Y seguiste practicando una y otra vez, mes tras mes, hasta que tu estilo era perfecto y la gente te llamaba experto. Pues bien, si quieres ser capaz

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

de reír como yo, esto es lo que tienes que hacer.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Floster continuó contándome chistes de Dragón y recuerdos y reímos juntos hasta que, dándole las gracias de nuevo, me retiré a mi dormitorio.

Pasé algún tiempo preparándome para mi misión. A través del olfato, ya había localizado varios grupos Néfilim. Uno de ellos se componía sólo de tres peregrinos, dos de los cuales cargaban piedras blandas. Se movían lentamente y no parecían oler como miembros de una casta peligrosa. No había la más mínima señal que indicase la presencia de un Cazador acompañándolos. Utilizando un método que me hacía indetectable, escaneé cuidadosamente el resto de grupos de peregrinos. Ninguno de ellos parecía tan vulnerable como el objetivo que ya había designado.

Usando una capa etérica de huellas en la oscuridad visibles, evalué la distancia que mis tres peregrinos habían recorrido en un día. Esto me permitió calcular dónde podría cruzarme en su camino un día después. Escaneé minuciosamente el lugar propuesto para la acción, buscando en particular los pozos de veneno de los que podría extraer los gases astrales anestésicos. Comprobé que ningún otro Néfilim estuviese en camino hacia ese mismo lugar y también toda una serie de parámetros que me permitirían activar armas ocultas de los Inframundos en caso de que fuese necesario.

Comparada con el tipo de misiones que me habían dado en los últimos meses, esta no parecía que fuera a ser un gran problema.

Tras una breve noche de sueño, practiqué mi querido aliento de Dragón durante una hora. Después me puse la hermosa capa marrón sobre mis ropas negras de Guerrero y fui al comedor a recoger una bolsa de provisiones para dos o tres días.

Por una vez, decidí salir del templo a través de la puerta, en vez de divertirme descendiendo por el acantilado.

6 – El libro del Gran Dragón de las Profundidades

Cuando me vieron, los dos hermanos que estaban en la entrada empezaron a bromear:

— *¡Alabada sea Ella Dragón, hermano Szar!* ¡No te vemos a menudo por aquí!

— Estos Grandes Guerreros —dijo el otro— se toman como un insulto personal si tienen que entrar por la puerta, a no ser que la puedan derribar, ¡claro!

— *¡Toda la Gloria sea para la Madre de la Noche Sin Fin!*
—respondí—. No os ofendáis, hermanos. No es nada personal. ¡Simplemente me gusta escalar!

Las enormes puertas de madera se abrieron chirriando lentamente y eché a correr en dirección al sol naciente.

Me detuve a contemplar Monte Lohrzen. Tocando la placa de oricalco de mi garganta, presenté mis respetos al gran sabio. Entonces, *ceros pensamientos, sólo Dragón*, desplegué las energías de ocultación que hacían virtualmente imposible que nadie detectase mi presencia a través de la oscuridad visible, incluso los centinelas olfateadores de Monte Lohrzen.

Olfateé el espacio buscando enemigos potenciales.

Todo estaba despejado.

Empecé a correr de nuevo hacia el este.

Estaba preparado para matar.

—**Y así termina el libro del Gran Dragón de las Profundidades**—

7 – El libro de las especias Néfilim

7.1 El himno de Felicia a Verzazyel el Vigilante.

Los tres peregrinos habían alcanzado una meseta no muy elevada entre dos cañones.

— Estoy exhausto —Alven dejó caer sus bolsas en el suelo—. ¿Por qué no pasamos aquí la noche?

Su hermano Rolén se desplomó sobre el suelo.

— Me gusta el sitio. Es una pena que no haya ramitas para encender un fuego.

— ¡Eso sí que es algo salvaje para ti! De todas formas —Alven suspiró—, ¡hace tanto calor en estas regiones del sur! Estoy empezando a echar de menos las heladas matutinas de nuestras Montañas Nevadas.

Su hermana Felicia se encaramó en una roca plana. Sacó un espejo y un peine de una de sus bolsas y empezó a peinar lentamente su larga melena pelirroja.

Alven, el mayor de los tres, se metió con ella.

— Aquí estamos, en el medio de la nada y...¿qué hace Felicia?

Rolén chasqueó los dedos.

— ¡Maquillarse, naturalmente!

— Callaos, vosotros dos —les espetó Felicia—. ¿Acaso no sabéis que a los Vigilantes les gustan las mujeres hermosas?

— ¡Por supuesto que lo sabemos! —dijo Rolén—. De no ser por eso, ¡nunca habiéramos nacido!

Los tres se echaron a reír.

Girándose hacia su hermano, Alven dijo con voz pícaro:

— Espera a que llegue a la cueva, entonces verás lo que una sacerdotisa de Verzazyel puede hacer con el maquillaje, *¡hombre en la*

7 – El libro de las especias Néfilim

Ley! Estará tan deslumbrante que el Vigilante saldrá de un salto de la cueva y nos la arrebatará.

— Padre solía decir que pensaba que no había otra mujer en el reino que supiera más de maquillaje que madre —dijo Rolen—, pero cambió de parecer cuando Felicia cumplió siete años.

Felicia mostró una de sus seductoras sonrisas y les guiñó un ojo.

— Como ya sabéis, es toda una ciencia.

— ¡Y tanto que lo sabemos! —respondieron los dos hombres a una voz.

Ella cogió un tarro de polvo negro y empezó a pintarse las pestañas.

Rolen se acercó a ella, sentándose a su lado.

— Escucha, gran sacerdotisa, ¿estás segura de que no puedo descender a la cripta sagrada contigo?

— ¡De ninguna manera, *hombre en la Ley!* Puedes entrar conmigo en la cueva y allí te mostraré las maravillas de la mente del Vigilante. Pero a la cripta debo descender sola.

— ¿Qué gracia tiene tener una hermana que es sacerdotisa de Verzazyel si sólo puedo ver lo mismo que cualquier otro peregrino?

—insistió Rolen.

— ¿Quién ha dicho que no verías más que cualquier otro peregrino, *hombre en la Ley?* —protestó Felicia—. Voy a iluminar la cueva y convertirla en un inmenso y resplandeciente campo de estrellas para vosotros. ¡No podréis creer lo que verán vuestros ojos!

— ¿Quieres decir que el campo de estrellas existe realmente? ¿No es sólo una leyenda? —preguntó Rolen.

— ¡Claro que existe! Pero sólo los iniciados pueden verlo. Déjame decirte que si hubierais venido con una caravana de peregrinos, nunca hubierais podido ver lo que os voy a mostrar.

Viendo que su hermano pequeño no estaba todavía satisfecho, Felicia continuó:

— Rolen, he estado preparándome para el poder que hay en esta cripta durante quince años. El Fuego que reina allí abajo es extremadamente

7 – El libro de las especias Néfilim

peligroso.

Ella dejó de ponerse maquillaje y se giró hacia su otro hermano:

— Las instrucciones son muy claras, si no he vuelto de la cripta sagrada tres horas después de haber descendido, marchaos.

— Acamparemos fuera de la cueva de Verzazyel para pasar la noche, Felicia.

Ella encogió los hombros.

— Si estoy muerta, no tiene sentido esperar.

— Si fallas y el Fuego te mata —preguntó Rolen—, ¿te encontrarán Ferippe y sus peregrinos allí cuando lleguen tres días más tarde?

— Probablemente no. La cripta se limpiará a si misma y se deshará de mi cuerpo de alguna manera —respondió Felicia.

Alven cambió de tema.

— Venga, Felicia, cuéntanos... Si triunfas, ¿qué es lo primero que harás cuando salgas de la cripta?

Felicia sonrió y continuó con su ritual de maquillaje.

— El oráculo dijo que si tenía éxito, habría un gran caballero a mi lado cuando saliese de la cripta. Yo lo besaré apasionadamente.

Rolen alzó una ceja.

— ¡No puedo esperar para conocerlo! ¿Y si fuera un gigante que Verzazyel manifestase para ti en la cueva?

Felicia se echó a reír tontamente, al imaginarse a sí misma casada con uno de los gigantes Néfilim.

— ¡Todos lo celebraremos! —dijo Alven—. He traído gran cantidad de cierto plato que conoces muy bien, Felicia, lo suficiente para satisfacer al gigante.

— Alven —dijo ella—, *¿eres un amor en la Ley!* ¿Pepinillos encurtidos en miel?

— Sí, *¡mujer en la Ley!* Con salsa de canela, naturalmente...

— ¡Atención! —gritó Rolen—: ¡Una serpiente!

Una enorme cobra se deslizaba silenciosamente hacia una de las bolsas.

7 – El libro de las especias Néfilim

— ¡Rápido! —gritó Alven—, ¡tu bastón para caminar!

— ¡No! —intervino Felicia—, ¡no la mates! —usando la Voz, empezó a proyectar el sonido “ooooh”. La serpiente se quedó inmóvil al instante. Los dos hermanos miraban asombrados. Lenguas rojas de luz salieron de la boca de Felicia.

Elevando su Voz, entonó un himno de su Ley:

“¡Salve Verzazyel, formidable entre los Vigilantes!

¡Salve Verzazyel, domador del Fuego!

¡Salve Verzazyel, poderoso ángel, fiebre del cielo!

Preparada para vuestra gloria deslumbrante,

¡Vengo a vos, Verzazyel!

Permíteme ascender a vuestra esfera o morir.

Permíteme casarme con vuestro Fuego o morir.

Permíteme conquistar vuestro poder o morir.

Escucha mi Palabra, ¡Oh, Verzazyel! ¡Responde a mi llamada!”

La serpiente se había girado lentamente hacia Felicia.

— Sssss... —Felicia proyectó un largo sonido sibilante y la serpiente dio media vuelta y se marchó deslizándose, desapareciendo de su vista con rapidez. Rolén y Alven se quedaron mudos de asombro.

— Encontrarse con una serpiente en el camino hacia la cueva del Vigilante es uno de los mejores augurios de Akibel —les informó Felicia.

Alven se acercó a una de sus bolsas y extrajo un tarro con un remedio de hierbas.

— ¿Quién necesita un Cazador con una mujer como ésta cerca?

Rolén parecía pensativo.

— ¿Es esto en lo que consiste el poder de los Vigilantes?

— ¡Esto no es nada comparado con el poder de la cueva! —sonrió a su hermano—. Ahora, ¿por qué no descansáis un rato? Yo voy a dar una vuelta de reconocimiento rápida por el cañón vecino.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada, observando después cómo se marchaba.

7 – El libro de las especias Néfilim

— *Salve Verzazyel, ¡yo vengo a vos!* —susurró—. He estado esperando este momento toda mi vida! Quiero conocer, Verzazyel. Quiero conocerte.

7.2 Muerte ritual.

Había inspeccionado concienzudamente el terreno. Era ideal. El estrecho cañón era el único camino que mis adversarios podían tomar. Era extremadamente rocoso, de manera que cuando saltase sobre ellos no tuvieran oportunidad de escapar. Las líneas de tierra locales eran perfectas para extraer gases tóxicos de Dragón. Había localizado también todos los pozos de veneno soporífero, por si acaso tenía que recurrir a formas de actuar más violentas. Sin embargo, esto era poco probable, pues los gases de Dragón que había debajo de aquel lugar hubieran sido suficientes como para neutralizar una compañía entera de la armada del rey. Pero, tal y como Marek me había repetido hasta la saciedad durante meses: *¡Nunca subestimes al enemigo!*.

Por medio del olfato y otros canales de visión de la oscuridad visible, había comprobado que ningún otro grupo de peregrinos Néfilim podría acercarse al área elegida a la hora planificada para la acción. Aparte de los tres Néfilim que se aproximaban, las únicas almas que había en las cercanías eran una masa de serpientes en la distancia y unas pocas ratas del desierto aquí y allá. Había sintonizado meticulosamente con los tres peregrinos elegidos, dos hombres y una mujer. Sus niveles de vitalidad eran bastante mediocres y su olor no era en absoluto el de gente peligrosa.

Se movían despacio, con dificultad para soportar el calor del desierto, o eso parecía. En total tenían cuatro piedras blandas y sólo una de ellas podía ser remotamente calificada como un arma, nada de lo que tuviera que preocuparme.

Aun así, mi plan era neutralizar inmediatamente el portador del objeto. La duración estimada de la acción completa era de menos de veinte segundos.

7 – El libro de las especias Néfilim

Había sellado mi energía de forma que era totalmente imposible localizarme. Esto era un pequeño juego con mis amigos del Monte Lohrzen. Sabía que cuando los sensores indicasen que era totalmente indetectable, Marek el indestructible estaría complacido. Sabía exactamente cómo sería su sonrisa.

Todo estaba preparado, me había quitado mi capa marrón para poder disfrutar de la completa libertad de movimiento que me proporcionaban las prendas negras de los Guerreros, y esperé, escondido detrás de grandes rocas, preparado para saltar sobre mi presa como una pantera.

Entonces algo increíblemente afortunado sucedió. Dos de los peregrinos se detuvieron. Sólo el tercero, la mujer, continuó su camino hacia el lugar indicado. Y la piedra blanda que ella llevaba no era aquella que podía ser usada como arma. Parecía demasiado bueno para ser cierto.

“Quizá va en misión de reconocimiento”, pensé, *pero... ¡sospecha siempre un posible truco!* Percibí con mi olfato los dos peregrinos que habían quedado atrás, pero, ¡por el Inframundo! parecía que iban a echarse una siesta. Busqué la posible presencia de todas y cada una de las armas secretas que me habían enseñado, pero no había ni rastro de ninguna de ellas.

No podía creer mi suerte, así que agradecí a Ella Dragón su buena ayuda y simplemente esperé. De acuerdo con el olfato, el enemigo llegaría al área designada en menos de diez minutos.

“¡Esperar es un arte!” había dicho Marek a menudo: “Muchos guerreros han sido destruidos por la espera. Multitud de peligros acechan al que espera... puede empezar a pensar demasiado, impacientarse o perder su vigilancia”.

Me sostuve en el modo de esperar de los Guerreros —*cero pensamientos, sólo Dragón*, una conciencia periférica que abarca todos los parámetros de la situación—. Me hice inmenso como el Dragón. Podía sentir a los dos peregrinos que dormían en la distancia

7 – El libro de las especias Néfilim

como si estuviesen en mi regazo, y la roca que me rodeaba, con todas las líneas de gases y pozos de veneno, y a mi objetivo aproximándose... cada vez más cerca...

En el instante en que la mujer caminó sobre la línea nociva, vertí una bocanada de gases tóxicos en su cuerpo y salté hacia ella, proyectando un chillido agudo con la Voz para inmovilizarla más todavía. Aterricé justo frente a ella y mis puños la derribaron instantáneamente con una doble “salida barata”—simple, pero la manera más eficiente de dejar inconsciente a un profano.

Ella cayó con suavidad al suelo. Salté para realizar la parte final de la danza negra, en la que las cuarenta puertas energéticas negras iban a ser golpeadas en menos de cinco segundos. Sintonicé con la fuente clara y ...

“¡No! No voy a matar a esta mujer”.

Fue simple y límpida, como toda verdad proveniente de la fuente y se sustentaba en la roca de toda la cadena montañosa. La certeza era total, sin asomo de la más leve vacilación o duda. Mientras caía de nuevo al suelo, con un pie a cada lado de su cuerpo, bajé los puños y le eché un rápido vistazo. Era una mujer joven de complexión mediana. Tenía una larga y magnífica melena pelirroja. Mis ojos fueron inmediatamente atraídos hacia la pequeña piedra blanda que llevaba por medallón en el pecho, sobre su vestido azul turquesa. Marek me había ordenado traer de vuelta un trofeo. Así que tomé el medallón y lo puse alrededor de mi cuello. Entonces me levanté y me marché.

“¿Qué estoy haciendo? ¡Esto es completamente ridículo! ¿Estaré siendo engañado por una de las armas secretas Néfilim?” Recuperando la energía de la danza negra, volví a saltar hacia ella, preparado para golpear.

Pero, tan pronto como aterricé a su lado, la misma límpida certidumbre regresó a mí. No había ningún arma secreta escondida, sólo pensé: “¡No! ¡No voy a matar a esta mujer y punto!”

7 – El libro de las especias Néfilim

La miré de nuevo rápidamente. “¡Es preciosa!” Estaba perplejo. Pensaba que todas las muchachas Néfilim eran enormes, feas y apestosas, como las hermanas de Bobros.

Ella estaba completamente intoxicada de gases de Dragón. “¡Qué buen trabajo he hecho! Estará tan enferma como un perro del Inframundo por lo menos durante una semana. Quizá incluso muere”. Pero, desde la fuente clara, no quería que muriese por mi culpa. Así que aparté su cuerpo de la línea de tierra tóxica y empecé a masajear suavemente sus puertas energéticas, disipando la energía de los gases y aumentando su vitalidad. Obviamente estaba bastante cansada a causa de la caminata. Y su hígado no parecía aguantar demasiado bien el calor. Permitiendo que el Dragón fluyera a través de mis manos y utilizando frecuencias de Voz, empleé algunos minutos en reequilibrar sus meridianos.

Mi mente protestó: “¡Esta situación es absurda! ¿Qué le voy a decir a Marek? ¿Que he utilizado sus enseñanzas para sanar a uno de los Néfilim?” Pero, guiado por la fuente clara arriba y el Dragón abajo, mis manos continuaron corriendo sobre ella en el más puro estilo de sanación de los Guerreros. La respuesta de su cuerpo a la brisa de Dragón era excelente. Podía ver el color de sus circulaciones energéticas cambiando a cada minuto. Aunque estaba a punto de recuperar el sentido, decidí seguir, pues casi había acabado de limpiar la repugnante energía que había estado atrapada en su hígado durante algún tiempo.

Cuando abrió los ojos —grandes ojos azules de la gente de las tierras del norte— estaba completamente aterrorizada. Silencié sus labios rojos con mi dedo índice.

— ¡Shhh! Permanece inmóvil durante dos minutos más y todo estará bien.

Ella no se movió. Tras unos segundos inspeccionando las seis direcciones del espacio, cerró fuertemente los ojos, escondió la cabeza entre los hombros y se hizo la muerta.

7 – El libro de las especias Néfilim

Continué trabajando en su energía durante un rato más. Después me levanté y me marché.

Pronto mi mente volvió a la carga: “Esto es total, completa e imperdonablemente ridículo!” Pero sosteniéndome en el espacio de *cero-pensamientos-sólo-Dragón*, seguí caminando.

7.3 Pesadilla negra.

Con la cabeza todavía escondida entre los hombros, Felicia finalmente abrió los ojos. Miró a su alrededor y, como todo parecía estar en calma, fue valiente y decidió sentarse. Nadie a la vista. Entonces se levantó de un salto y empezó a correr hacia sus hermanos como un tornado tropical.

Transportada por las alas del pánico salió disparada, corriendo tan rápido a través del cañón que cayó varias veces, pero ni siquiera sintió el dolor.

Cuando llegó al campamento improvisado gritó:

— ¡Rolen, Rolen! —y se arrojó en los brazos de su hermano.

— ¡Felicia! ¿Dónde has estado?

Felicia resollaba intensamente. Al principio, lo único que pudo hacer fue sollozar.

Abrazándola con fuerza Rolen intentó consolarla.

— ¡Felicia! ¿Qué ha pasado? —preguntó Alven— ¿Has visto a alguien?

— ¡Un hombre negro! —fue capaz de gritar entre temblores— ¡Un “pesadilla negra”!

Golpeando su mano izquierda con su puño derecho, Alven exclamó:

— ¡Maldita sea! ¡Justo lo que necesitábamos! ¿Viene hacia nosotros?

— No lo sé. ¡Me atacó! Me robó el medallón y se fue.

Rolen dio un respingo.

— ¿Qué? ¿Quieres decir que acabas de ser atacada por uno de los “pesadilla negra”?

7 – El libro de las especias Néfilim

Felicia asintió y se arrebujó más todavía en el abrazo de Rolen, abrazándose a él lo más fuerte que podía.

Alven y Rolen intercambiaron una mirada, perplejos. En aquella área, los peregrinos Néfilim que se encontraban con un “pesadilla negra” raramente vivían para contarlo.

— ¿No sería otra persona?

— ¡No! —gritó—. Era uno de ellos, ¡lo sé! —Todavía luchaba por recuperar el aliento—. Una maquina de matar grande y fea vestida de negro con una gorra en su cabeza. Puro músculo, ni un gramo de cerebro y frío como si acabase de exterminar toda una caravana de peregrinos.

Alven examinó los rasguños de sus brazos.

— ¿Luchaste con él?

— Algo así. Quiero decir, no, realmente no. Le ha hecho algo a mi energía.

— ¿Qué?

— Me obligó a permanecer tumbada e inmóvil y puso algo en mi interior con sus manos.

Alven y Rolen provenían de una casta de médicos. Alven hizo que Felicia se tumbase en un delgado colchón que era parte de su equipamiento de acampada e inspeccionó sus puertas energéticas. Tras un minuto sacudió la cabeza y suspiró.

— Felicia, esto no tiene ningún sentido.

Felicia estaba empezando a recuperar algo de cordura.

— ¡Dime! ¿Qué ha arrojado en mi interior?

Alven la miró en silencio. Tras inspirar profundamente dijo:

— Felicia, aquellas hierbas para el hígado que te he estado dando durante los últimos seis años... o bien empezaron a funcionar repentinamente la noche pasada o...

— ¿O qué? —preguntó ansiosa.

— O acabas de ser operada por un maestro cirujano. Tu hígado está completamente limpio —concluyó Alven.

7 – El libro de las especias Néfilim

Rolen frunció el ceño, con la mirada fija en Felicia.

Nadie habló durante un tiempo. Entonces, Felicia insistió:

— Estoy *segura* de que ha vertido una influencia en mi cuerpo. Podía sentirlo mientras lo hacía.

Cuanto más auscultaba sus puertas energéticas, más desconcertado se sentía.

— O se me está escapando algo o...

Felicia estaba a punto de perder los nervios.

— ¿O qué?

Alven elevó la voz como hacía durante las discusiones familiares.

— ¡O desearía verter influencias como ésta en mis pacientes! Nuestra familia sería rica —respiró profundamente y emitió su diagnóstico—: Felicia, acabas de recibir una inyección espléndida de fuerza de vida. El hombre con el que te has encontrado era un sanador de primera, no un “pesadilla negra”.

— ¡Bobadas! —gritó a su hermano—. ¡él me atacó!

Adoptando una actitud conciliadora, Rolén apuntó:

— Bueno, también hay médicos entre los gorras negras de Monte Lorzen.

Pasándose la mano por los pocos cabellos de su cabeza, Alven hizo una mueca de perplejidad:

— Rolén, los “pesadilla negra” *matan* a los Néfilim, no los curan.

Rolén se sentó y bebió agua.

— Si hay pesadillas negras por aquí, ¡tenemos un grave problema! ¿No nos habían dicho que en esta época del año rara vez salen de su montaña?

Girándose hacia su hermana, Alven preguntó con sarcasmo:

— Oh, gran profetisa, ¿no te había dicho tu oráculo que todo iría bien en este viaje?

— ¡Ah! ¡No empieces de nuevo! —ella lo fulminó con la mirada—. El oráculo dijo que todo saldría bien *al final*.

7 – El libro de las especias Néfilim

Alven se echó las manos a la cabeza.

— De todas formas, visitar la región de las Tierras Rojas solos, sin Cazadores que nos protegieran, ¡ha sido una idiotez!

Felicia le devolvió el disparo:

— ¡De acuerdo, señor sabelotodo! Dinos pues... cuando llegáramos a la cueva de Verzazyel con otros cien peregrinos, ¿cómo esperabas que encontrase la prohibida cripta sagrada y despertase el poder de los Vigilantes sin que nadie se diese cuenta?

— ¡Paz, mis queridos hermanos en la Ley! ¡Paz! —interpuso Rolen—. Ahora es el momento de utilizar todos nuestros recursos y planificar cuidadosamente nuestro siguiente movimiento. Felicia, ¿cuál es el camino más corto para alcanzar la cueva desde aquí?

— El cañón de la izquierda.

— ¿Estás segura? Yo iría más bien a la derecha.

— De ninguna manera, *hombre en la Ley* —Felicia fue tajante—. ¡A la izquierda!

7.4 La cueva de Verzazyel el Vigilante.

Aparte de los tres peregrinos que había dejado atrás, había localizado por lo menos otros dos grupos vulnerables que parecían estar poco protegidos y podrían haber sido diezmados en un instante. Pero me encontré pensando: “¡Brillante! Esta es justamente la leyenda que quiero iniciar, ¡el Gran Guerrero que fue de caravana en caravana sanando basura Néfilim en vez de matarlos!” Ya podía ver a Pelissor contando la historia a todos los hermanos congregados en el comedor. Odiaba imaginar la conclusión.

La situación era tan absurda que decidí que probablemente pensar no era la mejor manera de resolver el problema. *Cero pensamientos, sólo Dragón*, caminé a través de los rojos cañones, dejando que la fuente clara dirigiera mis pasos.

La cueva de Verzazyel seguía volviendo a mi mente. No era simple curiosidad, había escuchado muchas historias asombrosas sobre su

7 – El libro de las especias Néfilim

poder. Todo el mundo coincidía en afirmar que la cueva contenía profundos secretos. ¿No había dicho Amaran que la cueva probablemente escondía magia que podría traer a Vivyani de vuelta? ¿No había ganado Lohrzen todos sus poderes aprendiendo de Verzazyel en la cueva? Si tantos peregrinos del norte arriesgaban su vida para visitarla, seguramente había algo por descubrir en aquella cueva.

Desde la fuente, finalmente decidí: “La única instrucción clara que me dio Gervin fue volverme peligroso. Me dejaré ir a encontrar el peligro en la cueva”.

La cueva de Verzazyel, ¡el ardiente ángel! Mi Dragón vrufegó con excitación.

Inspeccioné cuidadosamente con el olfato todos los grupos Néfilim que había en el área. Ninguno llegaría a la cueva por lo menos hasta dentro de una semana. Los más cercanos eran los tres peregrinos que había dejado atrás y todavía tardarían dos días en llegar. Por lo que podía percibir en la oscuridad visible, acababan de encaminarse en la dirección equivocada y estaban a punto de perder otro día.

Haciéndome más astralmente invisible que nunca, empecé a correr hacia la cueva. Gracias a las muchas descripciones que había escuchado en el comedor de Monte Lohrzen, tardé menos de dos horas en llegar hasta allí.

La entrada de la cueva de Verzazyel no estaba a demasiada altura en el precipicio. Estaba flanqueada por dos altas rocas con forma de flauta —marcas inequívocas, merecidamente famosas. Antes de escalar dediqué unos minutos a bailar para presentar mis respetos a la Gran Ella Dragón de las Profundidades y coger ánimos.

Después subí corriendo por un callejón excavado en un lado de la roca y en un instante me encontré a la entrada de la cueva. Cuando miré en su interior quedé muy sorprendido y bastante decepcionado. Era una pequeña cueva, de apenas treinta legítimos pies de ancho y menos de diez legítimos pies de alto. Y estaba completamente vacía. No sentí

7 – El libro de las especias Néfilim

ninguna energía excepcional, a pesar de haber buscado las reconocibles señales astrales de todas las armas ocultas que me habían sido enseñadas. No parecía haber siquiera una puerta de Dragón en la cueva.

“*¡Alabada sea Ella Dragón, Madre de la Noche Sin Fin!*“, grité, preguntándome si me respondería el eco.

Nada. Así que me senté en el medio de la caverna y empecé a practicar el aliento del Dragón. “¡Es la brisa de siempre!” pensé con humor ligeramente desencantado. Cerré los ojos, disfrutando de la gozosa energía de mi Madre Dragón.

Pero, unos minutos después, cuando volví a abrir los ojos, percibí una abertura en la pared derecha de la cueva. Sorprendido, me levanté de un salto y caminé hacia allí. ¡Hete aquí! Había un pasillo bastante grande que me llevó a una escalera curvada que conducía hacia arriba. Estaba iluminada por algún tipo de luz difusa. Pero no había pless en las paredes. ¿De dónde venía la luz?

¿Qué Inframundos estaba pasando allí? Al llegar a la cueva, la había inspeccionado de cabo a rabo. Me parecía inconcebible haber pasado por alto aquel pasillo. Así que salí de la cueva, inspiré profundamente, aleteando mis orificios nasales y entré de nuevo. Nada había cambiado. Todavía era la misma cueva con tres paredes vacías y una abertura a la derecha.

Anclé mi fuente clara en la roca de la montaña; tenía que decidir qué hacer. ¿Había peligro? Utilizando mis habilidades perceptivas más agudas, *Dragón abajo, Dragón arriba*, este lugar estaba muerto. Vacío de presencia. No había gente, tampoco seres ni ningún tipo de energía aparte del basalto rojo de la cadena montañosa. Sin embargo, aquel corredor salido de la nada... se parecía mucho a las increíbles historias que había escuchado sobre la morada de Verzazyel.

Salí de la cueva y miré durante un minuto mi puño izquierdo. Manteniendo el antebrazo semi—flexionado, abrí y cerré lentamente mi mano varias veces. Entonces, *cero pensamientos, sólo Dragón*,

7 – El libro de las especias Néfilim

regresé a la caverna y entré en el pasadizo.

7.5 Eisraim, capilla del Águila Blanca.

Diecisiete mujeres, todas ataviadas con la larga túnica del águila Blanca, se habían reunido en la capilla. Tras invocar la luz del águila con sus himnos, estuvieron largo tiempo meditando.

Finalizando la práctica, Teyani se levantó y anunció con gran coraje:

— Os he llamado hoy porque el águila Blanca me ha enviado la señal. Ha llegado el momento de que otra de vosotras descienda y conozca las pruebas del Inframundo.

Las jóvenes mujeres esperaron en silencio hasta escuchar quién sería nombrada.

— Alcibyadi será la siguiente en descender —dijo.

Alcibyadi sonrió serenamente, brillando con la Blanca Luz del águila. Las otras no sonrieron, pues sabían demasiado bien lo que significaba. En los últimos años, ocho sacerdotisas habían descendido y ni una sola había regresado.

La reunión en el templo continuó bajo la sublime luz del águila. Cuando terminó, todas las mujeres abandonaron el lugar excepto Alcibyadi.

— Cuidaré de tu cuerpo yo misma, hija mía —dijo Teyani con gran suavidad—. Con todo mi arte, *con todos los poderes que me ha concedido el águila*, te doy mi Palabra, Alcibyadi, haré todo lo que esté en mi mano para traerte de vuelta.

— Lo sé —Alcibyady la miró con la luminosidad del águila y continuó sonriendo—. Te quiero, Teyani.

Teyani caminó hacia ella y la tomó en sus brazos. Sintonizando con lo más alto, rezó en silencio: “¡Oh, águila Blanca! ¡No nos abandones, por favor!”

Pero Alcibyadi no se hacía ilusiones. La muerte estaba esperándola en el Inframundo.

7 – El libro de las especias Néfilim

— ¡Que el águila Blanca me lleve! —dijo entregándose.

7.6 La cueva de Verzazyel —la danza cósmica.

La primera escalera me había conducido a otro pasillo que, a su vez, me había conducido a una segunda escalera, esta vez descendente. Después de al menos doscientos escalones llegué... ¡a otro pasillo! Seguí caminando en la plateada y difusa luz que venía de ninguna parte, de escalera a pasillo, de pasillo a escalera, sin encontrar estancia alguna, puerta o cruce. ¡Por lo menos no había que elegir! Pero, tras caminar durante casi dos horas, empecé a preguntarme si realmente iba a alguna parte. Los escalones a veces me llevaban hacia arriba, a veces hacia abajo, y todos los pasillos eran exactamente iguales. No había presencias ni energías concretas, y tampoco puerta de Dragón al alcance de mi percepción.

Pensando que estaba haciendo algo mal, dejé de caminar. Y mientras me sentaba en el medio de un pasillo, me vino a la mente que el primer pasillo había aparecido de la nada tras cerrar los ojos y meditar en el aliento del Dragón. Así que cubrí mi cabeza con la capucha de mi túnica marrón, adopté la postura de meditación y empecé a practicar el aliento de Dragón de nuevo.

Tras dedicar varios minutos saboreando la brisa de mi Madre, volví a abrir los ojos, preguntándome qué iba a descubrir. Y, para mi gran sorpresa, vi... ¡el mismo pasillo! “¡Qué lógico y consistente!” pensé. “Esto es lo que el aliento de Dragón produce en este lugar, abre pasillos. Ahora, ¿qué más puedo intentar? ¿Un ritual, quizá?”

Me senté como si estuviera frente al altar de Ganá en el templo de Eisraim. Como no tenía altar, coloqué mis manos delante de mi corazón haciendo el gesto llamado “sosteniendo la llama” y empecé a recitar la invocación:

*“¡Ha Ganá! ¡Lobatchen Zera!
¡Hera, Ganá! ¡Simayan ho Zera.”*

7 – El libro de las especias Néfilim

Después continué salmodiando el gran mantra de Ganá:

“Nama Ganá, Nama Ganá, Ganá Ganá, Nam Nam.”

Pero tras unos minutos empecé a sentirme excesivamente cansado. Al principio intenté ignorar la ola de somnolencia —¡la cueva de Verzazyel era definitivamente el lugar menos idóneo para quedarse dormido!— Pero pronto se volvió irresistible.

“¡No!” pensé, “¡oh, Gervin, ayúdame! ¡No dejes que me vuelva a dormir y pierda otra iniciación más!” Luché con toda mi fuerza, invocando a la fuente. Pero el sueño tomó el control y me derrumbé sobre el suelo.

Gracias a Nuestro Señor Melquisedec, dormí durante muy poco tiempo. Me desperté recordando un vívido sueño —uno de esos sueños repleto de largas secuencias de eventos, a pesar del hecho de que duran sólo un minuto o dos.

Había soñado que caminaba por uno de los pasillos y que me encontraba con un hombre alto vestido de negro como los Grandes Guerreros. Nunca antes lo había visto, pero parecía conocerme. Me miró fijamente:

— Estás buscando a Vivyani, ¿verdad?

Me quedé atónito.

— Verzazyel me ha dicho que venías —explicó. Después apuntó hacia el final del pasillo y dijo—: ¡Ve en aquella dirección!

Cuando alcancé el final del pasillo, encontré una habitación inmensa llena de luz. Cientos de antorchas alumbraban las paredes. Y, ¡hete aquí! allí estaba la mujer Néfilim de larga melena pelirroja, aquella misma que había encontrado en el cañón dos días antes. Ella daba vueltas por la habitación y parecía muy impaciente.

— ¡Szar! —dijo con tono de reproche—, ¿Dónde has estado? ¡Te he estado esperando durante cuatro días! Casi no me encuentras, estaba a punto de irme.

— ¿Cuatro días? ¿Pero cómo sabías que venía?

7 – El libro de las especias Néfilim

— Verzazyel me lo dijo. Me dijo que estabas buscando a Vivyani.
¡Vivyani!

— ¿Me puedes decir dónde está? —pregunté con ansiedad.

Ella ahuecó sus manos y las dirigió hacia un altar que había en un lado de la habitación.

— Haré una profecía para ti. Pero Verzazyel ha dicho que ahora tengo que enseñarte a bailar.

— ¡Bien! —exclamé gozoso—, ¡*me encanta* bailar!

— Lo sé, Verzazyel me lo dijo. ¿Me mostrarás cómo lo haces?

Alabé a mi Madre de la Noche Sin Fin y empecé a ejercitar la danza negra. El lugar era especial. Me sentía tan ligero que a veces ni siquiera tenía que tocar el suelo con los pies entre dos secuencias de movimientos. Podría haber aniquilado un batallón enemigo entero en un segundo. Pero me di cuenta de que la mujer hacía una mueca dudosa.

Me detuve.

— ¿No lo estoy haciendo bien?

— Szar, eres sin duda un experto en esa danza pero —dudó—, ¿realmente piensas que ésta sería la manera adecuada de bailar con Elyani?

Tenía razón. De alguna manera no podía imaginarme a Elyani bailando la danza negra. Me quedé muy abatido.

Ella puso su mano en mi brazo y habló con una ternura que no había oído en muchos meses.

— No, ¡no estés triste! Te enseñaré, hay muchas otras maneras de bailar.

— ¡Oh! —me di cuenta—. Has encontrado tu medallón.

El escote de su largo vestido azul destacaba el colgante en su pecho. Me sorprendió de nuevo lo bella que era.

Ella me hizo señas con sus manos.

— Venga, ¡sígueme!

7 – El libro de las especias Néfilim

Empecé a moverme con ella, y fue mágico. Su estilo era tan puro como el de la danza negra, pero fluido y claro como los ríos de la vida de los Inframundos encantados. Me sentía tan eufórico como cuando danzaba en la cima desnuda de Monte Lohrzen.

Pero pude ver que la mujer no estaba complacida con mi forma de bailar.

— ¿Lo estoy haciendo mal?

— Tus movimientos son buenos, pero se supone que debes mirarme a los ojos.

Le agradecí su consejo técnico. Tal y como había aprendido en mi entrenamiento de luchador, uno siempre debe ser agradecido cuando alguien corrige tus errores. Intenté recordar cada uno de los movimientos, para poder repetir el baile con Elyani cuando nos reuniéramos.

Pronto me di cuenta de que la mujer tenía razón, mantener contacto visual hacía del baile algo todavía más embriagador. Seguí moviéndome con ella y de pronto me encontré riéndome, como si acabase de beber de los ríos de la vida.

— ¡Me encanta! —dije—. ¡Me encanta, me encanta!

Ella se echó a reír conmigo.

De repente me di cuenta de que ya no estábamos bailando en el salón sino en el medio de una gran llanura inundada de rayos de sol. Era un lugar extraño y hermoso sin apenas niebla, como el mundo de los dioses. La Naturaleza, hija de mi Madre Dragón, bailaba jubilosa con nosotros. Entonces escuché la música. Era sublime, ligera y profunda a la vez y parecía provenir de todas partes. Danzamos durante horas. Los tonos melodiosos parecían no acabar nunca, subiendo y bajando con nosotros, otorgando significado a cada uno de los movimientos. Cada vez que sentía un aumento de gozo, el corazón de la mujer destellaba con luz. Y a su vez, su gozo se reflejaba en mi corazón. Esto me hacía sentir tan inmenso que la llanura no era lo suficientemente grande para contenernos y, ¡hete aquí!, la luz del Sol

7 – El libro de las especias Néfilim

fue sustituida por la profundidad infinita del espacio. Nos encontramos bailando en un campo de estrellas y la mujer no podía para de reír. Las melodías celestiales aumentaron de volumen cada vez más a medida que las notas parecían alcanzar nuestro interior desde cada una de las luces del cielo. Y entonces...

Entonces me desperté en el pasillo.

Lo primero que hice fue escanear la energía a mi alrededor. No había nada perceptible en la oscuridad visible. El lugar parecía completamente vacío.

Me senté. “*¡Mi Buen Señor Melquisedec!* ¿Tenía realmente que acabar este sueño?” Cerré los ojos de nuevo, esperando encontrar el campo de estrellas y mi bailarina amiga.

Pero la magia se había desvanecido. “*¡Olvidé preguntar su nombre!*” pensé, tocando el medallón que le había robado en el cañón.

Me levanté y durante unos segundos repetí alguno de los movimientos de la danza para fijarlos en mi memoria. Con un largo suspiro, caminé hacia el final del pasillo. Había una escalera circular de treinta y siete escalones, cuya parte superior conducía a otro pasillo.

Tras varias escaleras que me dirigían invariablemente al mismo tipo de pasillo, finalmente pensé: “*¡Ya basta!*” Sintonicé con la fuente clara y dije con toda mi fuerza: “*¡Verzazyel! ¡Oh, Verzazyel, maestro de Lohrzen, que fundó la orden de los grandes Guerreros! ¿Qué quieres que encuentre en tu cueva? ¿Adónde quieres conducirme?*”

Se produjo una respuesta inmediata. No hubo ningún sonido o luz concreta y tampoco una onda en la oscuridad visible. El pasillo era el mismo y nada a mi alrededor había cambiado. Pero desde la fuente clara *supe* que había sido contestado y que algo me esperaba un poco más adelante en el laberinto. Inmediatamente me puse en marcha. Hubo otro tramo de escalones descendentes. Al llegar al fondo, olfateé una presencia en la habitación que se abrió ante mí al final del pasillo que tenía delante.

7 – El libro de las especias Néfilim

¡Qué ilegítimamente sorprendente! Había una presencia y yo no la había sentido, a pesar de que había extendido mi percepción millas a la redonda a través de la oscuridad visible.

Inmediatamente elevé mis puños e inicié los lentos movimientos de la danza negra, volviendo a extender mi percepción a mi alrededor. Por lo que podía sentir, sólo había una presencia. Un Néfilim, una mujer. No era de una casta peligrosa. Sujetaba un arma de piedra blanda en su mano, ¡pero la sostenía boca abajo! Si la tomaba por sorpresa, sus oportunidades de hacer estallar el mecanismo eran mínimas. “Espera un segundo”, me detuve en seco, “¡conozco esta presencia!” y abandonando la actitud de la danza negra, caminé en línea recta atravesando el pasillo y entrando en la habitación, una pequeña cripta. Y allí estaba ella, la mujer pelirroja con la que había estado bailando en el campo de estrellas. Estaba tumbada de espaldas sobre el suelo.
— ¿Qué haces aquí?

Blandiendo la piedra blanca, gritó:

— Si te acercas a mí, ¡estás muerto!

“Aquí hay algo muy raro”, pensé, “sólo llevo dos horas en esta cueva y esta mujer y sus dos amigos no debían llegar hasta pasados tres días”.

Ella sostenía el arma boca abajo. No existía apenas riesgo de que pudiese dañar a alguien, pero no era necesario decírselo.

— ¿No te matarías a ti misma si hicieses explotar la piedra? —señalé.

— Ya me estoy muriendo. No tengo nada que perder. Y tú, zurullo de Dragón, estás aquí para morir conmigo.

— ¿Qué quieres decir con eso de que te estás muriendo? —exclamé, recordando cuán cálido sentía su cuerpo mientras bailaba con ella, hacía sólo un momento. Pero en cuanto di un paso hacia ella, amenazó con activar el arma. Más que fiera, parecía estar exhausta. Temblaba de frío. Esta vez su largo vestido azul estaba abrochado hasta la garganta, escondiendo el medallón sobre su pecho.

7 – El libro de las especias Néfilim

— ¡De acuerdo! —pretendí tomar en serio su amenaza—. No me moveré pero, ¿me dirás qué te ha pasado?

No contestó.

— ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté.

Tras un silencio, dijo:

— Cuatro días.

¿Cuatro días? ¡Horrible Inframundo! Si decía la verdad, esto significaba que yo llevaba en la cueva por lo menos siete días. ¡Y yo que pensaba que sólo había estado aquí dos horas! Empecé a sentirme incómodo, lo que me hizo decidir que era hora de pasar a la acción.

— ¡Veo que has encontrado tu medallón! —dije para provocar medio segundo de confusión en su mente. Salté hacia ella, golpeando al instante tres puertas energéticas en su antebrazo. Antes incluso de que ella empezase a gritar de dolor, la piedra blanda estaba en mi mano. La aplasté, haciéndola inservible y la lancé lejos.

La mujer no se había movido. Además de estar derrotada, también parecía haberse quedado paralizada. Grandes lágrimas de dolor se deslizaban por sus mejillas.

— Lo siento, no quería hacerte daño —empecé a decir, para después darme cuenta de que era un comentario bastante tonto. Me arrodillé cerca de ella y con mi tono de voz más suave le dije—: Escucha, ahora que ya no estás tratando de matarnos a los dos, no tengo ningún motivo para hacerte daño. ¿ Me dejarías por favor ayudarte?

No hubo respuesta. Parecía tener dificultades para permanecer despierta. Comprobé rápidamente a través de la oscuridad visible que no hubiese ninguna otra presencia en los alrededores. Pregunté de nuevo:

— ¿Me permites *por favor* echarle un vistazo a tu energía? No te tocaré si dices que no.

No dijo que sí. Me miró fijamente, preguntándose por qué estaba hablándole suavemente en vez de matarla.

7 – El libro de las especias Néfilim

Tomé su brazo izquierdo y disipé con rapidez la onda paralizadora que había infligido en sus puertas energéticas. Entonces, sintiendo los centros vitales principales, exclamé:

— ¡Oh, mi señor Melquisedec! ¿Qué te ha sucedido?

Su fuerza vital había sido acribillada por algo inmundo, un arma o energía de una clase que nunca había conocido.

Mientras mis manos se deslizaban de puerta energética en puerta energética, pregunté de nuevo:

— Escucha, si me pudieras decir qué te ha pasado, me darías la oportunidad de hacer algo más por ti.

Ella habló en susurros:

— Cometí un error. No me di cuenta...

— ¿Qué has hecho exactamente?

— Eso, ¡*nunca* lo sabrá la gente de tu templo!

— ¿Tus dos amigos también han sido heridos?

— No. Se han ido. Ya están lejos.

“Es realmente hermosa”, pensé, preguntándome cómo podía detener sus temblores. Pero desde lo más alto de la fuente clara, la certeza me golpeó como un rayo; ella se estaba muriendo *de verdad*. Tenía que hacerse algo inmediatamente. Secando las lágrimas de su cara con la manga de mi capa marrón, me acerqué mucho a ella. Miré en sus ojos.

— Necesito hacer que tu cuerpo duerma. ¿Me permites hacerlo? No te haré daño.

Ella dudó unos segundos y después asintió.

Sonriendo, proyecté suavemente sonidos de la Voz en los centros de la “salida barata” de su cuello. Conforme se cerraban sus ojos recordé que había olvidado preguntar su nombre.

La batalla comenzó. Sus puertas energéticas estaban en condiciones catastróficas. Ella necesitaba urgentemente una inyección de fuerza de vida, pero cada vez que proyectaba energía en su interior, las puertas energéticas principales parecían colapsar un poco más. Fui probando técnica de sanación tras técnica de sanación, particularmente los

7 – El libro de las especias Néfilim

métodos que contrarrestaban los efectos de las más graves explosiones de piedras blandas, pero nada funcionó. Ella se desvanecía.

“Oh, mi señor Melquisedec, inspírame!”

Empecé a preguntarme si algún poder nocivo estaría activo en la cripta. No podía sentir nada en particular pero, aun así, decidí llevar su cuerpo al exterior. En frente del pasillo que me había conducido hasta la cripta había otro. Tomando a la mujer en mis brazos, me apresuré. Recorriendo tan sólo tres pasillos y dos largas escaleras, me encontré en la cueva donde había comenzado.

Pero esta vez salí a través de la pared izquierda de la cueva. ¡El pasillo de la pared derecha había desaparecido! Eché un juramento, pero no tuve tiempo de detenerme y maravillarme. Salí corriendo al exterior y deposité su cuerpo en la terraza que había fuera de la cueva. Pero, cuando estaba a punto de continuar con las manipulaciones energéticas, recibí una fuerte y fea amenaza a través de la oscuridad visible; una gran caravana de peregrinos Néfilim, a la que acompañaban por lo menos nueve Cazadores, se estaba aproximando. Estaban peligrosamente cerca. A pocas horas de camino.

“¡Inframundo! ¿Cómo es posible? Cuando llegué aquí estaban por lo menos a una semana de camino”.

Entonces, otro repentino deterioro de la fuerza vital de la mujer me hizo darme cuenta de que la estaba perdiendo.

“Está acabada”, pensé. Recordando la orden de Marek de permanecer alejado de los cazadores, determiné con rapidez la mejor dirección en la que salir huyendo. Si no salía inmediatamente, sería prácticamente imposible esconder mi presencia de su percepción. De hecho había un serio riesgo de que ya me hubiesen localizado.

Justo cuando estaba a punto de echar a correr, una inquietante visión vino a mí.

Viviani.

En los Inframundos, me vi a mí mismo girarme de espaldas y marcharme, dejando a Viviani atrás. “Casi cada día de mi vida desde

7 – El libro de las especias Néfilim

entonces me he arrepentido de lo que hice en aquella caverna. Y ahora, ¿qué estoy a punto de hacer?”

Contemplé la larga melena pelirroja de la mujer.

En otro flash recordé la primera vez que había visto a mi maestro. él estaba rescatando a una persona moribunda. Si me hubiera girado de espaldas en aquel momento, ¿cuál hubiese sido mi destino?

El recuerdo del sueño de la dracónicamente maravillosa danza todavía estaba vivo en mi mente. Me senté al lado de la amiga de la que no conocía el nombre y pasé mis manos sobre su cuerpo, sintiendo su energía. Preguntándome de nuevo qué arma del Inframundo podía haber infligido tal daño en ella, consideré mis opciones. A no ser que la proyectase inmediatamente en estado de hibernación, estaba muerta. Pero la hibernación tampoco era la solución final. Además implicaba un chequeo constante de su fuerza vital, algo bastante incompatible con el hecho de estar huyendo, perseguido por nueve Cazadores Néfilim.

Y aun así, *Dragón abajo, Dragón arriba*, simplemente no podía abandonarla. Cuanto más la miraba, más claro lo veía.

Otra opción pasó rauda por mi mente, algo tan loco que me hizo hasta reír entre dientes. Pero cuando sintonicé con la fuente clara lo supe; éste era el camino. Las heridas energéticas como las suyas sólo podían provenir de la magia del Punto o quizá de los Dragones Voladores. Si pudiera mantenerla en hibernación hasta que los Cazadores alcanzaran la cueva, probablemente sabrían qué hacer. Pero en este caso, ¿por qué retrasarlo? ¿Por qué no llevar a la mujer en mis brazos y caminar directamente hacia la caravana Néfilim?

“¡Ja, ja, ja, ja, ja!”

Me levanté de un salto y eché a reír con gozo, alabando a la Madre de la Noche Sin Fin. Girándome hacia mi amiga, alcé la Voz y proyecté una gran intensidad sobre su cuerpo, para casi congelar por completo sus funciones vitales. Transcurrieron algunos minutos hasta que estuve satisfecho de los resultados. Sus principales puertas energéticas

7 – El libro de las especias Néfilim

estaban ahora blancas como la nieve.

Sin perder tiempo, la tomé en mis brazos, igual que tomé a Vivyani en mis brazos en los Inframundos de la enfermedad. Y mientras iniciaba mi descenso en la roca, las palabras regresaron: “*Una Ley, un camino. ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*”

Algo más abajo en el descenso del precipicio pensé: “Esta vez, ¡Marek se va a enfadar *realmente* conmigo!”

Seguí caminando.

7.7 La cita en el Cañón Rojo.

Podía sentirlos tan cerca que parecía inútil esconder mi presencia. También podría haberme detenido y esperarlos, pero seguí caminando hacia ellos, como prueba de mis pacíficas intenciones.

No tuve que esperar mucho para ver sus siluetas emerger de entre la niebla. Eran tres. La red triangular que casi había destruido a Marek ocupaba un gran espacio en mis pensamientos.

Aquellos tres olían como hombres poderosos y peligrosos y detecté que tenían una gran profusión de armas de piedra blanda. Finalmente se detuvieron a cincuenta legítimos pies frente a mí.

Por primera vez tras todos aquellos meses de danza negra y un sinfín de juegos de guerra preparatorios, me encontré frente a frente con tres Cazadores Néfilim.

Eran altos pero no gigantes y tampoco demasiado musculosos. Eran hombres de las tierras del norte, con amplias frentes y ojos azules. Pasamos largo rato mirándonos mutuamente. Pude sentir que, a pesar de su actitud impasible, se estaban preparando para una batalla. Yo estaba haciendo exactamente lo mismo, juzgando los parámetros de la situación, localizando líneas de tierra y pozos de veneno, decidiendo qué dirección tomaría si tuviera que retirarme, evaluando cada uno de los factores de la situación, tal y como había sido más que entrenado para actuar.

7 – El libro de las especias Néfilim

Finalmente, *frente clara arriba y Dragón abajo*, rompí el silencio.

— Esta mujer está muriendo. Algo sucedió mientras estaba en la cueva de Verzazyel. ¿Podéis ayudarla?

Los dos bandos permanecemos inmóviles, observándonos mutuamente.

Entonces uno de los Cazadores, el del medio, dijo:

— Deja su cuerpo y Ve. Nos ocuparemos de ella.

— ¡No! No puedo hacer eso. En este momento está hibernando, sobrevive sólo gracias a mi energía. Si me muevo a más de treinta legítimos pies de ella, se morirá.

El silencio se hizo denso y pesado.

El mismo hombre habló de nuevo.

— ¿Es Felicia?

— No sé su nombre. Ella viajaba con otros dos peregrinos.

Los Cazadores intercambiaron miradas, tras lo cual, el hombre de la izquierda dijo:

— Alven y Rolen, nos los hemos encontrado. Pero nos dijeron que Felicia estaba muerta.

Así que su nombre era Felicia.

— ¿Muerta? —repliqué—. Sí, está a punto de morir, pero no completamente. Su energía ha sufrido heridas como nunca antes había visto. Si es Punto y podéis deshacer la influencia, podría tener la opción de reconstituir su fuerza de vida.

— Alven dijo que había un sanador poderoso que rondaba por su campamento. ¿Eras tú?

— Podría ser.

— ¿Qué es esa capa marrón que vistes sobre tus ropas de Guerrero?

— Mi maestro es Gervin, del templo de Eisraim en el norte. Marrón es el color de mi casta. Pero, *por favor*, debemos hacer algo por esta mujer. ¡Rápido! ¿Me podéis decir qué le ha sucedido?

No hubo respuesta, sólo otro largo silencio. Sus caras de Cazadores eran herméticas, como la roca roja de los despeñaderos. Empecé a preguntarme si había tomado la decisión adecuada viniendo a

7 – El libro de las especias Néfilim

encontrarme con ellos. Finalmente dije:

— No me creéis, ¿verdad?

— ¿Por qué deberíamos?

“Sí”, pensé, “¿por qué deberían? Desde su infancia deben haber oído terroríficas historias de los “pesadilla negra” matando a la gente Néfilim, rara vez errando el tiro. Todas las argucias y engaños de la guerra...

De repente, la guerra ya no era un juego. El cuerpo que cargaba parecía mucho más pesado. Me di cuenta de lo ingenuo que había sido. Y a causa de mi mal juicio, se estaba consumiendo un tiempo precioso.

— Sí —me encogí de hombros—, ¿por qué deberíais? *Adiós, ¡hombres en la Ley!* —me giré y me marché con Felicia. Tras unos segundos, el hombre que no había hablado todavía me llamó:

— ¡Espera!

Yo no me detuve.

Me llamó de nuevo:

— *¡Espera, hombre en la Ley!*

Cuando lo escuché siguiéndome, me giré inmediatamente, preguntándome si había llegado la hora de luchar con mi primer Cazador.

Los otros dos hombres no se habían movido. No había evidencias de que se estaba lanzando un ataque. El hombre que caminaba hacia mí era alto y delgado. Tenía el pelo negro y no tenía barba. Era el mayor de los tres, rondando quizá los cincuenta. Caminaba con gran dignidad y sus manos abiertas ante él para mostrar que no portaba ningún arma.

— ¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó.

— ¿Qué te importa? Está muerta, ¿no?

él estaba ahora a apenas cincuenta legítimos pies de distancia. Me preguntaba cuál sería su primer movimiento si decidiese atacar.

— ¿Puedo echar un vistazo a su cuerpo?

7 – El libro de las especias Néfilim

— ¿Qué vas a hacer tú con ella? —pregunté.

él se encogió de hombros.

— Por lo que decían sus hermanos, probablemente no hay mucho que yo pueda hacer.

Decidí que no había nada que perder. Acosté el cuerpo en el suelo. El Cazador no se movió hasta que empecé a caminar lentamente hacia atrás, recordando las instrucciones de Marek: *Nunca mires a los ojos de un cazador.*

Cuando le pareció que ya estaba lo suficientemente lejos —unos veinte legítimos pies—, el Cazador fue a sentarse al lado de Felicia y dejó que sus manos recorrieran su cuerpo. Dejó ir un largo silbido.

— ¿Cómo has hecho eso? Me refiero a la hibernación. Usaste la Voz, ¿verdad?

Asentí.

Perplejo, siguió inspeccionando las puertas energéticas de Felicia.

— Así que *estás* intentando curarla. Pero, ¿por qué exactamente?

¿Qué le iba a decir a aquel hombre? ¿Que había pasado siete días en un sueño, bailando con ella en mi fuente clara? Permanecí en silencio.

— Necesito a mis dos hombres —dijo el Cazador finalmente—. ¿Les permitirás acercarse?

— Si vas a implementar cualquier manipulación mayor de su energía, necesito estar lo suficientemente cerca para cuidar sus puertas energéticas vitales. ¿Me permitirás acercarme?

— *¡De ninguna manera, hombre en la Ley!* —replicó—. Lo tomas o lo dejas.

No tenía otra opción.

— Sí—asentí.

Los otros dos Cazadores se acercaron a sentarse al lado de Felicia y, durante diez minutos mantuvieron sus ojos cerrados, pero no todos a la vez. Hacían turnos para vigilarme. Para evitar problemas permanecí dragónicamente inmóvil, sosteniendo las puertas energéticas de Felicia desde la distancia. No había señales de peligro inminente.

7 – El libro de las especias Néfilim

Cuando terminaron, el que parecía ser el líder, se giró hacia mí.

— Esto es todo lo que podemos hacer, *hombre en la Ley*. *Ella quería jugar con fuego y se quemó, así dice la Ley de los Néfilim*. En lo que a mí concierne, no tiene posibilidades. ¿Todavía quieres llevártela?

— Sí quiero.

El Cazador puso una de sus bolsas cerca del cuerpo de Felicia. Miró a sus hombres y, cada uno de ellos, soltó una bolsa.

Instantáneamente me puse en modo de alarma absoluta.

— ¡Ahora lárgate! —me dijo el jefe mientras sus dos amigos ya se marchaban—. Y, por cierto, puede que no te hayas dado cuenta pero, cuando estabas en la cueva fuiste marcado por una energía que tardará años en evaporarse. Permitirá que cualquier Cazador Néfilim te encuentre, incluso en los Hornos del Juicio Final. Esto quiere decir que si rondas alrededor de una de mis caravanas de peregrinos, te encontraré. *¡Adiós, hombre en la Ley!*

— ¿Qué hay en las bolsas?

— Algo de comida, cortesía de Verzazyel. Es para ella, por si acaso los guardianes del Inframundo se vuelven locos y permiten que regrese a su cuerpo.

Nos miramos el uno al otro.

— *¡Gracias, hombre en la Ley!* —dije.

Que uno de los Guerreros negros le diera las gracias era obviamente más ironía de la que podía soportar. Impasible, se fue dando grandes zancadas, siguiendo a sus dos amigos.

Tan pronto como se hubieron marchado lo suficientemente lejos, corrí hacia Felicia y escaneé meticulosamente la energía de las bolsas. Las abrí y las inspeccioné. Todo parecía correcto. Si la comida de aquellas tres pesadas bolsas no estaba envenenada, cancerosa o especiada con brujería, ¡era un presente fantástico!. “Las provisiones que los Cazadores habían traído consigo para perseguirme...”, pensé. A juzgar por el peso de las bolsas, habían previsto por lo menos doce días. Más bien quince.

7 – El libro de las especias Néfilim

Me senté junto a ella. Antes de inspeccionar sus puertas energéticas dije su nombre: “¡Felicia!”

No pude detectar ningún cambio en su energía, lo cual hizo dolorosamente evidente que no entendía nada acerca de la ilegítima magia del Punto y los Dragones Voladores.

Recogí las bolsas de piel y el cuerpo todavía cálido, y empecé a correr.

7.8 Madre, rendición y el trueno de la Tierra.

A pesar de lo que había dicho el Cazador, me mantuve indetectable a través de la oscuridad visible o, por lo menos, eso creía. Era difícil aceptar que la cueva había grabado una energía en mí. No podía sentir nada, aunque había utilizado todos y cada uno de los métodos de percepción que había aprendido de Marek, el Indestructible. ¿Estaría el Cazador marcándose un farol? ¿O era uno de aquellos trucos de magia de los Dragones voladores?

Seguí los cañones hacia el norte, buscando una puerta de Dragón, y me sorprendió lo difícil que era encontrar una. Había pensado que las puertas de Dragón alrededor de la cueva de Verzazyel serían tan abundantes como las piedrecitas en los platos de lentejas de Monte Lohrzen. En absoluto. Me llevó todo el día encontrar una. ¿Se me escapaba algo de nuevo?

Al cabo de largo rato, sentí con mi olfato la brisa característica de una puerta y encontré el camino hacia una pequeña gruta situada a bastante altura en el precipicio rojo a un lado del cañón. Tumbé a Felicia en el suelo rocoso de la caverna con una bolsa bajo su cabeza y la cubrí con mi capa marrón. Después realicé una inspección del lugar y sus alrededores al más puro estilo militar. Satisfecho con su viabilidad logística, pues había un pequeño arroyo a tan sólo unos minutos de camino de allí, tracé un campo de alarma protector a nuestro alrededor y planeé mi estrategia en caso de un posible ataque. Entonces, por primera vez desde que había despertado de mi sueño danzarán en la cueva de Verzazyel, me senté y me relajé.

7 – El libro de las especias Néfilim

Mientras contemplaba a Felicia durmiente, me sorprendió de nuevo lo inmensamente absurdo de la situación. “¿Qué Inframundos estoy haciendo? *¡Por el amor de Melquisedec*, ella es una Néfilim! ¿Qué me ha hecho la cueva de Verzazyel?”

Me levanté y caminé hasta la entrada de la gruta. “Si regreso al templo del Dragón ahora mismo, todo volverá a la normalidad. Felicia morirá, ¿y qué? Ella es una Néfilim. Su propia gente la había dado por muerta. Llevaré el medallón de piedra blanca a Marek y las tres bolsas de comida a los hermanos, para que se diviertan. Ni siquiera tendré que mentir, sólo diré que fui embrujado con un sueño mientras estaba en la cueva de Verzazyel, que es la pura verdad, y que me volvió loco por un día. Será otra muy buena historia que Pellisor podrá contar en el comedor”.

Pero mientras me giraba hacia Felicia para despedirme con un último: “*Adiós, ¡mujer en la Ley!*”, me golpeó de nuevo el espantoso recuerdo de la Vivyani durmiente abandonada en las cavernas de la enfermedad. Suficiente dolor como para destrozarme por completo.

Salí a la terraza que dirigía a la cueva y, entre las nieblas del crepúsculo, alcé los brazos y clamé con la Voz: “¡Gervin! ¡Gervin! ¡Ayúdame, Gervin!” No hubo respuesta.

Regresé a la cueva y me arrodillé junto a la mujer. “Felicia”, susurré con desespero, “¿desearía que estuvieses muerta!” y, sin pensar, dejé que mi mano recorriera sus puertas energéticas.

“Espera un momento, ¿qué es esto?” Había un gran cambio en su energía. ¿Sería el resultado de la sanación que los Cazadores le habían proporcionado? La curiosidad me hizo olvidar mis dudas durante un rato. Para comprobar su energía e intentar entender qué estaba sucediendo, coloqué su cuerpo justo encima de la puerta de Dragón, donde fluía la brisa ascendente. Me sentía consternado, “no pude sentir nada mientras los Cazadores trabajaban en ella. ¡Esta magia de los Dragones Voladores es un dolor de cabeza! Esperaba que Marek pronto me enseñara sobre ella.

7 – El libro de las especias Néfilim

Cuando estaba a punto de abrir la boca para proyectar sonidos sanadores, mi mente continuó su ofensiva: “He recibido la Voz de Marek, a través de una iniciación y bajo un juramento solemne. Utilizar este poder para ayudar a uno de los Néfilim es poco más que una traición”. Cerré los ojos con fuerza y me golpeé la pierna con mi puño. “Estoy atrapado por el sueño danzarín de Verzazyel. Salgamos de aquí. Ella es basura. Es uno de ellos. No se merece ni un minuto de mi tiempo”. Pero cuando abrí los ojos de nuevo y contemple su durmiente cuerpo, fui incapaz de moverme.

“La hibernación está funcionando maravillosamente bien. Todavía está hermosa. De hecho está deslumbrante, sólo un poco pálida”. ¿Qué Lejano Inframundo haría alguien despierto en esta situación? Descansé mi conciencia en la fuente clara durante unos segundos. Viendo que ni podía levantarme y correr ni decidirme a trabajar en su cuerpo, permanecí donde estaba y me permití deslizarme hacia los Inframundos a través de la brisa de la puerta.

Pronto aterricé en una cueva de cristal de cuarzo rosa. Me sentía tan abrumado que no me apetecía moverme. Permanecí en el medio de la ascendiente y gentil bocanada, disfrutando de la belleza y serenidad de los dominios de mi Madre. Pero después de un tiempo me di cuenta de algo extraño. Todavía podía sentir la energía de Felicia sobre mi cabeza. La fuente clara se superponía armoniosamente sobre la brisa ascendente de Dragón, creando una larga columna de Espíritu que se extendía desde mi chackra corona hasta las puertas energéticas vitales de Felicia.

“¡Qué efecto más curioso!” pensé, “me pregunto si podría ser usado para sanar”.

Me dejé resbalar por la brisa hacia las profundidades. Tras unos segundos me encontré en una de las cuevas de lapislázuli que tanto me gustaban. *Te rindo homenaje, ¡mi Madre Dragón! ¡Eres tan hermosa!* Extrañamente, todavía podía percibir la energía de Felicia con perfecta claridad, justo encima de mi cabeza. La gozosa atmósfera de la

7 – El libro de las especias Néfilim

caverna de lapislázuli me hizo recordar el sentimiento del sueño del baile con ella. Me encontré de pronto pensando que, durante mis dieciocho meses de juegos de Dragón no había habido ni un solo momento en el que me hubiese sentido tan iluminado como cuando estaba bailando con Felicia en el campo de estrellas. “Quizá, después de todo, los dieciocho meses de danza negra no eran más que una preparación para el sueño”.

Un momento después me volvía a invadir la desesperación. “¡Aquella danza en el campo de estrellas era un sueño! ¡*Un sueño!* Gervin quiere que me despierte, ¡no que sueñe!” Mirando hacia el centro de la Tierra, imploré: “*Oh, ¡Madre mía!* Esta situación es imposible. ¡Necesito tu ayuda!”

Recordé, como Marek me había contado, que la respuesta a problemas realmente imposibles se encontraba en lo más profundo de los Inframundos. Desde la fuente clara, decidí deslizarme hacia abajo tan profundamente que mi Madre Dragón, o bien me convertiría en una mota de polvo para siempre olvidada o bien me ofrecería una solución. Y así me fui, más y más abajo, deslizándome por la brisa sin parar. El paisaje cambiaba tan rápidamente que no podía distinguir nada y, cuanto más descendíamos, más eufórico me sentía. Temiendo perder mi mente si sucumbía a la intoxicación, fui lo suficientemente prudente como para permanecer draconianamente quieto, cerrando los ojos.

El descenso continuó durante largo rato y empecé a sentirme tan diferente que comencé a dudar de si todavía era yo mismo. Pero me mantuve firmemente en mi completa inmovilidad interior y seguí sumergiéndome.

La caída se detuvo finalmente horas después. Había planeado permanecer inmóvil en un principio, con los ojos cerrados, durante un tiempo. Pero, ¿dónde estaba el tiempo? No podía sentirlo. ¿Y dónde estaban mis ojos? Ya no tenía un cuerpo. Había luz, pero luz como nunca hubiese imaginado que existía. La luz puede ser más o menos

7 – El libro de las especias Néfilim

brillante, plateada o dorada, o de otro color. Esta luz era sólo luz, con ninguna de esas cosas.

Pero había algo más. Yo era un ser diferente, todavía yo, pero no Szar. Y en la omnipresencia de este Inframundo Profundo, entoné un himno que nunca antes había escuchado:

“Oh, Madre Mía, Dragón de las Profundidades,

Oh, magnífica, fuente viviente de la Noche Sin Fin,

Oh, inconmensurable, Oh, vos sobre quien todo descansa,

Oh, Serpiente femenina, más profunda que el Abismo,

Oh, la más sagrada y la más santificada,

¡Os rindo homenaje! ¡Os rindo homenaje, Madre mía!

Infinita es vuestra sabiduría, inacabable vuestro gozo.

Sobrenatural y eterna vuestra danza,

Que dioses y hombres tratan de imitar.

¡Os rindo homenaje, Madre mía!

¡Os rindo homenaje, Gran Dragón de las Profundidades!

Ya que me habéis dado el aliento de vida,

Vengo a entregarme en vuestro seno.

¡Ten compasión, Oh Madre!

Sé que la Verdad

Es demasiado grande para caber en un corazón de hombre,

Vuestros designios son demasiado misteriosos para que los pueda comprender.

Pero, Madre, yo ruego,

Morir antes de ir en contra vuestra.

Por favor, no me permita seguir un camino

En el que me vea abandonado por vos,

Por favor, no me permita transgredir su Voluntad“.

Esperé hasta que las nobles ondas de la infinitad de mi Madre me alcanzaron suavemente. Escuché su Voz, que es el trueno de la Tierra.

Pero esta vez su aliento era amable y cálido.

7 – El libro de las especias Néfilim

En la cripta de la muerte de las entrañas de Monte Lohrzen, cuando la escuché por primera vez, pensé que era fiera y terrible. ¡Qué confuso había estado!

Ahora las melodiosas armonías me tocaban como eran realmente y me confortaban.

“Suave es su Voz, ¡Madre mía!” ensalcé.

La Voz me habló.

7.9 El himno de Ella Dragón, Madre de todas sus criaturas.

“A los millones de criaturas que han invocado mi nombre hoy,

A los diez veces más que olvidaron llamarme,

Y a todos aquellos que todavía no saben

Que pueden llamarme y ser contestados,

Yo les envió mi amor.

Ojalá podáis abriros a la dulzura infinita

Que he depositado en el mundo para vosotros,

Y que pocos saben reconocer.

A aquellos que duermen en una noche sin sueños,

Yo susurro gozosos himnos de despertar.

A aquellos que sueñan y se esfuerzan por despertar,

A aquellos que piden mi sabiduría,

Yo envió el siguiente mensaje:

Cuando la madre da de mamar al bebé,

Alimentar es su forma de venerarme.

Cuando el guerrero da muerte a su enemigo,

La batalla es su forma de venerarme.

Pues yo soy la madre y el hijo, el marido y la esposa,

El médico, el paciente, el guerrero y el enemigo.

¿Quién de entre mis hijos es el sabio y quién el loco?

Sabios son aquellos que saben que me veneran

Mediante sus quehaceres.

Los locos consiguen lo mismo,

7 – El libro de las especias Néfilim

*Pero no se dan cuenta de que bailan conmigo.
¿A quién amo, a quién odio?
Una madre no desprecia a ninguno de sus hijos.
A los locos y a los sabios,
Amo de igual manera.
Una madre no desea el sufrimiento de ninguno de sus hijos.
Y en un abrir y cerrar de siglos,
Cuando todas mis criaturas despierten
A la gloriosa iluminación que he preparado para ellos,
Podrán ver que el sufrimiento sólo existió a través de sus ojos ciegos.“*

7.10 La puerta del cuidado.

Me encontré sentado cerca del cuerpo de Felicia, sin recordar cómo había ascendido por la brisa de las Profundidades. ¿Había sucedido un milagro o me había quedado tan absorto en la contemplación de la luz de mi Madre que no me había dado ni cuenta de que estaba regresando?

Era de noche. No me moví. Me sentía más inmenso que la propia noche. No era solamente yo, sino también mi Madre al mismo tiempo. Yo era Felicia y también Szar. Y Felicia estaba bien, gozosamente dormida en las esferas de las Alturas de mi Madre. Dos pasos más allá, podía sentir la caravana de peregrinos, acampada a las afueras de la cueva de Verzazyel. Y Yo era los Cazadores y también los peregrinos. Tres pasos más allá estaba Monte Lohrzen, Floster y el resto de los Guerreros. Yo era todas y cada una de las almas en la región de las Tierras Rojas, el río Jeremitzia, y los ríos de las regiones vecinas. A lo largo y ancho del reino, miríadas de almas bailaban su sueño en mi seno.

“Vuestra danza, ¡Madre mía!” exclamé con reverencia.

Y entonces, desde la perspectiva de cósmica inmensidad de mi Madre, miré hacia el pequeño Szar, sentado al lado de Felicia, con la mano en su corazón. ¿La curaría o regresaría con Marek? No importaba

7 – El libro de las especias Néfilim

demasiado. Felicia estaba extáticamente embelesada en el seno de mi Madre. Y Ella Dragón de las Profundidades amaba tanto a Marek que éste se recuperaría sin duda de la pérdida de uno de sus discípulos.

— ¿Lanzarás los dados del destino? —me preguntó mi Madre.

Yo respondí:

— ¿Podríaís concederme el inmenso privilegio de elevarme por encima de los dados del destino, saber así qué es lo que a vos más os complace y así poder cumplir vuestra Voluntad?

— Ver la vida de mis criaturas destruida sin razón no me complace.

— ¿Cómo puede un hombre complaceros? — pregunté.

Escuché la respuesta, pero no logré comprenderla.

La mañana siguiente me sorprendió el amanecer. Me sentía increíblemente lúcido. Despejado como el amanecer de la creación. Estaba tumbado junto a Felicia, con mi mano todavía sobre las puertas energéticas vitales de su corazón. Me había quedado dormido sin darme cuenta.

“Esta es la primera noche que he pasado durmiendo en una puerta de Dragón”, reflexioné, sentándome. No podía recordar ningún sueño concreto.

Salí de la caverna y contemplé las nieblas dispersas. Comprobé que ninguno de los faros astrales que había colocado en la oscuridad visible indicasen la llegada de algún peligro. Después bajé corriendo al arroyo para lavarme y recoger agua.

Sin pérdida de tiempo, regresé a la cueva y comencé el trabajo de sanación con Felicia. Esto marcó el inicio de una trascendental batalla que libré, tanto en la cueva como mucho más abajo, en los Inframundos de mi Madre. El método de sanación que había descubierto el día anterior, situándome en la brisa de la puerta y conectando a Felicia con la columna de Espíritu que había sobre mi cabeza, funcionaba a las mil maravillas. No sólo podía enviar fuerzas hacia arriba, directamente a su cuerpo, sino también descansar en la sabiduría vital y el conocimiento de los Inframundos. ¡Lo necesitaba!

7 – El libro de las especias Néfilim

Mis primeros resultados no fueron especialmente buenos. Aquello que había golpeado a Felicia había destrozado su cuerpo energético. Cada vez que sanaba un centro, otro se venía abajo, y las inyecciones de energía derretían sus meridianos como nieve bajo el sol. Sin esperar demasiado, trabajé en ella día tras día. Hice lo que Marek y otros habían hecho antes que yo, descender más y más profundamente, contactando fuerzas vitales de tal magnitud que me llenaban de asombro.

Pero mi carga se transformaba en luz gracias al gozo que manaba constantemente en mi interior cuando descendía a los Inframundos, especialmente en los ríos de la vida de los niveles más profundos. Había localizado un nivel en concreto en el cual un río pasaba justo a través de la puerta de Dragón que había debajo de la cueva y así podía sumergirme en las gozosas corrientes mientras sujetaba la energía de Felicia justo sobre mi cabeza. ¡Era una experiencia completamente extática! A veces tenía que gritar de júbilo, pues no podía contener las olas de placer que atravesaban mi cuerpo. Si no hubiese sido por el alma gentil cuya vida descansaba sobre mi cabeza, podría haberme abandonado a la corriente y permitido que mi Madre me llevase.

Seis días después aparecieron los primeros signos alentadores. Algunas de las puertas energéticas vitales habían empezado a ganar solidez. Podía inyectar fuerza vital en ellas sin que colapsasen. Para reparar algunas partes de su cuerpo de energía que me habían parecido irreparables, descendí a los Profundos Inframundos Dorados y recogí piedras preciosas que puse en su interior y utilicé como centros esenciales para iniciar la regeneración.

Tras diez días, el estado de todas sus puertas energéticas vitales había mejorado sin lugar a dudas, y empecé a creer que Felicia viviría. Llegué a pensar en ella como en un bebé a quien mi Madre iba a dar a luz. ¿Cómo sería el bebé? ¿Cuáles serían sus primeras palabras? ¿Sería tan fuerte como yo intentaba hacerla, con puertas energéticas como las de un guerrero todopoderoso?

7 – El libro de las especias Néfilim

¿Y qué tipo de persona sería? ¡Mi madre había vertido tanto amor en su interior!, seguramente sería dulce como la mujer que había bailado conmigo en el campo de estrellas. Día tras día, mis expectativas aumentaban. ¡No podía esperar a oírla hablar!

El día número trece pude sacar a Felicia del estado de hibernación. Hubo varios minutos de suspense. Tal y como había aprendido de Marek, cuando se saca a alguien de una hibernación profunda, el incremento repentino de las circulaciones etéricas puede producir colapsos dramáticos en su cuerpo energético. Pero, tras media hora, una vez satisfecho al observar que mi trabajo se mantenía y que ninguna de las puertas energéticas vitales de Felicia se desmoronaba, me puse a saltar por la caverna y bailé de gozo, emitiendo el más atronador grito ritual de mi vida: “¡Yuyuyuyuyuyu!”

Retiré su cuerpo de la brisa de la puerta y la coloqué sobre un colchón hecho de hierbas silvestres que había recogido en los matorrales del cañón. Y esperé. Hacia el mediodía, Felicia movió por primera vez su brazo izquierdo. Yo me alegré y alabé a la Madre de la Luz. Recordando las cavernas de la enfermedad, cuando Vivyani había movido por primera vez su mano mientras la llevaba en mis brazos, me encontré diciendo: “¡Esta vez no te he abandonado!”

En otras tres ocasiones durante la tarde, se movió el bebé. Cada una de las veces me dejé llevar por el júbilo.

Cuando me levanté al decimocuarto día, Felicia todavía dormía. Pero mientras regresaba del arroyo, pude sentir a través de la oscuridad visible que, sin duda alguna, Felicia había despertado.

Volví saltando a la entrada de la cueva como si fuera a saludar a una vieja amiga.

7.11 El primer diálogo con Felicia.

Tan pronto como me vio entrar en la cueva, Felicia reaccionó:

— ¡Oh, no! ¡El pesadilla negra de nuevo! ¡Vete!

7 – El libro de las especias Néfilim

Con una mueca que expresaba tanto disgusto como miedo, empezó a llorar.

Me di cuenta de que no era muy inteligente por mi parte aparecer frente a ella vestido de negro pero, al haberla arropado con mi capa marrón, ¿qué otra cosa podía vestir? Intenté acercarme a ella, pero seguía llorando.

— *¡Vete! ¡Vete! ¡Ve a Azazel y piérdete!*

Parecía muy disgustada, así que salí de la caverna.

Me senté en una roca de la terraza y contemplé la niebla, recordando lo terrible que fue despertar de mi primer viaje al Inframundo. “Pobrecita niña”, pensé, y esperé fuera hasta que pude sentir a través de la oscuridad visible que se había vuelto a dormir. Entonces entré de nuevo y, arrojando mi gorra negra a un rincón de la caverna y soltándome el pelo, me senté junto a ella y comprobé sus puertas energéticas.

Tras un largo examen, me sentí completamente satisfecho. “¡Excelente!” dije en voz alta, lo que la despertó inmediatamente. Cuando me vio tan cerca de ella, con las manos sobre su cuerpo, no dijo ni una palabra. Nos miramos fijamente el uno al otro en silencio. “No hay ninguna duda, ella es la mujer con quien bailaba en el campo de estrellas”, pensé, contemplando sus grandes ojos azules. Sólo faltaba la alegría en ellos.

La tomé de la mano.

— Felicia, estás a salvo. ¡Todo está bien! Estoy aquí para cuidarte. Simplemente has estado durmiendo durante mucho tiempo y ahora has regresado, preparada para empezar una nueva vida.

Y, mientras seguíamos mirándonos, le estuve hablando sobre la cueva y sus alrededores y cualquier otra cosa que me venía a la mente.

Pronto se durmió. Se despertó mucho más tarde.

— ¡Aquí está nuestra princesa durmiente! Venga, Felicia, debes beber, es muy importante —dije, sosteniendo su cabeza con mi mano y acercando la taza a sus labios—. ¡Legítimamente estupendo! —la

7 – El libro de las especias Néfilim

animé tras unos sorbos, tomando su mano y contándole cosas sin importancia. Pero estaba tan cansada que sus ojos volvieron a cerrarse en seguida.

A la mañana siguiente no se despertó, pero como sus niveles energéticos eran excelentes, opté por una auténtica inyección de fuerza de vida. Utilizando una escala de frecuencias de la Voz, finalicé el trabajo en sus puertas energéticas. Cuando volvió a abrir los ojos, Felicia estaba de vuelta.

Primero la hice beber media taza de agua. Después nos miramos a los ojos.

— Me encontré con una caravana de peregrinos que habían visto a tus hermanos cuando regresaban a las tierras del norte —dije—. Pensaron que estabas muerta. ¿Puedes imaginarte lo contentos que estarán cuando te vean?

Podía sentir que su conciencia estaba despejada. Quizá estaba demasiado cansada para contestarme, o no le apetecía. Siguió mirándome fijamente a los ojos, con los labios obstinadamente cerrados. Rogué a mi Madre que parte de su dulzura infinita fluyera a través de mi voz.

— No tienes que hablarme. Yo te hablaré. Todo lo que te pido es que bebas. Ahora que ya no estás hibernando, es esencial que bebas mucho líquido. Pronto tendrás que empezar a comer también, si no te desvanecerás. Aunque la hibernación ha durado trece días, no has perdido demasiado peso. Pero, de hoy en adelante, debes empezar a comer —le enseñé las bolsas de comida—. Mira, los Cazadores nos dieron estas bolsas, ¡cortesía de Verzazyel! Están llenas de cosas increíblemente deliciosas. Cuando las probé por primera vez pensé: “*Oh, mi señor Melquisedec, ¿es esto lo que comen los Néfilim?*”

De hecho, me había quedado estupefacto, aterrorizado y excitado. Yo esperaba conservas repugnantes, con olor a vómito y con pinta de abono, salsas sangrientas llenas de exquisiteces animales y humanas, todo mezclado como en la más repulsiva caverna de la enfermedad del

7 – El libro de las especias Néfilim

Inframundo. Y esta es la razón por la cual, al principio, ni siquiera pensé en abrir las bolsas. Me daba grandes festines de chapulines que recogía por los alrededores. Durante mis primeros meses con Marek, al ser entrenado para sobrevivir bajo cualquier circunstancia, había odiado los chapulines. Pero, gracias a mi Madre Dragón, había reprogramado mi sentido del gusto y ahora me gustaban mucho las pequeñas criaturas. Al mismo Marek le encantaban. Solía decir que eran tan puras como el mismo desierto.

Fue la curiosidad y no el hambre lo que me atrajo hacia las bolsas que los Cazadores habían dejado para Felicia. Tras días de cauteloso olfateo astral, con el correspondiente movimiento de mis orificios nasales, todas mis defensas psicológicas se desarmaron y, descansando en el Dragón de las Profundidades, cuando finalmente había levantado la tapa de un pequeño bote, me había sentido completamente desconcertado por el dulce y apetecible olor.

¿Qué era aquel jugoso y rojo mejunje? ¿Sangre coagulada quizá? ¡En absoluto! Era la más dulce mermelada de bayas rojas que había probado en mi vida. Era magnífica. Produjo un escalofrío de placer que recorrió todo mi cuerpo energético.

Pero, ¿era seguro? ¿Y si su dulce gusto hubiese sido diseñado para atacar a la pureza de mi alma, profanar mi Espíritu y dejarme impotente, como ser caído en las manos de la demoníaca basura Néfilim?

Poniendo en duda si quedaría en mí alguna fuerza de carácter si disfrutaba de otra cucharada de la infame y dulce sustancia, deseché las bolsas, desterrándolas al más remoto rincón de la caverna, y retomé mi sana dieta limpiadora del alma a base de chapulines.

— Probablemente esto te parecería delicioso —dije a Felicia—, y, por simple curiosidad (pues no estoy seguro de si esta comida es adecuada para mi casta), me gustaría que me enseñases algunas de las recetas.

Felicia siguió mirándome obstinadamente, sin sonreír en ningún momento ni despegar sus labios, los cuales se parecían bastante a la

7 – El libro de las especias Néfilim

mermelada de bayas rojas. De pronto fui consciente de que todavía no sabía mi nombre y seguidamente empecé a contarle cosas sobre mí y el templo de Eisraim. “Madre, por favor, ¡vierte tu dulzura en esta niña!” rogaba sin parar mientras le hacía compañía.

Felicia me escuchaba pero permanecía muda.

Salí de la cueva varias veces para dejarla descansar, pero no dormía mucho, lo cual era un buen signo a estas alturas. Aceptaba agua pero rechazaba cualquier tipo de comida y esto pronto fue motivo de preocupación.

Pacientemente me sentaba junto a ella y le hablaba, pero ella mantenía la misma actitud impasible, rehusando contestar cualquiera de mis preguntas. Al final del día empecé a sentirme vacío y rechazado. Salí al exterior un rato, a contemplar el tono rojizo de las nieblas tempranas del atardecer.

Cuando regresé dije:

— Felicia, quiero contarte una historia. Una vez, en el templo de Eisraim, cuando estaba muy enfermo, alguien cuidó de mí realmente, y me hizo un hombre diferente —y narré con gran detalle la historia de Vivyani, la manera en que Elyani me había cuidado y cómo disfrutamos de la convalecencia.

— Ya ves, Felicia —concluí tras la larga historia—, a menudo había pensado que Elyani debió pasarlo horriblemente mientras me cuidaba cuando yo estaba inconsciente. Ahora pienso que quizá me equivocaba. Cuidarte ha sido una de las más bellas experiencias de mi vida. He disfrutado de cada día, de cada hora. ¡A veces me he sentido tan inmenso y elevado por la energía humanitaria que mi Madre vertía en mi interior para ti, que apenas cabía en la caverna! Suceda ahora lo que suceda, no me arrepentiré de esto —acaricié su cabello con dulzura—. Por favor, Felicia ¿quieres comer algo? Aunque sólo sea un poco.

Como rechazó la cucharada de mermelada que acerqué a su boca, respiré profundamente y le pregunté: “¿Por qué no me hablas?”

7 – El libro de las especias Néfilim

Sus labios permanecieron sellados. Cerró los ojos evitándome y se hizo la muerta.

Me marché. Era de noche. Bajo la difusa luz plateada que me iluminaba entre la niebla, recordé el patio de Elyani y dancé. A la mañana siguiente, cuando regresé del arroyo, saludé a Felicia y me senté junto a su cama. Ahora ni siquiera aceptaba agua.

“Esta pequeña niña obstinada”, pensé, “va a estropear el gran trabajo de mi Madre”.

— Felicia, esto se está poniendo muy serio —le advertí—. Ahora ya no estás hibernando; si no bebes ni comes, no pasará mucho tiempo antes de que te conviertas en un legítimo fantasma.

Toda la respuesta que recibí fue la misma mirada testaruda.

Cerré los ojos y tomé mi cabeza entre las manos, intentando decidir qué hacer.

Recordando la manera en que Elyani me había impresionado para sacarme del gris de las cavernas de la enfermedad, miré a Felicia a los ojos y casi le grité: “¿No te das cuenta de que en los últimos dieciséis días lo único que he hecho ha sido limpiar tu cuerpo y reparar tu energía?”

Pero, antes de que tuviese tiempo de pensar qué decir después de aquello, Felicia me replicó con desdén:

— ¿Por qué no me dejaste morir? Eres uno de los “pesadilla negra”, ¿no?

Miré a un rincón de la cueva, sin saber qué responder. Entonces me encogí de hombros y salí a echar una carrera por la cima de la colina. “¿Qué Inframundos voy a hacer si se niega a comer?” pensé, empezando una danza negra para clarificar mis ideas. Dos horas después, habiendo sopesado los pros y los contras de la situación, rendí homenaje a la montaña y descendí por la colina hasta llegar a la cueva.

Esta vez no me senté junto a su cama, sólo dije:

7 – El libro de las especias Néfilim

— Felicia, los peregrinos con los que hablé tras encontrarte todavía están acampados cerca de la cueva de Verzazyel. Te llevaré de vuelta con ellos, ellos te cuidarán —acercándome a ella, pregunté—: ¿Te parece bien así?

Ella permaneció impasible pero asintió.

— ¿Beberás agua? —como aceptó, exclamé—: *¡Alabado sea nuestro señor Melquisedec!* —me volví a sentar junto a ella por última vez.

Tomé sus manos. Ella no intentó resistirse. Mirándola a los ojos, pensé: “Ahora sé cómo se siente una madre a la que le arrebatan su hijo”.

La tomé entre mis brazos. Se hizo la muerta. Me pareció que pesaba mucho menos que cuando llegamos a la cueva. Mientras descendíamos a la base del cañón, le confié:

— Felicia, debo contarte el fantástico sueño que tuve mientras estaba en la cueva del Vigilante —mientras avanzábamos entre la niebla, empecé a narrarle cada detalle.

7.12 La Ley es la Ley.

Los mismos tres Cazadores, sintiendo mi presencia, ya estaban de camino hacia nuestro encuentro. Esta vez les esperé en un lugar que parecía ideal en caso de lucha, un lugar de fácil retirada, repleto de pozos de veneno.

Era la época del año en que multitud de caravanas de peregrinos venían a visitar la cueva. Siguiendo un acuerdo no hablado, los Guerreros rara vez salían de su montaña durante este periodo.

Si yo hubiera sido encontrado muerto en el cañón, se hubieran producido represalias a gran escala provenientes de Marek y sus hombres, y esto era más que suficiente para hacer que los inteligentes Cazadores se lo pensasen dos veces antes de atacarme.

Recosté a Felicia en el suelo. Nos miramos durante un rato. Su expresión era menos testaruda que antes. Quizá, después de todo, nunca se había creído que la devolvería a los suyos. Ver que el final de

7 – El libro de las especias Néfilim

sus problemas se acercaba debía haber suavizado su estado de ánimo. No hablé porque no sabía qué decir. La apertura que había estado esperando quizá podía haberse producido en aquel momento. Pero yo tenía que prepararme para una posible lucha.

Mi plan era actuar con rapidez. Tan pronto como los tres Cazadores emergieron de entre la niebla los saludé:

— *¡Alabado sea nuestro Señor Melquisedec, ¡hombres en la Ley!* Es toda vuestra. Necesita agua en legítima abundancia y comida tan pronto como sea posible.

Manteniendo cada uno de los parámetros de la situación bajo estricto control, miré brevemente a Felicia. “*¡Adiós, mujer en la Ley!*” Entonces giré sobre mis talones y empecé a caminar rápidamente. El jefe de los Cazadores me llamó:

— *Espera, ¡hombre en la Ley!*

Me giré de nuevo, activando el modo de alarma. Pero los tres Cazadores no se habían movido ni un ápice.

— *¿Qué, hombre en la Ley?* —pregunté.

— Si nos la llevamos, ¡debe morir!

No podía creer lo que oía. Caminando de vuelta hacia Felicia, grité: “¿Qué?”

Se produjo un silencio.

— Ella ha trasgredido la Ley de los Néfilim —dijo el Cazador jefe—. Si nos la llevamos, debe morir.

Felicia dirigió su mirada hacia mí:

— Szar, ¡lo siento!

Yo estaba tan estupefacto como mi dracónico control me permitía estar.

— ¿Me estás diciendo que tú sabías que esto iba a suceder?

— ¡Lo siento! —repitió.

“¡Esto es una pesadilla!” pensé. Volviéndome hacia los Cazadores, dije:

7 – El libro de las especias Néfilim

— ¡Pero si vosotros mismos la intentasteis sanar la última vez que nos encontramos!

— ¡Esto fue antes de que descubriésemos lo que había hecho en la cueva! Ella entró ilegítimamente y sin autorización en la cripta sagrada prohibida.

Nadie se movió. Sintonicé con la fuente clara, intentando descifrar qué debía hacer ahora.

— Escucha —dijo el jefe—. Soy un hombre de las tierras del norte. *No soy un loro de la Ley*. No deseo la muerte de esta mujer, pero tengo conmigo ciento cincuenta peregrinos de la región de las Orillas del Oeste y han sido testigos de la violación de la Ley de Verzazyel. Si la dejas aquí, no hay nada que yo pueda hacer.

Szar ya no existía, sólo la fuente clara. *Cero pensamientos, sólo Dragón*, me arrodillé y recogí a Felicia. Vacilé por unos segundos. El jefe Cazador alzó su brazo derecho enseñando su palma.

— ¿Sabes qué significa? —le pregunté a Felicia, preparándome para el primer golpe.

— Significa que piensa que eres un prián.

— ¿Qué es un prián?

— Un hombre poderoso. Piensa que podrías convertirte en Cazador. Es decir, sólo si fueras uno de los Néfilim, claro.

— ¡No me lo puedo creer! —giré y eché a correr lo más rápido que pude, con Felicia agarrándose firmemente a mi cuello.

Cuando estuvimos a una distancia que yo consideraba prudencial, recosté a Felicia en el suelo. Ella se sentó, apoyando su espalda en una gran roca. Se alisó su larga melena roja y adoptó una complicada postura, apoyando su codo en la rodilla y su barbilla en la mano, y entonces me miró.

Alcé los brazos horizontalmente, apreté mis puños al máximo, miré hacia abajo, hacia la Tierra, y con un tono en el umbral de la Voz, rugí con indignación, “*Oh, ¡Gran Serpiente de las Profundidades!*” Entonces me giré hacia la mujer Néfilim.

7 – El libro de las especias Néfilim

— Felicia, si no acabase de emplear dieciséis días trabajando como un dracónico poseso para traerte de vuelta al reino, creo que podría matarte.

En voz baja y con un toque de tristeza en sus grandes ojos azules, ella reiteró:

— Szar, ¡lo siento!

— ¡Y tú me llamas *a mí* pesadilla!

— Pensé que quizá la cripta sagrada se había arreglado por si sola y borrado las huellas de mi paso. Esto sucede, ¿sabes? Fue mala suerte que los peregrinos llegasen tan rápido.

— Ahora que eres una forajida, ¡pueden venir y cazarnos en cualquier momento!

— No, no tienes que preocuparte por eso. Ferippe, el hombre que te habló, me dijo que no lo harían.

— ¿Qué quieres decir?

— Nos hablamos durante vuestro encuentro.

— ¿Qué? No escuché nada en la oscuridad visible.

— Utilizamos otro tipo de canal.

Tomé mi cabeza entre las manos y empecé a caminar de un lado al otro.

— Fantástico, ¡ahora ella practica brujerías de los Dragones Voladores a mis espaldas! ¿Y qué más te dijo Ferippe?

— Dijo que nos traería comida en un par de días. Dijo que no nos preocupásemos si cambiábamos de ubicación, nos encontraría de todas formas. Pero no quiere que nos vayamos lejos para no tener que abandonar a sus peregrinos demasiado tiempo.

— ¿Qué? ¿Quieres decir que vendrá a buscarnos?

— ¡Paz, *hombre en la Ley!* Ferippe es un amigo de mi hermano Alven y de otros amigos míos. Fueron a la escuela juntos, en la región de las Montañas Nevadas. No haría nada que pudiese herirme. Si te mostró su mano es porque le expliqué todo sobre ti.

7 – El libro de las especias Néfilim

Me senté en una roca, mirando en la otra dirección. “*Oh, ¡Madre Dragón mía!* Dime que sólo es un mal sueño y que estoy a punto de despertarme en la cueva del Vigilante”.

Se hizo un silencio, tras el cual Felicia se atrevió a preguntar:

— Szar, estoy muy sedienta. ¿Puedes darme algo de beber, por favor? Busqué un recipiente de agua en mi bolsa y se lo lancé sin formalidades, como si estuviera lanzándoselo a uno de mis camaradas en el Dragón. Se le escapó. Fui a recogerlo y se lo di.

A pesar de mi enfado, me conmovió verla beber. De pronto se volvió a convertir en mi pequeña. Pero tuve que detenerla.

— Ten cuidado, no bebas demasiado de una sola vez —la tomé en brazos—. Volvamos a la cueva.

En el momento en que empecé a caminar, rodeó mi cuello con sus brazos, suave y sumisa:

— Te prometo que comeré.

7.13 La magia de los pepinillos encurtidos en miel.

Cuando volvimos a la cueva, acosté a Felicia en su colchón de paja. Ella se sentó inmediatamente, cruzando las piernas.

— ¡Escucha! —dije, mientras ella se arreglaba el peinado—. Permaneceré contigo dos o tres días más, hasta que puedas caminar y cuidar de ti misma. Entonces me iré. Te dejaré las bolsas de comida. Sólo tendrás que esperar a tu amigo el Cazador y él encontrará la manera de llevarte de vuelta a dondequiera que sea donde quieres ir. ¿Puede hacerlo?

Ella asintió.

Puse una de las bolsas de comida cerca de ella y fui a sentarme a otro rincón de la cueva.

Aunque no la estaba mirando, la escuchaba comer. Me sentí aliviado. “Ahora sé cómo se siente una madre cuando su hija enferma se recupera y vuelve a comer”, pensé, “pero me hubiera gustado tener un bebé normal, ¡no uno de estos perversos monstruos Néfilim!”

7 – El libro de las especias Néfilim

Su apetito era tan feroz que tuve que intervenir.

— ¡Espera, Felicia! ¡No comas tan rápido! Si comes demasiado, te pondrás enferma —le quité la bolsa y volví a mi rincón de la caverna. Permanecimos en silencio durante largo tiempo, cada uno en nuestro lado de la cueva. Entonces ella dijo:

— Piensas que soy una persona terrible, ¿verdad?

No me apetecía en absoluto contestarle.

— Me pregunto qué le contarás a tus amigos sobre mí. No me refiero a la gente de Monte Lohrzen sino a los de Eisraim. ¿Piensas seguir llevando mi medallón?

Se me había olvidado por completo la piedra blanda que le había robado en nuestro primer encuentro. Me la arranqué del cuello y se la lancé. Cayó en el colchón de paja.

— Me has contado mucho sobre ti —continuó—, pero no sabes nada sobre mí —esperé a que le preguntase. Yo permanecí tan inmóvil como el Abismo de las Profundidades. Ella decidió continuar de todas formas—. Yo también soy una sacerdotisa, ¿sabes? También tengo un maestro que me ha hecho pasar momentos difíciles. Mientras te escuchaba hablar del Maestro Gervin de la Túnica Marrón, me quedé impresionada con las similitudes que encontraba.

Así que, después de todo, ella me escuchaba.

— Me pregunto qué cosas terribles te han contado los Guerreros de Monte Lohrzen sobre mi gente. Probablemente piensas que todos somos monstruos, como Bobros el ogro y sus tres feas hermanas. ¿Te han contado esa historia?

Asentí sin mirarla.

Ella se rió entre dientes.

— Apuesto a que te han dicho que Lubu era un Gran Guerrero.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa con Lubu?

— ¡Nada! Sólo que él fue uno de los fundadores de los Cazadores Néfilim, eso es todo.

7 – El libro de las especias Néfilim

Al escuchar tamaña tontería, preferí no responder. Simplemente me encogí de hombros.

— Szar, ¿utilizan piedras blandas en Eisraim?

Asentí.

— ¿Sabías que fueron los Néfilim los que inventaron en primer lugar las piedras blandas y quienes todavía son los grandes maestros del arte de fabricarlas? —ella se dio cuenta de que no la creía—. ¿Has podido ver alguna piedra blanda en Monte Lohrzen? ¿Por qué crees que las piedras han sido prohibidas a lo largo y ancho de la región de las Tierras Rojas? Es porque provienen de la escoria Néfilim.

Recordé mis primeros meses en el Templo del Dragón, cuando buscaba por todas partes un mecanismo para comunicarme con Elyani. Las únicas piedras blandas que había en Monte Lohrzen eran unas pocas armas que se utilizaban para la instrucción de los Guerreros. Perplejo, me giré hacia ella. Estaba oscilando su medallón como un péndulo.

— ¿Sabías que esta piedra que has estado llevando alrededor de tu cuello es inmensamente valiosa? Fue cristalizada por algunos de los mejores expertos del reino. La gente de mi templo las fabrica. Ella me lanzó el colgante de vuelta.

— ¡Tómalo!

Ella había despertado mi curiosidad. Desde el Dragón, me aseguré de cogerlo en el aire.

— Es un regalo para Doña Elyani. Si es una sacerdotisa del águila Blanca, apreciará su valor.

“Doña Elyani”, pensé, contemplando el medallón, “así que Felicia *escuchaba* verdaderamente mientras le hablaba”. Me giré hacia ella y, cuando estaba a punto de agradecerse, añadí:

— Dile tan sólo que es un regalo de uno de los Néfilim.

Suspiré sin saber qué decir.

— Dime, Szar, ¿has conocido algunas de las personas que viven en este país?

7 – El libro de las especias Néfilim

Asentí. Durante las maniobras con Marek había estado en contacto con la población local en varias ocasiones.

— ¿Te has dado cuenta de que las mujeres nunca ponen polvo negro en sus ojos y nunca llevan joyas?

Asentí.

— ¿Crees que te gustaría casarte con una de sus hijas? ¡Qué vida más tranquila tendrías! Ella nunca diría una frase que no viniese directamente de la Ley.

—poniendo una voz grave, lenta y monótona se burló—: *Alabado sea el Señor Mel—qui—se—dec. Bue—nos días, hombre en la Ley!*

Estaba perplejo. Aquellas palabras podían haber salido directamente de la boca de Gervin. Pero Felicia no se detuvo.

— ¿Crees que le gustarías a Elyani si empezases a hablar como la gente de este país? ¿Sabes por qué la gente de las Tierras Rojas es así, Szar? Simple y llanamente porque han eliminado toda la influencia Néfilim de su tierra. Los Grandes Guerreros han ganado tan meticulosamente sus batallas que la región de las Tierras Rojas es conocida como uno de los lugares más aburridos y retrasados del reino entero.

No me gustaba cómo sonaban sus palabras. Pero aun así, yo también había oído que la región de las Tierras Rojas era denominada “el culo del reino” por las educadas gentes de otras regiones.

Viendo que me estaba disgustando, Felicia suavizó su voz.

— *Lo siento, ¡hombre en la Ley!* No quería herirte. Hablo demasiado —entonces se tumbó y cerró los ojos.

— En la región de las Montañas Nevadas —pregunté tras unos minutos—, ¿todos hablan tan rápido como tú?

— No todos. Principalmente la gente Néfilim. Pero, *gracias a nuestro Señor Melquisedec*, ¡no todos los Néfilim son como yo!

— Mi maestro Gervin también habla rápido.

Felicia abrió los ojos inmediatamente. Me sonrió. Su voz fue incluso más suave.

7 – El libro de las especias Néfilim

— Me imaginaba que así fuese. Sino no me hubiese molestado en explicarte todas estas cosas.

Tomé aire.

— Pienso que sería sabio por tu parte *tomar un legítimo descanso* —dije.

Ella no se movió.

Añadí, desde el Dragón:

— ¡Ahora!

Inmediatamente cerró los ojos.

Examiné el medallón. Cuando el ritmo de su respiración me confirmó que se había quedado dormida, me sentí, de algún modo, aliviado. “Si es así cuando está débil y famélica”, pensé, “¡odio imaginar cómo será en su templo!” Y decidí que necesitaba escalar hasta la cima de la colina.

Mientras bailaba la danza negra continuaba pensando en todo lo que Felicia había dicho. Me molestaba el hecho de que ella, definitivamente, no era una durmiente. Que fuese capaz de hablar como Gervin y ser, al mismo tiempo, uno de los Néfilim era más de lo que podía asumir. ¡Todo esto era un gran dolor de cabeza! *Cero pensamientos, sólo Dragón*, me sumergí en una práctica de dos horas de las partes más difíciles de la danza negra. Practiqué el ritual de muerte de las cuarenta negras una y otra vez, una por cada peregrino de la cercana caravana Néfilim. Me hizo sentir mucho mejor.

Siendo consciente de que la gente que acaba de hibernar no debía dormir durante el día demasiado tiempo, regresé para despertarla. Me arrodillé junto a ella y dejé que mis manos trabajasen en sus puertas energéticas durante unos minutos.

Cuando se despertó, me miró fijamente.

Al principio evité su mirada. *Cero pensamientos, sólo Dragón*, continué con mi trabajo de sanación.

— ¿Todavía estás enfadado conmigo? —preguntó.

7 – El libro de las especias Néfilim

No contesté.

— Si piensas que soy imposible, no eres el único, ¿sabes? —declaró—. Todos mis amigos y familia me han estado diciendo esto durante años, sin mencionar a mi maestro.

—miró hacia el techo y suspiró.

Por alguna extraña razón, me sorprendí sonriendo.

Ella sonrió también. Fue la primera vez. A menudo me había preguntado cómo sería su sonrisa, pero nunca había esperado que fuese tan cálida. “¡Ella es tan diferente cuando está en su cuerpo!” pensé, contemplando sus grandes ojos azules.

Continué infundiendo fuerza de vida en su cuerpo energético, moviéndome de una puerta energética a otra. Ella se abrió, suavizándose bajo mis manos y mirándome como en el sueño del baile en la cueva del Vigilante.

Cuando terminé, me rogó en voz baja:

— Estoy terriblemente hambrienta. ¿Podrías darme *mi legítimo almuerzo*? Por favor.

— Claro —le di una de las bolsas.

— ¿Podrías acercarme también las otras bolsas, por favor? —me pidió mientras inspeccionaba la primera.

Le llevé las otras dos bolsas. Todavía estaban llenas, pues yo me había mantenido a salvo ateniéndome a mi dieta de chapulines.

— ¿Dijiste que querías que te diera las recetas? —preguntó mientras rebuscaba en las bolsas evaluando las provisiones.

— Sólo por curiosidad —aclaré.

— No has abierto casi ningún tarro —dijo. Entonces exclamó triunfante—: ¡Aquí está! —extrayendo un recipiente mediano de una de las bolsas. Se giró hacia mí—. ¿Querías probar algo muy especial? Aquel día había estado demasiado ocupado para ir en busca de chapulines.

— ¡Sólo por curiosidad! —añadió ella al verme dubitativo.

7 – El libro de las especias Néfilim

— De acuerdo.

Abrió el recipiente, preparó una cucharada de una sustancia espesa, verdosa, que parecía vomitado de rana, y la dirigió hacia mi boca.

Tomé la cuchara de su mano y olfateé cautelosamente la cosa verdosa. Para ser vomitado de rana, el olor era sorprendentemente agradable.

— ¡Te puedes fiar! —Felicia sonrió y, para demostrar lo que acababa de decir, metió los dedos en el recipiente de puré verde y engulló una buena porción de su contenido.

Descansando en el Dragón, empujé la cuchara al interior de mi boca. Felicia, que ya se había tragado su puré, miraba con curiosidad.

El gusto era increíblemente sutil e intrincado. Pasado el impacto inicial, llenó mi cuerpo energético de una vibración alegre y danzarina.

— Se llama pepinillos encurtidos en miel. Es mi plato favorito —explicó Felicia—. Este está un poco blando, pero en el medio de las Tierras Rojas, ¿qué quieres? Y, por supuesto, sin la salsa de canela no es lo mismo. Aun así está bastante bien, y soy una experta. ¿Te gusta?

— Es dulce —respondí con cautela, sin haber decidido todavía si aquella dulzura venía de los dioses o del demonio.

— Claro —dijo con una comprensiva sonrisa—, no estás acostumbrado al dulce. Déjame buscarte otra cosa —abrió un gran bote, sumergió su dedo índice en la mezcla de color marrón rojizo y lo chupó—. Mmm —hizo una mueca de placer—, ¡Ferippe tiene buen gusto! —tomó la cuchara de mi mano, la limpió con la larga manga de su vestido color turquesa y me la devolvió llena—. ¡Paté de espina! —murmuró, como inspirada por los dioses.

Aquello sonaba taimado. Olfateé el paté rojizo con extremo cuidado. Pero cuando lo probé tuve que reconocer que estaba delicioso, pero peligrosamente delicioso.

Felicia, que estaba terminando rápidamente con el recipiente que contenía los pepinillos encurtidos en miel, parecía encantada.

— ¿Ves? ¡Sabía que te gustaría! Come algo más —extendió una espesa capa de paté en una pequeña hogaza de cereales y me la dio.

7 – El libro de las especias Néfilim

Mastiqué con prudencia, preparado para escupirlo todo en caso de que la fuente clara me lo ordenase.

Con una docena de botes abiertos ante ella, Felicia comía, tan voraz y tan rápidamente que tuve que volver a detenerla.

— Felicia, tras tu hibernación debes comer poco durante los primeros días o te sentará mal.

— ¡De acuerdo! —dejó caer su cuchara inmediatamente y se giró hacia mí, quedándose quieta con un aire de rendición total, mirándome comer.

Me volví a sorprender sonriendo de nuevo.

Cuando acabé con la hogaza, me preparó una cucharada de gelatina de baya roja.

— ésta es mágica. Tienes que recordar a alguien que amas y ella pensará en ti.

Tomé la cuchara y me enterré entre mis pensamientos.

— La echas de menos, ¿verdad?

Yo medio sonreí por tercera vez.

— ¿Cuánto tiempo hace que no la ves? —preguntó.

— Más de un año y medio —puse la gelatina en mi boca, recordando la dulzura de Elyani.

Felicia me preguntó varias cosas más que respondí sin saber realmente por qué. Ella era extremadamente curiosa y quería saberlo todo sobre mi vida en Eisraim, sobre Gervin, sobre Elyani. Hablaba mucho pero también sabía cómo escuchar y recordaba todas las cosas que le había contado el día anterior, siendo esto toda una hazaña, considerando que la gente que acaba de emerger de una hibernación suelen tener una memoria endeble. Pronto me encontré en medio de una animada discusión y esto me hizo sentir extremadamente incómodo.

Una parte de mí se deleitaba en secreto. Mi bebé estaba resultando ser una criatura encantadora, alegre y astuta. Estaba orgulloso de mi trabajo. Pero, al mismo tiempo, me sentía destrozado, pues mi primera verdadera conversación en dieciocho meses estaba sucediendo con uno

7 – El libro de las especias Néfilim

de los Néfilim. ¿Por qué no era ella estúpida y fea, como las monstruosas y apostasas hermanas de Bobros, hijo de Bobros? ¿Por qué no comía basura, sangre coagulada, pedazos de animal en proceso de descomposición y carne humana? ¿Y cómo se atrevía a estar tan despierta? Más que ninguna otra cosa, yo estaba enfadado con ella por no ser una durmiente.

Cuando se durmió, tras haber conversado durante toda la tarde, le hice una fea mueca.

¡Ojalá la hubiese matado! Deseé haber terminado con ella en el primer encuentro, en vez de ser tamaño idiota en la Ley y sanar su largamente debilitado hígado, que, considerando su forma de comer, no era de extrañar que estuviese tan podrido.

Y por cierto, ¿cómo estaría su hígado?

Pasé mis manos ligeramente sobre su cuerpo cálido, sintiendo sus puertas energéticas y extrayendo brisa de la puerta de Dragón para proyectar fuerza de vida en su interior. La energía de su hígado estaba espléndida. Algo vacía a causa de la fatiga pero perfectamente limpia. Felicia se medio despertó. En el brillo incierto del crepúsculo, me sonrió.

— *Paz, mi niña* —acaricié su pelo con suavidad—. Todo está bien.

7.14 Un festín en el páramo.

A la mañana siguiente, cuando regresé a la cueva tras practicar la danza negra, recoger agua, explorar los cañones arriba y abajo y practicar un poco más la danza negra, traje conmigo suficientes chapulines como por lo menos para dos días.

Felicia estaba despierta. Ella me estaba esperando, sentada en su colchón. Todavía se la veía cansada, pero ni mucho menos tan pálida como el día anterior.

— Te he preparado el desayuno, ¡Don Gran Dragón! —anunció con alegría tras responder a mi legítimo saludo.

7 – El libro de las especias Néfilim

Cerca de su colchón había dispuesto artísticamente en el rocoso suelo de la caverna varios tarros. Había comida de todos los colores y múltiples aromas sutiles flotaban en el aire.

— Yo también he traído algo para desayunar —dije.

— ¡Así que nos daremos un festín! —dijo aplaudiendo. Pero la expresión de su cara cambió súbitamente cuando me vio vaciando la bolsa de chapulines en el suelo. Se contuvo y continuó sonriendo.

— ¿Qué son?

— Chapulines —dije sentándome frente a ella, olfateando desconfiadamente sus tarros.

— ¿Chapulines muertos? —preguntó Felicia, manteniendo su voz en un tono neutral.

— ¡Pues claro! ¿Quieres?

— Mmm... sí, ¿por qué no? ¿Cómo se comen?

— Así —escogí dos bellos especímenes y los puse en mi boca—. Lo bueno de los chapulines es que tienes que masticar realmente, no puedes tragártelos sin pensar —dije mientras mi mandíbula trabajaba intensamente.

— De acuerdo entonces —cogió un chapulín y valerosamente lo puso en su boca. Pero al tiempo que empezaba a masticar, señaló al montón de chapulines, completamente horrorizada—. ¡Oh, dios mío! ¡Ese todavía se mueve!

— ¡Ah! ¡No te preocupes! —y aplasté la cabeza de la pequeña bestia entre mis dedos.

Felicia parecía profundamente disgustada, sujetando una mano temblorosa frente a su boca y otra en su estómago. Su cara se tornó verde y sus ojos se ausentaron.

La fuente clara habló a mi corazón, preguntando cómo se hubiera sentido Elyani si la hubiese forzado a comer chapulines.

— Simplemente escúpelo —le dije comprensivamente.

Ella cada vez estaba más verde. Las lagrimas se agolpaban en sus ojos.

7 – El libro de las especias Néfilim

— No puedo. ¡Ya me lo he tragado!

Pude comprobar que no masticar lo suficiente había sido uno de los problemas principales de su vida.

— No te preocupes. Conozco un gran truco sanador —salté sobre ella y usé la magnífica técnica que Marek me había enseñado. Consistía en golpear la puerta energética situada en la izquierda de su plexo solar y después hincar el puño en el abdomen, dentro de la caja torácica y hacia arriba.

El resultado fue instantáneo. Felicia vomitó bilis verde junto con el apenas masticado chapulín.

— ¡Maravilloso! —le di unas palmaditas en el hombro, presionando una puerta energética en su muñeca para aliviar la náusea—. Pero tendrás que aprender a masticar mejor o echarás a perder el hermoso trabajo que hice en tu hígado.

Resollando y sujetándose el plexo solar, Felicia se derrumbó en su colchón.

Me arrodillé junto a ella y dejé que mis manos se movieran sobre su cuerpo. Pronto pudo respirar casi con normalidad. Pero las lágrimas no dejaban de manar sobre sus mejillas. Me miraba con infinita tristeza. Por un momento, el Guerrero que podía ignorar el dolor descansando en el Dragón, se había esfumado y me encontré frente a una mujer desesperada, capturada por su enemigo y abandonada por su propia gente, habiendo fallado su iniciación en la cripta sagrada del Vigilante. Ella estaba débil, vacía, sola, perdida y, además, había sido forzada a comer chapulines. Y golpeada en el estómago.

— Lo siento, Felicia —dije, recordando todas las pruebas que había fallado e invocando la suavidad del águila Blanca para ella.

Ella lloró su desesperación en silencio. Pero no intentó apartarme. Recibió mi calidez y la admiré por ello.

Hice que mi sanación se volviese más cálida y proyecté dulces olas de fuerza de vida en su interior. Cuando dejó de llorar, cayó en un estado de duermevela. Seguí trabajando en su cuerpo energético toda la

7 – El libro de las especias Néfilim

mañana, aumentando su vitalidad e invocando a mi Madre Dragón para que la nutriese y me ayudase a restituir su alegría.

Se despertó a primeras horas de la tarde, yo le ofrecí agua y le pregunté si quería comer. Me dijo que no y no insistí. Empecé a hablarle, intentando animarla, pero ella sólo me miraba sin hablar. Estaba triste pero no testarudamente desafiante como había estado al principio. Tuve miedo de que el hilo de comunicación que se estaba creando entre nosotros se hubiese perdido.

Inspirándome en la fuente clara, le dije:

— Felicia, he decidido que realmente quiero probar tu comida.

Ella hizo un esfuerzo para enmascarar su incredulidad.

— De verdad, Felicia. Quiero conocer los nombres de todos los platos que hay en los tarros.

Ella se sentó en el colchón, mirándome con curiosidad.

— ¿Y si empezamos por ésta? — cogí un gran tarro y abrí la tapa—. ¿Cómo se llama?

— Puré de Shemyaza.

Tomé una cucharada del puré amarillo y espeso y la puse directamente en mi boca, sin siquiera olfatearla de antemano.

— ¿Qué significa Shemyaza?

— Shemyaza era uno de los Vigilantes más poderosos.

— ¡Qué sabor tan interesante! Especiado —realmente estaba tan especiado que tuve que descansar en el Dragón para poder tragarlo—, ¿de qué está hecho?

— Patatas, ajo y una mezcla secreta de dieciséis especias y cinco tipos diferentes de aceite. ¿Te gusta la comida especiada?

— Mmm... sí, a veces.

— Entonces debes probar esto —extrajo un gran recipiente de una de las bolsas y lo abrió, esparciendo un olor soleado por la caverna—. Ratatouille del Vigilante —me acercó el plato.

El fuego fue tan violento que, si no hubiera sido por mi control de Dragón, hubiera tenido que escupir la cucharada allí mismo.

7 – El libro de las especias Néfilim

— Mmm... ¡éste es verdaderamente especial!

— La comida perfecta para ti, Don Gran Dragón.

Tras aquel plato, probé la gelatina de ostra (que no estuvo mal, considerando que se tardaba por lo menos cuatro meses en llegar a la región de las tierras rojas desde el mar), paté de espina (más sabroso incluso que el del día anterior), salmón ahumado (peligrosamente delicioso), almendras del infierno (que debían su nombre a su explosivamente fogoso sabor), mermelada de jengibre (esto fue lo que más me gustó con diferencia), crujientes maduros (asquerosamente dulces) y pezones de Naamah (más dulces incluso y de forma extraña).

— ¡Qué extraordinaria experiencia culinaria, Felicia! —dije, para agradecerse y para indicarle que ya no podía más. Y empecé a masajearme las puertas energéticas de la nausea en el interior de mis muñecas.

— ¿Qué sucedió con tus chapulines? —preguntó—, ¿los comiste todos?

— Los he almacenado fuera, para no causarte molestias. Pero dime, Felicia, las ostras con las que estaba confeccionada la gelatina, ¿cómo han podido ser pescadas en el mar, transportadas a las Montañas Nevadas y después a las Tierras Rojas y no estar completamente podridas?

Felicia chasqueó sus dedos.

— ¡Conserva etérica! Los Néfilim la inventaron. No es extraño pues que sean unos maestros en este arte.

Quería preguntarle más sobre los Néfilim, pero me hizo hablar de mí de nuevo. Para entonces ya había recobrado su labia por completo y se produjo una animada discusión. Incluso nos echamos a reír varias veces y, de nuevo, una parte de mí encontró difícil de aceptar que la primera persona que era capaz de entender mis bromas desde que dejé Eisraim era Néfilim.

Al atardecer, después de haber charlado durante más de cuatro horas, se produjo un silencio. Ambos miramos a una esquina de la caverna.

7 – El libro de las especias Néfilim

— ¿Y si intentamos legítimamente caminar un poco? —sugerí. La levanté y sostuve mientras daba unos pasos.

Ella lo hizo muy bien hasta que alcanzamos la terraza del precipicio.

— ¡Oh, me estoy mareando! —dijo, cayendo sobre mí. Tuve que tomarla entre mis brazos para que no cayese. Y en el momento en que ella rodeó mi cuello con sus brazos, descansando la cabeza sobre mi pecho, tuve uno de los sentimientos más extraños de toda mi vida. Vino acompañado por una gran ola vrufeante proveniente del Dragón que extendió su vibración por todo mi cuerpo.

— Necesitas *un legítimo descanso* —le dije mientras la llevaba de vuelta a su colchón.

Pero cuando le pregunté si quería dormir, contestó:

— ¡No! No estoy cansada en absoluto. Además, ¡odio dormir! —e inició otra conversación en la que pronto me encontré riendo de nuevo. Mucho más tarde, cuando llegó la noche y ya no podíamos vernos las caras, le confesé:

— Felicia, esto es como ser trasportado de vuelta a otro mundo. No había tenido conversaciones como ésta con nadie desde hace mucho tiempo.

— ¿Estás bien? —preguntó. Como no contesté, continuó—: ¿Duele que la primera persona con la que puedes hablar desde que dejaste a Elyani sea uno de los Néfilim?

— No lo sé. Quizá —dudé, pues no quería herir sus sentimientos—. Si supieras todas las cosas que he oído sobre la gente Néfilim...

— Oh, Don Gran Dragón, ¡eso lo puedo imaginar muy fácilmente! Si supieras todas las cosas que he oído sobre la gente de Monte Lohrzen...

No se escuchaba ni un solo sonido en la caverna.

Le dije que era hora de dormir.

7.15 La especia Néfilim.

7 – El libro de las especias Néfilim

Por la mañana la hice caminar por segunda vez. Todo fue bien durante un tiempo, hasta que volvió a marearse y cayó de nuevo entre mis brazos. Afortunadamente, el mareo se evaporó rápidamente al volver a su colchón, y no parecía estar cansada en absoluto.

Tras comprobar sus puertas energéticas, le acerqué las bolsas de comida y dejé que organizase el desayuno. Para evitar que comiese demasiado rápido y también porque yo estaba cada vez más intrigado, le hice una petición.

— Felicia, quiero que me cuentes más cosas sobre la gente Néfilim. Quiero que *tú* me expliques cómo son.

Ella clavó sus fieros ojos azules en los míos.

— Muchos de ellos miden doce pies de altura y comen sólo carne cruda, preferiblemente con la sangre servida aparte. ¿Y sabes qué hacen en su tiempo libre?

— No, en serio, ¡Felicia! Imagina que vinieras de visita al templo de Eisraim y no supiese nada de los Néfilim. ¿Qué me dirías?

Ella se encogió de hombros, creando ondas de luz en la energía de su larga melena roja. Me pregunté cómo lo hacía.

— *Como todos, la gente Néfilim nacen en el reino, viven y mueren.* Pero poseen cierta especie. Tú sabes que cierta gente del reino puede ser muy aburrida y lenta.

— Mi maestro los llama durmientes.

— Durmientes —su voz era vibrante—, ¡qué gran palabra!

— Es una legítima expresión. Proviene del libro de Maveron.

— Pues bien, la gente Néfilim *no* son durmientes. ¡Están vivos! Saben cómo reír. Saben cómo contar chistes, incluso sobre sí mismos. Pueden moverse con rapidez y pensar con rapidez. Saben cómo aprender los secretos de la naturaleza y utilizarlos. En el reino, fueron los primeros que tiñeron ropas, fabricaron joyas, forjaron metales, usaron plantas medicinales, cocinaron refinados platos y los conservaron etéricamente, calcularon los ritmos del tiempo... ¡han hecho todo lo habido y por haber! Y todo esto provino de cierto fuego,

7 – El libro de las especias Néfilim

una especia que su sangre contiene y que recibieron de sus ancestros, los Vigilantes. Los Néfilim son la especia de la Tierra.

— Pero, Felicia, ¿Qué hay de aquellos gigantes que causaron guerras y desolación y que comían a la gente viva? ¿Quieres decir que no existen?

— ¡Por supuesto que existen! Pero no son tantos como solía haber. Y no todos son caníbales, ¡por el amor de Melquisedec! La gente que cree que todos los Néfilim son gigantes son...

Sonreí, sabiendo muy bien qué tipo de despectiva palabra hubiera utilizado Felicia si no se hubiera detenido.

— ¿Has visto gigantes alguna vez? —tenía curiosidad.

— Naturalmente. Cerca de mi templo, en la región de las Montañas Nevadas, conozco una encantadora familia de gigantes Néfilim pertenecientes a la casta de los pescadores.

La conversación se estaba poniendo muy interesante.

— ¿Cómo de grandes, Felicia?

— Dos o tres cabezas más grandes que tú, quizá cuatro. Pero sólo el padre. Y grandes músculos... ¡como los tuyos!

— ¿Son muy fuertes? ¿Les gusta luchar?

— Son muy inteligentes pero nada violentos. Preparan el mejor pescado de las Montañas Nevadas. ¡Cómo me gustaría que pudiésemos cenarlo esta noche! —detectando un toque de desilusión en mi cara, Felicia se apresuró a continuar—: Pero también hay fieros y peligrosos gigantes, algunos de largos dientes que realmente disfrutarían luchando contigo —me miró significativamente—. Y a ti te encantaría, ¿verdad?

Avergonzado por su pícara mirada, ignoré el comentario.

— ¿Pero no es cierto que no había casi guerras antes de que los Vigilantes descendiesen y concibiesen a los primeros Néfilim?

Ella suspiró.

— Lo sé. Pertenezco a la raza maldita. Guerras, plagas, vicio y decadencia, ¿De qué mal no han sido acusados los Néfilim? Pero,

7 – El libro de las especias Néfilim

dime, Szar, ¿qué sería la Tierra sin nosotros? No habría pepinillos encurtidos en miel, ni maquillaje, ni joyas, ni hierbas medicinales, ni otras moradas que las casas-árbol y establos, ni piedras blandas. Y nunca habría diversión. Tu Gervin sería otra de estas marionetas que camina repitiendo: “*¡Alabado sea nuestro señor Melquisedec!*” de la mañana a la noche. Y Elyani sería sumamente aburrida —puso su burlesca voz de durmiente y dijo con gran monotonía—: “*Toda la gloria sea pa-ra el se-ñor Mel-qui-se-dec, ¡bue-nos dí-as, hom-bre en la Ley!*”

La imitación era tan buena que tuve que reír.

— Felicia, me encantaría que mis amigos de Eisraim pudiesen oírte.

— ¿Incluso siendo una de los Néfilim? —replicó cortante y desafiante.

No supe qué contestar. Pensativamente, me levanté y caminé hacia la entrada de la cueva.

— *¡Espera, hombre en la Ley!* ¡No te vayas ahora!

— No me voy a ninguna parte. Sólo estoy tratando de recordar si había gente Néfilim en el templo de Eisraim.

— ¿No sabías cómo reconocerlos cuando estabas allí?

— No. Lo aprendí con los Hijos del Dragón.

— ¿Cómo lo hacen?

Me giré hacia ella, aleteando mis orificios nasales.

— Hay un olor astral particular que puede ser detectado a millas de distancia.

— ¿Quieres decir que la gente Néfilim huele?

— ¡Todas las personas despiden olores astrales! Pero los Néfilim tienen un olor muy característico. Debe ser el olor de la especia de la que hablabas. También hay una luz particular en su aura, que proviene seguramente de la misma especia —pero, revisando mis recuerdos, no era capaz de determinar si algunos de los sacerdotes de Eisraim eran Néfilim.

— ¿Sabes? —Felicia habló con gran ironía—, desde que eras un niño en la escuela, debes haber conocido a muchos de nosotros sin siquiera

7 – El libro de las especias Néfilim

darte cuenta.

— ¿Pero no son los Néfilim parte de castas separadas?

— Cada uno de los Vigilantes creó una o más castas de descendientes, pero obviamente se han producido muchos matrimonios con personas de otras castas.

— ¿Obviamente? —pregunté con sorpresa—, ¿no ha ido siempre en contra de la Ley de los Néfilim desposarse con una persona de otra casta?

Felicia hizo una mueca.

— Si Elyani perteneciese a una casta que fuera “casi” la que la Ley dispone que debes desposar, ¿te rendirías y la dejarías?

— ¡Eh! —protesté vigorosamente—, ¡nunca dije que quisiera casarme con Elyani!

Ella miró hacia el techo, como si yo fuese un completo ingenuo.

Preferí no hacer caso.

— Así que hay algo de la especia Néfilim en la sangre de muchas castas, ¿es eso?

— ¡Por supuesto!

— Pero entonces, ¿continúan siguiendo las costumbres de la gente Néfilim?

— Depende. Algunos sí, otros no. Hay gente Néfilim en las cortes de casi cada príncipe, ¿sabes?

— Excepto en las Tierras Rojas, sí, lo sé. Los Néfilim son gente muy lista, ¿verdad?

— No todos —admitió ella—. Pero si te llevases a todos los Néfilim, la administración del Rey se desmoronaría en un instante.

— Los Hijos del Dragón dicen que es por eso precisamente, porque los Néfilim están en todas partes, por lo que el reino de la Atlántida se está derrumbando.

— ¿Y entonces qué quieres hacer al respecto? ¿Matarnos a todos quizá? —replicó cortantemente.

7 – El libro de las especias Néfilim

Me arrodillé junto a ella. Tras mantener contacto visual durante un rato, hablé desde la fuente.

— Eres una persona muy hermosa, Felicia. Si no existieses, el reino sería ciertamente un lugar mucho menos excitante.

Ella no supo qué contestar. Conociéndola, esto quería decir que estaba profundamente conmovida.

— *Ahora debes tomarte un legítimo descanso.*

— Pero no estoy cansada, no necesito descansar.

Intentando imitar una de sus pícaras muecas dije:

— ¡Pues yo sí! Te despertaré cuando acabe de bailar.

Expirando vigorosamente, escalé dracónicamente hasta la cima de la montaña.

7.16 Vestigios del legado de los Vigilantes.

Cuando regresé a la caverna, dediqué un tiempo a trabajar en las puertas energéticas de Felicia. Ella se despertó de inmediato, pero se hizo la dormida.

— ¡Felicia! —canté juguetonamente—. ¡Sé que estás de vuelta en el reino!

— Piensas que lo sabes todo, ¿verdad? —replicó sin abrir los ojos.

Yo me reí entre dientes.

Los grandes ojos azules se abrieron y me miraron.

— Don Gran Dragón, ¿aún hay muchas cosas que debes aprender sobre la vida!

— ¡Por supuesto! Todavía no me has explicado ninguna de tus recetas de cocina!

— Nunca dije que lo haría.

Me reí escandalosamente.

Ella se sentó y recogió su pelo encima de la cabeza, sujetándolo con sus manos.

— De acuerdo, quizá lo hice. Pero, por cierto —dijo dejando caer su pelo—, no me has contado si Elyani acabó dándote la receta de la

7 – El libro de las especias Néfilim

leche de Dragón a tu regreso del Inframundo.

— No, nunca me atreví a pedírselo.

Felicia suspiró y sacudió la cabeza en desaprobación. Mientras lo hacía, la energía de su pelo se encendió con motitas astrales plateadas y brillantes. Me pregunté cómo Inframundos hacía eso.

— Odio imaginar qué otras cosas nunca te atreviste a pedirle. Gran Guerrero o no, déjame decirte que hay muchas cosas que podrías aprender de una mujer Néfilim.

— ¡Empecemos por los pepinillos encurtidos en miel!

Ella miró hacia lo más alto de la cueva, pero no para profetizar.

— ¡Szar-ka! ¡Elyani debe haber pasado ratos *sumamente* difíciles contigo!

¡Szar-ka! Cerré los ojos. Hacía tanto tiempo que nadie me llamaba así. Felicia continuó.

— ¿Le dijiste por lo menos que la querías antes de abandonar Eisraim? Abrí los ojos sorprendido.

— ¿Crees que me quiere?

— Sabía que no se lo habías dicho. ¡Y todavía te preguntas por qué los Néfilim pensamos que las otras personas son ingenuas! —el azul de sus ojos entró más profundamente en mi interior—. ¿Crees que amas a Elyani, Szar?

— No lo sé, nunca lo había pensado. Cuando estuve enfermo y ella me cuidaba... aquellos meses fueron realmente especiales. Me impactaron profundamente. Me hicieron un hombre diferente.

— Pero, Szar, esto es porque ella te amaba. Mucho.

No supe qué contestar.

— ¡Bien! —decidí—. Déjame decirte algo sobre los durmientes que el Maestro Gervin no te ha enseñado todavía. Cuando les preguntas sobre el amor, ellos responden: “*Y debéis amar al señor Melquisedec con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con toda vuestra voluntad*“. Es muy legítimo por su parte, pero no es la manera en la que harás feliz a tu sacerdotisa del águila Blanca, Szar.

7 – El libro de las especias Néfilim

Ahora sí que no tenía ni idea de qué contestar.

— Venga, Szar, déjame enseñarte algo que te será mucho más útil que las recetas de pepinillos encurtidos. Casi me lo hiciste dos veces esta mañana mientras me sanabas, pero ni siquiera te diste cuenta de que lo hacías —se sentó muy cerca de mí, con su pecho casi rozando mi costado y rodeó mi cuello con su brazo—. Cuando rodeas los hombros de una mujer con tu brazo, si colocas tu mano justo aquí, en esta puerta energética, y si sabes cómo hacerlo, ella sentirá un escalofrío subiendo por su columna vertebral.

Ella tocó el punto mágico en mi cuello. Funcionó y me hizo sonrojarme.

— Inténtalo conmigo —dijo.

Tímidamente, rodeé su hombro con mi brazo y toqué la puerta energética con mis dedos.

— Utiliza la energía suave que empleabas esta mañana.

Permití que una pequeña onda vrufeante sacudiese mi mano, como durante la sanación.

— Así está mejor —levantó las cejas—, pero esta mañana lo hacías realmente bien.

Tragué saliva.

— ¿Todas las mujeres Néfilim saben cómo hacer esto?

Felicia rió entre dientes.

— Algunas lo hacen mucho mejor que otras. ¿Sabes que estas cosas forman parte de toda una ciencia, Szar? Nos llegó de los Vigilantes. Me quedé atónito.

— ¿Quieres decir que es parte de tu Ley?

— Ab-so-lu-ta-mente. Cuando los Vigilantes vinieron al reino y tomaron a las mujeres por esposas, las instruyeron en el arte del amor. La Ley dice que algunas mujeres tuvieron tanto placer que murieron. ¿Puedes imaginártelo?

Yo seguía tragando saliva.

7 – El libro de las especias Néfilim

— ¡A duras penas!

— El legado de los Vigilantes sobre el amor es fenomenal, Szar. La recitación de todos los pasajes de nuestra Ley que tratan sobre ello dura semanas enteras.

— ¿La has escuchado alguna vez?

Ella mostró una de las más peligrosas de sus miradas inocentes.

— ¿Tú que crees, Szar?

Cerré los ojos. Hablando desde la fuente, dije proféticamente:

— *¡Estoy seguro de que lo sabes todo sobre ella!*

Ella se echó a reír.

— Szar, eso es exactamente lo que un prián se supone que debe decir a una mujer si quiere cortejarla, de acuerdo a la Ley, claro.

— Pero aparte de la manera de tocar el cuello de una mujer y el arte de hacer que el cabello brille con motas plateadas de luz astral, ¿qué más dice la Ley?

— Cientos de maneras de hacerse atractivo, para empezar. La Ley dice, *hubiera sido cruel por parte de Azazel dar espejos a las mujeres si no les hubiese dado también el arte del maquillaje. ¿Se pone Elyani polvo negro en los ojos?*

Tuve que pensar.

— A decir verdad, no estoy seguro —trayendo imágenes de vuelta a mi memoria, suspiré—. Probablemente sí, pero nunca me di cuenta en aquel momento.

Ella suspiró, mucho más ruidosamente que yo.

— Esta mujer debe haber pasado por una pesadilla contigo. De todas formas, el polvo negro y la pintura no son nada. Hay muchas técnicas para alimentar el cuerpo etérico y los riñones para que la piel brille y se vuelva suave. Hay puertas energéticas *que refuerzan el cabello y lo hacen hermoso y rizado*, si uno quiere. Otras puertas energéticas, junto con muchas otras cosas, hacen que los *labios se vuelvan rojos y brillantes como las cerezas*. Y después está el verdadero arte de hacer que tus ojos brillen. Por cierto, ¿sabes qué dice la Ley que debe hacer

7 – El libro de las especias Néfilim

un prián cuando baila con una mujer?

— ¡Mirarla a los ojos todo el tiempo! —declaré orgulloso. Felicia parecía sorprendida, así que le expliqué—: Me lo dijiste en el sueño, cuando bailábamos en el salón con todas aquellas luces. Pero quiero saber más sobre tu Ley. ¿Qué más puedes hacer con ella?

— Hay muchas maneras de hacerse deseado por el ser querido, incluso si no te quiere realmente al principio: *mantras, encantamientos, sortilegios, invocaciones, raíces sagradas, hierbas, gemas, bebidas mágicas, platos con especias, enviar sueños, dibujar símbolos bajo su cama y algunas cosas más.*

— Mmm... ¿bebidas mágicas?

— Y también está la ciencia del beso. Szar, ¿sabías que mucha gente en el reino nunca han besado a nadie?

— ¡Ah! ¿Sí? —dije, mirando hacia la entrada de la cueva.

— La recitación de esa parte de la Ley dura varios días. Hay tantas maneras de excitar a alguien activando las puertas energéticas de sus labios, Szar, ¡no te lo creerías! Y hay una línea de energía alrededor de los labios, donde la pulpa roja se une con la piel del rostro. Se puede provocar de manera que crea tanto deseo que la persona instantáneamente empieza a sudar.

Todo aquello era más de lo que podía soportar en una sola sesión. Me giré hacia Felicia, pero ella inmediatamente respondió un “¡no!” —
¿No qué?

— Vas a decirme que *necesito un legítimo descanso*. ¡La respuesta es no!

Suspiré.

— ¿Y qué tal si practicamos caminar un poco? —mientras se levantaba, la tomé del brazo y le pregunté—: ¿Crees que para una situación como ésta puede haber un truco en tu Ley para sentirse repentinamente mareada?

7.17 Eisraim, capilla del águila Blanca.

Era altas horas de la noche tras la reunión en el templo. Todas las sacerdotisas acababan de marcharse. Elyani se dirigió a su maestra y amiga.

— Teyani, ¿has preguntado esta mañana al águila Blanca sobre Alcibyadi?

Teyani asintió.

— Tú también has profetizado, ¿verdad?

— Sí —dijo Elyani.

— Entonces ya sabes que Alcibyadi ha dejado de caminar y está atrapada en una de las cavernas de la enfermedad del Inframundo —dijo Teyani—. Ella está en las profundidades, ¿verdad?

Se produjo un largo silencio. Elyani sabía que la pérdida de Alcibyadi sería un golpe terrible para Teyani y para la orden del águila Blanca. Alcibyadi era la novena sacerdotisa que se perdía en el Inframundo y no había habido ninguna candidata que tuviese éxito para contrarrestar las pérdidas. La iniciación se había vuelto imposible, siendo las sacerdotisas enviadas a una muerte segura una tras otra. ¿Qué mujer en su sano juicio querría ingresar en una orden así?

— Teyani, ¿no pueden los Maestros del Trueno traerla de vuelta por nosotras?

— Estos asuntos son más complicados de lo que parecen. La regla de las águilas Blancas debe ser respetada. *Si no acatamos la Ley de los dioses, los dioses nos abandonarán.*

— Teyani se sentó—. Hace diez años, cuando vi que los campos se estaban deteriorando y que íbamos a perder a nuestras mujeres una tras otra, yo rogué a nuestro Blanco Señor: “¡Oh! Gran águila de las alturas, hace mucho tiempo, cuando todo parecía perdido, Tú me dirigiste hacia el Trueno y el Trueno nos salvó. ¿No podría ahora pedir la ayuda del Trueno para rescatar a mis sacerdotisas cuando queden atrapadas en el Oscuro Inframundo?” La respuesta fue poderosa, la habitación se inundó de luz, pero el águila insistió en que ninguno de

7 – El libro de las especias Néfilim

los Maestros del Trueno intervendría directamente. Ellos mismos tendrían que invocar al mismísimo Trueno, y así lo hicieron. Y no mucho después, Gervin encontró a Szar y lo trajo a Eisraim.

— ¿Todavía piensas que Szar es aquel que traerá a nuestras sacerdotisas de vuelta?

— Sí, lo he pensado desde el principio —Teyani se mantuvo firme—. Y lo creí con más fuerza cuando supimos que Szar había recogido a Vivyani en las cavernas del Inframundo. Pero él todavía es joven y frágil.

— ¡Y ahora está tan lejos! —suspiró Elyani—. Si estuviera aquí ahora, estoy segura de que se ofrecería voluntario para descender de nuevo, a pesar de la pesadilla por la que pasó la primera vez.

¿Pero cómo podría localizarla? Intentar encontrar un alma en los Inframundos es como intentar encontrar un grano de arena en el océano.

¿Y si él perdiera su camino?

Teyani cerró los ojos, rindiéndose a la luz del águila.

— ¿Te ha contado Gervin cómo va la iniciación de Szar en los misterios del Dragón?

— Gervin dice que Szar lo está haciendo extremadamente bien. No parece estar preocupado por él en absoluto. Incluso me ha dicho que puede que Szar no haya cambiado tanto como me temía, aunque habrá cambiado mucho más de lo que espero. él dijo: “Será el mismo Szar, pero no lo reconocerás”.

— Querido Gervin —Teyani abrió los ojos y una gran calidez la hizo resplandecer—. ¿Dijo cuándo volvería Szar?

— No. Pero de todas formas, no será en un futuro inmediato. Para rescatar a Alcibyadi tendría que estar de vuelta en Eisraim antes de que trascurren cuatro semanas y ninguna señal así lo indica. Lo que necesitamos ahora es un milagro, ¿verdad? ¿Qué otra cosa podría traernos a nuestra Alcibyadi de vuelta?

7 – El libro de las especias Néfilim

— Sí, ¡ha llegado la hora de que suceda un milagro! —Teyani utilizó un tono en el umbral de la Voz—: *Permitamos que esta noche reluzca de magia, ¡como en los Días Antiguos de la Tierra!*

Elyani sonrió y comenzó a preparar los utensilios para el ritual.

Las dos mujeres salmodiaron sus himnos hasta altas horas de la noche.

7.18 Gran Guerrero.

Al día siguiente, Felicia ya no se mareó al caminar. Durante el desayuno me dijo:

— Gran Guerrero, pronto me dejarás, ¿verdad?

— Podría ser.

— Si te acabase de salvar la vida y *tuvieses* que concederme un deseo, ¿sabes qué pediría?

— ¡Eh, Felicia, espera un legítimo momento, he sido *yo* quien ha salvado *tu* vida!

— No importa. Te pediría que, en vez de volver a Monte Lohrzen, volviesses directamente a Eisraim y te casases con Elyani. Estoy segura de que te echa de menos terriblemente.

Inspiré profundamente. Cuando vio que sus palabras me habían golpeado en lo más profundo, Felicia se suavizó por unos momentos.

— Perdona, no quería herirte —pero después añadió—, sólo es que odio verte como uno de los hombres negros, Szar. Y estoy segura de que a Elyani le pasaría lo mismo.

Tuve que tomar aire de nuevo y mirarme en sus ojos, intentando volverme tan delicado como ella podía ser a veces.

— ¡Hermosa Felicia! Mi maestro, Gervin de la Túnica Marrón, me envió allí.

— ¿Es verdad que te enseñan todas las maneras posibles de destrozar cualquier cosa que esté viva, incluso árboles, y que practicáis matar gente cada día desde el amanecer al atardecer?

— Supongo que es una manera de verlo. Los Cazadores Néfilim probablemente hacen lo mismo, ¿no?

7 – El libro de las especias Néfilim

— *¡De ninguna manera, hombre en la Ley!* Conozco a los Cazadores. Son gente culta que tiene un gran respeto por la vida humana. Durante su entrenamiento aprenden a extraer sofisticadas energías del poder del Punto y los centros energéticos superiores que hay por encima de la cabeza. También aprenden artes, música en particular. Ferippe, a quien has conocido, viene a mi templo por lo menos dos veces a la semana y canta en nuestro coro. Y Jex Belaran, el centro de entrenamiento de los Cazadores Néfilim, es famoso por sus compositores musicales.

Cero pensamientos, sólo Dragón, continué comiendo mi desayuno.

— ¿Es cierto que, como parte de vuestro entrenamiento, os envían a matar a uno de nosotros, incluso si esta persona no ha hecho nada en contra de vosotros, y que lo hacéis como si fuera algún tipo de ritual de iniciación?

Asentí.

— ¡Eso es repugnante! Apuesto a que los Grandes Guerreros saben cómo torturar a la gente muy bien. Szar, quiero saberlo, ¿cuántos Néfilim has matado ya?

No contesté.

— ¡Dímelo! ¡Quiero saberlo! —insistió.

Exasperado, me levanté y le grité:

— ¡Felicia! No he matado a nadie y, ¡precisamente éste es mi problema ahora mismo! Ahora, *por el amor de nuestro señor Melquisedec*, ¿quieres dejarme solo?

Y mientras caminaba hacia la salida de la cueva ella me llamó:

— *Espera, ¡hombre en la Ley!* ¡No te vayas!

Sin girarme, repliqué cortantemente:

— *¡Ve a Azazel y piérdete!*

Cuando llegué a la cima de la montaña, no me apetecía bailar, me senté y contemplé la niebla.

No tenía miedo a regresar a Monte Lohrzen, enfrentarme a Marek y, *cero pensamientos, sólo Dragón*, explicarle los hechos concretos.

7 – El libro de las especias Néfilim

Pero, ¿y si me ordenaba salir de nuevo y matar a otra persona?

Una fea visión apareció en mi mente: Yo estaba de vuelta en el patio de Elyani, sentado junto a ella en el prado púrpura. Elyani me miraba disgustada, “¿quieres decir que has asesinado a estas personas sin ningún motivo y que era parte de un ritual?”

Me levanté, alcé los brazos y grité con la Voz:

— ¡Gervin! ¡Ayúdame! ¿Qué se supone que debo hacer?

No hubo respuesta.

Esperé a escuchar la inspiración de la fuente clara. La única conclusión que me llegó fue que ser grosero con Felicia no era la solución.

Decidí volver a la cueva y hacer las paces con ella.

7.19 El regalo de Verzazyel.

— ¡Felicia, lo siento! —empecé a decir al tiempo que entraba en la cueva. Pero cuando la vi, sentada sobre sus rodillas con los ojos resplandeciendo tanto como un campo de estrellas, me di cuenta de que sucedía algo inusual. Toda la cueva estaba llena de una vibrante energía de color amarillo plateado.

— ¡Szar! Cuando te fuiste, me sentía tan mal por la manera en que te había atormentado que profeticé con Verzazyel y le pedí que me concediese un presente para ti. Un presente magnífico para un magnífico amigo. Rogué con todo mi corazón, Szar.

— Lo puedo sentir en tu voz, Felicia.

— Szar, el Vigilante me ha contestado. Y esto es lo que me ha dicho: “*Si Szar quiere encontrar un pájaro blanco, déjale ir en esta dirección. ¡Ahora mismo!*”—y con sus manos unidas en forma de copa, apuntó en dirección a la puerta de Dragón.

Yo estaba atónito. En el sueño del baile, cuando le había preguntado a Felicia dónde estaba Vivyani, esta fue la manera exacta en que ella había colocado sus manos.

7 – El libro de las especias Néfilim

— ¡Felicia, he esperado encontrar a Vivyani durante tanto tiempo!

—me acerqué a ella y pasé mi mano por sus cabellos.

— Si quieres encontrarla debes irte ahora mismo, Szar.

La fuente clara estuvo de acuerdo, no había ni un minuto que perder.

Fui a sentarme cerca de la puerta de Dragón.

— Felicia, defiende el fuerte. No tengo idea de cuánto tiempo me puede llevar este descenso.

Intercambiamos una última mirada y me dejé deslizar hacia una caverna de lapislázuli.

¡Qué hermosa fragancia! La caverna del Inframundo estaba asombrosamente repleta de paz, como un altar a la Madre de la Luz, vibrante con su delicadeza infinita.

Permanecí inmóvil y, conectando mi fuente clara con el aliento energético de la puerta, pregunté a mi Madre Dragón: “¿Cómo puede uno encontrar un águila Blanca que se ha perdido?” Como no obtuve respuesta, me dejé deslizar más profundamente, llevando conmigo la pregunta.

Abajo y más abajo, más y más profundo... y, entonces, algo nuevo sucedió. En una ocasión, cuando estaba ebrio de la energía del Inframundo, el hermano Amaran me había dicho que podía saltar de una puerta de Dragón a otra. Lo que estaba descubriendo ahora era incluso más fascinante. Desde el nivel en el que me encontraba, podía sentir cientos de puertas, todas al mismo tiempo, como si estuviese en todas ellas a la vez. Era tan claro y simple que me sorprendió que nunca antes me hubiera dado cuenta.

Descansando en la columna de Espíritu que ascendía por la puerta de Dragón que había sobre mí, sintonicé con el águila Blanca de los dioses. La respuesta fue inmediata, como si el águila me hubiese estado esperando. Sentí su Blanca presencia conmigo y fui transportado a una caverna de oricalco repleta de millones de luces amarillas.

7 – El libro de las especias Néfilim

“Oh, ¡Ella Dragón de las Profundidades!” —exclamé conforme los inquietantes recuerdos de mi primer descenso al Inframundo regresaban. Todo lo que me rodeaba era tan hermoso y lleno de paz. Era difícil creer que cada una de las pequeñas luces de la caverna era un alma agonizante acosada por interminables pesadillas. ¿Se estarían golpeando unos a otros? ¿Estarían sus cuerpos mutilados y desfigurados? ¿O se estarían pudriendo en vida en algún infame abono de gusanos? ¿Estarían sus almas siendo torturadas por el hedor y el clamor insoportable de millones de sufrientes criaturas?

Tan hermoso. Tan inmóvil. Tan lleno de paz. La cueva estaba en completo silencio. La deliciosa fragancia hizo vibrar mis orificios nasales. El oricalco de las escarpadas paredes relucía en tonos caoba y motas plateadas de luz, como aquellas del cabello de Felicia, flotaban en el aire.

Pensativo, contemplé las pequeñas luces amarillas. Algunas se movían gentilmente de arriba abajo, otras estaban quietas. Mientras caminaba por la caverna, las palabras caminaban conmigo: “*Una Ley, un camino. ¡Quien nunca duerme, nunca muere!*”

El águila Blanca dirigió mis pasos a un rincón de la caverna. Y allí estaba ella, ¡justo delante de mí! Una pequeña luz, como todas las demás, pero sellada con la inequívoca energía del águila Blanca. Sintonicé con los símbolos astrales de reconocimiento. Sin duda alguna, aquella alma había sido entrenada por Doña Teyani.

Todo aquello era muy simple. Adopté el gesto llamado “sujetando la llama”, con las manos paralelas frente a mi corazón. En el campo entre mis dos manos sostuve la luz amarilla. Y caminé hacia la puerta más cercana.

Allí sintonicé de nuevo con el águila Blanca y dejé que me transportase hasta la puerta de Dragón del templo de Eisraim, la puerta que Marek me había descrito.

Todavía sosteniendo el alma de Vivyani en el campo que había creado entre mis manos, suavemente me dejé llevar hacia arriba, moviéndome

7 – El libro de las especias Néfilim

de puerta en puerta.

Esto me condujo hasta una cueva de roca azul oscuro. Estaba vacía. Abrí los ojos y dejé que la luz amarilla flotase en el aire. “Hermosa Vivyani”, pensé, “¿qué hará Doña Teyani, la gran maga, con tu alma? ¿encontrará un nuevo cuerpo para ti o te enviará a las esferas de las Alturas, donde puedas descansar en la morada del águila Blanca?”

Me pregunté dónde había aterrizado. ¿Bajo qué parte del templo de Eisraim? Miré hacia arriba pero, obviamente, no pude ver nada más que el techo de la cueva. Sólo por simple diversión, intenté ascender todo lo que pude en la brisa de Dragón. Como era de esperar, no pude atravesar el techo de la cueva. ¿Quién sabe si había alguien sentado sobre mí? ¡Podría ser cualquiera!

Me pregunté que estaría haciendo Elyani en este preciso momento. Si hubiese podido descender y encontrarse conmigo, ¿hubiera bailado conmigo? Los movimientos que Felicia me había enseñado en el sueño permanecían con claridad en mi memoria. ¿Cómo sería bailar con Elyani? Eufórico por la brisa de Dragón, mi cuerpo empezó a moverse.

Y bailé. Durante unos minutos, olvidé todas mis penas. En mi mente estaba de vuelta en el campo de estrellas, bailando en la armonía de las esferas. Era magnífico, apasionante, cósmico. El infinito respiraba a través de mi danza y la Madre de la Luz marcaba el ritmo.

Vivyani me miraba, sorprendida y embelesada por las armonías celestiales.

— Oh, Vivyani, si lo hubiese sabido. Si lo hubiese sabido, no te hubiese abandonado y ahora tú y yo seríamos amigos.

Bailé mi despedida para ella y me marché.

Cuando regresé a mi cuerpo, Felicia estaba boquiabierta.

— ¿Ya? ¡Pero si apenas ha pasado media hora! ¿La encontraste?

Sin decir palabra, fui a sentarme a su lado en el colchón de hierbas silvestres.

7 – El libro de las especias Néfilim

— Szar, ¿estás bien? —preguntó con suavidad.

Tomé mi cabeza entre las manos y me eché a llorar.

— ¿No la pudiste encontrar?

Me derrumbé como un niño pequeño.

— ¡La encontré! —mi voz temblaba—. Pero... no sé, quizá ha sido demasiado fácil.

Felicia me tomó entre sus brazos y descansé la cabeza sobre su hombro. Las lágrimas se convirtieron en una dracónica inundación.

— ¡Pobre Szar-ka! —ella se hizo cálida como una madre—. Si tan sólo hubiese habido alguien con quien pelear, ¡te sentirías mucho mejor!

Me reí entre dientes.

— ¿Tú crees?

— Quizá no. Escucha, ¿y si te explico mis mejores recetas de cocina?

— ¡Viviani era una persona tan hermosa! ¡Estoy seguro! ¡Ojalá la hubiera podido conocer cuando aún vivía!

— Debemos confiar en la Madre de la Luz y la sabiduría de sus trabajos, amigo mío —ella me acunó entre sus brazos—. ¿Con qué receta quieres empezar?

— La Madre de la Luz —repetí—... ¿Podemos empezar con la mermelada de jengibre?

7.20 La revelación de los Vigilantes.

Bailando la danza negra en la cima de la montaña a la mañana siguiente, rogué a la fuente clara que me indicase el camino a seguir, con todo mi corazón. ¿Qué Sagrado Inframundo quería Gervin que hiciese? No hubo respuesta, pero lo que *sí* me llegó con absoluta claridad fue que si Felicia fuese asesinada en su camino de regreso a casa, nunca me lo perdonaría. Marek no hacía maniobras durante aquella época del año, pero la región estaba llena de Guerreros que podían oler la especia Néfilim desde muy lejos y no tenían escrúpulos a la hora de asesinar a peregrinos sin escolta. Allí, en aquel momento,

7 – El libro de las especias Néfilim

decidí acompañar a Felicia de vuelta hasta el río Jremitzia, en la parte norte de la región, antes de regresar a Monte Lohrzen.

Habiendo tomado al fin una decisión, me sentí más ligero. Descendí, y cuando estaba ya cerca de la entrada de la cueva, llamé:

— ¡Hermosa Felicia! Tengo algo que decirte.

Felicia estaba en pie, esperándome.

— Ssssh, *hombre en la Ley*. Tengo que decirte algo yo primero.

Su voz sonaba muy seria. Me miró con sus azulísimos ojos.

— Szar, bello amigo, quiero que me escuches desde lo más alto, como haces algunas veces.

Sintonicé con la fuente clara.

— Sí, así. Quiero que escuches lo que voy a decir, pero también quiero que me entiendas, porque me importas y te quiero. Szar, no voy a volver a casa. *Debo* volver a la cueva de Verzazyel —*Cero pensamientos, sólo Dragón*, tragué saliva—. Por favor, entiéndeme.

Cuando estabas en Eisraim, empleaste muchos años esforzándote por dejar de ser un durmiente. Pues bien, yo he empleado muchos años preparándome para recibir el poder de los Vigilantes. Regresar a mi templo tras haber fallado convertiría mi vida en algo sin sentido, peor que la muerte. Quiero el poder de los Vigilantes, Szar. Lo quiero más que cualquier otra cosa que la vida pueda darme. Así que, dentro de dos días, en la Luna Llena, descenderé de nuevo a la cripta sagrada e invocaré el Fuego Superior de Verzazyel.

Dejé que sus palabras reposaran en mi interior durante unos segundos.

Entonces habló la fuente clara:

— Yo haría lo mismo, Felicia.

— Lo sé. Por eso te quiero como amigo.

Sintonizando con la fuente clara, la miré. Ella todavía era mi niña. Conocía de memoria su cuerpo energético, como si yo mismo lo hubiese creado. La idea de que pudiese morir en la cripta hería mi vientre como una herida en el Dragón.

7 – El libro de las especias Néfilim

— *Doña Felicia, sacerdotisa de Verzazyel, ¿me permitirás escoltarte a la entrada de la cueva del Vigilante?*

Ella estaba inmensamente conmovida.

— *Don Szar de la Túnica Marrón, será un honor.*

Nos miramos el uno al otro, pero sin nada más que decir. Así que nos sentamos a desayunar.

Ella preparó unos platos y me invitó a sentarme en su colchón.

— Szar, quiero que pruebes esto: arenques marinados con nuez moscada tratada. Todo estriba en la influencia que pongas en la nuez moscada. De hecho éste es bastante bueno.

— ¡Oh! ¡Está delicioso! —exclamé sin duda alguna tras la primera cucharada—. Felicia, esta comida va, simplemente, ¡más allá del reino! Una vez, en Monte Lohrzen, escuché a un hermano decir que cuando los Néfilim quieren sacarte un secreto, primero te hacen comer algunos de sus platos y entonces no hay manera de que te resistas. Ahora entiendo por qué.

Ella se echó a reír.

— ¿Y qué me harías *a mí* si quisieras sacarme algún secreto?

—preguntó con una de sus voces más seductoras.

Cambié de tema.

— ¿Pero no te encontrarás con un montón de peregrinos si vuelves a la cueva?

— No hay ningún riesgo. Acabo de comunicarme con Ferippe a través del poder del Punto. Para entonces ya se habrán marchado y me ha asegurado que ninguna otra caravana llegará a la cueva durante varios días.

— ¿Cuánto tiempo necesitas?

— Una hora.

Mirando hacia la entrada de la cueva, pregunté:

— ¿Hay alguna razón por la cual no te matarás esta vez?

Ella se rió.

7 – El libro de las especias Néfilim

— La última vez cometí un gran error, porque no sabía cómo iba a golpearme el poder. Pero, gracias a los dioses —tocó la punta de mi nariz con su dedo índice—, me han concedido una segunda oportunidad.

— Si me dieras alguna pista sobre lo que intentas hacer, quizá podría sugerirte un modo de contener el poder. Soy un ignorante en cuanto al poder del Punto, pero...

— Szar. Si lo que tú sabes y lo que yo sé pudiese combinarse, no habría nada que nos pudiera detener en el reino entero.

¡Aquello sonaba peligroso! Sintonicé con la fuente clara.

— ¿Me explicarás algo más sobre el poder de los Vigilantes?

— ¿El poder de los Vigilantes? —selló el tarro que contenía los arenques marinados y lo puso de vuelta cuidadosamente en la bolsa—. ¡Especia como no podrías ni imaginar! *Los Vigilantes son ángeles todopoderosos que han evolucionado durante varios siglos. Ellos existían mucho antes de que nosotros fuéramos creados e incluso antes de que la Madre de la Luz concibiese a los dioses* —los ojos de Felicia brillaban con tal intensidad que un escalofrío ascendió desde mi Dragón—. *El Fuego es su dominio. Cuando descendieron por primera vez en Monte Hermon, los Vigilantes juraron que sellarían la Tierra con su Fuego. Y así lo hicieron de varias maneras. Azazel, líder de los Vigilantes y sin igual entre ellos excepto por Shemyaza, almacenó una cantidad de poder fenomenal en una cueva escondida en la jungla.*

— ¡Dudael, el lugar secreto que sólo el más obstinado de los hombres se atrevió a buscar! —exclamé, recordando la parte de la historia de Pelissor en la que todos mis hermanos gritaban: “¡Ve a Azazel y piérdete!”

Ella asintió.

— Los Vigilantes también esparcieron su Fuego concibiendo hijos con las hijas de los hombres. *La especia Néfilim, esta energía que portamos en nuestra sangre y que nos hace especiales, no es otra cosa*

7 – El libro de las especias Néfilim

que el Fuego de los Vigilantes.

— ¿Y qué hay de los gigantes de veinte pies de altura que comen carne humana? ¿Es la misma especia la que los hizo del modo que son?

— Lo es. No pudieron contener el Fuego. ¡Recibieron demasiado! El Fuego se torció en su interior. En vez de hacerlos tan sólo inteligentes y poderosos, también exacerbó su ira y sus deseos.

Me pregunté cómo sería la hermosa Felicia estando *realmente* furiosa.

— Hay otra forma en la que los Vigilantes plantaron su fogosa semilla en la Tierra. Nos dejaron toda una tradición de conocimientos ocultos que fue recibida y conservada por los sacerdotes Néfilim, y que enseñaba cómo cultivar la especia Néfilim. En mi templo, durante más de quince años, he aprendido cómo manejar este fuego. Ahora ha llegado el momento en que reciba la iniciación final en la cueva, de manos del mismísimo Verzazyel.

— Pero, mi especiada amiga, ¿no dijo Ferippe que habías trasgredido la Ley?

— Es legítimo que una sacerdotisa de Verzazyel invoque el poder de la cripta principal. Si tiene éxito, se convierte en suma sacerdotisa y es aclamada por su pueblo. Pero si falla, ¡debe morir por el Fuego! Si me hubieses dejado en manos de Ferippe y sus hombres, todo lo que hubiesen hecho sería dejarme descender de nuevo a la cripta.

— Que es exactamente lo que quieres hacer de todas formas. Y entonces, ¿por qué no te quedaste con ellos?

— Aquella mañana, en el cañón, cuando sintió mi energía, Ferippe sugirió que tendría más probabilidades de éxito si me pudieras curar un poco más.

Me levanté y empecé a caminar de un lado al otro de la cueva.

— Soy realmente ingenuo, ¿verdad Felicia?

Ella se puso en pie de un salto.

— Szar, ¡no hables así! No te conocía entonces. ¡Ahora te estoy explicando cosas que ningún Guerrero ha escuchado jamás!

7 – El libro de las especias Néfilim

— ¿Puedes imaginarte lo que dirá Marek El Indestructible cuando sepa que he estado ayudando a uno de los Néfilim a conquistar el poder supremo de los Vigilantes?

Ella puso sus manos sobre mis hombros y me gritó:

— Szar, ¡esto es un error! Te estás enredando de nuevo en la misma estúpida culpabilidad, como cuando perdiste a Vivyani —mirándome y con un tono de voz muy suave, añadió—: Esta culpabilidad no es sabiduría, amigo mío, sino la voz del lado oscuro.

Desde lo más alto de la fuente clara, supe que ella estaba en lo cierto. Me cogió de la mano y me hizo sentarme con ella en el colchón.

— Escucha, Szar, mientras me sanabas, aquello con lo que estabas luchando era el Fuego de los Vigilantes. ¡Y ganaste!

— Apuesto a que tu Ley dice que eso es el tipo de cosa que una mujer debe decir a un prián si quiere que él esté de acuerdo con ella.

Ella se rió entre dientes e ignoró el comentario.

— Hay algo más que debes recordar, Szar. En la cueva de Verzazyel, ¿en qué momento me encontraste? Justo después de preguntarle al Vigilante qué quería de ti. Esta fue otra razón por la cual Ferippe dijo que debía permanecer contigo.

Apreté los ojos con fuerza.

— Felicia, estuvimos con los Cazadores menos de cinco minutos. Por lo que dices, parece que estuviste hablando con Ferippe durante horas. ¿Qué Inframundos está pasando aquí?

— Eso es el poder del Punto. Permite intercambiar muchas impresiones en muy poco tiempo. Lo que te conté en el cañón era verdad. Dije que le había contado a Ferippe todo sobre ti, todas las historias que habías estado contándome durante aquellos dos días.

— Este poder del Punto, ¿puedes hacerlo en la distancia o necesitas estar cerca de la otra persona?

— El poder del Punto opera más allá del espacio y ésta es la razón por la cual no puedes detectarlo a través de la Oscuridad Visible. La distancia no afecta en absoluto.

7 – El libro de las especias Néfilim

Me llevé las manos a la cabeza. “¡Qué ingenuo soy!” pensé, “de todas formas, ¿cómo puede alguien ser peligroso si no domina el poder del Punto?” — ¿Fueron los Vigilantes quienes enseñaron el poder del Punto a los hombres? —pregunté.

— Sí y no. El poder del Punto ya estaba disponible en la Tierra antes del nacimiento del reino, pero los hombres eran demasiado simples como para usarlo. Si no hubiera sido por la revelación de los Vigilantes, hubieran pasado siglos antes de que el hombre pudiese alcanzar este nivel.

— Si no hubiera sido por la revelación de los Vigilantes, ¿existiría el reino? —suspiré.

Felicia sonrió.

— En nuestra Ley, hay un himno que dice:

¿Qué sería de los hombres, si Asaradel el Vigilante no les hubiese revelado el ciclo lunar?

¿Qué sería de los hombres, si Barkayal el Vigilante no les hubiese revelado los ritmos del tiempo?

¿Qué sería de los hombres, si Arkibel el Vigilante no les hubiese revelado el arte de interpretar signos y señales?

¿Qué sería de los hombres, si Amazarek el Vigilante no les hubiese revelado el uso de las raíces?

¿Qué sería de los hombres, si Shemyaza el Vigilante no les hubiese revelado el arte de los encantamientos?

¿Qué sería de los hombres, si Azazel el Vigilante no les hubiese revelado el arte de trabajar piedras y metales, la fabricación de espejos, el teñido de los tejidos?

— Pero, si los Vigilantes son tan sabios —cuestioné—, ¿cómo es que su revelación fue seguida por todas estas guerras, todo este caos y desolación?

— *Los Vigilantes dieron el Fuego a los hombres. Los hombres tontamente abusaron del Fuego y después culparon a los Vigilantes por todas las maldades que ellos mismos habían creado.*

7 – El libro de las especias Néfilim

Se produjo un silencio.

— ¿Podría ser que los hombres no estaban preparados y que los Vigilantes llegaron demasiado pronto? —pregunté.

— *Hombre en la Ley*, déjame decirte algo sobre tu maestro, el Maestro Gervin de la Túnica Marrón. ¿Quiere él que dejes de ser un durmiente dentro de doscientas vidas o en ésta?

— Al Maestro Gervin le gusta que las cosas sucedan rápidamente, y ésta es la causa por la cual tiene que ser tan paciente conmigo.

— Entonces dime, *hombre en la Ley*, ¿qué mundo prefieres: un mundo insípido sin guerras o uno con la hermosa y alegre doña Elyani y sus amigas del águila Blanca? Si los Vigilantes nunca hubiesen descendido, quizá hubiese habido menos guerras, pero...¿habrían existido todas aquellas cosas del reino que son importantes para ti? Por un momento, no supe qué decir.

— Después de todo, si pasó, quizá era la voluntad de nuestro señor Melquisedec —musité—. ¿Cuántos de estos Vigilantes descendieron en total?

— La Ley dice que había doscientos de ellos, conducidos por Azazel y Shemyaza.

— ¿Llegaron todos a la vez?

— Según la tradición, todos aterrizaron juntos en Monte Hermon. Pero en realidad, el tiempo no significa lo mismo para los Vigilantes que para nosotros. Ellos pueden decidir hacer algo juntos y al mismo tiempo y, desde su punto de vista, esto es lo que sucede. Pero para nosotros, los seres humanos, puede parecer que tiene lugar en tiempos diferentes.

— Suena exactamente como el poder del Punto —comenté—. Cuéntame más sobre ese fogoso poder que intentas conquistar. Había destrozado por completo tu cuerpo energético. Nunca había visto nada igual. ¿Cómo sucedió?

— Se llama la fiebre de Verzazyel. Un gran Fuego se encendió en mi interior, más de lo que yo podía contener. Pero cometí un error, intenté

7 – El libro de las especias Néfilim

contenerlo desde mi Punto, en vez de entrar en la cualidad del Punto de los Vigilantes.

— Esta cualidad del Punto de los Vigilantes, ¿es lo mismo que el poder del Punto?

— Sí y no. El poder del Punto de los Vigilantes es mucho más intenso que el de los seres humanos, tanto que apenas se le puede llamar de la misma manera.

— ¿Y cuál es tu plan en esta ocasión?

— En vez de intentar recibir el poder de Verzazyel en mi Punto, debo ascender a su nivel.

— Mmm... ¡Ve a Verzazyel... —no pude resistir la broma.

— ...y esperemos que no me pierda! —dijo riéndose.

— ¿Y cómo vas a ascender al nivel de Verzazyel?

— Existe un ritual para activar las fuerzas que están almacenadas en la cueva de Verzazyel. Todo sucede a través de las intensidades superiores del poder del Punto.

— Ascender al nivel de los Vigilantes... ¿para esto sirve el poder del Punto? —pregunté.

— No sólo eso. El poder del Punto es un principio de expansión de conciencia. Permite a los seres humanos trascender las limitaciones de su mente y elevarse a la conciencia de dioses, ángeles y Dragones Voladores. Cuando nos acercamos a los seres superiores sin el poder del Punto, los hombres somos como hormigas que intentan descifrar los himnos de la Ley. Pueden oírlos en la distancia, pero nunca podrán descifrar su significado.

— ¿Qué conseguirás si tienes éxito?

— Conoceré la mente de Verzazyel. Seré capaz de unirme a su conciencia y así tener acceso a misterios que los hombres no pueden siquiera concebir. Veré el futuro y el pasado lejano del reino, los misterios de la Tierra antigua, los secretos de los dioses, la naturaleza de los Dragones Voladores.

7 – El libro de las especias Néfilim

— Suena peligroso —dije.

— Lo es, mi bello amigo. Por cierto, ¿sabes por qué se les llama los Vigilantes?

— No, ¿por qué? —pregunté.

— Porque nunca duermen.

“Eso sí que es tentador”, pensé, mirando hacia una esquina de la cueva.

7.21 El himno de Verzazyel a los Dragones Voladores.

“Yo, Verzazyel el Vigilante,

El domador del Fuego,

Yo, Verzazyel el formidable,

Todopoderoso y segundo de nadie excepto de la Estrella de la Mañana,

A través de las redes superiores de los espacios galácticos,

Yo os invoco,

Dragones Voladores de más allá del Abismo de las Profundidades y la Fosa de la Eternidad.

¡Escuchad mi Palabra!

¡Responded a mi llamada!

La semilla que mucho tiempo atrás sembrasteis en la red de la Tierra,

Ha madurado lentamente por y más allá de los ritmos del tiempo,

Y pronto florecerá para vuestro gozo,

¡Oh! Todopoderosos poderes galácticos, quiero invitar a

uno de vuestros hijos para que pueda participar de mi gloria.

Oh, Dragones Voladores, ¡alíalos conmigo!

Permitid que el fantástico Fuego que han conquistado los Vigilantes

Sea unido con la insondable profundidad de vuestros poderes.

¿Quién en las esferas, héroe, dios o ángel,

podría levantarse en contra de nosotros?

Dejad que vuestro hijo sea nuestro pacto.

Le concederé

7 – El libro de las especias Néfilim

*El Fuego irresistible de los Vigilantes
Le convertiré en el ganador de los juegos de la Tierra,
Un héroe entre los hombres,
Un príncipe, rebosante con todos los regalos del reino,
Un campeón destinado a retar a los mismos dioses,
Esposado con mi Fuego,
Permitid que se convierta en el orgullo de los míos,
Y el heraldo brillante de vuestra inteligencia,
Una luz imponente para los moradores de estas esferas.
¡Oh! Dragones Voladores, ¡escuchad mi Palabra y responded!‘‘
Desde más allá del Abismo de las Profundidades y la Falla de la
Eternidad, la Voz de los Dragones Voladores respondió al instante:
‘‘Os saludamos, ¡Verzazyel el Vigilante!
Poderoso es ciertamente vuestro Fuego,
Incluso siendo joven en la escalera del infinito.
Que la Madre de la Luz os agradezca vuestra invitación,
Que nosotros declinamos.
Este hijo nuestro
Entregamos al Trueno, nuestro aliado,
Y con el Trueno permanecerá,
Pues nuestro deseo no es unir fuerzas con vuestra gloria ardiente,
Ni deseamos que nuestro hijo emprenda vuestro camino de fiebre.
Con vuestro Fuego no deberá ser esposado.
Dejemos que su Madre Dragón de las Profundidades
Lo espose según sus deseos,
Pues ella es sabia y conoce nuestra voluntad.
Adiós a vos, Verzazyel el Vigilante,
Que la Gran Luz de la Compasión os proteja,
A lo largo del arduo camino que os habéis marcado.’‘*

7.22 La última cena.

7 – El libro de las especias Néfilim

Llegamos a la cueva de Verzazyel dos horas antes de la puesta de sol. Felicia me tomó de la mano.

— Me encantan estos momentos del mes, cuando la oscuridad visible aumenta con el brillo blanquecino de la Luna Llena.

— ¿Ha llegado la hora de decir adiós, Felicia? —pregunté, sosteniéndome en el Dragón para que mi voz no se entrecortase de emoción.

— *¡De ninguna manera, hombre en la Ley!* Tengo una sorpresa para ti.

Desde mi más temprana infancia, siempre había odiado las sorpresas.

— ¿Una sorpresa, Felicia? Suena encantador. ¿Qué es?

— Necesito una hora para prepararlo. ¿Por qué no te vas a bailar a la cima de la colina y nos encontramos aquí un poco más tarde?

A pesar de mi pasión por la escalada, decidí que la cima de la colina de Verzazyel no era en absoluto un lugar seguro para la danza negra. En su lugar, me fui a pasear por los cañones vecinos. La zona estaba despejada. Los peregrinos de Ferippe se habían marchado el día anterior y ningún otro grupo de Néfilim llegaría hasta pasados tres días.

Al atardecer, cuando regresé a las altas rocas con forma de flauta que señalaban la entrada a los dominios de Verzazyel, pude ver en la distancia que Felicia me esperaba en la terraza que había fuera de la cueva del Vigilante.

Mientras escalaba hacia ella, quedé perplejo. Felicia vestía un deslumbrante vestido azul, el mismo que llevaba puesto en el sueño del baile. Me impactó su gran belleza. Su cabello estaba complicadamente recogido a diferentes alturas y su maquillaje era más sofisticado que nunca. Su piel brillaba y sus ojos resplandecían como un campo de estrellas.

— Te he preparado la cena. Tenemos mucho tiempo. No descenderé a la cripta hasta medianoche —dijo ella.

7 – El libro de las especias Néfilim

— Veo que has encontrado un medallón —dije. Ella llevaba el mismo vestido escotado del sueño.

— ¡Ni punto de comparación con el que te regalé, Szar! Este es sólo un colgante de piedra blanda muy sencillo que Ferippe dejó para mí en una bolsa, con algunas otras cosas que le pedí.

Felicia apuntó a una tela blanca que había extendido en la roca. Había dispuesto por lo menos veinte velas y el doble de platos y tarros llenos de frutos secos, nueces y mejunjes de todos los colores. Me invitó a sentarme frente a ella.

— Felicia, ¡esto es increíble! Pongo a los dioses por testigos, estás exactamente igual que en mi sueño. No me di cuenta entonces de lo hermosa que eras.

Felicia no respondió, pero hizo brillar sus ojos azules de forma tan suave que sentí que mi Dragón se derretía. Vertió una bebida verde para mí en una copa de oricalco finamente trabajada.

— ¿Magia? —le sonreí y pretendí olfatear el brebaje desconfiadamente.

Ella, suavemente, fingió indignarse.

— Szar, ¡yo nunca te haría algo así!

Los dos nos reímos.

— ¡*Oh, mi señor Melquisedec!* —exclamé tras el primer sorbo—, ¡esto es sencillamente celestial! ¿Qué contiene?

Ella negó con la cabeza.

— Ya me has sonsacado demasiadas recetas secretas. Venga, quiero que pruebes estos pepinillos encurtidos en miel. Esta vez tenemos la salsa de canela que los acompaña —y puso una cucharada de la mezcla en mi boca.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Felicia, tienes razón, con la salsa de canela es realmente diferente. ¡Es el mejor plato del reino! Aunque sigo pensando que lo que más me gusta es la mermelada de jengibre. Una cucharada de la celestial mermelada ya venía en camino hacia mi boca.

7 – El libro de las especias Néfilim

— ésta realmente afecta a mi Dragón —suspiré.

— Ahora prueba éste —me pasó otro plato.

— ¡Detente! —supliqué tras varios platos más—, ¡me estoy mareando!

— ¡No te rías de mí! —dijo dulcemente, haciendo una mueca—. En tu sueño, ¿qué comíamos?

— No comíamos, bailábamos. Tú me enseñabas.

— ¿Te enseñaba bien?

Me reí.

— Felicia, ¡este sueño ha sido el día más hermoso de mi vida! Todavía no puedo creer lo real que se sentía. Mucho más real que la realidad.

— Esto es porque estabas en el espacio del Vigilante. Estabas soñando en la mente de Verzazyel —aclaró.

— Si ésta es la manera en que sueñan los Vigilantes, me pregunto cómo será su conciencia cuando están despiertos. Debe ser formidable —me maravillé.

— Verdaderamente lo es —me acercó otra copa—. Toma algo más del brebaje verde —y bebió conmigo, haciendo que ondas plateadas de luz bailasen por su cabello.

Entonces clavó sus ávidos ojos azules en los míos.

— Si quieres conocer cómo es la conciencia de Verzazyel, mi bello amigo, todo lo que tienes que hacer es caminar conmigo —chasqueó los dedos y apuntó a la entrada de la cueva, que estaba a tan sólo veinte pies de distancia.

Me eché a reír.

— ¡Pero yo no soy un sacerdote de Verzazyel! No sabría qué hacer.

— Szar, hay algo que debo decirte —ella hizo una pausa.

Había caído la noche, una de aquellas dulces y templadas noches de las regiones del sur, y nos bañaba la luz de la Luna Llena.

— Szar, ¿te das cuenta de que cuando me encontraste, el Fuego del Vigilante ardía con furia en la cripta? Cualquier persona normal se habría derrumbado y muerto.

7 – El libro de las especias Néfilim

Yo me encogí de hombros.

— ¡Los Guerreros somos resistentes! —bebí su presencia. Parecía que la luz de la luna provenía enteramente de ella. Y yo me sentía burbujeante. ¿Era la comida o la Luna Llena?

— *De ninguna manera, ¡hombre en la Ley!* Si sobreviviste en la cripta fue porque Verzazyel así lo quiso.

Me hizo reír.

— Seguramente él quería que te encontrase, de lo contrario, ¿quién hubiese salvado a su más bella sacerdotisa?

Ella me acercó otra bebida, naranja esta vez.

— Szar, ¿te das cuenta de que te has enfrentado al Fuego de los Vigilantes y has sobrevivido?

— Felicia, ¿cómo se llama esta bebida? ¡Es casi tan buena como las aguas de los ríos de la vida!

— Es el “atardecer glorioso” del que te había hablado.

Contemplé el brillo de las velas en sus ojos.

— Szar, ¿qué presente le llevarás a Gervin cuando vuelvas a Eisraim?

Me atusé la barba y suspiré.

— No lo sé. ¿Tú que crees? —y, estando en el medio de mi reflexión, me di cuenta—. ¡Eso es! ¡Eso es! Al fin puedo hacerlo. ¡Puedo atusarme la barba como hace Gervin!

Felicia se echó a reír.

— No, ¡en serio! ¡He querido hacer esto durante muchos años!

Ella acarició dulcemente mi barbilla.

— Si puedes conseguir tal proeza sólo cenando fuera de la cueva, ¿puedes imaginarte qué pasaría si descendieses a la cripta conmigo?

— Felicia, ¿lo dices en serio?

Los ojos azul intenso se abrieron para mí.

— Lo digo muy en serio, Szar. ¡Ven conmigo!

El asalto fue muy dulce. Me conmovió profundamente.

— Szar, el Fuego de los Vigilantes es una de las cosas más peligrosas de la Tierra. ¿Cómo podrías satisfacer más a tu maestro que

7 – El libro de las especias Néfilim

conquistándolo? —ella esperó—. ¡Los vigilantes nunca duermen!

Impactado por sus palabras, reflexioné en silencio.

— Pero, mi hermosa amiga —dije finalmente—. No soy uno de los Néfilim. No llevo vuestra especia en mi sangre. ¿Por qué querría el Vigilante iniciarme en su poder?

— Verzazyel no te rechazará. Lo sé. Le he preguntado —esperó a que digiriese sus palabras—. Szar, éste era el significado del sueño que te envió, ven y baila conmigo en la cripta y esta noche recibirás más poder de lo que nunca creíste que podía existir. Tú y yo conquistaremos el Fuego, entraremos en la mente del Vigilante y conoceremos el pasado, el futuro y los misterios de las esferas. Szar, conoces demasiado bien, gracias a tus años de aprendiz, el sabor de la derrota. Este poder te convertirá en un ganador en los juegos de la Tierra, un héroe entre los hombres. Con la ayuda de tu Madre Dragón podríamos incluso encontrar Dudael, el lugar escondido en la jungla, y dominar el Fuego de Azazel. No habría límites. Podrías convertirte en príncipe, en campeón, retando a los mismos dioses.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Me estás diciendo que me vaya Azazel!

— Sí, pero conmigo —se ofreció, y pude escuchar su sinceridad—. Szar, te quiero.

Fui a lo más alto que pude de la fuente clara y permanecí en silencio, mirándome en sus ojos.

Me levanté y caminé hacia la entrada de la cueva.

— ¡Una cueva tan pequeña y simple! —me giré a mirarla—. ¿Sabes? Cuando llegué por primera vez, las paredes del interior estaban selladas. Sentí una gran desilusión, después de haber escuchado tantas historias extraordinarias.

Felicia se levantó de un salto, provocando un aumento de ondas plateadas en su cabello. Se acercó mucho a mí.

— Sólo ven conmigo y te enseñaré cómo abrir más puertas en esta cueva de las que has visto nunca en cualquier morada del reino. La caverna se convertirá en un salón inmenso, iluminado como un campo

7 – El libro de las especias Néfilim

de estrellas.

— ¿Pero adónde conducen esas puertas? ¿Están los pasillos excavados en la roca? —pregunté.

— No. Las puertas conducen a la mente del Vigilante.

Caminé de vuelta a las velas.

— Me estás revelando muchos de tus secretos, hermosa Felicia.

— ¡Quiero explicarte más! ¡Pregúntame!

Me senté pensativo.

— Mi querido amigo, con el poder de la cueva podría mostrarte eventos del pasado o incluso del futuro, pues están ya grabados en los archivos del tiempo. No tendrías ni que entrar en la cueva. Sólo sostén la piedra que te regalé.

Me atusé la barba, curioso. Ella vino a sentarse a mi derecha y cerró mi mano izquierda sobre la piedra blanda que colgaba de mi cuello. ¿Qué querrías ver, Szar?

— ¿Será este otro sueño que me capturará durante una semana entera? —dije riendo.

— Szar-ka, ¡estás con una sacerdotisa de Verzazyel que sabe exactamente lo que hace! Sólo durará unos minutos, no importa cuán largo sea el episodio. De todas formas, puedes mirar algunas imágenes y decirme que me detenga.

— ¿Y si quisiera ver cómo mis amigos del águila Blanca recibieron el alma de Vivyani después de que yo se la llevara?

Felicia cerró los ojos y sintonizó en lo más alto por encima de su cabeza.

— ¡Sólo cierra los ojos, Szar! —me ordenó.

Al instante apareció, frente a mis ojos cerrados, una mujer joven ataviada con un largo vestido blanco.

— ¡Qué hermosa! ¿Es Elyani? —preguntó Felicia.

— No, no sé quién es.

Ella tenía el pelo negro, largo y liso y estaba de rodillas amontonando escombros. Su cuerpo respiraba entrecortadamente entre grandes

7 – El libro de las especias Néfilim

sollozos mientras gritaba desesperada: “¡Se lo advertí! ¿Por qué no me escucharon?”

— Si no la conoces, ¿quieres que detenga la visión? —sugirió Felicia.

— ¡No! ¡Espera! —exclamé—, ¡sí la conozco! Su nombre es Teyani. Es la maestra de Elyani. Ella es la gran maestra de la orden del águila Blanca y una de las más poderosas magas del reino entero. ¡Pero esto debe ser hace por lo menos veinte años!

La joven Teyani estaba sumergida en una profunda pena.

“¡Oh águila Blanca de los dioses, ayúdame! Sé que me lo advertiste pero, ¡no quisieron escucharme! ¿Qué voy a hacer ahora? ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!”

El escenario a su alrededor era de completa devastación, una casa de piedra completamente derruida, pilas de cenizas humeantes en todas las direcciones, el humo gris y sofocante invadía la niebla.

— ¿Vemos un poco más? —preguntó Felicia.

— ¡Por supuesto que quiero ver más!

—**Y así termina el libro de las especias Néfilim—**

—**Fin del Volumen 1—**